

T  
1031

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES  
ARCHIVO HISTORICO

86 741

86 741



**Casa abierta al tiempo**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD XOCHIMILCO**

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES  
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES**

**MOVIMIENTOS ARMADOS Y GUERRA SUCIA EN MÉXICO 1965-  
1984: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA MEMORIA COLECTIVA**

**T E S I S**  
**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE**  
**DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES**  
**CON ESPECIALIDAD EN PSICOLOGÍA SOCIAL DE GRUPOS E**  
**INSTITUCIONES**

**P R E S E N T A**  
***JORGE MENDOZA GARCÍA***

**DIRECTOR DE TESIS: DR. PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB**

**México, D. F. Diciembre, 2010**

A Karina, ella sabe por què

*¿Adónde van los desaparecidos?  
Busca en el agua y en los matorrales.  
¿Y por qué es que se desaparecen?  
Porque no todos somos iguales.  
¿Y cuándo vuelve el desaparecido?  
Cada vez que los trae el pensamiento.  
¿Cómo se le habla al desaparecido?  
Con la emoción apretando por dentro*

Rubén Blades



## ÍNDICE

|                      |   |
|----------------------|---|
| Del cómo de la tesis | 8 |
|----------------------|---|

|              |    |
|--------------|----|
| Introducción | 16 |
|--------------|----|

### I. PRIMERA PARTE: MEMORIA COLECTIVA Y OLVIDO SOCIAL

|                                                                            |    |
|----------------------------------------------------------------------------|----|
| 1. Desde dónde reconstruir la realidad: el enfoque de la memoria colectiva | 24 |
| 1. 1 Memoria contenida en marcos                                           | 25 |
| 1. 2 La residencia de la memoria: los artefactos                           | 32 |
| 1. 3 Prácticas sociales de conmemoración                                   | 35 |
| 1. 4 La comunicación: narrativa, retórica y discursos                      | 38 |
| 1. 5 Continuidad e identidad                                               | 41 |
| 1. 6 Momento fundacional                                                   | 44 |
| 1. 7 Contornos y relaciones: la historia                                   | 46 |
| 2. Cómo se configura el olvido social                                      | 50 |
| 2. 1 Público y privado; lo comunicable y lo incommunicable                 | 51 |
| 2. 2 Prohibir y censurar                                                   | 56 |
| 2. 3 El silencio                                                           | 58 |
| 2. 4 El silencio como material del olvido                                  | 62 |
| 2. 5 Un posible cierre                                                     | 66 |

### II. SEGUNDA PARTE: EL DEVENIR DE LA GUERRILLA EN MÉXICO.

#### SEGUNDA OLA ARMADA

|                                                                         |    |
|-------------------------------------------------------------------------|----|
| 1. El contexto de los movimientos armados en México                     | 70 |
| 2. El rumbo de las armas: de movimientos sociales a movimientos armados | 85 |

---

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| 2. 1. La tierra y la represión                     | 88  |
| 2. 2. La universidad y la represión                | 103 |
| 2. 3. La ruta de las armas                         | 122 |
| 3. Segunda ola armada: tipos, cómo, cuántos, dónde | 126 |
| 3. 1 Guerrilla rural                               | 127 |
| 3. 2 Guerrilla urbana                              | 145 |
| 3. 3. Explosión guerrillera: segunda ola armada    | 169 |

### III. TERCERA PARTE: RECONSTRUYENDO LA MEMORIA COLECTIVA DE LA GUERRA SUCIA

|                                                         |     |
|---------------------------------------------------------|-----|
| 1. Una reconstrucción de la guerra sucia                | 177 |
| 2. Primero: no hay guerrilla, la ideologización         | 184 |
| 3. Dos actores para embestir a la guerrilla             | 202 |
| 3. 1 En la sierra: el Ejército federal                  | 203 |
| 3. 1. 1. Los vuelos de la muerte                        | 225 |
| 3. 2 En las ciudades: la Dirección Federal de Seguridad | 239 |
| 3. 2. 1 Grupo cruel: la Brigada Blanca                  | 247 |
| 3. 2. 2 El final de la DFS                              | 255 |
| 3. 2. 3 Archivos y reconstrucción de memoria            | 257 |
| 4. Detenciones ilegales y cárceles clandestinas         | 259 |
| 4. 1 En Guadalajara                                     | 267 |
| 4. 2 En Pie de la Cuesta                                | 269 |
| 5. Brutalidad sobre los cuerpos: la tortura             | 273 |
| 5. 1 Tortura para aniquilar                             | 275 |

|                                                   |     |
|---------------------------------------------------|-----|
| 5. 2 La justificación: el discurso policiaco      | 282 |
| 5. 3 La crueldad sobre ellas                      | 286 |
| 6. Esfumar a los indeseables: las desapariciones  | 291 |
| 6. 1 Ejecuciones extrajudiciales                  | 313 |
| 6. 2 No hubo desapariciones, sino enfrentamientos | 318 |
| 6. 3 Cuerpos arrojados y desaparecidos            | 322 |
| 7. Sobrevivir: llegar a la cárcel legal           | 326 |
| 8. Entre el encierro y el entierro: el destierro  | 349 |
| 9. Se trata de aniquilar a la guerrilla           | 370 |
| 10. Un balance: otra mirada                       | 383 |

#### IV. CUARTA PARTE: GUERRA SUCIA, MEMORIA Y OLVIDO

|                                |     |
|--------------------------------|-----|
| Conclusiones:                  | 401 |
| 1. La apuesta al olvido        | 401 |
| 2. Las batallas por la memoria | 406 |
| 3. Lo sucio y lo húmedo        | 409 |
| 4. Una posible agenda          | 412 |
| Bibliografía                   | 415 |
| Anexos                         | 431 |

## DEL CÓMO DE LA TESIS

Los desaparecidos, a manos del Estado, en la actualidad continúan. Esa fue la conclusión a la que llegó la hija de un desaparecido hace un par de años en el estado de Guerrero. Y es que, en efecto, las desapariciones se mantienen. Cuando se creía que este tipo de situaciones ya no estaba presente, la gente ausente muestra que persiste dicha práctica. La desaparición de personas, que se practicó de manera sistemática en los años setenta del pasado siglo XX (aunque también a fines de los sesenta e inicios de los ochenta) en México, forma parte de un fenómeno conocido como “Guerra sucia”. La guerra sucia es esa puesta en escena de una serie de prácticas que van desde la detención ilegal hasta la desaparición o ejecución de personas pertenecientes a una organización de izquierda o guerrillera y que se realizó entre los años sesenta y ochenta en México. Esta guerra sucia se planeó y ejecutó desde el poder mismo, fue una práctica de Estado; fue recurrente en ese tiempo y tuvo sus consecuencias funestas.

El 23 de septiembre de 1965 un grupo de profesores y campesinos, después de no ser escuchados en sus demandas de tierra y ser reprimidos en diversas ocasiones, deciden llamar la atención del poder realizando una acción de tipo militar: atacan el Cuartel Madera en la sierra de Chihuahua. Ahí inicia lo que se conoce como “Segunda Ola Armada” en nuestro país. La “Primera Ola” estaría fincada en la Revolución Mexicana, y la “Tercera Ola” con el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994. No obstante esto, los movimientos guerrilleros no han sido reconocidos como tales. Una tesis sostiene que desde ese amanecer del 23 de septiembre de 1965 la guerrilla en México no se ha detenido, en un tiempo realizando acciones abiertas y en otro momento reorganizándose y creciendo en la clandestinidad. En este segundo momento es difícil que se enfrente a la guerrilla, dada su clandestinidad, no obstante ha sucedido que la golpean, como cuando al Ejército Revolucionario del Pueblo Indígena (ERPI) lo atacó el Ejército federal en junio de 1998, cuando realizaba una reunión en la comunidad de El Charco, Guerrero. En los tiempos de actividad

abierta de la guerrilla, los ataques son más frecuentes, y cuando se realizan suelen ir acompañados de excesos, de abusos y no sólo sobre aquellos contra quienes se dice que se lucha, sino contra la población cercana, apoye o no a la guerrilla. Estas son reminiscencias de la guerra sucia practicada en los años setenta o es la continuación de la misma. Hay quienes aseguran que estos excesos del presente son parte de esa estrategia contrainsurgente que empezó por desplegarse en pasadas décadas, a la que algunos estudiosos también denominan como "terrorismo de Estado". Sus consecuencias se están sufriendo: guerrilleros desaparecidos, como los dirigentes del Ejército Popular Revolucionario (EPR) en Guerrero. La guerra sucia parece no haber concluido.

Pero esa guerra sucia de los años sesenta, setenta y ochenta no fue anunciada, no fue reconocida: se silenció o, en el mejor de los casos, se negó. Los detenidos ilegalmente, reclusos en cárceles clandestinas, torturados, ejecutados, desaparecidos, desterrados, no formaron parte del reconocimiento oficial, del reconocimiento social, de las páginas impresas dedicadas a los luchadores sociales y tampoco formaron parte de la denuncia pública y abierta. La guerra sucia desplegada contra la oposición guerrillera en los setenta no ha sido reconocida, y en tanto no lo sea, sus consecuencias tampoco lo serán. Y algunas de ellas, como se ha señalado, se padecen a la fecha. De ahí la necesidad de abordar este tema, poco tratado, o más bien hilado de manera fragmentada y algo aislada.

Existe una cuestión clave para que de ello no se hablara o no se le concediera espacio público alguno y se anunciara. Cuando se desarrolló la guerra sucia, uno era el partido en el poder, y al paso de varias décadas ese mismo partido continuaba en el mismo, y las instancias de justicia estaban copadas desde ese mismo poder. Ni denunciar ni quejarse, porque nada se haría. Además, según se sabe desde los estudios de las represiones en distintos lares, tampoco se escucharía. Y si no hay oídos receptivos, lo enunciado y expresado no tiene eco, resonancia, alguien a quien le genere sentido lo dicho. Así no puede existir comunicación, y si no hay comunicación lo narrado se pierde en el olvido.

Del olvido, de ese tránsito al olvido al que conduce el silencio, es de donde se saca, vía lenguaje, lo ocurrido en ese periodo de la guerra sucia. Reconstruir esos momentos es de lo que trata este trabajo. La reconstrucción se da mediante un ejercicio de memoria, de memoria colectiva para ser más exacto. Desde esta perspectiva, desde este aparato conceptual, el de la memoria colectiva, se reconstruye lo vivido. Esa que insiste en, desde el presente, dar cuenta de lo significativo que aconteció en el pasado, pero que se trae al presente. La memoria colectiva es una visión de grupo, de colectividad, porque se comparten significados y sentidos de lo narrado, de lo que le aconteció a alguna colectividad, en este caso a quienes padecieron la embestida de la guerra sucia. Y lo hacen narrando, porque narrar ha sido una pericia desde tiempos ancestros en que se requería comunicar lo vivido, para sobrevivencia del grupo, para dotarle de identidad y para darle continuidad en el futuro. Narrar lo acontecido, para repeler el olvido, es un ejercicio de memoria colectiva. No como función individual, como dicta la visión dominante en psicología y en algunas perspectivas de las ciencias sociales, sino como proceso social de reconstrucción de un pasado significativo de una colectividad, que trata de dar cuenta, en el presente, de lo ocurrido y que al expresarlo ensancha ese pasado ocultado, opacado o silenciado desde el poder o desde sus instituciones. Que es lo que sucedió, en buena medida, con la represión de los años setenta. Y cuando no se narra, cuando se olvida, quedan huecos, incómodos como son, porque hay un hoyo en el devenir del tiempo, en el transcurrir de una sociedad. No saber qué sucedió en un lapso de tiempo, en términos personales o de una sociedad, resulta perturbador, por eso, como dice la hija de un desaparecido, hay que llenar ese hueco dando cuenta de lo acaecido. Haciendo presente el pasado negado.

En su momento, George Orwell lo dijo: "quien controla el pasado controla el futuro; quien controla el presente controla el pasado". Y en nuestro caso, el presente lo había controlado un grupo, el del Partido Revolucionario Institucional (PRI), hasta el año 2000. A partir de la alternancia en el poder en ese año, se abrieron posibilidades para hablar, y en su caso hacer algo, en torno a los excesos del poder en pasadas décadas. En la carrera por la presidencia, quien a la postre

fuera electo presidente, declaraba que se podía crear una comisión de la verdad que investigara los excesos del pasado; otros, del mismo equipo, dudaban de la viabilidad de la propuesta, los provenientes del sistema priista se opusieron. El tiempo pasó y la posibilidad de una comisión, tipo Sudamérica, se cayó. La Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) emitió un informe a fines del 2001, en el que se daba cuenta de una lista de personas que, según la información, se encuentran desaparecidas. A partir de ese informe se crea la Fiscalía Especial para los Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp) en enero de 2002, con cuya instauración se pretendía arrojar luz sobre lo ocurrido en esos años de la guerra sucia y llevar a juicio a los responsables. Desde un inicio, quienes han luchado por el esclarecimiento de esos hechos y el castigo a los responsables de ello, criticaron tal instancia, por sus limitaciones y su dependencia de la Procuraduría General de la República y, porque, anticipaban, terminaría por convertirse en una cortina de humo que nada aclararía. Efectivamente, eso pasó y, sin haber conseguido una sola sentencia condenatoria por delitos cometidos durante las matanzas del 2 de octubre de 1968, 10 de junio de 1971 o la guerra sucia, que era el objetivo principal al crearla, la disolvieron en marzo de 2007. No obstante, elaboró un informe que se filtró y publicó, en borrador, en una página electrónica. Ahí se proporciona información útil, toda vez que una buena parte de éste se fundamenta en testimonios de sobrevivientes de ese periodo: narraron sus experiencias.

Ánimos de dar versiones sobre lo sucedido, reconstruir la memoria colectiva, de la guerra sucia, los ha habido. Y parece que estos tiempos son mejores que los anteriores, dadas las condiciones que se presentan para esa reconstrucción. Oídos receptores sobre lo que se diga en torno a la represión de los años setenta. En efecto, a partir del 2000, una vez que, sobre el tema, la discusión empezó a generarse, hubo llamados y convocatorias para discutir y rearmar lo antes oculto. Antes, había algunos intentos aislados, pocos testimonios en libros que daban pincelazos, muy buenos algunos de ellos, sobre lo sucedido en tiempos de la represión. Pero a partir del cambio de partido en el poder, los intentos se multiplicaron, fueron más: foros, congresos, encuentros,

reuniones, publicaciones, conferencias, etcétera. Uno de los convocantes a esos encuentros, José Luis Alonso, ha registrado decenas de eventos para reconstruir lo acontecido durante la Segunda Ola Armada en México.

En todo ello lo que está presente es la memoria colectiva, esa que se muestra cuando hay condiciones, cuando las distintas voces se manifiestan para eclipsar el olvido en que se han sumergido los eventos que se han mantenido en silencio, silencio impuesto por el poder, por esa lógica de insensibilidad y necesidad de legitimación. Sí, porque un grupo en el poder, llámese pri-gobierno, se legitimaba ocultando, relegando o silenciando diversos acontecimientos que le resultaban incómodos o que interpelaban su legitimidad. Y el olvido es una manera de encumbrar la historia, cierta historia, al menos la oficial, esa que se enseña en los libros de texto, esa que se recita en los medios masivos, esa que se relata día a día para enaltecer al grupo de poder en turno, grupo que manufactura el olvido en que se sumergirá la sociedad que gobierna. Olvido que contiene; cual hoyo negro, una gran cantidad de versiones de la sociedad que de ser expuestas pluralizarían el pasado de una nación.

Pues bien, los actores de esos tiempos siniestros de represión institucionalizada, los que sufrieron la guerra sucia, están hablando, narrando, dando su versión de lo sucedido, ensanchando el pasado de esta sociedad, que bien lo necesita, porque entre menos versiones existan sobre el pretérito, menos enriquecido y más pobre estará. El enriquecimiento y amplificación del pasado, como se ha mencionado, se logra en buena medida con las narraciones. Esas que van dando cuenta de lo que las personas y las colectividades han sido y son. Pequeñas historias que dibujan un mapa social de recuerdos, por ejemplo. Un tiempo que no tiene acontecimientos en su seno no puede ser narrado, ha dicho Paul Ricoeur, y el tiempo para narrarse debe tener inscritos significados, y los significados son de los que nos hablan esas personas que desean se cubra el hueco de conocimiento de una sociedad. Las narraciones son esas prácticas de producción, son argumentos organizados en torno a una trama que, enmarcadas en un espacio y un tiempo, van revisando lo que a una sociedad le ha acontecido; las narrativas van delineando el mundo pasado, lo van configurando, llenándolo de



contenidos, y esos relatos que se manifiestan sobre la represión de los años setenta, son los que están atravesando el presente trabajo. Efectivamente, las narrativas de quienes pasaron por las prácticas de la guerra sucia, permiten ir zanjando el olvido en que se ha querido mantener este periodo oscuro de este país. Metodológicamente se trabaja con las narrativas generadas por los actores implicados en estos acontecimientos, ya sea de forma oral (es decir, mediante entrevistas, participaciones en mesas, debates o conferencias) o de manera escrita (en una ponencia, algún documento generado ex profeso, una memoria, la transcripción de una presentación, una reseña periodística o un libro), pero siempre partiendo de la palabra, del discurso, de la narración, que los implicados en este fenómeno de golpeo han manifestado. Esa es la materia de trabajo (véase anexo). La mayor parte de estos funcionan como testimonios. Estos testimonios van dialogando con su interlocutor, quien pregunta y/o lee lo que se va narrando, porque las narrativas, bien a bien, son prácticas discursivas que construyen y actualizan la realidad que refieren. Y eso se hace en estas páginas.

Y se hace sin pretensiones de verdad. No se intenta buscar la verdad, las memorias son múltiples, como lo anunció Halbwachs, según se haya vivido y el grupo en que se participó, se trata de ir armando un entramado de significados sobre lo que sucedió tiempo atrás; hurgar en cómo se vivió dichos eventos, dar cuenta en el presente, de la manera como se enfrentó la embestida del Estado mexicano al momento de querer acabar con la guerrilla de entonces. El pasado se hace presente así. Se intenta, en ese sentido, que acontecimientos y procesos se narren y sus significados reconstruyan la guerra sucia. Es la mira de los actores, dicho de manera verbal ex-profeso para esta investigación, o dicho en otro sitio, pero que encaje en el marco de la guerra sucia. No obstante, en mayor medida se recoge la versión de aquellos que padecieron el embate: sobrevivientes y familiares. Los otros, los planificadores y ejecutantes de la represión también dan su versión, no oral pero sí testimoniaron en su momento y su versión está presente. También está presente la mirada de algunos analistas, especialistas del tema que aquí se trata. En alguna parte del trabajo, por el tópico que se aborda en ese momento, como cuando se analiza el papel de la policía política, se carga la

letra del que analiza o del que es especialista. En otros, como cuando se habla de tortura o estancia en la cárcel, por ejemplo, se carga la versión de los que la padecieron. Según el momento será la mirada de los involucrados en el fenómeno estudiado.

Sobre las entrevistas y los testimonios, vale decir lo siguiente. Entrevistas realizadas para este trabajo fueron seis: David Cabañas (Partido de los Pobres), José Luis Alonso (Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo, FRAP), Mario Cartagena, el "Guaymas" (Liga Comunista 23 de Septiembre, LC23S), Tania Ramírez (hija de Rafael Ramírez, desaparecido, LC23S), Ana (organización Hijos de Desaparecidos), Javier Andrade (LC23S). Testimonios escritos, proporcionados para este trabajo, seis: David Cilia (LC23S), Bertha Gutiérrez (Frente Estudiantil Revolucionario), Rosa Carranza (FRAP), Elia Hernández (Movimiento de Acción Revolucionaria, MAR) y dos más que aceptaron que sólo se mencionara su nombre, sin apellido. Oral o escrito, lo testimoniado, narrado, da cuenta de la problemática abordada: la guerra sucia, ese fue el eje de las entrevistas y de los textos. Las entrevistas se trabajaron con ejes temáticos que tenían que ver con la práctica de la guerra sucia y cómo la significaron desde distintos ángulos (ver anexo). Los ejes con los que se trabajó en la tesis, finalmente, se derivaron de lo narrado en las entrevistas y testimonios, así como de la bibliografía revisada. Algunos de los libros, varios, fueron escritos a manera de testimonios y/o memorias por ex-guerrilleros; algunos de estos fueron redactados por Salvador Castañeda (Movimiento de Acción Revolucionaria, MAR), Alberto Ulloa (Liga Espartaco y apoyo del PdIP), Fernando Pineda (MAR), Gustavo Hiraes (LC23S), Agustín Evangelista (Fuerzas Armadas Revolucionarias, FAR, escisión del PdIP), Arturo Gallegos (FAR), Guillermo Robles (FRAP); también diversos testimonios que se reúnen en un libro que coordinó Héctor Ibarra, entre otros materiales escritos. De este material, en buena medida, salen los temas-ejes utilizados para la reconstrucción de la guerra sucia. Para ello hubo de segmentarse las entrevistas, ciertos extractos se usaron en uno u otro eje, dependiendo de su relevancia, significación y narración. En ocasiones fue inevitable que una parte del mismo extracto se colara en dos temas-ejes, dado lo narrado. La reconstrucción

narrativa se realizó sobre la base de la continuidad en el discurso que se enuncia, esto es, se organizaron las respuestas de las narraciones en temas-ejes y, en algunos casos, se encadenaron las respuestas en narrativas colectivas dando cuenta de quién dice qué. Al final, los ejes surgieron de lo revisado en la literatura especializada y de lo narrado en los testimonios. Los contenidos de tales relatos tienen autoría, sea de especialista o de entrevistado o quien algo escribió al respecto.

La relevancia del presente trabajo radica en que la guerrilla ha sido tematizada por su composición, por su ideología, por sus alcances, teniendo en el centro de análisis la configuración y accionar de la propia guerrilla. En otros trabajos se aborda su desenlace, su culminación o, bien, se ha revisitado a partir de la biografía de alguno de sus militantes. O de las diferencias internas y externas que tenían. En otros se da cuenta de la paranoia del gobierno y sus ansias por fortalecer los sistemas de inteligencia. Pero de manera un poco fragmentada, aunque sí se ha hecho, hay trabajos que aportan elementos para caracterizar la guerra sucia que enfrentaron los grupos guerrilleros en los años setenta. Trocitos que permitirían armar esa memoria. Pues bien, este trabajo pretende armar esa memoria resquebrajada y presentarla más ampliada, un poco más en contexto y un poco más como la han significado diversos actores, no sólo los que la padecieron, sino qué dijeron, por ejemplo, los medios de comunicación al respecto. Los cuales jugaron un papel importante en esta gresca violenta.

Bien. Memoria colectiva, narración, guerra sucia, en conjunto la reconstrucción de la guerra sucia en México es el tema del presente trabajo, y va de mediados de los años sesenta a inicios de los ochenta, cuando se señala desaparece la Liga Comunista 23 de Septiembre, guerrilla urbana y clave en este estudio. Señalar este periodo no indica que ni antes ni después no haya guerrilla en México, sólo que el centro del trabajo es esa Segunda Ola Armada que da para más de 300 cuartillas, y los otros periodos darán para mucho más. Pero ese es tema de otro trabajo, que bien se puede entrelazar. La tarea alguien debe realizarla. Por lo pronto, aquí se deja un material como estudio de memoria colectiva de una parte de los movimientos armados en México.

## INTRODUCCIÓN

La memoria colectiva como marco, como perspectiva conceptual y la guerra sucia como objeto de trabajo, esos constituyen los ejes de trabajo de este estudio. Atravesados por las narrativas y contenidos sobre la guerra sucia que algunos actores de ella brindan.

A continuación se presenta la idea general de la tesis *Movimientos armados y guerra sucia en México 1965-1984: una aproximación desde la memoria colectiva*.

El trabajo realiza una reconstrucción del fenómeno denominado guerra sucia que se practicó contra la guerrilla en México en los años sesenta, setenta e inicios de los ochenta del pasado siglo XX. Se realiza, sobre todo, a partir de las narrativas, escritas u orales, de aquellos a quienes se dirigieron las prácticas sucias en este periodo. Se analiza a partir de la perspectiva de la memoria colectiva, esto es, cómo significaron dichos eventos y cómo los reconstruyen desde el presente.

La importancia de este texto radica en que dicho tema se ha trabajado poco, es relativamente nuevo su abordaje en las ciencias sociales, ello en virtud de que la guerra sucia fue un tema olvidado y relegado desde el discurso oficial, lo cual impactó en el tratamiento dentro del marco de la academia. A partir del año dos mil, con el cambio de partido en el gobierno, el tema comenzó a abordarse de manera algo más amplia, en parte porque el discurso oficial permitió que ello sucediera. Foros, reuniones, congresos y publicaciones comenzaron a aparecer. No obstante estos intentos, algunos provenientes desde la propia academia, el hueco dejado en su abordaje no termina de llenarse. En efecto, el tema de la guerra sucia y cómo la padecieron aquellos que siendo campesinos o pertenecientes a movimientos sociales, pero en especial quienes militaron en la guerrilla en los años sesenta y setenta, está por reconstruirse, y ello porque durante años se les negó la posibilidad de expresión y de credibilidad sobre esos eventos dolorosos en el pasado mexicano. Desde el poder se negó que tal represión hubiera existido, de tal suerte que en los libros de texto de historia oficial

ninguna referencia hay al respecto. Omisiones que tendían a constituir el camino del olvido. Ello trajo como consecuencia, en buena medida, que ante el surgimiento de agrupaciones guerrilleras en 1994 y 1996, se asumiera como novedad esa manifestación, pues en amplios sectores de la sociedad se desconocía que décadas atrás existieron grupos guerrilleros en nuestro país. Si la existencia de la guerrilla era desconocida, la manera como el gobierno mexicano enfrentó a estos grupos lo era también.

Pues bien, este trabajo contribuye a llenar ese vacío que sobre este fenómeno denominado guerra sucia, prácticas ilegales y crueles para acotar las acciones de la guerrilla, aún existe. Y lo hace de la siguiente manera:

La tesis contiene cuatro partes con sus respectivos capítulos. La primera parte da cuenta del aparato conceptual: la memoria colectiva y el olvido social. En el capítulo 1, el enfoque de la memoria colectiva, se expone la perspectiva desde la cual se reconstruye el periodo de la guerra sucia. Estos postulados conceptuales se señalan desde una visión, la inaugurada por Maurice Halbwachs, se indica desde dónde se parte y cuáles son los interlocutores, en términos conceptuales. Se caracteriza, con sus marcos sociales, como el tiempo y el espacio, esto es, marcos de significación social que permiten la reconstrucción de eventos pasados, y se hace mediante el lenguaje, artefacto e instrumento mayor en el quehacer de la memoria colectiva. Asimismo, se plantea cómo se reconstruye la memoria con objetos, artefactos, como los cuerpos, de ahí la necesidad de tener los cuerpos de los desaparecidos, para realizar los rituales de despedida. De igual forma, se discute la relación que tiene la memoria colectiva con la historia, sus entrecruces y sus distinciones. En este capítulo se incluye un apartado sobre narrativa y retórica, en el sentido de que la primera es el vehículo para reconstruir la memoria del tema que se estudia, y es una manera que tienen los actores de dar cuenta de esos eventos, en este caso, dolorosos: narran pequeñas historias sobre lo que les ocurrió. Metodológicamente, es el camino de la memoria. Por otro lado, la retórica es ese uso del discurso que hacen los del poder para legitimarse: discursivamente se posicionan y enuncian desde lugares privilegiados, piénsese en el gobierno o en los medios de información como la

televisión, para que su versión de los hechos sea la que predomine al paso del tiempo. Narrativa, por un lado, la de aquellos que sufrieron la guerra sucia; y retórica, desde el otro, aquellos que justificaron la práctica de la represión. En el capítulo 2, se incluye la discusión en torno al olvido social, ello en virtud de que lo que se niega o de lo que no se habla, lo que no se pone en términos de lenguaje, tiende a transitar hacia el olvido. Quizá no sea olvido propiamente, pero es la ruta que lleva al olvido. Y los métodos violentos que el gobierno implementó contra la guerrilla en la Segunda Ola Armada, se ocultaron, se silenciaron y/o se negaron. Se edificaba, para el futuro, el olvido. La secretud y la censura, en este proceso, son materiales con los que se construye el olvido social. Aquí se da cuenta de ello.

La segunda parte da cuenta de la Segunda Ola Armada, para ello se trabajaron 3 capítulos. En el capítulo 1, se describe el contexto político y social de los años sesenta, esto es, se da cuenta del ambiente político en el que surgen los grupos guerrilleros en nuestro país, que lo hacen en medio de una efervescencia de descontento, de expresión de diversos movimientos sociales, médicos, estudiantiles, campesinos, sindicatos, entre otros. El ambiente de protesta y de descontento para con el régimen y sus prácticas corporativas es el telón de fondo de este contexto. En el capítulo 2, el rumbo de las armas, se da cuenta del surgimiento de los grupos armados. Se argumenta que antes de tomar las armas, muchos de los guerrilleros participaron en movimientos sociales, magisteriales y campesinos algunos, estudiantiles otros, y que al obtener como respuesta represión por parte del Estado mexicano, en buena medida fueron orillados a la toma de las armas. En el caso de, por ejemplo, Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, estos tuvieron una amplia participación en el magisterio, en el campesinado y en apuestas electorales, y les fueron cerrando los caminos. Al primero, intentaron asesinarlo, al segundo lo encarcelaron. La sierra fue prácticamente la única ruta que les dejaron. “Nos cansamos”, expresaron en su momento. Algo análogo pasó con la Liga Comunista 23 de Septiembre: muchos de sus integrantes participaron, primero, en movimientos estudiantiles en Sinaloa, en Guadalajara, en Monterrey, en la ciudad de México, y como respuesta las más de las veces obtuvieron violencia. Parte de ese ciclo de movimientos y participación se cerró con las

matanzas estudiantiles de 1968 y 1971. No había otra ruta, que la de las armas, dijeron. En el capítulo 3, Segunda Ola Armada, se presenta a los grupos guerrilleros del periodo revisado. La primera, tuvo su tiempo a inicios del siglo XX, con la Revolución Mexicana, la tercera a fin de siglo con el surgimiento del EZLN y el EPR. La que en este trabajo se revisa, es la Segunda Ola Guerrillera, que inicia en 1965 con el asalto al Cuartel Madera en la sierra de Chihuahua y se diluye con la prácticamente eliminación física de la Liga Comunista 23 de Septiembre, en los primeros años de la década de los ochenta. En este periodo se manifiestan dos tipos de agrupaciones, por un lado la guerrilla rural, como la de Genaro Vázquez y la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y la de Lucio Cabañas y el Partido de los Pobres (PdIP). Por otro lado, la guerrilla urbana, cuya forma más organizada y de mayor alcance, por su presencia en varios estados del país y su número de militantes, es la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S). Se da cuenta de una parte de la actuación de ambos tipos de guerrillas. Se enuncian varias de sus acciones, como los secuestros que realizan para financiar a sus agrupaciones, los asaltos bancarios (que denominan “expropiaciones”), los intentos por coordinarse y crear una organización nacional revolucionaria, las rupturas que se dan, los intentos de insurrección en el norte del país, entre otras cuestiones. En este periodo se manifiestan 33 organizaciones armadas en prácticamente todo el país. Lo cual, por cierto, siempre fue negado por el discurso oficial. En México, decían, no hay guerrilla.

En la tercera parte se reconstruye la memoria colectiva de la guerra sucia. Ahí están los resultados del trabajo de investigación empírica y análisis. En él se realiza la reconstrucción de la guerra sucia a partir de la visión de aquellos que la padecieron. Sobre la base de lo que narran los afectados, varios de los apartados de este trabajo se realizaron. La reconstrucción se efectúa a través de diez temas-ejes. El primer eje, caracteriza la guerra sucia: qué es, en qué consiste, cómo se practicó: esa forma ilegal que el Estado mexicano empleó para combatir a la guerrilla; esos recursos violentos con los que enfrentó a los grupos armados. Esa es la introducción a este capítulo. El eje 2, la ideologización, analiza la manera como distintas esferas del poder, gobierno, militares, medios de comunicación,

operaron para negarle legitimidad a la guerrilla, pues desde un inicio se les caracterizó como delincuentes o terroristas, pero no como luchadores sociales o guerrilleros. Ese es el primer camino que el gobierno usó para enfrentar el surgimiento de la guerrilla: la ideologización. En el eje 3, el Ejército y la DFS, se describe parte de la actuación de la institución castrense en esta guerra sucia. El Ejército operando sobre todo en el campo, combatiendo a la guerrilla rural, lejos de la mirada de la sociedad y de aquellos que pudieran dar cuenta de sus excesos: concentración de poblados enteros, detenciones ilegales, encarcelamientos en zonas militares, retenes violentos, construcción de caminos para transporte militar, uso de programas sociales con fines distintos, y la inauguración de los vuelos de la muerte. En cuanto a la Dirección Federal de Seguridad, se reconstruye parte de su actuación en esta lucha que el Estado mexicano emprendió contra la guerrilla, en especial contra los grupos que operaban en las ciudades, la denominada guerrilla urbana. La DFS actuó sobre todo en las ciudades, enfrentando a la guerrilla a la que primero denigró, luego infiltró para después enfrentarlos con diversos métodos: detenciones ilegales, cárceles clandestinas, torturas, ejecuciones, desapariciones, etcétera. Creó un grupo, la denominada Brigada Blanca (en respuesta a la Brigada Roja de la LC23S) para exterminar a la guerrilla. Y recursos los tuvo a granel, también el total apoyo del presidente en turno. Entre ambas corporaciones, Ejército y DFS, actuaron para eliminar a la guerrilla, según deseos oficiales, los métodos no importaban, sino los resultados.

En el eje 4, cárceles clandestinas, se reconstruye cómo operaban estos sitios de detención ilegal. Lugar emblemático es el Campo Militar Número Uno en la ciudad de México, sitio al que eran llevados los guerrilleros antes de ser presentados ante el ministerio público. Muchos de los desaparecidos fueron vistos ahí por última vez. Otras cárceles clandestinas se encontraban en Guerrero, como la Base Militar Pie de la Cuesta, donde eran llevados los señalados de colaborar con la guerrilla de Lucio Cabañas. Ahí también muchos fueron vistos por última ocasión. El eje 5, la tortura, se narra cómo vivenciaron el maltrato, las vejaciones, la tortura, aquellos que sobrevivieron a este trato cruel. Lo mismo hombres que



mujeres sufrían ese agravio con fines disuasivos, de obtener información y de doblegarlos, además de demostrar quién tenía el poder y de quién dependían sus vidas. Descargas eléctricas, mutilaciones y hasta muerte por esta práctica, fueron algunos de sus componentes. El eje 6, desapariciones, reconstruye pasajes violentos de aquellos que ya no se les miró más, pero que se sabe, por testimonios e incluso documentación oficial ahora disponible, estuvieron en manos del Ejército o de la DFS. Casos emblemáticos, el de Jesús Ibarra Piedra, hijo de la legendaria luchadora social Rosario Ibarra, y el de Ignacio Salas Obregón, dirigente de la LC23S, quienes fueron detenidos por la policía política y sus cuerpos jamás se encontraron. Muchos más corrieron esa suerte. Cientos de casos están documentados. El eje 7, cárcel legal, da cuenta de las vivencias en las cárceles legales. Después de que eran presentados ante el ministerio público y existían legalmente, eran llevados a cárceles en las que sufrían las embestidas del poder: apandos, violencia, simulacros de ejecuciones, traslados a otros sitios para reconocer a compañeros de armas, torturas para que proporcionaran información sobre lo que su grupo afuera hacía, por ejemplo cuando se secuestraba algún personaje y algún integrante del grupo secuestrador estaba preso, éste era sacado del penal y trasladado a otro sitio para torturarlo y sacarle información al respecto. La violencia, aún en esos sitios, continuaba.

El eje 8, destierro, reconstruye cómo decenas de guerrilleros que fueron liberados, tras un secuestro de algún prominente personaje, partieron rumbo a Cuba. Ahí pensaban reorganizarse, pero el gobierno de la isla no lo permitió, los aisló y los vigiló. Más de 50 guerrilleros vivieron en la isla y su retorno sólo fue posible cuando la amnistía de 1978 se los permitió. En el eje 9, aniquilar la guerrilla, se reconstruye la estrategia que el gobierno mexicano siguió para enfrentar a la guerrilla: la guerra sucia. Fórmula que tendió, desde un inicio, al aniquilamiento de los grupos armados, a su eliminación física no importando los métodos. Se hizo uso de instituciones, como el poder judicial, de aliados, como la prensa, de personajes de izquierda, como algunos exiliados sudamericanos, se echó mano de una gran cantidad de recursos para exterminar a los grupos armados. Una violencia institucional exacerbada. Finalmente, lo que dejó la guerra

sucia: más de mil personas entre caídos en enfrentamientos y desaparecidos; cementerios clandestinos, marcas en el cuerpo y cuerpos destrozados, ejecutados al salir de la cárcel; organizaciones de derechos humanos creadas en ese momento para defender a los presos; y mucho dolor: familias destrozadas, búsquedas incesantes del ser amado, espera del retorno del desaparecido, y gritos de “vivos se los llevaron, vivos los queremos”. Los costos aún se siguen registrando. En eso se está.

El eje 10, un balance, otra mirada, permite realizar un arqueo desde otro ángulo: el poder quebrantado, la crisis de legitimidad y consenso que representa la actuación de la guerrilla y su consecuente puesta en escena de la política de terror, el Estado de corte autoritario y la falta de reconocimiento de la guerrilla como actor social. Un breve análisis en este eje se realiza al respecto.

La cuarta parte brinda las conclusiones: la discusión incesante entre recordar y olvidar, entre silencio y lenguaje, entre memoria y olvido.

I. PRIMERA PARTE:  
MEMORIA COLECTIVA Y OLVIDO SOCIAL

## 1. DESDE DÓNDE RECONSTRUIR LA REALIDAD: EL ENFOQUE DE LA MEMORIA COLECTIVA

La memoria no siempre ha sido tratada y trabajada como una facultad mental, como una actividad individual, ese ha sido un invento del siglo XX que insistió en hablar de los procesos psicológicos superiores como si de mecanismos individuales se tratara. La visión de la memoria que insiste en que es menos una facultad individual y más un proceso de edificación cultural, esto es, que es colectiva, se expuso a principios del siglo XX, y tiene sus antecedentes en la concepción griega de los lugares y las imágenes (los primeros como emplazamientos y las segundas como contenidos de los sitios para su recuperación) y la tradición judía (desde el indicativo de “no olvidarás” hasta la cultura oral y las prácticas por las que se mantiene la memoria alejada de la Historia) en torno al trato y explicación del recuerdo. No obstante estos planteamientos, la versión de la memoria colectiva fue relegada, algo olvidada, y no es sino hasta la década de los ochenta del siglo XX que se reintroduce la noción y, en los noventa, que diversos trabajos comienzan a exponerse, recuperando a los autores iniciales que plantearon dicha perspectiva al tiempo que introducían a otros para la retematización de esta perspectiva. Cuestiones como los marcos sociales -tiempo y espacio-, son nuevamente tomados en consideración; el lenguaje se reconoce como instrumento de construcción de la memoria; elementos como los monumentos o los signos cotidianos, son enunciados como artefactos de la memoria. La memoria colectiva, desde esta reflexión, se mantiene y transmite mediante diversas prácticas y comunicaciones de eventos significativos para una colectividad. Dotar de continuidad al pasado con el presente y la conformación de la identidad, personal o colectiva, se percata como una de sus funciones. Edifica la realidad, toda vez que es “constituyente” (Manero y Soto, 2005).

La perspectiva que en este trabajo se asume y postula, es la de la memoria colectiva inaugurada por Maurice Halbwachs, alimentada por trabajos de Charles Blondel, Frederic Bartlett y Lev Vygotsky. No se parte de la noción individualista y

psicologizante, que es la visión dominante en psicología y en una buena parte de las ciencias sociales. Para dar cuenta de esta visión, se plantea que los interlocutores son aquellos textos, más que autores, que argumentan y/o discuten la noción de memoria colectiva propuesta por Halbwachs. Asimismo, se tematiza la visión social, cultural, semiótica, de la memoria, y menos la que argumenta ésta como facultad o como propiedad del individuo. Esa se pone de manifiesto en muchos manuales, pero no es del interés para el presente trabajo, toda vez que reduciría la visión de trabajo de reconstrucción de un tema como la guerra sucia, que exige una perspectiva más amplia y colectiva.

### **1. 1 Memoria contenida en marcos**

La memoria es colectiva, siquiera por los marcos en que se contiene, como el espacio, el tiempo y el lenguaje; por puntos de apoyo como la afectividad, la música, la familia y la religión, sobre la base de los cuales se construye, porque son eso, marcos, en los que se contienen, en los que cobran sentido los acontecimientos que han de ser dignos de mantenerse para después comunicarse. Los marcos sociales posibilitan estabilidad, porque son puntos fijos, coordenadas que permiten contener, y por ello el contenido puede modificarse, pero los marcos, fijos como son, se mantienen: “son aquello fijo donde puede apoyarse lo que se mueve” (Fernández Christlieb, 1994a: 95). Halbwachs sabía de eso y por eso intituló el primero de sus libros sobre el tema como *Marcos sociales de la memoria*, y en su trabajo póstumo dedica capítulos enteros a hablar del tiempo, el espacio y el lenguaje, porque es con ellos que la memoria se posibilita. Los marcos son, entonces, más sociales y simbólicos que físicos o secuenciales: son significativos en la medida que se convienen colectivamente y que se estipulan para las colectividades: una fecha y un lugar resultan de interés para la gente en la medida que les “dicen” algo, que los interpelan, que les comunican algo significativo, de lo contrario serían fechas y lugares distantes, sin interés, ajenos e incommunicables. La esquina del barrio puede tener sentido para las bandas que en ella se reúnen, y ser ajena para los visitantes o adultos de la zona; el 2 de octubre puede resultar relevante para los estudiantes y la izquierda y no

para las secretarías y los conservadores. Así son los marcos, posibilitan, y así son los sentidos, hacen sentir los momentos y los sitios.

### 1. 1. 1 El espacio

En el caso del espacio existe un largo antecedente, pues las reglas que los antiguos pensadores griegos establecían para lo que denominaron el arte de la memoria tenía como uno de sus ejes al *loci* o lugares donde se imprimían imágenes que luego se recordarían. Frances Yates (1966: 15), estudiosa de la memoria, para describir y evocar a un estudiante de ese arte, lo pone en los siguientes términos: “Hemos de pensar al orador antiguo como desplazándose, en su imaginación, a través de su edificio de la memoria *mientras* hace su discurso, sacando de los lugares memorizados las imágenes que ha alojado en ellos”. Eso ocurría de esa manera hace más de veinte siglos, y no sucede algo distinto en la actualidad. En efecto, dos milenios después de las imágenes a las que se hace alusión, puede señalarse que son los lugares, como cuadro social, los que posibilitan a la memoria colectiva, y si los sitios se visitaban metafóricamente allá con los griegos, acá en la cotidianeidad se cumplimentan literalmente: banquetas, esquinas, casas derrumbadas, ruinas, panteones y otros museos que almacenan la memoria.

Ello ocurre así debido a que el espacio, en este caso, es “el significado que adquieren un conjunto de dimensiones en las que se vive”; y a la inversa: “dimensiones que condicionan en función de sus características, la forma de vivir que se produce en su interior” (Torrijos, 1988: 19-20). Por lo tanto, el espacio es menos natural y más uno social y transformado. Puede aseverarse que al espacio como territorio y orientación le corresponde una expresión simbólica, donde entra el lenguaje y las relaciones que en él se establecen (Fernández Christlieb, 1991), por eso los grupos sienten “suyos” ciertos emplazamientos, porque los habitan y usan: los significan. Efectivamente, de ahí que pueda hablarse de “entorno significativo” ese donde “los sucesos cobran importancia de forma relativa al grado en que nos afecten, a que nos sean más o menos cercanos” (Torrijos, 1988: 23). En consecuencia con estas reflexiones, y en el marco que nos ocupa, las

colectividades, que poseen una memoria cultural, transforman el espacio de un modo profundo y duradero: "Cuando un grupo se inserta en una parte del espacio, la transforma a su imagen, pero al mismo tiempo se pliega y se adapta a las cosas materiales que se le resisten. El grupo se encierra dentro del marco que ha construido. La imagen del entorno y las relaciones estables que se entablan con él pasan al primer plano en la idea que el grupo se hace de sí mismo. Esta idea penetra todos los elementos de su conciencia, y detiene y reglamenta su evolución. La imagen de las cosas participa de la inercia de ellas" (Halbwachs, 1950a:132).

Los lugares, entonces, cobran sentido en función de lo que ahí se ha experimentado y guardado, como si fuera un recipiente, receptáculo, que permite que se alberguen sucesos con sentido, y ahí han de quedarse para su posterior recuperación, por ejemplo para ser narrados verbalmente o mediante la escritura. Ese es el sentido que cobran las placas conmemorativas a las que alude Pierre Nora, y por eso habla de lugares de memoria. En todo caso, la memoria en cuanto a ubicación de objetos consiste en recordar algo en un cierto espacio (DeLoache y Brown, 1997). Las imágenes, por su parte, siguen siendo las mismas que se depositan en tales emplazamientos, pero ahora como vivencias que se recuerdan. Ello acontece porque es en los lugares donde las experiencias se guardan, sea en los rincones, en los parques, en los edificios, en las plazas, en los salones, en los cafés, en las celdas o en cualquier otro sitio donde los grupos viven su realidad y, por tanto, ahí significan sus experiencias. Por eso es que las personas que vuelven al sitio donde experimentaron un evento significativo en el pasado, se sienten asaltados por la sensación de ese entonces, el recuerdo les llega, como sin aviso, porque efectivamente el recuerdo no lo traían en la cabeza, sino que se posibilita por virtud del marco social, en este caso el espacio, el *loci*, el lugar. También por la memoria en el espacio ocurre que los habitantes de un edificio a punto de derruirse se niegan a desalojarlo, porque implica dejar sus recuerdos en ese sitio, y los recuerdos son una vida, y sin ella nada se puede hacer; o el grupo de amigos que ha experimentado durante años ciertas hazañas, se niega a abandonar su esquina porque ahí está depositada su experiencia. De ahí que no

resulte gratuito enunciar que “los lugares traen recuerdos”, porque exactamente así sucede, lo cual saben perfectamente los grupos que demandan o levantan monumentos o “placas conmemorativas” en lugares significativos, como la Plaza de Tlatelolco en México, para recordar a los estudiantes muertos en 1968, o una casa de seguridad de algún grupo clandestino o guerrillero que después puede ser convertido en museo: son estos sitios donde los grupos y las colectividades conservan y rondan su memoria.

### **1. 1. 2 El tiempo**

Puede hablarse de “ritmo común” y de un tiempo compartido: el tiempo no es ni demasiado lento ni demasiado rápido: son los pensamientos y las prácticas que lo habitan quienes lo dotan de apresuramiento o lentitud, según los requerimientos de la vida social, urbana y rural, por citar dos casos. Así, por ilustrar, los acontecimientos en la vida urbana son más numerosos pero a la vez más breves. Pero el pensamiento que intenta recuperar ciertos recuerdos se mueve de la misma manera, por eso resultan accesibles los eventos pasados, y porque el grupo en el que se inscriben los acontecimientos sigue de alguna manera con contactos que así los posibilitan. Síntoma del pensamiento lento y el rápido: cuando en múltiples relatos de la cultura judía, sobre todo en los siglos posteriores a la Edad Media no se intenta encontrar novedad alguna, en el fondo lo que encontramos es una “pronunciada tendencia a incorporar los nuevos acontecimientos, incluso los más importantes a arquetipos familiares, porque incluso los más terribles acontecimientos cuando se ven dentro de los antiguos patrones son, de alguna manera, menos aterrizantes que en su desconcertante especificidad” (Yerushalmi, 1982/2002: 41).

Ahora bien, “es dentro del tiempo de un grupo dado donde el espíritu busca reencontrar o reconstruir el recuerdo y es en el tiempo donde encuentra su apoyo”, argumentará Halbwachs (1950b: 122), y ello porque el tiempo juega ese papel en la medida en que “nos lo representamos como un medio continuo que no ha cambiado y que ha permanecido tal cual entre el ayer y el hoy, de forma que podemos encontrar el ayer en el hoy”. Ciertamente, así como ocurre con el



espacio sucede otro tanto con el tiempo que se traduce empíricamente en fechas, mismas que guardan eventos significativos para su posterior conmemoración (Fernández Christlieb, 1991; 1994a). La temporalidad, en esta perspectiva, no es lineal, no es el tiempo cronológico, no es el que marcan los relojes para abordar los aviones o los trenes; es otro, que se contiene a la par del anterior en la realidad social: es un tiempo sentido y significado, que vale la pena conmemorar. Y es que, en efecto, el tiempo vivido no se detiene, pero los significados de ciertos eventos que se endosan a ciertos periodos, años, meses, días o momentos, permanecen para su comunicación y posterior recuerdo, incluso por generaciones que aún no están presentes. Las fechas no tienen significado alguno por sí mismas, toda vez que hay que dotarles de algún sentido, por eso es que determinadas sociedades dividen su tiempo con un tipo de calendario específico: el cíclico en el mundo mesoamericano, el calendario cristiano para la era común o uno distinto para los judíos (Yerushalmi, 1982/2002), inscribiendo en ellos momentos y eventos que han de perdurar y, así, puede hablarse de la existencia de tantos tiempos como grupos que los signifiquen, razón por la que ocurre que el tiempo en cierto grupo es “el que debe de ser y los hombres que pertenecen a él lo piensan según la marcha de sus necesidades y de sus tradiciones” (Halbwachs, 1950a: 113), siendo estas tonalidades las que le dan vida al tiempo que de otra forma sería estático. Por eso sentencia Halbwachs: “El tiempo no es real más que en la medida que tiene un contenido, en la medida que ofrece una materia de acontecimientos al pensamiento” (: 129). Es lo mismo que argumentaba Bachelard (1932: 36) que “el tiempo no es nada si en él no ocurre nada”; y la materia con que se nutre son los acontecimientos significativos que un grupo vivencia y comunica, y que pueden expresarse en fechas tipo aniversarios, gestas de independencia, inicios de las sublevaciones, el momento en que un grupo o guerrilla se conforma, inauguraciones de establecimientos, santorales de los barrios o el inicio de una revuelta como la del Cuartel Madera en México o el primero de enero zapatista; en tal caso, existen múltiples conmemoraciones que para un grupo o sociedad adquieren sentido y alrededor de las cuales se unifican.

Las fechas, entonces, se han convertido en tiempos de la memoria que posibilitan que un grupo o sociedad se conciba con tradición, con pasado, con identidad, es decir, que se reconozca como tal. Por eso puede argumentarse: “El tiempo que ha vivido el grupo es un medio semidespersonalizado en el que podemos situar el lugar de más de un acontecimiento pasado porque cada uno de ellos tiene una significación con relación al conjunto” (Halbwachs, 1950b: 125). Comoquiera, el tiempo social, el de la memoria, se manifiesta en las prácticas conmemorativas de acontecimientos significativos, fiestas familiares, celebraciones de aniversarios, etcétera.

### 1. 1. 3 El lenguaje: marco e instrumento

Así como la memoria se contiene en marcos, recurre también a instrumentos para edificarse, y el más acabado y a la vez marco central de la memoria colectiva, es el *lenguaje*, y con éste, sea oral, pictográfico o escrito, se construyen, se mantienen y transmiten los contenidos y significados de la memoria (Vygotsky, 1930; Halbwachs, 1950a). Ello porque el lenguaje es el marco más “estable”, dada su posibilidad de anclaje: “el lenguaje representa uno de los poderes conservadores más firmes de la cultura. Sin este conservatismo no llegaría a cumplir su misión principal, la comunicación” (Cassirer, 1944: 330), cosa que los grupos que recuerdan reivindican plenamente, por eso es que la memoria en buena medida depende del lenguaje y su comunicación. Razón ésta por la que Blondel (1928: 104) afirmaba que “el lenguaje es el *espacio social* de las ideas”, que es una “cosa social”, que es un asunto de la colectividad: “Primero viene la palabra, luego la idea, después, algunas veces, la cosa. Ésta no sería para nosotros lo que es, sin la idea que tenemos de ella, ni la idea sin la palabra”. En efecto, el lenguaje no es concebible por fuera de la sociedad: “Sin él no habría sistema conceptual, no sólo posible, pero ni siquiera imaginable. Por consiguiente, ningún sistema conceptual es realizable fuera de la colectividad” (: 96). En todos los estudiosos originarios de la memoria (Halbwachs, 1925; 1950a; Blondel, 1928; Vygotsky, 1930; Bartlett, 1932) existe una relación entre lenguaje y memoria. No podía ser de otro modo, toda vez que para comunicar los significados hay que

recurrir al lenguaje, esa creación cultural que permite acordarnos de algo: "los hombres que viven en sociedad usan palabras de las cuales comprenden el sentido: ésta es la condición del pensamiento colectivo", y es que cada palabra que se comprende se ve "acompañada de recuerdos, y no hay recuerdos a los que no podamos hacerles corresponder palabras. Hablamos de nuestros recuerdos antes de evocarlos; así es el lenguaje, y así es todo el sistema de convenciones que le son solidarias, las cuales nos permiten a cada instante reconstruir nuestro pasado" (Halbwachs, 1950a: 279).

En efecto, para comunicar los significados hay que recurrir al lenguaje, ese producto social que habilita acordarnos de algo: "La memoria se abre paso a través de la verbalización, sólo como uno de sus numerosos caminos" (Calveiro, 2001: 18-19), no obstante que las "formas de la memoria puedan exceder la palabra misma", y aunque haya una memoria imborrable e incluso innombrable y se manifieste de distintas formas "se la llama y se la modela desde el lenguaje", de ahí que Vygotsky (1930) asegurara que la memoria es verbal, se encuentra mediada y se ayuda de los signos. Y también es la razón que esgrime Paul Ricoeur (1999) cuando habla de "memoria declarativa", puesto que ésta alude siempre a algo, declara: "Decir que nos acordamos de algo, es declarar que hemos visto, escuchado, sabido o aprehendido algo, y esta memoria declarativa se expresa en el lenguaje de todos, insertándose, al mismo tiempo, en la memoria colectiva" (: 27). Nuevamente es Blondel quien argumenta: "Desde que se percibe un objeto, se nombra, y el nombre que evoca reacciona sobre la percepción que tenemos de él atrayéndolo a ese mundo de relaciones lógicas que es precisamente el mundo de las palabras" (1928: 126). Y aunque el lenguaje que usamos en la cotidianeidad no totaliza la realidad simbólica colectiva, sí "constituye el pensamiento colectivo", es decir, "la interpretación, definición, opinión, concepción, que la colectividad tiene de sí misma" (Fernández Christlieb, 1994b: 79). Y en éste se inscribe buena parte de la realidad social, pasada y presente, que es la memoria. Y tal importancia radica, por ejemplo en la reconstrucción de la actuación de la guerrilla en México, en que no da igual que a un guerrillero lo nombren como "luchador social" que como "terrorista". Son

significaciones distintas y se les enfrenta de manera diferente según se les enuncie.

## **1. 2 La residencia de la memoria: los artefactos**

El lenguaje no es el único artefacto de la memoria, pues existen otros, creados y organizados con la intención de comunicar el presente y pasado de una cultura a futuras sociedades que aún no existen. Existen objetos permanentes “creados especialmente para ayudarnos a recordar”: esa es su función, y en tanto producciones sociales existe una significación personal o colectiva sobre los objetos del mundo material, y como imágenes materiales una función de los artefactos es: “facilitar la relación entre actitudes e intereses que constriñen y guían los recuerdos de los afectados” (Radley, 1990: 72). Bakhurst (1997: 129) aducirá que un “objeto existe como un artefacto en virtud de una cierta significación social, o significado, con el que su forma física ha sido dotada, y es este hecho lo que se perdería en una descripción puramente física”, de tal suerte que “las formas sociales de la actividad se han objetivado en la forma de una cosa y han elevado de esa forma un trozo de naturaleza en bruto a un objeto con una clase especial de significado”. En efecto, en esta tesitura, cobra sentido la expresión de que “ser una criatura capaz de pensar es ser capaz de relacionarse con el mundo *como* con un objeto del pensamiento” (: 130), *i. e.*, se relaciona con instancias más allá de lo físico, donde hay significados, sentidos, valores y razones: los artefactos son, en cierta medida, instrumentos para las personas (Lang, 1997), mediadores de los que hablaba Vygotsky (1931: 248): memoria con artefactos, así denomina la “mnemotécnica”, en tanto que comprende “todos los procedimientos de memorización que incluyen la utilización de ciertos medios técnicos externos y están dirigidos a dominar la propia memoria”. También la denomina memoria “mediada”. En todo caso, el artefacto tiene una función instrumental: “es la orientación general de la operación que usa el signo y la introducción del signo en calidad de medio en la operación de memorización” (: 252).

Fernández Arenas (1988) ha definido al artefacto también como obra de arte, por tanto, como el medio de alcanzar una finalidad: "la interacción entre la obra y su receptor" (: 9). Ciertamente, porque lo que queda de una cultura, de un periodo, de una sociedad remota, en muchas ocasiones, son solamente algunos objetos, y una parte de esos artefactos es lo que en otro momento se denominó arte, y en ocasiones el arte efímero, el que en su momento pasa muchas veces inadvertido, puede devenir artefacto de la memoria (Fernández Christlieb, 2003; Radley, 1990), como sucede también con los archivos y los museos, las galerías y las bibliotecas (Radley, 1990; Middleton y Edwards, 1990); o los monumentos que, etimológicamente, llevan al recuerdo y a la duración, de ahí que al aludir a los monumentos se haga referencia a la permanencia (Gómez de Silva, 1985; Auge, 1992). Efectivamente: "los museos, al igual que otros edificios de la comunidad (catedrales, ayuntamientos, castillos) son almacenes de objetos que existen como artefactos especiales y en referencia a los cuales se pueden interpretar y entender las épocas pasadas", y en tales casos "la gente no recuerda una serie de hechos personales que afectaron a su propia vida sino que disfruta de 'un sentido del pasado' mediante la comprensión de una historia que parece haber sido creada por otros" (Radley, 1990: 64). Como lo enuncian Vygotsky (1930) y Florescano (1987): la humanidad ha levantado monumentos, ha creado instrumentos y artefactos para recordar: desde los nudos de los pañuelos hasta pirámides y ciudades, o cementerios, que a su vez son lugares y monumentos de la memoria, e indican épocas de una sociedad.

Los objetos materiales están organizados de tal forma que permiten el recuerdo, ello ocurre en situaciones amplias y en el mundo doméstico, como la casa, y es ese entorno organizado el que facilita "no sólo lo que debería recordarse", sino incluso "cómo debería conducirse este recuerdo" (Radley, 1990: 64), y en ocasiones es lo que permite encontrar continuidad entre un pasado no vivido y el presente experimentado; y es que, los objetos son usados para establecer "un vínculo con el pasado", lo cual ayuda a la manutención de la identidad de las colectividades. Así, los objetos reunidos, por ejemplo los de los museos, posibilitan "evocar un cierto sentido del tiempo y el lugar" al que

pertenecen o han pertenecido. Pero no sólo los museos permiten evocar, múltiples objetos lo hacen: edificios, fotografías, casas, muros, pinturas, música, grabados, láminas, estatuas, medallas, calendarios, cartas, placas, discos, cassetes, y otros tantos objetos cotidianos: en cierto momento algún objeto "aparece" y la gente se detiene tratando de encontrar una historia, un pasado, una explicación, y entonces evoca; así se aparecen algunos objetos, pero otros están en "un mundo materialmente ordenado", son deliberadamente organizados con la pretensión de mantener el sentido de un pasado, personal o colectivo, pero también, mitos, ideologías o sueños o hasta el significado de toda una cultura, como sucede con múltiples indicios (de muchas culturas). Pero ello implica la sobrevivencia, el apartamiento y alejamiento de sus momentos primeros, de su creación, y llegar a otros tiempos o espacios y entonces significarse o resignificarse para adquirir sentido, comprensión en un nuevo contexto, lo cual permitirá, entonces, recordar.

Comoquiera, los instrumentos y artefactos de la memoria tienen su propio pasado, el devenir mismo de la humanidad, y de acuerdo a las circunstancias se van adecuando o modificando, no así su intención, que en todo momento es comunicar para no caer en el olvido. En este ejercicio de comunicación mediante artefactos se inscriben la literatura y el cine, incorporaciones relativamente recientes para la reconstrucción de la memoria de ciertos periodos oscuros de una sociedad. Sobre la literatura se ha mencionado su utilidad "para conjurar el olvido y enfrentarse a la necesidad y/o imposibilidad de transmitir, de relatar, de contar y ser entendido. Pero no sólo eso, también para ser creído" (Vázquez, 2001: 34). Con respecto al cine, éste ha contribuido "no sólo a la construcción de diferentes memorias sino que, incluso, ha cambiado nuestra forma de recordar: cambiando los contenidos de nuestra memoria, cambiando nuestra propia memoria" (: 35). En conjunto, literatura y cine pueden aportarnos una comprensión sobre un aspecto que para Halbwachs era central, y del que muchas veces el discurso científico por sus características no puede dar cuenta: lo vivencial. Un claro ejemplo de la memoria con artefactos y literatura lo propone Italo Calvino (1972) en *Las ciudades invisibles*, donde el viajero para dar cuenta de lo que encontraba en sus viajes tiene que sacar objetos para narrar lo que ha encontrado, y sólo después

cae en el uso de las palabras; pero los objetos por sí mismos difícilmente significan, hay que endosarles experiencia o significación y después narrar, para dar cuenta del pasado.

Una cuestión última: las tumbas, cementerios y los cuerpos de las personas devienen artefactos de la memoria, sin ellos es difícil realizar los ritos alrededor de los que se han ido. Sin cuerpos, de por ejemplo desaparecidos políticos, no hay duelo, pues no se sabe qué sucedió con ellos. Y tampoco hay sitio donde se les conmemore, esa es la importancia de la entrega de los cuerpos de los guerrilleros desaparecidos en los años setenta en México. Los cuerpos como artefactos.

### **1. 3 Prácticas sociales de conmemoración**

Una de las principales características de la memoria es nombrar lo ausente, lo que aconteció, pero que de alguna manera sigue estando presente, toda vez que se le otorga un sentido a lo que experimentó una colectividad o sociedad. Y una de las maneras que la memoria tiene para mantenerse en continuidad es mediante las prácticas sociales, esas formas repetidas de conmemoración que actualiza una parte del pasado. Tales prácticas si bien no se generan en el seno del grupo presente (toda vez que vienen de un tiempo anterior), sí es ahí donde se actualizan reivindicando sucesos del pasado mediante fechas, rituales, conmemoraciones, discursos, manifestaciones en lugares que han sido importantes y se han ganado un sitio dentro de la colectividad. La forma en que se lleva a cabo también es colectiva. Así, las prácticas sociales de conmemoración aluden a eventos colectivos como los ritos, ceremonias y festividades que corresponden a una tradición. Lo que se celebra y lo que se recuerda a través de ellas "no es el hecho de que ya no existe más, sino el hecho de que alguna vez existió" (Ricoeur, 1999: 28), que formó parte importante de la existencia de los antepasados y que ahora se extiende hasta el momento presente, para que los nuevos integrantes de una sociedad se identifiquen, se apropien de algo que los precedió y lo restauren aunque sea a su manera empleando elementos novedosos, toda vez que aquello que perdura no es el fiel reflejo, sino el significado del pasado (Mead, 1929). En rigor, lo que se conserva es una

sociedad, y cada vez que se recuerda se traen nuevamente esas cosas que otros han edificado, que han concebido y ahora se lucha porque ocurra lo mismo en un futuro (Díaz y Albarrán, 2004).

En todo ello no hay sino un reconstruir viejos usos para darles un nuevo rumbo, una reinterpretación renovada, una lectura que alude tanto al pasado como a las condiciones que se viven en el presente. Son, justamente, las prácticas las que nos unen con el pasado y con los antepasados, manteniendo vínculos con generaciones que ya no están, pero cuyo significado permanece (Ricoeur, 1999; Radley, 1990). En este ejercicio de comunión se está apostando a un proyecto de continuidad, a que lo hecho por otros no desaparezca junto con ellos, porque se trata de que lo importante no pase desapercibido, que los que no saben se enteren de lo acontecido: la tradición va en este sentido, pues su encomienda es la transmisión de la memoria, que se realiza, por ejemplo, con el propio andar cotidiano representado por los lugares y los días comunes, y se concreta con eventos que se presentan con cierta periodicidad y que en ocasiones anuncian el principio de un ciclo, el fin de una temporada o el reforzamiento de un festejo o actividad. Las más de las veces tales conmemoraciones no se encuentran en el discurso ni en la crónica oficial, porque la memoria es así, múltiple, diversa y en no muy pocos casos disidente.

“Las sociedades tradicionalmente se han valido del festejo o la celebración para conmemorar. Hay una cierta inclinación por la fiesta que adquiere el carácter de rito en tanto intenta mantener o alentar tradiciones con una constancia y periodicidad infalibles” (Díaz y Albarrán, 2004: 155-156), y el caso mexicano se caracteriza justamente por celebrar casi tantas fiestas como fechas tiene el calendario. Podemos encontrar: las conmemoraciones con un marco fijo, las que no tienen fecha fija, las que reivindican un pasado aunque no se remiten a un origen, las que remiten a un ámbito local y las de alcance nacional. Todas ellas pueden, en todo caso, agruparse genéricamente en: a) *familiares*, que celebran lazos de parentesco, muestra de ello lo constituyen el día de la madre, del padre, del niño; otras prácticas, no obstante, festejan el momento fundacional de una sociedad, ese primer momento donde un colectivo nace, como el aniversario de



bodas de la sociedad de dos. b) están, también las de carácter *laboral*, relacionadas con actividades de alguna profesión u oficio que identifica a un colectivo y merecen ser recordadas un día al año; puede hablarse del día del maestro o de la secretaria, o el día del albañil de arraigo popular. El día del trabajo bien podría enmarcar estas fechas, celebración por lo demás muy simbólica de la lucha obrera aunque en muchos casos ya institucionalizada. c) Se encuentran, asimismo, las de orden *cívico*, que rememoran ciertas batallas, héroes o hazañas que una sociedad reivindica para su cohesión, y que tienen un arraigo entre la gente común, porque “la historia (más que los hechos históricos) puede convertirse en un objeto de co-rememoración y discusión de sentido común” (Billig, 1990: 90); ciertamente, “en los grandes acontecimientos, la temporalidad se comprime: pasado y presente elaboran el libreto para la rememoración futura”, por ello es que se intenta impregnar de un matiz particular al evento que a la postre identificará a la sociedad” (Jelin, 2002: 245). Puede pensarse, en términos culturales, por caso, el 12 de octubre, día de la raza. d) Encontramos, igualmente, las *religiosas*, que por diversas vías rinden culto y tienen un raigambre profundo en la sociedad mexicana; algunas de anclaje en el mundo prehispánico y otras del sincretismo con el mundo cristiano: puede pensarse en el día de muertos en el primer caso, y en la veneración a la Virgen de Guadalupe, en el segundo. e) Finalmente se encuentran las *reivindicativas*, al respecto puede argumentarse que las anteriores también lo son, no obstante estas últimas se distinguen por el intento de reivindicar eso que la mayoría no hace, es decir, todavía intentan transmitirle a la sociedad en su conjunto una memoria que le compete, en ese intento podemos encontrar las manifestaciones del 2 de octubre, las del orgullo lésbico-gay, las del 8 de marzo. Se trata de prácticas minoritarias, toda vez que sin importar qué tan numeroso es el colectivo que las conmemora, son propias de grupos que no gozan de reconocimiento, ni detentan alguna especie de poder con el resto de las personas. Son fechas no oficiales, porque precisamente encuentran su razón de ser en la denuncia o en la protesta. El 2 de octubre no es el día oficial de los movimientos estudiantiles pero es la fecha en que salen a marchar los estudiantes de antaño y los de ahora en protesta por la masacre de Tlatelolco de

aquel 1968; el 18 de mayo se realizan actividades para conmemorar la ocasión en que Lucio Cabañas tomó el rumbo de las armas; cada primer sábado de mes familiares de desaparecidos realizan un acto de protesta para exigir la presentación de sus allegados, y lo hacen frente al Poder Judicial. La conmemoración hace presente lo ausente, presente el pasado. Ciertos eventos.

En todo esto “el pasado asalta al presente, se crean lazos y puentes que dan sentido de continuidad, se asumen hechos, irrumpen versiones que confrontan a las oficiales. Se siguen los rastros de una sociedad que aún tiene golpes que no sanan, para los cuales el único remedio es el recuerdo, pues lo que se pide es reconocimiento que implica un lugar en la memoria y, por tanto, la posibilidad de que esa sociedad persista” (Albarrán y Díaz, 2004: 162). En estas prácticas la gente puede reconocerse: lo que se conmemora resulta familiar, la gente bien puede identificarse y reflejarse, y puede encontrar un origen y a la vez un rumbo. Lo cierto es que en todas existe un marco de la memoria: el tiempo. El hecho de celebrarlas determinados días, les provee de la suficiente estabilidad para facilitar su recuerdo. Por otro lado, si además se acude siempre al mismo espacio, la conmemoración adquirirá mayor firmeza toda vez que tiempo y espacio son elementos insoslayables en el proceso de recordar.

#### **1. 4 La comunicación: narrativa, retórica y discursos**

La capacidad que tienen las colectividades para narrar sus experiencias, es un instrumento para proporcionar significados que atraviesan una buena parte de la vida en una cultura, “desde los soliloquios a la hora de dormir hasta los testimonios de los testigos en un sistema legal” (Bruner, 1990: 98-99). En más de un caso, narración y oralidad confluyen para reconstruir experiencias pasadas, y así reordenan el proceso social de una colectividad lo cual, en cierta medida, le da vigencia a anteriores prácticas, saberes y procedimientos: “Con el tiempo, el compartir historias comunes crea una comunidad de interpretación” (Bruner, 2002: 45), lo cual se vuelve necesario puesto que en la comunicación debe haber una cierta acogida, un recibimiento, un oído atento, para que la memoria pueda legarse, pues de lo contrario sólo se informaría y no necesariamente se entendería o

comprendería lo que se narra, que fue lo que le ocurrió a Primo Levi (1958), sobreviviente de los campos de exterminio nazi, quien narró sus experiencias de presidiario en el libro *Si esto es un hombre*, libro que no tuvo buena recepción: no gozó de notoriedad ni de comprensión. Quizá por eso es que otro sobreviviente de esos campos, y alumno de Halbwachs, Jorge Semprún, advirtió que la comprensión esencial de las experiencias de las tragedias “sólo lo es mediante la escritura literaria”, un cierto tipo de narrativa (1995: 141). Por ello, tal vez, se ha dicho que se escribe porque se quiere comunicar (Corcuera, 1997). Precisamente, esa es una etimología de la narrativa: “dar a conocer”, “hacer saber” (Gómez de Silva, 1985), aunque también hace referencia a “conocedor”, “familiarizado con” (White, 1987).

La vida colectiva tiene una cualidad que permite la organización y la comunicación de experiencias: la forma narrativa. Así se narren lindezas o tragedias hay materia de continuidad de las experiencias, y en ocasiones los dolores, si no se disipan o diluyen, pesan menos cuando se comunican a otros. Cuestión que conocen los psicólogos, pero también los que rayaron la línea de la muerte o los que saben de ello, razón por la cual, aludiendo a los sobrevivientes de las dictaduras militares en Latinoamérica, el poeta Juan Gelman (2002: 13) reflexiona: “Es singular que sean los sobrevivientes de los campos las víctimas que más ahondan en lo que aconteció. Salen así del lugar de víctima que quiso imponerles para siempre la dictadura militar y sólo ellas saben a qué costo. Su contribución al despeje de la verdad y la memoria cívica es inestimable” para distintas sociedades. Con diversas obras, advierte el mismo escritor, se intenta acabar con “el silencio que navega sobre la amnesia”, lo cual quiere decir que la amnesia, la desmemoria, el olvido, se edifica con el silencio, la antítesis de la comunicación. Se entiende, en consecuencia, lo que escribe Todorov: “Los muertos demandan a los vivos: recordadlo todo y contadlo; no solamente para combatir los campos sino también para que nuestra vida, al dejar de sí una huella, conserve su sentido” (en Calveiro, 2001: 37).

Las narraciones, en todo caso, son también formas que usa la retórica (Billig, 1986; Shotter, 1990), son fórmulas para la construcción de memorias y

olvidos en las sociedades y hay que reconocerlas así. Lo que Goodman sostiene, en el sentido de que: “en una obra literaria lo que normalmente cuenta no es únicamente la historia que se cuenta, sino cómo se cuenta” (en Páez, Igartua y Adrián, 1997: 143), opera igualmente para las narraciones que sobre el pasado hacemos. Ciertamente, no sólo se trata de contar más, sino también de contar mejor (Vázquez, 2001), cosa que saben los distintos grupos marginales que durante mucho tiempo han relatado acontecimientos que grupos de poder se han negado a reconocer, porque la versión que se ha impuesto sobre determinados sucesos del pasado se ha manejado como verdad. Si una versión, una visión o una interpretación en torno al pasado se institucionaliza, termina por traducirse en “un referente de verdad”; en efecto, existe una estructura retórica en las instituciones, una forma pautada en la utilización del lenguaje: cuando se ha usado, se hace referencia a él, se recuerda y se mantiene como parte de lo que “todo el mundo sabe” (Schudson, en Vázquez, 2001: 129). Esto puede advertirse en cualquier esfera de poder, sean instituciones académicas, eclesiásticas o gobiernos: dictaminan qué debe ser conservado y hablado, y qué ocultado, callado y omitido. Los gobiernos dictatoriales y totalitarios son muy dados a extremar esas prácticas.

Los intereses y propósitos, en este sentido, juegan un papel relevante. Lingüísticamente han de construirse cantidad de discursos en torno al pasado, y por eso mismo la manera como se exponen ciertos relatos no es neutra, al contrario, está intrínsecamente relacionada con el contexto en el que surge y se utiliza, tal como lo advierte Gergen: “la multiplicidad narrativa es importante primeramente a causa de sus consecuencias sociales, la multiplicidad se ve favorecida por la variada gama de relaciones en las que las personas están enredadas y las diferentes demandas de contextos relacionales diversos” (1994: 253). Y exactamente lo contrario de la multiplicidad, la univocidad, es lo que se ha desplegado en sociedades sitiadas por el discurso y las prácticas totalitarias, que terminan por narrar historias inverosímiles que se imponen con presión y hasta con balas, pero que al paso del tiempo se van desdibujando, como el jabón y el agua hacen con las pintas cubiertas en los muros.

No obstante, habrá que reconocer que una buena narrativa, una buena retórica, es una buena reconstrucción lógica, verosímil, como las expresadas por los familiares de los desaparecidos políticos de la guerra sucia en México; pero las hay también malas, como las vertidas por las versiones oficiales en torno a las cárceles clandestinas donde estuvieron esos desaparecidos políticos. Léase si no: la Secretaría de la Defensa Nacional ha dicho cantidad de veces, las que ha querido, que en las instalaciones del campo Militar Número Uno no hubo jamás preso civil alguno, es decir, que todos los detenidos en ese sitio eran militares. Pero en 1993 uno de los suyos, el general Francisco Gallardo, al encontrarse recluido en dichas instalaciones se percató de escenarios contruídos para albergar, torturar y mantener a los presos políticos, lo cual echa por tierra la mala narración de los militares. Algo que la gente enterada sobre esos asuntos ya tenía muy claro.

Esta edificación retórica opera no sólo en las esferas del poder, pues en la vida cotidiana también sucede: es evidente que los grupos intentan mostrar una imagen grata de su propio pasado (Baumeister y Hastings, 1998), y terminan por construir narrativas acordes para ello: nadie sensatamente se mostraría como proveniente de un pasado turbio y negro, y es que "Recurrimos a la demostración argumental y justificativa utilizando recursos retóricos que permiten conferir verosimilitud a nuestras declaraciones e invitan a que sean aceptadas" (Vázquez, 2001: 92-93). Ciertamente, la forma de hablar, la utilización de ciertas palabras y de otras no, de ciertos discursos en detrimento de otros es posible en un marco, en una cultura que nos antecede y que nos dota de significados para ser usados en ciertas situaciones y no en otras, y que las propias palabras y la forma de hablar ayudan a edificar; por eso se reconoce que "Una narración modela no sólo un mundo, sino también las mentes que intentan darle sus significados" (Bruner, 2002: 47).

### **1. 5 Continuidad e identidad**

La memoria colectiva funciona como mediadora entre la cultura y la identidad de los grupos y diversos actores sociales, considerando a la primera como un

conjunto de formas simbólicas situadas en contextos sociohistóricos estructurados. En cuanto a la segunda, la identidad, es imposible sin la memoria (Rosa, *et al*, 2000), porque es justamente el reconocimiento de uno mismo en el devenir del tiempo que algunos denominan autobiografía, en los recuerdos y las reconstrucciones de acontecimientos de los que se ha participado, y que enlazamos para crear una estructura coherente y no pocas veces armoniosa en la cual encontramos una imagen en la que basamos la identidad. En la identidad se entremezclan memorias autobiográficas con memorias sociales, siendo las primeras, producto de la manera en que el grupo o grupos de los que formamos parte se representan: la identidad no radica sólo en la autoimagen, sino en el sentido de pertenencia a una entidad mayor a nosotros, la colectividad, la sociedad. Y es que, efectivamente, la forma concreta que adquiere este “yo mismo” –la identidad- estará determinada en buena medida por las formas simbólicas que la comunidad usa para referirse a sí misma: “en la medida en que los individuos interactúan en diferentes grupos o comunidades, la identidad se convierte en la encrucijada de los diversos moldes simbólicos a los que ellos se exponen, diversificando y volviendo más compleja su propia autorepresentación” (García y Sánchez, 2004: 116). Cuestión que había ya argumentado Halbwachs al señalar cómo la memoria personal bien podría ser el producto de la memoria colectiva, *i.e.* la identidad denominada personal no es sino fruto de la identidad colectiva: la autodefinición, entonces, refleja no sólo las vivencias estrictamente internas, sino el pensamiento de los diferentes grupos a través de los cuales se internaliza el simbolismo cultural de la sociedad en que vivimos: “lo que hace que una persona sea la misma a lo largo de la vida es la acumulación de memorias que lleva consigo. Cuando éstas se pierden, cesa de ser aquella persona y se convierte en otra, nueva y, como tal, informe” (Grayling, 2001: 225). Como advierte Umberto Eco (1998): cuando se pierde la memoria se pierde la identidad, por eso las sociedades cuentan con sistemas que permiten mantener y comunicar los contenidos de sucesos pasados, para que la colectividad se sienta sabedora de sí misma. Enrique Florescano lo expresa así: “Cualquiera que sea el motivo que suscita la recuperación de lo vivido, ésta siempre se manifiesta como una

compulsión irreprimible, cuyo fin último es afirmar la existencia histórica del grupo, el pueblo, la patria o la nación" (1987: 9). La memoria, en consecuencia, es la herramienta por la cual todos esos significados, asociados a las vivencias que ocurrieron en fechas y lugares determinados, son integrados a nuestra visión del mundo y a la visión de nosotros mismos en ese mundo.

Pero ello requiere de continuidad, cuestión que no aparece de la nada, sino como producto, también, de la memoria. Ciertamente, si a la memoria en un inicio se le planteó como intención la sobrevivencia del grupo (Florescano, 1999), y la identidad como forja, la continuidad entre presente y pasado se edifica por el despliegue y la actividad de la memoria, cuestión que argumentó Mead (1929). De ahí que se advierta que "una sociedad requiere antecedentes", recuerdos, pues de no tenerlos, ésta se mira a sí misma como nueva y entonces se ve en la necesidad de inventarse un tiempo anterior, para saber de dónde viene. Cuando el pasado no está "naturalmente" presente, "cuando una comunidad es nueva o se ha reagrupado después de un prolongado intervalo de dispersión o sometimiento de un decreto intelectual y emocional crea un tiempo pasado necesario a la gramática del ser" (Steiner, 1971: 18), porque de lo contrario carece de sentido su existencia. Y eso lo permite la memoria: por sí solos, pasado y presente, no lo tienen: es un ejercicio humano, ejercicio de la memoria que llena vacíos que se encuentran sobre lo que en el pasado ha ocurrido, brinda "continuidad a los fenómenos que se presentan como inconexos, para estructurar procesos aparentemente aleatorios o arbitrarios" (Calveiro, 2001: 21-22). En tal caso, la memoria nos permite comprender lo que antes era incomprensible, por la sencilla razón que la continuidad entre pasado y presente posibilita que lo acontecido resulte familiar. Caso adverso es la discontinuidad: "cuando, en una sociedad, una censura cualquiera borra una parte de la memoria, sufre una crisis de identidad" (Eco, 1998: 236), y entonces hay que cubrirla, resistir y hacer que emerja eso que se ha querido omitir, pues sólo de esa forma se encuentra la afinidad. Cabe indicar que tanto en la identidad como en la continuidad, las prácticas de conmemoración son especialmente relevantes.

Las conmemoraciones son los escenarios donde se da la pugna por fijar los significados públicos de ciertos símbolos y sucesos que se pretende queden inscritos en la memoria colectiva como ejes de cierta identidad, a la vez que se intenta enviar al olvido otros, ya sea mediante la descalificación abierta o el mero silencio (García y Márquez, 2004). Uno de los productos comunes que aparecen en las prácticas sociales del recuerdo son, entre otras, las narraciones sobre el pasado: "cualquier narración implica una moral, señala una utopía que hay que alcanzar o un peligro a evitar, de manera que incluye un componente ideológico" (Rosa, *et al*, 2000: 69). En este elemento ideológico narrado se incluyen argumentos o explicaciones que además de pintar una visión del mundo, tratan de convencer, implícita o explícitamente, de la conveniencia de cierta lectura del pasado, pretendiendo así forjar un determinado tipo de identidad. No obstante habrá otros relatos, como los marginales, que intenten argumentar otras lecturas del pretérito y forjar otras formas identitarias, quizá minoritarias pero que pretenderán mostrarse como justas, y son las que alimentan las memorias colectivas. En todo caso, la memoria colectiva no implica solamente la constitución de identidades estables y sólidas, sino la coexistencia de múltiples versiones del pasado que ayudan a redefinir constantemente la identidad a partir de las necesidades del presente.

### **1. 6 Momento fundacional**

Las prácticas sociales de conmemoración y el fenómeno de la identidad tienen su detonante, su momento primero, su constitución, lo que se denomina momento fundacional, ese que estipula la colectividad como primer acontecimiento. Dice Auge (1992: 50) sobre el momento fundacional: "Los relatos de fundación son raramente relatos de autoctonía; más a menudo son por el contrario relatos que integran a los genios del lugar y a los primeros habitantes en la aventura común del grupo en movimiento". Con esa creación primera, en toda sociedad o cultura se parte del supuesto de que está todo ya hecho, que no hay que agregar nada más y, en todo caso, ante el desconocimiento, la pérdida o la inestabilidad, basta reconocerse en ese mundo que se ha creado primigeniamente. Se puede



argumentar que ese primer momento, delinea o dispone lo que está por venir, de alguna manera lo anticipa, porque así opera la fundación; ahí se encuentra pasado, presente y futuro: las sociedades saben de dónde vienen, por eso tienen presente ese momento primero, un momento fundacional, el cual es más significativo que empírico o comprobable; se da más como sensación, es más emotivo que racional, porque difícilmente se puede explicar y por eso se conmemora (Fernández Christlieb, 2002).

Puede indicarse, como se ha argumentado, ese momento inicial, pero no se hace desde el inicio, es decir, las sociedades o grupos no dicen "aquí se funda esta sociedad", eso más bien ocurre a *posteriori*, a distancia, cuando puede reivindicarse para esa colectividad su primer momento; es un tanto arbitrario y a distancia: Jesús no supo que estaba fundando el cristianismo ni que la Última Cena sería el momento fundacional de la cristiandad; Arturo Gámiz y su Grupo Popular Guerrillero no se propusieron fundar la Segunda Ola de los movimientos armados en México cuando decidieron asaltar el Cuartel Madera en la sierra de Chihuahua; la gente actuando ante el terremoto de 1985 en México no se propuso fundar a la sociedad civil organizada, ni tampoco Francisco I. Madero tuvo como intención fundar la Revolución Mexicana el 20 de noviembre de 1920, ni el cura Hidalgo que 1910 fuera punto de partida para la conmemoración de la Independencia; tampoco Wundt pensó, al fundar su laboratorio de psicología en 1879, estatuir la separación entre psicología y filosofía. Eso llegó después. El momento fundacional se pone mucho después de que ocurra. El famoso 26 de julio en Cuba se estipula como inicio del movimiento tiempo después, como sucede con los mitos que buscan motivos, principios y causas, a los resultados, consecuencias y efectos manifiestos a lo que ha acontecido (Fernández Christlieb, 2001).

No pueden comprobarse porque no se puede regresar en el tiempo: se tendría que regresar al momento en que el águila devora la serpiente en el lago de lo que ahora es la ciudad de México o asistir a los gritos y llamados de Independencia y Revolución para comprobar; y como ello no puede pasar, sólo se asumen como dados. Y una vez que se estipulan como momentos fundacionales,

se celebran, se practican, se conmemoran. No importa que no hayan acontecido, es decir que la historia no pueda probar que ello sucedió, la memoria recupera, para fines identitarios y de perspectiva hacia el presente, tales eventos, porque ahí logran reconocer su pasado: por eso es que Burke (1997: 72) señala que en Europa a inicios de la era moderna, ciertos grupos, de tanto leer la Biblia, prácticamente se habían fusionado en ella, y lo que ahí se narraba era lo que organizaba "sus percepciones, recuerdos e incluso sueños". Es lo mismo que ocurre con los mitos (Fernández Christlieb, 2001).

Pero así como hay momentos originarios, también existen "finales que marcan", tal es el caso de la manera como concluyen ciertas relaciones, como anulan a gente o a ciertos grupos o partidos de oposición, etcétera. La última obra de una colección de libros o la última obra de un autor. Lo cual, por cierto, ya no tiene que ver con la memoria, sino con el olvido. Ciertamente, ello ocurre con las producciones humanas: "se podría decir que la cultura renacentista, en términos generales, no es sino el abrumador producto de una profunda y apasionada *traducción* del mundo clásico, un nutrirse de sus formas y sus principios, una lectura renovada de su mitología de la que, curiosamente, surge la figura del mundo nuevo y la del hombre moderno" (Cohen, 2003: 96-97). En todo caso, lo que parece novedad es más bien original, vuelve a los orígenes: se es producto de algo, de un pasado, de una memoria, aunque ésta se olvide, por eso se le denomina novedad. Momento fundacional al revés. Y un momento fundacional que prácticamente todos los grupos guerrilleros de esa Segunda Ola Guerrillera en México, e incluso de la Tercera Ola, reivindican, es el 23 de septiembre de 1965, el asalto al Cuartel Madera en la sierra de Chihuahua (Esteve, 1995). Ahí está el inicio, el origen de ese periodo de guerrilla que en este trabajo se aborda.

### **1. 7 Contornos y relaciones: la historia**

La memoria colectiva ya caracterizada, con sus marcos y sus artefactos, sus prácticas e intenciones identitarias, tiene asimismo distinciones con respecto a una disciplina con la que se la ha tratado de equiparar, la historia, y con una facultad,

con la que se le ha tratado de sustituir, la memoria individual. Por razones del presente trabajo, en este apartado sólo se retomará la primera distinción.

Al momento de abordar acontecimientos del pasado, recientes o distantes, es necesario, por fines disciplinares y de perspectiva de este trabajo, distinguir a la memoria de la historia. La historia de la cual se intenta deslindar a la memoria colectiva es aquella de tradición positivista, sobre la cual se han inspirado los relatos nacionales elaborados desde el poder, esos que se asumen como la "Historia oficial". Así, mientras la memoria colectiva narra al grupo visto desde *dentro* y es una corriente de pensamiento continuo que se construye en la vida del propio grupo: la memoria "presenta al grupo una pintura de sí mismo que transcurre en el tiempo, puesto que se trata de su pasado, pero de manera que el grupo se reconozca en ella, siempre" (Halbwachs, 1950a: 75), la historia en cambio lo hace desde *afuera* y deviene formas del pensar artificiales y esquematizadas, para dar la impresión de secuencialidad (Halbwachs, 1950a; Le Goff, 1977). Además, puede argumentarse que los límites de la memoria son difusos, mientras que los de la historia están claramente establecidos; asimismo, a diferencia de la historia, que se establece sobre hechos y eventos, la memoria se basa en el significado de las vivencias y en la tradición, de ahí que adquiera sentido la expresión de Halbwachs: "La Historia, tablero de eventos; las memorias colectivas, hogar de tradiciones" (1950a: 74); en efecto, para este iniciador de la memoria donde acaba la tradición inicia la historia: "En realidad, en el desarrollo continuo de la memoria colectiva, no hay líneas de separación netamente trazadas, como en la historia, sino solamente límites irregulares e inciertos. El presente, entendido como extendiéndose sobre una cierta duración, la que interesa a la sociedad de hoy, no se opone al pasado como distinguiendo dos períodos históricos vecinos. Pues el pasado ya no existe, mientras que para el historiador los dos períodos tienen tanta realidad el uno como el otro. La memoria de una sociedad se extiende hasta donde ella puede, es decir, hasta donde alcanza la memoria de los grupos de los que está compuesta" (: 73). Por otro lado, mientras a la memoria le interesa lo que permanece, a la historia le incumbe lo que cambia (Corcuera, 1997). En suma, puede señalarse que en la memoria

colectiva conviven distintas versiones que los grupos sociales construyen de su pasado a través de la constante discusión y comunicación, retomando como sustento los significados de las vivencias compartidas, lo que le otorga un carácter múltiple y diverso. En cambio, la historia tiende a presentarse como la versión única y “autorizada” sobre el transcurrir de la sociedad, lo cual se puede mostrar en la historia que se narra en los libros de texto para la educación pública en distintos países y momentos (Ferro, 1981). Además es importante: la memoria colectiva es presente y la historia es pasado; en la primera, se significa desde el momento en que se narra, presente; mientras que en la segunda, se trata de mirar en el pasado lo que ocurrió.

Así como pueden argumentarse las distinciones que separan a la memoria colectiva de la historia positivista, científicista y oficial, puede, asimismo, argumentarse una relación entre memoria e historia, por ejemplo de las mentalidades, cultural y microhistoria. George Duby, Peter Burke y Carlo Ginzburg con sus respectivos trabajos son muestra de ello: menos las ideas políticas y más el pensamiento social compartido, la cotidianeidad, el sentido de los eventos, la huída de los grandes personajes, hazañas y relatos, la narrativa de lo que se piensa, siente y comporta día a día, y cómo esto significa y después se recuerda, se reconstruye y se relata. Todo ello, evidentemente, acerca a estas formas de *hacer* historia con la memoria colectiva. Burke (1997: 67-68) sobre la historia de las mentalidades dirá que hace más hincapié en las actitudes colectivas que en las individuales, y centra una parte de su atención en la gente común; se interesa menos en las teorías elaboradas y más en el “pensamiento cotidiano”; se interesa por las creencias y las categorías con que la gente estructura su cotidianidad, poniendo especial énfasis en el lenguaje. Y desde la historia cultural retomará la frase de Cicerón: la historia es “la vida de la memoria” y argumentará la relación entre historia y memoria: “numerosos estudios recientes de la historia de la escritura histórica la consideran de manera muy semejante a como Halbwachs trataba la memoria: producto de grupos sociales como los senadores romanos, los mandarines chinos, los monjes benedictinos, los profesores universitarios, etcétera. Ya es un lugar común señalar que en diferentes lugares y épocas los

historiadores han considerado memorables distintos aspectos del pasado (batallas, política, religión, economía, etc.) y lo han presentado de maneras muy distintas, centrándose en los acontecimientos o en las estructuras, en los grandes hombres o en la gente corriente, según el punto de vista de su grupo". El acercamiento que intenta entre historia y memoria a Burke le consume un capítulo de su libro. Visión de historiador, finalmente. El intento se realiza y la propuesta ahí está. Discusión aparte merece el planteamiento de Le Goff (1977) que señala que el encargo de la memoria debe consistir en "corregir" y "guiar" el trabajo de la historia. Ahí, nuevamente, se presenta la separación conceptual y de reconstrucción entre memoria e historia en torno al pasado.

## 2. CÓMO SE CONFIGURA EL OLVIDO SOCIAL

La memoria colectiva, como puede advertirse, tiene sus posibilidades para formarse, mantenerse y comunicarse; pero también tiene su antítesis, su contraparte, el olvido social. Donde la memoria se despliega, el olvido se encoge; donde la memoria puede, el olvido es un despropósito: están en constante conflicto por su pertenencia a la sociedad, porque en buena medida entre memoria y olvido se construyen el presente y futuro de una sociedad: el pasado sigue siendo una disputa, porque se sabe que no ha dejado de suceder, de impactar a la sociedad de hoy día: ambos tienen relevancia para la conformación de la realidad social.

El olvido social ha sido una práctica recurrente, y diversas culturas (Griega, Romana, Azteca, por citar tres casos) han echado mano de él para mantenerse y legitimarse al momento de asumir un cierto poder. Los grupos que desean imponerse sobre otros recurren al olvido social para mostrarse como los más viables, los más adecuados y como aquellos que provienen de un pasado más o menos dignificante.

La disputa aquí es la de memoria colectiva *versus* olvido social. Si la memoria colectiva se construye socialmente, el olvido social se fabrica de distinta manera, con diferentes materiales y procederes, y con un actor adicional: el poder, que por su sola presencia modifica los procesos y las prácticas, y que empíricamente cobra la forma de grupo dominante, siendo éste el que determina en buena medida qué es lo que hay que olvidar y qué es lo que debe mantenerse en la memoria, lo cual le otorga al olvido una cierta ventaja con respecto a la memoria: tener un ejecutante con un cierto control y dominio social que, además, requiere del olvido para legitimar sus prácticas y discursos.

El olvido social puede definirse como la imposibilidad de evocar o expresar acontecimientos significativos que en algún momento ocuparon un sitio en la vida del grupo, sociedad o colectividad, pero cuya comunicación se ve bloqueada o prohibida por entidades supragrupales, como el poder o la dinámica social, que pretenden silenciar o relegar esos sucesos significativos de una sociedad, en

razón de su pretensión de imponer una sola visión sobre el pasado vivido y experimentado por esa colectividad o porque no interesan para el modelo social que impera en ese momento (Mendoza, 2004).

Este olvido puede edificarse sobre la base de a) la disolución del sentido en los marcos sociales -endosándoles otros significados a las fechas y a los lugares-, b) desaparición de artefactos o modificación de su significado -traspasándoles otros-, c) omitiendo o minimizando ciertas conmemoraciones -el aniversario luctuoso de Lucio Cabañas es un buen ejemplo al respecto-, d) silenciando distintas versiones sobre el pasado -como el que hayan existido decenas de grupos armados en México en los años sesenta y setenta-, e) impidiendo la continuidad y presentando discursos rupturistas -la novedad de la lucha armada del EZLN y del EPR, por ejemplo-, f) hablar de momentos importantes -otros fundacionales, como el 2 de julio como día de la democracia, o aludiendo a la paz y tranquilidad, y que la izquierda no haya existido o minimizando sus propuestas-, g) haciendo pasar la historia oficial como la memoria de la sociedad mexicana -sustituyendo las distintas versiones de los diferentes grupos por la del partido en el poder-. Por razones de espacio, y por la finalidad de la temática, se dará cuenta únicamente del silencio, que sería el "marco central" con el que se potencia el olvido, toda vez que imposibilita la comunicación de memorias, y ha sido el proceso, en tanto que fases sucesivas de un fenómeno, que echan a andar distintos grupos en esferas de poder -sea académico, eclesiástico, institucional, de gobierno- como un arma para legitimar su discurso y prácticas y, en consecuencia, legitimarse a sí mismos.

## **2. 1 Público y privado; lo comunicable y lo incommunicable**

Al menos desde los griegos, allá por el siglo V. a. C, el espacio se estableció como uno público en oposición a lo privado. Es decir, la separación público/privado lleva indicando al mundo cómo comportarse al menos 25 siglos. Tiempo de largo aliento si se considera que a inicios del siglo XXI aún la separación contiene una cierta dureza, vigencia, o que el pensamiento social sigue inscribiendo ciertas actividades consideradas "públicas" en ese sitio y las consideradas "privadas" en

el suyo. José Ortega y Gasset (1930: 162-163) va a señalar como surgimiento de este espacio al nacimiento de la Plaza Pública, de esa Ciudad cerrada al campo, que se denominó como *Polis*. La polis es “un espacio acotado para funciones públicas. La urbe no está hecha, como la cabaña o el *domus*, para cobijarse de la intemperie y engendrar, que son menesteres privados y familiares, sino para discutir sobre la cosa pública”. El espacio que surge con el apareamiento de la ciudad es de “nueva clase”, se piensa distinto en él.

En ese espacio público se manifiesta, también, la palabra pública, el *logos*. El logos es asunto que compete a los ciudadanos, con ello se edificará la polis. En la polis se expresará aquello que compete a todos, que es de interés común. Y se hará preferentemente con lenguaje, con palabras. La palabra, nace así pública. Enuncia lo que hay que conocer, saber, no esconder sino manifestar, comunicar, intercambiar. Se intercambiarán ideas, pensamientos, palabras. Dicho intercambio difícilmente se presenta en una esfera estrecha, en un espacio privado. Se realiza, más bien, en la esfera pública, esa que inauguran los griegos y cuyo devenir es algo largo. Una continuación del espacio abierto es la calle, ésta se prolonga a uno semipúblico, por ser algo restringido, el café; al que le sigue el teatro. Puede haber espacios extrapúblicos, por su lógica administrativa y burocrática que más que generar comunicación administra información, como el Parlamento y la administración burocrática. Los espacios públicos se caracterizan justo por ese intercambio de significados, ese canje de conocimientos, de realidades, de brindar algo y de recibir otra cosa. En cambio, en el espacio privado no se intercambia, más bien se guarda con celo lo que se sabe o puede ser sitio de reclusión obligada. Es esa su lógica (Fernández Christlieb, 1991).

La etimología de la palabra espacio es de la misma familia que “despacio”, es decir, de “lentamente”, de “calma” (Gómez de Silva, 1985), de ese ritmo que se requiere para que los acontecimientos logren ser percibidos, sentidos, significados y, por tanto, comunicados. El espacio es social en la medida que las prácticas lo van delineando, borrando incluso la frontera del espacio “natural” (por ejemplo del campo), además de que está habitado por símbolos y significados, por intercambios sociales, por interacciones, de ahí que pueda señalarse que los



espacios hablan, por virtud de quien los habita, por eso se guardan acontecimientos en sus edificaciones, por eso durante muchos siglos “el espacio se concebía como templo de la memoria” y lo era “porque se sabía que hablaba o invitaba a hablar” (Ramos, 1989: 75).

En síntesis: el espacio social es el espacio público, en el espacio público se manifiesta la comunicación; es en el espacio público en el que se edifican e intercambian las visiones del mundo. Lo cual, por cierto, no niega la existencia del espacio privado.

Continuando con la argumentación, lo privado es esa zona en donde la gente se “repliega”, se “retira”, donde ya no es necesario portar la “indumentaria” ni las formas y comportamientos requeridos en el espacio público. Es el sitio familiar, doméstico, zona en que está aquello que queremos sólo para nosotros y que contiene los asuntos que no conciernen a los demás, de lo que no se quiere hablar ni divulgar porque no pertenece al sitio abierto y, por tanto, se protege: “el poder privado ha de resistir hacia fuera, los asaltos del poder público” (Duby, 1985: 13). Efectivamente, de alguna manera lo privado es eso opuesto a lo público, es eso que se escolta o esconde, aquello que se intenta alejar de la mirada o el interés de los demás. Lo dijo, a su manera, Georg Simmel (1908: 385): “lo que por su sentido interior tiene una existencia autónoma, los asuntos centrípetos del individuo, adquieren también en su forma sociológica un carácter cada vez más privado, cada vez más apto para permanecer en secreto”.

Y como el espacio público, el privado tiene también su historia. La Edad Media acentuó de algún modo la división privado/público, en buena medida la lectura e interpretación de la Biblia auspiciaron esta marcación, y se hizo mediante el manejo de la palabra y el silencio. San Pablo que expresaba la voluntad divina, mandataba que los hombres oraran “en todo lugar”, y a las mujeres a callar: “La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio” (Timoteo, 2, 11-12). La regulación en la privacidad desde lo Alto. Después, con el surgimiento del Estado, la mirada política se inmiscuía en el espacio privado, lo invadía, cosa que ahora las sociedades democráticas intentan evitar. Históricamente, al menos en

Occidente, el espacio privado ha estado dictado para el mundo femenino, sea la mujer o los sentimientos. Para los hombres, en ese mismo sentido, el espacio público ha sido como “natural”; ahí ha visto su devenir. La palabra se regodea en el espacio abierto y los sentimientos en el privado. Llorar en público no es bien visto, vestir de calle, en privado es incómodo.

La palabra, al menos desde los griegos, ha estado del lado masculino, como lo fue el espacio público (Reyes, 1942). El silencio y el espacio privado fueron impuestos a la mujer. El siglo XIX no fue muy distinto, pues es “en este siglo que se afirma la primacía de la palabra masculina, la predicación femenina se lleva a cabo mediante la retórica del cuerpo, la elevación de la mirada y el fervor del gesto” (Corbin, 1987: 425). El cuerpo tiene una gran fuerza y presencia en el ámbito de la vida privada. Esa privacidad de la vida cotidiana, en especial sus secretos, sexualidad, cuerpo, higiene, se mantiene algo lejos de los confesionarios, pero su desciframiento continúa, y lo hace vía la contabilidad, la contabilización de la existencia, horas, días, alrededor de las prácticas que pueden ser vistas como pecaminosas. Y si hay libros de cuentas en la casa por qué no llevar la contabilidad de la vida. Es así que surge el diario íntimo. Que no es sino una forma del secreto, de eso que no puede ni debe comunicarse.

La vida privada no puede sino ser “entendida en el sentido estricto de vida secreta” (Vincent, 1987: 139-140); lo que puede ser nodal en el régimen de lo privado sería el secreto (Simmel, 1908). “No el secreto absoluto, que por esencia no deja huella, sino la frontera que se mueve, según el tiempo y el lugar, entre lo dicho y lo no dicho” (Vincent, 1987: 159). La palabra “secreto” aparece hacia el siglo XV, proveniente del latín *secretus*, del verbo *secerno* que significa “separar”, “poner aparte”. Separarlo, en este caso, de lo abierto, de lo que se puede expresar abiertamente, en público (Gómez de Silva, 1985).

Efectivamente, el secreto es un saber o conocimiento que se oculta con respecto a otro conocimiento. Se conforma de tres elementos: i) el saber, ii) el disimulo de este saber, iii) la relación con el otro que proviene de este disimulo. Por eso es que secreto también refiere a “retención de una información”. El secreto es algo que se debe guardar, eso se sabe, lo cual constituye “un secreto a

voces". Hay secretos compartidos, los de la familia, los del barrio, los de la resistencia. Si bien en estos casos designa algo que se dice entre algunos, al mismo tiempo imposibilita que se diga más allá de donde se "debe". Ese tipo de secreto, o el orden de este secreto, no atenta contra la vida social, porque no se impone ni esconde algo de interés para la vida pública de una sociedad. El secreto que aquí se retoma es ese que encubre sucesos, periodos, situaciones, acontecimientos, que esconde deliberadamente con fines de ejercicio de poder. De legitimar lo ilegítimo. Ocultar masacres, exterminios, abusos, exclusiones, son formas del secreto impuesto.

Ahora bien, hay un sentido moral al otorgarle carácter negativo al secreto, y ello porque inicialmente "el secreto es una forma... que se mantiene neutral por encima del valor de sus contenidos" (Simmel, 1908: 379). Lo cual puede ser cierto, sólo que hay que agregar que el uso que de ese contenido se hace es lo que le otorga una carga, en un sentido o en otro, por ejemplo, si con el secreto se excluye a grupos sociales indeseables, el secreto será dañino y perjudicial. Por eso es que líneas más adelante, Simmel agregará: "si el secreto no está en conexión con el mal, el mal está en conexión con el secreto" (: 379), porque efectivamente, múltiples casos así lo muestran. Los regímenes totalitarios tienen como característica el secreto, usan la secretud para doblegar y dominar. Lo oculto es para un reducido número de la élite.

Todo lo cual tiene una "razón" histórica y política, que desde el poder se ha esgrimido como fundamento del secreto, la denominada estabilidad social. Los pensamientos duros, cerrados, fanáticos, totalitarios, son especialmente ilustrativos sobre el corrimiento de lo público a lo privado vía la secretud. Los países con gobiernos totalitarios lo han experimentado. En los totalitarismos, de cualquier signo, la separación entre lo público y privado tiende a desaparecer: "no secreto de correspondencia, investigaciones policiales a cualquier hora del día y de la noche, incitación a la delación, incluso en el marco familiar, etc." (Vincent, 1987: 139). Una buena aproximación a la caracterización de vida privada en sociedades totalitarias consistiría en afirmar que la privacidad no existe, pero eso omite la astucia de las personas para mantener en lo privado múltiples cosas que

después se expresarán en el espacio abierto. Cuestión de esperar algún tiempo. Las sociedades totalitarias obligan a la secretud, a que esta esfera sea más amplia que lo que puede expresarse en la vida pública. Se acatan las normas en el espacio abierto y en consecuencia se lleva una vida civil; y en el espacio cerrado, el privado, otra es la actividad y la vida que puede, incluso, ser contraria a la expuesta en la esfera pública; en tal caso "el totalitarismo genera más secretos de los que acosa" (: 140)

Es sintomático que cuando la vida se repliega hacia la forma privada, hacia el secreto, por no darle acceso al poder a esos sitios, las fuentes para la reconstrucción de un periodo del pasado resultan más inaccesibles. Por ejemplo se restringen a diarios, correspondencias, autobiografías o memorias, aunque estas fuentes terminan por mantener lagunas importantes.

En todos los niveles, "la sociedad humana está condicionada por la capacidad de hablar; pero recibe su forma por la capacidad de callar" (Simmel, 1908: 397), que en muchos casos resulta de imposiciones. Ciertamente, otra manera de la secretud es la prohibición de escribir ciertos relatos, como en algunos grupos religiosos ocurre. Otra forma más, y cruenta, es aquella que desde el poder oculta con fines de control y dominación, los ejemplos más firmes se encuentran en la esfera política, como ya se ha visto, pero en muchos otros ámbitos ha estado presente, como en el caso de la academia, donde conocimiento disciplinar se esconde, o como cuando desde ciertas posiciones se ordena el disimulo.

## **2. 2 Prohibir y censurar**

El silencio lleva invariablemente al secreto, ha dicho Simmel. El secreto, en este caso, es una ocultación deliberada, una forma de silencio. No obstante hay que apuntar que no hay significación preexistente al silencio ni al secreto.

Una vez enunciado, aquí puede formularse una manera, sólida y violenta, que opera en las sociedades en distintos momentos: la censura. La censura es una supervisión del comportamiento público (Gómez de Silva, 1985), y el censor evalúa y juzga lo que es pertinente de expresarse en el espacio abierto, sea

comportamiento, manifestación, palabra signo o escritura. La censura va ligada a la prohibición y, por supuesto, al poder, elemento éste que es constitutivo de la imposición en los pensamientos totalitarios y autoritarios.

El secreto es una manera de incomunicación. Lo que antes aparecía en el espacio común, que se compartía, ahora se restringe, se oculta. Una de las formas grotescas que cobra esta incomunicabilidad de la realidad es la censura, pues con ella se imposibilita ensanchar la esfera de la comunicación: se prohíbe la enunciación franca, pública, se le relega al sitio marginal, estrecho, constreñido. Se adelgaza el conocimiento, pues de eso está hecha la realidad comunicativa, y se imposibilita así el acceso a éste. En efecto, la censura ha operado en distintos momentos, ahí donde hay comunicación y también poder que intenta evitarla, ahí donde algo se dice, como en la plaza, la calle o el café; o algo se garabatea o escribe, como en los muros o los libros, aparece la censura. Se escuchan y registran conversaciones o se prohíbe la impresión o circulación de un texto. A este respecto, puede enunciarse que se ha censurado, se ha prohibido históricamente.

En 1559 el tribunal del santo Oficio publicó el primer *Índice de libros prohibidos* que aplicaba para toda la cristiandad (Manguel, 1996). La censura cobraba así forma oficial y se extendía con censores y visores por medio planeta. Las primeras formas de control, en el ámbito político y religioso, estuvieron a cargo de las jerarquías eclesiásticas. La Iglesia como institución de poder planeaba y ponía en práctica maneras de mantener el control y regular el conocimiento de sus fieles, pues contrariamente a lo que pudiera creerse, la lectura estaba difundida, hombres y mujeres de distinta condición social accedían a los libros. Y así, por un lado la jerarquía eclesiástica hacía su labor de prohibición, por el otro, los soberanos, reyes y gobernantes, harían lo suyo: "los Estados del antiguo régimen estaban convencidos, no menos que la Sede Apostólica, que era oportuno impedir que la herejía se propagara, considerando que ningún reino podía mantenerse sin el apoyo de la religión" (Infelise, 1999: 14-15). Para ello Iglesia y Estado debían fijar los límites de prohibición respectivos, lo cual desde el surgimiento de la imprenta había representado varios conflictos.

La censura es grotesca y muchas veces llega como prohibición, lo cual ocurre cuando a lo actuado, lo dicho o lo escrito se le nota cierta heterodoxia, rasgos de no complacencia a los decididores, y en consecuencia se les proscribe. Y como se ha visto, a ambas prácticas se ha recurrido al menos desde hace 25 siglos. Y tales pericias y pensamientos parecen no concluir. Aún se les mira en los actuales tiempos.

A fines del siglo XX, en 1997, se recordará lo que los censores de épocas anteriores intentaron: "en la mente y en los conceptos de estos hombres de fines de 1500 se encontraba con mucha claridad el principio de que los intelectos deben ser vigilados, educados, dirigidos, a veces interviniendo con operaciones dolorosas, como la de cortar de raíz ciertos modos de pensar perjudiciales y peligrosos, sobre todo haciendo crecer la planta del intelecto en la dirección justa, adecuada a una idea de la civilización fundada en la herencia política del imperio romano y sobre la religiosa del cristianismo" (Adriano Prosperi, en Infelise, 1999: 27). Pero esto que de censuradores de siglos anteriores se dice, aplica para censores actuales. Tal idea del poder, del pensamiento autoritario, totalitarista, bien puede sintetizarse en lo que el militar golpista argentino Jorge Rafael Videla, a fines del siglo XX manifestó: "un terrorista no es sólo el portador de una bomba o una pistola, sino también el que difunde ideas contrarias a la civilización cristiana occidental" (en Manguel, 1996: 298). Eso explica porque Coetzee (1996), escritor sudafricano que sabe de censuras en un país gobernado por un pensamiento tiránico, afirma que silencio y censura van juntos, y en el acto de silenciar y censurar se despliega toda una pasión por parte de quien la ejerce.

### **2. 3 El silencio**

Entendiendo que el sentido del silencio es relacional, el silencio del que aquí se trata es aquel que intenta ocultar deliberadamente algo (que lo logre o no es parte de otra discusión), y en su versión más extrema, lo hace desde ciertas posiciones privilegiadas, como la del poder (Coetzee, 1996). Es decir, existen instituciones o pensamientos totalitarios y/o excluyentes que practican el silencio con el fin de ocultar cosas, objetos, información que a la sociedad le competen, sacándolas del

espacio público. Guardar silencio sobre lo que uno hizo o es, no necesariamente genera malestar ni daño, ni se hace con fines de imposición. Ocultar, guardar silencio sobre acciones, masacres, crueldades, segregaciones, periodos, pueden resultar deletéreas para una sociedad. En su forma excesiva este silencio se presenta como uno impuesto, ese tipo de mutismo es el que se cuestiona, el que en este apartado se delibera: el tesón de las dictaduras, ese que inicia aniquilando la palabra, sobre todo la palabra pública, aquello que no se puede enunciar por tener la amenaza a un costado, ese "silencio impuesto por la violencia suspende los significados, rompe el vínculo social" (Le Breton, 1997: 6). Y es que, con la violencia política y social viene la imposición del silencio, de la incomunicabilidad. Ciertamente, el peso de la palabra o del silencio se encuentra en función de las circunstancias en que se manifiestan (Jaworski, 1993). "La palabra es el único antídoto contra las múltiples manifestaciones de totalitarismo que pretenden reducir la sociedad al silencio para imponer su capa de plomo sobre la circulación colectiva de los significados y neutralizar así cualquier atisbo de pensamiento" (Le Breton, 1997: 6). Con el silencio en medio del ámbito violento hay una especie de "mordaza" y disolución del significado.

En ese sentido puede hablarse del silenciamiento sobre media humanidad, grupos y comunidades incómodas para las visiones dominantes, tal es el caso de las brujas (Cohen, 2003), los negros (Memel-Foté, 1999), los esclavos (Saco, 1974), las minorías en distintos tiempos (Nirenberg, 1996), entre otros. El silencio sobre estos sectores ha sido lapidario en diferentes momentos. Y cuando han sido enunciados lo han sido desde la perspectiva del poder; se narran desde una mirada ajena, en ocasiones inculpadora. Es el caso de las brujas: mujeres caricaturizadas y endemoniadas por la visión de la Inquisición (Ginzburg, 1989; Cohen, 2003). Esa descripción y representación es posible en la medida que "el dominio del silencio y la palabra" ha sido y es "una característica de la autoridad institucional" (Le Breton, 1997: 58), y desde ahí se les traza. Se ha hecho siglos atrás, se sigue haciendo en el presente, al tiempo que se les caricaturiza se les silencia. El poder tiene recursos y mecanismos que posibilitan reducir al silencio a aquellos actores que así se lo proponga, por ejemplo a la oposición o a sus

críticos. El status y el orden no pueden ponerse en tela de juicio, hay que silenciar a quien se lo proponga.

Esa suele ser la expresión del poder, ese que se arroga no sólo el derecho de describir a los otros desde una posición de imposición, sino que también se reserva el derecho sobre el uso de la palabra. Qué decir y qué callar. A decir de George Orwell, su expresión más dura, el totalitarismo, atraviesa por la memoria y el lenguaje llegando al silencio. El poder se asocia al derecho a hablar. Pierre Clastres afirma que el uso del poder garantiza la potestad de la palabra, "la palabra y el poder mantienen tales relaciones que el deseo del uno se realiza en la conquista del otro. El hombre de poder, sea príncipe, déspota o jefe de Estado, es no solamente aquel que habla, sino la única fuente de la palabra legítima... Siendo cada uno de por sí extremos inertes, poder y palabra no subsisten el uno sin el otro, siendo el uno la sustancia del otro" (en Ramírez, 1992: 29). Todo régimen político, autoritario o democrático, implementa mecanismos para regular la palabra y para imponer el silencio. Un régimen totalitario implementa los discursos, impone los silencios y actúa violentamente. En uno democrático, la violencia es menor y el discurso y los silencios mayores. El silencio puede producirse por el miedo; miedo a saber, miedo a decir lo que no se debe, menos aún en sitios abiertos. Sociedades totalitarias del siglo XX lo han experimentado.

En efecto, todo silencio, en medio de una institución, implica una organización de la palabra y, por tanto, un manejo del silencio: "cualquier autoridad moral o institucional es dueña de la palabra y del silencio, y se arroga la posibilidad de entablar conversaciones" (Le Breton, 1997: 58). De narrar lo que a sus intereses conviene y de ocultar lo que considera atenta contra esos intereses. En ello, como se ha visto, juega un papel fundamental la censura. La censura es una forma violenta del silencio: "la censura hace que uno tenga forzosamente que callarse o vea sus palabras desfiguradas. Al prohibir toda manifestación social hostil, asfixia de raíz la palabra condenándola al autismo, es decir, impidiendo que se difunda más allá de la estricta intimidad personal" (Le Breton, 1997: 65). Censura y silencio retozan en el terreno de lo privado.



Y es que, en ese sentido, lo comunicable se vuelve incommunicable; lo común personal, lo público privado, lo que antes se manifestaba de manera abierta termina por mantenerse en lo íntimo. Comunicaciones que no deben más estar en el escenario público, ni en las conversaciones en las calles ni en las primeras planas de los periódicos. Por caso, sobre los campos de exterminio que los nazis crearon se ha dicho mucho. En cambio, poco se ha enunciado en el sentido de que había de judíos a judíos. A los pudientes se les decomisaban sus bienes y a cambio recibían un visado de emigración; ellos tenían dinero. Los pobres, los de siempre, iban a la “solución final” (Vincent, 1987). Lo mismo sucede con los “gulag” soviéticos. Guardar silencio sobre los “gulag” y los crímenes de los aparatos de Estado de los países del Este se encamina en esta tónica de la censura y el secretismo, y desde posiciones privilegiadas se guardó silencio: Sartre llegó a argumentar que no debía hablarse al respecto para no desilusionar a la clase obrera sobre el paraíso comunista (Todorov, 2000).

En todos estos casos, el silencio se ejerce con la intención de no nombrar, de no expresar, de no comunicar, de no reconocer pública y abiertamente esos sucesos o episodios. En los casos señalados el silencio está rodeando al secreto. Secreto y silencio van juntos, son mutuamente constitutivos (Mier, 2008). Silenciar es ocultar, relegar de la comunicación algo. Mantener el secreto implica guardar silencio en una esfera pública. Efectivamente, hay silencio ahí donde ya no hay comunicación. Más aún, se impide mediante distintos mecanismos e instrumentos, que esa comunicación, la palabra, se posibilite.

Desde esa lógica, el poder permite que ciertos discursos, ideas, términos, se expresen, pero prohíbe otros más. Aquello que no está permitido, junto con sus sinonimías, se sanciona, se castiga. El espacio público se llena de ciertos signos, palabras, frases, consignas. Otras, muchas, se eliminan. Se les repliega al ámbito de lo privado: “uno de los papeles de la propaganda es silenciar estrangulando el espacio de los signos disidentes” (Ramírez, 1992: 32). Cuando alguien irrumpe en el espacio abierto enunciando lo prohibido, una especie de cinturón o círculos se proyectan sobre él para impedir su irradiación: el silencio rodea a lo que no está permitido expresarse abiertamente. La mordaza del silencio de los disidentes es

aliado del poder: "la censura genera un silencio negativo, una falta de comunicación; desvirtúa el valor de la palabra, privándola de consistencia al impedir que haya alguien para recogerla y transmitirla. El poder pretende con ello evitar que la disidencia se propague, forzándola a seguir caminos preestablecidos, dada la imposibilidad de escoger otros" (Le Breton, 1997: 65). Se intenta, con la censura y el silencio, frenar el entusiasmo por los discursos disyuntivos, por los libros poco cómodos a las visiones totalitarias, por el conocimiento de visiones no dominantes, por el saber electivo del pasado; intentando, asimismo, pasar a lo privado aquello que inicialmente corresponde al espacio público. De ahí que se entienda, perfectamente, porque se esgrime que "el escrito es por esencia opuesto a todo secreto" (Simmel, 1908: 400), a lo privado, porque se pone en el escenario público y en múltiples casos lo que se ha escrito es lo antagónico a lo que el poder desea que se exprese, porque el poder le apuesta al olvido, y quienes escriben le apuestan a que se forje memoria. Efectivamente, mientras la escritura mantiene memoria, el silencio erige olvido.

## **2. 4 El silencio como material del olvido**

De los libros se ha dicho que no tienen sentido ni efecto alguno si no se les lee. Que fue lo que ocurrió durante algunos siglos en la Edad Media con varios autores griegos, porque se les censuró, se les ocultó, de cierta manera se les silenció. Cuando alguien escribe se abren diferentes interpretaciones a lo que ahí se dice, sea sobre el pasado, sobre el presente o el porvenir. Umberto Eco a eso le ha denominado diálogo entre texto y lector. Cuando no hay lectura, por intención deliberadamente de ocultamiento, el silencio rige y se erige como vehículo que conduce al olvido. El olvido, entendido aquí como esa imposibilidad de comunicación sobre lo que en el pasado ha ocurrido o en el presente se va forjando, y cuya incomunicación se dispone desde posiciones de privilegio como las de poder. La historia del olvido se encuentra ligada al silencio, a aquellos o aquello que se ha querido, intentado y, en no pocos casos, logrado acallar. Se han citado varios casos: mujeres, marginales, leprosos, brujas, pensamientos opositores y bien podrían incluirse "personajes" incómodos en distintos periodos

de la historia ortodoxa. Sobre ellos poco a poco se ha ido corriendo el telón, se ha ido arrojando luz, se les ha ido sacando de las sombras; se les ha mostrado como actores de su momento. Existieron y sobre ellos comienza a escribirse y hablarse.

Quizá por eso es que el escritor argentino Juan Gelman ha declarado que escribe, porque escribiendo intenta acabar con "el silencio que navega sobre la amnesia", y es que el diálogo colectivo fortalece el lazo social y minimiza las imposiciones del silencio. El silencio en medio de la dictadura implica el consentimiento (Le Breton, 1997).

El silencio es un acto: se *está* en silencio, se *guarda* silencio. Se silencia aquello que no se quiere, puede o debe decir. El silencio aquí es imposición. Se calla sobre algo concreto, se "reduce al silencio", a la nada. Un verso popular señala: "El silencio brutal implica olvido, que no sos pues nadie te ha pensado". En el silencio no se es. Después de la consigna de silencio, qué queda: la nada; la nada puede ser "el punto ciego"; puede decirse que la nada es como una especie de "vaciamiento del alma". La pérdida de sí, sería la nada (Givone, 1995). La ausencia de lo que estuvo, pero ya no está, ni en el relato. El presupuesto parece ser: si algo se quiere mandar al olvido de ello no hay que hablar, no hay que nombrarlo, no se emite razón ni argumento para con los acontecimientos del pasado que se quieren olvidar. Tales eventos, personajes y grupos indeseables, de los que no se quiere hablar, son enclaustrados en lo oscuro del silencio, de lo innombrable: ni una palabra al respecto de ciertos periodos oscuros y su sentido. Cuestión que saben los conquistadores en distintos momentos: someter a la cultura que se intenta vencer no es un asunto militar, sino de apoderamiento de su memoria, de sus sitios y fechas de conmemoración y suplirlos con otros distintos, al tiempo de silenciar los anteriores, acallando sus distintas manifestaciones abiertas: "al vencido se le reduce al silencio; también si son dioses: derrotados, se callan" (Le Breton, 1997: 67).

En este proceso, la reflexión es lacónica: de lo que no se habla no existe, o cuando menos no cobra significado alguno. Siguiendo a Wittgenstein, si "los límites del lenguaje... significan los límites de mi mundo", entonces, en la realidad no cabe aquello de lo que no se habla: "lo que no se cuenta no existe. Lo que

nunca ha sido el objeto de un relato, de una historia, no existe. Los tiranos lo saben muy bien y por eso borran los rastros de aquellos a quienes intentan reducir a la nada" (Perrot, 1999: 61). Distintos actores han sido borrados, por acción del silencio, en los relatos de la remembranza, y en este caso, señala Perrot, las mujeres han sido "las mudas, las ausentes, las olvidadas de la historia". Las mujeres de las que se habla son las excepcionales, una especie de "grandes hombres" (: 55). Las mortales, pequeñas, no han existido. No son sujeto de relato. Y cuando se llegan a enunciar poca o nula es la credibilidad. Jorge Semprún (1995: 268) recuerda lo que ocurrió con el texto *Si esto es un hombre* de Primo Levi sobre los campos de exterminio nazi, se cumplía una pesadilla de un deportado que ha sobrevivido: "uno ha vuelto a casa, cuenta con pasión y con todo tipo de detalles en el círculo familiar la experiencia vivida, los sufrimientos padecidos. Pero nadie le cree. Estos relatos acaban creando una especie de malestar, provocando un silencio cada vez más espeso". Es que, efectivamente, hablar no basta, si el interlocutor o a quien se dirige el lenguaje no escucha o no tiene disposición, la comunicación no se presenta; "un discurso sin interlocutor nace reprimido" (Le Breton, 1997: 26); en estos casos se aniquila "la palabra al privarla de alguien que la oiga y la responda: no suscita reciprocidad alguna por intensa que sea su llamada" (: 68). El silencio, en tal situación, puede pensarse como un "vacío", ese que se forma en medio del lenguaje y que resulta incómodo, una especie de "abismo" en medio del camino, del discurso.

Aquel suceso, periodo, sector, grupo, persona que no se nombra, del que se calla, al que no se le incluye en el discurso y la conversación, se le ha olvidado. Aquel que no forma parte de la conversación está reducido en el silencio, marginado, olvidado. Cuando no se habla más de algo o de alguien se ha caído en el olvido. Evidentemente, algo que no se nombra, no aparece en el escenario público, se ensombrece, no tiene relieve, incluso llega a desaparecer sin dejar rastro que seguir o indicios que explorar. Eso traza los relatos gubernamentales. Una característica de la historia oficial "es el silencio que impone a ciertos secretos familiares: los silencios principales están ligados a las normas de legitimidad en que se basa la institución, y más aún a los orígenes de dicha legitimidad", que

cobran la forma de tabú; es en ese sentido que la historia oficial "suele ocultar los hechos vergonzosos cometidos por la institución fundadora: crímenes, matanzas, genocidios. Éste es un rasgo que comparten todos los países" (Ferro, 1996: 97-98). Y es que, ciertamente, los regímenes totalitarios son proclives a la creación de una sociedad privada de memoria, encontrando su aliado en la negación y silenciamiento del horror.

Lo mismo que ocurre con distintos actores sociales de los que no se habla, pasa con ciertos sucesos, experiencias, grupos e ideas. La situación se guarda, ni a favor ni en contra, puesto que si se dice algo, por negativo que esto sea, se estaría reconociendo la existencia de eso que se pretende descartar. Así que lo mejor es no comunicar, guardar silencio y, de esta forma, se asume que no existen determinados acontecimientos, personajes o pasajes pretéritos. En ocasiones ciertas omisiones y algunos silencios resultan más elocuentes que determinados discursos prefabricados. Por eso, sobre el silencio, Halbwachs argumentaba que "cuando la sociedad se enfurece, se irrita, el individuo calla, y a fuerza de callarse, olvida los nombres que a su alrededor ninguno más pronuncia" (1925: 199). Ciertamente, los eventos al no narrarse de manera abierta llevan al olvido social, porque, al no comunicarse, no continúan en los relatos posteriores. En buena medida, dejan de existir.

Al hacer memoria, al reconstruir el pasado, se le endosan continuidades a lo que ha sido significativo en los grupos y en la sociedad. Mediante memoria se ligan pasado, presente y futuro, al tiempo que se edifican nuevos significados, y de esta forma resulta comprensible y familiar lo que tiempo atrás sucedió. Cuando el silencio, tendiente al olvido, hace acto de presencia sobre el pasado, éste se vuelve incomprensible y ajeno. A eso se le denomina discontinuidad; ahí donde falta la memoria la discontinuidad se presenta generando olvido. Y es a lo que hoy se le denomina novedad: ese no saber de dónde provienen las cosas; ese rubricar los acontecimientos o personajes o pensamientos como algo que surgen en el momento y en el presente, y desconocer su largo viaje desde tiempos atrás. En México, por caso, para muchos resultó una novedad, discontinuidad, el surgimiento del EZLN en 1994 y el EPR en 1996, en virtud de que los movimientos

guerrilleros de las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX fueron silenciados, mandados al olvido. En consecuencia, se creyó que estos no habían existido en nuestro país y se vio como una expresión nueva a la naciente guerrilla, y a varias de sus expresiones, elementos que ya se habían manifestado en los grupos guerrilleros de las pasadas décadas. Es el caso del "viejo Antonio", una especie de "alter ego", que ya estaba presente en la guerrilla de Lucio Cabañas, pues la figura del "viejo" es ancestral y emblemática en las culturas indígenas y campesinas de México. Aquí el silencio ha fungido como material del olvido.

Como material del olvido, el silencio que proviene desde afuera, como imposición, teje los relatos sobre el pasado de las sociedades, y lo hace en distintos ámbitos, lo mismo en la esfera de la política que la religiosa, que en la academia o en la vida familiar, mutismo sobre incomodidades del pasado van delineando no sólo lo que del pasado debe y puede relatarse, sino que también va dibujando el presente. Con cada nuevo grupo en el poder las antes incomodidades negadas del pasado se van erigiendo como baluartes, reposicionándolas en el presente, de ahí que personajes o gestas antes silenciadas aparezcan como aportadoras de los nuevos tiempos políticos, pero en todo momento con intereses de legitimación de los poderosos en turno. El movimiento estudiantil de 1968, denostado por el gobierno mexicano hasta el año 2000, es enaltecido por el nuevo gobierno emanado de las filas del Partido Acción Nacional, no por su filiación de izquierda sino por legitimar su llegada al poder como partido de oposición. Esa es una forma de uso de los silencios sobre sucesos y personajes del pasado. Y se hace desde el poder. Esto se señala porque, como se ha intentado argumentar, el silencio confecciona al olvido, con un elemento central: el poder que lo impone. No hay silencio manufacturando al olvido social sin poder de por medio. Y con ello se forja el presente.

## **2. 5 Un posible cierre**

El conocimiento del desconocimiento. En esa búsqueda, lo más seguro es que se crucen nociones como "censura", "prohibición", "proscripción", "clandestinaje", "oculto", "privado", "mordaza", "olvido" y, también, "tortura". Actualmente, por

ejemplo, no hay constitución en Occidente que a la tortura la mantenga en la legalidad. Pero la tortura es una práctica muy común, más de lo que se quisiera. Y se tortura para hacer confesar, para que se hable. "La historia de la tortura pertenece a la del secreto, de un doble secreto: se tortura para arrancar el secreto, pero el hecho de haber torturado se convierte a su vez en secreto" (Vincent, 1987: 204).

El silencio y la secretud son formas constitutivas de la vida social, y el poder las usa para su beneficio y regocijo: "el poder, al impedir que la palabra circule, enturbia las relaciones y provoca la sospecha general, pues es difícil en muchas ocasiones arriesgarse a plantear sin ambages una objeción ante quienes tienen una posición personal que desconocemos" (Le Breton, 1997: 66). Cabría, al momento de hurgar estos procederes, explorar las formas como se va rompiendo ese silencio y cómo la palabra se posiciona en el espacio público. Privado y público son dos esferas que constituyen una sola realidad. Por eso lo que tiene que ver con el secreto se relaciona a su vez con lo público, porque de esa esfera se saca lo que se quiere esconder, lo que se ha censurado. En consecuencia, se puede afirmar que "la censura es un fenómeno que pertenece a la vida pública" (Coetzee, 1996: 9). Porque se quiere mantener en el ámbito de lo privado, de lo oculto, ciertas versiones de la realidad pública. Y mantener en privado, en silencio o en secreto variadas versiones sobre la realidad, implica necesariamente encoger la realidad misma; achicarla, porque se va empobreciendo, y eso ocurre con las narraciones que sobre el pasado se realizan. Personajes, grupos, sectores, minorías, mujeres, masacres, atrocidades, torturas, juicios, quemas, ahí se encuentran, pero poco o nada de ello se narra: la memoria así se va encogiéndose, y así el olvido va carcomiendo a las sociedades. De múltiples interpretaciones y significaciones que puede tener la vida social se reducen a unas cuantas, las autorizadas, las impuestas, las estatuidas.

Se sacan de la vida pública, de la locución abierta, expresiones sobre situaciones antes compartidas. Se les mantiene en secreto o se les obliga a sellarse en la secretud. Se les arrincona en el campo privado, en lo comunicable. Ese es el paso de lo público a lo privado, de lo comunicable a lo incommunicable.

En la esfera de lo incommunicable se quedan eventos, tiempos, que a la sociedad competen, pues se edifican muros de silencio a su alrededor: de ello no se pronuncia palabra alguna cual si nunca hubieran existido. Así se va manufacturando el olvido, al menos esa es su intención. Eso se argumenta aquí: cómo se va dibujando el olvido con el silencio como material, cruzando lo privado, el secreto y la censura.



II. SEGUNDA PARTE:  
EL DEVENIR DE LA GUERRILLA EN MÉXICO. SEGUNDA OLA ARMADA

## 1. EL CONTEXTO DE LOS MOVIMIENTOS ARMADOS EN MÉXICO

El contexto en que surge la Segunda Ola Armada, la guerrilla de los años sesenta y setenta en México, tiene una serie de características que no necesariamente se encuentran décadas atrás; al menos, por ejemplo, no están presentes en los años cincuenta, pero sí en los años sesenta. Este capítulo caracteriza, someramente, el periodo en que surgen los grupos guerrilleros en nuestro país, brinda algunos elementos que posibilitan la comprensión de la explosión guerrillera de esas décadas, el por qué de su surgimiento.

En las décadas de los sesenta y setenta emergieron actores sociales con actuaciones fuertes que impactan al sector del que provienen. Estos actores sociales cuestionaron algunos supuestos de la Revolución Mexicana que se creían vigentes y, en consecuencia, el corporativismo del Estado mexicano, y la concepción de ese Estado comenzó a cimbrarse. Un acontecimiento clave en ese tiempo fue el movimiento estudiantil de 1968. Varios grupos se radicalizaron a raíz de la represión de este movimiento, represión que por lo demás tuvo un impacto nacional. Son estos tiempos y circunstancias los que van a rodear el surgimiento de la expresión armada en México.

“Hacia 1956 el Estado mexicano estaba ya conformado y a su interior la oposición de izquierda fue sólo un grupo de presión. En fin, uno de los rasgos básicos de este Estado, el monolitismo y su fundamentación en el control organizacional de las clases y capas sociales estaba ya conformado” (De la Garza *et al.*, 1986: 13). Después de este año adviene una especie de “crisis”, en la que confluyen sobre todo dos elementos: a) el control oficial sobre los sindicatos y distintos gremios, como campesinos y de profesionales, piénsese en los médicos, por ejemplo, y b) el bajo nivel de satisfacción a las demandas planteadas por distintos sectores sociales. Vienen los descontentos, principalmente de tres sectores, el obrero, el campesino y el estudiantil. Pero son más los grupos que se inconforman, como se verá más adelante, aunque su impacto o resonancia fuera de su gremio es menor con respecto a los primeros.

Estos dos elementos señalados derivaron en distintas organizaciones que se movilizaron para protestar por, sobre todo, el control político que se ejercía sobre distintos sectores y la nula respuesta a demandas que se consideraban impostergables y fundamentales en distintos movimientos sociales. El descontento no sólo se estaba cocinando sino que se comenzaba a mostrar.

Son varios los elementos políticos y sociales, de distintos sectores y clases que se encuentran en el escenario nacional en esos años que permiten entender dicho descontento. Un factor que se encuentra aquí, es el surgimiento de lo que se denominó “insurgencia obrera” a fines de los cincuenta y principios de los sesenta. La independencia sindical y la lucha por la democracia en los gremios constituían el motor de esa lucha. Otro elemento lo constituyen los campesinos en medio de la pobreza, que también se manifestaron; los jornaleros sin tierra, asimismo, se expresaron abiertamente y demandaron atención y resolución a sus problemáticas particulares. Los campesinos buscaban dotarse de una organización propia que velara por sus intereses. Así, en 1963 surge la Central Campesina Independiente (CCI). Esta organización tenía vínculos con el Partido Comunista Mexicano (PCM), de hecho, de ahí provenían muchos de sus cuadros y militantes. Cuando en 1964 Ramón Danzós Palomino se presenta como candidato a la presidencia, postulado por el Frente Electoral del Pueblo, la CCI se divide. Un sector de dicha central termina por acercarse al gobierno en turno; la otra, sigue su camino en la ruta de izquierda y contestataria. Otro factor de este contexto político y social, lo componen los colonos, sector que comienza a movilizarse exigiendo, en su rubro, vivienda. Toman las calles para expresarse y terrenos para vivir. Fundan colonias populares desde las cuales se organizan para continuar su lucha y tener una mayor presencia. Un componente más en el escenario social, lo constituyen los denominados cristianos disidentes de la línea oficial de la Iglesia Católica, nos referimos a los partidarios de la Teología de la Liberación.

Estos sectores diversos se organizaron y marcharon muchas veces juntos. Surgieron los frentes y los comités de estudiantes con colonos, sindicatos con estudiantes y cristianos radicalizados, distintos sectores demandando y tratando de construir la democracia en México. Entre 1968 y 1975 surgen en distintos

puntos del país organizaciones, frentes, en los que confluyen organizaciones populares, colonos, estudiantes, normalistas, campesinos y en ocasiones sindicatos. Algunos de ellos son denominados "nuevos movimientos sociales", practican autonomía e independencia con respecto a organizaciones instituidas, van conquistando espacios, como ocupación de tierras y fundando "colonias". Se encuentran incrustadas por distintas ideologías, lo mismo maoísmo que anarcosindicalismo, cristianismo o populismo (Carr, 1982: 239-241).

En el tablado se encuentra, de igual manera, el Partido Comunista Mexicano (PCM), que durante los años sesenta sufre una especie de crisis, primero al estancarse su número de miembros adheridos y, después, al ir disminuyendo sobre todo después del movimiento de 1968. Las críticas al PCM eran muchas, limitantes se le veían por múltiples lados, en especial los jóvenes fueron críticos sobre ese organismo, por no dar respuesta a lo que las distintas organizaciones de izquierda en el escenario de entonces levantaban como bandera y la práctica indiferencia de ese instituto político. Cuadros del PCM se incrustaban en las universidades, en algunas de ellas tenían el control de los espacios estudiantiles y hasta de dirección de estas instituciones. La Universidad Autónoma de Puebla, de Guerrero y de Sinaloa, son ejemplo de ello. Esta presencia comunista incide en lo que se enseña, especialmente en el ámbito de las ciencias sociales. Desde luego, los grupos de izquierda se disputaban ese "botín" y los conflictos entre ellos no tardaron en llegar (Carr, 1982: 245-247).

En el plano internacional varios factores se ponen en juego y alimentan el espíritu libertario de los jóvenes. Los movimientos juveniles y estudiantiles, el ascenso del feminismo y el cuestionamiento al orden impuesto desde Moscú (que ya no tiene el control de todos los partidos comunistas ni del movimiento comunista internacional) están en la escena. Pero quizá uno más fuerte, en el terreno político, lo constituye el triunfo de la Revolución en Cuba. Ciertamente, un factor exterior que impactó en los jóvenes mexicanos y en diversos sectores de la izquierda fue la Revolución Cubana. En México, como resonancia de dicho acontecimiento, se crea en 1961 el Movimiento de Liberación Nacional (MLN): intelectuales, artistas, políticos, partidos sin registro, cardenistas, entre otros,

confluyen en ese espacio. Entre los objetivos de esta organización se encuentran la defensa de la Revolución Cubana, liberar a los presos políticos y reactivar la reforma agraria, defender la soberanía y la independencia del país. Además, en términos internos, intenta recobrar los principios de la Revolución Mexicana. El MLN es producto de largas y múltiples reuniones donde una buena parte de la izquierda mexicana confluye: la izquierda independiente, la que no se encuentra en el PCM, ahí tiene un punto de confluencia. Crean comités locales en distintos puntos del país; no obstante, hacia 1967 queda diluido (Glockner, 2007).

En este contexto cabe un antecedente que la izquierda política, sobre todo la de los movimientos sociales tiene presente en ese momento, y por la manera como concluyó constituirá un signo de la forma de actuación del Estado mexicano en esos tiempos: el desenlace de Rubén Jaramillo. Luchador por la tierra y los ingenios azucareros. Está al frente de dos huelgas de obreros de refineries, en 1942 y 1943. Se cansa de tanta lucha legal y represión, y toma las armas en 1943. Después, participa en la campaña presidencial del opositor Miguel Henríquez Guzmán en 1952; Jaramillo en dos ocasiones es candidato al gobierno de Morelos, en 1946 y en 1952. Para 1958 está otra vez en la lucha de las cooperativas azucareras. En 1961 y 1962 organiza invasiones de tierras. La represión se desencadena una y otra vez. El 23 de mayo de 1962 soldados y policías lo detienen en su casa y se lo llevan; lo asesinan. Poco antes, el entonces presidente Adolfo López Mateos le había dado un abrazo, posaron para la foto (Monsiváis, 2004b). Eso en el sureño estado de Morelos, ahí la represión deja poco espacio para la movilización pacífica y legal. Pero Morelos no será el único estado del país en que el Estado mexicano actuará violentamente en esos años, ante el surgimiento de movimientos sociales con una participación política que considera peligrosa para los intereses locales.

A fines de los años cincuenta, el estado de Guerrero era una de las entidades más atrasadas del país, analfabetismo alto, mortalidad alta, bajos salarios, el cacicazgo fuertemente expresado contra comunidades campesinas enteras. Iniciando los años sesenta, cuatro compañías explotaban el 80% de los bosques del estado (Bellingeri, 2003). Ahí, en octubre de 1959 se crea la

Asociación Cívica Guerrerense (ACG). Genaro Vázquez participará en dicha asociación. Terminando la década, el 30 de diciembre de 1960, una gran manifestación se realiza para repudiar al gobernador local Raúl Caballero Aburto, ésta es reprimida. Genaro Vázquez está de tiempo completo en la lucha campesina, ya no se dedica a la lucha magisterial. Lo campesino es más fuerte y puede más. La ACG está al frente de la lucha. Los estudiantes normalistas se suman a la querella campesina y ya en plena pugna contra el gobernador, alrededor de cuya figura impugnada han confluído distintos sectores: Las manifestaciones en las calles de Guerrero son cotidianas, forman ya parte del actuar diario de estudiantes, campesinos, docentes, copreros, distintos sectores. Enfrentamientos en las calles se dan, hay ingobernabilidad, al menos así lo perciben algunos congresistas desde la capital del país. Se solicita la destitución del gobernador. Los enfrentamientos entre manifestantes y policías continúan. Varios líderes son detenidos, entre ellos Genaro Vázquez. Las escuelas de distinto nivel paran actividades. El Ejército sale a las calles. El aún normalista Lucio Cabañas es detenido. El 4 de enero de 1961 se decreta la desaparición de poderes en Guerrero. Para las elecciones de 1962, la ACG decide lanzar sus propios candidatos, entre ellos al de gobernador. La prensa arremetió contra ellos, los llamaba "civicolocos". El domingo 2 de diciembre se realizan las elecciones con un gran cúmulo de irregularidades. Los cívicos declaran ganador a su candidato. El aparato oficial y el jurídico, al servicio del poder, declaran ganador al suyo. Las protestas inician. El Ejército, nuevamente, hace acto de presencia para evitar las manifestaciones de protesta. Los cívicos llevan su protesta a Iguala, donde son reprimidos. Lo mismo ocurre en otras ciudades guerrerenses. Testimonios de tortura y represión aparecen en algunas publicaciones. La revista *Política*, recoge uno cruel: "el Ejército se lo llevó para treparlo en un helicóptero y colgarlo de los pies mientras volaban sobre el mar" (en Glöckner, 2007: 126). El cual bien puede considerarse como un antecedente de los vuelos de la muerte en México. La justicia guerrerense señala y responsabiliza del conflicto a Genaro Vázquez. Éste, para sobrevivir, tendrá que refugiarse en la clandestinidad. "En Guerrero se transitaba de la negación del sueño por el sufragio para ser arrinconados al

calentamiento del arma". Esto ocurre en el sur del país. El norte tiene, también, sus movilizaciones y respuestas desproporcionadas de parte del poder local.

En Chihuahua, estado donde surgirá uno de los primeros grupos guerrilleros de esta década, los problemas en torno a la tierra se incrementan. Los enfrentamientos entre terratenientes y campesinos van en aumento. Los campesinos crean organizaciones y sus líderes son reprimidos, asesinados o desaparecidos. Líderes del movimiento en esa región, como Arturo Gámiz, Pablo y Raúl Gómez y más gente, marchan de Ciudad Madera a la capital de Chihuahua, denunciando la muerte de uno de sus compañeros y la represión de que son objeto los campesinos. Después de varios intentos demandando tierra y organizarse y obtener como respuesta represión, Arturo Gámiz les expresa a los campesinos: "Compañeros, por la vía legal no hemos obtenido nada, solo nos queda, como presión, invadir la tierra" (en Glockner, 2007: 105-106). La respuesta del gobierno local, a través del Ejército es cruenta, no sin antes expresar lo que piensan los militares. Un general de entonces espeta a los campesinos: "¿No saben que el respeto a la propiedad ajena es una de las bases en que se apoya la paz que disfruta esta gran familia mexicana? ¿Quiénes son ustedes para pisotear el derecho?"; luego agregaría: "Deberían de leer la Constitución y dejarse de andar leyendo libros de ideas exóticas que afectan nuestra mexicanidad"; acto seguido son desalojados violentamente. Pero estos campesinos, como otros movimientos en el país, contaban con el apoyo estudiantil, especialmente los estudiantes normalistas. El movimiento campesino en Chihuahua crecía. En ese entonces, Lucio Cabañas es dirigente normalista a nivel nacional. Encabeza la Federación Estudiantil Campesina Socialista de México (FECSM).

Son, estos, tiempos de confrontación de las distintas expresiones de los movimientos sociales. Se les enfrenta, ya sea con la policía o con el Ejército, se les detiene; el resultado es previsible: violencia, las más de las veces injustificada. Así, en este panorama, entran también los movimientos sindicales que son reprimidos por el gobierno a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta. En 1959 los ferrocarrileros se aprestan a la huelga nacional. Declaran ilegal la huelga, hay despidos, hace acto de presencia la policía y los locales

sindicales son tomados; la represión deja caer. Por luchar por derechos y autonomía sindical, varios dirigentes se encuentran en la cárcel, entre ellos Demetrio Vallejo, Valentín Campa, Alberto Lumblerás y Hugo Ponce. En Junio de 1959 son expulsados dos diplomáticos de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en México, acusados de estar detrás del movimiento ferrocarrilero.

Las inconformidades y protestas se manifiestan por todos lados, prácticamente no hay estado del país donde no haya movilizaciones de protesta. Son años de represión a los movimientos sociales. Es reprimido el movimiento cívico que encabeza el Dr. Salvador Nava en San Luis Potosí, a inicios de los sesenta. El movimiento médico de 1964-1965 es reprimido. El Partido Comunista Mexicano (PCM) es hostigado y se le niega el registro.

Por su parte, los cristianos disidentes si bien no son reprimidos por la policía y el Ejército, lo son sí por la jerarquía católica que bien los margina o los expulsa de sus filas. Esta línea cristiana disidente tiene su inspiración en un proyecto más amplio, el de la teología de la liberación, cuyas bases se encuentran en un documento que en 1967 suscriben obispos de América Latina, Asia y África, preocupados por la pobreza del mundo. Hablan de igualdad, de socialismo y de cristianismo. En 1968 se reúne en Medellín, Colombia, la Segunda Conferencia General del Episcopado Latino Americano (CELAM). Mil curas latinoamericanos suscriben el documento de los Sacerdotes para el Tercer Mundo, que se hace llegar a la reunión; se expresa un compromiso con las luchas liberadoras del continente (Ibarra, 2006). Se habla de la "opción por los pobres". Estudiantes de algunas instituciones universitarias, gente por ejemplo del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Tec de Monterrey y de la UNAM, se adhieren a estas ideas.

Los estudiantes, por supuesto, no escapan a esta manifestación de movilidad social. Ellos están más allá de las universidades, en los frentes, en las colonias populares, en las fábricas, donde se requiera solidaridad. Pero primero se organizan para luchar en su espacio, las universidades. En los años sesenta la agitación estudiantil recorre diversos centros universitarios. Muchos. Círculos de



estudio y discusiones sobre obras de los clásicos están presentes. Marx, Mao, Lenin, el *Che*, los discursos de Fidel Castro. La militancia en agrupaciones de izquierda como las juventudes del Partido Comunista; la Central Nacional de Estudiantes Democráticos o la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. Esos son sitios para el pensamiento de izquierda y rebelde que abrazan los jóvenes. También se encuentran los grupos estudiantiles cristianos, inspirados en la Teología de la Liberación. Si de la FECSM surgen personajes como Lucio Cabañas, posterior dirigente de la guerrilla rural más fuerte en esos años, de los grupos cristianos del norte surge Ignacio Salas Obregón, Oseas, posterior dirigente de la Liga Comunista 23 de Septiembre, la guerrilla urbana más fuerte de este periodo.

Los universitarios tienen demandas locales, mejoras en sus centros educativos, elección democrática de autoridades, y en variadas ocasiones son acallados mediante el uso de bayonetas. Se pueden referir algunos casos de movimientos estudiantiles que culminaron en la toma de instalaciones por parte de la policía o el Ejército. En México, la agitación estudiantil está recorriendo distintos puntos del país, con todo y que son reprimidos varios de esos intentos.

En 1964 las instalaciones la Universidad Nicolaíta, Michoacán, son tomadas por el Ejército. En 1965 el entonces rector de la Universidad Autónoma de Puebla (UAP), considerado como de derecha, para "sanear" a la institución de reformadores expulsa a maestros y estudiantes. Los estudiantes inician una huelga contra el rector, y grupos de choque (de derecha) junto con la policía toman instalaciones universitarias. En 1966, en Chilpancingo, Guerrero, los estudiantes universitarios se manifiestan contra lo que consideran imposición del rector. Hay enfrentamientos con la policía. La universidad es tomada por la policía y varios líderes son encarcelados. En 1966, en Sinaloa los estudiantes exigen la renuncia del rector, quien un año atrás se había reelegido en el cargo, al tiempo que se demandan reformas universitarias. Hay efervescencia, pero también grupos de choque que atacan el edificio central de la universidad y una campaña anticomunista contra varios dirigentes, algunos ligados al PCM. El movimiento, finalmente, es reprimido. También en 1966, hay movilización estudiantil, contra el

alza en el transporte público. En las protestas un estudiante es 'asesinado. El movimiento se amplía y éste exige la desaparición de poderes estatales. La prensa local y nacional habla de una "conjura comunista" dirigida por extranjeros en el intento de "derrocar al gobierno del presidente Díaz Ordaz". El 5 de octubre estalla la huelga general, y la campaña anticomunista sigue, y así se expulsa del país a profesores extranjeros y otros son secuestrados (De la Garza *et al.*, 1986: 28). El 8 de octubre de 1966 el Ejército toma las instalaciones universitarias, a petición del congreso local. En 1967 se desencadenan las protestas por la designación del candidato oficial a la gubernatura del estado, lo cual se considera una imposición del gobierno federal, los estudiantes protestan por las políticas priistas y del gobernador local. Los estudiantes enardecidos atacan varias oficinas priistas y de algunos funcionarios. La policía toma las instalaciones universitarias. Los estudiantes endurecen sus protestas. El 17 de mayo, el congreso local solicita la intervención del Ejército y éste toma la universidad.

Un año antes, en 1966, en la ciudad de Morelia, Michoacán, se funda la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED), con vínculos con el PCM. Desde esta instancia se intenta hacer crecer el movimiento estudiantil y deslocalizarlo. Hasta ese momento no se ha podido. Esta Central tendrá presencia en el movimiento estudiantil del siguiente año. Para 1968, no obstante, el Ejército tiene ya un amplio historial de ocupaciones universitarias: el Politécnico, la Universidad de Michoacán, la de Guerrero, la de Puebla, la de Sinaloa, la de Sonora, la de Chihuahua, las Normales Rurales. Ese fue el tipo de respuesta que se le dio a la protesta estudiantil. La represión a los movimientos contestatarios en ese momento es una constante.

Pues bien, son varios los factores que se encuentran en el escenario político en los años sesenta, en distintos puntos del país: i) la presencia estudiantil crece, sobre todo en la capital del país; ii) los médicos se organizan a fines de 1964 y principios de 1965, demandan una organización sindical propia y democrática; iii) otros sectores demandan, igualmente, democracia sindical, autonomía frente a las centrales gubernamentales; iv) inspirados en el Concilio Vaticano II, la conferencia de Medellín de 1968 y la Teología de la Liberación,

cristianos de distintos puntos del país, entre ellos estudiantes, se radicalizan y hablan de la “opción por los pobres”; algo así como el cielo en la tierra; la jerarquía católica los presiona para dejar esas posturas, algunos cristianos terminan por romper con la Iglesia y realizan trabajo con obreros, campesinos y en comunidades pobres.

En todo ello, en los años sesenta, hay un lugar común: se cuestionan las desigualdades políticas, económicas, sociales, y el descontento tuvo un sitio de confluencia en el movimiento de 1968. Se ha señalado que las demandas del movimiento estudiantil en realidad están achicadas con respecto al sentir de amplios grupos sociales, en el sentido de cuestionar estructuras de poder que ya no respondían a lo demandado por la sociedad. En ese sentido, el movimiento estudiantil de 1968 es producto de la “irritación por la ausencia de vida democrática”, es la expresión del movimiento social en ese periodo. Otro será el de la expresión armada. En efecto, con la represión estudiantil del 2 de octubre de 1968 a manos del Ejército, surgen otras organizaciones, algunas de ellas armadas. “Varios miles de jóvenes, de extracción política y religiosa diversa pero todos tocados por la experiencia de 1968, decidieron que la única vía política ahora abierta para ellos era la lucha armada” (Carr, 1982: 262). Ciertamente, el espacio de participación política abierto parecía clausurado después de la matanza de Tlatelolco. Se cerró la vía pacífica y se abrió la armada, al menos para algunos jóvenes que ahí vieron un punto de fuerza para lograr algunos cambios. Varios optaron por las armas.

En los grupos armados confluyeron jóvenes de distintas fuentes, pero sobre todo de las juventudes comunistas, jóvenes desilusionados por el PCM que no respondía a sus anhelos y perspectivas políticas. Algunos jóvenes habían ya tomado distancia del PC desde antes de 1968; otros, como los estudiantes de las normales rurales fueron expulsados en 1969 de sus escuelas y tomaron el rumbo de las armas, distanciándose del partido; en 1969, durante su III Congreso, jóvenes comunistas trazaban ya la línea de la lucha armada, contra la postura oficial del partido. Algunas cabezas comunistas visibles habían reclutado a otros jóvenes para persuadirlos de esa línea. Estudiaban en universidades de distintos

puntos del país, y hay que recordar que habían ya sido reprimidos, Raúl Ramos Zavala, en la Universidad Autónoma de Nuevo León, cuya ruptura con las JCM se presentó en 1970; lo mismo ocurría con los hermanos Campaña en Guadalajara en esos años. Otra fuente para la guerrilla, fueron jóvenes católicos y protestantes, en especial los de Monterrey, radicalizados en los sesenta, de donde provenía Ignacio Salas Obregón, quien militó en el Movimiento Estudiantil Profesional (MEP), y cuyo trabajo se realizaba en colonias populares de la región donde hizo contacto con jóvenes comunistas. Después, haciendo trabajo social en Nezahualcoyotl, contacta con Ramos Zavala.

Es el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz, quien concluye su mandato al terminar la década de los sesenta. Su secretario de Gobernación es Luis Echeverría. Éste ascenderá a la presidencia en diciembre de 1970. Echeverría llega al poder en medio de diez gobiernos militares en Sudamérica. El enemigo está en casa, se dicta desde Washington; el marxismo y el comunismo son los enemigos, y se verá su actuación dura. Al llegar a la presidencia, Luis Echeverría toma cierta distancia con su mentor y antecesor, Díaz Ordaz. De manera pública impulsa una política exterior progresista, internamente convocaba una apertura política. Políticamente reprimía, como ocurrió con la matanza de estudiantes del 10 de junio de 1971. Esa represión provocó, también en esta ocasión, que decenas de jóvenes tomaran la ruta de las armas. Respalda, asimismo, la represión de campesinos en el estado de Guerrero.

La política exterior del gobierno mexicano, durante décadas, fue de cierta manera exitosa: “durante varias décadas, el gobierno monopolizó el contacto con el exterior presentándose en público como el más ardiente defensor del patriotismo y la independencia”; asimismo estableció acuerdos funcionales con países gobernados por distintas ideologías. Los mexicanos “que establecían una relación con extranjeros recibían el pesado adjetivo de traidores, los extranjeros, por su parte, no se interesaban por lo que pasaba a la mayoría de los ciudadanos prefiriendo tener buenas relaciones con las autoridades. Este inteligente y eficaz manejo de la relación con el mundo aisló al país y le permitió al gobierno controlar más fácilmente a los opositores” (Aguayo, 2001: 101). De igual manera, el

gobierno mexicano instauró relaciones con diversos grupos de izquierda de distintos países, relaciones funcionales que imposibilitaron la relación de estos grupos con las distintas izquierdas en México. Y de esta manera, el gobierno mexicano no sólo tenía presencia en otros países sino prestigio. Desde esos lugares, entonces, no se podía apoyar a la oposición interna.

Por su parte, el campo pro-soviético tampoco alentaba a la oposición mexicana. Desde la entonces URSS se señaló que en México la vía pacífica era la ruta del comunismo. Cuba, el país por antonomasia que apoyaba movimientos subversivos en el continente, no le apostaría a enemistarse con un gobierno que le había dado muestras de apoyo incluso en momentos difíciles.

Por su parte, los perseguidos políticos de otras latitudes tenían su trato preferencial. Trepadores del sistema mexicano, les denominaban los más duros del exilio argentino. Los últimos exiliados se quejaban, pues “les había tocado los departamentos más chafas... en vez de casas con alberca en Cuernavaca y la gracia recoleta de las casonas de Coyoacán, San Ángel o el Pedregal, que habían capturado los arribistas” (Bonasso, 1990: 46). México los trataba con bondad, con magnanimidad. Ciertamente, mientras el gobierno mexicano golpeaba a su disidencia armada dentro del país, con los exiliados era benevolente. Luis Echeverría supo explotar esa condición, pues al realizar giras, en el avión presidencial viajaban intelectuales y luchadores políticos sudamericanos. Un militante de izquierda de ese entonces, Alberto Hajar, recuerda: “Algunos tenían formas de vida privilegiadas: vivienda garantizada en la Villa Olímpica, contratos a tiempo completo en las universidades sin pasar por los controles académicos... Aquí hablamos de doctorados obtenidos en el avión que los traía. El Estado subvencionaba artistas y patrocinaba instituciones como la Casa Chile” (en Grange y Rico, 1997: 123). De alguna manera pagaron los favores, dice. Colaboraron de manera indirecta en la guerra sucia; algunos participaron en el aparato de seguridad mexicano, asevera. En la secretaría de Gobernación tenían una partida especial. Por ejemplo, en mayo de 1979 en la Oficialía Mayor de la secretaría de Gobernación se discutía la ampliación de los recursos para este

apartado, toda vez que se incrementaba el número de exiliados políticos (Rodríguez, 2004).

El gobierno mexicano daba asilo a perseguidos políticos de América del Sur, los recibía y trataba como invitados de honor. A los mexicanos levantados en armas, en cambio, les tocaba plomo. Pero esto no se sabía fuera del país, incluso dentro del mismo estaba como algo oculto, silenciado. Y no era para menos, las relaciones exteriores el gobierno las sabía manejar como pez en el agua. México tenía una imagen internacional de democracia. Hablaba de apertura política y coqueteaba con movimientos políticos de izquierda, sobre todo en América Latina. Incluso, algunos intelectuales de casa llegaron a plegarse a la política del gobierno en ese entonces. Varios, entre ellos Carlos Fuentes, esgrimieron “Echeverría o el fascismo”.

Además, caseramente el partido en el poder, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), controlaba prácticamente todo: sindicatos, medios de comunicación, tribunales y hasta se daba el lujo de patrocinar a partidos políticos de oposición. Cada seis años en las elecciones presidenciales ganaba ampliamente.

Es ese el contexto en el que se presenta la lucha armada en México. Los varios grupos que surgieron en las décadas de los sesenta y setenta estuvieron rodeados de ese magma político y social. Esa fue su atmósfera. Escenario que algunos han denominado, en el terreno de las confrontaciones internacionales, como “Guerra Fría” o doctrina de seguridad nacional. En efecto, la lucha guerrillera en México se da en el marco de la denominada guerra fría, cuyas formas se desplegaron de manera acentuada en el Cono Sur del continente, con la denominada “Operación Cóndor”, que desde los Estados Unidos impulsó golpes de Estado a manos de los militares para derrocar a los gobiernos civiles y democráticos (Calloni, 2001).

Para algunos estudiosos de la guerrilla, lo que se vivió en México, la denominada guerra sucia, es parte de un contexto algo más amplio, la guerra fría. “La guerra sucia en México se inscribe en el marco de la Guerra Fría entre los dos grandes bloques político-económico de esos tiempos, el comunismo y el

capitalismo... En México existe una fraseología de terror por parte del Estado, el comunismo es lo malo, los enemigos de lo mexicano, los que atacan la libertad. En esta lucha cuentan con el apoyo de los Estados Unidos” (Carlos Saucedo, en Ibarra, 2006: 20).

Y ello puede entenderse, en parte, por el papel que algunos gobernantes mexicanos han jugado en este rompecabezas denominado de confrontaciones, confrontación entre dos bloques ideológicamente opuestos: Luis Echeverría, primero como secretario de Gobernación y después como presidente de México, colaboraba con la Central de Inteligencia Americana (CIA), y estuvo a disposición del presidente estadounidense Richard Nixon, para contener el avance de izquierda en el continente, al menos así se lo hizo saber. Los días 15 y 16 de junio de 1972 Echeverría visitó Estados Unidos, se entrevistó con Nixon y la conversación que sostuvieron fue grabada. Echeverría le dice a Nixon: “en el discurso que daré ante la sesión conjunta del Congreso en la próxima hora reiteraré mis principios del Tercer Mundo frente a los grandes poderes del mundo porque... si yo no tomo esta bandera en América Latina [Fidel] Castro lo hará. Estoy muy consciente de esto”. Sobre Chile, el presidente estadounidense señaló que los capitales financieros se estaban saliendo de ese país, y agregó: “si el experimento de Chile se repite de distinto grado en otros países de América Latina, no habrá oportunidad para que las grandes corporaciones pongan allí su dinero” (en Carrasco, 2009: 27-28), pues en otros países les daban más garantías, adujo. Sobre Cuba y Chile fue tajante: no permitir “que la tragedia cubana infecte al resto del Caribe y eventualmente al resto de América Latina. Y francamente, creo que sería muy en detrimento de todos nosotros tener el experimento chileno extendido en el resto del continente. Sería muy insano”. Echeverría espetó: “estoy de acuerdo”. La CIA denominó a Echeverría, su informante, como “Litempo 8”.

Esos son los tiempos, y esos son los discursos y las prácticas. Y se forjan bloques. Y así como los sectores golpeados se reúnen para enfrentar las políticas gubernamentales, los otros, los oficialistas lo hacen desde otro ángulo. Y en plena Guerra Fría, en México los empresarios y los líderes sindicales, plegados al gobierno, enuncian discursos en “defensa de la patria” en contra de los

caminantes comunistas, esos eran los enemigos. La postura era muy clara. Y el gobierno se preparaba para actuar. Así, durante el sexenio de Luis Echeverría asisten a la Escuela de las Américas 28 oficiales. Los cursos que toman son sobre inteligencia militar, contrainsurgencia, guerra irregular, entre otros. Cabe recordar que la Escuela de las Américas es la instancia militar que se encargó de preparar a los cuadros contrainsurgentes del continente, diez dictadores militares del continente pasaron por sus aulas.

Estos militares formados en esa escuela, en México operaron la guerra sucia. Sus secuelas aún se sienten: desaparecidos, encarcelados, mutilados, familias incompletas, entre otras. Para “subsanan” parte de los excesos del poder en esa guerra sucia, el 28 de septiembre de 1978 se publica la Ley de Amnistía en el *Diario Oficial de la Federación*. Hacia diciembre de 1979, poco más de mil personas se habían acogido a la amnistía. Pocos se encontraban tras las rejas. La mayoría de los beneficiados, cerca de 800, son campesinos encarcelados por participar en la lucha agraria; 244 están relacionados con la guerrilla. Es hasta 1982 que, se señala, sale la última guerrillera presa, Aurora Castillo (Castellanos, 2007).

Después de su derrota armada, los guerrilleros que se amnistían y salen de la cárcel o regresan del exilio se suman a las filas de dos organizaciones: Corriente Socialista, donde militaban ex integrantes de la Liga; y la ACNR, quienes en 1985 se dividen en “viejos” cívicos (opuestos a la participación electoral) y “nuevos” cívicos (que quieren participar en las elecciones). Otros ex guerrilleros forman el Frente Nacional Democrático Popular, principalmente en Oaxaca. Surgirán, de los restos, diferentes organizaciones políticas, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Otros, integrantes de grupos como las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), la LC23S, el Partido de los Pobres (PdIP), Unión del Pueblo (UP) y las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) se replegarán militarmente y realizarán trabajo político clandestino para surgir, al lado de otros núcleos y tendencias ideológicas, después en dos agrupaciones: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en 1994, y el Ejército Popular Revolucionario (EPR),



en 1996. Ahí confluye gente de las FLN, en el primer caso, y del PdIP y la UP, en el segundo.

Pero ésta es una cara de la moneda, hay otra u otras.

## 2. EL RUMBO DE LAS ARMAS: DE MOVIMIENTOS SOCIALES A MOVIMIENTOS ARMADOS

Los movimientos armados surgieron de los movimientos sociales, civiles, incluso de corte pacífico y legal. No obstante, las condiciones en que se manifestaron les fueron adversas, se enfrentaron las más de las veces a formas duras y autoritarias por parte del poder, formas que en múltiples casos los orillaron a la toma de las armas. Este transitar a las armas, para exigir lo mismo y, de poderse, algo más, que lo que antes se exigía en las movidas contestatarias y se reclamaba con la palabra, con marchas, con plantones, con cercos y con mítines, terminó por tomar forma en una Ola Armada. Hugo Esteve (1995) propone la existencia de tres "olas" armadas en el siglo XX mexicano. La primera, se presentó iniciando el siglo, con lo que después se conocería como Revolución Mexicana; la segunda, en los años sesenta y setenta, y la tercera, a partir del surgimiento del EZLN en los años noventa. Los movimientos armados de los que aquí tratamos, son los que se inscriben en la Segunda Ola Armada.

Ahora bien, aquí una acotación: por movimiento social ha de entenderse a) un fenómeno de acción colectiva, con cierta permanencia, que construye espacios y sentimientos de inclusión y de exclusión; b) tiene proyecto y actores propios; c) tales proyectos intentan desbordar un orden establecido y su acción puede tomar una forma antigubernamental o antiestatal; d) sus demandas pueden ir desde lo cotidiano hasta una forma de sociedad distinta a la actual, e) sus formas organizativas suelen ser poco complejas y con rasgos de solidaridad, lo que cohesiona al movimiento y, por tanto, lo dota de ciertas formas identitarias. Diversos movimientos sociales se muestran en situaciones de conflicto, que en ocasiones se manifiestan como "expresión de cambio de época" o de condiciones económicas, políticas, sociales o culturales en apremio; la dinámica de los movimientos sociales suele encontrarse en el eje de la integración-ruptura de las sociedades actuales (Muro y canto, 1991).

En ese sentido, puede entenderse que estos movimientos se planteen un cierto cambio en distintos órdenes, social, político y económico. Intentan modificar

lo establecido, en diversos órdenes y niveles, su organización, proyecto y acciones se encaminan a ello. Claros ejemplos son distintos movimientos en el siglo XX mexicano: los ferrocarrileros, los estudiantiles, los obreros, los campesinos, los médicos, los cívicos, los diversos frentes y, por supuesto, los movimientos guerrilleros que aquí se tratan. Unos y otros han encaminado sus esfuerzos no sólo a cuestionar las formas impositivas en que se han desarrollado sindicatos, universidades, panoramas electorales e instituciones burocráticas, sino que además han planteado formas alternativas de organización y ejecución de acciones.

Para llegar a la toma de las armas, a constituirse en grupos guerrilleros, en movimiento armado, en la Segunda Ola Guerrillera en México, hubo de presentarse una serie de consideraciones, formas con las que el gobierno mexicano respondió a los reclamos de los primeros movimientos sociales. Aquí se reconstruye ese pasaje.

En los años sesenta hubo efervescencia contestataria, movimientos sociales varios en diversos puntos del país. Algunas instancias aquí resultan de especial relevancia. Los hay más, pero en especial estos serán clave en el devenir de la expresión armada. Por un lado, el Partido Comunista Mexicano (PCM) y las universidades. En el primer caso, la disidencia en las filas de la Juventudes Comunistas (JC), serán un factor clave en la conformación de grupos guerrilleros; en el segundo, la represión violenta que sufrirán aquellos que desafíen la política institucional y a sus grupos de choque en las instituciones de educación superior, enfilará la protesta por la vía armada. Eso en el caso de la guerrilla denominada urbana. Por otro lado, en el caso de la guerrilla denominada rural, en buena medida, serán los movimientos campesinos, de copreros y magisteriales, que al no obtener respuesta de parte de las autoridades locales y federales, y al escalar sus acciones serán reprimidos, y en los hechos obligados a tomar el rumbo de la sierra y de las armas.

## **2. 1 La tierra y la represión**

Ya existía un antecedente, doloroso y sangriento, de lucha social, de movimiento social pacífico a la toma de las armas; de regreso a las movilizaciones y el retorno a las armas. Era la lucha de Rubén Jaramillo, hasta que concluyó su lucha con su asesinato. Eso se mantenía fresco en la memoria de los futuros guerrilleros. Y aunque la historia de Jaramillo se encontraba como referencia reciente, no marca eso el inicio de los movimientos armados que aquí se tratan. El inicio, a decir de Esteve (1995), lo constituye el movimiento que encabezaron Arturo Gámiz y Pablo Gómez en Chihuahua a inicios de los años sesenta. Su paso de movimiento social a movimiento armado más o menos se erigió así.

### **2. 1. 1 Chihuahua y el asalto a Madera**

Con el asalto al Cuartel Madera, en la sierra de Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965, se daba inicio a la Segunda Ola Guerrillera en México. Quien se encontraba al frente de esta acción era el profesor Arturo Gámiz. Así explicaba su actuación:

“estamos convencidos de que nuestros enemigos no respetan nada ni nadie más que el fusil. Estamos convencidos de que no entienden ningún lenguaje más que el de la fuerza. Estamos convencidos de que en sus cabezas no entran razones, y de que por las buenas sólo burlas ganamos. Estamos convencidos de que ha llegado la hora de hablarle a los poderosos en el único lenguaje que entienden; llegó la hora de que las vanguardias más audaces empuñen el fusil, porque es lo único que respetan y escuchan; llegó la hora de ver si en sus cabezas penetran las balas, ya que razones nunca les entraron; llegó la hora de apoyarnos en el 30-30 y en el 30-06, más que en el Código Agrario y la Constitución” (en CIHMA, nº 1: 9).

A esa conclusión llegaban después años de pedir soluciones a sus demandas, sobre todo en el ámbito de la tierra.

Sólo para ilustrar, un dato: iniciando los años cincuenta, dos millones de hectáreas de bosques del estado de Chihuahua se encontraban en manos de cuatro grupos poderosos del estado. Establecían aserraderos e ilegalmente rentaban la tierra a los campesinos. Existían, además, monopolios para los

insumos para cultivar la tierra y los productos caían, invariablemente, en manos de monopolistas quienes pagaban a muy bajo costo lo que los campesinos querían comercializar, acentuándose esto a inicios de los sesenta (Bellingeri, 2003). En marzo de 1958 en Sinaloa, se efectúa un encuentro en el que se decide la toma de la tierra de manera organizada, que estuviera demandada por dotación y que no hubiera sido entregada en el plazo de un año. Varios estados, como Baja California, Sonora, Sinaloa y Nayarit vivieron ese escenario. Las tomas, cuando se realizaron, fueron reprimidas.

En tanto, en varios puntos de Chihuahua, se organizaban maestros y estudiantes, en la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), aunque ligada al Partido Popular Socialista (PPS) que dirigía Vicente Lombardo Toledano. En la dirección de la organización se encontraban, entre otros, el profesor Arturo Gámiz y el doctor Pablo Gómez. La educación era, también, uno de sus puntos de confluencia. Eso lo sintieron como un atentado los poderes locales, principalmente los caciques, y fue asesinado uno de los líderes de la organización, Francisco Luján. Como respuesta a ese asesinato, marchan hacia la capital del estado más de cinco mil campesinos y estudiantes. Es noviembre de 1959. Empiezan así largas movilizaciones y toma tierras. 1963 es un año de especial agitación y organización. En octubre de ese año, Gámiz, Gómez y otras tres personas se entrevistan con el entonces presidente Adolfo López Mateos, quien se encuentra de gira por Chihuahua, para plantearle los problemas agrarios que sufre la entidad y solicitarle solución. El mandatario dice que estudiará el caso. Ahí queda la cosa. Ese mismo mes, octubre de 1963, se celebra el Primer Encuentro de la Sierra de Chihuahua, que analiza la situación del estado y del país y, en consecuencia, proponer una táctica de lucha. Uno de los resolutiveos insiste en continuar la lucha por el reparto de tierra, y se decide de manera simbólica la invasión de tierras.

La UGOCM sigue vinculada al PPS, y a fines de 1963 aparecen como candidatos a diputados locales en Chihuahua, Pablo Gómez y Raúl Gómez (hermano de Pablo), en las listas del PPS. Aún se encuentran en la lucha legal. Las movilizaciones y toma de oficinas, ante la falta de respuesta a solicitudes

agrarias, se manifiestan en el grupo de Gámiz, la policía responde a sus actos. Los estudiantes solidarios con la lucha campesina, son atacados por el gobierno local, al tiempo que les espeta: “muchachitos léperos”. En febrero de 1964 el grupo de Gámiz entra en acción al incendiar un puente: “Este puente lo quemamos porque pedimos libertad a los campesinos, libertad a los estudiantes y resolución a problemas agrarios”, y la manta es firmada como “Guerrilleros Populares” (Glockner, 2007: 134). Para ese momento, Gámiz y su grupo llevan ya seis años en la lucha legal, demandando tierra y como respuesta las más de las veces han tenido represión. El ejercicio de la violencia empieza a cobrar forma como método de lucha.

Otro compañero de Gámiz, Salomón Gaytan recibirá un empujón más para tomar el rumbo de las armas. En un enfrentamiento con un terrateniente, en el que éste resulta muerto, Salomón Gaytan junto con su sobrino, huyen hacia la sierra. Gámiz es enterado de lo sucedido y deja la escuela, en que por ese entonces trabajaba, y camina rumbo a la sierra. En la sierra encontrará a los que van huyendo. El grupo guerrillero está en formación. La manta en el puente y tomar el rumbo de la sierra después de la reyerta con el terrateniente son indicios de lo que está por venir. Por su parte, la policía anuncia que son 11 los integrantes de la “gavilla” y que irán tras ellos. En tanto, uno de los Gaytan, Salvador, es detenido. Los ánimos literalmente se calientan. La ruptura con el PPS y la UGOCM se da a fines de 1963 (Reyes, s/f: 8).

En un texto de 1964 titulado “Escrito sobre la agricultura y los estudiantes”, Arturo Gámiz escribe sobre el problema: “maduran las premisas de profundas conmociones sociales que sacudirán todo el territorio nacional sino se da una solución radical y oportuna al problema agrario” (en Reyes, s/f: 8). Abril de 1964: Gustavo Díaz Ordaz, candidato a la presidencia por el partido en el poder, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), en gira por Chihuahua, debe suspender un acto cuando la gente ahí reunida le grita y avienta cosas. Protestan por lo que pasa en su estado. Los estudiantes queman el templete (dos de ellos después serán aprehendidos y torturados por su participación en los hechos: Pablo

Alvarado y Óscar González Eguiarte; después engrosarán las filas guerrilleras). Pablo Gómez es aprehendido, acusado de ser responsable de los hechos.

El camino armado, por parte de quienes están huyendo en la sierra, es cada vez más claro. Deciden actuar contra un domicilio clave: un terrateniente que poseía una planta de luz y en el sitio se encontraba una estación de radio por medio de la cual los propietarios se comunicaban. Ahí ataca el grupo de Gámiz y firman: "Ejército Popular Mexicano" (Glockner, 2007: 143). Estando ya en la sierra y huyendo del Ejército que los busca por quemar la casa del hacendado, el propio Gámiz aún llama a la gente a votar por los candidatos del PPS, no obstante la ruptura (Reyes, s/f: 8-13). En julio de 1964, en la casa de un terrateniente se instala un cuartel general. Después de varios intentos de ir tras la guerrilla deciden parar y relajarse. Beben. Los guerrilleros están observando, esperan el momento y atacan. Someten a policías y se llevan las armas. Salomón quiere ejecutarlos; Gámiz se impone: sólo se les desnudará. La prensa comienza a hablar de la gavilla de Gámiz, un hombre "enfermo", acusan (Glockner, 2007: 149).

Como es de esperarse, la población sufre represión; no dan con la guerrilla y entonces el Ejército somete a los lugareños. La guerrilla lo denuncia:

"Hemos visto con indignación, y lo hacemos del conocimiento de la opinión pública, que las fuerzas del Ejército Federal, de la policía rural y de la judicial, enviadas en nuestra persecución, han ido de rancho en rancho cometiendo toda clase de fechorías con las familias, registrando, o mejor dicho, destruyendo todo lo que hay en el interior de las casas, penetrando en ellas como bestias salvajes, golpeando a todas las personas que salen a su paso, y sometiendo a crueles torturas a muchos rancheros. También han torturado a mujeres y niños, roban animales, destruyen siembras, etc." (en Reyes, s/f: 10).

El comunicado no se publica, el editor de una revista local teme la represión y recibe órdenes de "arriba" de no imprimirlo. Donde se ha redactado el comunicado es en la ciudad de Madera. El grupo firma al final: "Vencer o Morir. Grupo Popular Guerrillero". Faltan cinco meses para que termine 1964. Durante el resto de ese

año no realizarán acciones armadas. Pero sí tendrán encuentros, reuniones, entre otras con estudiantes.

A inicios de 1965 se realiza el II Encuentro en la Sierra de Chihuahua, denominado Heraclio Bernal, con medidas de seguridad exhaustivas por encontrarse el núcleo guerrillero de Gámiz en él. Los resolutivos están fechados en febrero de 1965. Ahí se realiza un análisis de la realidad nacional, se propone la lucha armada y se piensa más allá de los límites de Chihuahua. Al menos se tiene claro lo dilatado de la empresa que emprenderán, cuando señalan: “la lucha será terriblemente prolongada, no se contará por años sino por décadas, por eso es ya la hora de empezar y hay que empezar jóvenes si queremos tener el tiempo de lograr las cualidades que sólo los años de acción proporcionarán” (en Reyes, s/f: 13). Después del encuentro, el grupo se divide en dos. Al frente de uno está Salvador Gaytán, es el núcleo armado que prepara las condiciones para la lucha armada en el estado; al frente del otro está Arturo Gámiz, recorre varios estados y llega a la ciudad de México, la idea es encontrar apoyo para la lucha.

Los del grupo de Gámiz, y algunos que llegaban de Chihuahua, se entrenan para entrar en acción. El controvertido capitán retirado del Ejército mexicano, Lorenzo Cárdenas Barajas, es quien los adiestra. Entra en contacto con la gente de Chihuahua a través de Óscar González Eguiarte. Una versión señala que había entrenado a los cubanos cuando estos estuvieron en México. Otra, que quien contacta a Cárdenas Barajas con el grupo de Gámiz es Vicente Lombardo Toledano, estando así al tanto de los planes de la guerrilla y después poder informar a las autoridades. Una tercera versión indica que un impresor contacta al militar con los guerrilleros. Lo cierto es que “se mantiene la idea de que el capitán fue quien dio aviso a las autoridades, específicamente al Ejército Federal, de los planes subversivos de los guerrilleros de Chihuahua” (Glockner, 2007: 177). Florencio Lugo, sobreviviente de Madera, en un texto titulado *El asalto al cuartel Madera*, señala: “una ocasión el doctor Pablo Gómez me dijo que íbamos a tratar de hacer contacto con un ex militar de nombre Lorenzo Cárdenas Barajas, cuya vil y cobarde traición significaría más adelante la muerte de muchos y muy valiosos cuadros revolucionarios”, agrega: “Se empezó a ver con recelo la actitud de aquel



militar cuyo entrenamiento no era de lo más completo; esto movió que se le fuera marginando poco a poco" (en Glockner, 2007: 179-180). El propio González Eguiarte acusará de "traidor" al ex militar (Reyes, s/f: 14).

Antes del asalto al cuartel de Madrea, Gámiz y Gómez redactan una carta en la que deslindan al PPS de sus futuras acciones. Después de pensar varias fechas, 15 y 19 de septiembre, y ante los hechos de que el gobierno acaparó la primera y la falta de coordinación en la segunda, optan porque sea el 23 de septiembre cuando realicen su "acción". Como dato de memoria: el 23 de septiembre de 1911 los hermanos Enrique y Ricardo Flores Magón publicaron un manifiesto de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (PLM), que sustituía al programa de 1906; en este manifiesto hay ya tintes anarquistas. Esa, bien pudo ser la razón. Memoria armada. Razón histórica. Los olvidados, anarquistas, a ser rescatados del relegamiento oficial.

Son cuatro los grupos que se forman para tal tarea. Uno, debe vigilar las actividades del cuartel, tener la mayor información posible. Un segundo grupo de estudiantes, que encabeza Óscar González Eguiarte no llega a Madera, las lluvias lo imposibilitan; mandan un contacto a Madera para informar al primer grupo, pero el contacto no se realiza. Sólo se concentran 13 combatientes en la sierra de Chihuahua. Viajan a ciudad Madera, es el tercer grupo. Se acercan a Madera la madrugada del 22 de septiembre, para lo cual han secuestrado un camión. El cuarto grupo está atorado en la sierra, son campesinos, 16 en total; las lluvias les impedirán llegar a la cita.

Poco después de las cinco de la mañana los guerrilleros sitian el cuartel militar y gritan "Ríndanse, están rodeados". Parece no haber sorpresa del lado castrense. Hay orden y responden con las armas. Hay 125 militares y 12 son los guerrilleros (otro espera en el camión), de los entre 30 y 40 que participarían en las acciones (Reyes, s/f: 15). En poco tiempo caen ocho guerrilleros, entre quienes se encuentran Pablo Gómez, Arturo Gámiz y Salvador Gaytán. Oficialmente son cinco los militares caídos. Del lado de la guerrilla, cinco son los sobrevivientes, uno va herido en la huida. Cada uno por su lado. "Las acciones para detener a los que han logrado huir comienzan inmediatamente. Un contingente militar saquea

cada una de las casas de Madera, aquel que parece sospechoso es trasladado de inmediato al cuartel; al poco tiempo ya no cabe nadie más y empiezan a colocar a los detenidos en el campo de aviación de Madera; el número sobrepasa con creces los cien" (Glockner, 2007: 200).

Los caídos en el enfrentamiento, ya muertos, seguirán siendo sujetos de la furia del gobierno. La orden llega desde el poder: "Que los cuerpos de los sediciosos sean exhibidos por todo el pueblo como muestra de escarmiento para quien pretenda enfrentarse al gobierno y su Ejército" (en Glockner, 2007: 200); y los cadáveres son paseados por el poblado. Al cura del pueblo se le solicita que oficie una misa para los guerrilleros caídos, como lo había hecho con los soldados muertos, a lo que se negó. La lógica del poder es corrosiva, y quien se le enfrenta, en su lógica, debe pagarlo, y así cuando se reclaman los cuerpos para sepultarlos, el gobierno local se apresura para enterrarlos en una fosa común, el gobernador Giner Durán, será claro al respecto cuando exclama: "¡Querían tierra, denles tierra hasta que se harten!" Y concluye: "Todo se reduce a una bola de locos que fueron mal aconsejados por Gámiz y Gómez" (en Reyes, s/f: 17).

En tanto, elementos del Ejército, provenientes de Nuevo León, Sinaloa y Sonora, refuerzan las actividades de persecución hacia los guerrilleros sobrevivientes, que no aparecen por lado alguno. El grupo de sobrevivientes, siendo ya 15, se divide en dos. El grupo que encabeza Oscar González, quiere actuar nuevamente en Chihuahua. El que encabeza Pedro Uranga, quiere crear condiciones primero en otra parte. La ruptura y desconfianza es inevitable. Nacen así los grupos "23 de septiembre".

### **2. 1. 2 Guerrero: los cívicos y los pobres**

En los años sesenta, el estado de Guerrero tiene un alto porcentaje de analfabetismo (62%); es el primer sitio en fuerza campesina; cuatro compañías acaparan 80% de los bosques, otra compañía es apoderada de los minerales. Por su parte, las organizaciones campesinas no gozan de créditos y el cacicazgo local es su interlocutor (Castellanos, 2007). La violencia social y política es una constante, en distintos ámbitos, en las relaciones de comunidades y, sobre todo,

de parte del poder hacia aquellos que pretendían organizarse por fuera del control estatal. El cacicazgo es un elemento central en las relaciones sociales, comerciales y políticas del estado. La tierra es acaparada por algunas autoridades, se despoja de sus parcelas a campesinos. Los productores tienen acuerdos verbales, aunque en suma desventaja con los acaparadores. Es prácticamente su única ruta de salida. Las guardias blancas, grupos armados al servicio de caciques, eliminaban descontentos posibles de campesinos (Bartra, 1996). En el gobierno se encuentra el general Raúl Caballero Aburto, quien asciende al poder en 1956, que se caracterizaba por la mano dura con que ejercía el poder: "los conflictos, siempre violentos, con los campesinos de las regiones forestales eran constantes y podían degenerar en enfrentamientos prolongados con agentes locales y, a veces, con tropas federales" (Bellingeri, 2003: 115).

En 1960 se crea el Comité Cívico Guerrerense (CCG) que integra a distintos grupos que tienen en común su antiaburtismo. Ahí confluyen priistas marginados, gente del PPS y del Partido Obrero Campesino de México (POCM), gente del PCM, copreros, cafeticultores, ajonjolineros, tejedores y estudiantes. Se proponen restituir la revolución traicionada por el gobierno en turno. Un año después, el CCG se transforma en la Asociación Cívica Guerrerense (ACG), en el marco del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), auspiciado por el general y ex-presidente Lázaro Cárdenas. Se crean comités cívicos en distintos puntos del estado. Los conflictos con el gobernador se manifiestan desde 1960, lo acusan de nepotismo y de despojo de tierras.

La corrupción, hostigamiento y represión provienen cotidianamente del gobierno en Guerrero; información de esta aparatosidad se filtra a la prensa: un opositor a Caballero, alcalde removido de su cargo y periodista, denuncia en la ciudad de México 30 asesinatos, entierros clandestinos; da nombres y lugares, denuncia desvíos de recursos y también proporciona datos. Los cívicos quieren hacer algo. A fines de 1960 los cívicos, con 30 organizaciones más exigen se investigue al gobernador y envían un documento a la Cámara de Diputados. A la par, los cívicos se movilizan, realizan marchas, mítines; los universitarios salen a las calles y toman plazas, son disueltas las manifestaciones y desalojados los

plantones. El militar gobernante denominaba a los cívicos como "locos mitoteros", los despreciaba (Castellanos, 2007). La tensión crece: burócratas, comerciantes, organizaciones sociales, de maestros y estudiantes paralizan la capital del estado. La Cámara de Diputados local y el tribunal locales no sesionan. En cambio, patrullas de policías y militares rondan los centros de las principales ciudades. Se solicita la desaparición de poderes en el estado; el gobierno federal respalda a Aburto; pero hay voces que señalan que observan lo que sucede en Guerrero. Una gran manifestación de luto se realiza en Chilpancingo el 18 de noviembre.

Una semana después, militares y policía sitian la Universidad de Guerrero en Chilpancingo, desalojan a quienes protestan y, asimismo, toman la capital del estado. Las protestas se extienden a otros municipios. Los cívicos se radicalizan. Concluye el año 1960 y el Ejército sigue en las instalaciones universitarias. El 30 de diciembre, al intentar colgar una manta, un electricista es muerto por un militar; la gente se molesta y reclama; otro grupo de militares dispara contra los manifestantes; más disparos de uniformados contra manifestantes. La cifra oficial es de 13 muertos (aunque se supo que fueron 18), los cuerpos aparecen a distancia de donde ocurrió la masacre. A cinco días de los trágicos eventos, el Congreso de la Unión declara desaparecidos los poderes. Cae Aburto y en su lugar se nombra a quien había sido ministro de la Suprema Corte, Arturo Martínez Adame. Al frente de la resistencia y coordinando políticamente a la oposición queda Genaro Vázquez: "Genaro tendría que vivir acosado por siete años más para ser arrojado definitivamente a las armas... su organización será transformada de política en político-militar" (Castellanos, 2007: 111). Por lo demás, Genaro ya tenía amplia participación en diversas organizaciones, participó en el Movimiento Revolucionario Magisterial (MRM) que encabezó Othón Salazar. También militó en el Movimiento de Liberación Nacional que encabezó el general Lázaro Cárdenas, además de ser un admirador de José María Morelos, Vicente Guerrero, Emiliano Zapata, Francisco Villa y Rubén Jaramillo. De ahí provenía una parte de sus ideales.

Por su parte, los cívicos enviaron un telegrama al entonces presidente Adolfo López Mateos: "Nuestra postura en esta lucha cívica siempre quiso evitar

estos sucesos lamentables que truncaron vidas en plena juventud... la sangre vertida debe ser la última" (en Bellingeri, 2003: 121). Los anuncios y advertencias ahí estaban.

A mediados de 1962, los cívicos lanzan a José María Suárez Téllez, viejo militante de izquierda, como candidato al gobierno local. El PRI lanza a Raymundo Abarca Alarcón. Las elecciones se efectuarán en diciembre de ese año. Genaro se muestra optimista y declara: "Tenemos la seguridad de triunfar en las elecciones porque el pueblo está con nosotros... Desde el día 25 no nos sacarán de Chilpancingo, sino hasta dentro de seis años; ya lo verán, y nuestro candidato sí se sentará en el sillón gubernamental" (en Bartra, 1996: 119). El gobierno comenzó su batalla ideológica; los denominó "civicolocos". Llegado el día de las elecciones, la parte oficial anunció el triunfo; los cívicos denunciaron fraude. El 30 de diciembre la ACG realizó una marcha de protesta; los militares, la policía y guardias blancas se presentaron. Estos últimos intentaban detener a Genaro. Éste huyó, pero la balacera se desencadenó. Siete muertos, 23 heridos y cerca de 300 detenidos, y veinte mil soldados "resguardando" el orden (Bartra, 1996: 120). A Genaro se le responsabilizó de la muerte de un policía. En su informe de gobierno, el gobernador saliente señaló: "posteriormente a las elecciones, un grupo de agitadores, sin más bandera que la de trastornar el orden público, trató de apoderarse del Palacio Municipal de Iguala, el 30 de diciembre último, provocando y atacando a la policía, que rechazó la agresión frustrando así sus intentos... consignándose el caso a la autoridad competente, la que instruye ya el proceso respectivo" (en Bellingeri, 2003: 125).

La represión se desencadena contra los cívicos, las cárceles se llenan de opositores al gobierno. Durante 1963 los cívicos serán perseguidos, encarcelados y reprimidos. La cerrazón oficial lleva por otros rumbos a la ACG. Experimentan cambios ideológicos y en términos de lucha otros serán ya los métodos. Se preparan para el "movimiento revolucionario" que se ligará a los campesinos y la clase obrera para "tomar audaz y rápidamente el poder". Año difícil para los cívicos y la oposición en el estado. En octubre, el maestro Genaro Vázquez Rojas presenta un informe, que lleva por nombre "La Nueva Ruta", en el que expresa:

“El movimiento revolucionario tiene que... esclarecer a la clase obrera y los campesinos pobres que el camino electoral no resuelve sus problemas, que el voto universal y secreto es una engañifa de la burguesía... En este periodo... es necesario difundir los ideales de la revolución popular, que no significa cambios de personas al frente del gobierno de la burguesía, sino el cambio radical del régimen político y económico, la instauración de un gobierno democrático y popular... primer paso al socialismo; estos objetivos no pueden sustituirse con una posición electorera... tampoco por votación puede acabarse la lucha de clases y destruirse el Estado burgués que padecemos” (en Bartra, 1996: 124).

Para 1964, en un manifiesto, señalan que responderán a los embates del poder, “medida contra medida”; lanzan un programa de siete puntos, aún en el terreno pacífico, pero conformando comités clandestinos para continuar la lucha política popular. Genaro se mueve por varios puntos del país, intenta organizar a la todavía ACG desde el Distrito Federal. En noviembre de 1966 Genaro es secuestrado afuera de las oficinas del MLN en la ciudad de México (la versión oficial señala que fue detenido en Iguala). Lo trasladan a la cárcel de Iguala. Es condenado a 14 años de prisión acusado por los hechos del 31 de diciembre en Iguala. Casi dos años estuvo en la cárcel. Mientras ahí se encontraba, otra masacre mandaba a la sierra por el rumbo de las armas a Lucio: la del 18 de mayo de 1967. En efecto, la violencia institucional sigue desplegándose contra los opositores guerrerenses. En agosto, de este año cruento para los campesinos del estado, se desata otra masacre: policías judiciales, guardias blancas y pistoleros acribillan a copreros en el puerto de Acapulco, con un saldo de decenas de muertos y centenares de heridos. Los cívicos saben que la clandestinidad les permitirá sobrevivir. La organización clandestina y armada de los cívicos está transformando a la ACG. Desde la cárcel, en agosto de 1967, Genaro manda un comunicado a un grupo cercano para que se reestructure la ACG y se preparen para conformarse en una “organización revolucionara”.

En abril de 1968, los cívicos organizan la fuga de su líder y huyen hacia la sierra. Ahí se reúne un núcleo y lanzan un programa de cuatro puntos, en el que

se proponen: a) el derrocamiento de la oligarquía, b) el establecimiento de un gobierno popular; c) la independencia política y económica del país y d) un nuevo orden social. Su nueva estructura es político-militar y la organización adquiere el nombre de Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR).

“Los guerrerenses han refrendado una sabida lección: en el reino de la *revolución hecha gobierno*, votar no paga dividendos. A fines de 1960 tumbaron a un gobernador despótico mediante una algarada social; dos años después votaron civilizadamente por la democracia y consiguieron un baño de sangre. Conclusión obligada: en México la lucha comicial es contraproducente” (Bartra, 1996: 123).

Eso mismo, o algo similar, le ocurrirá, igualmente, a Lucio Cabañas Barrientos: llegará a la misma conclusión después de varios recorridos en la lucha legal, magisterial y popular.

Lucio se gradúa de maestro en 1963. Antes, había sido líder estudiantil al frente de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), y en ese papel recorre el país. Se encuentra alejado de los procesos electorales de Guerrero, en los que participa activamente Genaro y su ACG. No obstante, se acerca a los campesinos, y de ellos aprende. Al respecto señalaría: “busco a los ancianos campesinos porque de ellos se aprenden valiosas experiencias” (en Glockner, 2007: 154). Se dedica a organizar a los campesinos, participa en la recién creada Central Campesina Independiente (CCI). Ciertamente es que Lucio estaba alejado de la ACG, y lo es también que se encontraba muy próximo al PCM. Las posiciones del PCM Genaro no las compartía.

Ya como maestro, es asignado en una localidad cerca de Atoyac, Mexcaltepec, sitio en el que participa en la organización de los campesinos locales en defensa de sus bosques contra una compañía maderera, a grado tal de bloquear caminos para impedir la salida de maderas del lugar. Los madereros presionan a las autoridades y Lucio Cabañas es removido de la escuela donde trabaja. Empieza a pagar costos por su trabajo organizativo. Por esta razón es asignado en Atoyac, sitio donde verá crecer su presencia política y desde donde partirá para tomar otra ruta de participación. En Atoyac emprenderá, como en

Mexcaltepec, acciones tendientes a organizar a los lugareños, contra variadas injusticias. La escuela Modesto Alarcón será el punto de referencia, ahí donde Lucio imparte clases. La simpatía de los padres de familia es fuerte, Lucio está generando arraigo, realiza mítines en protesta contra los excesos de todo tipo. Asesora a campesinos del lugar, se le acusa de impartir "doctrina comunista" (Bellingeri, 2003). Al respecto Lucio es claro: que la gente del lugar comprendiera que "habían maestros del pueblo que estamos dispuestos a orientar, no solo en la educación, sino en su lucha como parte del pueblo; padres de familia, parte del pueblo contra todo el régimen, contra el gobierno, contra la clase rica" (en Glockner, 2007: 160). Múltiples quejas le llegan, desde hijos detenidos injustamente hasta ofensas de personeros locales hacia mujeres que no aceptan sus propuestas eróticas. Es el centro de denuncia. Al maestro le tienen confianza y en él buscan algún tipo de justicia.

Pero también del lado del poder se abren frentes para evitar manifestaciones de descontento y organización de la inconformidad. Se legaliza la represión. Para que se vea de qué se trata, a mediados de 1965, el congreso estatal da entrada a una reforma que castiga con prisión de dos a doce años y multas "a toda persona que difunda o propague una idea, programa o plan por cualquier medio y que tienda a alterar el orden o la paz pública del Estado, o a subvertir las instituciones jurídicas y sociales" (en Glockner, 2007: 160). No obstante tales advertencias y amenazas, Lucio continúa con su actividad, y despliega trabajo en la zona. Los pleitos con las autoridades de la escuela se incrementan. En diciembre de 1965 Lucio y Serafín Núñez, los mayores "agitadores" de la zona (Bartra, 1996), son removidos al estado de Durango. Lucio lo toma con tranquilidad: "hemos aceptado el cambio, y marchamos hoy mismo a cumplir con honor este destierro, porque nuestra patria es México y en cualquier parte podemos servirla", anuncia (en Glockner, 2007: 162).

Lucio reconstruye su memoria y da forma a su lucha, incluso la inscribe en la infancia, narra:

"nosotros nacimos en Ayotzinapa, siendo todo. Yo me acuerdo que estaba en sexto de primaria cuando hicimos la primera asamblea con cinco



compañeros... Nos reunimos: 'compañeros, estamos estudiando, no hemos terminado la primaria: ¿qué vamos a hacer por el pueblo? Parece que vamos a hacer una revolución'. Ah, pues que hablaran de revolución los de sexto de primaria era muy raro. Entonces nosotros hablábamos de revolución antes de irnos a la escuela" (en Suárez, 1985: 53-54).

Y no es su convicción revolucionaria, señala, dada por la lectura de manuales marxistas, sino la vida de donde viene, del pueblo, afirma. Recordará: "nosotros, desde cuando Caballero Aburto, hicimos pueblo. Los de Ayotzinapa, los de la Escuela Normal Rural nos metimos por todos los pueblitos y donde quiera anduvimos haciendo mítines y todo, y acarreando al campesinado" (en Suárez, 1985: 53). Trabajo político lo había, presencia, también.

Mientras Lucio y Serafín se encuentran en Durango, la gente en Guerrero reclama su presencia. Lo mismo maestros que campesinos, los quieren de vuelta. A Lucio se le extraña, movilizaciones y paros se ponen en marcha para presionar a las autoridades educativas y al propio gobernador. La presión parece funcionar y Lucio está de regreso. "Era ya por entonces un personaje verdaderamente incómodo para el cerrado grupo de caciques, acaparadores y comerciantes que integraban la oligarquía de Atoyac" (Bellingeri, 2003: 175). Mientras estaba de maestro organizador en 1966, a Lucio lo visitaron integrantes del Movimiento 23 de septiembre, gente de Chihuahua, querían establecer un centro de operaciones en Atoyac. Lucio se negó, pues no creía en la lucha armada.

A su regreso, a esa su antigua escuela de Atoyac, profesores de otro plantel le solicitan apoyo para enfrentar los conflictos que tienen con la directora del plantel. Se realizan mítines, plantones y movilizaciones: los maestros del pueblo contra aquellos que representan a los ricos, decía Lucio. Recordará después: "el movimiento de la primavera de 67 era un movimiento popular que tuvo un problema de escuela como cosa más picante, como tiro de choque entre la clase rica y los pobres de Atoyac"; aunque el propio Lucio reconstruirá ese momento y añadirá: "Ese fue el motivo más notorio. Pero había un montón de cosas, de señores que les echaban el mal pago de las cosechas, el acaparamiento de las cosechas, el precio muy caro de las cosas en el mercado, el

adueñamiento que se habían hecho de la sierra maderera, un montón de cosas, los asesinatos que se habían realizado allí en Atoyac" (en Suárez, 1985: 56-57). Y en efecto, habían muchas cosas de injusticia, muchas prácticas que le eran denunciadas a Lucio: la frase era común: "Vete con el *maistro*, él sabrá qué hacer" (en Glockner, 2007: 161).

Padres de otras escuelas lo buscaban para que los asesorara para enfrentar los abusos de la directiva escolar. Logran destituir a la directora pero no así a sus incondicionales. Se organiza una protesta en la escuela y el gobernador Abarca Alarcón manda agentes judiciales al lugar para proteger a los incondicionales. La gente le decía a Lucio que lo querían aprehender.

18 de mayo de 1967. Se reúne la gente alrededor de la escuela. Los manifestantes no quieren que maestros aliados de la directora entren a la escuela. La policía motorizada está ahí para hacerlos entrar y "resguardar el orden". Quienes protestan llevan equipo para realizar un mitin. El presidente municipal se niega a desalojar a los manifestantes, como se lo solicita el comandante de la policía. Entra en acción el comandante para acabar con el mitin. De su arma sale un disparo contra Lucio Cabañas. Armando Bartra (1996: 136) lo reconstruirá así: "Súbitamente, los judiciales comienzan a disparar contra el mitin. La gente responde como puede. Algunos responden a balazos". Alrededor de Lucio se forma una valla que lo protege y le proporciona una ruta de escape. Cinco son los asesinados y dos policías muertos. Ese final se vislumbraba, al menos Lucio intuía que la sangre correría y pronto. Recordará años más tarde: previo a la matanza del 18 de mayo, durante el desarrollo de una asamblea, las expresiones de interrogación caen sobre la reunión. El aún maestro rural les expresa: "compañeros, dicen que nos van a amatar, pero si matan a uno de nosotros, lo que vamos a hacer es irnos a la sierra, y no les vamos a jugar otra vez pacíficamente... Estábamos cansados de la lucha pacífica sin lograr nada" (en Suárez, 1985: 57).

La lucha pacífica se agotó. No hubo más ruta: "con una matanza nos decidimos a no esperar otra", recordará el propio Lucio (en Glockner, 2007: 257). Cabañas huye hacia la sierra, como una forma de sobrevivencia. Y para continuar

la lucha, con otras armas, con otra estrategia. Otra es la continuación. Al día siguiente ya se encuentra en la sierra: "el exmaestro rural pone en pie una extensa organización política de base comunitaria, el Partido de los Pobres, y estructura una sólida fuerza militar, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, que pese a su ominoso nombre, no solo amedrenta a los caciques, también es capaz de golpear con éxito al Ejército" (Bartra, 1996: 137). Otro guerrerense está en la sierra y con las armas en la mano. Son ya dos: Genaro y la ACNR, y Lucio y el PdIP. Pero no coordinan acciones, hay una distancia, quizá sana.

Ahora bien, sobre por qué no coincidieron Genaro y Lucio estando en el mismo estado y más o menos en el mismo tiempo, se ha especulado, pero poco se sabe. Aquí se presentan sólo unas líneas hipotéticas. En 1965, cuando el asalto al cuartel Madera, Genaro y Lucio trabajaban en Atoyac. Se organizaban los grupos campesinos independientes. A ese sitio llegaron la Liga Agraria Revolucionaria del Sur Emiliano Zapata (LARS-EZ), encabezada por Genaro, y la Federación Campesina del Estado de Guerrero (FCEG), al frente se encontraba Lucio. No bastante, las reuniones fueron separadas, las diferencias estaban presentes. Genaro tomaba distancia de las formas organizativas y de trabajo del Partido Comunista; Lucio, por su parte, era cuadro de las Juventudes Comunistas del PC (Castellanos, 2007). Asimismo, mientras a Lucio lo orillaban a tomar el rumbo de la sierra y las armas a mediados de 1967, los cívicos se encaminaban hacia la clandestinidad y a la creación de grupos entrenados militarmente, toda vez que su lucha aún estaba en otro terreno. Por otro lado, se ha señalado que un comando de la ACNR se trasladó hacia Atoyac intentando contactar con Lucio y su gente para buscar un acuerdo en la acción. Lucio, en cambio, recorre las comunidades de la sierra. El contacto no se da (Bellingeri, 2003: 138).

## **2. 2. La universidad y la represión**

Las universidades jugaron un papel importante en la lucha política de los años sesenta y setenta en nuestro país. Más bien, fueron un lugar de concentración, movilización y reflexión sobre la vida política del país. En sus aulas, pasillos, auditorios, corredores, los estudiantes pensaron maneras de participación para

demandar mejoras locales, circunscritas al marco universitario pero, asimismo, idearon maneras de vinculación con movimientos que consideraron legítimos, fueran estos campesinos, comuneros, obreros, de colonos e incluso de corte religioso. Crearon frentes o se sumaron a ellos. De igual manera, y de forma cruda, desde sus aulas fueron viendo, percibiendo y sintiendo cómo se agotaban las vías pacíficas y legales de su lucha. Cómo se les cerraban los caminos, cómo los reprimían, cómo los orillaban a tomar otras rutas. Otra ruta.

Los estudiantes, muchos de ellos, militaban en organizaciones diversas. Las había al mayoreo, de distintas tendencias, signos ideológicos, pro-algo: chinas, soviéticas, cubanas, vietnamitas, liberacionistas, teológicas, confluyendo las más de las veces en ese espectro denominado izquierda. Partidos también los había y al menos uno jugó un papel relevante en esta configuración juvenil-estudiantil.

## **2. 2. 1 El Partido Comunista Mexicano**

El Partido Comunista Mexicano (PCM) surge en 1919. Controvertido es su primer secretario, un espía estadounidense (Carr, 1982). Es declarado ilegal en 1929, regresando a la legalidad en 1935. Vinculado al movimiento obrero en sus inicios, y siendo parte fundadora de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en el periodo de Lázaro Cárdenas, fue polémico por su inclinación hacia el PC Soviético y José Stalin. Purgas, como en muchos PC'S, las hubo. Diego Rivera fue uno de las víctimas de expulsión de ese instituto. En la década de los cincuenta, estando en la oposición, fue espiado y combatido por el gobierno. Diversos dirigentes obreros surgieron de sus filas, Valentín Campa y Demetrio Vallejo, dirigentes ferrocarrileros comunistas eran. En varias ocasiones, por estar en la mira del gobierno, sus oficinas eran allanadas. En 1964 lanzan como candidato a la presidencia a Ramón Danzón Palomino, quien había participado en la fundación de la Central Campesina Independiente (CCI). A fines de los años sesenta sufre varias escisiones, producto de las críticas que diversos sectores, entre ellos integrantes de las Juventudes Comunistas (JC). Falta de vínculos con los movimientos no partidizantes y con diversos movimientos sociales y falta de

respuesta a las exigencias de brotes de inconformidad, fueron algunos de los señalamientos. Muchos de los jóvenes que participaron en la lucha guerrillera se desprendieron de las filas comunistas, el partido no les alcanzaba más para sus aspiraciones.

Hacia 1967 el PC había logrado aglutinar a una buena cantidad de jóvenes, alrededor de seis mil, con presencia en instituciones de educación superior y en organizaciones locales estatales, siendo uno de "sus" espacios, la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED). Por sus actividades de oposición, cientos de esos militantes de las JC fueron expulsados de sus instituciones académicas. El descontento que esto provocó en las JC no pudo contenerla el PC como organización. Las críticas contra ese instituto, especialmente contra su dirección, se agudizaron. En 1970 se realiza el Tercer Congreso Nacional de las JC, la sede es Monterrey. Se presenta el enfrentamiento con la dirección del PC por su tibieza ante lo que en el país ocurre y la falta de respuesta a la represión que sufren sus jóvenes militantes; la ruptura que ya se venía presentando, ahora se formaliza. Varios se irán a las filas guerrilleras, y entrarán en contacto, para convencerlos de la causa, con otros más en las entidades locales (Alonso, 2009). Esos serán los núcleos iniciales de la guerrilla urbana en esta Segunda Ola Armada. Confluirán con estudiantes radicalizados de distintas universidades del país, aunque vale aclarar, que tales estudiantes vendrán, las más de las veces de una experiencia local de represión o de experiencias de violencia institucional de resonancia nacional que intentan acabar con el descontento estudiantil.

Por su parte, los dirigentes del PC no simpatizaban con la lucha armada, y quien lo hacía no era expulsado pero sí aislado, en los hechos excluido. Cabe señalar que varios de los militantes y cuadros de la JPC participaron en el movimiento de 1968. Varios de ellos eran dirigentes del movimiento.

### **2. 2. 2 Las universidades**

Las movidas contestatarias en el marco de las universidades en México, jugaron un papel relevante en el tránsito de la participación política abierta a la clandestina. De por medio estuvo la constante agresión que sufrieron los

estudiantes, por parte de autoridades universitarias aliadas del poder local, en sus múltiples expresiones.

En México se registraron entre 1963 y 1968, 53 revueltas estudiantiles. La inconformidad juvenil, desde las aulas educativas, estaba manifestándose. Movidas contestatarias pequeñas, focalizadas, limitadas en sus demandas, y aún así el gobierno actuó de manera violenta las más de las veces. La radicalización de los estudiantes fue la respuesta (Aguayo, 2001). Varias son las universidades en el interior del país que participan de ello. No obstante, en lo que corresponde a este trabajo, algunas serán de especial relevancia, por el papel que juegan en la conformación de grupos guerrilleros al paso del tiempo. Universidades ubicadas en ciudades como Guadalajara, Monterrey, Sinaloa y el Distrito Federal serán lugares claves.

### ***Guadalajara***

En Guadalajara, la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG) controlaba la vida estudiantil de la Universidad de Guadalajara (U de G). Para contrarrestar la fuerza de la FEG, varios grupos crean el Frente Estudiantil Revolucionario (FER). Ante la poca apertura de la FEG y su control férreo sobre las actividades estudiantiles de la universidad, en septiembre de 1970, el FER decide tomar la Casa del Estudiante, refugio de gente allegada a la FEG. La FEG responde con fuego, hay muertos y heridos. El Ejército se hace cargo del asunto y toma la Casa del Estudiante que después será derruida. Los *Vikingos*, grupo de un barrio tapatío, en busca de espacios dentro y fuera de la universidad (Gil, 2006), serán clave en este desenlace, pues forman parte del FER y en ellos cae, al inicio, en buena medida la violencia del poder. En Guadalajara, la FEG seguía ejerciendo el control sobre la actividad estudiantil. Los enfrentamientos entre integrantes de la FEG y del FER son inevitables. La violencia se incrementa, las distintas policías locales aprehenden y reprimen a los integrantes del FER y protegen a los de la FEG. Decenas de estudiantes son detenidos y expulsados, sobre todo en el bando del FER. La prensa no da cuenta de los feroces encuentros entre ambas agrupaciones. El FER decide tomar otro rumbo. Su radicalización se

incrementaba. El contacto con grupos formados en el pensamiento de izquierda le dio forma a sus protestas y molestia.

En un inicio, querían modificar las formas de participación y toma de decisiones entre el estudiantado, especialmente en la U d G., deciden participar en la vida política institucional, luchan por los espacios de representación estudiantil, pero se topan con la mano dura de la FEG que es protegida y alentada desde el poder local y federal. En especial por las animadversiones que Díaz Ordaz tiene contra Luis Echeverría y sus familiares, los Zuno, que dan un aliento inicial al FER (Aguayo, 2001).

Para agosto de 1971 se encuentran encarcelados más de cien integrantes del FER, al tiempo que el presidente de la FEG declara la "inexistencia" del FER. No obstante, otros son los rumbos que empiezan a tomar estos jóvenes: "en vez de desaparecer se estaba transformando en algo diferente en la medida en la que el barrio se fundía con el pensamiento radical" (Aguayo, 2001: 169). De esta manera, durante 1972 en el FER hay reacomodos, la clandestinidad está asomándose. En 1973, que es un año sangriento para la guerrilla y algunos grupos estudiantiles radicalizados, el FER sufre muchas bajas y desapariciones. Tanto embate sufrido, tanta protección del poder para con los adversarios, entonces sus dirigentes ya están pensando en otra cosa: las circunstancias los llevan a la clandestinidad (Robles, 1996). Un viejo *Vikingo*, narrará así su tránsito: el FER, "cuyo proyecto de eliminar las viejas y corrompidas estructuras universitarias tuvo como respuesta una sangrienta represión, la que provocó su paso al clandestinaje y rápida evolución hacia formas de lucha guerrillera".

Otro factor que entra en escena, es la presencia de un grupo que tiene puesto el pensamiento en una organización mayor, de largo alcance: los *Procesos*. A Guadalajara llegan los *Procesos*. En el FER participan los *Vikingos*, grupo fuerte de jóvenes de barrio con acceso a materiales para, lo mismo componer un auto que imprimir un volante o conseguir armas. No tienen educación universitaria, como la mayoría del FER. Sus adversarios, al inicio están en otra organización, la FEG; después de la embestida que sufren, es el gobierno. Se les orienta en el pensamiento marxista, de ello se encargan los cuadros

avanzados de los *Procesos*. Se llega así a "arribar a una conciencia de clase" (Castellanos, 2007). Uno de los *Vikingos* recordará cómo se formaban:

"empezamos a luchar, pero sin saber los alcances. Teníamos una idea vaga de por qué destruir el sistema, pero no entendíamos la terminología. Nos pusimos a leer porque queríamos tener claridad. Luego llegaron al barrio maestros de la Universidad de Guadalajara, gente de la Liga Espartaco, del Movimiento 23 de Septiembre; venían de la capital, de Monterrey, de Sonora, de muchos lados. La verdad es que nos apantallaban. Decían que Carlos Marx había dicho algo en tal página y cuando íbamos a ver ahí estaba. Nadie les podía discutir. Luego nos empezaron a decir: 'ustedes tienen la experiencia para las acciones militares'. Así fue como nos lanzamos. Del barrio pasamos de repente a la clandestinidad sin saber cómo manejarla. No sabíamos cómo hacer expropiaciones, rentar casas o comunicarnos con los demás. Eso le costó la vida a varios" (en Aguayo, 2001: 170).

Entonces, repartieron volantes, realizaron "expropiaciones" para financiar sus acciones, desarmaron policías y obtuvieron armas pensaron en el secuestro. Una parte importante del FER se integró posteriormente al proyecto de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Otros siguieron la misma ruta de las armas, pero en otra organización: las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP).

### **Sinaloa**

En las escuelas de nivel medio superior y superior la agitación va en ascenso. Al menos en las grandes ciudades. Para 1972 se celebra el Primer Foro Nacional de Estudiantes, con sede en la UNAM. Son dos los polos; por un lado, quienes quieren democratización de la universidad y cogobierno y, por el otro, quienes no quieren apertura sino revolución. Después se sabrá de ellos en la guerrilla, como los del FER de Guadalajara, los *Enfermos* de Sinaloa, los del CER en la UANL, los *Coyotes* en la UABJO. (Ibarra, 2006).

A fines de junio de 1972, estudiantes de Sinaloa realizan protestas y movilizaciones para exigir que se rompa el cerco que militares y policías



mantienen contra campesinos que han tomado tierras. Los estudiantes, muchos de ellos, pertenecen a la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS), algunos son dirigentes. Los estudiantes están en confrontación con las autoridades impuestas por el gobierno local. En febrero de 1972 los estudiantes toman la rectoría de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), la policía entra y estudiantes van tras las rejas; después de cada choque entre la policía y los estudiantes, detienen alrededor de 400 y 500 estudiantes. Culiacán es escenario de enfrentamientos, el rector cae, y se promulga una nueva Ley Orgánica y se desaparece la Junta de Gobierno. Los estudiantes, no obstante, están en pleno activismo. La FEUS, como toda organización estudiantil que se respete, tiene dos alas. Una se circunscribe al ámbito universitario, la otra rebasa los muros de la universidad. En esta línea se encuentran algunos militantes de las juventudes comunistas. Al paso de los días con ellos también rompen los más radicalizados. Esta tendencia dará vida a lo que después se conoce como *Los Enfermos*. Por lo demás, el movimiento estudiantil se encuentra muy vinculado a las luchas campesinas; muchos de los hijos de los campesinos estudian en la UAS.

Ese fin de junio del 72, cuando los campesinos invaden terrenos de un poderoso terrateniente y la policía y el Ejército responde a favor del poder, estudiantes, colonos y vecinos tienden un cerco a los propios cercadores. Contrabandean alimentos a los campesinos y presionan para que se vayan los uniformados. En tanto, en Culiacán cerca de cinco mil personas marchan en apoyo de los campesinos y se lanzan contra edificios públicos y bancarios. El cerco a los campesinos se rompe, pero hay saldos: dos campesinos muertos y redada en la Casa del Estudiante. La Casa del Estudiante era el centro de operaciones del estudiantado; y no obstante que, reconoce uno de los participantes de ese entonces, "la mayoría de nosotros éramos gentes sin ninguna experiencia", el nivel de participación de los estudiantes se reflejaba en el activismo que desplegaban más allá de las aulas universitarias: el campo, comunidades rurales, grupos pesqueros, entre otros (Valenzuela, 2006: 87).

La gente, como respuesta a esa agresión, sale nuevamente a las calles. Saquean el edificio del PRI local y algunos centros comerciales, y las cosas que

toman de esos sitios son depositadas en la Universidad. Quienes denostaban estas acciones, les gritaban a los estudiantes: “están enfermos”; a su vez, los radicalizados estudiantes respondían: “¡Enfermos, pero del virus de la revolución!” El nombre, mote, se les quedó. Los *Procesos*, en tanto y en plena actividad y con la mira en su proyecto, envían gente a contactar y reclutar a jóvenes de Sinaloa. A través de uno de ellos, Francisco Rivera, establecen contacto con el movimiento que se está gestando.

Hacia septiembre la FEUS apoya a transportistas que exigen un sindicato, buenos salarios, base, seguro social; camiones son quemados y en las calles hay enfrentamientos. Detienen al dirigente de la FEUS, Camilo Valenzuela; no obstante, los “combates de calles” son masivos: “si en la lucha urbano popular por la tierra enfrentábamos a policías y también a los mismos grupos de poder que dominaban en el campo, la necesidad de empezar a generar autodefensa armada era una condición de sobrevivencia de ese movimiento” (Valenzuela, 2006: 86). Un núcleo clandestino comienza a construirse. Se plantea, entonces, ya no sólo aguantar la ofensiva gubernamental, sino enfrentar la represión. Eso permite los contactos entre gente de los *Procesos* y los *Enfermos*, y que confluyan para un posterior proyecto, el de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

Los *Enfermos*, de esa manera, pasan a la clandestinidad: “las acciones móviles, ágiles y dispersas, en lugar de las manifestaciones”, es la táctica para enfrentar la represión (Castellanos, 2007). En un balance posterior, uno de los entonces *Enfermos*, señalará que no eran un grupo de activistas más que se sumaban a la lucha armada, más bien constituían una fuerza que estaba al frente de un movimiento más amplio, y cuya radicalización se reflejó en las posturas que los *Enfermos* asumieron al paso del tiempo (Valenzuela, 2006: 89).

En una tesis, Rolando González, señala:

“El fenómeno conocido como la ‘enfermedad’ en Sinaloa tuvo una causalidad múltiple, un complejo entramado de razones se articulan en su explicación. Es importante, por lo mismo, dejarlo claro: ni ‘explosión demencial’ a secas, ni, mucho menos, romántica añoranza del ‘periodo heroico’. El enfermismo no nada más representó una etapa crítica del

movimiento universitario sinaloense, como tampoco fue mero producto de la agudización de 'contradicciones objetivas' algunas; significó eso y más. Crisis de la izquierda partidaria, plana recepción de tácticas militares revolucionarias, desgaste de las vías tradicionales de integración política, traducción de las contradicciones económicas en el campo educativo, exacerbación de una particular subcultura regional, etc." (en Ibarra, 2006: 108).

Desde ahí, en consecuencia, hay que mirar este fenómeno.

### ***Nuevo León***

En la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) el Comité Estudiantil Revolucionario y el Movimiento de Estudiantes Profesionales, de raíces cristianas, se organizan para enfrentar al Estado con el nombre de los *Procesos* (Ibarra, 2006).

Pero, para que ello ocurriera, hubo de acontecer una serie de sucesos. El entonces gobernador de Nuevo León, Eduardo A. Elizondo, con el apoyo de los industriales regios, planteó un modelo distinto al de la universidad pública: cuotas y becas personales, apoyos de acuerdo a productividad, vínculos con el sector productivo, búsqueda de nuevas formas de financiamiento y exonerar al estado del subsidio a las universidades; proyecto que al paso de los años se conoce como privatización de la educación. La población universitaria se opuso. En marzo de 1971, el congreso local aprobó una nueva Ley Orgánica. Una Asamblea Popular, cuya integración decidía el propio congreso, ésta sería la instancia máxima de decisión, incluso por encima del Consejo Universitario. Dicha Asamblea nombraría incluso al rector de la UANL. El Consejo Universitario decidió ampararse. Y dicha Ley posibilitó que toda la oposición se unificara. En abril, la Asamblea nombró como rector al coronel Arnulfo Treviño González; los estudiantes y académicos se organizaron en "comités de lucha", y las escuelas que tenían autoridades anteriores al nombramiento del rector fueron desalojadas por la policía. En medio de la agitación, y presionado por el centro, Elizondo renunció (Flores, 2006).

Desde el centro no se le veía bien al gobierno de Elizondo, y hubo una especie de “alianza” entre grupos de izquierda y el gobierno federal, alianza que se debilitó cuando el gobernador renunció (Flores, 2006). Los universitarios iban más allá en sus demandas, exigían la derogación de la Ley Orgánica y la democratización de la UANL, así llegaron a la ciudad de México y a la famosa marcha del 10 de junio de 1971. Quien después militaría en la Liga, dirá al respecto. “se fortaleció entre estos sectores, la idea de que no había otra salida para resolver los conflictos que la autodefensa armada”. Surgen grupos como las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), Los *Procesos*, el Movimiento Espartaquista, la Liga de Comunistas Armados.

Estudiantes de la UANL, en buena medida, fundaron las FLN, en agosto de 1969. En febrero de 1974 la Policía Judicial Federal llega a una de sus casas de seguridad en el estado de México, donde mueren varios de sus dirigentes, y después es desmantelado su centro de operaciones en Chiapas.

También surgen los *Procesos*, varios de sus integrantes militaban en la JCM del PCM. Los *Procesos* se desprendieron en diciembre de 1970 de las JC, en el grupo confluyeron gente de la UNAM, de la universidad de Baja California y de la UANL. Vinculados algunos de ellos a jesuitas partidarios de la Teología de la Liberación. Eran los estudiantes cristianos de la UANL y del ITESM. Algunos eran líderes estudiantiles, como Raúl Ramos Zavala, también de las JC e Ignacio Salas Obregón, Oseas, de formación cristiana. En varias ocasiones clérigos los protegieron y les brindaron alojamiento (Flores, 2006: 477).

El Movimiento Espartaquista, derivado del activismo de la UANL, algunos de cuyos integrantes se fusionaron después en el proyecto de la Liga. Y la Liga de los Comunistas Armados, que secuestraron un avión, quizá la primera acción de este tipo en nuestro país, a finales de 1972. Después se sumaría al proyecto de la Liga.

Un estudioso del tema sobre este proceso de la lucha universitaria a la toma de las armas, dirá: “en el caso de Nuevo León, los acontecimientos estudiantiles locales alentaron la creación de varios grupos radicales de izquierda que pasaron a la lucha armada” (Flores, 2006: 475). Otra revisora de la cuestión

aseverará: si bien el manual de *La guerra de guerrillas* del Che lo portaban en sus mochilas lo jóvenes rebeldes, Carlos Marighella encajaba mejor, pues a su modo les indicaba las formas de lucha y quiénes las ejecutaban: la clase media urbana y estudiada, jóvenes, estarán al frente de la revolución (Castellanos, 2007).

### **Morelia**

1962 es un año clave en Michoacán, especialmente para los universitarios. Sucesión de gobierno local y una administración en la rectoría de la Universidad Michoacana con un proyecto reformador. Tierra cardenista, con gobernadores de esa línea, sufrió los embates del poder central y se impuso a un gobernador impulsado por la federación. Las movilizaciones no se hicieron esperar, en especial por el ataque que sufrió la Universidad a manos del gobierno local. Para unificar acciones crean la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) (apoyada también por el PCM). Los estudiantes universitarios de Michoacán se encontraban al frente del proyecto.

Por su parte, el gobierno local siguió con su embestida contra la rectoría de la Universidad. Al frente se encontraba Elí de Gortari. Las pugnas se dieron entre quienes apoyaban al rector y quienes querían su caída. El gobierno local arremetió política y violentamente a la rectoría y sus simpatizantes. El rector cayó, y la persecución contra los derrotados se puso en marcha, razón por la que muchos tuvieron que salir del estado, entre ellos respetables académicos. El congreso local emitió una nueva Ley Orgánica, en la que se suprimían los espacios democráticos antes ganados.

Algunos de los estudiantes, en ese momento, optaron por vincularse al movimiento campesino. Sintiendo que se atentaba contra sus intereses, la respuesta violenta por parte de caciques y poder local no se hizo esperar. El movimiento universitario sufrió otra embestida, esta vez más fuerte, en 1966. Ante la violencia del gobierno estatal un estudiante cayó muerto; el gobierno se lanzó ideológicamente, habló de una "conspiración comunista" que pretendía derrocarlo, lugar común en ese momento, y el gobierno federal actuó: las instalaciones universitarias fueron tomadas por el Ejército y prácticamente se encontraba la

capital michoacana en estado de sitio (Oikón, 2006). Muchos encarcelados militaban en el PCM, en las juventudes comunistas, en el Partido Popular Socialista (PPS) o en la Liga Comunista Espartaco (LCE). Para 1968, en julio, se reúne el Comité Ejecutivo de la CNED, se plantea la democratización de la universidad y la liberación de los presos políticos. A pocos días el movimiento estudiantil en la ciudad de México está por estallar.

En ese contexto, varios estudiantes se preparaban en círculos de estudio para reforzar su ideología revolucionaria. En 1963 viaja un grupo de ellos a la entonces URSS, van a estudiar a la Universidad de la Amistad de los Pueblos "Patricio Lumumba". Es hacia 1966, en este grupo de estudiosos y viajistas que se concibe el proyecto del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR). Entre 1965 y 1968 realizan análisis para delinear sus posturas político-militares. En efecto, hay un cierto inicio en la Universidad Patricio Lumumba. Cuatro becarios mexicanos estaban allá, tiempo después ya eran doce. Tocaron a las puertas de varias embajadas. Argelinos, chinos, cubanos, no les dieron el sí. México tenía buena imagen en el extranjero. Pyongyang dijo que sí. Pretenden formarse militarmente y configurar un "ejército insurgente". En octubre de 1968 se establecen los contactos con el gobierno de Corea del Norte. Alrededor de 60 personas, especialmente estudiantes, fueron a Corea del Norte a entrenarse. Ahí estaban en promedio ocho meses, para formarse militarmente, en teoría y práctica. Por ello es que se ha señalado que el MAR es el único grupo guerrillero que tuvo una "preparación militar sistemática" (Grange y Rico, 1997)

Jóvenes de distintas ciudades se congregaron en el proyecto MAR. Del Distrito Federal, de Oaxaca, de Chihuahua, de Monterrey y de Veracruz (Petrich, 2003). El primer grupo que viajó a entrenarse en Corea lo hizo a inicios de 1969. A su regreso a la ciudad de México no se desarrollarán las cosas como lo han planeado. Para noviembre de 1970, ya están aquí los entrenados en Corea. Organizados en cuatro áreas se distribuyen en varios puntos del país. Entran en acción en diciembre de 1970 al asaltar un banco, un millón de dólares fue lo "expropiado". En marzo de 1971 es detenida la tercera parte de los entrenados en Corea: una casa arrendada en la ciudad de Jalapa, Veracruz, cuyo dueño era

policía local, se convierte en nido de detención, son denunciados y detenidos. Uno de los militantes del MAR años más tarde recordará: “el 16 de marzo de 1971 todos los diarios nacionales y demás medios dieron a conocer *la noticia*: fueron detenidos 19 miembros de un grupo *subversivo* denominado Movimiento de Acción Revolucionaria... entrenados en una *nación comunista*” (Pineda, 2003: 25). Estuvieron un mes incomunicados, fueron sometidos a torturas. Era la dirigencia del MAR. Su existencia se da a conocer, y las consecuencias no se dejan esperar. El 18 de marzo son expulsados cinco diplomáticos soviéticos. Su presencia en México se declara “no grata” (El Universal, 1994, t. II: 58). El 9 de junio de 1971 detienen a otros tres integrantes del MAR, que habían estado becados en Moscú. Como se señaló, el MAR tuvo contactos con los *Procesos*, pero el primero priorizaba otro tipo de trabajo antes de la acción armada. Se escindieron y una parte pasó a formar parte de la posterior LC23S (Castellanos, 2007).

Al respecto del paso de la lucha estudiantil a la armada, un dirigente estudiantil de aquel entonces, Rafael Garibay, dirá años más tarde: “la base del MAR se encuentra en la ciudad de Morelia, concretamente en la Universidad Michoacana, la que ha dado hombres con espíritu e ideología bien cimentados a favor de las clases más necesitadas” (en Oikón, 2006: 441). Pero la represión de que fue objeto el movimiento estudiantil en esa ciudad, en buena medida, llevó a varios estudiantes y jóvenes a buscar el camino de las armas.

Y en tanto que los que participaron de la lucha armada, eran sobre todo jóvenes provenientes de grupos que luchaban en la vía abierta y legal, democrática, su preparación militar era poca. Exceptuando a los integrantes del MAR que estuvieron en Corea del Norte: lo hicieron “en condiciones diametralmente desventajosas para quienes no combaten desde la posición del Estado... desventaja descomunal en términos de recursos materiales y de medios para la violencia”.

### ***Factores Tlatelolco y jueves de corpus***

Diversos movimientos estudiantiles, como se ha ido señalando, fueron reprimidos. En no muy pocos casos se les orilló a salir de las aulas universitarias y refugiarse

en el claudestinidad. Esa puede ser la caracterización de los movimientos estudiantiles y su paso a la guerrilla urbana en nuestro país. No obstante, y como lo han destacado diversos autores, hay dos acontecimientos más que darán impulso a este paso: las matanzas estudiantiles del 2 de octubre de 1968, Tlatelolco, y el 10 de junio de 1971, Jueves de Corpus.

Muchas de las esperanzas de jóvenes universitarios se encontraban depositadas en el movimiento estudiantil de 1968, que se desplegaba sobre todo en la ciudad de México. La "apertura democrática" se esperaba que se impulsara desde ahí. Las movidas contestatarias pacíficas y legales estaban en marcha, a grado tal de que al ser cuestionados, por la prensa y los ideólogos del poder, de portar en sus manifestaciones imágenes de extranjeros y comunistas, los estudiantes recurrieron a las imágenes de revolucionarios nacionales. Y al ser, igualmente, cuestionados de irredentos y escandalosos, marcharon en silencio. La "salida" que el gobierno dio a las demandas estudiantiles fue la represión. Demandas como libertad a los presos políticos, derogación de un artículo que disolvía reuniones públicas y castigo a los responsables de la violencia que habían sufrido los estudiantes durante el desarrollo del movimiento fueron acallados con balas. No era un movimiento que subvirtiera las estructuras del poder; era uno que exigía apertura, muy reformista él: por el movimiento estudiantil de 1968 "la idea de libertad y democracia había llegado a las capas medias de una sociedad adormilada y somnolienta, indiferente ante las anteriores batallas sindicales, gremiales, campesinas o hasta armadas, cuya máxima expresión eran cuerpos deambulantes por los pasillos del Palacio negro de Lecumberri" (Glockner, 2007: 306).

No obstante ese tono estudiantil, el 2 de octubre de 1968, un grupo paramilitar denominado "Batallón Olimpia" arremetió contra los estudiantes mientras celebraban un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. El Ejército, que estaba rodeando el lugar, arremetió igualmente. El saldo, decenas de muertos y un movimiento estudiantil que dejó de creer en la ruta pacífica. Al menos varios de sus integrantes así lo dejaron ver. Los dirigentes fueron detenidos, otros perseguidos, otros más partieron con rumbo desconocido. La



matanza del 2 de octubre de 1968 en la Plaza de Tlatelolco, estaba mandando señales de que se suprimía la vía pacífica para lograr cambios políticos en el país.

Adolfo Aguilar Zinser, estudioso de la seguridad nacional en México, al respecto dirá:

“el 2 de octubre no fue un enfrentamiento a un movimiento guerrillero, fue el enfrentamiento del Estado contra una insubordinación civil a la que el Estado le atribuyó una fuerza, o una capacidad de reproducción aterradora, y que lo sometió con el mayor derramamiento de sangre, se dijo: el Estado sí está dispuesto al derramamiento de sangre enfrente de todo el mundo, a unos días de que se lleve a cabo la Olimpiada en nuestro país para hacer ver quiénes tienen el poder y quiénes lo van a conservar, para que todos los jóvenes que no fueron asesinados en Tlatelolco, que fue la inmensa mayoría, supieran exactamente lo que había al final del camino si se iban a las montañas; la paradoja es que, por esa razón, muchos se fueron a las montañas” (en Glockner, 2007).

El propio Miguel Nazar Haro, en ese entonces segundo a bordo de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), dirá que después del 68 muchos estudiantes desaparecieron, los buscaron y ya no vivían con sus familias; estaban “desaparecidos”. Después del método empleado en el ataque al Cuartel de Madera, intentan ubicarlos en ese tipo de acciones (Riva Palacio, 2003b).

La otra masacre se efectuó el 10 de junio de 1971, mientras se realizaba una manifestación, con permiso oficial (toda vez que estaban prohibidas las marchas), de apoyo al movimiento estudiantil de Nuevo León. Otro grupo paramilitar, “Los Halcones”, embistió contra los manifestantes, con un saldo de muertos y heridos desconocidos (Condés, 2001). Esta segunda masacre estudiantil, en el lapso de tres años marcaría a varios de aquellos que aún creían en la vía legal. La matanza del 10 de junio estremece a muchos jóvenes. Tiene un alto impacto. Los estudiantes de Nuevo León, de donde parte la protesta por la intromisión del gobierno en los asuntos de la Universidad, y la protesta en la ciudad de México se realiza en apoyo a los norteros estudiantes, toman vuelcos distintos a la protesta abierta. Al respecto se ha apuntado: la represión del 10 de

junio de 1971 es “el detonador definitivo que provocará la oleada más intensa y espontánea de grupos guerrilleros –la mayoría urbanos– en el país durante los siguientes años” (Castellanos, 2007: 126); en efecto, una consecuencia “dramática” de la masacre del 10 de junio es “la proliferación de grupos guerrilleros” (Condés, 2001).

En efecto, estudiantes radicalizados toman las armas; reprimidos en 1968, en 1971; movimientos estudiantiles golpeados en Michoacán, Puebla, Nuevo León, Chihuahua, Jalisco y Sinaloa, muchos provenientes de las juventudes del PC, represión que tiene sus costos: engrosan las filas armadas. Ciertamente, incluso los ya alzados en armas lo refieren: represiones como la de 1968 y la de junio de 1971 alimentaron el espíritu guerrillero, y a otros más los perfiló para la toma de las armas. En su *Memoria de la guerra de los justos*, Gustavo Hiraes (1996: 147) expresará que el 10 de junio “cayó como bomba”; los represores se dedicaban a agarrotar los movimientos pacíficos; a los guerrilleros encerrados “nos dio otro violento empujón”; se concluía, nuevamente, que no había otra ruta.

Otro exguerrillero, José Domínguez, recordará el impacto que les causó la masacre del 2 de octubre:

“aquella masacre contra los estudiantes nos dejó una huella indeleble y una convicción real: había que cambiar al país y al mundo, pero era imposible de manera pacífica. La guerra resultaba inevitable. A partir de entonces nos dominó una pasión irrefrenable, dar todo para el cambio, como otros lo estaban haciendo en otros lugares. Desde ese momento para los cuatro hermanos, Gabriel, Miguel, Alberto y yo, no había nada que significara más que ser parte de la lucha que se venía: nada estaba antes, ni novias, ni familia, ingresos económicos, ni vida o el futuro” (en Ibarra, 2006: 106).

José Luis Moreno, años más tarde, recordará cómo se metieron a la lucha armada: en la noche del 2 de octubre escucha los reatos sobre su brigada, los que cayeron y los que sobrevivieron, después, dice: “la impotencia nos llevó a la misma coincidencia: se habían agotado las vías legales de la lucha política. Toda esa semana fue de mucho dolor, coraje y toma de decisiones. Desde esos días pasamos a la defensiva. Toda nuestra célula pasó a la lucha armada”; agrega:

"Era el momento de pasar a otro nivel, a la clandestinidad, a la lucha armada, primero en Lacandones y luego en la Liga 23 de Septiembre" (en Ibarra, 2006: 102). Otros más que toman las armas, después de la masacre del 10 de junio, narrarán: "la lucha armada es el único camino". Un grupo de estudiantes, que posteriormente se unirían a la Liga, y que se denominarían los *procesos*, se reunieron hacia las 12 de la noche de ese 10 de junio, estaban también participantes del Movimiento Estudiantil Profesional, de tendencia cristiana. Recuerda uno de ellos: "decidimos que pasábamos a la lucha armada" (en Condés, 2001: 83).

Uno de los grupos guerrilleros que emergen directamente del movimiento de 1968 es el de *Los Lacandones*, aunque tiene su antecedente en 1967. Después se unirá a la LC23S (Glockner, 2007). Muchos más, aunque quizá no de forma estructural, pensarán en la ruta de las armas. Van sumándose; en síntesis: "los conflictos universitarios reprimidos serán semilleros de organizaciones guerrilleras" (Castellanos, 2007: 87).

No obstante, habrá que reconocer que desde antes de las represiones del 68 y del 71 había ya grupos en armas o en tránsito hacia ellas. Y es que, a decir de algunas fuentes, para 1968 son ya catorce los grupos guerrilleros en escena, en distintos puntos del país, principalmente en Chihuahua, Morelos, ciudad de México y Guerrero. Así pues, "el resto de los grupos armados que actuarán durante los años siguientes tienen como origen diversas circunstancias, situaciones, hechos, en donde el 68 queda como referencia de la represión gubernamental, aunque realmente pocos menos estuvieron el 2 de octubre en Tlatelolco" (Glockner, 2007: 305).

Carlos Montemayor, estudioso del tema, dirá: "al existir por lo menos, cinco movimientos guerrilleros previos al movimiento estudiantil de 1968, por lo tanto aquel movimiento histórico no es el detonante de la guerrilla moderna en México, pero sí lo será en ciertos niveles del estudiantado, particularmente en universitarios del norte del país" (en Glockner, 2007: 314). La hipótesis suena interesante, en tanto que antes del 68 había expresiones armadas en el medio rural, provenientes o ligadas a la lucha por la tierra. Los grupos que continuaron

después del asalto a Madera son sobrevivientes de ese cuartelazo. Y hay otros intentos, pero que no terminan de cuajar, quedan en proyectos y entrenamientos y/o en impresión de propaganda llamando a la lucha armada. Pero estamos hablando de guerrillas rurales, en el campo, en la sierra. Y aunque algunos autores son tajantes, en el sentido de afirmar que “ni las nuevas guerrillas urbanas ni la reaparición de viejas guerrillas rurales deben ser entendidas como la consecuencia directa de la derrota del movimiento estudiantil de 1968, sino más bien como una opción política entre las diversas que se abrían entonces” (Bellingeri, 2003: 159), los grupos urbanos, los que actuarán en las grandes ciudades, tienen su manifestación más clara después de 1968. Y también después de 1971.

Claro es lo que tiempo después un participante de la guerrilla señala, en su momento militante de la Unión del Pueblo, y preso en Lecumberri, Julio Pimentel (2006: 40) sintetiza:

“es esa coyuntura nacional que, después del 2 de octubre de 1968, algunos de los que participamos como brigadistas en el movimiento estudiantil consideramos que era momento ya de optar por la vía armada como forma de enfrentar la represión del Estado... se decide organizar e integrar diversos grupos armados... la represión sistemática del régimen en contra de los movimientos sociales y políticos de oposición tuvo un papel significativo en el surgimiento de las guerrillas mexicanas de los años 60 a 80”.

### ***Hacia la Liga***

Varios son los grupos que se conforman alrededor de las represiones de 1968 y 1971. Los intentos, no obstante, se articularán más adelante, cobrarán una forma más organizada y de frente en el devenir del tiempo. En tanto, los esfuerzos se van realizando, no sin reveses que serán, incluso, decisivos en la actuación de la guerrilla en este periodo de la Segunda Ola Armada.

En Sinaloa, por ejemplo, actuaban *Los Enfermos*. En Guadalajara, El FER. En ciudad de México surgían *Los Lacandones*. En el escenario se encontraban,

asimismo, *Los Procesos*, en Nuevo León y otras ciudades. De Morelia provenían los del MAR. Solo que estas distintas agrupaciones no estaban coordinadas, actuaban cada una por su lado, por su cuenta, aisladas unas de otras. Lo que se requería era justo eso, coordinación y organización conjunta. El intento se desplegó. Quienes lo estaban pensando eran *Los Procesos*.

Previo a la formación de la Liga, algunos integrantes del MAR (23-S) y *Los Procesos* (se conocen así, porque elaboraron un documento en el que hablaban del "proceso revolucionario, y así comenzaron a enunciarlos) formaron *La Partidaria*. Se dieron a la tarea de contactar a otros grupos armados y encauzar los esfuerzos en una organización nacional. En esas estaban, y aprovecharon los contactos que el MAR-23S tenía con el PdIP y subieron a las montañas de Guerrero (Pineda, 2003). Lucio tenía que viajar a la ciudad de México por cuestiones de salud (Ulloa, 2004). Quedó al mando de la Brigada Campesina del PdIP Carmelo Cortés. Las relaciones con *La Partidaria* mejoraron, hubo más acercamiento. Al regreso de Lucio se expresaron los problemas. Varios eran los detonantes, desde un matrimonio no consumado por parte de un brigadista, que avalaron los invitados y Carmelo, hasta cuestiones de dirección del movimiento. *La Partidaria* y un grupo encabezado por Carmelo querían que se relevara a Lucio de la dirigencia del PdIP y de la Brigada. *Los partidarios* señalaban a Cabañas de ser un pequeñoburgués y un caudillo. Además, los invitados proponían que la gente lugareña se levantara en armas, saqueara algunos establecimientos y tomara un cuartel militar. Lucio se oponía a ello. *Los partidarios* fueron expulsados y Carmelo suspendido algunos meses. Carmelo formó, entonces, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Dos años estuvo en acción, pues cayó en de agosto de 1975 en la ciudad de México (al respecto existen, al menos, dos versiones sobre su caída) (Pineda, 2003: 179-181).

Después de la experiencia truncada en las montañas de Guerrero, *Los Procesos-La Partidaria*, se dan a la tarea de desarrollar y practicar la idea que traen desde tiempo atrás: un frente revolucionario. Planifican y desarrollan. Los camaradas de Chihuahua pueden conseguir armas a *Los Procesos*; *Los Procesos* asesoran teóricamente a *Los Enfermos* y reciben alojamiento de los del FER. Los

del FER se asesoraban ideológicamente con *Los Procesos* e intercambiaban información sobre armas. *Los Procesos* tenían bien clara su meta: la coordinadora nacional. Y contaban ya con contactos en varios puntos del país. Y como ya se señaló, una parte del MAR 23-S, heredero de la guerrilla de Chihuahua después se fusionó en la Liga (Castellanos, 2007). Asimismo, *Los Procesos* también contactaron a *Los Lacandones* de la ciudad de México. Todo un abanico de agrupaciones en armas. Muchas, aunque faltaron algunas.

*Los Procesos* no quisieron vincularse a Unión del Pueblo, porque los consideraban muy militaristas, toda vez que estos se daban a conocer por colocar bombas. Los del FER los llamaban "los bomberos". Las FLN, de los hermanos Yáñez tampoco se sumaron al proyecto. Además, como ya se señaló, de la ausencia de la guerrilla rural de Lucio.

Con esos esfuerzos a cuesta, se plantea una reunión nacional, reunión en que confluirán representantes de la mayoría de los grupos armados del país. La sede, la ciudad de Guadalajara. La Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) se funda en marzo de 1973 en Guadalajara. Entre 15 y 20 participantes estuvieron en la casa del *Richard*, dice Gustavo Hiraes. La reunión duro 10 días, del 5 al 15 de marzo. La versión oficial sobre la Liga es que la reunión se realizó en casa del *Richard* porque éste contaba con el apoyo del FER, fuerza importante en la conformación de la Liga (Aguayo, 2001).

Así surge el proyecto de mayor envergadura de la guerrilla en el México de los años setenta, al menos en las ciudades, con una fuerte estructura y el mayor número de integrantes de agrupación alguna de entonces. Con presencia en 23 estados del país. Su actuación será de gran relevancia en este periodo, por un lado, por sus acciones armadas, asaltos bancarios, secuestros, y, por el otro, por la respuesta del Estado mexicano, que será cruenta.

### **2. 3 La ruta de las armas**

En este breve recorrido se ha descrito la manera como distintos grupos, primero en el ámbito de la lucha legal y pacífica terminan, después, por tomar las armas como uno de los últimos recursos que les queda, sea para sobrevivir, como

autodefensa o en el último de los casos como mecanismo para impulsar cambios en la sociedad que de otra manera, terminaron por pensar y sentir, no se podían realizar. Algunos grupos lo hicieron desde el campo, es el caso de Arturo Gámiz, de Genaro Vázquez y la ACNR y de Lucio Cabañas y el PdIP; otros lo hicieron desde las ciudades, es el caso de *Los Enfermos*, del FER, de *Los Procesos* y, posteriormente, de la LC23S. Del camino civil y pacífico a la ruta de las armas. La lucha armada comenzó a perfilarse como la única posibilidad para enfrentar a un gobierno que ante las protestas pacíficas y legales, respondía con la policía o el Ejército. Ciertamente, sobre la transformación del movimiento político en armado, se ha señalado que “en este proceso de luchas, podemos encontrar movimientos y dirigentes que en sus inicios se caracterizan por un tipo de lucha pacífica y legal en la que domina la demanda económica y democratizadora del país. Luchas que si bien en sus inicios tienen un contenido cívico, tienden en la mayoría de los casos a transformarse en movimientos radicales y de corte socialista” (Ibarra, 2006: 97).

Son situaciones distintas, ciertamente, las que rodean a la guerrilla rural y a la urbana. Lo que aquí se ha intentado argumentar es que el paso que lleva de la vía civil a la armada es impulsada, orillada, en buena medida, por la actuación del Estado mexicano en sus diferentes vertientes: policías locales, federales, Ejército, gobiernos locales o federal, instituciones como el Poder Judicial, que ante los reclamos de los distintos grupos campesinos, estudiantiles o populares, antepuso no la solución de las demandas planteadas, sino la fuerza, las rejas y las balas. Tanto en el campo como en las ciudades esa fue la respuesta que se dio. Campesinos, sindicatos y estudiantes fueron reprimidos y se les fueron cerrando los caminos de participación y de vías en las cuales demandar apertura, participación, solución a sus reclamos de tierra o democracia.

Pero también diferencias las hay, como el rezago del que se inunda el estado de Guerrero. Analfabetismo, atraso social, acaparamiento de tierras por parte de unos cuantos, caciquismo y guardias blancas violentas, ejecuciones de opositores, detenciones ilegales, represión a comunidades enteras por fuera de la mirada de los medios impresos que pueden dar cuenta de ello. Impunidad y

mucha desigualdad. "El odio a la desigualdad está en la raíz de las decisiones de Rubén Jaramillo, Genaro Vázquez, Lucio Cabañas, los combatientes que mueren en el ataque al cuartel militar de Ciudad Madera, los estudiantes que ante el paisaje del 2 de octubre abandonan cualquier esperanza en la vía legal" (Monsiváis, 2004b: 160).

Las ciudades, en cambio, se tratan de mostrar con cierta prosperidad, con ciertos beneficios sociales, pero la democracia no se asoma por lado alguno, y cuando se intenta luchar por ella en los recintos universitarios, que deben albergarla, el poder, local o federal, hace acto de presencia con toletes, macanas, pistolas, metralletas, violencia. Las universidades, cuando en su conjunto demandan respeto, autonomía y democracia para sus centros, son tomadas por uniformados, y encarcelados, las más de las veces, los dirigentes universitarios. Los centros de saber se ven pisoteados por la bota militar en diversas ocasiones: Guadalajara, Sinaloa, Nuevo León, la ciudad de México, Morelia, Puebla, saben al respecto. En el caso de algunos activistas de Guadalajara, éstos tomaron la ruta de las armas en parte obligados por las circunstancias, por la represión violenta a la que fueron sometidos. Es el caso de jóvenes vinculados al grupo *Vikingos* que fueron constantemente agredidos por la FEG. Varios de estos agredidos se agruparon en el FER, y desde ahí enfrentaron a la FEG y su violencia. Varios de los integrantes del FER después se vincularon a la Liga Comunista 23 de Septiembre. Ruta similar siguieron los estudiantes de Sinaloa organizados alrededor de lo que se denominó como *Los Enfermos*. Al Movimiento Estudiantil Profesional, en Nuevo León, lo orillaron a tomar el mismo camino. Situación similar le ocurrió a los del MAR en Morelia.

Finalmente, las masacres del 2 de octubre de 1968 y del 10 de junio de 1971, terminaron por "argumentar" que las vías para la lucha social y política se estaban cerrando. En un mitin en la Ciudad Universitaria de la UNAM, el 17 de marzo de 1971, el ex-presos político Manuel Marcué Pardilla, vaticina que después de la represión del movimiento de 1968, "es probable que este gobierno, si no permite el juego democrático, sea responsable de que miles de jóvenes se vayan a la clandestinidad" (en Monsiváis, 2004b: 172). Señales las había y muchas, otra



era la ruta. En el campo y en la ciudad se arribó a las armas: "si la guerrilla rural de la década de 1970 surge de la imposibilidad de soportar a los caciques, las fuerzas de seguridad y la rapiña de los bancos de crédito agrícola, la guerrilla urbana proviene de la convicción resarcidora: la desigualdad es monstruosa y alguien tiene que hacer algo, lo que sea, pronto, la nobleza del fin justificará los medios" (Monsiváis, 2004b: 188).

Pero el impacto social fue disímil, según se trata de campesinos en armas o de estudiantes realizando acciones armadas. En la zona rural, Guerrero por ejemplo, no existe el denominado Estado de Derecho. A los maestros que se levantan en armas les otorgan más legitimidad que a los urbanos. Y si bien la propia actuación de la guerrilla posibilitó que ello ocurriera, no fue menos la labor que los medios de información desplegaron para que el impacto legitimador de una y otra guerrilla se aminorara.

Hacia afuera otro era el factor. Exteriormente no se logró impactar como se hubiera querido; no se logró mostrar la legitimidad de una lucha armada en un país que se mostraba internacionalmente como líder del Tercer Mundo y como aquel que albergaba las causas de la izquierda en el continente y que le daba refugio a los disidentes perseguidos de las dictaduras militares en el Cono Sur. En ello, se ha señalado, Cuba jugó su papel. Inspiradora en algunos grupos de la lucha guerrillera, no respaldó el acaecimiento guerrillero; la oposición no estaba clara de que en el exterior no tendrían el apoyo requerido: no tenían cobijo ni cobertura externa. La política cubana hacia la guerrilla en México "significó algo más que una falta de armas o de dinero para los campesinos de Guerrero y los estudiantes de Monterrey y Sinaloa. Implicó que la resonancia internacional de su causa fuera escasa o nula. Si los cubanos no los tomaban en serio –y los cubanos tomaban en serio a casi todos–, entonces nadie lo haría" (Castañeda, 1993: 105).

Y así, la guerrilla entró en acción y la respuesta del Estado mexicano no fue distinta a la que hasta entonces habían tenido como movimientos sociales, al contrario, se incrementó el nivel de violencia institucional. Se puso en marcha la denominada guerra sucia.

### 3. SEGUNDA OLA ARMADA: TIPOS, CÓMO, CUÁNDO, DÓNDE

Se ha fechado el 23 de septiembre de 1965 como inicio de la segunda ola armada en México (Esteve, 1995). Esa fecha porque es cuando ocurre el asalto al cuartel Madera en la sierra de Chihuahua. La Primera Ola, como se mencionó en otro apartado, se presenta alrededor de lo que se ha llamado Revolución Mexicana a inicios del siglo XX. La Tercera Ola, se plantea a partir del surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). En este capítulo se dará cuenta, en parte, de la actuación de la guerrilla en la Segunda Ola Armada.

Una tesis fundamental aquí es que, a decir de Carlos Montemayor (1999a: 27), "México ha vivido en estado de guerra de manera casi ininterrumpida al menos desde el amanecer del 23 septiembre de 1965", no ha habido periodos desde entonces en que la guerrilla haya estado ausente del escenario político del país. Además, los movimientos guerrilleros en México han sido una constante en el siglo XX. Hay un núcleo armado y una circunstancia social en que emerge. Al momento de tematizar la cuestión de la guerrilla en nuestro país, hay que considerar, al menos, estos dos elementos. La segunda característica se esbozó en el capítulo anterior. En este capítulo se dará cuenta de la actuación de la primera de ellas: la parte armada y su actuación.

En México son dos las modalidades en que se presenta la guerrilla a lo largo del siglo XX y, por tanto, atraviesan asimismo, la Segunda Ola Armada. En esta Segunda Ola Guerrillera actuarán dos tipos de agrupaciones: la guerrilla rural y la guerrilla urbana. Con características disímiles por el terreno en que se despliegan y el tipo de fuerza e ideología que las sustenta. Las condiciones sociales y políticas en que surgen serán distintas. Lo mismo que las condiciones en que se mantienen y crecen o disminuyen su fuerza. En este apartado se presentan los dos bloques, y se pone un mayor acento en aquellos grupos que tendrán mayor peso en el actuar guerrillero en el periodo revisado y cuyas consecuencias fueron, entre otras, sufrir la embestida de la guerra sucia que el Estado mexicano desplegó contra esta vía armada.

### 3. 1 Guerrilla rural

Hay un tipo de guerrilla que surge, sobre todo en el campo, que se asienta en zonas campesinas. Su formación ideológica no es del todo relevante, en tanto que la mayoría de sus integrantes tienen un nivel escolar bajo e incluso nulo. La radicalización que se presenta en este tipo de guerrilla proviene sobre todo de circunstancias sociales, agrícolas y políticas prevalecientes en la zona donde surgen, de las tensiones extremas de tales circunstancias. Son condiciones regionales las que impactarán en el levantamiento en armas de estas agrupaciones; esos son sus antecedentes. Es la denominada *Guerrilla rural*. El carácter de la guerrilla rural es regional, de poca movilidad, se desplaza lentamente, en tanto que suele proponerse combatir o resolver problemáticas regionales, de ahí que "cuando nos referimos a los procesos de agravamiento de ciertas circunstancias sociales como antecedentes regionales de un movimiento armado, podríamos en el fondo señalarlos como posibles soluciones sociales o políticas del movimiento" (Montemayor, 1999b: 13). Pero a esto los poderes, locales o federales, no le signan mayor valor. Error, como se verá posteriormente. Otro error, es que se le mira como un Ejército regular, al considerarlo desde la óptica del poder, como un grupo que puede expandirse y salirse de la región donde opera con cierta facilidad. O, en el extremo opuesto, se llega a afirmar que es un "reducido grupo de inconformes" focalizado en un pequeño lugar.

Este tipo de guerrilla, la rural, puede crecer en la zona de influencia que tiene, pero se mantiene en una región. Puede, por otro lado, tejer alianzas con otros grupos de otros sitios u otro tipo de guerrilla, por ejemplo la que opera en las ciudades. "Suponer que los movimientos guerrilleros rurales pueden irse expandiendo a lo largo de un país como una especie de incendio que se propaga o pudiera propagarse sin control, sólo es posible por el desconocimiento de su naturaleza regional" (Montemayor, 1999b: 14), toda vez que su razón de ser se encuentra en las circunstancias regionales que le dieron vida, de ahí su arraigo en el sitio donde operan. Porque además, en ese lugar se mantienen lazos de familiaridad, de lengua, de cultura, incluso de religión o de actividad económica, que fortalece el vínculo de fraternidad en la lucha. Por eso puede entenderse que,

en la lucha contra la guerrilla, el poder intentó acabar con el núcleo armado regional, pero se descuidan las causas sociales que originaron el levantamiento. En parte por eso se explica la recurrencia guerrillera de la que al inicio se enunciaba.

En este apartado se describe la actuación de la guerrilla, y en tanto el trabajo no intenta hacer un análisis de la guerrilla sino que tematiza la guerra sucia (ver capítulo más adelante), aquí únicamente se da cuenta de algunas de sus acciones más relevantes y que dieron vida protagónica a los grupos armados que en la Segunda Ola actuaron. En un primer momento, el acento se deposita en dos grupos: la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) dirigida por Genaro Vázquez, y el Partido de los Pobres (PdIP) dirigido por Lucio Cabañas. Que son parte de la denominada guerrilla rural. Más adelante se enunciará a la *Guerrilla urbana*.

### **3. 1. 1 Arturo Gámiz y el Grupo Popular Guerrillero**

Crearon el primer foco guerrillero en México, en este periodo, inspirado en el manual sobre la *Guerra de guerrillas* del Che. Tienen varias acciones, como explotar una estación de radio local en manos de terratenientes, y enfrentamientos con la policía local. Su acción mayor es la que da origen a esta Ola Guerrillera en México: el 23 de septiembre de 1965 ellos efectúan el asalto al Cuartel Madera, en Chihuahua. Originalmente son entre 30 y 40 personas quienes participarán en la acción, divididos en cuatro grupos. Uno que vigilaría el cuartel; dos grupos que no llegan a la cita, y en uno de los cuales están la mayoría de las armas que debían usarse en el asalto; el cuarto es el que operó, son 13 los que llegan en ese grupo. 12 actúan y otro espera en un camión que han secuestrado, para la retirada. Ocho caen y cinco sobreviven.

Los sobrevivientes de este asalto, con algunos de los que no llegaron a la cita, y otros más que se les unieron, dieron vida a distintas expresiones armadas, algunas de ellas denominadas “23 de septiembre” en memoria de la fecha del asalto a Madera (algunos de ellos se presentan más adelante). Algunos de los

participantes de esta línea continua del grupo de Gámiz, al final se incorporarán al proyecto de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

### **3. 1. 2 Movimiento Guerrillero 23 de Septiembre**

Del grupo de sobrevivientes del asalto al Cuartel Madera, junto con los que no llegaron, están inicialmente 15; estos se dividen en dos grupos. El grupo que encabeza Oscar González Eguiarte, desea entrar en acción nuevamente en Chihuahua. El que encabeza Pedro Uranga, quiere crear condiciones primero en otra parte. Se escinden en dos agrupaciones. Nacen los grupos "23 de septiembre". El grupo de Oscar cree aún en el capitán Lorenzo Cárdenas, quien los había entrenado cuando aún estaban alrededor de Arturo Gámiz. A principios de marzo de 1966 regresan a Chihuahua Oscar y Ramón Mendoza. Antes de llegar al domicilio de los papás de Oscar, una patrulla los detiene y al ponerse nerviosos Ramón dispara contra los uniformados. Son finalmente detenidos. El grupo de Uranga se ha estado preparando, ha estado en distintos estados del país. Se enteran de la detención de sus excompañeros y deciden actuar (Glockner, 2007).

Un grupo de guerrilleros debe atacar instalaciones del ferrocarril en Chihuahua. En abril de 1966 lo hacen. La acción es exitosa: las vías quedan afectadas del lado mexicano y del estadounidense. Pero la acción no logran reivindicarla como Movimiento Guerrillero 23 de Septiembre. Deciden, en consecuencia, realizar otra acción. Otras vías de ferrocarril son el objetivo. La acción la reivindicán. Entonces entran en contacto con dos grupos más: el de Víctor Rico Galán y el de Javier Fuentes, de tendencia pro-China. Después entrarán en contacto con Lucio Cabañas (Glockner, 2007).

### **3. 1. 3 Grupo Guerrillero del Pueblo Arturo Gámiz**

Al salir de la cárcel, Oscar González bautiza a su grupo como Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz. Algunos exintegrantes del PCM y algunos exintegrantes del grupo de Arturo Gámiz y campesinos formaron, con Oscar González, este núcleo guerrillero. Eran una decena. Entre ellos se encuentra Carlos Armendáriz

Ponce, de 16 años, cuyo padre había sido amigo de un participante del asalto a Madera, Pablo Gómez; cuando el asalto a Madera, el prácticamente niño Armendáriz de 13 años había ido a reclamar la entrega de los cuerpos. De 22 años, Oscar estuvo en los dos encuentros de la sierra auspiciado por la gente de Gámiz (Castellanos, 2007). El GPGAG defiende a los lugareños contra una empresa maderera: incendian un aserradero. El Ejército moviliza a más de 7 mil soldados que llegan de distintos estados, para perseguir a los guerrilleros. Durante 1967 el GPGAG realiza varias acciones de la misma índole. En julio de 1968 realiza un acto de sabotaje a una maderera, con la que están inconformes los lugareños. El acto sale bien. Los guerrilleros huyen hacia la sierra, pero las lluvias complican su paso. El Ejército los sigue. Son ya sólo seis guerrilleros. Se dividen en tres grupos. A inicios de septiembre el primer par de guerrilleros es abatido. Quedan cuatro. Los cuatro son detenidos y llevados a un poblado de la sierra el 11 de septiembre: "sin recato alguno, son fusilados ante la mirada atónita de los pobladores, para enterrar a uno más de los grupos guerrilleros en México" (Glockner, 2007: 290). Una fuente señala que eran diez mil los efectivos militares que seguían a este grupo; otros, que eran veinticinco mil, provenientes de zonas militares de Sonora, Durango, Sinaloa y Chihuahua. La prensa suelta una nota al tono de los tiempos: "con la muerte de José Antonio Gaytán y Guadalupe Escobel desaparecieron las actividades subversivas que llevaban a cabo algunas gavillas en el estado de Chihuahua, y viene al caso señalar que los citados cabezas recibieron el clásico entrenamiento de guerrillas en Cuba en manos de agentes de la Dirección General de Inteligencia, cuyo creador fue el comandante Manuel Piñeiro Lozada, conocido también como Barba Roja" (en Glockner, 2007: 290). Esa comenzaba a ser la retórica con que tratarían, discursivamente, a los guerrilleros en adelante.

### **3. 1. 4 Comandos Armados de Chihuahua/Guajiros**

En estos comandos participan estudiantes en su mayoría de Chihuahua, sobre todo aquellos con quienes tenían contacto los sobrevivientes del grupo que asaltó el Cuartel Madera. Uno de ellos es de relevancia, su nombre Diego Lucero

Martínez, presidente de la Asociación de Estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chihuahua. Los Guajiros son dirigidos por Diego Lucero. Otros estudiantes de Mexicali, de Tijuana y del Politécnico del D. F. integraban Los Guajiros.

En diciembre de 1970 depositan una bomba casera en las instalaciones del PRI estatal como protesta por la toma de posesión del nuevo presidente Luis Echeverría. Realizan asaltos bancarios, uno el 11 de julio de 1971 en la Ciudad de México. Su acción más "espectacular" se efectúa con tres asaltos bancarios simultáneos el 15 de enero de 1972, que se conoció como "Operación Madera" en homenaje a los muertos de 1965. Dos de los tres asaltos tuvieron resultados positivos: 3000 mil y 280 mil pesos respectivamente, y el tercero se frustró por un enfrentamiento con la policía (Reyes, s/f). Dos días más tarde *El Heraldo* de Chihuahua daba cuenta de la detención de los integrantes del grupo que habían realizado los asaltos, y la recuperación del dinero. Durante su búsqueda y detención varios de los guerrilleros cayeron. Otros dos más murieron en circunstancias bastante extrañas por lo que sus compañeros acusaron a la policía de haberlos asesinado (López, 1974).

Uno de los detenidos, Marco Rascón, posteriormente narrará: después de la detención, cuando los están interrogando, a Rascón lo confrontan con Diego Lucero. Ambos niegan conocerse. Al día siguiente uno de sus interrogadores le dice a Rascón que Lucero murió en un enfrentamiento. Por la noche en la televisión local se anuncia la muerte de Lucero en un enfrentamiento con la policía. Otro de los detenidos, Ramiro Díaz, murió a causa de los golpes que le propiciaron en su celda; lo anunciaron como autoestrangulamiento. Todo ello en Chihuahua (Castellanos, 2007). En tanto, José Luis Alonso, herido, es llevado tras las rejas.

La revista *Por Qué?* publicó una entrevista con un miembro exiliado de los CACH, en la que daba cuenta de los errores cometidos durante los asaltos y por qué cayeron ante la policía (López, 1974): muy pocas medidas de seguridad en sus operativos. Una parte del grupo se sube a la sierra para participar en la

guerrilla de Lucio Cabañas, quien los bautiza como *Los Guajiros* (Montemayor, 1991; Reyes, s/f).

Otra agrupación es la Organización Nacional Revolucionaria, que se forma en Chihuahua en 1967.

### **3. 1. 5 Genaro Vázquez y la ACNR**

Después de 17 meses en prisión, Genaro Vázquez ha preparado una acción, quizá la primera, de su nueva organización, la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), que ha delineado desde la prisión: su propia liberación, el 22 de Abril de 1968. Finge dolor de muelas y es llevado a una clínica dental fuera de la prisión. Un comando armado lo libera. Huyen hacia el monte. La sierra los protegerá. Tiempo después dirá. “la desigualdad numérica era elocuente: diez soldados por cada uno de nosotros... gracias al apoyo campesino, logramos burlarlos... finalmente, pudo más la liebre que la zorra” (en Glockner, 2007: 280). Un comando de la ACNR se traslada hacia Atoyac, intentando contactar con Lucio y su gente para buscar un acuerdo en la acción. Lucio, en cambio, recorre las comunidades de la sierra en ese tiempo, 1968, está convocando a asambleas en las que explica por qué lucha e invita a la gente a sumarse a su empresa. El contacto no se da (Bellingeri, 2003: 138).

Cuando la Asociación Cívica Guerrerense (ACG) se transforma en ACNR, de organización política a organización armada, Genaro Vázquez plantea en una reunión un programa en el que se proponen el derrocamiento de la oligarquía capitalista y el establecimiento de un gobierno de coalición de obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales progresistas. Se crean comités de lucha clandestinos; los más avanzados integran los comités militares de liberación. Se establecen contactos con estudiantes de la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG), varios de ellos activistas expulsados o acosados (Castellanos, 2007). En su momento Genaro expresará: “un puñado de hombres consecuentes con nuestra responsabilidad social e histórica hemos decidido que nuestra obligación es luchar hasta ver implantado el orden de justicia social y económica como lo demanda el pueblo” (en Bellingeri, 2003: 126).



A fines de 1970, el 29 de diciembre, la ACNR realiza su primer secuestro "formal". Donaciano Luna, representante regional del Banco Sur, y el gobierno de Luis Echeverría responde en una tónica que empleará en otros momentos: el padre de Genaro y otros 50 campesinos son secuestrados, y trasladados al Campo Militar Número Uno (Castellanos, 2007). En abril de 1971 es secuestrado Agustín Bautista, hijo de un cacique, a quien señalan de haber dado muerte a seis campesinos, y de guiar al Ejército hacia los rumbos de la guerrilla. Los familiares deciden no pagar el rescate solicitado y la guerrilla lo ajusticia. Diez días después aparece su cadáver. Genaro y su grupo están ya en la mira de los castrenses: "El despliegue militar y policial que va tras Vázquez Rojas es apabullante. Peinan toda la Sierra Norte del estado de Guerrero, se movilizan los Batallones 24, 35 y 22 de los estados de Morelos, Chilpancingo y del estado de México. La afrenta inquieta a las autoridades" (Glockner, 2007: 280). Guerrero es el estado donde más militares hay, se habla de 24 mil de ellos en ese sitio, la tercera parte del Ejército mexicano. En el mes de mayo, la prensa da cuenta de un despliegue militar en la zona de Atoyac, contra los "grupos terroristas en la zona cafetalera"; se señala que se han aprehendido a varios de ellos, entre los cuales figura el padre de Genaro, Alfonso Vázquez. No obstante, el secretario de la Defensa Nacional (Sedena), general Hermenegildo Cuenca Díaz declara que "ni en el estado de Guerrero ni en ninguna parte de la República existen guerrillas"; "y si apareciera alguna, tendríamos que combatirla inmediatamente" (El Universal, 1994, t. II: 63). Más aún, declara que tal despliegue castrense se presenta por la lucha contra el narcotráfico (Castellanos, 2007).

En julio de 1971 en la revista *Por qué?*, de los poquísimos medios impresos que dio ventana a las declaraciones de la guerrilla, aparece una entrevista con Genaro Vázquez. En ella señala que está en su mira la construcción de un movimiento guerrillero a escala nacional, sumando los incipientes intentos de la guerrilla urbana y la lucha armada en el campo. El espacio táctico de la lucha, era el estado de Guerrero, marcaba. El proyecto, finalmente, no se consumaría.

El 20 de noviembre de 1971, la ACNR secuestra a Jaime Castrejón Díez, quien fuera rector de la UAG y dueño de empresas embotelladoras en el estado.

Para la liberación del retenido exigían, entre otras cosas, dos y medio millones de pesos y la liberación de nueve presos políticos; además, el que se diera a conocer una proclama, que se anunció en un noticiero televisivo del momento. Aquí, cabe una acotación: en ese entonces los medios de información, y en especial la televisión, ocultaban lo que en torno al quehacer de la guerrilla ocurría. Les negaban espacio para dar a conocer sus puntos de vista, criminalizaban su lucha y tenían pocas rendijas por las cuales ventilar los por qués de la lucha armada y de sus acciones. En su comunicado, leído en el noticiero "24 Horas", señalaban: "nuestro acto constituye la respuesta armada de las fuerzas del pueblo a la grave y criminal represión" (en Bellingeri, 2003: 148). La suma de dinero fue entregada, a través de la mediación del entonces Obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, los presos liberados fueron enviados en un vuelo a Cuba; el gobierno de la isla los recibió aduciendo razones humanitarias y a solicitud del gobierno mexicano (El Universal, 1994, t. II: 89). Al respecto se ha dicho: "por primera vez en la historia del país, un grupo guerrillero obligaba al gobierno a liberar a presos políticos para enviarlos a un destino en el exterior" (Castellanos, 2007: 133). Días después el empresario fue liberado.

Son esos los tiempos en que otros políticos sacan provecho de las acciones de terceros. El entonces líder camionero y político, Rubén Figueroa Figueroa, pensando en la gubernatura del estado de Guerrero, declara que busca negociar con Genaro Vázquez y con Lucio Cabañas para desactivar su lucha armada. Paradójicamente, despotrica contra el líder del Partido de los Pobres, lo acusa de estar ligado al narcotráfico y ser un delincuente; al tiempo que presume tener buena relación con Genaro, y después acota: que el camino que había tomado Genaro era por los problemas que tuvo con el gobierno de Caballero Aburto: "fue un brillante profesor normalista", decía, "es un hombre orillado por las circunstancias a delinquir" (El Universal, 1994, t. II: 90).

Después del secuestro de Castrejón, y de los asaltos bancarios en distintos puntos del país, las fuerzas policiacas iban tras la guerrilla, rural y urbana. En el caso de Genaro, el cerco sobre él se iba cerrando. Había ido a una casa de seguridad en Cuernavaca, huyendo de la persecución en la sierra. Su hijo y

esposa, en la ciudad de México, habían sido capturados para presionarlo. Decide entonces trasladarse nuevamente a la sierra.

El 2 de febrero de 1972 se anuncia la muerte de Genaro en un extraño accidente automovilístico. Intentaba llegar a la sierra de Guerrero vía Michoacán. La versión oficial señala que murió en el accidente; quienes lo acompañan y sobreviven indican que estaba vivo, noqueado, pero vivo al momento que llegaron por él. Al entregarle el cadáver a su esposa Consuelo, se muestra un golpe en el cráneo (Castellanos, 2007). Por su parte, el otro levantado en armas en ese estado del país, Lucio Cabañas, envía una carta a la familia de Genaro, en la que expresa: “nunca hemos visto gente de Genaro; lo aclaramos, porque para el gobierno es doloroso reconocer la existencia de dos grupos revolucionarios en armas con mandos diferentes. Estamos seguros de que a pesar de la muerte del compañero Genaro, su grupo seguirá adelante con la misma valentía y decisión que mostraron cuando él vivía. Va para sus familiares todo nuestro cariño y nuestro apoyo moral en estos momentos de tristeza” (en Suárez, 1985: 24).

Su lucha social y guerrillera no fue reconocida ni en vida ni en muerte; pero algunas acciones contrariaban las expresiones gubernamentales de delinquir su actuación, pues se armó un operativo aparatoso para su entierro. Aníbal Quej, del periódico local *Avance de Acapulco*, escribía: “el fallecimiento de este hombre ha motivado acontecimientos singulares, pues en la historia de Guerrero no se había dado el caso antes de que el cadáver de un delincuente común, como lo califican las autoridades, se le trasladara en avión y ambulancia militares y fuera custodiado hasta su tumba por fuerzas de seguridad pública como si se temiera su resurrección” (en Macías, 2008: 63).

A fines de 1973 uno de los últimos grupos de la ACNR es capturado, ahí se asume que la ACNR está prácticamente desarticulada (Bellingeri, 2003).

### **3. 1. 6 Lucio Cabañas y el PdIP**

En la balacera del 18 de mayo, cinco manifestantes son asesinados y dos policías caen. Alcanzan a decirle: “te van a hacer responsable de lo que ha sucedido”; no puede quedarse en el sitio ni en sus alrededores, irán por él. Lucio, tiempo

después recordará: “ya estábamos acostumbrados a luchar, así que abordamos todos los problemas que teníamos. No era un problemita allí de escuela...lo que sí es cierto es que con una matanza nos decidimos a no esperar otra. Y hemos dicho aquí: para que un movimiento armado empiece, necesita varias condiciones: que haya pobreza, que haya orientación revolucionaria, que haya un mal gobierno, que haya un maltrato directo de los funcionarios. Todas esas condiciones se pueden aguantar, pero lo que no se aguanta es que haga una matanza, eso sí no se puede aguantar” (en Glockner, 2007: 257). El 19 de mayo alcanza la sierra e inicia otra etapa en su lucha, la lucha armada.

En la sierra, desde ahí, decidió construir una guerrilla que después se convirtiera en un ejército del pueblo. Y levantar un partido político que trabajara con su guerrilla. Pero para ello requería desarrollar cierto trabajo político en el lugar. Así, recorrió ejidos, comunidades, haciendo trabajo político y proponiendo la formación de comités de autodefensa, para defenderse de las guardias blancas de los terratenientes. Fue una primera fase de politización, para formar lo que después se conocería como el Partido de los Pobres (PdIP). Creó, asimismo, un grupo militar, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento (BCA). Al inicio la Brigada la componen dos personas, Lucio y otro más. Se crean comités de barrio, que estarían ligados al PdIP. Antes de tomar las armas, Lucio había recorrido, como maestro, una gran cantidad de comunidades rurales, buscando a la gente, escuchándola, aprendiendo. Al respecto había dicho: “busco a los ancianos campesinos porque de ellos se aprenden valiosas experiencias” (en Glockner, 2007: 154). Y así seguirá en el transcurso de la lucha armada (Montemayor, 1991). La consigna de Lucio era “hacerse pueblo”. A diferencia de otras agrupaciones, incluida la de Genaro, no crea primero un partido u organización y después el pueblo se suma; acá primero se va con el pueblo y después crea una organización, afirmaba (Castellanos, 2007). Los comités de barrio se transforman, al paso del tiempo, en comités de lucha.

Al cabo de dos años la Brigada tenía nueve integrantes permanentes. En marzo de 1969 acuerdan realizar acciones. Ajusticiamientos y secuestros, el dinero llegaba para la organización. Lucio y otros 15 guerrilleros lanzan su

documento fundacional, en el que señalan: “Ya se comenzó a formar el Partido del Pueblo, por lo que los ricos y el gobierno han empezado a temblar... nosotros vivimos todavía porque el pueblo nos protege y con la unión de todos los pobres venceremos el mal gobierno que padece la Patria” (en Bellingeri, 2003: 180). Se redacta el reglamento interno del PdIP. No perjudicar a la población, es la línea. Su ideario tenía 14 puntos. Fue elaborado en marzo de 1972. De inspiración socialista y pugna por un gobierno de los pobres.

Como una guerrilla rural, los lazos de parentesco afloran. La gente de esos lares viene de tradición guerrera; sus padres y/o abuelos participaron en levantamientos a inicios de siglo o en los años treinta. Ellos ya no pueden participar, por la edad, los hijos y los nietos, en cambio, sí; ellos se sumarán a la lucha armada (Montemayor, 1991). “La experiencia, el convivir con la gente de la zona, el conocer las rutas, veredas, cañadas, cuevas y recovecos en la sierra de Guerrero le brinda a Cabañas la seguridad de que nadie más puede aspirar a la lucha armada” (Glockner, 2007: 282).

Para allegarse recursos, asaltan un banco en febrero de 1971. Después, pasan a otras acciones: el secuestro. Así, plagian a la hija de un médico (quien es herido de muerte en el tiroteo), al que señalan de aprovecharse de aquellos que no le podían pagar y, en consecuencia, quedarse con sus tierras. En abril de ese año secuestran a un cafeticultor local; en enero de 1972 le toca al director de una preparatoria del estado; entre marzo de 1971 y enero de 1972 realizan 10 secuestros, obteniendo dinero para el financiamiento de la Brigada. Asimismo están los asaltos bancarios o “expropiaciones”. El 2 de marzo de 1971, un banco en Aguascalientes; en abril uno en Sonora y en diciembre de 1973 las oficinas de la Secretaría de Educación Pública (SEP) en la ciudad de México. Recursos llegaban por medio de esas acciones.

Pero más allá de los secuestros y “expropiaciones”, al mismo tiempo comienza a desplegarse una actividad militar, de propaganda y hostigamiento, que pegará, y fuerte, a la institución castrense. En noviembre de 1971 emboscan a elementos del Ejército, once soldados caen en la acción; después vienen más maniobras de la guerrilla contra el Ejército. Lucio Cabañas y el PdIP realizarán las

acciones más fuertes contra el Ejército mexicano, desde emboscadas hasta enfrentamientos. El 25 de junio de 1972 en la sierra de Guerrero, la Brigada del PdIP realiza una emboscada al 50 Batallón de infantería del Ejército, con resultado de diez soldados muertos e incautaron documentos, armas, municiones y equipo de campaña (Macías, 2008: 78). Estos encuentros, que se irán desarrollando, tienen resonancia nacional, aunque no aparecen en la prensa escrita como acciones de la guerrilla, sino como de bandoleros o delincuentes (v. El Universal, 1994, t. II). Ya con más fuerza, en agosto de 1972, el PdIP realiza otra emboscada al Ejército, siendo 18 las bajas castrenses. Entre junio de 1972 y septiembre de 1974, la Brigada le ha causado alrededor de 150 bajas al Ejército, todas ellas en emboscadas y sin bajas para la guerrilla (Bartra, 1996). Pueden señalarse algunas de ellas, que quedaron registradas por distintos medios: el 25 junio y otra en septiembre de 1971; el 25 de junio y el 23 de agosto de 1972; en noviembre de 1973 y en agosto de 1974. Estas acciones contra los militares les causaron más que disgustos y afrentas públicas.

La respuesta del Ejército fue violenta contra las comunidades campesinas: alrededor de un centenar detenidos en la sierra, entre ellos familiares de Lucio. Tortura y desapariciones se practican ya en este momento. En efecto, la represión por las acciones de la guerrilla de Lucio no se deja esperar por parte del Ejército, pues durante 1972 los poblados de la sierra de Atoyac son constantemente hostigados. Las persistentes incursiones y detenciones de pobladores no hacen sino reforzar los lazos entre la guerrilla y las comunidades de la región, pues veían en la guerrilla la "única posibilidad de defensa" (Bellingeri, 2003: 189). Las campañas militares contra la población civil van en aumento.

En medio de la embestida militar, paradójicamente o como único recurso de protección, hay un vuelco hacia el grupo armado, de esta forma a fines de 1972 la guerrilla del PdIP tenía problemas de financiamiento, pues habían crecido en cuanto a integrantes y no había recursos suficientes para abastecer a los guerrilleros. Y seguían creciendo, echando raíz. Para fines de 1973, la guerrilla del PdIP ya tenía control en una zona de la sierra; tenía arraigo y seguridad en ese

espacio. Se movía con cierta libertad en los poblados. Estaba poco tiempo y se volvía a mover.

En el desarrollo de la Brigada del PdIP hay alrededor de 20 mujeres. No obstante, la mayoría de quienes integran al grupo son campesinos, aunque en sus filas hay también obreros y estudiantes (Gallegos, 2004). Llegan a pasar por la Brigada alrededor de 500 personas (lo cual desmiente el dato del libro de Acosta Chaparro, 1990, que señala 347 integrantes). Unas cien personas son de planta. La base social, las redes, son amplias: campesinos, estudiantes, magisterio, colonias populares, algunos obreros, en el campo, serranía y en las ciudades. Se estima en alrededor de 1, 500 las personas que conformaban esas redes. Cuando los apoyos de las ciudades eran detectados, "quemados", se les trasladaba a la sierra para su protección y también como medida de seguridad. A fines de 1973 el PdIP ya tiene su más grande desarrollo; su presencia es muy arraigada y sus acciones militares fuertes. Son tiempos en que están en acción un centenar de militantes en la Brigada y otro centenar en labores de enlace, vigilancia y logística (Castellanos, 2007: 148). El estudioso de las rebeliones en Guerrero, Armando Bartra (1996: 139), al respecto apuntará: "los alzados de Atoyac conforman la mayor guerrilla de base campesina que se haya integrado en México, después de la revolución y los agitados años veinte".

A fines de 1971, gente de la ciudad llega a la sierra. Gente que después estaría en la LC23S. Universitarios llegaban a tierra de guerrilleros rurales. A fines de 1972 el PdIP se entera de la fuga de dos activistas estudiantiles que se encontraban encarcelados, Carlos Ceballos y Carmelo Cortés, quienes desarrollaban trabajo organizativo para la guerrilla. Los incorporan a la sierra. Después, se incorporarán otros más, provenientes del MAR. La represión es muy cruda, los ánimos de muchos jóvenes urbanos de unirse a la guerrilla se incrementan. Entre ellos el hermano de Arturo Gámiz, Jacobo Gámiz quien después de pasar por las filas del Movimiento 23 de Septiembre, y una vez desarticulado éste, en 1969 se une a las filas de Cabañas (Castellanos, 2007). En esos momentos, asimismo, los grupos armados urbanos y sus acciones se manifiestan en distintos puntos del país.

En noviembre de 1972 se planea una reunión con otras organizaciones armadas. Quienes llegaron eran parte de lo que se conoció como *La Partidaria*. Uno de ellos ya tenía tiempo en la Brigada Campesina. Al encuentro asistió, también, gente del movimiento jaramillista de Morelos y un representante del Movimiento Revolucionario Magisterial. La idea de la reunión era construir unas Fuerzas Armadas Revolucionarias donde confluyeran las distintas guerrillas y sus brazos políticos. A inicios de 1973 Lucio tiene que viajar a la ciudad de México, por un problema de salud. Queda al frente de la Brigada Carmelo Cortés. Gente de *La Partidaria* se integra a la Brigada, arriban con materiales de discusión e inician las confrontaciones. Hay tres grupos: uno de viejos militantes, algunos de ellos urbanos, pero ya curtidos en la sierra; otro grupo de militantes locales, y el tercero de los futuros ligos. Estos últimos, según versiones de los locales, generaban pugnas al interior de la Brigada. Secuestran a un ganadero local. La familia regatea el rescate. La postura de Carmelo Cortés se impone y el secuestrado es ejecutado. El 17 de abril de 1973 su cadáver es encontrado. Las posiciones del PdIP se van modificando, tenían en ese momento ya el tinte de Carmelo y de los visitantes. En un comunicado de marzo de 1973, puede leerse. “Luchar consecuentemente con las armas en la mano junto a todas las organizaciones revolucionarias armadas, junto a nuestro pueblo trabajador y hacer la revolución socialistas, conquistar el poder político; destruir el Estado burgués explotador y opresor; construir un Estado proletario y formar un gobierno de todos los trabajadores; construir una nueva sociedad, sin explotados ni explotadores, sin oprimidos ni opresores” (en Bellingeri, 2003: 206). Estos eran unos discursos más proLiga que proPdIP.

En marzo Lucio regresa a la sierra. Éste no descartaba la alianza con otras organizaciones no armadas; en cambio, Carmelo las consideraba reformistas. El liderazgo de Lucio estaba siendo mermado por Carmelo y su actitud. En una reunión se discutirían varios puntos, entre ellos la actuación de Carmelo, quien se había relacionado con la mujer de un compañero de *La Partidaria*. Lucio solicitaba su expulsión, junto con la de la compañera de Carmelo. Otros, vía reglamento, solicitaban la pena de muerte. Lucio se impuso, y su autoridad se recobraba. Cabe



señalar que Lucio tuvo, en prácticamente todo el tiempo, la dirección política y militar de la guerrilla. Lazos familiares y de amistad se extendían en la guerrilla. Esa, hay que recordar, es una característica de la guerrilla rural.

La discusión fuerte, en esos encuentros del PdIP y *La Partidaria*, consistían en quién quedaría al frente de la dirección de la nueva organización. Las diferencias entre los grupos urbanos de *La Partidaria* y el PdIP fueron en aumento. No hubo ruptura violenta, jugaron un papel mediador aquellos que tiempo atrás viniendo de las ciudades, se incorporaron a la Brigada. En julio de 1973, Lucio y el PdIP expulsaron a los integrantes de *La Partidaria*, porque actuaban al margen de la Brigada, por ejemplo invitando a la gente a entrar armados a Atoyac y asaltar las tiendas. A Lucio los *Partidarios* lo acusaron de caudillo y de sostener posiciones pequeñoburguesas. Con estas disputas y la expulsión de los urbanos, un capítulo de proyecto revolucionario, de frente armado, otro más, se cerraba.

El 14 de marzo de 1972 secuestran al hijo de un agiotista. Por su liberación exigieron 3 millones de pesos, la impresión de 100 mil volantes de propaganda y la difusión del ideario del PdIP. La respuesta fue la entrega de una parte del dinero y la captura, por parte del Ejército, del primo y el tío de Lucio. Práctica que ya comenzaba a extenderse. El retenido, después, sería liberado. Pero ese, entre otros secuestros será minimizado por otro que está por suceder.

Rubén Figueroa es postulado por el PRI a la gubernatura en Guerrero. Declara su deseo de entrevistarse con Lucio y ofrecerle una amnistía. Lucio, al inicio no deseaba el encuentro. Están por pensarse las cosas. Los tiempos de lluvia fueron elegidos por la guerrilla del PdIP para secuestrar a Figueroa que ansiaba encontrarse con el líder guerrillero. Sabían que irían tras ellos, si el secuestro se presentaba. Y que la búsqueda sería incesante. El 9 de mayo Lucio da a conocer las condiciones para la entrevista con Figueroa, para que se efectúe el 25 de ese mes. Entre las cuales solicita el retiro de las fuerzas gubernamentales, desde Ejército hasta policías, una semana antes de la reunión. El Ejército no se retira y la entrevista no obstante se realiza el 30 de mayo. Al día siguiente a Figueroa se le informa que está secuestrado. Figueroa ofrece a Lucio, entre otras cuestiones, que su organización se transforme en partido y a cambio

reciban 500 mil pesos mensuales de parte del gobierno, y excarcelar a familiares que se encuentran presos.

A mediados de junio el PdIP reduce el número del grupo que mantiene a Figueroa secuestrado: de 92 a 57. Estos se dividen dos grupos: uno de 21 personas que vigila a los secuestrados; el otro, de 36 bajo el mando de Lucio. El 25 de junio se dan a conocer las demandas a cambio de la libertad de Figueroa: liberación de presos políticos, cincuenta millones de pesos, 150 armas, difusión de discursos y corridos de la guerrilla, entre otras cosas. El gobierno no negocia. En la sierra de Atoyac se despliega una operación militar, con aviones, helicópteros y tropas terrestres. Más de 18 mil soldados, se dice. Todas las vías de acceso a la sierra están controladas por el Ejército (Castellanos, 2007: 152-153). Durante el tiempo del secuestro, la guerrilla emitió tres comunicados. El tercero en junio, dando a conocer las condiciones para el rescate de Figueroa. El discurso del gobierno se modificó, al menos públicamente. El procurador general de la República, Ojeda Paullada, declaraba: "el orden público no es objeto de negociación" y para ese entonces, "ya había sido dada la orden presidencial al Ejército de rescatar, a como diera lugar, a los secuestrados" (Bellingeri, 2003: 237).

La familia Figueroa, por su parte, entrega una parte del dinero para el rescate; la otra se entregaría cuando se liberara al senador. La presencia militar limita las acciones de rescate y liberación. Esta operación paralela se viene abajo. El cerco militar se cierra en torno al grupo que mantiene a los secuestrados. Son los primeros días de septiembre. El día ocho en el campamento del grupo guerrillero se oyen los estallidos de granadas de morteros. Los guerrilleros intentan huir. El Ejército está ya ahí. Figueroa llega hasta ellos; se le respetó la vida (Castellanos, 2007). Para el 11 de octubre la columna de Cabañas es emboscada; queda dividida en tres o cuatro partes. No han comido; el peso de la caminata es mucho. El último parte militar de Lucio está fechado el 27 de noviembre. Con él van cuatro hombres. Sabe que está a punto del final. En la búsqueda de Cabañas, el Ejército a su paso va cometiendo excesos contra la población. El guerrillero alcanza a escribir consignas como "¡Están matando al

pueblo!, ¡Contestemos con la guerra!” (en Suárez, 1985: 337). Finalmente el Ejército da con él. Sobre la muerte de Cabañas llegan tres versiones. Una, la oficial: un militar lo hiere en la mandíbula y otro en el torso izquierdo y le fractura las costillas; otra: que es herido primero en la espalda y después le dan el tiro de gracia; la tercera: al ser herido Lucio grita: “hasta que se les hizo, pero les aseguro que no les voy a dar el gusto de que me maten ustedes”, y entonces se dispara en el cuello (Castellanos, 2007: 159).

Varios son los militares que miran el cadáver de Cabañas en la plancha del cuartel militar de Atoyac, el general Eliseo Jiménez Ruiz; el jefe del Estado Mayor de la Zona, Enrique Cervantes Aguirre; el capitán Jaime López Ortiz; el mayor Mario Acosta Chaparro y el teniente coronel Francisco Quiros Hermosillo.

La guerrilla rural está llegando a su fin. En la versión oficial, se acabó con ella. En la dispersión de lo poco que queda del PdIP, otros serán los proyectos, algunos muy efímeros, otros permanecerán hasta fines del siglo XX e inicios del XXI.

### **3. 1. 7 FAR**

Carmelo Cortés fue un estudiante universitario que participó en la lucha estudiantil de la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG). En el movimiento universitario de 1965, que obliga a renunciar al rector, son expulsados 47 universitarios, entre ellos Carmelo. Vía PCM, en 1969, se fue becado a la Universidad Patricio Lumumba, en la entonces URSS, donde estuvo 13 meses. A su regreso a México participa en algunas acciones ligadas a grupos cerrados. Carmelo Cortés es detenido y acusado por algunos asaltos bancarios, eso sucede en noviembre de 1971. Es llevado al Campo Militar Número Uno, donde es torturado, y después es trasladado a la Penitenciaría de Chilpancingo, Guerrero. De donde se fuga en agosto de 1972. Para ese entonces es militante del PdIP. “Quemado” como está, lo suben a la sierra. Carmelo sube a la sierra con el PdIP. Cuando Lucio baja a la ciudad de México, al frente de la organización queda Carmelo. En ese momento se encuentra gente de *La Partidaria* (posteriormente núcleo fuerte de la Liga) en la sierra. A su regreso, Lucio retoma la dirección de la organización y Carmelo es

sometido a juicio, se le acusa de relacionarse con la compañera de un integrante de *La Partidaria* (que ya tenía meses separado de aquel). Es sancionado y separado del PdIP en junio de 1973. Cortés señalará que sus discrepancias con Lucio eran de orden ideológico y político. Era considerado de línea dura (Evangelista, 2007).

Carmelo baja a la ciudad y se da a la tarea de crear su propia organización: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Eso ocurre en noviembre de 1973. Prácticamente todos los integrantes de las FAR provenían o habían tenido algún vínculo con el PdIP. Después se incorporaría gente proveniente del medio universitario. Las FAR se definieron como una “Organización armada de tipo urbano” (Gallegos, 2004: 139-141). Cercano a Carmelo, José Arturo Gallegos señala que se intentó tener coordinación con el PdIP, pero los esfuerzos no rindieron frutos. Las FAR establecieron contacto con otros grupos, entre ellos una célula que había tenido contacto con la Liga, que en ese momento tenía la política de “ajusticiar a los “reformistas”, por ser “enemigos del proletariado”, como los integrantes del PCM. Si bien esa idea se desechó, lo que no se descartó fue el ajusticiamiento de policías clave, como Wilfrido Castro Contreras, que dirigía la Policía Judicial en Acapulco. En abril de 1974 se realiza tal acción, pero es fallida, quedando sólo herido el policía (2004: 179-183).

Actúan en ciudades como Acapulco, Iguala, Chilpancingo, en Guerrero, y Cuernavaca, en Morelos. Realizan varias acciones, desde secuestros hasta asaltos. Un secuestro sonado es el de la hotelera Margarita Saad, a fines de agosto de 1974, y en el escenario están dos elementos fuertes: en Guadalajara detienen a un grupo fuerte de las FRAP que tenían secuestrado a Guadalupe Zuno que termina libre; en la sierra de Guerrero Rubén Figueroa es liberado por el Ejército. La línea gubernamental es no permitir más acción de la guerrilla en el secuestro y no permitir pago alguno. Deciden, entonces, que si no se cumplen las demandas para liberar a la secuestrada, se ejecutará. Se ejecuta a la secuestrada al no cumplirse lo demandado: la no intervención de la policía, por ejemplo. En el secuestro de Margarita Saad participó un comando femenino. Asimismo, fue la

primer mujer adulta secuestrada por la guerrilla (Castellanos, 2007). Después de esa acción, una parte de la agrupación es detenida en septiembre de ese año.

En julio de 1975 realizan un asalto bancario en Morelos, y por errores que cometen se desatan las detenciones. Carmelo no cae, aunque se queja de problemas de la vista. Por los problemas de la vista acude, entre el 26 y el 29 de agosto de 1975, a una cita médica. Aurora, su compañera, lo acompaña pero se retira con otro camarada. Cuando sale Carmelo del consultorio ya se encuentra en el centro comercial la policía política. Hay un enfrentamiento en el que cae un compañero y el propio Carmelo, a decir de la versión oficial. Otra versión, dentro de la propia organización, indica que a Carmelo lo detuvieron el 29 de agosto, y que fue sometido a tortura por parte de la policía política, la DFS, y que fue asesinado, arguyendo que cayó en un enfrentamiento (Evangelista, 2007: 72). La mayor parte de la dirección de la FAR fue detenida en junio de 1977. Después de la caída de Carmelo, las FAR se reestructuran. Llamán a varias reuniones para ello. Tejen relaciones con otras organizaciones guerrilleras. Acuerdan algunas acciones y tiempo después, en 1982, se transforman en una organización abierta.

Otros grupos se formaron al calor de estos hechos, sobre todo derivados de la muerte de Lucio Cabañas. Las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), surgen hacia 1975, y tienen como matriz al PdIP. Otro que se forma, hacia 1975, es el Frente Armado del Pueblo (FAP), que igualmente surge de las filas del PdIP. También se conocieron como Vanguardia Armada Revolucionaria del Pueblo (VARP).

### **3. 2 Guerrilla urbana**

Es un tipo de agrupación que se origina o se asienta en grandes ciudades o capitales de los estados. Se les ha endosado la idea de la radicalización ideológica, en tanto que toman reflexiones de textos o manuales provenientes de una ideología específica, por ejemplo de izquierda o de otros guerrilleros de otras latitudes (Montemayor, 1999b). Un ejemplo de ello lo ilustran las reflexiones del *Che* Guevara sobre la guerra de guerrillas. Puede señalarse que en la incubación de este tipo de guerrilla hay condiciones suprarregionales, que pueden incluso

rebasar las fronteras nacionales y así, por ejemplo, puede hablarse de "guerrilla socialista" en el México de la Segunda Ola Armada (Alonso, 2006). A este tipo de grupos se le denomina *Guerrilla urbana*.

No obstante, en el caso que aquí revisamos, se omite el carácter universitario de la mayoría de los integrantes de este tipo de guerrilla. El cierre de espacios de participación en los sitios donde realizan sus actividades cotidianas, como son las universidades. Hay, asimismo, un carácter clasemediero de sus integrantes. Fuera de las universidades carecen de base social amplia, como si ocurre con la guerrilla rural. Existe, por otra parte, un ímpetu de dejar la vida pública y civil para pasar a formar parte de la vida clandestina que demanda la participación en la guerrilla: se dejan atrás familia, trabajo, amigos, vivienda única, para asumir el anonimato, algo que no ocurre en aquellos que participan en la guerrilla rural, pues pueden regresar, en algún momento, a sus sitios de origen. En parte por ello, las células o pequeños grupos de la guerrilla urbana, tienen un mayor desplazamiento. El guerrillero urbano, debe tener cobertura para no ser advertido por los grupos de inteligencia. Se limita, en consecuencia, de varias cosas, como la familia. No obstante, puede comer bien, dada su movilidad por distintos sitios. El guerrillero rural, estando a salto de mata, y al tener el cerco alrededor suyo, incluido el de víveres, no se alimenta bien: lo hace de lo que encuentra en el camino, como raíces. Pero tiene cobertura, las montañas lo hacen. La guerrilla urbana se alimenta de cuadros ideológicamente sólidos. Se mueven en células con cierta independencia y en la clandestinidad. Los rurales tienen lazos familiares fuertes. Los lazos familiares permiten moverse con cierta seguridad en la región en que operan (Montemayor, 1999b).

Esta guerrilla urbana es la que se presenta en este apartado. Se da cuenta de los distintos grupos que aparecieron en el escenario público en el periodo que este trabajo revisa, a saber entre 1965 y 1984, poniendo especial acento en aquellos grupos que tuvieron una mayor envergadura por su presencia en el contexto tratado. Tal es el caso de la Liga Comunista 23 de Septiembre y algunos de los grupos que la conformaron, como *Los Enfermos*, de Sinaloa y el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) de Guadalajara.

### **3. 2. 1 Movimiento Revolucionario del Pueblo**

Víctor Rico Galán, exiliado español, periodista colaborador de revistas de política, lector asiduo del *Capital* de Marx, cercano a los sobrevivientes del asalto al cuartel Madera; viajero por Sudamérica y con contactos con movimientos de oposición en distintos países, se dio a la tarea de crear una agrupación política y después armada, el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP). La organización estuvo infiltrada desde un inicio. En marzo de 1966 un agente de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) los infiltra incorporándose a la organización y sigue a Rico Galán de cerca y al MRP lo observa. Se llegó a implicar a 62 personas en el proyecto (Glockner, 2007). El 12 de agosto de 1966 se informa de su detención en la ciudad de México. Se habla de entre 46 y 62 detenidos. Concentrados en un departamento en la capital del país, tomaban cursos en su escuela de cuadros, creada a *doc*; y en el mismo sitio armaban y desarmaban sus armas. Los tomaron por sorpresa. Después cayeron otras casas de seguridad en distintos puntos del país. Este grupo, al igual que el de Gámiz, tuvo contacto con el capitán Cárdenas Barajas (Castellanos, 2007). A los dirigentes del MRP se les acusa de conspiración y acopio de armas. Van a dar a Lecumberri.

### **3. 2. 2 FLN**

Las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) surgen en agosto de 1969, y su sede es Monterrey. Crecen poco a poco. No se vinculan con otras guerrillas. Se habla de un contacto efímero con el MAR (Castellanos, 2007). Los integrantes de las FLN se entrenaban militarmente en un campamento ubicado entre Chiapas y Tabasco. En su desarrollo establecen contactos con gente de otros estados y sus redes se van ampliando a Puebla, el estado de México, Tabasco, Chiapas, Veracruz y Nuevo León. Hacia 1972 establecen un campamento en Ocosingo, Chiapas. El financiamiento de la naciente guerrilla corría a cargo de sus militantes. No secuestraban, no asaltaban bancos y su reclutamiento fue lento y selectivo. Algunos militantes de tiempo completo cedían sus bienes materiales para la organización. Tenían una casa de seguridad en Nepantla, Toluca, estado de

México. Le llamaban “La casa grande”. El 14 de febrero de 1975 hay un enfrentamiento en Nepantla, en el que la policía llegó hasta “La casa grande”, y en las acciones se dieron cinco bajas y 16 detenidos del lado de la guerrilla, entre quienes se encontraba Gloria Benavides. Una día antes *El Universal* (1994, t. II: 180) daba cuenta de la captura de dos militantes en una casa de seguridad en Monterrey; no mencionaba al grupo al que pertenecían, pero los calificaban de “supuestos guerrilleros” y de que se les buscaba por acciones terroristas. Los detenidos eran Nora Rivera y Napoleón Glockner. De ahí se desató la persecución, no sólo en Toluca sino hasta la selva chiapaneca donde tenían su campamento. Acciones militares se desplegaron en ese tiempo y a mediados de abril de 1974 se señala que se ha acabado con este grupo (Castellanos, 2007; Grange y Rico, 1997; Retes, 2000).

### **3. 2. 3 Liga de los Comunistas Armados**

Se sabe de ellos por un comunicado que en marzo de 1972 envían a la revista *Por qué?* La revista no publica el texto, sino meses después cuando la Liga de los Comunistas Armados (LCA) secuestra en Monterrey un avión. Se conforma por una docena de estudiantes de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL). Una de sus integrantes es herida accidentalmente por uno de sus compañeros. Al recibir atención médica por un pasante de medicina los dos son detenidos. Sus camaradas de armas planean liberarlos. En Monterrey, el 8 de noviembre de 1972, cuatro jóvenes abordaron un avión de Mexicana de Aviación y lo secuestran. En el avión viajaban, entre otros, un cónsul estadounidense y su hija. Demandaban la liberación de sus compañeros y otros presos; cuatro millones de pesos y armas. El avión retornaba a Monterrey. Después con los compañeros rescatados, la nave se dirigió a Cuba (Torrés, 2008). El secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, declaraba que esperaba que el gobierno cubano devolviera a “los delincuentes” (Castellanos, 2007). Los integrantes de la LCA no fueron extraditados a México, en cambio sí llegaron a este país los cuatro millones de pesos y las armas que se usaron para secuestrar el avión. En Cuba fueron aislados. Son parte del grupo de exiliados-desterrados.



### 3. 2. 4 FUZ

El Frente Urbano Zapatista (FUZ) inició sus operaciones en 1969. Varios provenían de la Liga Comunista Espartaco. Dirigidos por una estudiosa, Paquita Calvo, y un obrero, Francisco Uranga. Para octubre de 1970 ya habían asaltado un banco en la ciudad de México. Asimismo, secuestraron al millonario y director de Aeropuertos y Servicios Auxiliares, Julio Hirschfeld Aldama, en la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1971, y a cambio de su liberación los rebeldes exigieron tres millones de pesos. El dinero que recibieron por el rescate lo repartieron en las tiendas Conasupo a gente pobre que ahí asistía, declararon. A decir de un miembro de la posterior LC23S, el FUZ se caracterizaba por sus andanzas en el secuestro, y por no saber qué hacer con el dinero que por ello obtenían. Hiraes (1996) señala que por la acción del reparto de dinero en las tiendas Conasupo, se les bautizó con el epíteto de Robin Hood y Chuchos los rotos.

El 29 de enero de 1972 el gobierno declaraba que había detenido a siete miembros -tres hombres y cuatro mujeres- del grupo secuestrador, a quienes se les identificó como miembros del FUZ (Esteve, 1995). La policía recuperó un millón 890 mil pesos del rescate. Al momento de ser detenidos los siete miembros del FUZ declaraban que en ese momento contaban con un comando abierto y un comando armado; el primero se dedicaba al reclutamiento de nueva gente para alimentar al segundo, el cual a su vez pretendía proveer de recursos e infraestructura a la organización y despertar la conciencia popular. Sus acciones las explicaban así: "en el caso de las expropiaciones al banco se trataba de simbolizar la recuperación del dinero del pueblo, por su vanguardia armada, de manos de uno de sus peores explotadores: la burguesía financiera. En el caso del secuestro de Hirschfeld se trataba de demostrar que los millonarios y reaccionarios miembros de la iniciativa privada son los mismos funcionarios del gobierno" (en López, 1974: 101).

Por otra parte, el FUZ insistía en una coordinación política y militar con las otras organizaciones guerrilleras urbanas y rurales con miras a la unificación en un

"gran organismo de lucha armada a nivel nacional", para después buscar la alianza y coordinarse con las organizaciones revolucionarias del movimiento democrático de masas y construir el poder revolucionario. En junio de 1972, la revista *Punto crítico* publicó una entrevista con miembros del FUZ, Francisca Victoria Calvo Zapata declaraba: "Halcones, porros, masacres de estudiantes, obreros y campesinos, huelgas 'inexistentes', charrismo sindical, manifestaciones reprimidas, mítines disueltos, asesinato de presos políticos y, últimamente, lenguaje claramente anticomunista e institucionalización y oficialización de la represión con un despliegue de poderío militar inusitado, todo esto ha contribuido, por un lado, a delimitar perfectamente el carácter del gobierno como un régimen antidemocrático en pleno proceso de fascistización", y agregaba: "Por otro lado, la serie de fracasos que ha sufrido la dirección del movimiento democrático de masas en las diversas luchas libradas, sobre todo a partir del movimiento ferrocarrilero de 59, y tomando muy en cuenta el movimiento estudiantil de 68, y que ha evidenciado el *espontaneísmo* como el factor determinante de dichos fracasos, ha generado la conciencia de la necesidad inaplazable del factor organización en el movimiento revolucionario. *Organización de la vanguardia revolucionaria*" (en López, 1974: 112). Para los miembros del FUZ, indicaba Calvo Zapata, "el movimiento armado... es producto del cierre total o parcial de las vías democráticas de lucha. La mayoría de los miembros de la lucha armada guerrillera hemos sido, en mayor o menor medida, participantes en las luchas democráticas populares de nuestro país que han sido brutalmente reprimidas... La violencia revolucionaria armada en México surge como respuesta a la violencia reaccionaria contra el movimiento de masas" (en: 114). Al final, Calvo Zapata aseguraba: "los guerrilleros vamos hacia la creación del hombre nuevo. Ese es nuestro objetivo estratégico final. Lo lograremos" (*ídem*). Sus integrantes fueron alrededor de 11 hombres y seis mujeres; actuaban en la zona metropolitana del país (Reyes y Espinosa, 1996).

### 3. 2. 5 MAR

A espaldas de las autoridades de la Universidad Patricio Lumumba, en la entonces URSS, se reúnen y preparan los estudiantes mexicanos. De los primeros que llegan a Moscú son Fabricio Gómez Souza, Camilo Estrada, Alejandro López Murillo, Martha Maldonado y Salvador Castañeda. Después de varias negativas en distintas embajadas en Moscú, incluida la cubana, en la de Corea del Norte los reciben. Son 60 las personas que se congregan alrededor del proyecto que viajaron a Corea del Norte a entrenarse. Lo hicieron en tres grupos, entre enero de 1969 y octubre de 1970.

Seis meses de entrenamiento tendrán en Corea. Estamos a fines de 1968. El recuerdo no es muy claro, pero tomaron el nombre de Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) en su estancia en la Universidad de Moscú o en sus entrenamientos en Corea. Nazar Haro los bautizará como Movimiento Armado Revolucionario (Glockner, 2007).

Fueron tres los grupos que recibieron entrenamiento, el primero de 10, el segundo de 17 y el tercero de 23. De todos, hubo un total de 7 mujeres. Los grupos salían de 2 o 3 de México y llegaban a Berlín Oriental y de ahí a Moscú; no llegaban a París, como en algún momento anunciaría Nazar Haro, para explicar su captura. Las edades de quienes estaban en esos grupos fueron de entre 16 y 22 (Elia Hernández, participó en el tercer grupo).

No tuvieron mucho tiempo para poner en práctica lo aprendido en el país oriental. Asaltan un banco en diciembre de 1970, un millón de dólares fue lo "expropiado". Un grupo tiene la instrucción de establecerse en la ciudad de Jalapa, Veracruz, para crear una escuela de formación. Rentan una casa cuyo dueño es policía. En febrero de 1971 Miguel Nazar Haro se traslada a Jalapa, después de que la policía local informa de la detención de unos sospechosos. Les arrancan información sobre sitios de seguridad y nombres de otros integrantes del grupo. En marzo la prensa informa de la detención de 19 integrantes del MAR, entre quienes se encuentra Fabricio Gómez Souza (Torres, 2008). Una tercera parte del grupo es atajada. *El Universal* anuncia "guerrilleros" (*El Universal*, 1994, t. II: 48-53).

A los primeros integrantes que detienen, aún no los identifican como parte de esa organización. Poco a poco, como van cayendo los maristas, se va trazando la historia: el viaje a Corea del Norte, el entrenamiento, los grupos, los contactos. El secuestro de Julio Hirschfeld y los asaltos bancarios suponían una ola de subversión urbana. Luis de la Barreda, en ese momento al frente de la DFS, instruye a Nazar Haro para que investigue. Los detenidos llevaban un mes incomunicados y después se supo que los habían sometido a torturas. Era la dirigencia del MAR. En ese mes, son expulsados cinco diplomáticos soviéticos a quienes se les quiere responsabilizar por el proyecto MAR (El Universal, 1994, t. II: 58). El 9 de junio de 1971 detienen a otros tres integrantes del MAR, que habían estado becados en Moscú (Castellanos, 2007).

No es del todo fortuita la caída de militantes del MAR en manos de la DFS. Años después, al respecto Nazar Haro recordará: "Teníamos un grupo de investigadores en el aeropuerto y ahí se dieron cuenta de que grupos de estudiantes viajaban a París mal vestidos; ahí empezó la sospecha. Yo era el encargado del área de subversión"; después de un robo bancario "se detiene a dos y señalan quiénes son sus compañeros y se recupera lo robado. Durante la confesión dicen que habían viajado a Corea del Norte y que recibieron entrenamiento para formar grupos guerrilleros en México" (en Torres, 2008: 156).

Lo peculiar es que el único grupo guerrillero de este periodo que había tenido entrenamiento militar, estaba muy disminuido a los primeros meses de su regreso a México. Casas de seguridad tomadas, detenciones por decenas y persecución de los que estaban fuera. La guerra contra la guerrilla urbana estaba comenzando con fuerza implacable. Era el invierno de 1972.

En julio de 1973 el MAR tiene una reunión nacional, algunos plantean la idea de volver a la vida legal. Un rancho en Chihuahua es la sede. Asisten 30 de los MAR. A algunos de ellos los tienen ubicados, meses más adelante 27 de los asistentes son detenidos. Por años no se sabe más del MAR, hasta fines de los setenta. Abril de 1978. Se convoca a una reunión nacional del MAR, a la que llegan dirigentes regionales. Uno de los que recibe a la dirigencia es el responsable de la imprenta, Humberto Zazueta. Otro de los que esperan no llega.

Suponen que ha sido detenido y se preparan para enfrentar la situación. Es tarde, el 9 de abril la Brigada Blanca está ahí, se les detiene y llegan a otros puntos del país. Vendrá la tortura siniestra de dos parejas y sus respectivos hijos (Castellanos, 2007). Hacia 1980 el MAR ya naufragaba (Pineda, 2003). Años después, Fabricio Gómez dirá que la infiltración al MAR estaban desde antes: “Las detenciones estuvieron desde Moscú” (en Glockner, 2007: 164).

Un participante de entonces, Abdallán Guzmán, sintetizará así el paso del MAR: en el 66, en Moscú comienza el proyecto MAR. Aunque es en el 68 que se decreta su creación. En marzo del 71 detienen al núcleo central del MAR. Contactan con *Los guajiros* y con sobrevivientes de Madera. Se contactaron, también, con la ACNR, el PdIP, *Los procesos* y las FLN. La mayor parte de las actividades se centró en el campo, no en las ciudades. A principios de 1972 se ordena trabajar en conjunto con militantes de otras organizaciones: intercambio de experiencias, es la idea. Una célula se integró al PdIP, después otros compañeros maristas subieron a la sierra. Algunos se integran a la Liga, otros no. A fines del 73, el MAR sufre otro golpe, detienen a cuadros de la dirección.

### 3. 2. 6 FER

Opositores a la Federación Estudiantil de Guadalajara (FEG) oficial, que controla las actividades estudiantiles de la Universidad de Guadalajara, se aglutinan alrededor del Frente Estudiantil Revolucionario (FER). Los del FER sufren ofensivas brutales de la FEG que son protegidos por el poder local e incluso el federal. Son varios los muertos, los desaparecidos y los encarcelados. Hacia 1972 los del FER están ya pensando en la clandestinidad. En 1973 sufren de manera feroz la embestida de los poderes locales, a grado tal de ser detenidos por “delitos insignificantes”. Es el año en que surge la LC23S, en que participa una parte del FER. A uno de los líderes de la Liga, Ignacio Salas, le fascinaban los del FER, por arrojados. Gustavo Hiraes recuerda que eran combativos, tenían disposición a las acciones arriesgadas, buenos para los asaltos, llegando a efectuar dos en un día; “los del FER también eran especiales porque eran oriundos de un lugar y se identificaban con un barrio. En relación a otros guerrilleros urbanos, esa identidad

los ponía en una categoría aparte” (en Aguayo, 2001: 172). Después del PdIP, el FER es el grupo que más militantes tenía, según la policía política mexicana, para 1970 se calculan 154 integrantes (Chaparro, 1990). Una parte del FER se integra a la LC23S y otra forma las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP). Cuando se funda la LC23S la violencia del Estado contra la guerrilla se incrementa. Las acciones de la Liga, también. En mayo de 1973, en el transporte público de Guadalajara aparece un folleto, en el que se dice: “la apertura democrática: nueva máscara de la burguesía. Los derechos del proletariado no deben ser peticiones sino exigencias. Vivan los comités de lucha armada clandestina, FER” (en Aguayo, 2001: 175).

Un secuestro de resonancia nacional lo realizaron los del FER, ya integrados en la Liga. El 10 de octubre de 1973, en doble acción, plagian al cónsul británico en Guadalajara, Anthony Duncan Williams, y a un industrial local, Fernando Aranguren Castiello. Demandan, para la liberación de los rehenes, la entrega de cinco millones de pesos, la liberación de 51 presos políticos y su traslado a Corea del Norte y la publicación de varios escritos de propaganda. El gobierno estaba en la línea de no negociar más secuestros; de no ceder a las demandas de los guerrilleros. El cónsul fue liberado el 15 de octubre y el industrial fue ejecutado. Una versión señala que se le dejaría en libertad y después vino la contraorden de ejecutarlo; otra, que fue una “decisión de guerra” de la dirección de la Liga como respuesta a la dureza del gobierno de no negociar (Castellanos, 2007: 216).

En resumen, el FER se forma en 1969, en 1972 se integra como parte de la Organización Partidaria y en 1973 se une a la fundación de la LC23S; participan alrededor de 140 hombres y 10 mujeres; su actuación se desarrolla principalmente en Jalisco, aunque se extiende también a Nayarit. Su paso armado se da a inicios de los 70 y actúan hasta 1977, y se disuelve cuando la mayoría de sus miembros son muertos o encarcelados (Reyes y Espinosa, 1996).

### 3. 2. 7 Los Enfermos

Ala radical del movimiento universitario de Sinaloa (Hirales, 1996). Y que en forma más amplia bien se podría decir que lo que se conoce como el movimiento de *Los Enfermos* es una serie de acciones que tanto estudiantes como trabajadores agrícolas desarrollaron en Sinaloa en el periodo que va de 1972 a 1974, aunque sus antecedentes se encuentran en la década de los sesenta.

La Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS) juega un papel importante en este accionar; tiene confrontaciones con autoridades universitarias y en febrero de 1972 los estudiantes toman la rectoría de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), la policía entra y estudiantes van tras las rejas. Culiacán es escenario de más enfrentamientos, el rector cae, se promulga una nueva Ley Orgánica y se desaparece la Junta de Gobierno. La FEUS tiene dos tendencias, una actúa de manera local, la otra reivindica la lucha social, algunos pertenecen a las Juventudes Comunistas que más tarde sufrirá una ruptura a manos de un grupo más radicalizado, que será conocida como *Enfermos*. Se vinculan a las luchas populares, como las de los campesinos. Son reprimidos y se les espeta que están enfermos; a lo que ellos responde que están "¡Enfermos, pero del virus de la revolución"! Son contactados por *Los Procesos* y pasan a la clandestinidad, lo cual explicaron de esta manera: se "ha pasado a la clandestinidad, respondiendo a la necesidad general del movimiento proletario de transformar sus formas de organización, para de un lado evitar la liquidación de la dirección proletaria, y por otro lado responder a las necesidades del movimiento revolucionario de Sinaloa" (en Reyes, 1994/1995: 13).

Tienen fuerte presencia en Culiacán, la capital del estado, y en sus alrededores. Participan en combates abiertos, en las calles, cuando apoyan a otros movimientos, como el de transportistas locales. Son uno de los grupos que fundan la LC23S. Uno de esos integrantes fundadores, tiempo después recordará: "en Sinaloa a nadie detenían por traer documentos de la Liga 23 de Septiembre, porque allá circulaban masivamente los documentos, allá se leían en la radio universitaria, teníamos programas, éramos la fuerza que dominábamos en la universidad" (Valenzuela, 2006: 89).

*Los Enfermos*, ya como parte de la Liga siguen actuando en Sinaloa, su presencia continúa ampliándose, y su actitud beligerante les llevó a confrontarse con un sector de la izquierda no armada, acciones que en ocasiones derivaban en enfrentamientos armados. Mientras tanto, los conflictos en la UAS crecen. A mediados de 1973 las autoridades universitarias cierran las instalaciones, pero no encuentran el apoyo esperado en los estudiantes, ya que un sector de estos es solidario en buena medida con *Los Enfermos*. Otro sector, también de izquierda, plantea reformas al interior de la Universidad, a lo que se oponen *Los Enfermos*, puesto que el planteamiento de co-gobierno es considerado “reformista y mediatizador”, razón por la cual combaten esa propuesta; lo mismo ocurre con el naciente movimiento de sindicalización de los trabajadores (Reyes, 1994/1995; López, 1974).

Iniciando 1974 *Los Enfermos* y la Liga planean un movimiento de insurrección, la actividad de mayor trascendencia para ese movimiento. Partiendo del relativo crecimiento e influencia de *Los Enfermos*, pues habían trabado relación con choferes, colonos y obreros agrícolas, la Liga prepara las jornadas para la insurrección: la jornada revolucionaria intitulada *Asalto al Cielo*. Las jornadas de enero de 1974 contemplaban asaltos bancarios, tomar el centro de Culiacán, parar la producción en el campo, interrumpir las labores agrícolas, organizar núcleos de obreros, esto es, educar a las masas. Para los militantes de la Liga las acciones de enero de 1974 representaban “una esperanza para futuras insurrecciones; para la gran revolución socialista” por la que se luchaba. En las acciones de esa jornada se desarmaron policías, se allegaron recursos de diversas oficinas, se arengó a la población para la toma de la ciudad. El Ejército entró en Culiacán, los helicópteros estaban al acecho de los ya ubicados guerrilleros. “Eran días de tensión y de angustia, pero también eran días de esperanza porque nos sabíamos humanos y con razones para luchar contra la cerrazón y la injusticia. En lo cotidiano encontrábamos la razón de seguir luchando” (en Ayala, 1994/1995: 16), recordaría años después uno de los participantes. Las jornadas no resultaron como se tenía planeado.



Después de dicha jornada el impacto y trabajo de *Los Enfermos* decae. Durante todo 1974 son detenidos o muertos varios de sus militantes. El saldo de tales bajas es de alrededor de 100 pérdidas. Por lo demás, la caída de *Los Enfermos* coincide con el declive del movimiento armado en el resto del país (Reyes, 1994/1995).

### **3. 2. 8 Los Procesos**

A fines de 1970 Raúl Ramos Zavala, quien era dirigente de las Juventudes Comunistas del PC, criticó a su partido por las posiciones colaboracionistas que asumía con el gobierno. Rompía así con ese instituto político. Este grupo que tomaba distancia con el PC tenía una base fuerte en Monterrey, y a ellos se unirían durante 1971 jóvenes de extracción católica provenientes del movimiento estudiantil y con compromisos comunitarios. Se volcaron hacia el discurso y acción revolucionaria. Una de sus acciones espectaculares fue un triple asalto, el 15 de enero de 1972 en Monterrey. En la acción tuvieron saldos negativos: un muerto, dos heridos y una veintena de detenidos. Eran integrantes de *Los Procesos*. Esta agrupación constituye un antecedente clave e importante, en el norte del país, en la fundación de la Liga. Al frente del agrupamiento se encontraba Raúl Ramos Zavala, quien muere en un confuso enfrentamiento en febrero de 1972 en la ciudad de México. Tras la muerte del líder, la dirección debía reorganizarse, y quien queda al frente de la organización fue uno de procedencia católica, brillante y teórico: Ignacio Salas Obregón. Éste seguía con la idea de Ramos Zavala, en el sentido de crear una organización nacional. En ese momento, la mira está puesta en distintos estados donde hay agitación estudiantil: en 1972 estudiantes en Sinaloa se enfrentan contra las autoridades; enardecidamente se mueven en la ciudad de Culiacán. Ese mismo año, en Guadalajara los del FER, se enfrentan contra el cacicazgo de la FEG y las autoridades universitarias. Salas Obregón piensa en Culiacán y Guadalajara, y piensa asimismo en la Coordinadora Nacional Guerrillera, la futura Liga (Castellanos, 2007).

*Los Procesos* jugarán un papel fundamental en la unificación de los grupos guerrilleros para crear la Liga, pues se dedican durante algún tiempo a contactar grupos, crear proyectos y tejer alianzas. Serán el “núcleo” de la naciente organización. Los primeros en contactar fueron *Los Lacandones*, provenientes de comités de lucha del Poli y de la UNAM, del D.F. *Los Guajiros*, de Chihuahua; otros grupos de Sinaloa y Guadalajara; a fines de 1972 los del MAR-23 de Septiembre (restos del anterior MAR, prácticamente aniquilado en 1971). En noviembre de 1972 se había establecido contacto con el PdIP; se había mandado un grupo para adiestrarse en la sierra, como ya se vio en un apartado anterior (Bellingeri, 2003). Pocos fueron los grupos armados con los que no se llegó a un acuerdo; la mayoría de los grupos guerrilleros urbanos se encontraban en los planes.

### **3. 2. 9 FRAP**

Quienes fundan las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP) son los hermanos Campaña López, con gente del barrio de San Andrés, Guadalajara. El 4 de mayo de 1973 las FRAP secuestran al cónsul de Estados Unidos en Guadalajara, Terrance George Leonhardy. El secuestro tiene el propósito de liberar a sus compañeros presos en el Penal de Oblatos, entre ellos a un par de Campaña López y a Guillermo Robles Garnica, y José Luis Alonso encarcelado en Chihuahua, además de la difusión de un comunicado y entrega de un millón de pesos (Aguayo, 2001). Volaron a Cuba, donde fueron tratados como “apestados” (Robles, 1996). En el comunicado, las FRAP denunciaban que el gobierno mexicano los presentaba como vulgares delincuentes cuando eran revolucionarios, y de esta manera confundían a la opinión pública. Es decir, desde prácticamente un inicio los grupos armados se dieron cuenta de la táctica que el poder usaba para restarles legitimidad. Pero no lograron contrarrestarla. Como las FRAP no estaban identificadas por el aparato de seguridad mexicano, no se encontraba infiltrado, además de que este grupo no se sumó al proyecto de la Liga (Torres, 2008), es más bien la continuación de una parte del FER, la policía política no sabía a quién seguir. En ese sentido pudieron, entonces, actuar un

cierto tiempo con relativa movilidad sin ser identificados. Al frente de las FRAP, también se encontraba David López Valenzuela, de las Juventudes Comunistas, quien llegó como parte de la estrategia de *Los Guajiros* para contactar a los FER. Ahí conoció a los hermanos Campaña López y se unió a ellos. Había ya un plan, desde el FER, una lista de secuestrables, entre ellos policías, empresarios y funcionarios. Cuando se da la ruptura entre los Campaña López y la otra fracción del FER que se suma a la Liga, los primeros ponen en práctica el plan de los secuestros. Estas acciones a la Liga le toman por sorpresa. Hacia 1974, después de varias acciones fallidas, las FRAP perdían fuerza, pero su discurso incendiario continuaba. El aparato de seguridad ya los tenía ubicados.

El 28 de agosto de 1974, se realiza uno de los secuestros más sonados en ese periodo de la guerrilla, se efectúa por parte de las FRAP, y el secuestrado es José Guadalupe Zuno Arce, suegro del entonces presidente Luis Echeverría, (Pineda, 2003). La policía y el Ejército bloquearon los accesos a la ciudad y la gente fuerte de la DFS se trasladó a esa ciudad. Antes de que se conocieran las demandas de los secuestradores, el procurador general de la República declaraba: "el pueblo y el gobierno no pactan con criminales". Las demandas se dan a conocer el 30 de agosto: 20 millones de pesos, excarcelación de 10 personas y su traslado a Cuba y el desplazamiento de las fuerzas policiacas. Con éste eran ya tres secuestros en vísperas del cuarto informe presidencial. Echeverría decidió que no negociaría más. En lugar de negociación, detenciones y cateos ilegales se desplegaron. Uno de los hermanos Campaña López se encontraba preso en el penal de Oblatos, la policía política lo sacó de ahí. Primero se le torturó y luego se le llevó a casa de los Zuno. La esposa del secuestrado le pidió que algo hiciera por el marido. El padre de los Campaña López también había sido llevado a esa casa, y también había sido torturado. El padre apareció en televisión solicitando a su hijo Ramón la liberación de Zuno. El 17 de septiembre Guadalupe Zuno fue liberado (Castellanos, 2006: 224-228). La táctica del poder, al parecer funcionó.

### 3. 2. 10 Liga Comunista 23 de Septiembre

*La Partidaria-Los Procesos*, se dieron a la tarea de contactar a otros grupos armados y encauzar los esfuerzos en una organización nacional. En esas estaban, y aprovecharon los contactos que el MAR-23S tenía con el PdIP y subieron a las montañas de Guerrero (Pineda, 2003). La historia ya se sabe: la ruptura. Terminó ahí un proyecto, pero otro estaba llegando.

*Los Procesos*, de Monterrey, tenían una apuesta por una organización nacional. Para ello se preparaban ideológica y políticamente. Raúl Ramos Zavala los dirigía, ex-dirigente estudiantil de la UANL y también ex-integrante de las JC. Contactó gente de diferentes estados, de distintas formaciones, excomunistas y militantes del movimiento cristiano que trabajaban en barrios pobres de Monterrey. La UANL y su movimiento permitieron la confluencia de jóvenes comunistas y cristianos comprometidos, inspirados en la Teología de la Liberación. Varios de ellos provenían del Tec de Monterrey, algunos de ellos habían participado y dirigido una huelga en esa institución en 1969. Entre ellos, José Luis Sierra e Ignacio Salas Obregón. Salas Obregón conoce en 1971 a Raúl Ramos Zavala en ciudad Nezahualcóyotl, donde el primero realizaba trabajo social. Salas se suma a *Los Procesos*, y entre ambos los dirigen. Trabajan en el proyecto de coordinadora nacional, y ambos serán las cabezas que impulsen el proyecto de la posterior la Liga.

La Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) se funda en marzo de 1973 en Guadalajara. Entre 15 y 20 participantes estuvieron presentes, dice Gustavo Hiraes. 10 días de trabajo en casa de un integrante del FER, uno de los grupos fuertes de la naciente organización. A su fundación llegan *Los Procesos*, *Los Guajiros* de Baja California; *Los Enfermos* de Sinaloa; la mayoría del FER de Guadalajara; *Los Lacandones* de la ciudad de México; el Mar 23 de septiembre de Chihuahua; se suman después *Los Macías* de Monterrey; La *Brigada Roja* de David Jiménez Sarmiento de la ciudad de México. En cambio, cinco organizaciones no entran en la Liga: el PdIP de Lucio Cabañas, el MAR, dos fracciones grandes del FER, que constituirán las FRAP; la Unión del Pueblo; y las FLN (Castellanos, 2007).

El Buró Político de la Liga quedó integrado por Salas Obregón, Jesús Manuel Gámez, José Ángel Martínez, Rodolfo Gómez García; el comité militar integrado por Leopoldo Angulo y Pedro Orozco Guzmán. Después venía una Coordinadora Nacional, integrada por representantes regionales del noroeste, noreste, occidente, sur y centro del país. Esa organización, así como estuvo planteada, tuvo una duración más o menos de un año (Bellingeri, 2003). La parte oficial dirá que son 392 los integrantes de la Liga (Acosta, 1990); otras versiones, provenientes de la organización misma, señalarán que eran alrededor de 3 000 (Avilés, 2001a; 2001b; Hiraes, en Castellanos, 2007). La mayoría, jóvenes. Jóvenes que comienzan a llevar doble vida, una civil y una clandestina. Otros no tienen más que sumergirse en la clandestinidad. Si al inicio hay pocas mujeres al frente, en la dirección, con la lucha violenta que se da, van llegando más a estos puestos (Castellanos, 2007). La cabeza de esta organización, Ignacio Salas Obregón adquiere el alias de Oseas, como el profeta bíblico que espetó: "quien siembra vientos cosecha tormentas". Algo del cristianismo aún estaba en su seudónimo.

Su documento fundacional es "Cuestiones fundamentales sobre el movimiento armado en México, Manifiesto de la Liga Comunista 23 de Septiembre", en el que se planteaban constituir al proletariado como clase, derrocar a la burguesía; la conquista del poder político, creando un partido del proletariado y su Ejército para tal tarea. Se enumeran cinco acciones en lo inmediato: el ajusticiamiento de policías y militares; realizar acciones militares de apoyo a las masas; conseguir armas; realizar "expropiaciones" materiales y de dinero; y mediante la realización de secuestros liberar a los presos políticos. Un elemento central, sostenían, era la tesis de la Universidad-Fábrica. La idea la planteaba y desarrollaba Ignacio Salas Obregón. El 68 y lo sucedido en el levantamiento de Sinaloa estaban dando contenido a la idea. La universidad era algo así como una nueva rama de la producción y la mercancía que se producía era la educación. De esta manera, tanto los estudiantes como los académicos podían ser considerados como obreros. El estudiante como proletario, y como proletario (este estudiante) era vanguardia revolucionaria. El órgano de difusión de

la Liga fue el periódico *Madera*. El comité de prensa estaba a cargo de dicho órgano. Con la fundación de la LC23S las acciones de la guerrilla se incrementaron: “el nivel de la violencia aumentó y adquirió diferentes manifestaciones” (Aguayo, 2001: 174).

Ya sin la relación con Lucio Cabañas, se mira al noroeste para formar el “Cuadrilátero de Oro”, donde coinciden los estados de Sinaloa, Sonora, Chihuahua y Durango. Tres eran los grupos. Uno en Sonora y dos en Chihuahua. Uno de estos rompió con la organización y actuó por cuenta propia. Pocos son los sobrevivientes. La Liga, después de año y medio de iniciada la experiencia decide que deben bajar del cuadrilátero. Los retornados encontrarán a su antigua organización en un estado muy diferente. Otro grupo, la Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata (BREZ), se instala en Guerrero y Oaxaca. En Oaxaca se desarrolla gran parte de la acción. Enfrentamientos con guardias blancas de los caciques locales incrementa la violencia en la zona. Indígenas, mulatos y negros, bautizados como “azules” se suman a la organización “de los estudiantes”, como se les conocía en la zona. El secuestro y ajusticiamiento de un terrateniente, y de un familiar del gobernador de Guerrero, Noguera Otero, se convierte en el elemento que utiliza el gobierno para movilizar al Ejército. En 1973 el Ejército toma varias poblaciones; en 1974 “el arrasamiento militar del territorio y la desaparición y asesinato de indígenas mestizos y negros” es la respuesta (Castellanos, 2007: 234). El 1º de octubre de 1974, en la capital de Oaxaca, la Liga pretende una replica del “asalto al cielo” sinaloense, lo cual resulta un fracaso. La BREZ es desmantelada a mediados de 1975. Otras células de la LC23S siguen mostrándose y actuando en otros puntos del país: Monterrey, Chihuahua, Durango, Baja California Norte, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Aguascalientes, Jalisco, estado de México, Distrito Federal, Michoacán, Puebla, Oaxaca, Chiapas, Guerrero y Veracruz.

Pero la violencia más feroz por parte del Estado mexicano, ante la actuación de los grupos de la Liga, está por venir. Monterrey, Guadalajara y Sinaloa, bastiones fuertes de la organización, tienen un tono distinto.

El 17 de septiembre de 1973 se intenta secuestrar a Garza Sada, empresario de Monterrey, éste muere en el intento. Para el 7 de octubre la represión desatada llega a una casa de seguridad cerca de Chalco, estado de México, sitio donde se encuentran los instructores militares de la organización guerrillera. Dos mueren y otros son detenidos. La Liga responde con un doble secuestro, el del empresario Fernando Aranguren y el del cónsul británico, Anthony Duncan. El gobierno decide no negociar. En consecuencia, el primero es ejecutado y el segundo es puesto en libertad. Después de los secuestros del cónsul británico y el empresario Fernando Aranguren la persecución contra la Liga es feroz. Muertos, presos y armamento capturado son parte de las consecuencias, razón por la que la Liga decide cambiar su centro de operaciones a donde *Los Lacandones* tienen su sede, la ciudad de México, lugar donde también opera la Brigada Roja, la más referida por al DFS de todas las brigadas de la Liga. Aún disminuida la organización, sus brigadas actuaban en distintos puntos del país, lo mismo en el norte que en el sur: Monterrey, Sonora, Chihuahua, Guadalajara, Oaxaca, por ejemplo.

*Los Enfermos*, ya incorporados a la Liga, siguen su actividad en la UAS. En uno de los tantos conflictos dentro de la universidad, el Consejo Universitario expulsa a 46 *Enfermos*, las asambleas, con influencia de *Los Enfermos*, deciden que no proceden las expulsiones; el ambiente universitario está tenso. Y en esas condiciones de efervescencia, se va preparando el terreno para la ofensiva más ambiciosa de la Liga; Sinaloa es un punto nodal.

*Al cielo por asalto*. 16 de enero de 1974, llegan brigadas de jóvenes armados a distintos puntos de Culiacán, la capital de Sinaloa. Se pretendía levantar a la ciudad y sus alrededores. La idea era “educar a las masas” en la acción armada, lo cual significaba “una esperanza para las futuras insurrecciones”. Veinte años más tarde, uno de los participantes recordará que esos fueron días tensos pero con esperanzas en un mejor futuro, que ellos construirían; tenían razones para la lucha armada (Ayala, 1994/1995). *Al cielo por asalto*, representaba, en ese momento, la acción de mayor “envergadura” de la Liga, se pretendía parar el campo y agitar para un levantamiento popular; tomarían el

centro de la ciudad y provocarían combates y recuperarían armamento y realizarían expropiaciones. La acción se denominó "Asalto al cielo", por una expresión de viejo cuño marxista.

Desarman guardias, expropian dinero de un puente federal; entre setenta u ochenta obreros participan al lado de estudiantes y guerrilleros en las acciones (Zambrano, 1994/1995). Cuando se dirigían hacia el centro de Culiacán, la contraorden de no ir llega, pues el Ejército, con helicópteros de reconocimiento de por medio, entraba a Culiacán. La orden de retirada se da. Al día siguiente el Ejército mantiene la ciudad cercada. En la universidad se cierra lo que se considera centro de la agitación, la Escuela de Agricultura de la UAS. En ese momento, intelectuales de distintos signos acusan a la Liga de provocadores. En el Senado de la República se oyen voces que exigen la desaparición de poderes en el estado. La persecución y detención de *Enfermos* se desata, se vuelve intensa (Castellanos, 2007).

Después del *Asalto al cielo*, la persecución contra la Liga es feroz. La organización guerrillera está cada vez más "acorralada por las fuerzas de seguridad. Entre enero y abril de 1974, en la ciudad de México, Guadalajara, Durango, Sonora y Sinaloa, fueron detenidos, y a veces asesinados, medio centenar de dirigentes y militantes de la organización" (Bellingeri, 2003: 171); sus agrupaciones rurales estaban también muy golpeadas, y con tanta casa ocupada y nombres de militantes en las listas de la DFS las sospechas e intrigas llegan hasta la dirección de la propia organización. Acusaciones se dan por todos lados, desde "pequeño burgués" hasta "policía" eran los señalamientos. En esto jugó un papel importante Nazar Haro, y su gente, al aprehender a algún militante e intencionalmente soltarlo rápidamente; al realizar comentarios favorables sobre alguno de los detenidos en presencia de otro, creaba un clima de dudas e incertidumbre de unos con respecto a otros: la desconfianza se acentuó. Y sus consecuencias funestas llegaron.

Por su parte, Salas Obregón criticó y responsabilizó a gente de la propia organización guerrillera, y escribió que había "oportunistas". En abril de 1974 la Liga tuvo una reunión en Nezahualcóyotl, durante ocho días discutieron su



reorganización. Desaparecía temporalmente la Coordinadora Nacional y el Buró Político de Dirección de la Liga y se creaba una Comisión Nacional. En esa reunión, se decidió una línea militarista, matar policías y militares, y realizar una purga interior. Estuvieron en esa reunión, Ignacio Salas, David Jiménez, Luis Miguel Corral y ocho guerrilleros más. La Comisión Nacional se integró con Salas, Corral y José Luis Martínez (Torres, 2008). Vinieron después las expulsiones, rompimientos e incluso ejecuciones internas: en los tiempos de Salas Obregón seis fueron las ejecuciones, afirma Hirales, y una más después de que cae el dirigente de la Liga (Castellanos, 2007: 221). Quien en ese momento fuera compañera de Salas Obregón, tiempo después habla de dirección colectiva y responsabilidades compartidas. En el fondo de tales acciones, estaba la suspicacia y sospecha de la infiltración. Una parte de la táctica del gobierno para acabar con la guerrilla.

Minada la actuación de la Liga, sus acciones se restringieron y se encaminaron sólo a la agitación y la propaganda política en el caso de Sinaloa. En el caso del D. F. y estado de México se abocan a realizar expropiaciones. Son tiempos adversos para la organización armada más desarrollada a nivel urbano. Los han golpeado y severamente. Más aún, su dirigente cae. Cayendo Oseas se le asesta un golpe a la Liga. A fines de abril de 1974 en Tlanepantla, estado de México, hay un tiroteo entre policías y Oseas. Las condiciones en que se da el tiroteo quedan aún algo oscuras. Es herido y llevado a un hospital. Dos testigos lo identificaron, uno mediante fotografía. Es llevado al Campo Militar Número Uno, encerrado ahí y después, se sabrá, es desaparecido (Castellanos, 2007: 222; Ulloa, 1996). La Liga quedaba así descabezada, el desorden y la dispersión siguió a este descabezamiento. Los comités regionales comenzaron a moverse prácticamente de manera autónoma

En tanto, como reacción a la detención de su líder, la Brigada Roja, que dirige Jiménez Sarmiento, propone un secuestro y canjear así al secuestrado por Oseas, tal propuesta divide las opiniones. Por un lado Sarmiento y quienes lo apoyaban, y por otro lado un grupo que después se vuelve a dividir, y

posteriormente anunciaban su rompimiento con la organización y su "proceso de rectificación" que los llevará después a operar en la vía legal.

A la par de la caída de Oseas, dos estructuras de la Liga están prácticamente desarticuladas: Culiacán y Guadalajara. El declive está por llegar. La caída de la Liga coincide con el declive de la guerrilla en México y con la radicalización extrema de los pocos que quedan. La cuestión es que con la intensificación de su radicalización llega al mismo tiempo su decadencia. Al iniciar 1975, en la Liga se expresan dos líneas, una la encabezada por la Brigada Roja con apoyo de gente de Sinaloa, Jalisco y Chihuahua; y otra tendencia con base en Monterrey, Sonora, Oaxaca, Chihuahua, Veracruz y el Distrito Federal, ésta impulsaba la crítica y rectificación de sus acciones; no obstante, la gente de la Brigada se asumía como continuadora de la obra de Salas Obregón. Esta tendencia se dedica a reclutar gente y reactivar su trabajo, prensa incluida. Hay un elemento adicional: a inicios de la década de los setenta diversos sindicatos, de varias ramas, se expresan y enfrentan a sus antiguos líderes corporativos, demandan elecciones sindicales y dirigencias independientes de la oficialidad. La Liga, su vertiente Brigada Roja, quería incidir en este nuevo ambiente. Llegan a imprimir hasta diez mil ejemplares de su periódico *Madera*, teniendo en la mira a los obreros. Logran contactar trabajadores, intentando crear una sólida base social, pero no logran consolidar su presencia. La Brigada despliega su actividad agitadora y concientizadora en fábricas del norte y oriente de la ciudad de México. A pesar de que secuestran a un judío rico y sacan de su acción cinco millones de pesos, sus finanzas no mejoran. Tienen gente en las filas obreras y de la construcción, muchos de ellos universitarios haciéndose pasar por proletarios.

La propaganda y la agitación están presentes, les falta la actividad militar. En un momento piensan en atacar el Campo Militar Número Uno, porque tienen información de que en ese sitio se encuentran alrededor de 70 personas recluidas. Pero es una acción muy arriesgada, es la plaza armada central del país. La idea se canjea por otro plan, el secuestro de la hermana del electo presidente López Portillo. Agosto 10 de 1976 es el día, hay enfrentamiento entre los guardias de Margarita López Portillo y los de la Liga. En la acción cae el dirigente del grupo,

David Jiménez; otro descabezamiento de la ya muy mermada organización (Torres, 2008). Nuevamente las autoridades declaran la aniquilación de la guerrilla. Pero no está fallecida aún. El 29 de marzo de 1977, la Liga secuestra al presidente del consejo de administración de la Cervecería Modelo, Antonio Fernández Hernández, demandan dinero, la reinstalación de 130 obreros despedidos, el pago de jubilación a 92 extrabajadores y que se publique un comunicado. Es parte de las últimas acciones que la Liga desarrollará. El valle de México es prácticamente su último reducto, como organización. 1979 es un duro año para la Liga. Una de sus últimas acciones difundidas es el secuestro de la hija de un empresario en el estado de México, el 28 de marzo. Las notas sobre la Liga tienen que ver ya con detenciones, muertos y declaraciones ministeriales y menos con la actuación armada de estos (Castellanos, 2007).

El 22 de enero de 1981 la Liga queda prácticamente desarticulada al caer, en un enfrentamiento al sur de la ciudad de México, Miguel Ángel Barraza, el último de los fundadores de la Liga (El Universal, 1994, t. II: 217). En junio de ese año, simbólicamente, se edita el último número de *Madera*. Al no haber periódico, alrededor del cual se organizaba el grupo, no hay ya prácticamente vida de la organización. La Liga se dispersa y cae en descomposición interna. Uno de sus ex integrantes dirá que cae en "actitudes netamente delictivas".

Después vendrán más detenciones, y una que otra "expropiación" para financiar el trabajo de los sobrevivientes, pero no se reivindicarán ya como acciones de la Liga. El proyecto nacional de un frente, de una organización revolucionaria, llegaba a su fin.

### **3. 2. 11 Unión del Pueblo**

Proviene de una célula de las Juventudes Comunistas de Guadalajara, que se vinculó a un grupo que procedía del movimiento estudiantil de Oaxaca. Se dan a conocer por colocar bombas. Algunos les llaman "los bomberos". Se señala a José María Ortiz Vides, un exguerrillero guatemalteco formado en la línea de la "guerra popular prolongada", el introducir la acción de las bombas caseras. De junio a octubre de 1972 colocaron 21 bombas en distintos sitios, edificios públicos de

distintos estados del país. Vides es detenido en octubre de 1972, con cuatro compañeros más. En los canjes de secuestrados por la guerrilla es mandado a Cuba. La Unión del Pueblo (UP) prosigue con la táctica de la "guerra popular prolongada" y continúa con el uso de explosivos. En noviembre de 1974 la UP hace estallar 21 bombas caseras en cuatro estados del país y la ciudad de México, intentando con ello contribuir a romper el cerco que el Ejército tiende sobre la guerrilla del PdIP en Guerrero. El 31 de diciembre de 1974 hace estallar tres bombas en el centro de Oaxaca (Castellanos, 2007). En febrero de 1975 detienen a varios de sus integrantes y entonces se sabe que ellos eran autores de los explosivos que a otros grupos se les atribuía. Habían colocado a esa fecha 51 bombas caseras.

A inicios de 1976 entran en contacto algunos sobrevivientes del PdIP y gente de la Unión del Pueblo. Llegan a una coordinación conjunta. En 1977 la UP hace estallar 13 artefactos explosivos en lugares de Oaxaca, Guadalajara y Distrito Federal. 1978, la Unión del Pueblo sigue haciendo estallar bombas, siendo Guadalajara su punto central de actuación. En marzo, cinco artefactos explotan y cuatro son desactivados. Cuando son detenidos, el 28 de abril, seis de sus integrantes, declaran que entre el 9 de enero y el 24 de abril de 1978, en Guadalajara colocaron 50 bombas, de las cuales estallaron 32 (El Universal, 1994, t. II: 212). Desde inicios de los años setenta la UP había operado en Oaxaca, había operado en la UABJO; en 1981 confluye en el PROCUP (Ibarra, 2006).

Otras organizaciones que surgieron en este periodo, pero que no actuaron de manera relevante como otros grupos guerrilleros y/o que se conformaron a partir de restos o disidencias de las anteriores organizaciones son las siguientes. Los Comandos Armados del Pueblo (CAP), grupo creado a inicios de 1971. Seis eran los integrantes. Uno de ellos desaparecido: Roque Reyes. Fueron detenidos en septiembre de 1971 al intentar robar una panadería y una vinatería en la ciudad de México. Vida algo efímera de esta agrupación. Otra más es el Procup-PdIP. Con la muerte de Lucio Cabañas, algunos de los sobrevivientes del PdIP se dispersan por la sierra. Un núcleo de seis sobrevivientes se desplaza a la ciudad de México, ahí contactan con gente de la Unión del Pueblo. Surge así el Partido

Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo-PdlP. Es la primavera de 1976. Otra organización que surge en este tiempo es el Partido Popular Unido de América (PPUA), que se da a conocer en noviembre de 1974, mediante el secuestro de la esposa de un millonario, Sara Davis, en Morelos. El PPUA fue dirigido por el Güero Medrano. Medrano era campesino originario de Guerrero, pero se había desplazado al estado de Morelos a realizar trabajo político. Organizó invasiones a terrenos del hijo del gobernador. Fundó una colonia popular llamada Rubén Jaramillo. Tenía una ideología acorde al pensamiento de Mao Tse-Tung. Había estado en las filas de la ACG de Genaro. En la invasión participaban alrededor de 300 familias. Después crecieron a grado tal de llegar a albergar a alrededor de tres mil familias en la colonia. Activistas del movimiento estudiantil de 1968 llegaron hasta ese sitio; ahí se celebraban los "domingos rojos". Sale del campamento en septiembre de 1973, va en busca de Lucio Cabañas, para acordar y unir fuerzas; a su regreso le tienden una emboscada y la colonia es tomada por 2 mil militares. Se sume en la clandestinidad, y es cuando secuestra a Sara Davis. En Morelos, en enero de 1976 el PPUA efectúa su segundo congreso, se reivindica la lucha armada como método para llegar al socialismo y en su ideario se plantea una reforma agraria profunda y reformas a la Constitución Mexicana (Castellanos, 2007).

### **3. 3. Explosión guerrillera: Segunda Ola Armada**

Los movimientos guerrilleros en México han sido constantes, señala Carlos Montemayor (2007: 13), estudioso del tema, y en algún momento es un recurso del pueblo y en otros como manera de resistencia o de sublevaciones, y son dos los elementos que lo componen: el núcleo armado y la circunstancia social en que se manifiesta. En la manera moderna, la guerrilla toma forma de enfrentar a un enemigo más fuerte, intenta desgastar al enemigo, que puede ser el mismo gobierno, se rodea de un movimiento social más amplio, planifica y define sus objetivos (ideario o programa) y se plantea la lucha a mediano y largo plazos. En ocasiones señala la revolución como su ruta: el cambio brusco de las estructuras e instituciones en una sociedad. Los movimientos guerrilleros de Lucio y Genaro

implementaron acciones bajo la lógica de un ideario, con la intención de, a largo plazo, intentar modificar el orden social, económico y político de México. Fueron movimientos armados con miras revolucionarias, cuya estrategia fue la guerrilla. Lo mismo ocurrió con las denominadas guerrillas urbanas, prácticamente todas de corte socialista, baste ver los planteamientos de la LC23S y los grupos que a ella se integraron (Alonso, 2006). Y los integrantes de estas organizaciones estuvieron convencidos de su papel y de su aportación a este esfuerzo armado; estaban convencidos de que era posible lograr la meta.

Paquita Calvo Zapata fue recluida en la cárcel de Santa Martha Acatitla, con una pena de 30 años, no sin antes sufrir la tortura. Pertenecía al FUZ, de siete integrantes. Regalaron dinero en sobres blancos a las puertas de las Conasupo, con el dinero obtenido por un secuestro. Desde la cárcel, al respecto de aquellos que luchan con las armas en la mano, asevera: "la gente que participó estaba dispuesta a morir y yo creo que eso es muy estimable, muy estimable. Todos nosotros estábamos dispuestos a morir", y es que "La inmensa mayoría de los que participan en la guerrilla es gente con una gran carga de idealismo. Está convencida, de verdad, que va a derrocar al Estado burgués y a instaurar el socialismo". Sigue Paquita Calvo:

"La guerrilla, independientemente de sus errores, el nivel poco elevado de algunos de sus integrantes es de hombres y mujeres que actúan por un convencimiento ideológico. Están convencidos de que el socialismo es el sistema por el que hay que luchar y creen también ¿verdad? Por lo menos lo creen emotivamente, que lo van a lograr con las armas en la mano y, allí sí, entra toda la influencia latinoamericana" (en Poniatowska, 1989: 153).

Ciertamente, sus participantes tienen esa tónica al momento de empuñar las armas; muchos de ellos, aún en prisión, lo siguen asumiendo. Pude ser que no todos, pero es el tono del tiempo, de la guerrilla, del movimiento armado. Son décadas de lucha armada en distintos puntos del continente y en México esto no es la excepción.

La segunda mitad del siglo XX estuvo incrustada de grupos guerrilleros. Esta Segunda Ola Guerrillera en México tuvo su cristalización en 33

organizaciones armadas. Entre rurales y urbanas, esta guerrilla tuvo presencia en prácticamente todo el país, y actuó entre 1965 y los primeros años de los ochenta (Reyes y Espinosa, 1996). En su mejor momento, y a decir de un escrito elaborado por Acosta Chaparro (1990), a partir de datos proporcionados por la DFS, la guerrilla mexicana contó con alrededor de 1,860 integrantes, distribuidos en esas más de treinta organizaciones, siendo la guerrilla más importante por su envergadura y presencia la Liga Comunista 23 de Septiembre.

| Organización                                          | Surge | Estados                      | Integrantes |
|-------------------------------------------------------|-------|------------------------------|-------------|
| LC23S                                                 | 1973  | Jal, DF, Sin, NL             | 392         |
| PdIP                                                  | 1967  | Gro, Ags, DF                 | 347         |
| FER                                                   | 1970  | Jal                          | 154         |
| PROCUP                                                | 1971  | Jal, DF, Oax                 | 146         |
| FLN                                                   | 1969  | NL, Ver, Pue, Tab, Chis      | 129         |
| Lacandones<br>"patria nueva"                          | 1968  | DF                           | 94          |
| MAR                                                   | 1969  | Mich, Gto, Qro, Ver, DF, Pue | 91          |
| ACNR                                                  | 1968  | Gro, Ver, DF                 | 70          |
| Unión Campesina Independiente<br>UCI                  | s/f   | Pue, Hgo, Ver                | 59          |
| Liga de Comunistas Armados                            | 1970  | Coah, NL                     | 40          |
| Fuerzas Armadas de Liberación                         | 1974  | Gro, Mich, Mor, DF           | 39          |
| FRAP                                                  | 1973  | Son, Jal                     | 31          |
| Fuerzas Armadas de la Nueva<br>Revolución             | 1970  | Son                          | 28          |
| Grupo Nacionalista Octopus                            | 1971  | DF                           | 25          |
| Central de Acción Revolucionaria<br>Armada CARA       | 1971  | DF                           | 21          |
| Movimiento 23 de Septiembre                           | 1965  | Chih                         | 20          |
| Comité Armado de Liberación<br>Patria Libertad"       | 1972  | Mich, Gro, DF                | 19          |
| Comité de Lucha Revolucionaria                        | 1968  | DF                           | 17          |
| Frente Campesino del Norte                            | 1970  |                              | 17          |
| FUZ                                                   | 1969  | DF                           | 17          |
| Liga Leninista Espartaco                              | 1964  | Dgo, Tamps, NL               | 15          |
| Comando Urbano de<br>Expropiaciones                   | 1970  | DF                           | 15          |
| Comando Armado del Pueblo                             | 1971  | DF                           | 15          |
| Movimiento de Izquierda<br>Revolucionaria             | 1969  | DF                           | 9           |
| Fuerzas Revolucionarias<br>Armadas Socialistas (FRAS) | 1970  | Ags                          | 9           |
| Núcleo Guerrillero Urbano de<br>Chihuahua             | 1971  | Chih                         | 9           |
| Frente Revolucionario del Pueblo                      | 1971  | Son                          | 8           |

|                                                    |           |       |          |
|----------------------------------------------------|-----------|-------|----------|
| Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil | 1966/1967 | DF    | 7        |
|                                                    |           | total | 1, 860 a |

Cuadro elaborado con base en datos del manuscrito de Acosta Chaparro (1990).

En este periodo revisado, hubo una explosión guerrillera cuya resonancia fue poco conocida por el manejo de la información que se dio en ese entonces: no se reconoció la existencia de la guerrilla. Nó obstante, hay estudiosos que indican que para inicios de la década de los setenta, en México hay una “efervescencia revolucionaria y una fiebre de guerrillas” (Ibarra, 2006: 105).

A esta efervescencia, el poder responde ferozmente. Entre 1971 y 1972, el Estado mexicano combate a la guerrilla de manera fuerte, logrando desarticular varios grupos guerrilleros, como al FUZ, los CAP y el MAR. Los grupos sobrevivientes saben que de no unirse las distintas guerrillas, el fin será el camino. Hay una necesidad que se les impone, y se impulsan proyectos como la *Partidaria*, promovida por Diego Lucero durante 1971. Y durante 1972 comienza a hablarse de “coordinaciones guerrilleras”, principalmente impulsada por Raúl Ramos Zavala. Y, como ya se mencionó, para 1973 surge la Liga. Es ese el año de “auge” de la guerrilla urbana. Proliferan las acciones de “propaganda armada”, asaltos bancarios, recuperación de armas y secuestros (Ibarra, 2006). La fase “más intensa” de la guerrilla en México se desplegó entre 1971 y 1977 (Montemayor, 2007). Hay guerrilla en las ciudades y en las montañas. Descabezan a una y otra continúa su andar. Los integrantes de una agrupación al quedar huérfanos se mudan a otra organización hermana. Si la represión cae, se endurecen las posturas guerrilleras. Entre 1974 y 1977, los aparatos de represión se han fortalecido y se enfrenta con furia a la guerrilla. Ésta por su parte entra en una fase de “militarización”, privilegiando acciones armadas y de ejecución a policías, realizadas principalmente por integrantes de la LC23S, en lugar del trabajo de masas (Ibarra, 2006).

Años después, a ese respecto, José Luis Moreno dirá: “La Liga llevaba la peor parte porque se encontraba asediada desde los dos flancos, en lo interno, las discrepancias pusieron al borde de la dispersión a sus militantes en diferentes corrientes, y en lo externo la represión devoró a sus mejores cuadros”; tan solo en



1975 “se calcula que sufrió cerca de noventa bajas entre detenidos, muertos en enfrentamientos, ajusticiamientos extrajudiciales y desaparecidos” (en Ibarra, 2006: 109). “Fue entonces la represión despiadada del Estado, las *vendettas* internas de carácter fraticida, el *militarismo* y el *terrorismo* a ultranza, las principales causas de la derrota de la guerrilla mexicana” (Ibarra, 2006: 125). Por su parte, la DFS, se ha mencionado, sólo tuvo una baja entre sus elementos, pero policías y militares si cayeron ante las balas de la guerrilla.

Sobre su grado de peligro, se ha aseverado: “eran un factor irritante, no una amenaza real a la seguridad nacional. Representaban, eso sí, un peligro potencial; de ahí derivó la percepción generalizada de que en efecto constituían una amenaza” (Aguayo, 2001: 203). No obstante, la guerrilla realizaba acciones algo espectaculares, como secuestro de aviones o personajes de la vida pública, y realizaba asaltos bancarios, algunos también espectaculares, como efectuar tres al mismo momento; o realiza una emboscada al Ejército en las montañas de Guerrero, y con ello de alguna manera dejaban entrever lo vulnerable del aparato de seguridad del país. Debilidad que ni la policía política ni el Ejército estaban dispuestos a asumir.

Estas son algunas de las acciones de la guerrilla en ese periodo.

| Org. | Líder           | Acción                                             | Fecha    | Demandas                                                 | Resp.    |
|------|-----------------|----------------------------------------------------|----------|----------------------------------------------------------|----------|
| FUZ  | Francisca Calvo | Secuestro, Julio Hirschfield, director aeropuertos | Sept 71  | 4 millones por rescate                                   | Positiva |
| ACNR | Genaro Vázquez  | Secuestro Jaime Castrejón                          | Nov 71   | Liberar presos, 2.5 millones de pesos; volar a Cuba      | Positiva |
| PdIP | Lucio Cabañas   | Secuestro de hijo de acaparador, García Terán      | Mar 72   | 3 millones de pesos, volantes, difusión ideario del pdip | Parcial  |
| PdIP | Lucio Cabañas   | Emboscada al 50 Batallón de                        | Junio 72 | Incautación de armas y equipo                            |          |

|      |                           |                                                                       |        |                                                                                                                 |                                                      |
|------|---------------------------|-----------------------------------------------------------------------|--------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------|
|      |                           | infantería del<br>Ejército                                            |        |                                                                                                                 |                                                      |
| LCA  |                           | Secuestro avión,<br>Mexicana de<br>Aviación                           | Nov 72 | Liberación<br>presos, 4<br>millones pesos,<br>armas, volar a<br>Cuba                                            | Positiva                                             |
| FRAP | Hnos.<br>Campaña<br>López | Secuestro del<br>cónsul de E.U<br>Leonhardy                           | May 73 | Liberación de 30<br>detenidos. Un<br>millón de pesos.<br>Difusión de un<br>comunicado.                          | Positiva                                             |
| PdIP | Lucio<br>Cabañas          | Secuestro Rubén<br>Figueroa                                           | May 73 |                                                                                                                 | Parcial                                              |
| Liga | Oseas                     | Secuestro de<br>Garza Sada                                            | Sep 73 | Fallido intento,<br>muere Garza                                                                                 | Negativo                                             |
| Liga | Oseas                     | Secuestro del<br>industrial Fernando<br>Aranguren                     | Oct 73 | Liberar 51<br>guerrilleros,<br>traslado a Corea<br>del Norte,<br>publicación de<br>escritos, 200 mil<br>dólares | Negativo                                             |
| Liga | Oseas                     | Secuestro Anthony<br>Duncan Williams,<br>cónsul británico en<br>guad. | Oct 73 |                                                                                                                 | Liberado sin<br>nada a<br>cambio                     |
| FRAP | Campaña                   | Secuestro<br>empresario Pedro<br>Sarquis                              | May 74 | 3 millones de<br>pesos                                                                                          | Pagan y<br>muere de<br>paro<br>cardiaco              |
| FRAP | Campaña                   | Secuestro de José<br>G. Zuno                                          | Ago 74 | Liberar 10<br>detenidos,<br>entrevistas en<br>t.v., 20 millones<br>de pesos                                     | El gobierno<br>no cedió.<br>Liberaron al<br>detenido |

|      |                |                                                  |        |                                     |             |
|------|----------------|--------------------------------------------------|--------|-------------------------------------|-------------|
| FAR  | Carmelo Cortés | Secuestro Margarita Saad                         | Ago 74 |                                     | Ejecutada   |
| Liga |                | Intento de secuestro de margarita López portillo | Ago 76 | No se logra                         | No se logra |
| FRAP |                | Secuestro de autobús                             | Ago 77 | Liberar presos, difusión comunicado | Muertos     |

Hasta aquí se ha realizado un breve recorrido por la actuación de la guerrilla en esta Segunda Ola Armada. El análisis de la respuesta que emprendió el Estado mexicano ante estos acontecimientos y quienes lo padecieron, cómo lo narran y su reconstrucción, se realiza en otro capítulo, más adelante.

III. TERCERA PARTE:  
RECONSTRUYENDO LA MEMORIA  
COLECTIVA DE LA GUERRA SUCIA

## 1. UNA RECONSTRUCCIÓN DE LA GUERRA SUCIA

Los años sesenta y setenta del pasado siglo XX, en México actuaron 33 grupos guerrilleros. Lo hicieron en dos escenarios: en el campo y en las grandes ciudades. El primer tipo de guerrilla se conoció como *guerrilla rural*; la segunda, como *guerrilla urbana*. Un grupo representativo en el primer caso sería el de Lucio Cabañas y el Partido de los Pobres, que operaron en la sierra de Guerrero. En el segundo, lo constituiría la Liga Comunista 23 de Septiembre, que operó, sobre todo, en ciudades como Guadalajara, Culiacán y Distrito Federal.

No obstante, estos grupos antes de actuar como guerrilla se expresaron en el ámbito de los movimientos sociales pacíficos y legítimos, surgieron en el marco de movilizaciones de diversos sectores: magisteriales, ferrocarrileros, médicos, copreros, campesinos demandando tierras y estudiantes universitarios. La mayoría de estos movimientos sociales fueron violentamente reprimidos: campesinos, médicos, ferrocarrileros, maestros y estudiantes encarcelados y muertos fue la respuesta del Estado mexicano a las demandas que estos sectores expresaban. Muchos de los reprimidos, y otros que vieron de cerca la represión, llegaron a la conclusión de que no quedaba otra ruta que la vía armada, esto es, la toma de las armas significó para muchos de ellos la última opción que el poder les dejaba. Al respecto podemos traer a cuenta dos muestras de ello. En una entrevista en 1971 Genaro Vázquez, desde Guerrero, señaló: “se luchó por todas las formas posibles y ‘legales’. Miles de papeles con quejas pasaron por mis manos sin que ninguna de éstas fuera resuelta en forma razonable para los campesinos... Y nos cansamos” (en Bartra, 1996: 143). En su momento, también, Lucio Cabañas expresará: “nosotros organizábamos a los maestros y uníamos a los campesinos para luchar contra las compañías madereras y [contra] tantos impuestos... Y también uníamos al pequeño comercio”, pero los reprimieron una y otra vez, y también se cansaron (en Montemayor, 1991). Genaro Vázquez encabezó la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), y Lucio Cabañas el Partido de los Pobres (PdIP).

En Monterrey un grupo de estudiantes cristianos, al contactarse con la realidad cruda y pobre de comunidades donde realizaban servicio social, se radicalizan y participan, a su manera, en las protestas estudiantiles de 1968. Varios son expulsados de sus escuelas y otros más reprimidos. En Culiacán, la federación de estudiantes local se divide. Los más radicales, que enfrentan a la rectoría y al gobierno estatal, son denominados *Enfermos*. Se presentan varios enfrentamientos con la policía; ellos apoyan movimientos obreros y las tomas de tierra, y también son reprimidos. En Guadalajara, cansados del caciquismo ejercido por la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), que impidió la actividad política de respaldo al movimiento de 1968, varios grupos se unen y forman el Frente Estudiantil Revolucionario (FER). Integrantes de la FEG, auspiciada por el gobierno local y el federal, arremeten a balazos en plenos pasillos de la universidad contra integrantes del FER. A estos últimos se les acusa de los enfrentamientos. Los integrantes del FER son perseguidos y algunos encarcelados. Muertos de por medio los hay. Años después, estos tres grupos, entre otros, confluirán en la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S).

Entre la guerrilla rural y urbana, entre 1965 y 1984, tendrán presencia en prácticamente todos los estados del país. A la actuación de la guerrilla, el Estado le opuso violencia cruenta, feroz, sanguinaria. Desplegó una serie de prácticas que rebasaron los límites de la legalidad. Pueblos arrasados en comunidades alejadas de las montañas, detenciones masivas, detenciones ilegales, enclaustramiento en cárceles clandestinas, destierro, persecución, tortura y desapariciones fueron algunas de esas prácticas. A esta actuación del Estado mexicano se le ha denominado *guerra sucia*. Algunos la denominan “guerra de baja intensidad” a la guerra sucia (*cfr.* Evangelista, 2007). Guerra sucia: desapariciones forzadas; detenciones arbitrarias; torturas; campos de concentración (cárceles clandestinas), estados de sitio, aldeas vietnamitas y cerco militar; masacres; ataques indiscriminados con bombardeos, tendientes a una política de exterminio, dirigido hacia aquellos que consideraban guerrilleros y hacia aquellos que consideraban los apoyaban. La guerra no se presenta como guerra, no dice, “soy guerra”, tiene más bien la careta del pacifismo, de la legalidad, del

orden. E intenta imponer su postura. Y para ello juegan discursivamente, y en variadas ocasiones tienden a estereotiparse, por eso pueden ser rastreados sus signos y sus formas, sus métodos (Montemayor, 2007).

En este caso, la guerra sucia lo es, precisamente, porque se rechaza la propia ley que se dice defender, y se hace desde el poder, en este caso desde el Estado. No se responde desde la legalidad, desde ahí se actúa y se quebranta la legalidad. Se tortura, se asesina. No se aplica la justicia, se burla: "se linchó con furia detallada a los guerrilleros... se arrojaron cadáveres al mar... si en la guerrilla se cometían actos de salvajismo, al Estado no tocaba la revancha sin escrúpulos". (Monsiváis, en García, 2004: 3). Ciertamente, la guerra sucia es esa etapa "en que se volcó toda la fuerza de los aparatos de inteligencia para eliminar cualquier acto de subversión e inconformidad social" (Rodríguez, 2004: 10). La combinación entre lo legal y lo ilegal fue estrecha.

En ese sentido, el poder caracteriza a la guerrilla desde su perspectiva de poder, no desde otra. Y esa caracterización lo posiciona en la lógica del aniquilamiento. Lo político y lo social de la guerrilla son relegados. Predomina la visión sobre lo armado. En tal contexto, la guerrilla no es reconocida como tal; se les niega el derecho a engrosar las filas del movimiento social; son depositados por el discurso oficial en el campo de la delincuencia y el terrorismo. No son luchadores sociales, no tienen programas políticos, no pretenden cambios; la prensa nacional se hace eco de esa voz. Se les manda a la zona del olvido o de la nota roja. Ligado a la ilegalidad está el secreto, el silencio, toda vez que ello se requiere en operaciones crapulosas, no reivindicadas.

En cierta medida por eso, en un sentido inverso al del poder, los sufrientes de la represión han intentado reconstruir lo que aconteció en aquellos años oscuros. Primero en susurros, luego escribiendo, después en foros. Ahora se va delineando esa memoria negada, relegada. Esa memoria colectiva que lucha contra la historia oficial, donde nada ocurrió, donde no hay mención alguna en torno a la guerra sucia. Se ha silenciado, desde el poder, lo que en esos años ocurrió. Desaparecidos y torturados no existieron, órganos represores, tampoco.

Pero las narraciones, y los propios datos de dependencias gubernamentales que poco a poco van apareciendo, reapareciendo, niegan esa versión oficial.

La guerra sucia pretende eliminar aquello que se considera peligroso, nocivo, y echa mano de múltiples formas para ello, desde desprestigiarlos hasta eliminarlos. En el caso de la guerrilla rural, el Ejército realizó su labor: Genaro Vázquez y la ACNR, denunciaban “el empleo de la aldea vietnamita... en diversas regiones de Guerrero donde a punta de bayonetas, se concentra a los habitantes de zonas agrestes en centros de población controlables” (en Bartra, 1996: 141), para después llevárselos, encerrarlos en cárceles clandestinas, torturarlos y, en medio de tal acción, asesinarlos (Gil, 2000). Algo similar ocurría con el grupo de Lucio Cabañas, el PdIP: por un lado, la invasión de comunidades y pueblos enteros por parte del Ejército, por el otro, arrestos masivos, violencia, violaciones, tortura, ejecuciones, en tanto que dichos lugares estaban fuera de la vista de aquellos, como periodistas, que podía dar cuenta públicamente de ello (Montemayor, 1999). La actuación militar en esos tiempos es de tal dimensión, que se ha señalado que la operación castrense de contrainsurgencia más amplia se efectuó contra la guerrilla de Cabañas en Guerrero, de 1967, año en que toma las armas, hasta 1974, año en que lo mata el Ejército. “La represión, el castigo, se inscriben dentro de los procedimientos del poder y reproduce sus técnicas, sus mecanismos. Es por ello que las formas de la represión se modifican de acuerdo con la índole del poder” (Calveiro, 2001: 53).

En el caso urbano, aunque el actor cambia, pues opera la Dirección Federal de Seguridad (DFS), los métodos violentos son muy similares. El año en que se funda la LC23S, 1973, se incrementan las acciones de los guerrilleros. Así, por ejemplo, las FRAP secuestran al cónsul estadounidense. Ese año el gobierno mexicano incrementa el presupuesto de la lucha contra la guerrilla. Pero también se recrudecen las prácticas de la guerra sucia. En agosto de 1973, la DFS detiene a Alicia Valdez, esposa de Pedro Cassian, preso político en el penal de Oblatos. Le sacan información sobre el contacto que tienen fuera de la cárcel los del FRAP. Llegan a la casa de seguridad y al no poder detener al contacto guerrillero Rubén Mayoral, arrestaron a su padre, Jesús Mayoral, que a la fecha continúa



desaparecido (Aguayo, 2001: 184-185). Cabe señalar que familiares de Genaro y Lucio también fueron detenidos ante la imposibilidad de dar con el paradero de los guerrilleros (Castellanos, 2007). Otro dato. En agosto de 1976 se intenta secuestrar a Margarita López Portillo, hermana del presidente electo José López Portillo. En ese año la violencia contra la Liga y otras organizaciones por parte del gobierno se incrementa exponencialmente. Se ha decidido la aniquilación de la guerrilla. Para lo cual se requerían, evidentemente, mayores recursos. En 1977 los muertos rebeldes se incrementan (Aguayo, 2001). Si se consideran otras instancias, puede pensarse en lo que representaban para el poder. Para 1978, año en que la DFS ha mostrado sus "buenos" resultados, el presupuesto es altísimo. Mientras la Comisión Federal Electoral recibe 2 millones 978 mil pesos, la DGIPS recibía poco más de 6 millones y a la DFS se le asignaban 15 millones 199 mil pesos. Y por concepto de "imprevistos" recibía otros 12 millones 201 mil pesos (Rodríguez, 2004: 43). Había prioridades: la eliminación de la guerrilla era una de ellas. Y con métodos crapulosos, aunque estos métodos se negaran o se ocultaran. Esa es la lógica de este tipo de guerra. Se cobija de silencio la actuación de la represión, pero hay que dejar que algo salga a la luz, que se asome, de aquello que se oculta algo debe mostrarse, "diseminar el miedo" para que tenga efectos: paralizar a los que se dirige el mensaje (Calveiro, 2001: 81).

La guerra sucia remite a "ese tipo de acción del Estado en la que la fuerza pública se transforma en una maquinaria que actúa clandestinamente al margen de su propia legalidad, con el fin de nulificar una o varias expresiones políticas de la sociedad. Desapariciones, *ejecuciones*, juicios sumarios y torturas escapan no sólo al registro público sino al más elemental testimonio burocrático. El Estado apuesta a extraviar su acción en el secreto; para ello debe extraviar el rostro de sus víctimas" (Semo, 2001: 25). Esta guerra sucia se convirtió en el elemento central del combate a la guerrilla en la Segunda Ola Armada.

Por ejemplo, en 1973 la Liga contaba con alrededor de tres mil militantes, principalmente en el DF, Guadalajara y Monterrey. Finalizando 1974, alrededor de mil militantes habían caído muertos, 600 se encontraban presos o desaparecidos, el resto se encontraba en la resistencia y con algo de desconocimiento sobre

muchos de sus compañeros (Avilés, 2001a). En 1976, hay otra ofensiva del aparato estatal para aniquilarlos; muchos sobreviven. En 1977, otro intento más. La Liga está ya muy disminuida. A la Liga se le acusó de la muerte del empresario Garza Sada, cuando se intentó su secuestro en septiembre de 1973, pero existe otra versión, en el sentido de que fue una pugna entre empresarios y familiares de Garza Sada (Avilés, 2001a). La guerrilla, no obstante, pagó el costo. Lo cierto es que a raíz de este evento, el gobierno desató una ofensiva cruenta contra la Liga. Y en medio de tal ofensiva detuvieron a Jesús Piedra Ibarra, en Monterrey. Lo hizo la DFS. No se supo más de él.

Asesinatos, ejecuciones, desaparecidos; reclusos en cárceles clandestinas, torturados, sentenciados sin juicio; detención de familiares. La estrategia del poder era eliminar a la guerrilla, a ese enemigo incómodo. Se valieron de todo. "Hubo muchas ejecuciones sumarias"; "ya después de nuestra caída casi nadie entraba en la cárcel. A los detenidos los mataban directamente", recordará años más tarde Salvador Castañeda, entonces integrante del MAR (en Grange y Rico, 1997: 111). Es la misma afirmación que tiene José Luis Alonso, quien militó en las FRAP, y debido a ello temían su retorno después de estar exiliados en Cuba.

Algo que ayudó de cierta manera a que la guerrilla fuera minada, es que los grupos armados desde sus inicios estuvieron infiltrados. Más en las ciudades que en el campo. Por ilustrar, la primera guerrilla rural de este periodo, se encontraba infiltrada, así lo indica su contraparte, el gobernador de entonces. Un documento dado a conocer años después de lo ocurrido en ciudad Madera en 1965, da cuenta de ello. Es el propio gobernador, Giner Duran, quien plasma lo que sabe y piensa. Dice que estuvo al tanto de lo que pretendía hacer el grupo de Gámiz, "por eso creo que mi defensa y mi conservación en el poder está en los comunistas. Mientras ellos me atacan, el gobierno federal me sostendrá. Por eso mismo, me conviene que haya problemas... ¡algunos hasta he debido crearlos yo mismo!" (en Glockner, 2007: 223). Eso lo escribió en marzo de 1966. Asimismo, varios de los sobrevivientes a este evento han señalado que el capitán Lorenzo Cárdenas, que los entrenó y les proporcionó adiestramiento militar, era un infiltrado. Podría

entenderse, por ello, el por qué los militares que se encontraban en el interior del Cuartel Madera estaban preparados para el asalto.

La guerrilla que operaba en las ciudades, salvo casos excepcionales como las FLN o las FRAP, tenía integrantes que trabajaban para la policía política. Citaremos sólo algunos casos. El Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) estuvo infiltrada desde un inicio. En marzo de 1966 un agente de la DFS está dentro de la organización y sigue a su dirigente, Rico Galán (Glockner, 2007). Por su parte, Fabricio Gómez, dirigente del MAR, llegó a señalar que estuvieron infiltrados desde un inicio; se va a antecedentes como su formación en Moscú (en Glockner, 2007: 164). En la fundación de la Liga estuvo al menos un infiltrado. El informe sobre la fundación de la organización estuvo en las oficinas de la DFS tan sólo unos días después del evento (Riva Palacio, 2003b). La infiltración fue parte de esta estrategia que el poder puso en marcha para minar y aniquilar a la guerrilla mexicana. Es un primer paso para ubicar y saber el proceder de los grupos armados. Después, a la infiltración, le seguirán otros métodos más violentos.

“A lo largo del siglo XX, la clase gobernante localiza a sus ‘adversarios’ y ‘enemigos’, y busca cercarlos, cohecharlos, incorporarlos, nulificarlos, destruirlos, con métodos que van de la cárcel al asesinato, del cese de los ‘subversivos’ a las campañas de desprestigio” (Monsiváis, 2004b: 161; Monsiváis, 2006a). Funciona, para ir acabando con la guerrilla la desinformación, el no tener idea de lo que está ocurriendo es una manera de omisión, de silencio, de ir tejiendo el olvido. Por lo demás, en este tiempo no hay ojos internacionales, medios ni movimientos por los derechos humanos. Elementos estos que contribuyeron, primero, a no estar al tanto de lo que sucedía y, después, a no denunciar los excesos del poder. Y si a eso se le suma el que lo poco que se expresa, por ejemplo en la prensa, sobre los grupos armados y sus acciones, son noticias denostándolos, denigrándoles, tenemos un proceso de ideologización rampante.

## 2. PRIMERO: NO HAY GUERRILLA, LA IDEOLOGIZACIÓN

Cuando los militares o el gobierno declaran que “en México no hay guerrilla”, que hay “bandoleros” y “robavacas” que azótan en ciertas regiones, que en ocasiones son señalados de “filibusteros”; que existen grupos que “responden a ideas extranjerizantes” y cuyos participantes provienen de “familias desintegradas” proclives a actividades “anormales”, que devienen en “grupos de maleantes”; que tienen “tintes de la guerrilla centroamericana”, que se pueden catalogar como “profesionales de la violencia”, y cuyos actos son calificados de “terrorismo”, y por lo tanto deben ser tratados con todo “el peso de la ley” y “del Estado”, estamos frente a un proceso denominado *ideologización*. Es, en discursos y actuación gubernamental, la forma por la cual los grupos de poder enfrentan el surgimiento de las guerrillas a lo largo de la historia de los movimientos armados en nuestro país. Carlos Montemayor afirma que antes de tomar una medida policiaca o militar, que es también una forma de negar las causas sociales y políticas del levantamiento, el gobierno utiliza como primer arma contra las organizaciones guerrilleras la *descalificación*: “Se bloquea o confunde la información para dar paso a una versión oficial de acuerdo con las buenas conciencias del poder político, económico o prestigioso del país” (1997: 61). Efectivamente, una constante en el discurso y la actuación del gobierno mexicano, al momento de surgir los grupos armados, ha sido recurrir a un proceso de ideologización para arrinconarlos en un espacio oscuro e indeseable; achicar, en última instancia, su actuación. Difamarlos y negarles legitimidad.

Sobre lo ocurrido en el asalto al Cuartel Madrea el 23 de septiembre de 1965, la prensa escrita informó de un encuentro entre militares y “una gavilla” (El Universal, 1994, t. II: 32). Después, el Ejército emite un comunicado, en él decía que al repeler la agresión el Ejército había dado muerte a “líderes de la gavilla” y varios “maleantes”; “el resto de los facinerosos huyó hacia la sierra”. Agregaba: “La Secretaría de la Defensa Nacional estima que, con la muerte de los principales cabecillas de este grupo de agitadores, volverá por completo la tranquilidad a aquella región, manifestando además que perseguirá con toda energía al resto del

grupo de asaltantes hasta su exterminio total" (El Universal, 1994, t. II: 33). La estrategia ideologizante y militar, ya se estaba señalando, manifestando abiertamente. Línea que, tiempo después, el propio policía político cruel que muchos sobrevivientes de entonces reconocen, Miguel Nazar Haro, recuerda que en algún momento declaró: a "los terroristas y la guerrilla se deben combatir con el mismo fanatismo que ellos tienen" (en Castillo, 2003: 2). Exterminio.

Después, cuando se saben los nombres de algunos de los caídos en ese 23 de septiembre, grupos de estudiantes exigen les entreguen los cuerpos. A Madera llegan más contingentes militares. Ya saben que son 13 los que participan en la acción. Cinco están en fuga. El gobernador manda que los entierren a todos en una fosa común: "nada de mantas, ellos querían tierra, pues tierra les vamos a dar hasta que se harten. Métales a todos en un sólo hoyo, bórrelos del mapa, estos ni siquiera han existido" (en Glockner, 2007: 202). Dos periodistas acuden al lugar: Judith Reyes y Víctor Rico Galán (aún ejerce la pluma), ambos comprometidos con la causa. Intentan conocer una versión distinta a la difundida desde el gobierno. Poco logran hacer para brindar una versión alterna a la oficial. En tanto, el entonces secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, declara que la acción del 23 de septiembre fue realizada por "unos drogadictos ideológicos"; desde el gobierno local se esgrime: "todo se reduce a una bola de locos mal aconsejados por Gámiz y Gómez Ramírez... No tiene importancia" (López, 1974); a esa línea discursiva se suman varios periodistas, quienes escriben y declaran que los caídos son "agitadores de poca monta" (en Glockner, 2007: 205).

Un año después sigue el tono, la estrategia está echada a andar. La ideologización se mantendrá. Así, sobre el grupo de Rico Galán (tomando armas), el MRP, la prensa escrita dio cuenta de la detención de "un grupo de agitadores, de lo cual informamos ampliamente en la página de policía" (El Universal, 1994, t. II: 34). Así eran tratados los guerrilleros y en esa sección de "policía" eran depositados. De hecho, varía de la información sobre lo que ocurría con la guerrilla aparecía en la denominada "nota roja" de la prensa. En su segundo informe presidencial, el 1 de septiembre de 1966, Gustavo Díaz Ordaz aludirá a la detención de guerrilleros, como recientemente había ocurrido con los dirigentes

del MRP, pero los caracterizará así: “cuando la ley deba aplicarse, se aplicará con todo vigor, pero procurando siempre que sus consecuencias no recaigan sobre grupos de incautos o desorientados, sino sobre aquellos que por ser los dirigentes deben cargar con la mayor responsabilidad de sus actos” (en Castellanos, 2007: 86).

Ese es el tono desviante, devastador que empleaba el poder para desvirtuar la ideología y actuación de la guerrilla. Cuando aniquilan al Grupo Guerrillero del pueblo Arturo Gámiz, en septiembre de 1968, en un comunicado la Quinta Zona Militar emite su versión:

“es lamentable que en esta descabellada aventura hayan participado jóvenes ante quienes se abría brillante porvenir, pero que desgraciadamente no supieron aprovechar la oportunidad que en todos los campos de la cultura brinda nuestro gobierno a la juventud estudiosa y cayeron en deplorable desorientación que los condujo por senderos equivocados... corresponde a los padres de familia y de manera muy especial a los maestros, constituirse en guías responsables y conscientes del estudiantado” (en Armendáriz, 2001: 175; Reyes, s/f; CIHMA, cuadernos, No 1).

La realidad, en tanto esferas privada y pública que vehiculan comunicaciones, se ancla en una dinámica de intersubjetividad que deviene en dos procesos: la creación y destrucción de símbolos. El primero, se denomina politización, y el segundo ideologización. La politización, como proceso, posibilita comunicar lo que antes era *incomunicable*, dotar de nuevo significado a viejos términos y conceptos; *resignificar lo que* ya había dejado de tener significado, crear, a través de la innovación y la originalidad, nuevos procesos y mecanismos que enriquezcan la realidad, y por tanto amplíen sus posibilidades. La dinámica de la ideologización “refiere al proceso intersubjetivo por el cual *lo público se convierte en privado*, y consiste en a) ir sacando de la vida pública y empujando cada vez más hacia los ámbitos privados las versiones alternativas de la realidad social, hasta que sólo puedan ser vivenciadas como experiencias particulares -sin validez social- o íntimas” (Fernández Christlieb, 1987: 90). Hay una *degradación simbólica* pues, en

este proceso, de lo que se trata, es de volver incomunicable lo comunicable. De esto dan muestra la degradación que sobre términos como “amor a la patria”, “libertad”, “democracia”, “división de poderes”, “igualdad”, por citar algunos casos, generó el régimen priista durante más de 70 años: ideologizó una terminología antes concebida por otros significados.

No sólo se presenta en el caso de las palabras, ocurre también en el terreno de los acontecimientos. Cuando un evento no tiene un símbolo intersubjetivamente reconocido que lo designe, ha actuado la ideologización; no hay un significado comunicable, y sucede que las experiencias que anteriormente eran vistas como significativas para la sociedad se acorralan en la lógica de la negación social, se acota la comunicación, se bloquea el proceso de transmisión de símbolos y significantes, por ejemplo de un nuevo acontecimiento como la irrupción de algún movimiento social, de una expropiación de un secuestro a algún personero de poca ética o de clara signación corrupta, tratando de provocar, incluso, el olvido colectivo a posteriori, que ello no se recuerde y, en ocasiones, efectivamente eso no se recuerda. Se trata, en sentido estricto, de justificar el uso de la fuerza, de la violencia antes de su puesta en práctica. El terreno se prepara para ello. Las declaraciones ayudan a ello. Las primeras planas de los periódicos también. Los noticieros televisivos juegan su papel.

En el caso revisado, la prensa jugó un papel relevante, toda vez que asumió la perspectiva del poder (Rodríguez, 2007), se hizo eco de la distorsión, de la calumnia y descalificación que operó desde el poder como estrategia contra la guerrilla. Así, en ese tono, a ocho columnas, el 26 de abril de 1975 el periódico *El Universal*, da cuenta de un asalto bancario cometido por integrantes de la Liga, y en su título da muestras, asimismo, de la manera como la guerrilla fue tratada por la prensa de entonces: “Con furia asesina doce terroristas dieron muerte a once personas, al asaltar un banco”. En la nota se señalaba: “doce delincuentes perpetraron ayer el más sangriento de los asaltos bancarios registrados en México y en su fugaz y violenta acción asesinaron a tiros a 11 personas” (El Universal, 1994, t. II: 203). La acción se desarrolló en la ciudad de México. Y eso de alguna manera tenía su resonancia social, su impacto en la incipiente opinión ciudadana:

“El desconocimiento generalizado de los detonantes de esta vehemente juventud, y el control gubernamental de los medios de comunicación que difundían sus acciones en la sección policiaca, provocaban temor y una condena generalizada en la ciudadanía” (Castellanos, 2007: 212). La legendaria luchadora social Doña Rosario Ibarra de Piedra, madre del desaparecido político Jesús Piedra Ibarra, recuerda: “Mi hijo salía diariamente en [el periódico] *El Norte* en la sección de los más buscados, donde ponían a todos los muchachos que andaban en la guerrilla, pero no les decían guerrilleros sino delincuencia organizada, terroristas” (Avilés, 2001b).

En junio de 1975, la prensa daba cuenta de información que proporcionaba la Procuraduría General de la República (PGR), en el sentido de que habían sido detenidos siete integrantes de la Liga. Anunciaban que las detenciones se habían desarrollado en enfrentamientos, y que habían caído algunos de los “cabecillas” del grupo “y de otra organización criminal llamada Liga Bolchevique 23 de Septiembre”; de igual manera manifestaba: se “logró la identificación de 40 seudoguerrilleros que se encuentran prófugos” (El Universal, 1994, t. II: 204). De la misma forma, y en la misma estrategia, cuando la Liga Comunista Armada (LCA) secuestra un avión de Mexicana de Aviación, y al recibir respuesta positiva a sus demandas, la revista *Siempre!* desplegó un título espectacular al respecto: “Ser delincuente no es ser guerrillero”, pues secuestrar aviones “no hace concebir esperanza sino temores; no concitan simpatía sino rechazo. Deterioran todo manejo y toda exposición de carácter político y, en muchos lamentables casos, provocan reacciones represivas que, ante muchos ciudadanos, parecen no sólo explicarse sino justificarse” (en Castellanos, 2007: 192). A quienes secuestraron el avión, el periódico *El Universal* los calificó de “aeropiratas” (El Universal, 1994, t. II: 128).

En el periódico *La Prensa* se publicaba una columna que llevaba por nombre “Granero Político”, firmada por el *Sembrador*. Pensada desde la secretaría de Gobernación que encabezaba Moya Palencia e instruida desde la presidencia de Luis Echeverría, esta columna expresaba la visión del poder. En una de sus entregas, sobre un líder guerrillero, manifestaba:



“Genaro Vázquez va puliendo su personalidad congénita de desadaptado social y de paranoico en la que se conjugan de manera oscilante dos elementos, el odio y el afán enfermizo de poder. Sentimientos estos que surgen de su constante insatisfacción. Según él, es un incomprendido; va de un fracaso a otro. No tiene amigos, únicamente seguidores; vegeta, abrumado por la conciencia de su incapacidad, pero impulsado también por desproporcionados sentimientos de vanidad”;

viene, enseguida, un análisis clínico y psiquiátrico, en el que se señala: “Todos los paranoicos están sometidos a reacciones elementales –Genaro Vázquez no escapa a esta regla-. Cuando no consiguen lo que quieren se aíslan para detestar cada vez más a sus semejantes. Cuando las circunstancias son propicias, retoman bruscamente contactos con la sociedad, pero no para adaptarse a ella sino para imponerle a través de hechos delictuosos, sus alucinaciones”; luego, se sentencia clínicamente al analizado:

“El gran público cree, a veces, que los enfermos mentales son comúnmente hombres agitados, violentos, incoherentes y ofuscados. En el caso del paranoico, a veces, ocurre así. Pero lo sustancial es un trastorno del carácter proveniente de la necesidad que sienten estos enfermos de imponer a sus seguidores sus falsas convicciones, lo cual es particularmente verdadero en el caso de Genaro Vázquez Rojas cuyas ideas, no tienen otra motivación que un odio primario” (en Rodríguez, 2007: 167).

Aquí estaba pintada toda la estrategia del gobierno, en el sentido de la ideologización hacia la guerrilla. No sólo hacia la guerrilla urbana, también hacia la guerrilla rural, pues Genaro Vázquez y la ACNR se inscriben en ese tipo de agrupaciones. Y si a Genaro le pegaban, a Lucio se le incluía también en ese proceso de denegación. En efecto, para combatir a la guerrilla de Lucio Cabañas en Guerrero no sólo se empleó a los militares, pues también se usaron recursos de propaganda, de descalificación para “debilitar” la presencia del grupo guerrillero en el estado y la proyección que estaba logrando en el momento más fuerte del movimiento armado en la década de los setenta. Cuando la guerrilla del PdIP

realizaba alguna acción contra el Ejército federal, provocándoles bajas, e incluso después de que Lucio Cabañas les explicaba a los militares los motivos de su lucha para después dejarlos ir, la respuesta ideologizadora de los mandos no se dejaba esperar: en sus comunicados oficiales no había referencia a los guerrilleros como tales, toda vez que aseguraban haber sido emboscados por "delincuentes"; no se reconoce a la guerrilla, sino que se luchaba contra delincuentes comunes, de tal forma que si había excesos de parte de los militares, no se pudiera protestar, en tanto que se trataba no de luchadores sociales sino de simples y llanos "asaltacaminos", "rateros", "talabosques", simples delincuentes (Montemayor, 1991; López, 1974).

Cuando el líder guerrillero y el PdlP secuestran al senador Rubén Figueroa, en mayo de 1973, el entonces secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, mediante comunicado, acusa el secuestro como un acto "felón, criminal y cobarde" (en Castellanos, 2007: 152). A decir de los estudiosos de la guerrilla de Cabañas, Baloy y Mayo, Lucio indicó que se le respetara la vida al senador. No obstante, cuando Figueroa es liberado, declara a la prensa: "no estoy arrepentido de lo que hice. Sin embargo no alcancé el objetivo que perseguía porque me encontré con un individuo extraviado mentalmente, con grandes perturbaciones físicas, psíquicas y psicológicas... de una crueldad inaudita y sin el menor sentido de la solidaridad humana que tan engañosamente proclama" (en Castellanos, 2007: 157). Por su parte, el secretario de la Defensa Nacional (Sedena), el general Hermenegildo Cuenca Díaz, cuando se le preguntó si eran guerrilleros los que habían secuestrado a Rubén Figueroa, respondió: "Son una bola de bandidos que roban y secuestran. Son delincuentes que huyen de las cárceles y se refugian en la sierra de Guerrero para cometer todo tipo de tropelías" (en El Universal, 1994, t. II: 200). Y al momento de entregar el informe al presidente, el militar expresa:

"durante el encuentro sostenido por elementos de este mando territorial, con la gavilla de Lucio Cabañas, resultaron siete gavilleros muertos... En el reconocimiento efectuado al área donde se rescató al senador Rubén Figueroa, se localizaron dieciséis gavilleros muertos, el personal destacado en la región continúa el rastrellero con el objeto de localizar al resto de la

gavilla, efectuando varios desplazamientos de personal con el fin de hacer más efectiva la intercepción de los maleantes que traten de abandonar el área" (en Scherer, 2004a: 81).

Ideología pura. Los militares lo tenían claro, para con la prensa y para con el gobierno. Su tarea, en ese sentido, la cumplían: acotaban y enfrentaban "gavilleros". Guerrilleros, no; gavilleros, sí. Proceso de deshumanización: no se enfrenta a personas sino a delincuentes.

A la ideologización, inscrita en la noción de intersubjetividad, se adhieren otros procesos que amplían la posibilidad de análisis en el caso que nos ocupa. En efecto, se echa mano de lo que se denomina psicologización (Moscovici, 1981), esto es, descalificar a una agrupación no por cuestiones de ideas ni del contenido de sus propuestas, sino por su forma de actuación, por sus características personales, por los rasgos físicos, de identidad o de pertenencia, por ejemplo ser indígenas o "comunistas", en tal o cual movimiento que se presenta; se atribuye el comportamiento de un grupo a causas que tienen que ver más con las características personales de alguno de sus integrantes, por ejemplo, de sus líderes. Asimismo, se hace uso de otro mecanismo, el de la sociologización (Papastamou, 1987), que evoca una especie de "localismo" y "purismo" grupal, esto es, que quienes no pertenezcan de por sí a un cierto grupo, no pueden hablar a nombre de él o por él. Así, un blanco no podría reivindicar la causa negra, o un mestizo no podría enarbolar las demandas indígenas, sería el razonamiento en tal proceso. A la ideologización, psicologización y sociologización, se suma el recurso de la denegación (Moscovici, 1987), definido como el medio que permite al mismo tiempo afirmar, por un lado, la visión dominante en una sociedad, en la rectitud de sus ideas, el razonamiento de sus planteamientos y de sus creencias, e infundir, por otro lado, dudas o negación sobre los planteamientos de un grupo que irrumpe la tranquilidad de esa sociedad. En sentido estricto "consiste en una oposición a concederle la mínima verosimilitud a un hecho o a una aserción expresada [por el grupo que irrumpe en la escena y] Lo que en verdad se le rechaza es reconocer que esté ajustada a la razón o a la realidad tal como la define la sociedad en su conjunto" (Moscovici, 1987: 306). Vemos que no se le otorga veracidad a los

planteamientos del grupo disidente, en tanto que se le descalifica desde un inicio, tratando de evitar el avance de propuestas y pensamientos contrapuestos a la parte dominante o gubernamental, pretendiendo con ello impedir cierta influencia. El proceso de ideologización aducido aquí, incorpora todos estos elementos. Y esos elementos se despliegan contra aquellos opositores incómodos, contra aquellos que se desea aniquilar.

Mientras en Guerrero el Ejército arrasaba poblados enteros y detenía por docenas a campesinos, y en Guadalajara se tendía un cerco policiaco, desde la punta del poder se esgrimía un discurso en el cual podían identificarse los elementos de la psicologización, de la sociologización, de la denegación, todo el mecanismo de ideologización. El entonces primer mandatario describiría en los siguientes términos a los guerrilleros: "Surgidos de hogares generalmente en proceso de disolución, creados en un ambiente de irresponsabilidad familiar, víctimas de la falta de comunicación entre padres y maestros, mayoritariamente niños que fueron de lento aprendizaje; adolescentes con un mayor grado de inadaptación que la generalidad, con inclinación precoz al uso de estupefacientes en esos grupos [...con una] notable propensión a la promiscuidad sexual y con un alto grado de homosexualidad masculina y femenina" (Hirales, 1996: 223-224). En ese discurso efectuado durante el informe presidencial de 1974, el entonces presidente Luis Echeverría afirmaría que los integrantes de las guerrillas eran

"víctimas de la violencia; que ven muchos programas de televisión que no solamente patrocinan empresarios privados, sino también directores de empresas públicas; víctimas de diarios que hacen amarillismo a través de la página roja y de algunas revistas especializadas que hacen la apología y exaltan el crimen, son estos grupos fácilmente manipulables por ocultos intereses políticos, nacionales o extranjeros, que hallan en ellos instrumentos irresponsables para acciones de provocación en contra de nuestras instituciones. Y a veces se piensa que obedecen, para decirlo con palabras sencillas y pronto, a grupos de extrema izquierda. Pero cuando se ve su impreparación ideológica, y que tratan en realidad de provocar la represión, de inmediato se calará su verdadera naturaleza: pretenden

detener la marcha de nuestras libertades cuando apenas se inicia una política de nacionalismo económico en nuestra patria. Golpes de Estado en algunos países latinoamericanos han sido precedidos por las campañas de rumores que se originan en algunos círculos empresariales irresponsables o que fomentan estos actos de terrorismo. Pero estamos apercibidos. No cederemos con concesiones del gobierno ante estas provocaciones. Y aún lo sabe todo México: en un caso extremo hay un claro procedimiento constitucional para que de ninguna manera se interrumpa la marcha institucional de la nación. Que quede bien claro”.

Toda una cátedra de cómo ideologizar. El psicólogo social francés Serge Moscovici se quedaría boquiabierto al escuchar o leer tan tremenda ideologización.

Y pareciera como que algún funcionario de primer nivel quisiera darles un poco de cabida en la lucha social a los guerrilleros, pero apenas hay un asomo de reconocimiento, llega la tempestad discursiva a echar por la borda cualquier atisbo de legitimidad. En este mecanismo de negarle sustento y piso a la lucha guerrillera, no cabe titubeo alguno, y así Moya Palencia, después de reconocerles un cierto origen social a la guerrilla, acota: “la política se manifiesta con activismo intelectual y divulgación de conciencia social; no con asaltos, asesinatos y atentados dinamiteros” (en Castellanos, 2007: 141). Denegación y criminalización. Formas que le funcionaron al régimen en ese periodo de lucha armada. Pero aplicaba para con los locales, para con los provenientes de otras latitudes, no. En efecto, para el gobierno mexicano los guerrilleros exiliados, sobre todo los provenientes de Sudamérica, eran vistos y tratados como luchadores sociales, en cambio, los guerrilleros de casa eran, según palabras de Luis Echeverría, unos subversivos “provocadores fascistoides para generar una reacción de tipo neofascista para atraer gobiernos de orden al servicio de la estrategia militar y de las inversiones transnacionales y que sean proyectadas a la represión de los movimientos campesinos y obreros” (en Rodríguez, 2007: 168). En ese momento, paradójicamente, hablaba de apertura democrática y varios intelectuales le endosaron su apoyo, entre ellos Carlos Fuentes, y llegaron a esgrimir su famoso

“Echeverría o el fascismo”. Luego, a seis meses de tomar el poder da muestras de su “apertura”: la matanza estudiantil del 10 de junio, el conocido “jueves de corpus”.

Este proceso que trae consigo la descalificación constituye un recurso con el cual el gobierno y los grupos interesados, tratan de bloquear la credibilidad que, en este caso, una guerrilla puede ganar en un territorio más amplio, que rebasa las franjas físicas de su actuación armada. De ello han estado conscientes, en mayor o menor medida, los grupos armados en los diferentes momentos que han surgido, de ahí que algunos de ellos demandaran, cuando secuestraban a algún personaje, se dieran a conocer en la prensa televisiva y escrita las razones de su lucha. Que hayan logrado contrarrestar o no el proceso de ideologización, dependerá en cierto grado de la capacidad de interlocución que logren con otros sectores sociales, incluidos los internacionales; esto es, que no se ensimismen, pues de lo contrario facilitarán la labor a su contraparte en el poder. Lo cual, por cierto, ocurrió. La labor gubernamental de otorgarles cero credibilidad, de denegar la visión y propuestas de los grupos armados en México tiene su aplicación fuerte en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, denegándolo. Con este entramado puesto en marcha detuvieron el avance político de la guerrilla. Se trató, y se logró, la desvirtuación de su lucha. La sociologización, esta extranjerización de las causas, este localismo a ultranza, y acusar así a otras mentes, otras personas y otros países, responsabilizarlos por lo que aquí ocurre, operó en esos años de guerra sucia.

Cuando el 16 de marzo de 1971 se dio a conocer la noticia de que habían detenido a 19 integrantes del MAR, se indicaba que se les había entrenado en una nación comunista. Vino, en consecuencia, una campaña publicitaria muy fuerte en su contra. José Cruz, autor de la historieta *El Santo*, participó, ilustrando un pasquín que encabezaron con la leyenda: “Traición a la Patria” (Pineda, 2003). La nota de *El Universal* de ese día, manifestaba: “La policía mexicana, acabó de un golpe con la pretensión de un grupo de malos mexicanos que trataban de imponer en nuestro país un régimen marxista-leninista, al detener a 19 personas que... fueron entrenadas en el extranjero y subvencionadas técnica y económicamente

por la República de Corea del Norte" (El Universal, 1994, t. II: 48). Esos son los juegos del poder, utilizar a su manera y desde su posición signos y fórmulas que le permitan legitimar sus acciones al tiempo que le nulifican las posibilidades de legitimarse a los otros, los considerados enemigos, los "malos". Por eso, para uno de los jefes de la policía política mexicana, Nazar Haro, siguiendo el guión argumentativo de sus jefes, en ese entonces "No había la delincuencia que hay ahora, hasta que surgieron estos señores entrenados en Corea del Norte que, inspirados por aventuras guerrilleras de otros países, buscaron el poder... eran grupos de aventureros que querían lograr el poder" (en Castillo, 2003: 2).

Y esos "aventureros" y "malos" tienen, además, patrocinadores. Malos, también, ellos. A decir de un integrante del MAR (Pineda, 2003: 131-132), al enterarse la Central de Inteligencia Americana (CIA) del entrenamiento de los guerrilleros en Corea del Norte, pero como los estudiantes habían pasado por la URSS, solicitó la expulsión de los diplomáticos soviéticos. Cosa que sucedió. Los coreanos eran un instrumento del internacionalismo ruso. Pero lo cierto es que ni el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) ni las autoridades soviéticas tuvieron que ver en lo de la preparación militar de los estudiantes mexicanos en Corea. No obstante, el gobierno mexicano expulsó a cinco diplomáticos soviéticos, el 19 de marzo de 1971. El entonces secretario de Relaciones Exteriores, Emilio O. Rabasa declaró: "son personas cuya presencia no es grata o aceptable en la República Mexicana y, por consiguiente, es deseo del gobierno de México que abandonen el territorio nacional a la brevedad posible" (El Universal, 1994, t. II: 57).

Pero el gobierno mexicano fue más allá, tomó "medidas preventivas". Y de esta manera, al propio embajador de China en México, el gobierno de Luis Echeverría le advirtió. "aquí nada de guerrillas"; a lo que el diplomático respondió: "Naturalmente, ni pensar". A varios países con gobiernos surgidos de movimientos armados se les advirtió lo mismo: nada de exportar movimientos armados. La solicitud o amenaza ahí estuvo; el temor de los levantamientos en ese momento se manifestaba. Las formas para contenerlos, se encontraba en marcha.

En marcha también estaban formas retóricas de justificar la actuación de la manera como se enfrentaba a la guerrilla. Y eso ha dependido de los tiempos y las circunstancias. En efecto, los tiempos mueven los discursos. O éstos se van adecuando según circunstancias e intereses. Según le plazca o le acomode al poder, se justifican de distinta manera. En algún momento ciertas acciones se denigran; después, pueden ser utilizadas para denostar otras acciones o a otros personajes. En abril de 1972 el entonces senador por el estado de Guerrero, Rubén Figueroa, declaraba: "Lucio Cabañas no es ningún guerrillero y yo lo reto a que me secuestre; los camioneros podrían pagar un buen rescate por mí"; meses después agregaría: "el grupo que manda Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero existe al amparo del madrinaje con industriales internacionales y traficantes de estupefacientes" agregaba: "A diferencia de Genaro Vázquez, a quien traté personalmente, a Cabañas no se le han visto ideales definidos. El gobierno podrá sojuzgarlo en el momento que determine una acción drástica, porque es un foco de agitación sin importancia, no tiene ni la trascendencia ni el arraigo entre los campesinos que tuvo la gente de Vázquez Rojas". Pero 1973 sería un tiempo político diferente, y así en junio de ese año otras eran sus declaraciones: como su amigo Genaro Vázquez, ahora Lucio Cabañas "encabeza un grupo que fue empujado a la clandestinidad por regímenes anteriores y particularmente por gobiernos locales" (en Bellingeri, 2003: 227-229). La pugna por la candidatura al gobierno de Guerrero se hacía presente, y el mensaje estaba dirigido a sus adversarios. El uso retórico del discurso.

Y ese uso retórico del discurso, legitimador en su propósito, no sólo provenía de la clase política, provenía, asimismo, de aquellos que les tocaba ejecutar la guerra sucia, el desprestigio de los guerrilleros. Nazar Haro, quien combatió de manera muy violenta a la guerrilla en los setenta, cuando surge el EZLN, en 1994, compara, denosta a la naciente guerrilla y dice sobre los grupos de los setenta:

"La base del EZLN en Chiapas es la misma que tenían los de las FLN. Germán es el iniciador, con su hermano, de la lucha subversiva. Se agarraron a Chiapas desde hace años. Pero no es el autor de la táctica del



1 de enero [de 1994]. *Germán* es un tipo de guerrillero que lucha por el poder sin pretender dañar al país. Es el otro el que daña al país, ese *Marcos* criado no sé dónde... Yo conocí a *Germán*. Luché contra él. Él desaparece cuando le matan al hermano. Ésos eran unos fanáticos, pero honestos, no aventureros. Dígame usted, ¿qué guerra han hecho los zapatistas? Una guerra de papel. Lo de los setenta fue una lucha que duró diez, quince años. Aquéllos sí que eran auténticos... aquéllos no hacían diálogo, luchaban con las armas en la mano. Ese *Marcos* no sabe ni agarrarlas" (en Grange y Rico, 1997: 334).

En el presente, después de 30 años de que se dedicaron a masacrar a disidentes políticos, la propia policía política de entonces categoriza la lucha de aquellos como más auténtica y original y como una lucha honesta contraponiéndola con la de los zapatistas. Nótese sino esta versión: el general Juan López, quien participó en la campaña militar contra Lucio Cabañas, a quien en su momento etiquetó como "bandolero" y "asaltacaminos", y que estuvo 20 años después en los combates de enero de 1994 contra los zapatistas; a la pregunta de cuál es la diferencia entre Lucio y los zapatistas, indicó: "Aquellos no usaban a las mujeres, no se cubrían las caras, no eran criminales que llevaban a la guerra a niños para que sean mártires. Aquellos eran mexicanos y hombres" (en Arvide, 1998: 61). Pareciera una paradoja eso que expresó, pero ese es el proceso de ideologización del que los castrenses hacen uso, según los acontecimientos se presenten.

Pero no sólo la clase política y la policía política, sino también los militares hacen uso de este recurso dependiendo de las circunstancias. Hacen uso de ello, asimismo, otros aparatos oficiales, como los sindicatos ligados al poder, lo cual ocurrió, por ejemplo, con el movimiento estudiantil de 1968, uno de los antecedentes de la lucha armada: "El sindicalismo oficial denunció al movimiento estudiantil, acusándolo alternativamente de estar financiado por anarquistas y comunistas internacionales y por la CIA" (Carr, 1982: 269), dependiendo del momento en el que se encontrara y a quién debía atacarse y fincar responsabilidades por lo que ocurría.

Otra manera es hacerse propaganda para desmentir a los otros, denegándoles. Mostrando con datos, información, no comunicación, que lo que dicen no existe, y hasta buenas acciones señalan que pueden demostrarlo. Y eso lo exponen de manera abierta, "para que todos se enteren", sería el slogan. Aunque los fines, como se ha visto, son otros: legitimarse. A principios de 1977 el entonces procurador General de la República, Oscar Flores Sánchez, realiza una argucia: anuncia el retiro de acusaciones de asociación delictuosa, conspiración, invitación a la rebelión y acopio de armas, contra 67 guerrilleros. En la lista, no obstante, hay muertos, como David Jiménez; ejecutados, como Napoleón Glockner y desaparecidos, como César Muñoz. Tal desistimiento sólo opera con 20 ex guerrilleros que estaban ya fuera de la cárcel (Castellanos, 2007). Tal medida parecía una burla, aunque eran tiempo en que debían darse "señales" hacia el exterior y debía mostrarse, el régimen, con cierta apertura. Años después citarán a comparecer a un desaparecido para que declare; Tania Ramírez, hija de un desaparecido, Rafael Ramírez, narra:

"La única respuesta oficial que tuvimos, fue un citatorio que llegó a casa de doña Rosario, a nombre de mi padre y a nombre de muchos otros, diciendo que se presentaran, lo cual significa un acto de cinismo y, en el mejor de los casos, de ineptitud. Si no es ineptitud y fue deliberado, es un acto de crueldad profunda pensar que se puede enviar un citatorio a un desaparecido político, para que se presente para que las averiguaciones se sigan completando".

Inicia 1979. Juan Pablo II visitará México, al igual que el entonces presidente estadounidense James Carter. Las miradas del extranjero se depositan en México. La presión sube. Los funcionarios quieren dar una buena impresión sobre lo que ocurre en el país. El CPDPPDEPM ha mermado la imagen democrática que nuestro país muestra en el extranjero. El procurador Oscar Flores prepara un informe, llama a la prensa extranjera e intenta aclarar: de los 314 desaparecidos que reclama el Comité, 154 cayeron en combate; 89 siguen vivos, pero prófugos; 26 no participaron en acciones subversivas y por tanto no son políticos; 20 son muertos en riñas; 10 ejecutados por sus camaradas de armas; 2 muertos al

intentar huir de la cárcel. Los periodistas quieren saber qué con las cárceles clandestinas, qué con las torturas denunciadas, qué con la Brigada Blanca; todo eso se niega. Denegación. De ahí que luzca como contrariedad lo que alguna vez declaró Nazar Haro: “el comunista es el amo y señor de la mentira. Si es mentira la convierte en verdad” (en Riva Palacio, 2003c).

Una de las partes más crudas resultaría ser el hecho de que los gobernantes en verdad se crean sus discursos, que los asuman, pues se puede entender que su función sea la de tratar de engañar a sus gobernados, pero que se llegue al extremo de asumir como viables sus razonamientos en torno al surgimiento de movimientos guerrilleros, de grupos que exigen cambios políticos, económicos y sociales; percibir “conspiración comunista” donde hay más razones de pobreza, represión y autoritarismo que de ideología, es llevar al extremo las ganas de no solucionar las causas que orillan a ciertos grupos a tomar las armas, y sustituir responsivas sociales por discursos encubridores de la realidad, discursos que, además, no sólo se presentan en las esferas de gobierno, toda vez que hacen también acto de presencia en el discurso de los medios de información, principalmente la televisión, y en ciertos sectores de la sociedad que se ven atravesados por tales razonamientos. Quienes combatieron a las guerrillas de los sesenta y setenta actuaban desde esa perspectiva para poder así justificar la tortura y el asesinato de que fueron víctimas cientos de jóvenes participantes en estos movimientos armados.

Consideraciones finales. El gobierno federal en diferentes momentos de la historia en México ha echado mano de la vía violenta y militar para acotar y terminar con los grupos armados; lo hizo en las décadas de los sesenta y setenta, y como esta forma responsiva, la vía violenta y militar ha mostrado su ineficacia, por no decir su fracaso, se echa mano de otro mecanismo para acotar el impacto social de la guerrilla: la ideologización. Este proceso permite, en el mejor de los casos para el gobierno, crear las condiciones para “atender” las demandas de los grupos armados mediante balas y sangre, con el menor costo posible para quienes administran las decisiones en el país. En efecto, la ideologización posibilita tres cosas: primero, la deslegitimación de las demandas de la guerrilla,

segundo, impedir que la irrupción social que representan se expanda, y tercero, preparar el terreno para la actuación de una ofensiva de corte militar. En el primer caso se pretende crear un clima de ilegitimidad tanto de los métodos como de las causas y las exigencias por las que se gesta y desarrolla una guerrilla: se mete todo en un bloque, de tal forma que si las causas y las demandas son reivindicadas por grupos más amplios y se consideran legítimas, éstas se ven opacadas por el método, el recurso de las armas, pues es éste el que se ha cuestionado y cae en el terreno de la discusión, de la problematización, y para sectores diversos de la sociedad es un mecanismo no idóneo, incluso reprochable. Partiendo de este presupuesto, el método, desde la perspectiva ideologizadora, se traduce en el todo que imposibilita percibir como válidas las demandas que enarbolan los grupos armados al momento de surgir. En el segundo caso, la pretensión de eliminar el ejemplo que pudieran representar las acciones armadas o no armadas de las guerrillas, pasa por eliminar a la guerrilla misma. Y es que, la capacidad de convocatoria y de movilización que genera una guerrilla, para los partidarios del pensamiento único, pasa por la eliminación de los convocantes, de los que crean la movilización, de los que han irrumpido en el escenario no preparado para ellos, que no admite más versiones, menos aún si se ven acompañadas de las armas. La eliminación física de los guerrilleros, como tercer propósito ideologizador, es la garantía de que no habrá más descontentos ni propuestas que se contrapongan a la versión dominante de la realidad: no hay por qué enriquecerla, pues entre más unívoca, más homogénea, más plana y más acotada se encuentra, es más administrable, más manejable.

Ahora bien, si la realidad, como se mencionó en un inicio, se posibilita también por la construcción y transmisión de conceptos, símbolos, ideas, procedimientos y anhelos, entre mayores y más ricos sean éstos, y entre más se discutan las diferentes perspectivas que de una sociedad se tiene, mayor será la probabilidad de transitar por el camino idóneo para los que participan de la colectividad denominada nación.

La apuesta, en esta forma de proceder, fue la del olvido. Negando la existencia de guerrilla y retóricamente designándolos como terroristas y no como

luchadores sociales, a la posteridad pasarán no como aquellos impulsores de cambio, sino como quienes estaban enfermos por la toma del poder. Sangrientos sujetos que se lanzaban a la toma de las armas por gusto, por desviados, por ideologías ajenas, por delinquir pero no por causas sociales. Ideologización que apunta al olvido social.

### 3. DOS ACTORES PARA EMBESTIR A LA GUERRILLA

Entre los mecanismos de implementación para contener y acabar con la guerrilla, el gobierno mexicano echó mano de dos instancias para que operaran la estrategia de guerra sucia: el Ejército mexicano y la Dirección Federal de Seguridad (DFS). El Ejército tuvo su actuación, sobre todo, en el medio rural, lejos de las miradas de la prensa y de la sociedad que pudieran dar cuenta de lo que ahí ocurría. Se dedicó, con sus formas y tácticas, a combatir a la guerrilla rural, aunque en ocasiones actuó para contener a la guerrilla en las ciudades, pero en menor medida. Por su parte, la DFS procedió, sobre todo, en las grandes ciudades, acotando la actuación de la guerrilla urbana. De igual manera, tuvo sus fórmulas y aplicó la estrategia de guerra sucia con sus técnicas y sus formas. No obstante, en ambos casos, Ejército y DFS, en cierta medida aplicaron métodos similares: detención ilegal, cárcel clandestina, tortura, detención de familiares, desapariciones, discursos ideologizantes, entre otros. Pero, asimismo, tuvieron prácticas algo distintivas, propias de su instancia. Por caso, el Ejército realizó lo que después se conocerían como vuelos de la muerte, concentración de poblados enteros, construcción de caminos y programas sociales utilizados para el combate a la guerrilla, entre otros. La DFS, por su parte, infiltró, intercambió información y técnicas de tortura con sus pares de otros países, utilizó a guerrilleros como correos para lanzar mensajes a la guerrilla, creó una brigada especial para aniquilar a los grupos armados, e hizo uso de su información para obtener cierto poder, entre otras cuestiones.

En este apartado se da cuenta de la actuación que el Ejército desplegó en este periodo de la Segunda Ola Guerrillera, en el marco de lo que se ha denominado guerra sucia, la manera como justificaron sus acciones y algunos de los métodos que emplearon para contener a los grupos guerrilleros de este periodo. De la misma forma, se describe la actuación que la DFS realizó en este periodo, en esa lucha de confrontación que desarrolló contra integrantes de distintas guerrillas ciudadinas.

### 3. 1 En la sierra el Ejército federal

Como se señalaba, el Ejército actuó sobre todo en el campo; ese fue su espacio privilegiado de acción, aunque sus centros de operaciones los tenía en ciudades como el Distrito Federal y Acapulco, Guerrero. Desde ahí planificaban para después operar en el territorio de influencia de la guerrilla. Y, cabe decir, que incluso poco antes de que la guerrilla se manifestara en este periodo, el Ejército ya estaba entrando en operaciones.

La primer guerrilla que surgió en el periodo de la Segunda Ola Armada, la encabezada por Arturo Gámiz y Pablo Gómez, sufrió los embates de la institución castrense. Previó al asalto al cuartel Madera, campesinos señalados de colaborar con el grupo de Gámiz eran trasladados en helicóptero y amenazados con ser arrojados desde el aire, aún con vida (Glockner, 2007). Eso ocurre en 1965, y es un antecedente de los denominados "vuelos de la muerte" que después se practicarían con muchos de aquellos que eran acusados de ser guerrilleros o de apoyar a la guerrilla. Otros métodos, de igual manera, comenzaron a cobrar forma desde esos tiempos. Víctor Rico Galán, periodista de entonces que fue al sitio del enfrentamiento, en la revista *Sucesos*, consignará:

"El 'bizarro comportamiento' que el secretario de la Defensa se sintió en el caso de elogiar consistió en apresar, maltratar y vejar a decenas de campesinos de Madera y la zona aledaña; consistió en pasear por todo el pueblo, en un camión de redilas y a la intemperie, los cadáveres de los sublevados; consistió en impedir que los familiares, que ya tenían los cuerpos en bolsas de lona para darles sepultura en Chihuahua, se los llevaran; consistió en arrojar los cadáveres a la fosa común; consistió en quitar el pañuelo que el periodista Pedro Muñoz Rocha puso sobre el rostro del doctor Pablo Gómez; consistió en obligar a los parientes a presenciar los honores rendidos a los soldados, rodeándolos de asesinos a sueldo de los caciques de la región" (en Castellanos, 2007: 81).

Sólo un cadáver de los guerrilleros es tomado por los familiares, el de Antonio Escóbel; negándose el cura del poblado a darle la bendición, alegando que eran comunistas (Glockner, 2007). Ni cristiana sepultura, ni ningún tipo de honores a

los levantados en armas; para ellos sólo humillación; para los soldados caídos, enaltecimiento y presencia de familiares de las víctimas, más humillación a los vinculados a los guerrilleros.

En Madera inició, de igual forma, un tipo de persecución, fastidio y castigo a los sobrevivientes: en efecto, la persecución sobre los sobrevivientes del asalto fue estruendosa y el hostigamiento a los pobladores del lugar se dejó sentir de forma violenta: militares entrando a los hogares de los habitantes del sitio en busca de guerrilleros, previa agresión pensada e intencionada. Además, prisión y multas para quien osara ayudar a los fugitivos, esos son resolutivos que aprueba el congreso local. Acompañando el acuerdo, también militares de otros estados llegarán para participar en la persecución de los sobrevivientes que iban rumbo a la sierra; y a esa persecución por tierra se le acompaña con vuelos militares que ya se hacen presentes: cuatro jets de reacción y tres naves aéreas, transportando centenares de militares, que van tras los cinco sobrevivientes (Castellanos, 2007). Ese será el inicio de operaciones castrenses de gran envergadura y que no parará hasta que creen acabar con las guerrillas rurales en esta Segunda Ola Guerrillera.

Alrededor de Madera se inaugura este periodo armado, y se inician las operaciones de guerra sucia de este periodo. Cuando perseguían a los integrantes del Grupo Guerrillero del Pueblo Arturo Gámiz, continuidad del grupo de Gámiz y Gómez, el Ejército daba más muestras de cómo responderían ante la actuación de la guerrilla. Un sobreviviente de ese grupo narra: cuatro iban huyendo; Oscar y Balboa, por un lado; Scobell y Gaytán, por el otro. A estos últimos los encuentra el Ejército, en un maizal de la sierra, ahí los matan, "luego los subieron a un jeep antes de Ciudad Obregón, los echaron en costales y los dejaron tirados en la cárcel del pueblo; después los soldados recibieron órdenes de llevarlos a Tezopaco"; agrega: "Les arrojaron los cuerpos de sus compañeros a Oscar y Balboa que fueron torturados toda la noche; les hicieron caminar en arena caliente, y antes de fusilarlos, a uno le cortaron la lengua y le sacaron los ojos, al otro le rebanaron las plantas de los pies" (en Armendáriz, 2001: 174). Formas crueles de conducción por parte de los militares, que llegarían para quedarse. Muchos más, cientos, sufrirían esos tratos atroces.



La guerrilla rural conocerá los métodos de la guerra sucia (también denominados como de contrainsurgencia) que el Ejército practicará en adelante. Y para que ello pueda hacerse de una mejor manera, los militares han de formarse, tomar cursos, prepararse, "profesionalizarse" en el terror. Entre 1970 y 1974 el gobierno envió a 16 militares a entrenarse en Estados Unidos en contrainsurgencia, defensa interna, inteligencia militar, guerra irregular, contrainsurrección (Castellanos, 2007: 155). Lo aprendido, rápidamente es puesto en marcha en territorio mexicano, específicamente en el estado de Guerrero, pues son ya los tiempos de la guerrilla de Genaro Vázquez y la ACNR, y de Lucio Cabañas y el PdIP. Siendo este estado el de mayor presencia de guerrilla rural, ahí operó el Ejército para tratar de aniquilarla. Durante el sexenio de Luis Echeverría se practicó con más intensidad la detención, encarcelamiento, desaparición y muerte de personas a quienes se les vinculaba de alguna forma con la guerrilla.

Iniciando los años setenta, en los primeros meses de 1971, Guerrero es el estado con más presencia castrense en el país: 24 mil militares están ahí, la tercera parte del Ejército mexicano. Mientras que el PdIP contaba con alrededor de 100 militantes fijos y alrededor de 100-150 militantes eventuales. Y es que con todo y la presencia militar "la guerrilla seguía creciendo en número gracias a la incorporación de elementos locales" y "en gran medida la represión aceleraba tal proceso" (Bellingeri, 2003: 222). Aún así, en proporción, eran pocos guerrilleros y muchos los militares. Para dar cuenta de esta desproporción armada institucional, el general Cuenca Díaz justificó la presencia militar aduciendo la lucha contra el narcotráfico. No obstante, documentación oficial da cuenta de lo que está pensando y haciendo el Ejército. En un documento fechado el 28 de mayo de 1971, el órgano de inteligencia urbano, la DFS, daba cuenta de la operación que el Ejército realizaba en Guerrero: "el Ejército ha venido realizando la Operación Telaraña, con el objeto de localizar y detener a los grupos que encabezan Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas Barrientos" (en Scherer, 2004a: 83). Los *objetivos*, como puede advertirse, estaban perfectamente claros: acabar con la guerrilla de la ACNR y del PdIP.

Pero, para aniquilar a las guerrillas de Genaro y de Lucio, el Ejército debe realizar una obra magna, de tiempo algo largo, no será instantánea, y así al final realiza 14 (catorce) campañas militares en el estado de Guerrero. La primera hacia 1967, después de que Lucio toma las armas, el Ejército realiza rondines “pacíficos” en la sierra de Atoyac; intentando el acercamiento con los pobladores mediante, por ejemplo, programas médicos. En la segunda, ya después de la matanza de Tlatelolco en 1968, para acotar la actuación de Genaro y Lucio, el Ejército echa mano de las guardias blancas de los caciques y grupos paramilitares, y se adentra en la serranía para violentar poblaciones. En tanto, en la prensa se leen declaraciones de la jerarquía militar, que niegan que en ese estado y en el país exista guerrilla; mientras tanto, el acoso a familiares de guerrilleros es una constante. La tercera campaña militar, se desarrolla a partir de 1970: aparecen los retenes militares en distintos puntos del estado de Guerrero, helicópteros y aviones sobrevuelan el estado; y se abren caminos para acceder a la sierra. En la cuarta campaña, aparecen por distintos lados tiendas Conasupo, con productos comestibles a bajo costo; se abre una sucursal del Instituto Mexicano del Café; dan cursos de orientación política, para ubicar a los posibles líderes y simpatizantes de la guerrilla. El resto de las campañas son estrictamente militares (Bartra, 1996; Castellanos, 2007).

Cada campaña tendrá sus toques, sus formas peculiares de aplicación. Pero en conjunto están diseñadas para acabar con la guerrilla en el estado de Guerrero. Desde un inicio se tenía pensado así. Los diálogos que los militares y el gobierno federal proponen a los líderes guerrilleros, entre campaña y campaña, son meras simulaciones para distraer a la guerrilla. Pero sobre todo a la guerrilla del PdIP que representa a inicios de los años setenta un mayor peligro, militar e ideológicamente, por su impacto y desarrollo, y por los golpes que le confiere al Ejército mexicano. Por caso, en algún momento, después de las emboscadas que el PdIP realizaba contra el Ejército, éste incrementó sus integrantes y acciones en la zona: cinco batallones de infantería y diez mil policías van tras la guerrilla; día y noche, por aire y tierra, intentan envolver a la guerrilla (Castellanos, 2007). Algo de peligro le verían cuando el secretario de la Defensa Nacional (Sedena), general

Hermenegildo Cuenca Díaz, le ofreció en marzo de 1972 amnistía a la gente de Lucio, hasta septiembre de 1973, cuando el mismo general declaró que el plazo se había vencido. El Ejército, no obstante la oferta de amnistía, continuó con sus campañas militares para dar con Lucio y su gente. Y por los golpes recibidos, dentro del Ejército había posiciones duras que se manifestaban en el sentido de acabar con Lucio y se enalteciera así la imagen del Ejército mermada por la guerrilla (Montemayor, 1991).

En esta historia reciente del país, Guerrero “se encontraba bajo ocupación militar, en una especie de no declarado estado de sitio” (Bellingeri, 2003: 229). “Miles de soldados, más de veinticinco mil, andaban tras nosotros”, recuerda David cabañas. Y las prácticas que se usaron fueron cruentas y crueles, crapulosas. Detener a familiares o amigos fue una fórmula que empleó esta institución castrense, refiere el mismo David cabañas. Cuando en 1971, y sobre todo desde septiembre por las emboscadas que realiza el PdIP al Ejército, en Guerrero los militares comienzan a detener masivamente a las personas, pero también a personas elegidas: a Hilda Flores, por ser amiga de Lucio, la detienen, quien lo hace es el capitán Mario Acosta Chaparro. Acosta Chaparro, estaba recién arribado de sus cursos militares en Fort Benning, Georgia, implementando lo que había aprendido, violencia: “su llegada a Guerrero marcará sus rápidos ascensos y dejará una estela de desapariciones cuya cifra exacta nunca podrá saberse” (Castellanos, 2007: 131). “En junio de 1972, cuando uno de los combates fuertes con el Ejército, los militares se fueron fuerte contra la población: captura y tortura brutal contra compañeros que nos apoyaban” (David Cabañas). En El Quemado, poblado de Guerrero, en octubre de 1972, se presentó un enfrentamiento entre la guerrilla de Lucio y el Ejército. Muchos fueron los presos que el Ejército tomó en ese poblado, algunos sólo por el hecho de llevar el apellido Barrientos o Cabañas (David Cabañas). De 16 de esos detenidos, nada se volvió a saber (Scherer, 2004a). Otros simpatizantes de Genaro son detenidos y llevados al Campo Militar Número Uno, ahí son torturados. Por su parte, la pareja sentimental de Genaro, Consuelo Solís, es hostigada en la ciudad de México.

En efecto, la detención de gente cercana a los guerrilleros constituyó una fórmula empleada por el Ejército en esta guerra sucia. Otra lo fue la detención masiva. Esa es la muestra de los operativos del Ejército en su combate contra la guerrilla de Genaro, pero sobre todo la de Lucio. Septiembre 9 de 1972. El Ejército anuncia la detención de 79 personas; después se informa que son 109. Lo real es que son más. Varias comunidades sufren la embestida del Ejército. Clave es El Quemado, comunidad acusada por los militares de participar en emboscadas que realiza el PdIP al Ejército. Sus habitantes son concentrados en la cancha del lugar y detenidas son 106 personas. Un lugareño, campesino, narra: llegó el Ejército a la comunidad, les dijeron que fueran al centro del pueblo, con un censo les pasaron lista, y traían nombres señalados, a ellos los apartaban del resto. A unos cincuenta los detuvieron, les vendaron los ojos, les ataron pies y manos.

“Al otro día agarraron a más. Estuvimos tres días amarrados y sin comer. Nos decían que éramos los que habíamos matado a los soldados. Luego nos llevaron en helicóptero al cuartel de Atoyac que estaba en construcción. Las familias lloraban. Nos traían de a cuatro encañonados y bien amarrados. Nos decían que nos iban echar al mar... nos golpeaban mucho. Ahí murió un señor que se llamaba Goyo Flores, ellos lo mataron a patadas. Yo lo víde... Yo estuve preso cuatro años y medio” (en Castellanos, 2007: 142).

A finales de 1972 la represión que el Ejército realizó contra las comunidades de la sierra “alcanzó su nivel más trágico. Por un lado, ésta era el producto directo de la exasperación y de la impotencia para encontrar a los responsables de las dos emboscadas anteriores. Por otro, probablemente, asumía el carácter de respuesta ‘ejemplar’ para amedrentar a la población civil que colaboraba con la guerrilla” (Bellingeri, 2003: 186). En septiembre de 1972 el PdIP da a conocer un comunicado en el que manifiestan algunos de los excesos que comete el Ejército en las comunidades donde se presenta. En él denuncian: “se torturan, golpean, matan, capan, queman, ahogan, y matan hombres, mujeres, niños y ancianos de Caltutla, El Quemado, San Andrés...” (en Castellanos, 2007: 143). En su momento, asimismo, Genaro Vázquez y la ACNR denunciaban “el empleo de la

aldea vietnamita... en diversas regiones de Guerrero donde a punta de bayonetas, se concentra a los habitantes de zonas agrestes en centros de población controlables” (en Bartra, 1996: 141), para después llevárselos, encerrarlos en cárceles clandestinas, torturarlos y, en medio de tal acción, asesinarlos (Gil, 2000); “cada ejido o ranchería fue sitiado, las familias que vivían dispersas en la sierra fueron obligadas a concentrarse en las poblaciones más grandes” (Hipólito, 1982: 68). David Cabañas, combatiente de las filas del PdIP, recuerda esa forma de operar del Ejército:

“En el 74 cuando la ofensiva fuerte, descarnada del Ejército, ahí el Ejército implementó las aldeas estratégicas, que aplicaron en Vietnam... contra las comunidades que eran apoyo nuestro... muchos militantes de la guerrilla eran hijos, habitantes, de estas comunidades... Ellos eran el contacto con las comunidades, las que nos abastecía, a sacar víveres”.

Eran los mismos tiempos, las mismas acciones, los mismos actores: militares reprimiendo comunidades acusadas de colaborar con la guerrilla.

Efectivamente, otra de estas tácticas fue el cerco a las comunidades: ante el avance de la guerrilla, la estrategia conocida como “quitar el agua al pez” (David Cabañas) avanzaba. Se detiene a mucha gente, lo mismo hombres que mujeres y niños, se les traslada al cuartel militar de Atoyac y ahí son torturados. Al mando de la estrategia en esa zona se encuentra, en ese entonces, Acosta Chaparro. Al mismo tiempo que alrededor de las comunidades se tienden cercos militares, se impide el paso de alimentos, que se suponen van para la guerrilla. Comunidades fustigadas por los militares se ven en la necesidad de huir o integrarse a la guerrilla. Ese año de 1972 “se triplican las desapariciones en la región” (Castellanos, 2007: 140). Las comunidades señaladas de apoyar a la guerrilla son duramente golpeadas. La sola sospecha de proporcionar algún tipo de apoyo a la guerrilla, siquiera con el silencio sobre su paradero, era cruelmente escarmentada. Félix Hoyo y Olga Cárdenas, estudiosos de la guerrilla en Guerrero, reconstruyen:

“algunas comunidades en las que el grupo guerrillero tuvo mayor presencia o recibió mayor colaboración fueron duramente castigadas. A manera de ilustración se pueden señalar datos de desaparecidos políticos en las

siguientes: 25 en San Juan de las Flores, 15 en Río Chiquito, 11 en el Camarón, 11 en San Martín de las Flores”; y la lista sigue; “En lo que se refiere a la persecución, represión y exterminio del núcleo armado, como puede suponerse, la estrategia de ‘quitar el agua al pez’ resultó eficientísima: la persecución con soldados entrenados y experimentados, el asedio permanente, el creciente estrechamiento del cerco, las confesiones arrancadas con tortura, a campesinos o guerrilleros heridos o capturados” (en Ibarra, 2006: 138),

entre otras cuestiones, que llevaron a la parte final de la lucha contra el grupo de Cabañas.

Otra fórmula más fue imposibilitar el traslado de la gente: debían, prácticamente, permanecer en sus casas, estar cerca de la mirada de los militares. Los soldados no permitían el trabajo en las milpas. Del mismo modo, los castrenses se comían el ganado y destruían casas, narra una mujer de ese entonces que perdió a sus tres hijos y el marido, quienes fueron desaparecidos en 1974. “Desde la sierra de Guerrero, la implantación de una nueva estrategia global de contraguerrilla aparecía como una lógica evolución de las campañas anteriores”; finalizando 1973 “el control sobre la población se había incrementado, al mismo ritmo en que crecían las fuerzas de la guerrilla. En el momento en el cual se decidió poner en práctica la última fase de este operativo, ya se contaba con un censo de los habitantes que a veces eran obligados a reconcentrarse en los poblados mayores, bajo control militar”, y es que “La militarización de la vida diaria de los campesinos les imponía el registro de sus horas de entrada y salida de estas aldeas. La ración de grano básico para cada familia fue fijada en 10 kilos de maíz a la semana. Para evitar que se pudieran subir a la sierra cantidades mayores todos eran revisados. La circulación por los caminos de la región solamente era posible con salvoconductos que el mismo Ejército proporcionaba” (en Bellingeri, 2003: 240).

Llevar a detenidos a instalaciones militares y ahí torturarlos o desaparecerlos fue otra de esas prácticas crapulosas. En un documento de la DFS, fechado el 20 de mayo de 1971, su entonces director Luis de la Barreda,

informaba el traslado del profesor Ismael Bracho Campos, cercano a Genaro Vázquez, quien es llevado a la Base Militar N°. 1, de Pie de la Cuesta. Las declaraciones oficiales en todo momento negaban tales prácticas, y más aún que en esa Base Militar se hubiera recluso y/o torturado a campesinos en esos tiempos. El 6 de octubre de 1972, después de un enfrentamiento entre la guerrilla de Lucio y el Ejército, tras ser 42 guerrilleros detenidos, Luis de la Barreda informa que “Antonio Onofre Barrientos será transportado mañana con destino al Campo Militar N° 1, en México, D.F.” (en Scherer, 2004a: 83-85). Sitio, este también, que en todo momento se ha negado haya sido usado con fines de reclusión ilegal. De otros detenidos, no se supo más.

Pero el Ejército no puede acabar con las guerrillas, menos con la de los pobres; éstos siguen actuando y emboscando al Ejército, más aún continúan creciendo. Los reacomodos castrenses, otra fórmula de esta guerra sucia, deben darse, el paso a gente con más “preparación” hay que propiciarlo. 1972. El general Joaquín Solano Chagoya jefe de la 27ª Zona Militar, cuya sede se encuentra en Acapulco y desde donde se ejecutan las acciones de contrainsurgencia en Guerrero, es destituido del cargo, y en su lugar es nombrado Juan Manuel Enríquez Rodríguez, de quien se señala fue entrenado en el Centro de Adiestramiento Latinoamericano del Ejército de Estados Unidos, el antecedente de la Escuela de las Américas. 1973. Las zonas rurales donde la guerrilla actuaba era álgidamente reprimida, la población civil era detenida arbitrariamente; en las ciudades “empezaba a practicarse la desaparición de militantes o el encarcelamiento masivo en prisiones clandestinas” (Bellingeri, 2003: 217). La represión que ejerce el Ejército recibe poca cobertura en la prensa. Se sabe que comete excesos, pero no logran documentarse. Prácticamente, de manera social, no existen tales excesos. Se han ocultado. 1973, siguen los reacomodos castrenses. Se nombra comandante de la 35ª Zona Militar, en Chilpancingo, al general brigadier Eliseo Jiménez Ruiz; la sede de Acapulco, Zona Militar 27 queda a cargo del general Salvador Rangel Medina. La “Operación Luciérnaga” se echa a andar desde estos sitios; la intención es apretar el cerco a la guerrilla y... aniquilarla (Castellanos, 2007: 148). Las campañas militares durante 1972 y 1973

son especialmente fuertes. "Las columnas, apoyadas por helicópteros, subían hacia la sierra y ocupaban temporalmente los 'barrios' y rancherías, vejando a sus habitantes e intentando aislar así al grupo armado... muchos campesinos se sumaron al grupo buscando protección. En pocos días la guerrilla ya superaba un total de cien gentes" (Bellingeri, 2003: 206). Pese a las campañas militares y los esfuerzos en tecnología y preparación de sus generales, la guerrilla no solamente no es aniquilada sino que sigue creciendo.

Iniciando 1974, el primer día, el Ejército despliega una actividad de terror. De distintos puntos de la sierra de Atoyac son llevadas más de 130 personas; entre ellos dos niños de seis y siete años. De varios de esos detenidos no vuelve a saberse nada (Castellanos, 2007: 149). Este año es crucial para la guerrilla rural. Es el año del mayor secuestro y es el año en que cae la cabeza mayor de esa guerrilla: Lucio Cabañas. Actuación de la guerrilla, comunicados, ideario, guerra de contrainsurgencia, guerra sucia, y actuación del poder ahí convergen. Todos los elementos están presentes. Ésta bien podría constituir una síntesis de lo que en esta tesis se trabaja: la guerra sucia.

En lugar de que el gobierno federal y local negociaran con la guerrilla del PdIP para la liberación del senador Rubén Figueroa, estos desplegaron toda una operación del Ejército. Aviones, helicópteros y tropas terrestres, en total 18 mil soldados van tras la guerrilla. Los accesos a la sierra están bajo control del Ejército. Los nombres de Francisco Quiros Hermosillo y Acosta Chaparro son nombres de militares que están al frente de dos de los cinco puntos estratégicos en el lugar. El cerco militar que se despliega es tal que imposibilita el acceso de alimentos a la sierra; la guerrilla está en carestía alimentaria. En el contexto del secuestro de Figueroa, y en el transcurso, se anuncian acciones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Carmelo Cortés, y las FRAP en Guadalajara, quienes secuestran al suegro del entonces presidente de México, con la intención de ejercer mayor presión para que el gobierno cumpla con lo demandado por el PdIP. En cambio, el gobierno, en voz de Luis Echeverría, durante su informe presidencial, indicará: "ni en éste ni en cualquier otro caso, accederemos a las pretensiones de los plagiarios. Las autoridades competentes han declarado, y hoy



lo reiteramos, que el orden público no es negociable y que el pueblo y el gobierno no pactan con criminales” (en Castellanos, 2007: 154-155). Son tonos distintos: por un lado la guerrilla intenta negociar y tener un poco de movilidad; por el otro, el gobierno va cerrando toda posibilidad que no sea la militar y asfixiar a la guerrilla. Lo cierto es que, para ese entonces, “ya había sido dada la orden presidencial al Ejército de rescatar, a como diera lugar, a los secuestrados y de iniciar una operación de gran alcance que solamente debía terminar con la destrucción de la guerrilla” (Bellingeri, 2003: 237).

La guerrilla, en ese momento, decide aminorar sus fuerzas. El 12 de junio, días antes de la parte final de la acción contraguerrillera, el PdIP decide desplazar a 35 de sus integrantes, quedándose sólo con 57 integrantes divididos en dos grupos. Uno, de 36, con la dirección del PdIP y Lucio, y el otro con 21, para vigilar a los secuestrados. El 26 de julio, como era costumbre cada año, se realiza el “cambio” en la dirección del PdIP: Lucio queda nuevamente al frente. En virtud de la cerrazón del gobierno federal, hay negociaciones paralelas con la familia de Figueroa.

El gobierno, por su parte, hace ajustes militares en la zona. El operativo “Fuerza de Tarea Atoyac” para liberar a Figueroa está a cargo del teniente coronel Juan López Ortiz, quien se entrenó en la Escuela del Caribe del Ejército de Estados Unidos. Ocho son los militares que han estado al frente de la Zona Militar en Acapulco, desde que Lucio toma la sierra, intentando aniquilar su guerrilla (Castellanos, 2007: 155). El 6 de agosto llega a la plaza de Acapulco el general Eliseo Jiménez Ruíz, en lugar del general Salvador Rangel. El recién comandante de la 35 zona militar después declararía:

“se convocó después de que yo llegué a hacerme cargo de la zona y para seguir los lineamientos trazados por el secretario de la Defensa Nacional, a una reunión en la que tomaron parte presidentes municipales, comisarios, policías y varias personas para pedirles ayuda. La reunión se efectuó en Atoyac... luego les manifesté: ‘El día que dejen de abastecer a los guerrilleros, entonces, en una semana acabaremos con ellos’... Cuando conocimos los planes y los lugares donde se encontraba, cerramos el área

y empezamos a capturar a todos los contactos. El cerco abarcó desde Atoyac hasta los límites de Tecpan, y Chilpancingo. Impedimos el paso de alimentos para los pueblos comprendidos en esta área y nosotros les proporcionábamos raciones suficientes para que una familia pudiera comer una semana... Se ordenó también el cierre de los comercios, incluyendo a las tiendas Conasupo. Cada ocho días renovábamos la ración de alimentos a toda la gente. De esta manera logramos que los guerrilleros se quedaran sin alimentos y los obligamos a alimentarse de raíces, yerbas y demás productos de la sierra. Esto nos ayudó mucho porque la gente sintió el efecto de tales restricciones" (en Bellingeri, 2003: 238).

Esos pasajes, esos momentos de cerco alimenticio y militar, de ahorcamiento a la población para asfixiar a la guerrilla, los reconstruye David Cabañas:

"en el momento de la ofensiva contra nosotros, el Ejército impidió que se subiera alimentos: azúcar, alimentos: '¿cuántos son en tu casa?', 'tantos', pues esto no pasa y nada más esto pasa', decían los militares...los que vivían en el pueblo y no estaban detenidos, sabían quiénes eran; un control del pueblo había... Había retenes en el paso a las comunidades, control del Ejército, preguntaba: cuántos están aquí y tenían que ir a reportarse diario con el Ejército. Si tenías milpas tenías que ir a pedir permiso al mando para ir a la milpa y te decían: 'tienes tantas horas para ir y venir, si no llegas a esta hora, te va llevar la chingada', y al salir a trabajar, les contaban las tortillas, el alimento, era un estado de sitio, un control a las comunidades y pobre si no aparecías a la hora que decías que ibas a aparecer. Primero la golpiza y después la tortura. Si te iba bien te dejaban ir. Si no, venía el helicóptero. Bajaba y echaban a los detenidos y hasta nunca".

Se engrosaban, de esta manera, las filas de los desaparecidos.

Los poblados grandes habían sido tomados por los militares, el número de efectivos se incrementaba; los vuelos de helicópteros y aviones eran ya una rutina; estrangular a la guerrilla, tenía sus efectos en los armados. Los alimentos escaseaban. Llovía en la sierra, y conseguir alimentos se dificultaba en demasía. A su vez, "las acciones son más cruentas en pequeñas rancherías aisladas de la

sierra. Ahí los militares ejecutan lo que llaman 'tierra limpia' porque arrasan con todo lo que indique que hay un asentamiento humano. Se llevan a las personas en helicópteros. Algunas son trasladadas a cárceles clandestinas, otras son abandonadas en parajes, y otras más, ejecutadas y lanzadas, como bultos, en altamar" (Castellanos, 2007: 155-156). El Quemado, ese sitio emblemático, es arrasado por el Ejército. El operativo de El Quemado, se repite, pero ahora en El Rincón, el 1º de octubre de 1974. Las familias son concentradas en la cancha del pueblo. Decenas son trasladadas en camiones a un sitio desconocido. Ocho personas desaparecen: Rosendo Radilla, Misael Martínez, Pablo Loza, Florentino Loza, Antonio Onofre, Artenio Chávez, Isidro Salinas y Esteban Gómez. Los militares, en su estrategia, detienen mayoritariamente a hombres; son ellos potencialmente guerrilleros; le quitan, así, posibles recursos humanos a los sublevados. En efecto, los militares tomaban de noche los pueblos y concentraban a la gente en la cancha, a algunos los detenían; recuerda David Cabañas:

"logrado el objetivo, de detener a la gente, el mayor Escobedo, a la gente asustada, que se quedaba en el pueblo, se paraba en la cancha y les decía: 'todos ustedes, bola de hijos de la chingada, de su casa a su trabajo, de su trabajo a su casa; a quién quieren hacer pendejo, bola de hijos de la chingada; ahorita que lleguen a su casa, hijos de la chingada, no quiero que salgan ni a mear, porque los vamos a coser a balazos<sup>1</sup>... eso pasó en El camarón. Se oían las torturas toda la noche... El Quemado, ese pueblo, fue tomado, después de la segunda emboscada al Ejército, secuestraron a decenas de personas, mataron a don Ignacio Sánchez, lo torturaron tanto que amaneció muerto en la cárcel de Acapulco".

Al dividirse en dos grupos, la guerrilla ha cambiado su movilidad: una columna de 42 hombres que debe llevar a los secuestrados, y otra con menos hombres, pero con mejor armamento, se dirigirá en sentido contrario de la primera columna. Ya no se reunirán. La columna con los secuestrados se acerca a un poblado, para dejar en libertad a los rehenes. El 8 de septiembre caen en una emboscada de los militares. Figueroa llega con los militares y, según la versión oficial, en la primera parte del encuentro caen "doce gaviileros", y cinco más por la noche. El combate

siguió. Algunos logran salir del cerco. El 17 de septiembre Figueroa aparece en el senado de la República. La otra columna del PdIP se mueve en la sierra. El 9 de agosto emboscan a un grupo del Ejército. La guerrilla tiene un herido que después es detenido. El 29 de agosto hay otro enfrentamiento entre guerrilla y Ejército. La guerrilla logra salir del lugar sin bajas. Se enteran de la liberación de Figueroa y de la derrota de la columna que lo llevaba. Deciden ir hacia donde fue la acción. Durante un mes buscan a los sobrevivientes de la primera columna. Una extraña enfermedad los merma y los mantiene en un campamento sin prácticamente moverse. Los restos de la primera columna tienen encuentros con el Ejército, pero continúan en movimiento. La segunda columna es alcanzada por el Ejército, que los va cercando. Se divide en dos grupos, uno de cinco miembros, y el otro de siete, con Lucio al frente. Son tres o cuatro los grupos del PdIP, dispersos, y en fuga. La campaña contrainsurgente está rindiendo frutos. Los planes iniciales, hechos durante el secuestro de Figueroa, se desdibujan. Se toman decisiones de movilidad sobre la marcha. El 27 de noviembre Lucio lanza su último comunicado. El 30 de noviembre el Ejército alcanza al grupo de Lucio, los guerrilleros están en desbandada; por una delación es cercado Lucio y quienes lo acompañan. Los militares cierran el cerco. El 2 de diciembre caen los guerrilleros.

Durante el tiempo del secuestro, la guerrilla emitió tres comunicados. El tercero en junio, dando a conocer las condiciones para el rescate de Figueroa. En el último texto que Lucio escribe puede leerse: "¡Están matando al pueblo! ¡Contestemos con la guerra!" (en Suárez, 1985: 337). Ese escrito está fechado el 27 de noviembre, en la sierra de Guerrero. Será de lo último que escriba Lucio y que denuncie. Se mantiene en la misma línea, desde la toma de las armas hasta su caída.

El discurso del gobierno, en cambio, se modificó, al menos públicamente. El procurador general de la República, Ojeda Paullada, declaraba: "el orden público no es objeto de negociación" (en Bellingeri, 2003: 237). En efecto, daban giros en la retórica pública, porque desde un inicio la intención estaba delineada: nada de negociación y el aniquilamiento de la guerrilla. Cuando tiempo después el periodista Luis Suárez pregunta al ya expresidente Luis Echeverría sobre el caso

Cabañas y si intentó negociar con él, éste responde: "Rubén Figueroa, que es uno de los mexicanos más valientes que he conocido; ya candidato al gobierno de Guerrero, fue a la sierra a negociar con el joven y equivocado guerrillero. Al concertar el diálogo le dijo que estaba secuestrado. Allí se liquidó solo Lucio Cabañas. Perdió toda autoridad moral. El Ejército cumplió estrictamente con su deber". Y como si desconociera los excesos y la guerra sucia que practicó la institución castrense, y de la que él como comandante supremo de las Fuerzas Armadas Mexicanas debió estar al tanto, ante el mismo periodista dirá: "Contrariamente al proceder de los Ejércitos en algunos países latinoamericanos, en México podemos decir con satisfacción que nuestro Ejército ha sido fiel a las instituciones y a la Constitución" (en Rodríguez, 2007: 141-142). El mismo cinismo que la DFS esgrimió cuando enfrentó crapulosamente a la guerrilla urbana (Riva Palacio, 2003c).

Esta guerra sucia desplegada en la sierra de Guerrero, practicaba no sólo las maniobras militares, sino "la introducción de agencias económicas gubernamentales que suplantaran a los coyotes y acaparadores; de establecimientos públicos centrales de abasto popular y de atención médica y de la construcción de una red de carreteras y brechas que rompieran el aislamiento de la sierra" (Bellingeri, 2003: 220). Lucio Cabañas llegó a denunciar tales maniobras: "les decimos a los pobres que se cuiden de otra política... la política reaccionaria...y es ésta que viene: Instituto del Café, carreteritas, tiendas CONASUPO, regalos de frijoles, regalos de medicinas", y ello porque tales tácticas en realidad eran parte de una política que tendía a crear un cerco y aniquilación de la guerrilla (en Suárez, 1985: 154-155). Estudiosos de la guerrilla en Guerrero, Félix Hoyo y Olga Cárdenas, dan cuenta de este proceder:

"Desde que se inician los primeros secuestros por parte de la ACNR y del PdIP y, particularmente, cuando se realizan emboscadas, al Ejército, al tiempo que empiezan las detenciones y el establecimiento de cuarteles del Ejército en la región, se envían brigadas de médicos militares para desarrollar 'labores sociales' consistentes en curaciones y medicinas gratuitas para los campesinos", entre otras acciones; "en octubre de 1972,

justamente en el auge de la lucha guerrillera, el Estado comienza a dar mayor atención a la región, estableciendo el 'Plan de desarrollo del estado de Guerrero', a través del cual se impulsa la construcción inmediata de obras de infraestructura, caminos, electrificación, agua potable, obras de riego, construcción de escuelas y hospitales, y otorgamiento de créditos para los campesinos, así como la elevación de los precios del café" (en Ibarra, 2006: 139).

En efecto, en esta campaña militar también se usaron programas sociales para minar las bases de apoyo de la guerrilla. En el primer caso, una instancia gubernamental, el Instituto Mexicano del Café (Inmecafé) derrochó recursos: en 1973, año de auge de la guerrilla del PdIP, el Inmecafé distribuyó 16 millones de pesos, al siguiente año llega a los 21 millones, pero al desaparecer Lucio Cabañas de la escena, para 1975 el monto de dinero se desploma a los 9 millones (Bartra, 1996). Programas ellos, tendientes a la supresión de la guerrilla. David Cabañas lo reconstruye de la siguiente manera:

"El inmecafé, las brechas por todos lados, la colocación e instalación de teléfonos en cada comunidad, entubar el agua... a inicios del 74 no había agua. Yo llegué a vivir en 1958 al pueblo de mis padres... ni que se dijera que algún día iba a haber agua o luz; hoy está electrificado, hay agua entubada, cada quien tiene agua en sus casas... qué sucedía con eso: teléfono, el soplón decía: 'ahí están los guerrilleros', porque, porque 'el gobierno hace bien, mira'. Hasta las clínicas, la casa de la salud, una cancha que hicieron de basquetbol, la compra de café, el apoyo económico también ahí está, y hasta el uso de la religión fue usada... hoy, hay teléfonos públicos, hay brechas y progresa. Todo eso lo hizo el estado con el fin de ganarse a la gente y de volteárnosla. En el momento de mayor ofensiva contra nosotros, el Ejército impidió que se subiera alimentos..."

Una gran cantidad de recursos se invierten en obras de caminos en la sierra de Guerrero. Todo lo cual tenía su justificación, su razonamiento. Un general del Ejército sintetiza la situación ante la que están, y lo reconstruye Carlos Montemayor (1991: 349-350): la guerrilla de Lucio

“no representa, claro, un riesgo para el Ejército. No estamos hablando de un contingente armado que pudiera vencer en combate regular a un batallón, por supuesto... (Lucio) se ha desenvuelto militarmente bien dentro de sus posibilidades. Y lo fundamental del caso es el apoyo concertado con los pueblos de la sierra. Ahí es donde creo que reside la cuestión central. No se trata de un puñado de hombres alzados en armas que se desplazan de un sitio a otro independientes y aislados, como las otras agrupaciones terroristas, no. Se trata de una guerrilla que los pueblos de la región apoyan, sostienen, ocultan. Poseen una red a través de muchos pueblos de la región. Por eso nuestra respuesta como Ejército no puede reducirse a una lucha contra la guerrilla ni a un rastreo de los grupos armados, sino al control de toda la zona, porque es una guerra contra todo lo que en la región apoya a esos hombres armados... Por eso es necesario el control militar de la zona... Yo les decía por eso que se trata de enfrentar al pueblo mismo”.

En consecuencia, los caminos no son para el denominado progreso, como se anuncia, sino para el traslado de los militares que van tras de la guerrilla. Ciertamente, el Ejército construyó caminos que no tenían como finalidad comunicar a los pueblos con las ciudades y favorecer así a los campesinos, sino, al contrario, la movilización militar requería de esos caminos para trasladar autos y tropas y así controlar las poblaciones y cercar a los guerrilleros. Las carreteras y brechas que se construyeron para comunicar Atoyac con otros puntos del estado, en buena medida fueron hechas con “fines militares”, en el tiempo 1971-1974; 200 fueron los caminos de penetración; 70 correspondientes a la Costa Grande (Bellingeri, 2003: 216). Tales acciones de los militares Lucio Cabañas en su momento también las denunció (López, 1974: 136). Este tipo de acciones contribuyeron, al igual que las acciones propiamente militares, a disminuir a la guerrilla y sus apoyos, en ningún momento se plantearon incidir en el desarrollo del estado: “la aplicación de proyectos de desarrollo regional como parte de una estrategia de combate adolece de limitaciones en muchos aspectos. La principal es que no se aplican ni se sostienen por el desarrollo social mismo, sino en función del sofocamiento de los

núcleos armados y de sus bases sociales. Ningún proyecto de infraestructura económica, agraria, forestal, de salud, de comunicación, será efectivo a largo plazo si nace como estrategia de guerra" (Montemayor, 2007: 21). Lo cual, décadas más tarde, podrá comprobarse.

Un grupo de nueve sobrevivientes está en la sierra hasta fines de enero de 1975. En una reunión deciden abandonar el monte. Para marzo de 1975 no hay guerrilla, al menos organizada, en la región donde el PdIP operó. "Sobre los campesinos se desencadenaría toda la violencia de la represión ordenada por Rubén Figueroa, casi una venganza personal que cobró decenas de víctimas, de desaparecidos, de los cuales aún ahora se demanda su liberación" (Bellingeri, 2003: 247). Todo indicaba que la guerrilla rural más importante de la Segunda Ola estaba aniquilada. Todo indicaba.

Campañas militares, detención de familiares, poblados arrasados, cerco de comunidades, bloqueo de alimentos, uso de programas sociales y construcción de caminos con fines militares, son ellos parte de esta guerra sucia que el Ejército desplegó contra la guerrilla en Guerrero. Pero los excesos, algunos informados, con sello oficial en el papel, son cuantiosos, terroríficos. De ello hay muestras. Un resquicio de la memoria. Menos, muy menos se ha documentado a partir del Ejército, se han negado a ello, a pesar de que una instancia que tuvo que ver con el aparato de seguridad mexicano y su posterior actuación para enfrentar a la guerrilla, fue la Sección II de la Sedena. En marzo de 2002, un limitado acervo de la Sedena fue depositado en el Archivo General de la Nación con esos documentos se ha iniciado parte de la reconstrucción de la guerra sucia que practicó en los años setenta el Ejército en el estado de Guerrero.

No obstante, la poca documentación revisada no miente, en ella no hubo pira de la memoria. Un elemento. El 18 de junio de 1974, el agente de la DFS comisionado en Acapulco, Isaac Tapia, hizo llegar un escrito a su jefe Luis de la Barrera. En él reportaba: "Se han venido descubriendo cadáveres de personas no identificadas en diferentes sitios, tanto de esta ciudad como de lugares vecinos, los cuales presentan señas de tortura: impactos de proyectiles, desfiguro del rostro y quemaduras en el cuerpo"; agregaba: "Con relación a estos hechos se ha



llegado a saber, en forma confidencial, que dichos cadáveres son de personas conectadas con los comandos de Lucio Cabañas Barrientos, que han bajado a la ciudad o lugares circunvecinos para abastecerse de provisiones o sirven de alguna forma de contacto a dichos grupos, los que son detenidos por órdenes expresas del general de división Salvador Rangel Medina, comandante de la 26 zona militar con base en Acapulco"; continuaba: "A estas personas, después de obligarlas a decir la información que tienen respecto a los grupos y movimientos de Lucio Cabañas Barrientos, les dan a beber gasolina prendiéndoles fuego, independientemente de dispararles sus balazos"; al final advertía: "Por otra parte, existe gran contrariedad entre los campesinos, que ya conocen al teniente coronel Quiroz Hermosillo, de la Defensa Nacional, por su presencia de quien sospechan sea el responsable de las ejecuciones" (en Scherer, 2004a: 86-87).

Al final, los saldos dejados por el Ejército en su actuación en el estado de Guerrero son aún incuantificables. Muertos y desaparecidos; encarcelados y dañados. Y es que "La guerra sucia en Guerrero fue como la guerra sucia en Chile o en Argentina. Frente a la vesania, esa locura furiosa, carecería de sentido hablar de un mayor o menor número de muertos acá o allá. El dolor no tiene medida. Tampoco la jauría librada a sí misma" (Scherer, 2004a: 80).

Muchos de los desaparecidos, sobre todo los detenidos en la sierra de Guerrero, no participaban en actividad subversiva alguna. Fueron detenidos en las operaciones que el Ejército efectuaba para aniquilar a las guerrillas de Genaro y Lucio. Madre y esposa de desaparecidos, María Eugenia Barrientos Zamora recuerda que su esposo e hijo iban por leche cuando los detuvieron, los acusaban de ayudar a Lucio, y nada sabe de ellos: "Mi hijo se llamaba Fidel Serrano Barrientos y se lo llevaron de un punto del Cochoero. Es un embarcadero. Dicen que allí lo agarraron a él, que una madrina lo entregó. Él no tenía nada que ver. Era muy joven. Se lo llevaron a él y ya no supe de él. Ni siquiera de un paradero donde lo hubieran visto"; se interroga: "¿Qué cosa pasó? Eso es lo que yo habría querido saber. ¿Qué pasó con ellos, con los dos, mi marido y mi hijo? ¿Qué les hicieron?"; y demanda: "Yo he pedido todo ese tiempo que nos los entreguen, que si están vivos que nos lo digan, que dónde están para ir con ellos... A ver dónde

están. Que nos los entreguen, que nos den a conocer donde están, que nos digan a ver si viven o se murieron, qué se hicieron de ellos. Que nos digan. Yo ya no tengo más cosa en la mente" (en Scherer, 2004a: 90). Niños y niñas desaparecidos por el Ejército (Castellanos, 2007). Rosa Santiago Galindo, de su hijo, entonces un niño, recuerda: "Yo sentí que me moría, que el mundo se me venía encima. Yo sabía que si lo había agarrado el gobierno, no lo iban a soltar, porque todo el que se llevaban ya no aparecía" (en Scherer, 2004a: 103). Al Ejército, al menos desde los tiempos de Lucio Cabañas, los campesinos lo denominan "el gobierno". Los niños eran guerrilleros en potencia, aducirán. Y los de apellidos "Cabañas" o "Barrientos" lo eran también, de ahí que se les detuviera.

Unos desaparecidos, otros más dieron un giro a sus orígenes, como forma de sobrevivencia, negando su devenir. Rocío Cabañas Serafín señala que de la familia quedan sólo trozos. Muchos cambiaron el nombre para evitar la persecución. Al respecto, dice David Cabañas: Sobre los apellidos, hubo que cambiarlos, "por la represión. En mi caso mi mujer dice que yo soy 'un calendario', yo fui aquí un nombre, allá fui otro, para que no me ubicaran, no me identificaran; eso durante 23 años de vida clandestina; para poder burlar la represión". Otros aguantaron, porque perder el nombre es perder una buena parte de la identidad, y no lo soportaban. Otros más, sin rituales de entierro. Hermana de desaparecidos, Juana Adame de Jesús, dice: "Yo quiero que hagan todo lo posible por localizarlos. Son personas buenas, a nadie le hicieron daño, a nadie. Mis padres envejecieron y murieron. Y yo, pues no quiero morirme igual que mis papás, sin saber de mis hermanos"; se los llevaron acusados de pertenecer al grupo de Lucio: "ellos viven, ellos viven, mis hermanos no están muertos, mis hermanos viven y yo quisiera que los encontraran"; y al igual que la madre-esposa anterior, mantiene esperanzas: "No quiero morir sin volver a darles un abrazo. Ahora, si por desgracia ya no viven mis hermanos, pues que me entreguen sus restos y yo sabré dónde voy a poner sus huesos. También sabré dónde les voy a llevar flores".

Un grupo de familiares y sobrevivientes de esos tiempos, ha sido claro al respecto (Proceso, 1453, 05/09/04: 25): "ahora hay quienes dicen que hay que

olvidar el pasado y perdonar, pero ¿quién tiene que pedir perdón?; ¿de qué nos van a perdonar a nosotros, que fuimos torturados, vejados y privados de nuestra libertad por años de nuestra vida? Desde hace más de 30 años, nunca hemos querido venganza. Pero nosotros no olvidamos tanto dolor y sufrimiento. Sólo seguiremos exigiendo la verdad y la justicia. Nada más, pero nada menos”.

Al final, puede observarse la ofensiva militar y de programas sociales que el gobierno puso en marcha para acabar con el PdIP. En el primer caso, en el informe de 1976 que presentó Hermenegildo Cuenca Díaz, titular de la Sedena, ante el Congreso de la Unión, resaltan las compras realizadas entre 1970 y 1973, años de auge de la guerrilla. Carro ligero de exploración con capacidad de ¼ de tonelada: 1971, 202; 1972, 214; 1973, 100; después de ese año disminuye la compra. Camiones de estacas: 1972, 71 de 2.5 toneladas; 1973, 152 de 2 toneladas y 62 de 7 toneladas; 1974, 91 de 2 toneladas y 30 de 7 toneladas; después disminuyen. Eran vehículos para moverse en zonas montañosas, de exploración y traslado de personal y material. Se usaron para campañas sociales y otros fines militares (en Macías, 2008: 68). En el segundo, se echaron a andar programas, aunados al despliegue militar, como apertura de caminos, ampliación de redes de electrificación y de teléfonos, creación de centros con atención médica, incremento de créditos, se amplía la compra de productos agrícolas y el apartamiento de acaparadores, abasto subsidiado; esto es, la asistencia social del Ejército se amplió. En 1972 el Ejército realizó en el país 3 campañas de asistencia social, dos fueron en Guerrero. Los créditos se incrementaron de 1970 a 1974, luego cayeron. En 1971. El Ejército reparte 36 mil despensas, todas en el estado de Guerrero, lo mismo 3,600 bultos de ropa. Vacunas aplicadas fueron 8,500 en Guerrero y 14,600 en el resto del país. Consultas médicas, 14,000 en Guerrero y 10,800 para el resto del país. Kilos de medicina distribuidos, 13,200 en Guerrero, nada al resto del país. Árboles plantados en Guerrero, cero, en el resto del país 6,300. (en Macías, 2008: 160). La cuestión es clara: para qué se plantarían árboles en Guerrero, si la prioridad era otra: ganarse a la población, quitarle el agua al pez. Para 1973, año de auge de la guerrilla, se incrementa la “asistencia

social" del Ejército. Entrega de despensas 105, 600. Vacunas aplicadas 192,000. Consultas médicas, 635,000, y así se miran otros rubros.

Lucio Cabañas sintetizaría esta guerra que emprendió el estado mexicano en su contra, de la siguiente manera: "en cuanto a las campañas militares que nos han hecho contra nosotros, son 14 hasta hoy... [de] 4 clases: la primera campaña era por puros caminos, con el Ejército nomás, sin la Judicial y no trataban mal a la gente", después "vino otra. Y entonces, en esa campaña, ya vinieron agarrando familiares y a torturar, y entonces se valieron ya de gavilleros... y luego intervino la Judicial: Judicial, gavilleros y Ejército nos buscaban. Y empezaron a golpear y a torturar... Este fue el segundo tipo de campaña"; en "el tercer tipo de campaña... todo 1970... ya era la persecución contra los dos grupos: Genaro y nosotros. Entonces ya se metió helicóptero y se metió avionetas, y ya el Ejército no puso emboscadas en los caminos y sitio en los pueblos, sino que puso emboscadas en silos, en puntos en donde les parecía que íbamos a pasar algún día. Y ese Ejército seguía robando, torturando y matando, pero con la diferencia de que ahora hasta en los montes se metía", en efecto, "el tercer tipo de campaña, esta gente del gobierno trajo la primera campaña de sanidad... de doctores y médicos que vinieron a curar y a regalar medicinas y frijolitos y muchas cosas. Y el Ejército ya vino haciendo labor social... Entonces las campañas comenzaron a ser militares y políticas... se empezó también a regalar papeles con propaganda en contra de Genaro y en contra de mí"; al final "El último tipo de campaña militar es el que nos están dando después de las emboscadas... entonces ya se usaron 6 camiones juntos u 8 camiones juntos o 10 camiones juntos de soldados y judiciales... es otro tipo de campaña más atenta, más técnica... meten tanques... tanquetas... esta última campaña ya viene de otro modo, más política y más técnica: helicópteros, tanquetas, aviones, muchos camiones, mucho Ejército y mucho FAL... Esta última campaña es la más peligrosa" (en Suárez, 1985: 71-76).

Lo militar y lo social conjugados en esa guerra sucia que sacudió al estado de Guerrero.

### 3. 1. 1 Los vuelos de la muerte

Y es que en efecto, el Ejército reprimió, torturó, desapareció. Evaporó gente. Y hubo distintas maneras en que ello aconteció: algunas personas fueron llevadas a campos militares, habilitados como cárceles clandestinas, y de su destino ya no se supo más nada.; otras más fueron arrojadas a fosas clandestinas, y sus restos ahí quedaron sin que nadie supiera quiénes eran los ahí depositados; otras más fueron volatilizadas o trasladadas en vuelos, llevados al mar y ya no se supo nada más de ellas. De eso trata este apartado. En efecto, una de las actividades menos revisadas e inhumanas que realizó el Ejército mexicano en esos años de la guerra sucia, y que han estado más cercanas al terreno del olvido social, fue arrojar al mar a aquellas personas acusadas de ser guerrilleros. Cuerpos muertos y algunos con vida, según trazan algunos relatos.

Este tipo de práctica, trasladar personas con vida y amenazar con lanzarlas al mar tiene sus antecedentes inmediatos a inicios de los sesenta en el norte del país y en el estado de Guerrero. Pasando las elecciones de diciembre de 1962 en el estado de Guerrero, y ante el fraude electoral que se comete contra la entonces Asociación Cívica Guerrerense, sus militantes salen a las calles a protestar, y para acallar las voluntades hechas públicas, el gobierno manda al Ejército a enfrentar las protestas. Las protestas contra el fraude se extienden a varias ciudades del estado, y la manera como enfrentarlas por parte de la institución castrense es la represión y la tortura. Testimonios de tortura y represión aparecen en algunas publicaciones no ligadas al gobierno. Pero aparece una práctica que antes no se había registrado o al menos ventilado en algún medio impreso. La revista *Política*, recoge un testimonio cruel, narra un testigo: “el Ejército se lo llevó para treparlo en un helicóptero y colgarlo de los pies mientras volaban sobre el mar” (en Glockner, 2007: 126). Estamos en 1963. Años después esta sería una práctica algo recurrente y sujeta de exportación a algunos países sudamericanos. En efecto, desde México se exportará esa práctica cruel de los vuelos de la muerte, pues al menos desde inicios de los años setenta se realizaban, según testimonios de algunos militares y de algunos sobrevivientes ligados a la guerrilla. Estos se efectuaron en el estado de Guerrero, teniendo como punto central, como

plataforma, la Base Aérea de Pie de la Cuesta. Hay que recordar que, en buena medida, el Ejército tuvo a su cargo la aniquilación de la guerrilla rural. Pues bien, dicha Base Aérea se construyó durante la administración de Miguel Alemán, con fines turísticos, para que llegara medio mundo a Acapulco. Después estuvo abandonada, hasta que fue retomada para usos militares, cuando los grupos de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez tomaron las armas, ello con la finalidad de agilizar el traslado de tropas castrenses al estado de Guerrero. Con la persecución a la guerrilla, sobre todo a la de Lucio, comenzaron a surgir versiones de vuelos que trasladaban a sospechosos de ser guerrilleros para ser arrojados al mar. Los vuelos, se decía, salían de la base militar Número 7, en Pie de la Cuesta.

Pie de la Cuesta se reactiva y con su reactivación llegará la parada necesaria para los señalados de ser guerrilleros o, de apoyar sea al grupo de Genaro o al de Lucio. Algunos tendrán ahí su última estancia conocida. Otros, afortunadamente, regresarán. Algunos de estos reconstruirán lo que ahí acontecía. Es el caso de Arturo Gallegos Najera, del grupo Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que encabezaba Carmelo Cortés, quien sobrevivió a ese sitio. Él narra que fue detenido el 20 de septiembre de 1974 por el jefe de la policía judicial de Acapulco, Wilfrido Castro. Lo llevan a una casa donde es torturado, y después a Pie de la Cuesta. Reconoce el sitio por el ruido del mar y la música de un salón de fiesta que se encuentra cerca del sitio. Ahí había unas 30 personas, con los ojos vendados, que llegaban ahí ya torturados. En Pie de la Cuesta, no se torturaba, recuerda Gallegos, más bien era “un sitio de descanso de la tortura”. Hasta Pie de la Cuesta llegaban los militares Quirós Hermosillo y Acosta Chaparro, con la consigna de que entregara a Carmelo, lo cual no ocurre. No obstante, de esas 30 personas que vio con vida en ese sitio, Gallegos sólo volvió a ver a tres con vida. En el tiempo que estuvo recluso, dice, “logré identificar a Teresa Estrada Ramírez, a Moisés Perea Cipriano, a un hermanito de Lucio... a ninguno volví a ver vivo” (en Díaz, 2002: 17). Arturo Gallegos fue presentado cuatro días después de ser detenido y torturado, ante el Ministerio Público, acusado de la muerte de Margarita Saad, quien había sido secuestrada por las

FAR. El rumbo que tomaron esos otros que Gallegos ya no vio con vida, algunos otros testigos lo reconstruirán.

Con la reactivación de la base y su operación con fines de contrainsurgencia, en 1973 el Ejército adquiere una docena de aviones con capacidad para despegar y aterrizar en pistas cortas. Son naves que se requieren para cierto tipo de operaciones, algo un tanto distintas a las realizadas por los castrenses hasta pocos años atrás. Dichas naves se usarán para trasladar cuerpos que no serán depositados en tierra sino en el mar. Entre este tipo de naves se encuentra el Avión Arava, que fue diseñado por una empresa israelí, para que realizara despegues y aterrizajes en pistas cortas. En 1973, México adquirió 12 de esas naves. Algunas se usarían tiempo después, en 1994, en operaciones contra la guerrilla del EZLN (Beltrán, 2002a). Pero no sólo trabajarán con aviones, lo harán también con helicópteros, según puede rearmarse en los testimonios que más adelante se presentan. Reactivación de Base y adquisición de naves propicias para el combate a la guerrilla indican los tiempos en que se comienzan a efectuar vuelos que se deshacen de cuerpos mutilados, torturados, señalados de ser guerrilleros y son arrojados a puntos diversos del estado, por supuesto en sitios lejanos de la mirada humano. De lo que se sabe son de esos cuerpos arrojados al mar.

Son tiempos en que comienzan a escucharse palabras y frases antes no expresadas, que dan cuenta de la situación de la lucha en el estado. Palabras como “marinero”, “aviador” o “minero” que usaban los militares, designaban que a alguien lo habían echado al mar, había sido arrojado desde un helicóptero o había sido sepultado vivo, respectivamente (Hipólito, 1982: 73). Son palabras que comienzan a circular, pero que no aparecen en la prensa, tampoco se reconocen oficialmente, ni en ese entonces ni a la fecha. Pero muestran cómo se mueven las cosas en esa lucha de los militares contra la guerrilla. Y justamente varios militares han testimoniado algunos de los casos de lo que aquí se reconstruye. A decir de Simón Hipólito, quien fuera preso político en Morelos, recuerda lo narrado por un militar que participó en la lucha contra el PdIP en Guerrero: en la sierra de Atoyac detienen a un indígena, lo someten a tortura para que delate el paradero de la

guerrilla; el indígena aguanta y calla. Un helicóptero llegó por él y se lo llevó. Cuando preguntaron por el indígena detenido, otro militar respondió: "ya lo mandaron de marinero"; había sido arrojado al mar (Hipólito, 1982: 68).

Simón Hipólito que recorrió la sierra y comunidades campesinas para reconstruir la represión de que fue objeto la población en los tiempos de la guerrilla, da cuenta de lo narrado por un militar de ese entonces: en el Cuartel Militar de Atoyac había un helipuerto, de donde despegaban helicópteros para ir tras los guerrilleros del grupo de Lucio y que proveían de materiales a los militares, además de que en ellos se trasladaba a los detenidos, muchos de los cuales ahora están como desaparecidos (Hipólito, 1982: 45), algunos, ha de suponerse, arrojados al mar.

Militares que participaron en esas actividades, tiempo después recuerdan eso que aconteció décadas atrás, el significado de tales actividades se mantiene, lo evocan. Antonio Navarro Alcántara era soldado del 27 Batallón de Infantería adscrito a la XXVII Zona Militar en Acapulco, Guerrero. Narra que en un cuarto estaban 13 campesinos acusados de ser guerrilleros; eran los inicios de 1973. Le dijeron que los cuidara. Días después los campesinos fueron transportados en el helicóptero que usaba el general Joaquín Solano Chagoya, quien fuera comandante de esa Zona Militar. Cuando Navarro preguntó el destino de los campesinos, otro soldado le respondió: "¿Esos? A tirarlos al mar" (en Díos, 2004: 325). Después a Navarro lo trasladaron al cuartel militar de Atoyac, en donde se enteró de algo más: en el sitio del cuartel se hizo una fosa en la que fueron arrojados más de 300 cadáveres de quienes eran acusados de ser guerrilleros. Eso dijo ante la Fiscalía Especial a fines de 2003. Sirvió al Ejército entre mayo de 1970 y mayo de 1973 (Díos, 2004).

Otro soldado, desde ese ojo de la trinchera militar, desde ese sitio de combate, desde un punto de memoria que ejecutó planes que no diseñó, aporta su pieza para la reconstrucción. Ese soldado participó en la lucha contra la guerrilla de Lucio Cabañas, y que de hecho estuvo en la ofensiva final contra el guerrillero, Benito Tafoya Barrón, escribió una carta dirigida a sus hermanos para advertirles de no meterse a la guerrilla, porque a los guerrilleros les iba muy mal. La carta



escrita en febrero de 1975 testimonia, asimismo, los vuelos de la muerte. En una parte de la carta narra que entrar a la guerrilla era meterse “en problemas muy serios, digo problemas muy serios porque me ha tocado ver cómo acaban los que se dicen guerrilleros, digo que me ha tocado ver porque yo participé cuando rodamos a Lucio Cabañas y a su gente, y murieron muchos y a los que agarramos vivos (fueron varios) a mí me tocó subirlos a un helicóptero, amarrarlos de pies y manos y atados a unas barras de fierro e irlos a tirar al mar, y entre ellos iban dos muchachas” (en Castillo, 2008: 7).y en estas pequeñas historias, en este armazón de desaparecidos desde el aire, van apareciendo nombres, sobre todos: los generales Francisco Quiros Hermosillo y Mario Arturo Acosta Chaparro. Los testimonios apuntan hacia estos dos personajes, militares que daban órdenes, que planeaban lo que iba a acontecer.

En este ejercicio de olvido de las cúpulas militares, otros reconstruyen sus hazañas. El siguiente es un testimonio largo y detallado. El capitán segundo de la Fuerza Aérea Mexicana, Margarito Monroy Candia, se encargaba de dar mantenimiento a las aeronaves. Había tomado cursos en Israel en 1973. En 1974 lo mandan a Pie de la Cuesta por unos días, y finalmente se queda dos años. Recuerda la primera vez que Acosta Chaparro y Quiros Hermosillo llegaron a la base a dar instrucciones sobre vuelos de la muerte.

“La persona era sacada de un cuartito que estaba dentro de la base aérea, a unos veinte o treinta metros de donde los ejecutaban, vendada de los ojos y la sentaban en un banquito, y de ahí alguien se le acercaba por detrás y le daba un balazo en la nuca. A mí me tocó darme cuenta la primera ocasión cuando mi general Quirós Hermosillo disparó a varias gentes, me acuerdo bien, cuando lo tenía cerca, lo vi con la camiseta manchada de sangre. Por eso yo entre el personal le puse el *Verdugo*, y a la pistola que usaban para matar gente, que por cierto era una Uzi 9 milímetros, le puse ‘la espada vengadora’, ya que hasta donde sé la habían traído de Israel” (en Castellanos, 2007: 161).

Y así van ejecutando a varios más. Continúa el relato de Monroy Candia:

“Procedimos a subirnos al avión. Al subir vi, sobre el piso del avión, unos ocho cuerpos de personas muertas vestidas de civil, creo que eran puras personas del sexo masculino. Eran gente humilde, era gente de pueblo. Todos estaban llenos de sangre. En un principio no me di cuenta cómo habían muerto, aunque sí vi que tenían mucha sangre en la cabeza, sin saber en ese momento si eran o no las personas que momentos antes habían ejecutado. Al ver esto me sorprendí, le dije al capitán, pero me dijo: ‘Este va a ser nuestro trabajo’... Después de despegar de la base, volamos por un tiempo unos veinte o treinta minutos... el capitán disminuyó la velocidad y bajó un poco la altura a la que viajábamos. Después de esto, los tres elementos de la policía que iban en el avión, uno de ellos empezó a jalarlos [los cadáveres] y a acercarlos al espacio de la puerta, que se había quitado y que por cierto se dejó en la base, mientras los otros dos, los tomaban, unos por las manos y otros por los pies, los balanceaban y los empezaban a tirar. No me di cuenta en qué lugar nos encontrábamos cuando tiraban los cuerpos” (en Castellanos, 2007: 162-163).

Monroy Candia, en testimonio ministerial, señala que asistió a unos 15 viajes espaciados, entre quince días y dos meses, en esos vuelos llevaban de 120 a 150 cuerpos que arrojaron al mar, la mayoría hombres, y algunos aún con vida. Los cuerpos eran puestos en costales de ixtle y con piedras para que no salieran a flote.

Los arrojados al mar no eran sólo personas del estado de Guerrero; a la Base Militar eran trasladados algunos de los secuestrados en las ciudades y que estaban detenidos ilegalmente en el campo Militar Número Uno. Alguien daba la orden y eran trasladados: unos a la ciudad de México, otros a la Base de Acapulco. Quizá la “peligrosidad” que se les endosaba signaba el destino. El que sigue narrando es Margarito Monroy Candia:

“En algunas ocasiones llegamos a venir a México con el mayor Francisco Javier Barquín, con parte de su personal... en esos viajes, en algunas ocasiones, traíamos algunos detenidos, y por coincidencia nos llevábamos otros detenidos de aquí para ser ejecutados allá. Aunque esto no fue

seguido. Sí se dio en unas seis ocasiones, llegando a llevar mujeres y en casos hasta matrimonios para ser ejecutados allá en Guerrero. Esto lo sabía porque después en los traslados que hacíamos al mar, los veía yo muertos o bien veía cuando los mataban. Yo me acuerdo que los generales Francisco Quirós Hermosillo y Acosta Chaparro participaron en las detenciones y la muerte de los detenidos en las primeras ocasiones, ya que después el general Acosta Chaparro fue designado director de la policía en Guerrero y el general Quirós Hermosillo designó al mayor Barquín para hacerse cargo de las operaciones de detención y muerte de los detenidos, aunque siempre lo hacía bajo las órdenes del general Quirós Hermosillo. Las personas eran detenidas y muertas, sé que pertenecían, la mayoría, que eran de la Liga 23 de Septiembre y a otros grupos de la guerrilla. Pero la gente era de toda clase. Gente de pueblo, ciudad, de buena situación económica, ingenieros, doctores, licenciados de todo tipo. Por cierto en estos casos cuando eran mujeres, me acuerdo que el personal de la policía militar a las órdenes del mayor Barquín, que cuando veníamos a México viajaban con nosotros, llegaba a tal grado que a pesar de que las personas que traíamos iban a ser ejecutadas, les ofrecían que sí tenían sexo con ellos al llegar a Guerrero, las dejarían en libertad a ellas y en su caso a los esposos cuando los tenían y en varias ocasiones las mujeres aceptaban, pero nunca que yo viera, fueron dejadas en libertad” (en Castellanos, 2007: 253-254; Díaz, 2002a).

De esto, en algunos casos, ha quedado constancia formal, papel membretado, con sello y todo ese ritual. En otros casos, la constancia narrativa llega cuando se presentan los juicios contra aquellos que participaron en dichos vuelos; aunque el juicio no es por un delito relacionado con la guerra sucia, sino por sus vínculos con el narcotráfico. Como sea, la narración reconstruye lo acontecido.

Los generales Quiros Hermosillo y Acosta Chaparro aplicaron este método de “lanzarlos vivos al mar. Ese método de factura mexicana sería exportado y aplicado a la subversión argentina” años después (Rodríguez, 2004: 12). Gustavo Tarín Chávez trabajó cercanamente con Mario Acosta Chaparro y Francisco

Quiros Hermosillo en Guerrero durante el periodo de la guerra sucia. Tarín, fue detenido en noviembre de 1999 por el FBI, por sus actividades relacionadas con el narcotráfico. La PGR también lo buscaba. Se acogió al programa de testigos y terminó por testificar contra sus antiguos jefes, quienes enfrentaron cargos por sus vínculos con el narcotráfico, no por la represión que ejercieron contra los campesinos. Un exguerrillero, Arturo Gallegos Nájera, recuerda bien a Tarín. De él dice que fue el brazo ejecutor de Acosta Chaparro. Un colaborador de Acosta recuerda que Tarín y su hermano eran los encargados de desaparecer y tirar los cadáveres al mar de aquellos que eran acusados de ser guerrilleros o de apoyarlos. Gustavo Tarín era integrante de la Brigada Blanca, en esa calidad llegó a Guerrero para realizar su "trabajo" (Díaz, Gutiérrez y Monge, 2002). Este tipo de acciones y de traslados una y otra vez se han negado; la versión oficial es que no existieron, apuesta al olvido. No obstante, alguna documentación que ha ido "saliendo" o que se ha arrancado de los archivos de la policía política ha posibilitado ir entrecruzando datos y saber de algunos de esos excesos de los militares que fueron documentados o informados oficialmente en su momento.

En 1996 la PGR abre una investigación y en 1997 concluye que Acosta Chaparro y otro militar protegen al narcotraficante Amado Carrillo, *El Señor de los Cielos*. El Ejército también lo investigaba. Ese año Quiros Hermosillo también es investigado por la PGR, igual por vínculos con el narcotráfico. En el 2000 es detenido y procesado Acosta Chaparro, el procurador militar determinó su responsabilidad. En 2002 un consejo de guerra lo condenó y le quitó los grados. Fue entonces que organizaciones de derechos humanos interpusieron demandas en su contra, por las desapariciones forzadas y asesinatos en Guerrero en los años setenta. Esos cargos se sumaron al de vínculo con el narcotráfico. Antes de concluir el gobierno de Vicente Fox, en junio de 2006, fue exonerado de los cargos de homicidio y desaparición. En junio de 2007, con un nuevo titular en la Sedena, fue exonerado y en junio de 2007 salió del CMN1. Proceso similar fue el de Quiros Hermosillo.

Bien. Los trozos de reconstrucción continúan, ahora en voz de otro de los participantes, que años después, ante el juicio que se les abría a Quiros

Hermosillo y Acosta Chaparro, por su participación en la guerra sucia, declararon ante la Procuraduría General de Justicia Militar. Roberto Bernardo Huicochea Alonso, fue uno de los seis oficiales de la Fuerza Aérea que piloteó los denominados “vuelos de la muerte”, en un avión Arava IAI-201. Ello de acuerdo con testimonios militares. Los otros nombres que se señalan son los de Margarito Monroy Candia; Apolinar Cevallos Espinoza; Carlos David González Gómez; Federico Torres Prado y Jorge Eduardo Violante Fonseca. Esta información trascendió en la averiguación que la Procuraduría General de Justicia Militar le siguió a los generales Acosta y Quiros por su posible responsabilidad en la desaparición de 143 personas durante el periodo de la denominada guerra sucia. En esa averiguación Huicochea señaló sobre las versiones de los “vuelos de la muerte”: “sólo las conocí a nivel de rumor”. De esa investigación se desprende que Huicochea y otros cinco pilotos efectuaron vuelos desde la base aérea de Pie de la Cuesta, vuelos en que transportaban cadáveres de civiles, y en algunos casos cuerpos con vida, a decir del testimonio del piloto Violante Fonseca. En la base de Pie de la Cuesta, se indica, operaban unidades de la Policía Militar, al frente se encontraba Quirós Hermosillo; y de la Brigada de Fusileros Paracaidistas, al frente de la cual se encontraba Acosta Chaparro. En dicha investigación se señala que los denominados “vuelos de la muerte” se efectuaron entre agosto de 1975 y enero de 1979 (Veledíaz, 2002: 17).

El punto de partida de la desaparición, y por tanto sitio de la memoria, era y es la Base Aérea Militar de Pie de la Cuesta, de Acapulco; ahí, quienes trabajaban para Quirós Hermosillo lo hacían también para Acosta Chaparro, y eran quienes llevaban a los acusados de ser guerrilleros con los ojos vendados y los dejaban en una cabaña a la que se tenía acceso restringido. Quien en ese momento es capitán, Francisco Javier Barquín Alonso, lleva el registro, en una libreta, de aquellos que entran a la Base. Pocos, muy pocos, saldrán con vida. Eso narra Gustavo Tarín Chávez, quien trabajó en el Ejército en el área de Inteligencia Militar, y que entre 1975 y 1979 estuvo bajo órdenes de Acosta Chaparro. En ese tiempo, en los puestos de control que el Ejército implementó en Guerrero, detuvieron a alrededor de 1,500 personas. Algunos fueron trasladados a Pie de la

Cuesta. Ahí Barquín los registraba en un libro de "pastas negras". Eran Quirós y Acosta quienes elegían a aquellos que serían ejecutados con una pistola bautizada como "la espada justiciera". Asimismo, recordó que los cuerpos eran metidos en sacos de lona, trasladados en el avión Arava y lanzados al mar. En ocasiones eran 12 o 14 o 16 los cadáveres. Declaró que Acosta "habrá ejecutado personalmente a unas 200 personas, por supuesto, con la autorización del general Quirós Hermosillo". Los cadáveres eran puestos en una lona, y agregadas piedras; subidos a un avión tipo Arava. El avión despegaba sin luces, se dirigía a las costas oaxaqueñas, y alrededor de 12 cuerpos por vuelo, eran arrojados al mar. Otro militar, Jorge Violante Fonseca, señaló que en ocasiones los cuerpos que eran arrojados al mar, aún estaban con vida, pues se escuchaban quejidos de estos ya estando en pleno vuelo (Díaz, 2002a: 14). Había ocasiones en que se filmaba la operación. Quienes narran estos eventos, lo hacen tiempo después, en 2002, ante la Justicia Militar donde se dijo que se enjuiciaría a los militares implicados en los vuelos de la muerte. De ahí quedan testimonios que ayudan a reconstruir esos hechos en la historia olvidada de México. Ello sucede a raíz de que la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violación a derechos Humanos en México (Afadem-Fedefam) presentó una denuncia en noviembre de 2000 ante la PGR. Ésta se declaró incompetente y los demandantes no fueron informados que el caso pasaba a manos de la justicia militar. Se indica, en tal averiguación, que son 10 los militares que fueron testigos presenciales de tales eventos, mismos que apoyan la versión dada por Tarín. Uno de ellos declaró que tenían la consigna de "no ver, no escuchar y tampoco fisgonear lo que ellos realizaban" (en Díaz, 2002a: 14). Gustavo Tarín Chávez trabajó cercanamente con Mario Acosta Chaparro y Francisco Quiros Hermosillo en el estado de Guerrero, durante el periodo de la guerra sucia. Tarín, fue detenido en noviembre de 1999 por el FBI, por sus actividades relacionadas con el narcotráfico. La PGR lo buscaba. Se acogió al programa de testigos y terminó por testificar contra sus antiguos jefes, como ya se mencionó.

Esos son testimonios de los propios militares que estuvieron presentes en los vuelos de la muerte. Pero también está la otra mirada, la de aquellos que

sobrevivieron a esa posibilidad de ser arrojados al mar. Uno de ellos, Octavio Navarrete, quien en ese entonces era estudiante y fue detenido por Acosta Chaparro, y estuvo desaparecido entre el 16 de septiembre y el 31 de octubre de 1977, y que ahora se dedica a estudiar la guerra sucia en Guerrero, señala que las primeras víctimas que fueron lanzadas al mar provenían del CMN1; fueron trasladados a Pie de la Cuesta y de ahí al mar. Las víctimas llevaban los ojos vendados y se les disparaba. Caían en una lona que era amarrada por los cuatro puntos y después eran trasladados en helicóptero o avión y arrojados al mar. Después se recurrió a los sacos llenos de piedras, para evitar que los cuerpos flotaran. Narra: "las víctimas eran personas abatidas por la tortura; algunas habían sido detenidas desde la primera oleada de la represión en 1974, cuando se combatió a la guerrilla de Lucio, y otros eran miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre; cuando llegaban a Pie de la Cuesta, eran despojos humanos para los que un balazo en la nuca era un alivio" (en Díaz, 2002: 17). En Pie de la Cuesta se vio, igualmente, como en el Campo Militar Número Uno, a varios guerrilleros por última vez. David Cabañas, reconstruye:

"Los que bajaban de la costa, al ser detenidos, iban a Pie de la Cuesta, otros iban al Campo Militar Número Uno... Durante los cercos a la gente la detenían en los autobuses, les pedían el boleto a los detenidos, les decían "el paquete" y reportaban 'el paquete traía este boleto, para saber de dónde venía, dónde se había subido y a quién conocía... ahí empezaba la madriza. Era el principio: o hablas o hablas. Golpizas, bolsa de plástico, meterte en bolsas con cal, choques eléctricos, el ahogamiento... hay testigo de que a algunos se los llevaban a la playa... de Pie de la Cuesta salían en el avión panzón, que llevaba y los tiraba en alta mar, los cadáveres estuvieron apareciendo, en varios lugares de la costa... se cree que los degollaban a quienes iban a lanzar al mar y les ponían plomo en los pies o piedras, para que se fueran hasta el fondo... es brutal la cosa. Es una pequeña parte de la guerra sucia".

Los cuerpos que fueron arrojados al mar, con todo y bultos y piedras para que no emergieran, retornaban, al menos algunas de sus partes. Y lo hacían como

evidenciando que algo estaba pasando, que se les estaba trozando y desalojando de este mundo, pero, como por cuenta propia retornaban y daban parte de los que ocurría: eran signos, señales del terror que se desplazaba por el estado de Guerrero y que culminaba en sus mares; en este caso, el mar como sitio de la memoria, húmeda, pero al fin memorable; y la ropa como artefacto, como elemento material de que alguien la portaba o la portó, y hace falta: ambos, mar-agua y ropa, dan cuenta de lo que estaba ocurriendo, desde ellos se narra. En efecto, el mar comenzó a regresar ropa y huesos. Eso dijeron pescadores de varias playas/mar en Guerrero. Playas como Hacienda de Cabañas (municipio de San Gerónimo), Japútica y Potosí (municipio de Petatlán), a fines de 1973 y hasta 1975, en donde pescadores vieron que el mar ahí arrojaba ropa de hombre, de mujer y de niños. Uno de ellos, con su hablar y tono, reconstruye a pocos años de ocurrido el suceso:

“a fine de mil noveciento setenta y tre hata mil noveciento setenta y cinco, cuando etaban lo vergaso allá en la sierra, cuando Cabañas cargaba en chinga al gobierno, casi toda la mañana y tarde viamo pasar helicótero que se metían hata dentro del mar, y había vece que víamo cuando arrojaban bulto. Depué el mar comenzó a arrojar pedazo de pantalone, de chamarra, de vetido de mujer, de niño, huarache, tenis, bota, y nosotros decíamos, son de lo guerrilleros. Se armó el mitote y mucha gente venía a buscar hueso, y vinieron lo guacho y nos dijeron que todo lo que arrojara el mar lo quemáramo o lo enterráramo, que a nadie dijera nada; porque si decíamos nos iba también a arrojar al mar o nos quitaban el negocio de la fonda. Y callamo hata la ves” (en Hipólito, 1982: 162-163; textual del original).

Otros pescadores coinciden en la reconstrucción.

La novela de Carlos Montemayor, *Guerra en el paraíso*, está armada sobre la base de investigación documental y entrevistas en el campo donde ocurrieron muchas de las acciones del Ejército. En ella el autor habla de los vuelos de la muerte y sus consecuencias: pescadores que se asombraban de ver cómo el mar expulsaba restos de ropa y de huesos. Y ante los rumores que comenzaron a



circular, los militares fueron a la zona a amedrentar a los pescadores para que dejaran de difundir la noticia (Montemayor, 1991: 166). Misma trama, la de la novela, pero es la recuperación de lo acontecido, en esta ocasión en voz de los pescadores.

Cuando en marzo de 1976 inicia la dictadura argentina, esa práctica de arrojar cuerpos con o sin vida al mar, era ya un recurrencia en México. De acuerdo con la Procuraduría General de Justicia Militar, en México se realizaron "vuelos de la muerte", el 6, 7 y 23 de agosto, y el 5 de septiembre de 1975; es decir, cuatro vuelos durante ese año (Beltrán del Río, 2002: 18). Los vuelos y las ejecuciones continuaron aún después de que se acabó con la guerrilla del PdIP, pues según testimonio de Candia, Acosta Chaparro, ya como funcionario del gobierno de Rubén Figueroa, fue sustituido por Barquín, y este cumplía las tareas que antes realizaba Acosta Chaparro. La evaporización de cuerpos se prolongó. Los vuelos de la muerte se extendieron al menos hasta 1976, en el periodo de José López Portillo. Tiempo después la Fiscalía Especial hablará de 30 vuelos de la muerte. En ese tiempo, alguna vez señaló Carlos Monsiváis (2004b: 177), se arrojan cuerpos torturados al mar.

Pero no sólo fue Pie de la Cuesta escenario de este tipo de acciones. Al menos en otro sitio, en Jalisco, se practicaron formas igual de crueles que las arriba mencionadas. Hay un testimonio de un militar de jerarquía.

Fines de 1970. En la sede del 17 Regimiento de caballería, en Ameca, Jalisco. Ahí llevaron a una docena de jóvenes, entre ellos una mujer, algunos eran estudiantes, ya los habían torturado en otras instalaciones militares. Los llevaron militares vestidos de paisanos. Los acusaban de "subversivos". Uno de ellos manifestó su preocupación de que lo mataran. "Como a las 3 de la mañana se presentó personal de la 15 Zona Militar con el propósito de llevarse a los detenidos. Cuando intentaron sacarlos me parapeté con los servicios de seguridad del cuartel y así impedimos que se los llevaran. Después de cinco horas se presentaron altas autoridades militares y me arrestaron por no dar debido cumplimiento a una orden"; y se llevaron a los jóvenes. "Cinco días después supe que aparecieron sin vida flotando en el lago de Chapala. Habían sido lanzados

desde un avión de la Fuerza Aérea, que partió de la base de Zapopan, mientras se encontraban inconscientes por el efecto de una droga para caballos que les inyectaron. Se encontró junto a ellos una gorra militar que tenía el nombre de un oficial del Ejército” (en Castellanos, 2001: 3; Dios, 2004: 13-14).

Este es un testimonio de un militar que después sería relegado por las propias instancias castrenses de sus filas. Disidente él y se decidió a proporcionar su testimonio. Quizá haya otros, pero no se han dado a conocer. En tanto, el rompecabezas de esas prácticas, los vuelos de la muerte, se va rearmando poco a poco. Ahora sabemos que al menos en dos estados se practicaron: Jalisco y Guerrero. Pero es este último estado en donde más se implementó, y tenían su sede: la Base de Pie de la Cuesta. Sitio tenebroso, territorio de memoria, aún inexpurgado, porque no se ha regresado, pero está como emplazamiento, se mantiene como marco social de la memoria, pues ahí se vio con vida a algunos de los que ahora se siguen buscando. Aunque se continúa negando, pues se quiere seguir manteniendo el olvido, hay quienes en ese entonces en posiciones de poder, ahora civilmente, aportan un ladrillo al edificio de la memoria de esos hechos crapulosos. Así es. Quien fuera procurador de justicia y secretario general de Gobierno durante el mandato de Rubén Figueroa en el estado de Guerrero, declaró que “los aviones salían de la zona militar de Acapulco con cadáveres y personas vivas para ser precisamente aventadas al mar abierto. Fue una época de crueldad” (en Habana, 2003: 12). Señaló, asimismo, que esas cosas se sabían en esa época en el palacio de gobierno. Claro, no podía ser de otra manera: las altas esferas del poder estaban al tanto de lo que ocurría. Cómo no estar datado. El propio gobierno federal, desde donde se decidió la aniquilación de la guerrilla, cómo no iba a estar al tanto de los excesos de los militares:

“Mientras salía en defensa de los pueblos del Tercer Mundo y de la emancipación de Latinoamérica en México, militares bajo su mando, como Mario Acosta Chaparro y Humberto Quirós Hermosillo, estrenaban los famosos vuelos de la muerte, arrojando a los guerrilleros vivos al mar en aguas de Acapulco, Guerrero. Echeverría apretaba con la misma mano dura que las dictaduras del continente a los adversarios ideológicos, pero

sin que se notara, con una mano invisible. La dictadura perfecta, una tiranía invisible" (Rodríguez, 2007: 169).

### **3. 2 En las ciudades: la Dirección Federal de Seguridad**

Mano dura que se aplicó contra una disidencia que dejó esfumados y, en ese sentido, nada menos y nada más, exactamente, es lo que exigen los familiares de los reprimidos: que se esclarezca lo que la institución castrense hizo en el estado de Guerrero. Pero otros, en otros lugares, asimismo, están demandando que se esclarezca lo que otra instancia de inteligencia política también hizo. Se refieren a la Dirección Federal de Seguridad (DFS). Este órgano de inteligencia fue creado a fines de la primera mitad del pasado siglo XX. Veamos su surgimiento, desarrollo y una parte de su actuación.

La hermana mayor, en cuanto a servicios de inteligencia se refiere, por derecho de antigüedad, es la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), que data de las primeras décadas del siglo XX (Rodríguez, 2004). Esta instancia, originalmente se encargaría del espionaje. Otro órgano de inteligencia, como ya se mencionó, es la Sección II de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena). No obstante, hay antecedentes del sistema de investigación, espionaje e inteligencia en México.

Se sabe que Venustiano Carranza tenía un sistema de inteligencia que le proveía de información vía espionaje, era la sección Primera, fuera del Ejército. Al triunfar la Revolución Mexicana, Carranza ordenó que se estableciera en la secretaría de Gobernación "un servicio de agentes de investigación" (Aguayo, 2001: 36-37). Eso fue en 1918. Sólo en el período de Miguel Alemán (1946-1952), tal instancia no estuvo en la secretaría de Gobernación. Este órgano se encargó de vigilar a amigos y enemigos del régimen. De hostigarlos y hasta de eliminarlos. El antecedente de la DFS, fue el denominado Departamento Confidencial (1931), que tenía como tarea vigilar a aliados y enemigos, según consta en su organigrama. Y para que se vea de qué se trataba dicho departamento, en el artículo 15 del Reglamento Interno del Departamento Confidencial, sobre las características del agente, se dice que ha de "ser leal, discreto, honrado, tener

valor civil, y personal, ser disciplinado, diligente, decente, sagaz, de notoria buena conducta" (en Aguayo, 2001: 40), entre otras cualidades. La lealtad y la discreción serían la columna en este aparato de inteligencia.

Un integrante de esa instancia, el "agente 2" en su momento señaló que un tiempo en que fue efectivo el sistema de inteligencia sucedió en los años 1925 a 1930, cuando el coronel Francisco M. Delgado lo dirigió; consignó: "se descubrieron complots contra instituciones y hombres de la Revolución; se localizaron extranjeros indeseables que agitaban a obreros y campesinos; se descubrieron guaridas o locales donde se imprimía propaganda sediciosa", entre otras cuestiones. Con la llegada de Miguel Alemán a la presidencia de México, éste con la DFS "quería tener una organización eficiente y moderna que lo protegiera, que controlara la escuálida disidencia y que hiciera todo lo que se le ordenara" (Aguayo, 2001: 43; 61). Pero jurídicamente no estaba clara su situación. Los gobiernos en turno le daban cierta inclinación, de acuerdo a sus intereses.

Bien. Entre diciembre de 1946 y enero de 1947 se crea la Dirección Federal de Seguridad (DFS). Su primer documento data de marzo de 1947. En él se señala que depende directamente de la presidencia de la República. A la llegada de Adolfo Ruíz Cortines a la presidencia, la DFS es trasladada a la secretaría de Gobernación, donde permanece hasta su desaparición en 1985 (Torres, 2008; Rodríguez, 2004). En la fundación de la DFS no participaron militares. Fue fundada por policías provenientes de distintas corporaciones. Hasta abril de 1947 se incorporaron diez oficiales egresados del Heroico Colegio Militar. Uno de ellos sería leyenda de esta policía política, Fernando Gutiérrez Barrios, quien llega hacia fines de 1948 o inicios de 1949. El primer director de la DFS fue el teniente coronel Marcelino Inutteta de la Fuente, su período fue de 1947 a 1952. La DFS tenía como propósitos resguardar al presidente y gobernantes visitantes, investigar asuntos delicados, analizar dicha información y realizar operativos contra enemigos del gobierno. Los agentes espiaban a opositores políticos, lo mismo dentro que fuera del partido gobernante; intervenían teléfonos (dos por turno), infiltraban grupos y se comunicaban en lenguaje cifrado. Mediando el siglo XX los opositores no eran muchos, al menos no abiertamente. Y estaban aislados.

El Partido Revolucionario Institucional (PRI), en el poder, y el gobierno controlaban prácticamente todo. La DFS los espía, se les controló y llegado el caso se les anuló. Desde sus inicios, la interpretación de la información era sumamente pobre. Con el arribo de Adolfo Ruiz Cortines, la DFS pierde cierta presencia, presencia que le daba estar cerca del presidente. Están en la secretaría de Gobernación (Aguayo, 2001).

La Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS) que también dependía de la secretaría de Gobernación se vio opacada por la llegada de la DFS a esa instancia. Los de la DFS se reían de los integrantes de la DGIPS, porque éstos se dedicaban a leer libros; éstos respondían que los de la DFS eran “gorilas”, describiendo así la actividad de esta policía. No obstante señalar que los jefes de la DFS toleraban el contrabando de narcóticos y que eran poco escrupulosos y que abusaban del poder, la central de Inteligencia Americana (CIA) consideraba a la DFS como buena por responder a métodos y modelos del FBI (Aguayo, 2001). Aunado a ello, su fama iba en ascenso: servicio de inteligencia corrupto y duro. Y es que como parte de las reglas no escritas, y ante los salarios bajos, los jefes dejaron hacer a sus agentes: extorsión, robo, chantaje, protección, narcotráfico, fueron prácticas del juego de la DFS (Torres, 2008).

El reclutamiento, por otro lado, era por recomendaciones personales, y quien recomendaba se hacía cargo del recomendado. Eso, de alguna manera, dificultó su infiltración. Los integrantes de la DFS se creían especiales, no “policías corrientes” y se les comenzó a otorgar grados militares. Sus agentes portaban credencial, denominada *charola*, que se usaba según los fines. “si el agente buscaba recabar información, la *charola* se mostraba con lentitud para que el interrogado captara con plenitud el poder que se desprendía de ella; si se trataba de alguna detención o negocio privado se pasaba como un *flashazo* ante los ojos del intimidado. El tono de voz y las palabras se adecuaban a las circunstancias” (Aguayo, 2001: 76). La *charola* convertía a quien se le entregaba en parte del aparato de inteligencia de seguridad, y mudaba a quien la portaba en un personaje con inmunidad (Rodríguez, 2004). Las *charolas* también se vendían como ocurrió en demasía en el período de Leandro Castillo Villegas (1952-1957).

Para 1959 Fernando Gutiérrez Barrios es ya subdirector de la DFS. En el periodo del entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz, éste nombra a Gutiérrez Barrios como director de la DFS. Con Gutiérrez Barrios llega un grupo de personas que manejarán muy a su manera la DFS durante varios lustros. Entre ellos Luis de la Barreda y Miguel Nazar Haro. Los tres, personajes emblemáticos y claves en esta instancia del aparato político de inteligencia en México. Sergio Aguayo (2001) señala que entre 1958 y 1985, los servicios de inteligencia estuvieron manejados por pocos personajes, como Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, Fernando Gutiérrez Barrios, Javier García Paniagua y José Antonio Zorrilla Pérez, siendo la época de mayor poder de la DFS entre 1964 y 1985. En este periodo, varios fueron los directores que la DFS tuvo. Fernando Gutiérrez Barrios (1 enero 1965 a 30 noviembre 1970); Luis de la Barreda Moreno (1 diciembre 1970 a 8 marzo 1977); Javier García Paniagua (8 marzo 1977 a 15 agosto 1978); Miguel Nazar Haro (16 agosto 1978 a 13 enero 1982); José Antonio Zorrilla Pérez (1982-1985) (Rodríguez, 2004). "El presidente y/o su secretario de Gobernación y/o el director de la DFS siguieron definiendo en secreto y discrecionalidad, la agenda de riesgos a la seguridad nacional" (Aguayo, 2001: 87).

En especial dos dependencias de la secretaría de Gobernación, la DFS y la DGIPS, se allegaron de mucha información que no procesaron e interpretaron para hacer un análisis cercano a lo que estaba ocurriendo en el país, primordialmente en el terreno político. "Sus teorías sobre conspiraciones eran enunciadas, pero no documentadas. Para justificar la existencia y los métodos de la organización exageraron sin recatos las amenazas internas a la seguridad y se dedicaron a atacar a los supuestos enemigos sin evaluar su verdadera peligrosidad. Los responsables de los servicios de inteligencia operaron con la más absoluta discreción, sin informar a nadie, y tomando decisiones que se convertían en páginas fundamentales y dolorosas de la historia contemporánea de México" (Aguayo, 2001: 92). O bien, ampliando y sintetizando, a la vez, puede plantearse de la siguiente manera: "La DFS, DGIPS y esa Sección II, incluidos sus brazos ejecutores llámense la Brigada Blanca o el Grupo Especial (C-047), serían,

en suma, los autores intelectuales y materiales de nuestra vergüenza histórica” (Rodríguez, 2004: 9). En 1965 se crea el C-047, grupo que se preparó medio año en la Academia Internacional de Policía en Washington (Castellanos, 2007). Sus razones políticas tenían.

En noviembre de 1965, después del asalto al cuartel Madera, el presidente de México le encarga a Miguel Nazar Haro que organice un grupo de investigaciones especiales para enfrentar a la guerrilla. Será el denominado C-047, antecedente de la otrora llamada Brigada Blanca (Glockner, 2007). Toda la información llegaba al grupo creado por Nazar Haro, ahí se procesaba la información y desde ahí se actuaba. Había 46 analistas, encargados de poner la información en tarjetas, ordenadas por nombre, apodo, objetos encontrados.

Cabe señalar que, desde su creación, el aparato de inteligencia ha tenido una relación perversa con el poder, del que ha dependido, ambigüedades y distorsiones lo han caracterizado en su devenir. A sus agentes se les utilizó, se les cobijó cual intocables, pero no se les mostraba públicamente, toda vez que se encargaban de la tarea sucia. Y así, con cada cambio en su dirección, al frente, los agentes podían quedar sin empleo. Juegos del sistema. La lealtad era al jefe inmediato superior. Se cumplían órdenes, no importando lo moral o ilegal de los métodos empleados. Los de más arriba, secretarios y gobernantes, miraban para otro lado ante tales métodos. Por ello, y como recompensa, se les permitían excesos personales, “travesuras”, que complementarían sus ingresos y así no tener inconformidades adentro del aparato. Cierta comodidad ante la carencia de reconocimiento social a su labor, creándose de esta forma condiciones de impunidad. Con cada jefe superior que se marchaba del aparato de espionaje, se iban archivos, información que comprometía a personajes de la vida pública. La pira de la memoria, ya no había qué comunicar, los documentos como artefactos de la memoria, desaparecían y su contenido no sería repuesto, revisitado.

Como se señaló, desde un inicio y para este momento no cambiaba esa situación, era poca su capacidad analítica, aunque lo compensaban con la gran cantidad de información y datos precisos que generaban, como el saber quiénes integraban los grupos armados y cómo iban evolucionando (Aguayo, 2001).

Paciencia, reuniendo información; cotejándola, torturando y sacando más información; haciendo que cuadrara. Eran las formas de la DFS, al menos un grupo en su seno así lo hacía. Así trabajaba Nazar Haro y su grupo en la DFS. Proveniente del Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y organizado en las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), Guillermo Robles Garnica (1996: 61) recuerda que durante su detención en Guadalajara, llegó Nazar Haro y lo interrogó, y a sabiendas de que habían asaltado bancos y la cantidad de dinero que habían obtenido, en un momento del interrogatorio, en la celda, le dijo: "escriba en número redondos en qué han gastado el dinero; sobre todo los quinientos mil pesos del último asalto que no han tenido tiempo de gastar, dónde están y quién los tiene"; el propio Garnica explica: "yo tomé el papel y escribí: mimeógrafos electrónicos, sistemas de radio, papel, dos coches usados, armas, parque, renta de departamentos, viajes, etcétera". A José Luis Alonso, en Chihuahua, también le tocó la visita de este policía político, lo recordará en una entrevista.

Los informes de los primeros años son muy toscos, describen actividades de los espías, pero no se procesa. Los informes dependían más de la intuición de los agentes que de la formación en dicha actividad. Los agentes, asimismo, estaban en múltiples sitios: tranvías, salas de espectáculos, mítines, infiltrando reuniones privadas. Algunos "agentes" cobraban por honorarios, como periodistas, intelectuales, empresarios, políticos, que recibían charolas y suministraban información. Estaban, también, los "agentes honorarios", como el maquinista del tren presidencial o Emilio Azcárraga, principal empresario de la comunicación. No todo portador de la charola era espía de la DFS (Aguayo, 2001). Aunque es cierto que las credenciales posibilitaban que la DFS tuviera orejas y ojos en múltiples puntos del país.

Una de las prácticas que puso en marcha la DFS fue la infiltración: sus ojos y oídos en aquellos sitios y grupos que se consideraban peligrosos o al menos potencialmente (Pineda, 2003; Glockner, 2007). Prácticamente desde sus inicios, la infiltración tuvo sus consecuencias positivas: "En muchas de las ocasiones, la DFS debió sus éxitos en la infiltración a la ingenuidad de los opositores. Pese a la



debilidad del 'enemigo', tenían que justificar su existencia ante el régimen y ante ellos mismos. Lo que hicieron fue exagerar la importancia y peligrosidad de quienes se oponían a los gobiernos priístas". Así lo hicieron en diversos casos, como cuando infiltraron al movimiento estudiantil de 1968. Sus informes fueron algo exagerados, como cuando señala uno de sus agentes que cuenta con "informes muy fidedignos" de que los recursos que se obtienen se están utilizando para comprar armas y enfrentar al Ejército (Aguayo, 2001: 71-72; 133).

Los grupos guerrilleros urbanos fueron infiltrados, salvo excepciones contadas, y desde prácticamente sus inicios, se sabía de su existencia, al menos la DFS los conocía. Uno de los primeros casos es el del grupo de Víctor Rico Galán, periodista que se reunía con personajes de izquierda. Lo mismo entrevistó guerrilleros latinoamericanos que denunciaba los excesos del gobierno mexicano en su territorio. Después del asalto del 23 de septiembre de 1965, escribe sobre los hechos y ataca al Ejército mexicano. La molestia es mucha. Los militares enfurecen. Galán piensa en la toma de las armas, un poco a la cubana. Crea el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP). Éste es infiltrado rápidamente por la DFS. Siete meses dejaron moverse a Rico Galán, y en agosto de 1966 es detenido con otras personas. Lo dejaron crecer y después lo mostraron como peligroso. Los integrantes del futuro Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) se desplazan a Moscú, allí acuerdan formar un núcleo guerrillero, para ello tienen que entrenarse militarmente, y lo harán en Corea del Norte. Uno de sus dirigentes, Fabricio Gómez, reconocería tiempo después que desde antes de Corea ya estaban infiltrados (Glockner, 2007).

1971 y 1972 fueron dos años de mucha actividad para la DFS, en el combate contra la guerrilla urbana. La manera como operó Nazar Haro con el C-047 desde mediados de los sesenta, la instrumentó pero ya como subdirector. La infiltración fue clave, tenía informantes en muchos puntos del país. Así la DFS supo que había una convocatoria para una convención armada en Guadalajara en 1973. Allí puso a sus agentes. Fueron 10 días de sesiones en una casa. Ignacio Salas Obregón propuso el nombre. La nueva organización tenía un buró político de dirección, un comité militar y comités coordinadores zonales. Más de 200

guerrilleros ahí confluían, según sus informes. Las zonas eran: noroeste, noreste, occidente, centro y sur del país. En la reunión inaugural de la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) estaba un informante de la DFS (Torres, 2008). En efecto, a la reunión de fundación de la Liga Comunista, asistió un infiltrado de la DFS, aseguraría años después Nazar Haro. Y con respecto a las acciones de la Liga, señala que “dos días antes de que sucediera algo ya lo sabía” la DFS (Riva Palacio, 2003b). Otra versión señala que las organizaciones armadas, al menos la Liga, tenían conocimiento de algunos personajes que trabajaban para la DFS, y que pretendió “usarlos” para obtener información de la policía política (Fernández, 2006). Si esto último sucedió, lo cierto es que no redituó en mucho a las organizaciones armadas.

Esa fue la lógica de la actuación de la DFS: i) identificarlos; ii) infiltrarlos; iii) dejarlos crecer; iv) dejarlos actuar, sin mayor riesgos, pero mostrando que son peligrosos; v) aniquilarlos. Y rindió frutos su fórmula. Se dice que es el “estilo Gutiérrez Barrios” que se aplica al combate contra la insurgencia. Acumulan mucha información, sobre todo la que llega de la infiltración, después de lo cual los atacaban. Aunque el “estilo” se lo adjudica Nazar Haro (v. Riva Palacio, 2003b; Petrich, 2003). Cuando alguna policía judicial le encontraba propaganda considerada subversiva a algún detenido, solicitaba la colaboración de la DFS para que lo interrogara. Se almacenaba cada vez más información. De esta manera dieron con los integrantes del MAR en Jalapa, Veracruz, con información de la policía local, cuando uno de los guerrilleros arrendó una casa que pertenecía a un policía local (Pineda, 2003).

Los integrantes de la DFS se preparaban en distintos ámbitos, con documentos y con adiestramiento táctico y militar, para infiltrar y enfrentar a la guerrilla. Uno de los manuales que servía para entrenamiento de los agentes de la DFS, era el TE 31-16, el de Operaciones de Contraguerrilla, elaborado por la Escuela de las Américas, Fuerte Gulick, en el canal de Panamá. Es una edición de 1967 y traducido por la propia Escuela de las Américas. También para su entrenamiento tenían a la mano el manual de Las 26 Lecciones de la sección II de la Sedena (Rodríguez, 2004). Asimismo, la DFS trajo a un equipo de Nueva York

para que les enseñara técnicas de infiltración; a los israelíes les solicitaron tecnología en decodificación de mensajes cifrados (Riva Palacio, 2003b). En efecto, la DFS mantenía contacto y lazos de trabajo con sistemas de inteligencia de otros países, como el sistema de inteligencia israelí, el Mossad (Rodríguez, 2004). En esa sintonía, a su actuación en México, la DFS adaptó ideas que se desplegaron en otros sitios como en Estados Unidos y algunos de los países sudamericanos que estaban bajo gobiernos militares. Cuando triunfa la Revolución Cubana, desde Washington se expresa que la amenaza ya no es el campo socialista, sino que está dentro de los países latinoamericanos, alimentada por el régimen cubano. A los grupos considerados cercanos a la ideología cubana había que atajarlos. Es el caso de la guerrilla urbana en México.

Como los represores sudamericanos, la policía política en México asumió que salvaban al país de un mal, el virus comunista, con métodos crueles, como la tortura y la desaparición, asesinato de por medio. Todo, las protestas contestatarias, las críticas abiertas al gobierno se pensaban como parte de lo subversivo. Y como ocurrió en otros países autoritarios, la DFS alimentaba los "prejuicios de sus jefes"; les proporcionaban información que confirmaran sus ofuscaciones sobre sus sospechas en torno a los enemigos, exagerando las amenazas que representaba la izquierda y los grupos guerrilleros. Tal era el pensamiento obsesivo y prejuicioso de los jefes, que incluso llegaron a tener el aval para crear un grupo especial tendiente a aniquilar a la guerrilla.

### **3. 2. 1 Grupo cruel: la Brigada Blanca**

Como se ha señalado, la DFS no fue la única instancia encargada de enfrentar a la guerrilla, pero sí la que estuvo al frente de esa lucha en el medio urbano, toda vez que coordinaba acciones y suministraba una gran parte de la información con que se operaba para detener a la guerrilla. La DFS con sus operativos contra la guerrilla, y eliminando guerrilleros, "se disparó hasta las nubes" y adquirió un gran poder (Aguayo, 2001: 19). En su interior, organizativamente, la DFS tenía 13 departamentos, siendo el más secreto, el C-047, responsable de las operaciones clandestinas, y ahí se ubicaría tiempo después la temible *Brigada Blanca* (Riva

Palacio, 2003b). En 1974 se reúnen jefes de policías de los distintos estados del país, incluido el del Distrito Federal (D.F.), la gente de Nazar Haro y representantes militares, en la sede de la DFS. Se habla de cooperar, se propone crear una corporación en donde confluyan agentes de todo el país bajo las órdenes de la DFS. Nace la *Brigada Especial Antiguerrilla* o *Brigada Blanca*. Nazar Haro, tiempo después recordará: “Les dije a los jefes policiacos que había que formar un grupo con militancia unificada, con policías del Distrito y los estados, por lo que deberían incorporar a sus mejores elementos; estos grupos trabajaron específicamente para los asuntos de la Brigada Especial” (en Torres, 2008: 87). Antes, en noviembre de 1973, el entonces titular de la Sedena, Hermenegildo Cuenca, Díaz, había propuesto la creación de una secretaría de seguridad para los mismos fines. La idea no fue aprobada.

En su momento, Nazar Haro señaló: “Si había una Brigada Roja en la 23 de septiembre, por qué no habría una Brigada Blanca en los aparatos de seguridad” (en Rodríguez, 2004: 12). Más aún, Nazar dice que le surge la idea de hacer una brigada especial para combatir a la guerrilla; ante los “delitos” que cometían “esos supuestos grupos guerrilleros” (Castillo, 2003). A partir de ese momento se pone en marcha lo que después se conocerá como leyenda negra de la Brigada Blanca.

En un texto, que se encuentra en el Archivo General de la Nación, donde llegaron cajas con informes de la extinta DFS, se encuentra el documento fundador de la Brigada Especial. En él puede leerse “Brigada Especial. Plan de operaciones N° Uno ‘rastreo’. 1. Información”. Y textual dice: “A. Los miembros de la llamada ‘Liga Comunista 23 de Septiembre’, en los últimos dos meses, han desarrollado una serie de acciones a mano armada que han motivado la alteración del orden público y puesto en entredicho la eficacia del sistema de seguridad gubernamental”. En el punto “C”, señala que los objetivos de la Liga “normalmente, son el asesinato de agentes policiacos en situación pasiva, evitando los encuentros directos, así como asaltos y secuestros por los que piden como rescate varios millones de pesos, con los que día a día se fortalecen, teniendo medios para comprar armas, alquilar casas y para mantenerse en la clandestinidad”. En virtud de ello, en el punto “D” de este apartado de

"información", señala que "se ha dispuesto la integración de un grupo con miembros del Ejército Mexicano, Dirección Federal de Seguridad, Procuraduría General de la República, Procuraduría del Distrito Federal, Dirección General de Policía y Tránsito del Departamento del Distrito Federal, Procuraduría General del Estado de México, destinado a investigar y localizar, por todos los medios a los miembros de la llamada 'Liga Comunista 23 de Septiembre' con el propósito de limitar sus actividades y detenerlos". En el apartado "Constitución", señalan que se creará una Comisión de seguridad, cuyo responsable sería Miguel Nazar Haro, en ese momento, subdirector de la DFS; el coordinador general de la comisión sería el comandante Francisco Quiros Hermosillo. Habría, asimismo, un grupo de manejo de explosivos. La "misión", de la Brigada sería "Investigar y localizar a los componentes de los 'comandos' de la llamada 'Liga Comunista 23 de Septiembre' que operan en el Valle de México, a efecto de interferir sus acciones y detenerlos". Sobre la "decisión", indican: "Grupos operativos constituidos por elementos del Ejército y Cuerpos policiacos efectuarán rastreo permanente a partir del 7 de junio de 1976 en zonas críticas del valle de México, a fin de neutralizar a los miembros de la llamada 'Liga Comunista 23 de Septiembre'". En el apartado "VI. Programa de entrenamiento", se indica que tendrán entrenamiento sobre armamentos y prácticas de tiro; de seguridad, comunicación y codificación; fabricación y manejo de explosivos, técnicas de aprehensión, entre otras. Se señala que la Brigada está integrada por 240 elementos; 55 vehículos, compensaciones económicas. Sus instalaciones estarían en el Campo Militar Número Uno. Se les dotaría de armamento, por ejemplo 153 pistolas Browning cal. 9 mm.; 55 carabinas M-1; 55 escopetas cal. 12.

En efecto, la Brigada Blanca se formó con fuerzas de élite. Como puede advertirse, se conformó con 240 integrantes de la DIPD, la DFS, la Policía militar, Policía Judicial Federal y agentes de las policías judiciales estatales. Al frente Nazar, quien organizó su estructura. El entrenamiento de los brigados era en el Campo Militar Número Uno. Las instalaciones del Segundo Batallón de Policía Militar fungirán como centro de detenciones (Torres, 2008). Tuvo entre sus fines enfrentar y liquidar a la guerrilla, en especial a la Liga Comunista 23 de

Septiembre. Ahí estaba el enemigo a vencer. Estudiaron el órgano de difusión de la LC23S, el *Madera*, para prepararse ideológicamente (Castillo, 2003). Los capacitan en manejo de armas y tiro, en combates, manejo de explosivos, técnicas de aprehensión e interrogatorios, entre otras cuestiones (Castellanos, 2007) para, ante la actuación de la guerrilla, responder, “reprimir en caso dado”; “reprimir a estos delincuentes armados” (en Riva Palacio, 2003b). Un ex integrante de la Brigada tiempo después recordará: “En la Brigada Blanca teníamos estas tareas: localizar las casas de seguridad de los guerrilleros, de los subversivos, como les decíamos; vigilar a parientes y amigos de los presos llamados políticos y de los que teníamos detenidos en averiguación; ejercer un estricto control de domicilios, lugares de trabajo y actividades políticas; identificar a los activistas en mítines, manifestaciones y otros actos obreros, campesinos o estudiantiles (carne de guerrilla, le llamábamos); vigilar a quienes teníamos detenidos en los separos de la DFS o en la prisión del Campo Militar. En la Brigada disponíamos del ‘botín de guerra’, es decir, [hacíamos] el reparto de lo que sacábamos en los cateos de casas de subversivos o de sus amigos y parientes” (en Torres, 2008: 88).

El coordinador general de la BEA fue el coronel Quirós Hermosillo; Nazar Haro quedará al frente de la Comisión de Seguridad de la BEA. Nazar Haro actuó como jefe y responsable: vigiló y castigó. Viaja donde hay actuación guerrillera fuerte, interroga y decide quién sí y quién no pisará cárcel legal; razón por la que a Quirós Hermosillo, con su gente, se le señala en las desapariciones forzadas. La Brigada actuará hasta los inicios de los ochenta, con toda la impunidad de que se pueda gozar (Castellanos, 2007).

En un vídeo que la propia DFS elaboró se dan a conocer algunas características y funciones de ésta. Se señala, por ejemplo, que la Brigada Blanca está integrada por “elementos que han recibido adoctrinamiento político de una manera exhaustiva”; que “Los agentes de la Brigada Especial están convencidos al grado del fanatismo de que su misión es necesaria para no permitir que grupos subversivos, clandestinos y armados cambien la historia de México, como han cambiado la historia en otros países. Conjuntamente con la instrucción política, se les ha adiestrado en el manejo de todo tipo de armas, en el conocimiento de

artefactos explosivos, y se les ha proporcionado un acondicionamiento físico especial". En torno a su ideología y funciones se dice: "Actúan en comando relámpago en contra de miembros de grupos subversivos, tanto urbanos como rurales, con tales resultados que conducirán a su total aniquilación" (en Torres, 2005: 23). Eso se señala en el vídeo *Así es la Dirección Federal de Seguridad*, que se filmó en 1981, cuando Nazar Haro encabezaba esa dependencia, y se realizó para uso del entonces presidente José López Portillo.

Su actuación cruel, dejará huella y profunda en aquellos que la sufrieron. La práctica sucia, la guerra sucia, fue su característica primordial. La Brigada Blanca, practicará "técnicas" como "el pocito", "la picana", golpizas sumamente violentas, colgar de los pulgares o las manos maniatadas o vendadas a personas por días enteros, y el ya conocido policía bueno y el malo. Se les señala como aquellos que realizan ejecuciones y desaparecen guerrilleros. A las mujeres les adicionan más malos tratos: las obligan a desnudarse y caminar en medio de dos filas de agentes, que las manosean e insultan; y les dan toques eléctricos en vulva y senos (Castellanos, 2007). Las leyes, la idea de lo humano, se diluyen en la actuación de los agentes de la Brigada Blanca. Eliminar a un adversario del régimen no era quitarle la vida a una persona sino a alguien estigmatizado. Pero ni aún con esos métodos estaban deteniendo a los guerrilleros, éstos, continuaban con sus acciones. La irritación, la desesperación, el enojo se enconaban en el pensamiento institucional, en el gobierno y su policía política, toda vez que no acababan con el "mal" para el que prepararon un grupo, pues varias de las ciudades se mantenían aún bajo la actuación de la guerrilla urbana. O al menos algunos golpes espectaculares propiciaban.

En junio de 1976 Nazar Haro ordenó que se elaborara un documento, cuyo título era "Plan de Operaciones Número Uno Rastreo", en el cual se anunciaba una "comisión de seguridad" que se encargaría de cazar a los comandos de la LC23S, pues los hacían ver como poco eficaces en su lucha. La "comisión de seguridad" la encabezaría Nazar Haro y el coordinador general sería Francisco Quiros. Era una comisión dentro de la Brigada Blanca, con presupuesto propio, instalaciones para interrogatorios y entrenamiento paramilitar; contarían con

helicópteros, vehículos de tierra y armamento y sus integrantes contarían con compensaciones extras, sus instalaciones estarían en el campo Militar Número Uno (Torres, 2008).

La caza de los guerrilleros se efectuó; baste recordar que en agosto de 1976 la LC23S intenta el secuestro de Margarita López Portillo; en dicha acción muere el dirigente de la Liga, David Jiménez; es la cabeza de la línea dura de la Liga que está dividida en dos tendencias. Las autoridades declaran la aniquilación de la guerrilla. Al siguiente año, realizan más secuestros, como el del presidente del consejo de administración del Grupo Modelo en marzo de 1977; la represión se deja caer sobre los integrantes de esta organización. La Liga naufraga. Está en pleno declive: la cacería está funcionando, a la vista del gobierno. En su empeño por terminar con la LC23S, la DFS elaboró un mamotreto que denominó "Libro Rojo". Libro con pastas rojas, cuyo título era "Liga Comunista 23 de Septiembre", ahí se encuentran las fotos de integrantes de la Liga detenidos: 139 rostros, algunos con señales de golpes, otros más en camas, otros con letreros carcelarios. También hay fotos de los que ahora se encuentran como desaparecidos, es el caso de Jesús Piedra Ibarra y Javier Gaytán (Castillo *et al.*, 2002: 9).

Al final, desarticularon a la Liga. Prácticamente no quedó nada de ella, eso anunciaron. De 1972 a 1982 Nazar Haro y su gente, operaron en el Campo Militar Número Uno. Para realizar su trabajo tenían equipo, oficinas, cárcel clandestina y cámara de torturas. (Jáquez, 2003). "La brutalidad con que eliminaron a sus opositores tuvo la aceptación tácita de los medios de comunicación y de grupos de interés que consideraban que ése era el precio que debía pagarse por mantener el crecimiento económico y la paz social. Quienes debieron haberse enterado prefirieron voltear hacia otro lado y optaron por una cómoda ignorancia" (Aguayo, 2001: 93).

Ahora bien, habrá que reflexionar sobre algunas cuestiones en torno a la actuación de la DFS. En tanto que todo organismo de seguridad se mantiene si hay un enemigo al que enfrentar y si éste es peligroso, la influencia y poder del aparato de inteligencia en la esfera de gobierno será mayor, en ese sentido, se



señala que la DFS “dejó florecer y/o prolongó artificialmente la rebelión para justificar su existencia e incrementar su fuerza de prestigio como el principal servicio de inteligencia civil” (Aguayo, 2001: 205). En ese sentido, se plantea que tanto Gutiérrez Barrios como Nazar Haro y García Paniagua edificaron su prestigio y presencia con esa idea distorsionada de haber enfrentado y diluido a un enemigo poderoso como la guerrilla. Para que la DFS tuviera éxito en su actuación, además se presentaron otros factores, como la complacencia y a veces aprobación de la violencia estatal por parte de empresarios y medios de comunicación. Complicidad, al menos. O como el hecho de que la propia guerrilla estaba poco preparada, se dejó infiltrar (casi todos los grupos guerrilleros de entonces crecían indiscriminadamente, sin filtros férreos, con pocas a excepciones). A eso hay que agregar la indiferencia de la sociedad. Si la guerrilla no era tan peligrosa, pudo haber sido enfrentada con métodos menos violentos, sobre todo después de 1974, cuando ya iba en descenso. La actuación de la DFS, en cuanto a ir acabando con guerrilleros, le trajo presencia. Se mostraba eficaz en su tarea. Se le aumentaba el presupuesto. Para 1981 tenía representación en todos los estados del país. Contaba con tres mil empleados, controlaban a 10 mil informantes. Por tanto, sus excesos eran tolerados. Y creían en su papel, tan es así que para Nazar Haro, la DFS era “la institución que guardaba la paz” (Castillo, 2003)

Y en esta cruenta guerra, varios personajes jugaron papeles, como Luis de la Barreda, Fernando Gutiérrez Barrios y Miguel Nazar Haro. El primero de ellos, es un personaje algo escurridizo, en su momento director de la DFS. Prófugo actualmente, por los excesos que cometió. El segundo, Gutiérrez Barrios, hombre del sistema, llegó a ser secretario de Gobernación cuando Carlos Salinas de Gortari. Acumuló mucho poder, pues mucha información tenía a la mano. El policía mayor que no se manchaba las manos. Tuvo un control durante varios años de la DFS. Llegó a la DFS en 1948 o 1949. Traba amistad con Luis de la Barreda Moreno que ingresó a la DFS en 1947. Mantienen mancuerna durante décadas. De él alguno de sus excolaboradores lo recuerda como “fino, atento, amable, disciplinado” que no perdía el control, “no perdía la compostura”;

totalmente dedicado a la DFS, a la que iba hasta los fines de semana (Aguayo, 2001: 97). Disciplinado. Y poderoso.

El tercer personaje, Nazar Haro, sobre él caen múltiples acusaciones, señalamientos, toda vez que él se encontraba al frente de la ejecución de aquella guerra sucia en las ciudades. Muchos lo recuerdan en sus interrogatorios (v.gr. Robles, 1996): Nazar ingresa al Servicio secreto en 1949. Siendo chofer de un experimentado policía aprendió los gajes del oficio, la “malicia policiaca”, como Nazar la refiere. Participa en choques armados del Servicio Secreto, huye hacia Estados Unidos. Regresa en 1957. Y entra como guardia a la DFS en 1960, un amigo lo contacta. Cuando detienen a un falsificador de documentos, el falsificador charla con el guardia Nazar y le confía sobre la localización de las placas que usó para su trabajo. Nazar toma ventaja, va por las placas y reporta su “interrogatorio” a los jefes. Lo ascienden. Después, ante una protesta custodia la casa de los padres del presidente, en Puebla, y es ascendido nuevamente. Se va becado a Washington a estudiar a la Academia Internacional de Policía. En Washington se forma en anticomunismo y contrainsurgencia. Tiempo después dirá. “estaba consciente de la intervención del comunismo internacional en los países de Centroamérica” (en Torres, 2008: 26). En 1965 regresa a México y el capitán Gutiérrez Barrios, después de lo ocurrido en Madera ese año, quiere crear un grupo especial para enfrentar a los grupos armados. Le encarga la tarea de formar y dirigir dicho grupo a Nazar, el denominado “C-047”.

Una de las primeras tareas de Nazar, en este “C-047”, es la infiltración del grupo de Víctor Rico Galán, lo logra y es detenido. Espía, también, al movimiento estudiantil de 1968. Con su grupo recorrieron universidades del país, organizaron una lista con los nombres de los estudiantes que participaron en la lucha estudiantil y que después de la represión de 1968 abandonaron sus estudios y las razones por las que lo hicieron. Interrogó a los familiares y llegó a una hipótesis: quienes abandonaron las universidades lo hicieron para sumarse a las filas guerrilleras. Al llegar Luis de la Barrera al frente de la DFS, Nazar se vuelve subdirector; tiene más poder y vuelca la mirada hacia la guerrilla.

Un guerrillero de entonces recuerda que “una de las características de Nazar Haro era la paciencia con que iba reuniendo, asociando y anudando pequeñas piezas de información” (Aguayo, 2001: 182). A sí mismo, Nazar se define como “buen interrogador”. Y presume el haber resuelto 99 secuestros en 34 años y rescatar a víctimas con vida. Sobre si hubo políticos involucrados en la cuestión de la guerrilla, Nazar señala: “un político que tenga interés que en su país exista una revolución, guerrilleros, es un pinche político traidor en su país” (en Castillo, 2003). “Arquetipo del policía político impasible”, y que “lo doctoró la vida en interrogación”, así lo definirá el periodista y analista Raymundo Riva Palacio. Nazar fue el enlace con las distintas policías políticas que operaban en México (Riva Palacio, 2003a). Al dar cuenta de la actividad que realizaba la DFS, para presentarla ante otras instancias gubernamentales, de Nazar Haro se decía: “Desde 1970 y hasta 1978 desempeñó el cargo de subdirector general y se caracterizó por su actuación en contra de los grupos subversivos... y principalmente en el golpeo directo en contra de una organización clandestina llamada Liga Comunista 23 de Septiembre que intentó el derrocamiento del gobierno mexicano. Después de haber participado en múltiples acciones, en un lapso de seis años dio por terminada su campaña en contra de ese grupo con la satisfacción de haber logrado su exterminio” (en Aguayo, 2001: 182).

Después, se vio involucrado en una red de traficantes de autos robados en Estados Unidos, autos que eran transportados a México. Fue a declarar a Los Ángeles, confiado en salir ileso. Es arrestado en abril de 1982. Estuvo 27 horas en prisión. Pagó una fianza de 200 mil dólares para quedar libre, pero en proceso. Se fugó hacia México y quedó incluido en la lista de fugitivos. En diciembre de 1997 secuestran al otrora poderoso Fernando Gutiérrez Barrios. Llaman a Nazar Haro para hacerse cargo de la negociación con los secuestradores. En febrero de 2008 es detenido porque la Fiscalía Especial le fincó responsabilidad por la desaparición de Ignacio Salas Obregón y Jesús Piedra Ibarra. Tenía 80 años. Fue llevado al penal de Topo Chico. Estaba mal de salud. Estuvo dos meses en un hospital privado en Monterrey. En noviembre de 2004 se le arraigó en su domicilio. En mayo de 2006 finalmente es liberado (Torres, 2008).

### 3. 2. 2 El final de la DFS

En marzo de 1977, a tres meses de la toma de posesión de José López Portillo, gracias al apoyo de Margarita López Portillo, el hijo del general Marcelino García Barragán, Javier García Paniagua, fue nombrado director de la DFS. Paniagua quería pegarle los últimos tiros a la guerrilla. Su estilo era policiaco. Por su parte, el secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, veía con desconfianza a la DFS y a Paniagua. Con Paniagua en la DFS la represión fue masiva; si antes la DFS eliminaba selectivamente a los guerrilleros y/o sus familiares, con Paniagua se adoptó “una política de aniquilamiento en las ciudades, lo que explica el aumento en las cifras de desaparecidos” (Aguayo, 2001: 232). Con un criterio militar no escatimaba el uso de la fuerza. Un ex agente de la DFS tiempo después reconocería: “Don Javier nos daba mil pesos por cada guerrillero que caía en algún enfrentamiento” (en Torres, 2008: 108). Para ello, Paniagua se apoyó en personajes caracterizados por su trato duro, como el que ya era jefe de la Brigada Blanca, el general Francisco Quiroz Hermosillo. Estuvo al frente un año y cinco meses, en ese tiempo Paniagua transformó a la DFS, toleró múltiples actividades ilegales, más de las que se toleraron en tiempos anteriores; se incrementó la corrupción. Usó a la DFS no sólo para acumular poder sino para tener acuerdos políticos y aspiraciones presidenciales. Jorge carrillo Olea, quien durante la presidencia de Miguel de la Madrid fue subsecretario de gobernación, y de 1988 a 1999 director del creado Cisen, fue el encargado de dismantelar a la DFS. De la DFS dijo que “era un verdadero nido de criminales” (en Rodríguez, 2004: 11).

Antes de la llegada de García Paniagua a la DFS, el control lo tenía Fernando Gutiérrez Barrios. En 1964 tomó el mando de la DFS, aliado con Díaz Ordaz. Después de salir de la DFS se fue como subsecretario de gobernación en el sexenio de Echeverría. El secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, no era tomado en cuenta para la actuación de la DFS. Las decisiones se tomaban entre el presidente Echeverría, el subsecretario Gutiérrez Barrios y quien estaba al frente de la DFS. Pero con López Portillo, las decisiones de la DFS recaían en su director García Paniagua y el propio presidente López Portillo. El titular de

gobernación y el subsecretario, Reyes Heróles y Gutiérrez Barrios, quedaban fuera. Nazar Haro, por su parte, se quedaba como subdirector de la DFS. Éste, señala que intentó renunciar a la DFS pero que Paniagua no lo dejó. A grado tal era la relación y confianza entre García Paniagua y José López Portillo que cuando el primero solicitó fondos sin comprobar al secretario de Programación y Presupuesto, Miguel de la Madrid, éste le informó al presidente y obtuvo como respuesta: "Miguel, le tengo plena confianza a Javier; lo que Javier le diga es como si yo se lo estuviera diciendo" (en Torres, 2008: 110).

Cuando García Paniagua es nombrado subsecretario de gobernación, a Nazar Haro lo nombran director de la DFS. Es 1978. En este año la DFS contaba con 459 agentes. En 1982 con 1,008 agentes. Hacia 1983, 3,008. En 1985 se le desapareció, por falta de presupuesto, se dijo (Scherer, 2004a). En cambio, Jorge Carrillo Olea, encargado de desalojar a la DFS, habla de la descomposición de quienes estaban al frente de la DFS, sea en la capital o en los estados, que ostentaban una gran riqueza. Inexplicable con el salario que ganaban: "el nivel de corrupción era mucho peor de lo imaginado y la DFS no aguantaba una cirugía mayor, que significaba mandarlos al diablo mañana mismo, ¡a todos!" (en Vargas, 2001a: 12). La DFS se desmantela oficialmente el 29 de noviembre de 1985 (Rodríguez, 2004). La corrupción era su sinónimo. En 1989 se crea el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen) como órgano de inteligencia nacional.

### **3. 2. 3 Archivos y reconstrucción de memoria**

Una versión señala que las cajas donde se encuentran los informes que documentan la represión contra la guerrilla fueron trasladadas accidentalmente al Archivo General de la Nación (AGN), donde permanecieron en un anexo del edificio de Lecumberri hasta 1997. Luego, movieron esos archivos a una galería, después a otra y ahí permanecen desde 1998. A esa versión se agrega la pugna de Luis Echeverría y Mario Moya Palencia, cuando este último no fue beneficiado por el primero para la sucesión presidencial. Las cajas contenían información con la que podría cobrar facturas, dado su contenido histórico y represivo y, en consecuencia, posibilitó su cuidado y mantenimiento (Rodríguez, 2007: 31). Lo

cual ayuda a la reconstrucción de la memoria de esos años: pugnas en el poder tienen, en ocasiones, aunque sea pocas, consecuencias aprovechables.

Su valor es amplísimo. De 1947 a 1991 se juntaron entre 60 y 80 millones de tarjetas, que registran entre 3 y 4 millones de actores (personas, grupos, sectores, organizaciones, instituciones). Hay organizaciones que tienen dos tarjetas, otras tienen centenares: “Las tarjetas son como una serie de telas de araña que se fueron sobreponiendo al territorio y a la historia de la segunda mitad del siglo XX” (Aguayo, 2001: 25). Quien fuera responsable de la seguridad nacional en el sexenio de Miguel de la Madrid, Jorge Carrillo Olea, señala que en los documentos de la DFS se encuentran nombres de personas que pasaron por los órganos de seguridad del Estado: “Si ahí está un papel donde dice que tal persona estuvo detenida en esta casa, el dueño de esta casa me tiene que decir adónde se fue, a quién se le entregó”, es esa la base para saber sobre los desaparecidos (en Vargas, 2001a: 12).

A decir de Julio Scherer (2004a: 79), en los archivos de la DFS se almacenan al menos trescientas fotografías de personas que pasaron por las manos de la policía política y fueron torturados. “las fotografías, bien ordenadas, muestran los rostros de hombres, mujeres, niños y aun familias enteras que cayeron en manos de la policía secreta entre 1972 y 1982”. Y en efecto, los archivos de la DFS deben estudiarse e interpretarse. Las cosas ahí no están manifiestas, no dice cuántos desaparecieron, pero sí dice quiénes estuvieron o pasaron por los órganos de seguridad del Estado, entonces: “costará mucho trabajo arrancarles sus secretos al archivo, porque esa es su tarea, preservar, no estar abierto a cada vez que alguien se le ocurra consultarlo” (en Vargas, 2001b: 9). Lo importante: en esos archivos hay información que bien puede conducir al paradero de los desaparecidos. Estos son artefactos de la memoria, memoria escrita, señalamientos de las rutas de los reprimidos en esta guerra sucia de los años sesenta y setenta.

#### 4. DETENCIONES ILEGALES Y CÁRCELES CLANDESTINAS

La memoria colectiva se asienta en espacios, esto es, en sitios donde los acontecimientos han tenido lugar: ahí es donde los significados se mantienen. Los lugares, como marcos sociales de la memoria colectiva, contienen lo que le da sentido a lo que discurre, bueno o malo, no importa el signo, pues se mantendrá aquello que contiene relevancia. Como los malos tratos en un sitio, como las permanencias forzadas en una zona que uno no eligió, sino que a fuerza lo llevaron. Ahí también hay experiencias, ahí también hay significados, ahí también hay cuestiones que narrar. Desde un campo militar puede darse cuenta de lo acontecido; negado por la parte oficial, pero reconstruido por aquellos que ahí permanecieron y donde fueron sujetos de abusos, de represión, de esa parte sucia de una guerra no declarada, pero vivida y significada. Desde ahí relatan los actores, aquellos que en carne propia experimentaron, esos excesos del poder: así lo marcan ellos.

Un sitio que muchos guerrilleros pisaron, fue la cárcel. Muchos quisieron llegar ahí, por ejemplo, para no ser desaparecidos. Otros, ya estando ahí, no querían salir, para no ser ejecutados. Los primeros integrantes del MAR que llegaron a la cárcel lo hicieron el 15 de marzo de 1971. Encontraron tras las rejas a una gran cantidad de participantes del movimiento estudiantil de 1968. La crujía “M” en Lecumberrí era para los “terroristas” a decir del estado mexicano (Pineda, 2003: 86). Pero esa era la cárcel legal, donde aún con tratos violentos eran ya “presentados”, es decir tenían existencia legal y social. En efecto, para muchos llegar a El Palacio Negro, Lecumberri, era una “salvación”, pues eso suponía la presentación con vida del “detenido”. Existía legalmente. Pero adentro también existían riesgos: en abril de 1976 Pedro Miguel Morón, *El Chiclayo*, integrante del comité político de la *Brigada Roja* de la LC23S, fue detenido, llegó a Lecumberri torturado, fue conducido a un apando y ahí a puñaladas lo asesinaron. A Napoleón Glockner, de las FLN, lo obligaron a limpiar la sangre del asesinado. Como el integrante de la Liga era de origen peruano, su cuerpo fue entregado a la embajada de Perú en México con una versión de que había muerto en una riña

carcelaria de “viciosos”, sin tintes políticos (: 98-99). Otros, muchos guerrilleros no correrían la “suerte” de las cárceles legales. Su paso se borra en las cárceles clandestinas, ilegales, negadas. Como el Campo Militar Número Uno o la Base Militar Pie de la Cuesta.

Una de las cárceles clandestinas, estancia casi obligada de los acusados de ser guerrilleros y, como ya se mencionó, sede de la *Brigada Blanca* de la DFS, era el Campo Militar Número Uno (CMN1). Los detenidos sospechosos de tener vínculos con la guerrilla que llegaban al CMN1 eran conocidos como “paquetes” (Veledíaz, 2004). Pero antes debían pagar, ser sometidos a cierto suplicio, pues legalmente no existían, y como se mencionó, eran considerados “paquetes”. Ciertamente, en cuanto eran detenidos los presuntos guerrilleros, su vida dejaba de tener valor. Se desdibujaba lo humano. Por eso les denominaban “paquetes”. Muchos de ellos provenían de Guerrero, otros más eran guerrilleros urbanos, muchos, también. A ese sitio llegaban detenidos, más bien secuestrados toda vez que se les detenía sin orden de aprehensión alguna: ilegalidad pura. Altos militares eran testigos de las torturas que ahí se les practicaban a los detenidos, y luego se elaboraban informes que se entregaban al secretario de la Defensa Nacional.

Las protestas contestatarias, las críticas abiertas al gobierno se pensaban como parte de lo subversivo. En ese contexto y lógica se entienden ciertos actos, que no necesariamente se justifican. Así, el 12 de septiembre de 1961 el Gustavo Díaz Ordaz manda construir “una cárcel preventiva” en el interior del CMN1, para recibir reos a quienes se requiere aplicarles normas de alta seguridad y de los que se necesita su aislamiento con respecto a otros presos. De los primeros en caer en esas recién creadas celdas, son algunos integrantes del movimiento cívico de San Luis Potosí que encabezaba Salvador Nava en ese 1961: 49 de sus participantes fueron llevados a esas instalaciones castrenses (Aguayo, 2001). Ahí iría a parar mucha de la disidencia “subversiva”. Guerrilleros o no, si eran señalados con esa categoría, un posible rumbo eran esas instalaciones militares.

*Manisela, Hilda, Elena y Lorena*, integrantes del MAR, estuvieron secuestradas y desaparecidas durante tres meses, siendo liberadas en julio de



1979. Óscar, Jesús, Chavita y Elías, estuvieron durante ocho meses y seis días en las instalaciones del CMN1. Salieron libres en diciembre de 1979, debido a la lucha y protesta del Comité Eureka (tiempo después, el comité logró que se presentaran con vida a 148 “desaparecidos”).

Un ex militante de la Liga Espartaco, Alberto Ulloa, en un pleno ejercicio de memoria, en su libro *Senderos en tinieblas*, reconstruye su experiencia, su paso por este Campo Militar. Estará secuestrado ahí dos meses y diez días: dormir sobre el suelo y como almohada los huaraches que trae puestos. El trato violento se da desde el inicio. La música de fondo, para evitar que se escucharan ruidos externos, estaba activada todo el día, día que iniciaba a las seis de la mañana y terminaba hacia las diez de la noche. Sólo había pausas, silencios, cuando las noticias iniciaban su transmisión, entonces se cortaba la luz eléctrica para evitar que oyeran lo que en el mundo exterior sucedía. Ulloa queda libre el 28 de septiembre de 1978.

En el CMN1, hay catorce celdas, en dos filas, miden 1.20 por dos metros, tienen sólo un excusado, sin luz natural y sin agua. Las celdas eran conocidas como “las negras” (Veledíaz, 2004). En esas celdas se vivían días, noches, meses, años de incertidumbre, en todo momento a disposición de los militares, de los cuidadores, de su estado de ánimo. En ocasiones no tan cruel. Un recluso en ese Campo recuerda:

“ocurría que los jóvenes guardianes que nos daban de comer y nos conducían al salón de interrogatorios, además de auxiliar a los agentes de la Dirección Federal de Seguridad y a los oficiales de la Policía Militar a sumergirnos a punto de la asfixia en la pileta de agua o en el tambo de acero ubicados bajo la escalera; a golpear y aplicar electricidad en nuestros cuerpos desnudos y mojados, o a excarcelarnos los sábados para permitir que nos bañáramos a cubetazos con el agua helada de la pileta, además de encargarse de las rondas regulares por los pasillos delante de las celdas, eran seres humanos que procuraban realizar su trabajo con el menor esfuerzo posible al evitar descender hasta el nivel de las celdas a exponerse al elevado volumen del aparato de radio... (uno de ellos) de

tanto en tanto nos regalaba por las noches tortillas duras tostadas con sal, lo que era un verdadero agasajo para nosotros... de vez en cuando, nos regalaba un cigarrillo o un fósforo para encender una colilla tirada” por alguien más (Ulloa, 2004: 30; 45-46).

Más aún, sobre el trato con los “enemigos”, en la cárcel clandestina, dirá: “una vez que terminé de comer y beber, me escuché –asombrado por mi audacia- pedirle un cigarrillo al soldado invisible que me había alimentado. Sin palabras, fortaleciendo mi creencia en la solidaridad humana, el soldado atendió mi solicitud colocando un cigarrillo encendido entre mis labios antes de retirarse. Me quedé disfrutando el humo sorprendido de recibir en ese lugar un trato considerado, quizá solidario, de un supuesto ‘enemigo de clase’” (Ulloa, 2004: 20). No puede dividirse del todo, esta relación detenido-detenedor, en buenos y malos, de manera tajante. Hay algunas rendijas por donde se escurren maneras algo distintas de relacionarse de esa dicotomía.

Bien. La documentación sobre su uso clandestino se da a partir de que la cárcel es usada para recluir a los acusados de participar en los movimientos guerrilleros, requeridos de aislamiento total. No obstante, mucha de esa documentación no está a disposición pública, la mantiene el Ejército o fue desaparecida. Por eso hay que recurrir al testimonio, a la narración que aquellos que pasaron por ese espacio expresan. Reconstrucción de la memoria: un marco de la memoria colectiva es el espacio, esos emplazamientos donde los significados de los sucesos vividos se encuentran; se revisitan, con el pensamiento, con la narración, se van reconstruyendo, rememorando, reviviendo (Blondel, 1928). Se actualizan desde el presente. Se testimonia, se reconstruye desde el lado de los que padecieron la guerra sucia. Pero también desde algunos que estuvieron al lado de esos que la padecieron, y ayudan a armar el rompecabezas de la memoria de la guerra sucia. De esa manera se sabe quiénes pasaron por ese sitio y no salieron con vida. Un caso emblemático es del de Ignacio Salas Obregón, Oseas, dirigente de la LC23S, quien después de un enfrentamiento con la policía es herido y trasladado al Campo Militar. Un testimoniante, recluido entonces en las instalaciones militares, señala que

iniciando septiembre de 1974 Oseas ya llevaba cinco meses en cautiverio. Días después, llegaron por él y más tarde ya nada se supo de él. Con su aprehensión y posterior desaparición quedaba descabezada la Liga.

Y si están las versiones, narraciones, desde dentro, las hay también de aquellos que practicaron esta guerra cruenta, que fueron partícipes en menor o mayor grado. Desde ahí también se va reconstruyendo. Sobre el CMN1, un integrante de la Brigada Blanca recuerda:

“Yo estuve en el campo Militar Número Uno, en el equipo de la Brigada Blanca. Éramos varios. Estuve en los separos. Éramos cuatro elementos y yo en el mando. Estaba donde estaba la entrada de los paracaidistas. Era una biblioteca. Pero era puro parapeto. Se recorría una puerta y ya estaba la entrada a los separos, al sótano. Ahí en el sótano los detenidos tomaban agua del excusado porque no tenían caja de agua, sino tenían que meter la mano a la taza para tomar agua. Teníamos órdenes de romperles la madre tres veces al día. Yo estaba veinticuatro por veinticuatro. Y eran muchos los detenidos, era muy duro estar rompiendo madre.

“Ahí había una vieja, la tal Tecla, mala madre, mala madre. Una vieja fea, flaca, que no tenía ningún atractivo femenino... uno es hombre. Esa tal Tecla y otra fulana, en una ocasión, ellas eran de la Liga 23, y éstas le pusieron en la madre a un batallón de policías auxiliares. Uno porque era amistad mío, afortunadamente se salvó. Llegó tarde al batallón, no le dio tiempo de pasar al baño en su casa, y cuando llegó estaban pasando lista y corrió y se metió directamente al baño. Y fue la tal Tecla, una pinche vieja chaparra, yo creo que no pesaba ni cuarenta kilos, y llegó con la otra vieja, una gorda ella, nomás se levantaron el rol y le metieron balazos a todos. Mataron a todos. El policía que llegó tarde estaba viendo, se subió a la taza del excusado. Iban por las armas. Las recogieron y se pelaron. Eso nunca salió a la luz pública.

Continúa con el relato:

“[En los separos] la Tecla me decía. ‘Hijo de tu pinche madre, te voy a matar’. ‘Yo te voy a matar a ti, hija de tu puta madre’. Yo les daba de

desayunar, de comer y de cenar a todos ahí. Y 'muérete hija de tu pinche madre', ni agua le daba yo a esa vieja.

"Cuando llegaba Francisco Quirós Hermosillo, entonces yo le llevaba la consigna, y le decía: 'Son veinte detenidos, tanta comida, tanta cena', y me daba cuatro o cinco varos.

"Cuando Quirós Hermosillo llegaba con soldados, en una camioneta, me decían: 'Teniente, el número tanto', o sea el número de celda y daban el nombre, 'nunca ha estado; el número tal, nunca ha estado; el número tanto, nunca ha estado'. Y yo tenía que sacar esa 'fatiga' que le llaman (informe de vigilancia), y a hacer una nueva. Y aquélla la quemábamos, la tirábamos, la echábamos al excusado y a bajarle. Entonces [a las personas] les echaban una capucha negra [encima], la amarraban. Aclaro, yo nunca vi, pero supe que los metían al horno crematorio, vivos" (en Castellanos, 2007: 302-303).

Y en este ejercicio de reconstrucción, hay una versión de quienes padecieron y una de quienes ejecutaron, la hay, asimismo, de aquellos que por circunstancias algo ajenas se percataron de lo sucedido en esta práctica represiva en los años setenta. Uno de los últimos prisioneros de esas celdas, pero que nada tiene que ver con la guerrilla, fue el general José Francisco Gallardo Rodríguez, recluido en 1993, narra: "me llamaban mucho la atención los tubos con ganchos colocados al aire libre. A la gente vieja de la prisión, oficiales adscritos como custodios desde muchos años atrás, les pregunté para qué eran esos tubos. Uno de ellos me dijo: 'No, mi general, es que ahí colgaban a la gente durante cuatro o cinco días; ahí colgaron a varios de la Liga (Comunista 23 de Septiembre)'. Alguno de ellos me contó cómo llegaban las ambulancias llenas de detenidos y los descargaban por la puerta lateral de la prisión" (en Veledíaz, 2004: 74).

Es común esa usanza en ese tiempo. La detienen en la ciudad de México, y Paquita Calvo recuerda que después de que la capturan la llevan "junto con dos compañeros y nos metieron a los tres a una camioneta, bocabajo, amarrados completamente los brazos y las piernas y aunque nunca logré ubicarme, me imagino que nos tuvieron en el Campo Militar Número Uno"; continúa el relato: "Allí

empezó lo terrible porque en mi caso sobre todo, para torturarme manejaron la presión moral: 'Tenemos a tu hijo en nuestras manos y si no hablas lo vamos a traer para que veas como está. Yo estaba vendada, amordazada, atada a una silla. Querían saber del último refugio, al que no le habían caído todavía... Me tuvieron vendada como cinco días, creo, aunque perdí la noción del tiempo" (en Poniatowska, 1989: 158). Y también la tortura es un hábito de los tiempos. Cuando detienen a Carmelo Cortés y a otros de sus compañeros, entre ellos a una mujer, todos de las FAR, son llevados al CMN1. Ahí reciben la visita de Nazar Haro, quien lo identifica como Carmelo Cortés. Les exige a todos que escriban su historia en unas hojas, y como los guerrilleros no lo hacen, pasan a un segundo plano de presión. Nazar les espeta: "no quieren hablar, cabrones. A ver desnuden a esa pinche vieja, la vamos a violar delante de ustedes, es más, la va violar uno de ustedes, a ver quién de los tres quiere hacerlo" (en Gallegos, 2004: 56). Arturo Gallegos (2004: 57) reconstruye lo narrado por Carmelo, lo que les hacen en esa prisión militar: "Siguió la tortura física. Primero golpes, corriente eléctrica a cuerpos mojados y pies descalzos. Colocaban bolsas de plástico en la cabeza amarradas al cuello, lo que hacía que el torturado entrara en un estado de desesperación tal que al tratar de jalar aire se le pegaba la bolsa en la nariz y en la boca, y quería aprovechar ese instante para morderla pero involuntariamente exhalaba el poco aire que le quedaba y la bolsa se alejaba". Eran sesiones de tortura colectiva, después vendrían las sesiones de tortura individual. La inmersión en agua era tremendamente salvaje. Carmelo lo narra: "Consistía en meter al individuo parado en un tambo de agua de 200 litros, lo sumergían a la fuerza, la bajada era fácil, pero para salir, las rodillas y la cadera se atoraban en el diámetro del tambo. Ante la desesperación por la asfixia el torturado trataba infructuosamente de salir, pero le era imposible pues las piernas se atoraban, y solamente cuando vaciaban el tambo de agua podían sacarlo de aquel suplicio. Otra tortura más consistía en amarrar al detenido de pies y manos; las manos hacia adelante, le metían los codos entre las piernas, quedaban entre la curvatura de las extremidades un espacio por donde introducían una barra de acero para después levantarla por los extremos y giraban al torturado sobre el metal. Esta acción producía una

sensación de náuseas; pero al mismo tiempo que se quería vomitar no se podía, uno solamente sentía que se ahogaba” (en Gallegos, 2004: 58). Días después, la prensa dio cuenta de la detención de los camaradas de Carmelo. Eso, de alguna manera, presionaba para su presentación legal.

Mario Cartagena López, *El Guaymas*. En la ciudad de México estaba a punto de ser intervenido pues tenía varias heridas de balas, se encontraba en la Cruz Roja, era el 5 de abril de 1978. Llegaron agentes de la DFS y se lo llevaron, recuerda Javier Andrade, médico que lo atendía y militante de la LC23S. Se lo llevaron rumbo al CMN1. *El Guaymas* era militante de la LC23S. Al llegar al Campo “me metieron a unos sótanos que conocemos como *El Metro*”, narra. Aún no sabían quién era. Ahí, en el Campo, llegó Alicia de los Ríos, la reconoció. Antes de su llegada, dice él, Alicia pesaba unos 60-65 kilos, en la cárcel militar tenía unos 40-45 kilos. La llevaron para que reconociera a Cartagena. Recuerda que estando en el Campo, a *El Guaymas* alguien le dijo: “Yo soy Salomón Tanús, quien te puede dar o quitar la vida. Aquí vas a hablar o te mueres”. Recuerda: “Lo más duro de la tortura fue cuando me entablan, me meten en unas cajas, me amarran muy fuerte. No me puedo mover para nada y me ponen dos tablas en la cabeza y me introducen una sonda. Me obligan a que me la trague y me empiezan a meter agua”. En ese entonces tenía 22 años. Después de torturarlo, sólo entonces, lo sacaron de las celdas del Campo y lo llevaron al Hospital Militar para ser atendido. Cuando despertó no tenía una pierna y de un brazo quedó mal. Señala que es de los pocos que han salido del CMN1. Lo trasladaron al Reclusorio Norte, y a la semana de estar en prisión rindió un testimonio sobre ese sitio de horrendos recuerdos, lo cual incomodó a la policía política. Lo sacaron del Reclusorio y lo llevaron nuevamente al Campo, ahí Salomón Tanús le espetó: “Si sigues hablando te vamos a matar a ti y a tu familia. Vamos a hacer lo que queramos. Tenemos carta abierta”.

Sobre este sitio se puede ser concluyente: “la principal plaza militar del país que será convertida en el mayor centro clandestino de reclusión y tortura en la historia de México” (Castellanos, 2007: 125). Ahí y en sus archivos se encuentra una parte fuerte y amplia de la memoria de esa guerra sucia que se desató contra

la guerrilla en la Segunda Ola Armada. Cuestiones de poder: esa prisión militar del CMN1 fue terreno vedado para la Fiscalía que investigó el asunto de la guerra sucia. La Sedena declaró en repetidas ocasiones que no hubo en sus instalaciones detenidos civiles, se posicionó: "desde la creación de las prisiones militares no se ha recluso o detenido en ellas a 'personas civiles', sino únicamente a personal militar que infringe la disciplina militar" (en Veledíaz, 2004: 74).

La historia sigue el mismo patrón: detenidos, torturados, días, meses. Algunos mueren por la tortura infligida. Otros desaparecen. Otros, los con cierta fortuna, al ser presentados ante el Ministerio Público es como si volvieran a la vida porque existen ya legalmente. Uno de quienes logra salir de ese centro de reclusión fue Mario Cartagena, "el Guaymas", quien vio con vida en ese centro de reclusión a algunos de los ahora desaparecidos. A él le tocó sufrir las penurias de esa "cárcel clandestina", como el mismo las llama, y en su momento lo denunció. Ulteriormente, fue trasladado a una "cárcel legal", como el mismo las refiere. Aunque después vendrá la vida dura y violenta en la cárcel legal. Después de pasar por la cárcel clandestina, quienes llegan a ser presentados ante un juez, darán testimonio de la presencia de otros guerrilleros en esas mazmorras, muchos de los cuales siguen en calidad de desaparecidos. Esa es una ruta. Otras son más crueles.

#### **4. 1 En Guadalajara**

Los detenidos en las ciudades grandes, los apresados de la guerrilla urbana tendrán varios destinos, pero en todo momento algunos irán a parar a los centros clandestinos de detención o reclusión. Oficinas del servicio secreto en Tlaxcoaque; la de la DFS frente al Monumento a la Revolución; la Dirección de Policía y Tránsito; las de un cuartel de granaderos o bomberos y, por supuesto, el Campo Militar Número Uno. Estos últimos en la ciudad de México. Pero hay más sitios de reclusión clandestinos, por ejemplo en Guadalajara, donde hubo un auge guerrillero, donde operó un grupo fuerte que después sería parte de la LC23S.

Se desarrollaban en Guadalajara los enfrentamientos entre integrantes de la FEG y del FER, eran los fines de 1970. El sexenio terminaba. Un joven militar

de entonces, José Francisco Gallardo Rodríguez recuerda que de noche estando de servicio en el 17 Regimiento de Caballería con sede en Ameca, Jalisco, militares vestidos de civiles ordenaron que se recibiera en custodia a una docena de jóvenes, estaban esposados, algunos con la cabeza cubierta. Ahí llegaron detenidos de manera ilegal, después fueron sacados de ese sitio y los llevaron con rumbo desconocido, hasta que sus cuerpos aparecieron en el lago de Chapala, como se ha mencionado en un apartado anterior. No se aclaró la identidad del grupo de estudiantes que fue eliminado. Una hipótesis es que pertenecían al FER. Esto también se irá reconstruyendo.

Pero se sabía que en Guadalajara había varias casas de seguridad, donde trasladaban de manera clandestina a los detenidos acusados de estar vinculados a la guerrilla. Ahí se les interrogaba y se les torturaba; para eso servían las cárceles clandestinas. Una finca en la colonia Independencia, en Avenida de la Unión, les servía de estancia ilegal. Lo mismo, los sótanos del palacio federal y del Ayuntamiento de Guadalajara. Los cuarteles municipales policiacos desocupados a las orillas de la ciudad, asimismo, cumplían esa función. En la colonia Moderna, había otra finca que fungía como espacio de reclusión ilegal, y ahí estuvieron las oficinas de la DFS, con una casa contigua que servía de cuartel para agentes del Servicio Secreto de Guadalajara. Funcionó por cerca de 10 años, la llamaban “la casa del horror”. Por ahí pasaron cientos de detenidos, algunos ahí fueron muertos debido a la tortura. Era una cárcel clandestina, centro de operaciones de la DFS. Era una casa inicialmente. Rodeada de policía e integrantes del Ejército, a ese sitio llegaban vehículos con personas para torturar. Los vecinos recuerdan que en ocasiones se escuchaban “llantos y quejidos”, sobre todo por las noches. Primero funcionó como cárcel clandestina de la DFS, después como oficina legal de la corporación. Contaba con dos cuartos, que servían para interrogatorios. A muchos detenidos ilegalmente ahí se les mantuvo (Dios, 2004: 186-187). En la última etapa de la represión, los detenidos fueron conducidos a cuarteles militares” (Dios, 2004: 86), como La Mojonera, ese sitio de reclusión no oficial, con sede en la XV Zona Militar, en Jalisco, donde estuvieron varios acusados de guerrilleros,



de ahí que no se les pudiera localizar cuando los familiares intentaban encontrarlos.

Sobre la ilegalidad de las detenciones, para ser llevados a esos sitios clandestinos, recuerda Armando Rentería: “Jamás nos presentaron una orden de detención y siempre que nos detenían, inmediatamente nos ponían vendas en los ojos y nos llevaban a lugares secretos” (en Dios, 2004: 296). Entre 1968 y 1984, Rentería fue detenido en cuatro ocasiones.

Por su parte, Manuel Cholico Cisneros, quien militó en la LC23S fue detenido el 16 de febrero de 1974. En una granja a las afueras de la ciudad de Guadalajara, vino después la tortura por parte de agentes de la DFS, recuerda: “Te daban toques. Te encueraban, te ponían en el suelo y te echaban agua para que el toque fuera más fuerte. Te ponían la picana en los testículos, en las plantas de los pies, en las axilas, en las partes más sensibles. No puedes ni siquiera gritar porque el shock de la electricidad te entumecía. Te decían ‘¿te estoy preguntando cabrón!’, pero ¿cómo contestabas si te estaban torturando? Se te trababan las quijadas por los toques y como no contestabas te seguían torturando. Te desmayabas y te dejaban un rato. Recuerdo que me pisotearon las uñas porque llegué sin uñas al reclusorio” (Dios, 2004: 352). Después lo trasladaron a una celda en el Palacio Federal para ser presentado ante un juez. Existía legalmente. Dos semanas de tortura habían pasado, lo peor había pasado, recuerda.

#### **4. 2 Pie de la Cuesta**

Ahora se sabe que no sólo el CMN1, como instalación militar, fungió como cárcel clandestina; otras bases militares, como la de Pie de la Cuesta fungieron, igualmente, como centro de reclusión clandestina. Diversas instalaciones militares, en la zona donde operaba la guerrilla, cumplían con esa función: negar el paso de la clandestinidad hacia la legalidad y asunción de penas por ello a los presuntos guerrilleros y a los señalados de apoyarlos. Familiares incluidos, como el padre, la esposa e hija de Genaro Vázquez, quienes pisaron las celdas del CMN1. Igual suerte corrieron la esposa, hija y madre de Lucio Cabañas (Castellanos, 2007).

Guerrero, estado donde operó la guerrilla rural con un gran empuje, tuvo sus centros clandestinos de reclusión. Varios fueron ellos. En Acapulco, por ejemplo, se ha señalado un sitio conocido como Coca, por encontrarse la empresa Coca Cola atrás de sus instalaciones; otra más llamado *El Ferrocarril*, por tener celdas muy pequeñas y ordenadas a manera de trenes de ferrocarril. Pero el sitio emblemático, simbólico, porque por sus instalaciones pasaron muchos acusados de ser guerrilleros y ahí quedaron sus vidas, tortura previa, es la Base Aérea Pie de la Cuesta. Dicha base se construyó durante la administración de Miguel Alemán, con fines turísticos, para que llegaran los vacacionistas a Acapulco. Después, estuvo abandonada, hasta que fue retomada para usos militares, cuando los grupos de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas tomaron las armas, para agilizar el traslado de tropas castrenses al estado de Guerrero. En 1973 la Sedena adquiere aviones militares para que despejen y aterricen en terreno corto y trasladar cuerpos a o de la base militar Pie de la Cuesta. Con la persecución a la guerrilla, sobre todo a la de Lucio, comenzaron a surgir versiones de vuelos que trasladaban a sospechosos de ser guerrilleros para ser arrojados al mar. Los vuelos, se indicaba, salían de la Base Militar Número 7, en Pie de la Cuesta (Díaz, 2002).

Arturo Gallegos Najera, del grupo Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que encabezaba Carmelo Cortés, sobrevivió a ese sitio. Él narra que fue detenido el 20 de septiembre de 1974 por el jefe de la policía judicial de Acapulco, Wilfrido Castro. Lo llevan a una casa donde es torturado, y después a Pie de la Cuesta. Reconoce el sitio por el ruido del mar y la música de un salón de fiestas que se encuentra cerca del sitio. Ahí había unas 30 personas, con los ojos vendados, que llegaban ahí ya torturados. En Pie de la cuesta, no se torturaba, recuerda Gallegos, más bien era "un sitio de descanso de la tortura" (en Díaz, 2002: 17). A ese lugar llegan Quirós Hermosillo y Acosta Chaparro, con la intención de obtener información que lleve al paradero de Carmelo Cortés. Escasas son las personas que saldrán con vida de ahí, recuerda Gallegos. Días después, este militante de las FAR será presentado ante el Ministerio Público; no ocurrirá lo mismo con otras muchas personas que cayeron en esa base militar.

Cuando a Acosta Chaparro y Quiros Hermosillo se les abre un proceso por sus vínculos con el narcotráfico, y se les demanda por desapariciones en el estado de Guerrero, la PGR se declara incompetente para ello. La justicia militar sigue el proceso, y ahí, varios de los que trabajaron con estos militares, subordinados de ellos, rindieron testimonio de lo que ocurría en algunas bases militares, específicamente en Pie de la Cuesta. De ahí se sabe, también, de su utilización como cárcel clandestina, como centro de reclusión ilegal (Díaz, 2002a). Diez son los militares que declaran alrededor del tema.

Tarín Chávez trabajó en el área de Inteligencia Militar, y entre 1975 y 1979 estuvo bajo las órdenes de Acosta. Habla de alrededor de 1,500 personas detenidas en ese periodo. Algunos trasladados a Pie de la Cuesta, y Barquín los registraba en un libro de "pastas negras": esos detenidos no lo eran con orden de aprehensión alguna. Y los mantenían, por un tiempo, en ese sitio castrense. Algunos de ellos tiempo después fueron presentados ante el Ministerio Público; otros, liberados sin mayor explicación; otros más fueron puestos en aviones con rumbo al mar, para engrosar las filas de los desaparecidos.

Otro militar, Margarito Monroy Candia, piloto, declaró que en la base algunos militares obligaban a las mujeres a tener relaciones sexuales con ellos con la promesa de dejar libres a sus parejas (Díaz, 2002a).

Esas eran las prácticas sucias en esa base militar, como en otras tantas del país, como en diversas instalaciones clandestinas de reclusión. En Pie de la Cuesta se vio, igualmente, como en el CMN1, a varios guerrilleros por última vez. El 4 de septiembre de 1974 en Morelos fueron capturados Alberto Ulloa Bornemann (Liga Comunista Espartaco) y Javier Gaytan Saldivar (Movimiento de Acción Revolucionaria). De ahí fueron llevados a la zona militar de Cuernavaca para luego ser trasladados al CMN1, en el D. F. Dos meses y medio después Ulloa fue puesto a disposición de la PGR y de Gaytan Saldivar no se supo más. En un oficio de la DFS, firmado por Pedro García Samper, se señala: "Por orden superior, los detenidos arriba mencionados fueron trasladados a los separos de la Policía judicial del estado, en donde se encontraban reclusos, a la 24ª Zona Militar, cuyo comandante es el Gral. Brig. D.E.M. FRANCISCO ANDRADE

SÁNCHEZ, quien manifestó que para evitar agitación en el estado los iban a remitir al campo Militar N° 1 de la Cd. de México, y que ya habían hecho contacto con el C. Srio. de la Defensa Nacional, Gral de Div. D.E.M. HERMENEGILDO CUENCA DÍAZ” (en Delgado, 2004: 31). Recuerda Ulloa que el otro detenido “estaba allí cuando yo salí. El día en que me sacan del Campo Militar Número Uno, junto con otros compañeros de la organización, él se queda ahí. Y hace 30 años que no se sabe de él”. Otro detenido, José Wenceslao García (Liga Comunista 23 de septiembre) llegó herido a ese Campo donde fue “torturado bestialmente”; a él lo volvió a ver en Lecumberri, pero un día no regresó más del área de juzgados. Un cuarto de siglo después Ulloa habla de lo que le tocó vivir, y advierte “¿Qué necesidad había de desaparecer y asesinar, cuando podían simplemente encarcelarnos y sujetarnos a un proceso penal para pagar con cárcel los delitos cometidos?”. Este preso político de aquellos años dice “sería partidario de la amnistía, pero primero que sepamos quiénes son, qué hicieron, que sean juzgados y ya veremos si se les puede amnistiar o no” (Ulloa, 2004: 33-34).

Los campos militares, las bases, las cárceles clandestinas son, por su vivencias de esos años, espacios de memoria, territorios donde se han dejado recuerdos. La revisita a estos sitios se ha postergado, se ha imposibilitado. Para reconstruir lo que allí ocurrió, se ha recurrido a la narrativa, a los testimonios, a la comunicación, ora oral, ora escrita. Pero no se ha permitido el recorrida de esos emplazamientos desde donde se pueda enunciar: “aquí sucedió”, “aquí estuve”. La memoria y su reconstrucción a través de los marcos sociales se posibilitan con los espacios, y sin ellos aún queda el emplazamiento.

## 5. BRUTALIDAD SOBRE LOS CUERPOS: LA TORTURA

La tortura se presenta en este denominado marco de la guerra sucia, ese es su contexto. En él hay que entender lo que sucedió en esos años de violencia institucional. Bien. La tortura es un ejercicio de violencia. Violencia y castigos han habido, y durante siglos, incluso milenios; estos eran abiertos, públicos, para el escarmiento de ciertos grupos, lo mismo disidentes que mujeres, esclavos que herejes, pobres que hurtadores. La Inquisición supo bien de eso, varios siglos impuso el tormento público en nombre de su poder y dogma. No obstante, a fines del siglo XVI, en tanto que los suplicios abiertos estaban ya resultando intolerables, era necesario practicar otras formas de castigo, menos abiertas, más cerradas, algo que no fuera visto por la gente. "Castigar menos, para castigar mejor", fue una de las respuestas, y la dio Beccaria, el padre de la entonces nueva penalidad (Perrot, 1998). Lo aborrecedor a los ojos humanos, comenzó a ocultarse. La tortura se despliega ahora ocultamente y negándose. Lo que este apartado aborda es esa manera como se practicó contra las personas que fueron acusadas de ser guerrilleras, y la manera como van reconstruyendo sus protagonistas ese trozo de pasado antes negado.

Pasar por las cárceles, principalmente las clandestinas, implicaba necesariamente el sometimiento a tratos inhumanos, a torturas, para que el Ejército mexicano o la Dirección Federal de Seguridad (DFS) obtuvieran información que diera con más guerrilleros y/o presionarlos para saber lo que tenían pensado hacer. La etimología de la palabra "tortura", que viene del latín *tardío*, significa "torcer", dar "vuelta", "tormento", "suplicio" (Gómez de Silva, 1985), como ese suplicio que experimentaban aquellos que fueron sometidos a las torceduras humanas. Actualmente, no hay constitución en Occidente que a la tortura la mantenga en la legalidad. No obstante, la tortura es una práctica muy común, más de lo que se piensa. Y se tortura para hacer confesar, para que se hable. "La historia de la tortura pertenece a la del secreto, de un doble secreto: se tortura para arrancar el secreto, pero el hecho de haber torturado se convierte a su vez en secreto" (Vincent, 1987: 204). Secretud, porque aquellos que la ejercieron

(o ejercen) no quieren hablar de ello; y secretud, porque con tormento depilan información que lleva, en muchos casos, a la aniquilación del sujeto de tortura.

En este caso, las torturas podían ir desde la forma psicológica hasta la muerte, por exceso de golpes. Podía ser a solas o frente a algún familiar, para “ablandar” al interrogado. A un integrante del MAR lo torturaron frente a su familia, esposa e hijo de dos años: “Los quieres mucho, ¿verdad, hijo de la chingada?”, le inquiría el jefe policiaco: “ya probaste de lo que somos capaces, si no cooperas les vamos a partir su madre” (en Pineda, 2003: 216). Ciertamente, la práctica de torturar frente a los familiares era muy recurrente: la pareja de uno de ellos fue obligada a observar cómo torturaban a su compañero, *Dionisio*: le aplicaban cigarrillos encendidos en las partes íntimas, golpes en todo el cuerpo, lo amarraron a un tablón y con los ojos vendados lo sumergieron en la pila de agua hasta casi la asfixia, al tiempo que le aplicaron descargas eléctricas con una picana que usaban para movilizar ganado (Ulloa, 2004: 178-179).

Mostrar a los demás, algún familiar, que a alguien se le torturaba generaba terror, pánico. Anunciar o dejar escuchar la tortura a quienes se encontraban detenidos, era también terrorífico, fulminante. El tiempo de espera para la tortura propia era paralizador. Es ese terror practicado, dirigido para que quien mira o escucha se atemorice, incluso antes de ser violentado (Martín-Baró, 1983). En ese sentido, la intención de los torturadores era clara: inculcar miedo, mucho miedo. “Cuando sacaban a alguien de su celda, los ocupantes de las demás sentían cómo sus corazones latían acelerados, sus bocas se secaban y su respiración se reducía al mínimo”; al interrogar a un prisionero la música era apagada, para que así se escucharan los gritos de dolor del torturado: “en los primeros días de mi arribo, llevaron al sótano, proveniente de otro lugar, a un joven educado (así lo evidenciaba su modo de hablar) a quien nunca vi, pero que fue sumergido de cabeza varias veces dentro de un tambo de acero lleno de agua hasta matarlo por asfixia... alguno de los torturadores dijo: ‘este pendejo ya se fue’” (Ulloa, 2004: 34).

En otros casos, la tortura llegaba sin anunciarse:

"Sin decir palabra, abrieron la celda y me condujeron al cuarto localizado frente a la pileta. Allí me ordenaron desvestirme, me amarraron juntas las manos por detrás de la cintura, me cubrieron los ojos con unas vendas sucias y de pie, luego de mojarme el torso, me aplicaron electricidad en las tetillas con un simple cable pelado de las puntas, al tiempo que con insultos me conminaban a confesar en qué asaltos y secuestros había participado. Cuando, en medio del dolor, comencé a balbucear una respuesta negativa, recibí un tremendo golpe en mi costado izquierdo que me mandó fulminado al piso. No podía respirar y las piernas y brazos no me respondían.

"-¡Párate, hijo de la chingada!- oí que me gritaban, mientras literalmente veía estrellas.

"-¡Espérate tantito!- gemí como pude sin moverme.

"-¡A quién le hablas de tú, hijo de la chingada- me contestó el de la férula de yeso, al tiempo que comenzaba a patearme el cuerpo con fuerza. No sé cómo logré incorporarme, pero comprendí que el tipo me había golpeado con la férula de yeso y que me iba a destrozar las costillas a golpes con ella, así que decidí aceptar mi participación en el traslado de unas cuantas armas viejas al estado de Guerrero, que había realizado solo y entregado en un punto desierto de la carretera Acapulco-Pinotepa Nacional en la Costa Chica" (Ulloa, 2004: 33).

La tortura, en este caso, es clara, intenta reducir y minimizar al torturado. Pero sobre esta violencia hay más. Señalando limitaciones de la noción de tortura que enuncia la Organización de Naciones Unidas (ONU), Amnistía Internacional (AI), apunta que "la tortura tiene un fundamento teórico: el aislamiento, la humillación, la presión psicológica y el dolor físico son medios de obtener información, de someter al preso y de intimidar a sus allegados" (en Dobles, 1990: 198). Lo cual, como hemos visto hasta aquí, sucedió prácticamente de manera literal.

### **5. 1 Torturar para aniquilar**

La tortura, a decir de Martín-Baró (1983), se configura con cuatro elementos: i) La estructura formal; en un marco de impunidad se presenta y se intenta debilitar y

humillar al torturado; hacerlo sentir impotente. ii) El rol personal; más allá de patologizaciones que puedan hacerse desde la psiquiatría o la psicología individual, hay roles y papeles que les toca jugar o asumir a quienes participan en la tortura: hay quienes ordenan y no realizan acción alguna, y hay quienes obedecen, ejecutan. iii) El contexto posibilitador; es un contexto histórico que posibilita que ciertas expresiones surjan y otras no; gente que se adecúa a ciertas circunstancias y ejerce represión, ordenados, por supuesto, en un contexto de institución que así lo demanda, y en consecuencia hay personas que terminan asumiendo las posturas de los grupos dominantes. Y iv) el fondo ideológico; en este caso, la violencia se genera desde ciertas posiciones de poder, con determinados intereses, en los que se expresan valores, creencias, lógicas racionales, que permiten que se mantenga un estado de cosas con una ideología que lo sustenta. Hay, pues, una justificación ideológica de la violencia, por ejemplo, en nombre del nacionalismo, de la seguridad nacional, de defensa contra fuerzas extranjeras, contra el comunismo internacional y las ideas extranjerizantes. En consecuencia, y siguiendo esta lógica, se tortura a quien se considera enemigo, un comunista, no se trata de una persona, se lucha contra amenazas, contra terroristas. Es el proceso de deshumanización. Se les responsabiliza del mal.

En la lucha contra la guerrilla, jugó un papel importante el Ejército, principalmente contra la guerrilla rural. Ahí tuvo su mayor actuación. Y la manera como lo hizo, en los últimos tiempos se ha ido dibujando, sabiendo, reconstruyendo: buscaban el mal en los "asaltacaminos", en los "delincuentes", como le llamaban a los guerrilleros. Muchos inocentes sufrieron la represión del Ejército, ajenos a la lucha guerrillera, eran piezas de presión para dar con el paradero de los guerrilleros que actuaban en las montañas, para dar con Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, por ejemplo. El siguiente es un testimonio de quien sufrió la violencia institucional: el 7 de septiembre de 1974 detuvieron en Atoyac a varias personas, entre ellos a Evaristo Castañón Flores, quien recuerda:

"No sé cuántos días estuvimos allí. Nos presentaron ante el juez. Estábamos confesos de haber ido a poner la emboscada allá en la sierra a



los soldados, cosa que nunca aceptamos, antes preferíamos morirnos. Sin embargo, yo pienso que varios compañeros no aguantaron la tortura. Unos se murieron, otros desaparecieron, porque ya cuando nos trajeron a la cárcel ya no regresamos todos los que fuimos. Regresamos golpeados, descalabrados, yo traía la clavícula del lado derecho quebrada y un oído me dolía, no podía ver. No recuerdo si salimos o llegamos a la cárcel el 15 de septiembre, pero recuerdo que oía el grito en el radio y escuchaba que decían: 'Viva México, viva la libertad'. Y yo me decía ¿cuál libertad? Entonces yo sentí que antes, cuando conmemorábamos el 15 de septiembre era muy bonito, porque yo creía en mi gobierno, pero después de lo que nos hicieron todo se me volteó" (en Scherer, 2004a: 97).

Ese era el Ejército, en plena lucha contrainsurgente, su actuación en la guerra sucia, sobre todo movilizándose en el campo, en la sierra, intentando, como años después se sabría por documentación oficial, "quitarle el pez al agua", es decir, suprimiendo los potenciales apoyos a la guerrilla, reprimiendo gente.

En las ciudades (pero no sólo ahí, pues también actuó en el campo), operó la DFS, esta temida instancia conocida en ese tiempo por su brutal forma de actuar. Directores de esta policía política lo fueron, en distintos momentos, personajes como Fernando Gutiérrez Barrios, Luis de la Barreda Moreno, Javier García Paniagua y Miguel Nazar Haro. Este último de especial relevancia en la táctica que siguió la DFS para aniquilar a la guerrilla en México, pues creó la Brigada Blanca, grupo que se abocaría a la eliminación de la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S).

Esta policía política infiltró a la mayoría de los grupos guerrilleros urbanos, obtenía información, dejaba que actuaran de algún modo y después los enfrentaba de manera violenta. Así, por ejemplo, los agentes de la DFS sabían que los guerrilleros detenidos tenían órdenes de mantenerse en silencio durante tres días, para que sus contactos y los domicilios conocidos pudieran ser evacuados, y esconderse los militantes. Por tanto, la información debía obtenerse lo más rápido posible, no importaban los medios. Resulta peculiar, y entendible, que en algunos documentos de la DFS sólo se menciona que se les ejerció "presión" e

“interrogatorios preliminares” y no tortura a los detenidos (Aguayo, 2001). Esa es la parte oficial de esos sucesos, de ese pasado; los ex-guerrilleros tienen su versión, la memoria que han mantenido durante años y que desde el presente reconstruyen, de eso trata la memoria colectiva (Halbwachs, 1950). Y narran, tienen mucho que decir. A muchos se les aplicaba el clásico rol del policía bueno y el malo, como dicta la preparación de los agentes (Castellanos, 2007). Con los acusados de ser guerrilleros se ponía en juego una y otra vez. Un grupo de policías se presenta como los buenos y empiezan: “Está usted en manos del Poder Ejecutivo Federal. Para usted ya se terminó el anonimato, la clandestinidad. Recuerde que, según sus propias reglas, usted tenía la obligación de guardar silencio durante las primeras setenta y dos horas a partir de su detención y ya pasaron. Debe entender que entre usted y nosotros hay un abismo infranqueable, que sólo podrá usted superar si coopera con el gobierno. Soy todo oídos, díganos su historia” (en Ulloa, 2004: 35-36).

Salvador Castañeda (1980: 50), integrante del MAR, recuerda lo ocurrido: a uno lo agarran, lo tienen en instalaciones militares, por el ruido de las botas ubica el sitio. Quien lo interroga, días atrás había aparecido en fotografías, de esos que golpeaban estudiantes el 10 de junio de 1971. Lo reconoce, es un *halcón*. Este paramilitar le espeta: “ya pasaron setenta y dos horas desde que los agarramos y de seguro sus camaradas tomaron las medidas necesarias para la seguridad del grupo, así que comience a hablar. Ellos están libres y usted está aquí, no se le olvide”, y empieza la tortura: introducirlo en una pila de agua, asfixia....

Esto acaece en el CMN1, principal centro de reclusión clandestina. Sitio donde ocurrieron múltiples prácticas de tortura. Varios de los sobrevivientes, según literatura y testimonios, estuvieron ahí. En ese lugar está parte de la memoria de la represión, de la guerra sucia. El espacio es un marco social de la memoria, y en tanto tal, posibilita que los sucesos, sus significados, se mantengan, pues es en el espacio donde se acumulan experiencias: “evocamos al recuerdo sólo para llenar el marco y prácticamente no tendríamos el recuerdo si no tuviéramos el marco para llenar” (Blondel, 1928: 151). Los sitios son un punto que emplazan a la memoria. El Campo Militar donde estuvieron los ex guerrilleros

tiene especial significación para ellos: ahí fueron torturados, ahí estuvieron en la línea de la muerte, a disposición de los que operaban la represión.

Desde ahí narran. La narrativa constituye una forma de comunicar, de transmitir, de hacer partícipes a otras personas de algún suceso concerniente a la vida del grupo al que se pertenece o forma parte. Es una manera de señalar lo que sucedió, de contar, de relatar, de agregar y omitir elementos, pero siempre con la intención de la permanencia. En este caso, los recuerdos en las narrativas de distintos sobrevivientes van reconstruyendo esos momentos, coinciden: a los detenidos en el Campo Militar les practican: “pocito”, sumergiendo la cabeza, y el cuerpo atado a una tabla, en depósitos sucios y con excremento humano; descargas eléctricas, les arrancan las uñas, los cuelgan de los dedos pulgares; les aplican el “tehuacanazo” (agua mineral en la nariz), a los hombres les atan un hilo en los testículos y los ponen de cuclillas, de forma tal que si se mueven pueden castrarse. En ese sitio de tortura, hay un médico, por si se llega a cometer algún “exceso” que esté a punto de poner en la muerte al torturado (Castellanos, 2007).

Un sobreviviente de ese Campo narra varios casos que vivió de cerca. Un prisionero, del grupo de Carmelo Cortés (FAR), es llevado al CMN1, lo torturan y muere: “El muchacho era un valiente. Aguantó un castigo tremendo y no delató a Carmelo ni a nadie más. Me quedé admirado de su integridad y fortaleza, envidiándolo de verdad”. Otro. Wenceslao José García, quien estuvo en medio de una balacera y persecución en las inmediaciones del Parque Hundido de la ciudad de México, fue llevado herido al Campo Militar, a donde llegó Nazar Haro, al frente de un grupo de policías, para torturar en su celda al retenido: “Llegó un momento en que los gritos se escuchaban terribles y después se produjo un espeso silencio de mal augurio... los gritos del compañero habían sido tan fuertes e intensos durante el interrogatorio, que su absoluto silencio posterior me convenció de que los federales fingían y que la verdad era que se les había pasado la mano” (Ulloa, 2004: 52; 65-66). Al sitio arribó un médico quejándose de la condición en que habían trasladado al prisionero al Campo Militar y su posterior sesión de tortura. Entraron con camilla. Sacaron al secuestrado, prácticamente muerto. Después sería trasladado a una prisión, por presión de los médicos militares.

La tortura en ese y otros Campos, en instalaciones de la policía política u otras policías, era cruel, especialmente cruel. Los recuerdos no se van, porque significativa es la memoria. Los que vivieron esos momentos siguen narrando, no se cansan, buscan que se les crea, que la memoria sea algo menos marginal, que se enfrente a la historia oficial, porque la historia es una, la que niega, la que omite, la que da cuenta de la linealidad del tiempo donde sólo hay grandes hombres y grandes sucesos, las rupturas (Halbwachs, 1950). Esa historia positivista no contempla a los grupos golpeados, a los perdedores. La memoria insiste en que esa parte del pasado importa, porque ha forjado el presente, permite entenderlo, nos puede enseñar que no hay futuro olvidando. Y por eso se dedican a narrarlo a quien quiera escucharlo.

Como en su momento señaló Umberto Eco (1999: 184) para ciertas omisiones históricas: "la memoria colectiva se las arregla, a veces, para sobrevivir a las censuras del poder y a los silencios de la historia". En eso están aquellos que sufrieron la represión en cuerpo propio. Como Pedro Cassian Olvera, de las FRAP, quien fue detenido en octubre de 1974 por la DFS, y recuerda:

"De inmediato me vendaron los ojos y me llevaron a una casa... en donde se me desnudó y se me empezó a golpear en todo el cuerpo y principalmente con golpes de karate en la garganta y en la nuca, después me mojaron y empezaron a darme toques eléctricos con una picana (chicharra-barra eléctrica) en el pene, los testículos, el ano, en una cicatriz que tengo, en las orejas, dentro de las fosas nasales, en los labios, en las encías y en la lengua, después de esto me hicieron comer dos tazas de excremento, luego me tendieron en el suelo y Miguel Nazar Haro me ponía una pistola en la sien jalando el gatillo (simulacro de fusilamiento)... También me amenazaban con que iban a llevar a mi familia para torturarla en mi presencia" (Cassian, en Poniatowska, 1980: 109).

Las escenas se repiten, porque la memoria es reiterativa, insistidora (Halbwachs, 1950) y porque esas fueron las prácticas reiteradas de la guerra sucia. Jesús Morales, otro torturado, al respecto será más firme y acusador: "casi todos los que estuvimos detenidos tenemos una marca en el tabique de la nariz. Así quedas de

la venda que nunca te sacan y te va jodiendo porque te mojan, te meten la cabeza en los excusados y luego se seca, se llaga y se infecta"; "Uno aguantaba, pero hay un momento, compa, cuando lo que quieres es morirte. Y te mueres el chingo de veces y regresas a lo mismo y te vuelves a morir poco a poquito. Y les dices que te maten y nomás se ríen. Había que creer para aguantar" (en Aguayo, 2001: 186).

Los testimonios coinciden y con sus narraciones se va ampliando el pasado, se ensancha, hay más cosas, cosas que antes se encontraban ocultas; el pretérito cobra otras formas, distintas a las sabidas, a las dominantes; las narrativas de los sobrevivientes en ese contexto cobran sentido, son refrendadas, porque como otras maneras de relatar, como el canto o la recitación, devienen forma de recordar, de mantener vivo ese pasado experimentado, y de comunicarle a la sociedad cómo han sido las cosas (Bruner, 2002).

Asimismo, reiterativo es el modo de actuación de la policía política para con los guerrilleros. En el asalto bancario que efectuó la LC23S, en abril de 1975 en la ciudad de México, se mostró un método claro con el que actuaba la policía política. En el enfrentamiento con la policía algunos guerrilleros son baleados en las piernas, imposibilitando su huida, y además, clave, no matarlos al momento y llevárselos heridos. Dejarlos que se desangren y no brindarles ayuda médica, a menos que proporcionen información sobre el paradero de otros integrantes de la organización. Esta era otra modalidad de la tortura, la cercañía con la muerte, a través del dolor físico que amenaza con llevar al deceso. Más aún, ante la muerte de algunos policías en ese enfrentamiento, el entonces director de Policía y Tránsito declaraba: "la conducta de los delincuentes revela no sólo total desprecio al orden establecido, sino a la vida humana"; por su parte, el entonces presidente Luis Echeverría espetaba que los actos de la Liga eran "sangrientos, primitivos y de fieras" (en Castellanos, 2007: 255).

En consecuencia, así los trataron.

## 5. 2 La justificación: el discurso policiaco

Efectivamente, no sólo fue el trato cruel, en la práctica, que recibieron de parte del Estado mexicano, pues también dicho trato se justificó retórica y discursivamente: mediante el discurso creaban seres incómodos que permitieran justificar la actuación represiva. Y es que, si se le cree a los construccionistas sociales, el lenguaje está mediando entre la realidad y las personas (Shotter, 1993). Ciertamente, el lenguaje ayuda a edificar lo que se considera como real, por eso se hace uso de él y se llega a abusar, tal como lo hizo la policía política, justificando su actuación. Veamos.

Fernando Pineda, del MAR, cayó a inicios de 1971 en manos de Nazar Haro; estuvo secuestrado 40 días. De 22 años, tenía que instruir militarmente a otras células de su agrupación, para lo cual debía alquilar una vivienda en Jalapa, Veracruz. No se enteró que el dueño de la vivienda era un ex-jefe de la policía del estado. Poco tiempo después la DFS tenía detenidos a él y a varios de sus compañeros. A él lo trasladaron de Jalapa al Distrito Federal (DF), todo el tiempo tirado en el piso del auto. Lo llevaron a las instalaciones de la DFS. Cuando es interrogado por primera vez, Nazar Haro no sabe prácticamente nada del MAR. La sesión de tortura inició desde el primer momento. Pantalones abajo y descargas eléctricas en los testículos, para ablandarlo e interrogarlo. Colgado de unas esposas, fue puesto en una celda en las mismas instalaciones. Después se daría cuenta que ahí se encontraban otros compañeros suyos, entre ellos Ana María Tecla (actualmente desaparecida, y de la que habló un ex policía que la reprimió) a quien le aplicaban descargas eléctricas en los senos para que diera información sobre su grupo guerrillero. Tenían en esas instalaciones a Fabrizio Gómez, cabeza del MAR, pero Nazar no sabía quién era; tenían un documento, "La experiencia" y la policía no descifraba la conexión con Corea del Norte, donde la gente de este grupo se había entrenado militarmente. A Fernando le aplican más tortura, más descargas eléctricas en la boca. En otro momento, Nazar llegó a interrogarlo y le espetó: "dime todo lo que sepas de esto" y se alargaba los ojos simulando ser oriental. Ya tenían información sobre su entrenamiento en Corea del Norte. En marzo de ese año lo presentaron ante las autoridades (en Petrich,

2003). Por lo demás, entre febrero y marzo de 1971 cayeron 19 integrantes del MAR, todos estuvieron en manos de Nazar Haro.

Este caso es muy relajado con respecto a los siguientes, especialmente fuertes, crueles; la retórica es clara, así pensaba y así actuaba la policía política. Durante un mes José Luis Moreno estuvo como desaparecido. La DFS lo detuvo el 19 de mayo de 1975. Fue sometido a brutales torturas. De las instalaciones de Tlatelolco fue llevado al CMN1, donde Salomón Tanús, quien se encontraba al frente de la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD), lo torturó. Permaneció en el Campo hasta el 16 de junio. A José Luis Moreno, Nazar Haro le dijo: "Yo sé que a la larga van a ganar, pero voy a hacer hasta lo imposible por retrasar ese momento"; Moreno era militante de la LC23S, y cuando el policía le dijo eso, se encontraba como desaparecido. Era integrante del Comité Militar de la Brigada Roja de la Liga, que había participado en la emboscada a un tren que viajaba de Cuautla a la Ciudad de México, y en el percance murieron cuatro militares. José Luis Moreno recuerda: "Me trasladaron al Campo Militar Número Uno. Ahí Salomón Tanús, jefe de la DIPD, dirigía y ejecutaba las torturas: me daban golpes en todas partes, me aplicaban toques con picana en todo el cuerpo, me ataban a una tabla y me sumergían al abrevadero hasta el punto de la asfixia. Amenazaban con torturar a mi familia si no hablaba. En una ocasión me colgaron de los brazos a una viga, después de un largo tiempo al agente no le pareció suficiente, así que me dejó suspendido de un solo brazo durante horas" (en Ramírez, 2005b: 2).

Como consecuencia de esa tortura, Moreno perdió la mano izquierda. En esos interrogatorios, Nazar representaba el papel de policía "bueno". Por su parte, los militares lo torturaban, ensañándose con Moreno por la muerte de cuatro de sus compañeros en la emboscada al tren. A los militares, recuerda, no les interesaban datos de casas, contactos, quiénes los dirigían, sino quién los entrenaba, dónde adquirían las armas y dónde hacían prácticas militares. José Luis Moreno fue consignado ante un juez el 22 de junio de 1975, fue llevado a Lecumberri. Antes de ser trasladado a prisión Nazar le espetó: "Te voy a dar dos mensajes, uno para la gente de adentro y otro para la gente de afuera. Yo sé que

vas a tener comunicación con la gente de fuera. El primero es que quien sale libre y se vuelve a meter, no regresa. El segundo es que éste es el último grupo que llega a la cárcel". El ex militante de la Liga recordará que su grupo fue el último en caer: "Después de nosotros la mayoría cae muerta en enfrentamientos o son desaparecidos" (en Ramírez, 2005a: 2). A partir de mediados de 1975 se despliega la guerra de exterminio contra la Liga.

Otro torturado por el jefe de la DIPD, fue Mario Álvaro Cartagena López, *El Guaymas*, también militante de la Liga. Estuvo detenido ilegalmente en el CMN1, narra:

"Al salir de ahí me dijeron: 'sabes qué cabrón, no queremos que digas nada de lo que viste'. A los dos meses me sacan de ahí y a los dos meses me llevan a una cárcel pública. Llegando al Reclusorio le dije a doña Rosario Ibarra: 'quiero dar testimonio'. Me lleva a José Reveles, de *Proceso*, y le digo lo que vi en el Campo. *Proceso* publica en primera plana que hay presos desaparecidos en el Campo Militar... al otro día llega gente de la Brigada Blanca, me sacan de la cárcel y me llevan al Campo otra vez, y me dice Salomón Tanús: '¿de qué se va tratar hijo de la chingada? Sigues con tus pinche mamaditas y te vamos a dar en la madre a ti y a tu familia'... y yo frente a la policía me amedrenté. El hecho de llegar al Campo, el miedo es tal que algunos compañeros casi casi te surras".

Ese mismo policía político le espetará: "Yo soy Salomón Tanús, el que te puede dar o quitar la vida; si quieres vivir tienes que hablar", (en Ramírez, 2005a). Confesar.

La tortura es cruel, y se comunica. Benjamín Pérez Aragón, que quería ser sacerdote y terminó en el grupo de *Los Lacandones*, recuerda la tortura que sufrió, a continuación de ser aprehendido: "después de la tortura la cárcel resultó un descanso porque a los Lacandones nos torturaron mucho. En vez de introducirnos la cabeza en el pocito que es un tanque de agua, lo hicieron en los excusados. A un compañero lo tuvieron colgado mucho tiempo y estuvo a punto de perder una mano por tumoración"; narra lo cruel. "Nos hicieron lo del 'pollo rostizado', tú estás hincado y amarrado de los brazos y de las piernas encima de un palo; tú mismo



tienes que guardar el equilibrio porque te amarran de los genitales de tal modo que si pierdes el equilibrio pierdes otra parte. Después de eso, los golpes y hasta los toques eléctricos en los oídos, en la lengua –a mí donde más me molestaba era en la lengua- en cualquier herida o cicatriz, eran poca cosa. Lo peor es el ‘pollo rostizado’” (en Poniatowska, 1989: 168).

La tortura se ejerce desde una posición de ventaja, instruye, “en beneficio del más fuerte, relaciones ventajosas economizando trabajo y palabras, en este sentido el apogeo de la violencia no es el homicidio (que suprime el objeto mismo de la violencia), sino la tortura, pues ésta asocia la víctima, a pesar suyo, a su verdugo” (J. M. Domenach, en Dobles, 1990: 199). De cierta forma, el torturador le hace saber que de él depende su vida, su físico, su permanencia. Y junto con el discurso, la retórica de la autoridad, va la práctica, para mostrar el poder del que se goza. Y aunado a eso, se van sofisticando los métodos de la violencia. La ciencia participa en ello, los científicos contribuyen a “mejorar” esos métodos. Así, en este caso, desde inicios de los años setenta, agentes de la DFS reciben asesoría de sus pares sudamericanos; van sofisticando sus métodos de tortura; perfeccionan el “pocito” y los toques eléctricos en partes nobles: estos serán sus métodos por excelencia.

De todas estas prácticas de represión que ejerció la policía política a los que acusaba de ser guerrilleros, y que ellos mismos reconstruyen décadas más tarde, Nazar Haro espeta tajante: “eran y son los maestros de la mentira” (en Castillo, 2003a). No obstante, años después, un ex-agente de la DFS recordará varias cosas sobre las sesiones de tortura: “el miedo tiene olor; las celdas olían a miedo, olían mal” (en Torres, 2008: 101), al dar cuenta que en la sede de la DFS, en Plaza de la República, había siete u ocho celdas para los interrogatorios, todas ellas impregnadas de ese olor.

Y tal parece que la infraestructura con que contaban las instalaciones militares se querían reproducir en las instalaciones de la DFS, pues en un documento hallado en los archivos de Lecumberri, se da cuenta de los aditamentos que en 1979 solicitó Nazar Haro para el edificio, entre ellos un incinerador (Rodríguez, 2003). ¿Para qué un incinerador en un edificio donde

muchos ex-guerrilleros aseguran que los torturaban? La respuesta parece clara, en tanto que hay un testimonio sobre crematorios en el CMN1.

### 5. 3 La crueldad sobre ellas

Como se ha dejado entrever en algunos testimonios, no sólo hombres eran torturados en las cárceles clandestinas de la policía política. Las mujeres también sufrieron vejaciones, torturas, humillaciones, crueldades. Ellas también reconstruyen: por virtud de la palabra, la narrativa y la memoria, lo que se denomina "referencia a distancia", sea en tiempo o espacio, eso que aconteció puede hacerse presente (Bruner, 2002). Y tanto hablante como oyente comprenden lo que se narra, lo que se recuerda. La memoria colectiva posibilita que eso que se experimentó en el pasado se actualice, que lo que se pudo ostentar en algún momento como ruptura en el tiempo, se convierta en continuidad; que lo que aconteció, se manifieste; que las emociones vuelvan a aparecer, porque la memoria colectiva es afectiva (Halbwachs, 1950).

Laura Elena Gaytán Saldívar, de Chihuahua ha señalado que el 12 de abril de 1979 en Torreón, Coahuila, por un mismo cuerpo policiaco, fueron muertos José Luis Martínez Pérez, de 32 años de edad y Elín Santiago Muñoz, de 28 años. Agrega: "se me detenía por ser la esposa de José Luis Martínez, miembro del MAR"; agrega: "Inmediatamente empezaron los interrogatorios y no tardaron en hacerse presentes los insultos y los golpes que se me propinaban con toda saña en las partes más sensibles de mi cuerpo, como en la cabeza, senos, estómago, espalda; fui víctima también de algunos intentos de asfixias; todo esto apareado con una serie de amenazas que incluían la integridad física y mental de mi hermana Patricia Gaytán, la de mi pequeño hijo de dos años y medio de edad, Inti, y por supuesto la mía" (en Poniatowska, 1989: 111).

Es abril de 1978, en Torreón, Coahuila. Es la reunión nacional del MAR, la dirigencia es detenida, entre ellos, Humberto Zazueta y su esposa Bertha Alicia López, junto con su hija Tania. La hermana de Humberto y su esposo, junto con su hijo Beto, de dos años y medio, también son detenidos. Empieza el camino tortuoso. Con el siguiente relato inicia el informe presentado por la Comisión

Nacional de Derechos Humanos (CNDH) en noviembre de 2001, sobre desapariciones forzadas; Bertha Alicia López, narra:

"...Ya en la calle fuimos tirados al suelo y empezaron los agentes a golpear salvajemente a mi esposo para que dijera la dirección de otras dos personas: luego lo arrastraron de los cabellos y lo metieron en la cajuela de un auto; enseguida hicieron lo mismo conmigo, llevándome a otro auto y amarrándome los ojos para que no viera a donde nos dirigíamos. Nos llevaron a un local... Enseguida oí que le decían a mi esposo: 'ahorita vas a hablar cabrón, tráiganme a su vieja'. Enseguida me levantaron, me quitaron el trapo que tenía en la cabeza y me obligaron a desnudarme por completo. Luego me llevaron a presenciar a mi esposo, el cual se encontraba también desnudo y le estaban aplicando toques eléctricos en los testículos. Me tiraron al suelo, me golpearon en su presencia y me levantaron de los pechos estirándome los pezones. Después me introdujeron en la vagina un fierro al cual me dijeron que le iban aplicar corriente eléctrica (cosa que después no hicieron) pero sí me dieron toques en la vulva y en los pechos...  
"...Me dijeron después que a mi niña, a mi cuñada, a su hijo y a mí, nos iban a matar. Al rato agregaron: 'A tu marido ya se lo llevó la chingada por cabrón, así que hablas o la que sigue es tu hija... A mí me traían en un carro seis agentes: tres en la parte delantera y tres atrás conmigo, uno de ellos me abrazaba (yo estaba amarrada) y los otros me manoseaban el cuerpo diciendo obscenidades... Uno de ellos me dijo '¿tienes hijos?' Sí, una niña de un año. -'Bueno, ya viene en camino para que esta cabrona sepa lo que sabemos hacer' (decía otro). '¿Sabes que te vamos a matar?' ¿Por qué? 'Por guerrillera, no te hagas la pendeja'. -Yo no soy guerrillera. - 'Al rato vas a jurar por tu madre que lo eres' (otro). '¿Sabes lo que les hacemos a las cabronas como tú? Las matamos pero de la poquito mamita y se mueren hasta que nosotros se nos pega la gana. Vas a suplicar que te matemos...' ...Con toda intención dejé para el final lo que a continuación voy a declarar por parecerme lo más abominable y terrible de cuanto me hicieron: a mi hijita Tania, de un año dos meses, la torturaron en mi

presencia maltratándola y aplicándole toques eléctricos en todo su cuerpecito..." (Informe, CNDH, noviembre, 2001: 1).

Los adultos son trasladados al Campo Militar La Joya, y ahí sigue la tortura. Beto es liberado; Tania se la apropia el jefe de la policía judicial de Coahuila. Después, son trasladados al CMN1. A los tres meses, las cuatro mujeres detenidas son liberadas. Pero con la advertencia de que las matarán si hablan al respecto de lo ocurrido. Ellas denuncian lo sucedido. En *El Universal*, "por vez primera", se da a conocer lo que sucede en el CMN1. Bertha Alicia, esposa de Zazueta, recupera a su hija Tania. El caso se presenta ante la ONU (Castellanos, 2007: 303).

Otro caso, también muy cruel: "cuando me detuvieron, lo único que les pedía era que no me golpearan en el vientre. Tenía un embarazo de siete meses. Pero la respuesta fue: 'que se muera el engendro del demonio, porque va a ser un guerrillero igual que su padre'" (en Castillo, 2003b: 54). Eso narra una sinaloense, que fue detenida el 19 de agosto de 1977 por la Brigada Blanca. Estuvo ilegalmente detenida durante dos meses. Su esposo coordinaba una brigada de la LC23S. Llegaron los agentes a su casa y preguntaron por ella, después por el marido, quien era profesor de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Esperaron escondidos en la casa, hasta que llegó el profesor universitario y fue acibillado. Ella fue llevada, según recuerda, a unas instalaciones militares, la novena Zona Militar, donde fue interrogada por personal castrense. Ahí se encontraban otras personas detenidas de quienes después ya no se sabría más, gente de Sinaloa, quizá de *Los Enfermos*. Llegó con siete meses de embarazo, su hijo nació en la prisión clandestina, el 29 de septiembre de 1977. Reconstruye: "Cuando nació mi hijo, me levantaron la venda de un ojo y me dijeron: 'mira, mira a tu hijo, se llama Thompson; ¿sabes por qué?'... y en el momento en que me levantaron así, para que viera el bebé, tenía una ametralladora en la cabeza, mi bebé todavía ensangrentado, y me dijeron que se llamaba Thompson, porque es lo primero que estaba sintiendo él, una metralleta Thompson en su cabeza, y que si yo no decía todo lo que sabía, que le iban a volar la..." (en Castillo, 2003b: 54). La siguieron torturando, diciendo que le quitarían al bebé. La dejaron libre el 7 de octubre de 1977.

Más casos, igual de indignantes y humillantes, ocurrieron a mujeres cuyas parejas se encontraban detenidos en Campos Militares. Al menos un militar, que participó como testigo ante un tribunal militar que investigaba los excesos de varios militares cometidos en esos tiempos en el estado de Guerrero, lo declaró. Margarito Monroy Candia, piloto, expresó que en la base algunos militares obligaban a las mujeres a tener relaciones sexuales con ellos, con la promesa de dejar libres a sus parejas (Díaz, 2002). Lo último, liberarlos, evidentemente no ocurrió.

Degradación del otro, sometimiento del torturado y de sus allegados; el poder del torturador se manifiesta, y hay un contexto posibilitador: la guerra sucia, la lucha contra los terroristas, contra los comunistas, contra los que quieren introducir ideas extranjeras en México. Esa es su justificación. Esos son piezas de los excesos, muchos que se practicaron. Y en el presente se reconstruyen.

El relato es una práctica milenaria, las culturas mesoamericanas la obraban, así se comunicaban los descubrimientos, las invenciones, los conocimientos, lo vivido, por excelencia de esta manera cobraba forma. Eso permitía entender y comprender el mundo. Lo que importa en la reconstrucción de la memoria colectiva, es que lo que se pone en el relato resulte significativo para quien narra y para quien escucha, y en esa narración se van reconstruyendo los pasajes de un pasado antes ocultado, negado, silenciado. La palabra se asoma al pasado: la palabra es contrabandista de ideas, en este caso, de eventos que se creían no estaban ya. Lo sucedido se va dibujando, el recuerdo lo va haciendo. Por memoria colectiva puede entenderse la reconstrucción de un pasado vivido y/o experimentado por un grupo o colectividad. En este caso, el grupo es el de aquellos que fue sometido a torturas por un aparato represivo que, con una justificación ideológica, pretendía aniquilarlos. Para ello, pusieron en práctica la denominada guerra sucia, guerra injusta y cruel contra aquellos que pensaban distinto a lo que las instituciones decretaban. Pusieron en marcha una serie de prácticas sucias que dejaron su marca en los cuerpos de aquellos a quien iba dirigida (y también en muchos cuerpos ajenos a esta lucha). La picana eléctrica, las tablas para atar cuerpos, los hilos en las partes nobles, los tubos introducidos;

los tehuacanazos, las vendas en los ojos, todo mediado por un discurso del torturador: yo tengo el poder de decidir cuándo y cómo sales de aquí o cómo y cuándo mueres. La retórica del torturador. La amenaza de traer a la familia y torturarla frente al detenido; la humillación y denigración permanente hacia las mujeres. Todo esto, también se negó. Oficialmente, nunca existió. En la historia no se registró. Se le apostó al olvido.

Contra todo eso, la reconstrucción que realizan los que sufrieron la embestida de violencia, han estado enfrentándose: contra lo negado. La memoria de los torturados emerge, se va delineando, va iluminando zonas oscuras del pasado mexicano, y cobra significado lo que dicen. Y ante esto hay que abrir los ojos, los oídos, escuchar, para que se presente el acto de comunicación. Y es que el acto de comunicar implica a su vez acto de recibir, y recibir refiere a "hacer volver" y "reconquistar", "volver a tomar" que no es otra cosa que actualizar, actualizar eso que ha estado flotando en el ambiente, eso obligado al silencio, pero murmurado durante años. Las "doñas" gritando en el Zócalo de la ciudad de México que les entreguen a sus hijos aunque sea trozados de tanta tortura, repitiéndolo una y otra vez, año tras año: repetir para conjurar el riesgo del olvido, acusa la memoria.

## 6. ESFUMAR A LOS INDESEABLES: LAS DESAPARICIONES

Aquí se trata de reconstruir parte de ese pasaje doloroso, ese en el que aquellos que fueron señalados estar vinculados a la guerrilla (fuera cierto o no), corrieron la suerte de ser evaporados, desechados, disipados. Por pensar diferente fueron desaparecidos. De sus cuerpos nada se sabe, de su paradero, menos. “vivos se los llevaron, vivos los queremos” gritan sus familiares mes tras mes a las afueras de uno de los palacios del poder en la ciudad de México. De su paso por alguna cárcel clandestina se ha dejado testimonio; de alguno de ellos que fue sacado de una cárcel legal, después de un operativo de algún grupo guerrillero, y se le llevó con fines de extracción de información, pero de su paradero no hay, hasta donde se sabe, sitio seguro. Guerrilleros o no, el sólo ser señalado o creer que tenía información que llevaría al paradero de otros camaradas en armas constituía razón suficiente para la policía política y así ser detenido, ilegalmente, y después partir con rumbo desconocido. En este apartado, se da cuenta de esos pasajes violentos sobre aquellos que ya no se les miró más, pero que se sabe, por testimonios e incluso documentación oficial ahora disponible, estuvieron en manos del Ejército o de la DFS. En esta restauración aparecen casos emblemáticos, como el de Jesús Ibarra Piedra, hijo de la legendaria luchadora social Rosario Ibarra, o el de Ignacio Salas Obregón, dirigente de la LC23S, quienes fueron detenidos por la policía política y sus cuerpos jamás se encontraron. Muchos más corrieron esa suerte: 436 casos están plenamente documentados y alrededor de 800 casos son los que tienen registrados como desapariciones la Fiscalía Especial. Rodríguez Munguía (2004: 9) señala que entre 1972 y 1982 a los aparatos de seguridad del Estado mexicano se les atribuyen al menos 532 desapariciones. Los datos varían, según la fuente, claro.

Esta práctica de desvanecer cuerpos tiene sus inicios, para después realizarse de manera sistemática, a fines de los años sesenta. A decir de Castellanos (2007: 123) la primera desaparición forzada en los tiempos de este periodo de actuación de la guerrilla, es la de Epifanio Avilés Rojas, vinculado a la ACNR de Genaro Vázquez, efectuada en 1969. Ese mismo año, alrededor de la

otra guerrilla rural, la de Lucio Cabañas y el PdIP, a decir de David Cabañas, también hay un desaparecido, narra: “cuando Lucio toma el monte y las armas comienza la represión contra los familiares y gente cercana a Lucio. A Juan Fierro, profesor cercano a Lucio, lo desaparecen en 1969. Y eso que no había acciones militares fuertes aún, pero la represión ya se dejaba sentir. A Juan Fierro García lo desaparecen. Aún lo está”. Es éste un punto de partida de la estrategia contrainsurgente. Es la misma hipótesis que sostiene otro estudioso de la inteligencia mexicana, Sergio Aguayo (2001: 189), quien puntea que las desapariciones inician en el estado de Guerrero en 1969 y se propagan por todo el país hacia 1973. En este año, el 22 de diciembre, se registra otro desaparecido, pero de la guerrilla urbana en Guadalajara, Rodolfo Reyes Crespo, militante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Y es que a raíz del intento de secuestro del industrial Garza Sada en septiembre de ese año, la puesta en escena de las desapariciones para la guerrilla urbana se dispara, fue especialmente fuerte.

Legalmente se considera el delito de desaparición. Dice el Código Penal Federal (Título Décimo, Capítulo III Bis, Artículo 215-A):

“Comete el delito de *desaparición forzada de personas*, el servidor público que, independientemente de que haya participado en la detención legal o ilegal de una o varias personas, propicie o mantenga dolosamente su ocultamiento bajo cualquier forma de detención”.

La desaparición forzada es un crimen de lesa humanidad. Los crímenes de lesa humanidad son esos que hieren a la humanidad. Hay crímenes que lo realizan. En el mismo Código, se señala: “Comete delito de *genocidio* el que con propósito de destruir, total o parcialmente a uno o más grupos nacionales o de carácter étnico, racial o religioso, perpetrare por cualquier medio, delitos contra la vida de miembros de aquellos...”

En su momento Mariclaire Acosta, quien fuera representante de Amnistía Internacional en México, sobre las desapariciones, dirá:

“El mecanismo empleado para desaparecer a una persona en Latinoamérica es relativamente sencillo: se trata de aparentar un simple secuestro, perpetrado en forma rápida, violenta y anónima como lo dictan



los cánones de la tradición. Generalmente el acto es precedido por un allanamiento de morada en el cual un grupo armado irrumpe violentamente, a las altas horas de la noche, en el hogar de la víctima, y, tras el amedrentamiento y maltrato del resto de los habitantes, lleva consigo a su presa además de todos los objetos que pudo hurtar durante el operativo” (en Poniatowska, 1980: 142).

Pero ese método, como muchos otros desplegados en los años de la guerra sucia, se han negado una y otra vez. No obstante, han quedado huellas, indicios, que permiten ir reconstruyendo, a la par de lo narrado por algunos testigos, las estancias últimas donde se vio a los posteriores desaparecidos. Uno de estos indicadores, lo constituyen los propios documentos y archivos que la policía política elaboró para dar cuenta de las detenciones de algunos de los guerrilleros. Y es que, en efecto, en los archivos de la DFS hay indicios de los desaparecidos, no así la manera como desaparecieron. Son piezas de un rompecabezas más amplio pero que brindan elementos para saber dónde estuvieron por última vez: fragmentos de la memoria colectiva de esos eventos.

Por ejemplo, la información con que armó los casos de desapariciones la Fiscalía Especial, se desprende de documentos de la propia policía política, en los que hay reportes y confesiones obtenidas en cárceles clandestinas mediante tortura, así como fichas señaléticas. Algunos de estos reportes están firmados por quien detiene o una figura de más alto rango. Pocas fichas tienen las firmas. En algunos casos se pega una fotografía del detenido y se incluyen datos socioeconómicos y antecedentes penales. En diversos casos, se llegó a alterar la fecha de detención, quizá por la desaparición que después se hizo de algunos detenidos. También en algunos casos hay información falseada, deliberadamente, con la intención de no involucrar a ciertos personajes o funcionarios. Hay algunas fichas señaléticas, cuyo formato está redactado en inglés, indicador de la colaboración con el sistema de inteligencia norteamericano.

Las fichas oficiales hablan, en parte, de lo sucedido. Un caso. Para 1976 la DIPD tenía archivos con fotografías de personas que consideraba “extremistas” y los tenía en calidad de “prófugos”. Hay fotografías de ellos, son 192. Son notorias,

en muchos de ellos, las golpizas y torturas a que fueron sometidos. Algunos, incluso, aparecen con letreros de identificación carcelaria, como en el caso de José Luis Rhi; otros aparecen en camas y con sondas, es el caso de Edna Ovalle Rodríguez. Son imágenes de detenidos por esta dependencia, y se les rotula como “prófugos”; algunos de ellos, se sabe, se encontraban en el CMN1. Algunas fotos que se incluyen en esta documentación son en realidad tomadas de documentos oficiales, como licencias de manejo por ejemplo. Dicho archivo se encuentra engargolado y se signa como “extremistas prófugos”; el reporte está hecho a máquina de escribir. En las fichas de los “prófugos” se da cuenta de su actividad. Una de ellas, literalmente, dice: “Arturo Rivas. Alias Germán, René o Román. Activista perteneciente a la ‘Liga Comunista 23 de Septiembre’. Autor de varios hechos delictuosos. Se encuentra recluso en la Crujía ‘M’ en Lecumberri a disposición del Juzgado Décimo Quinto Penal, acusado de robo, asociación delictuosa, lesiones contra agentes de seguridad” (en Castillo *et al.*, 2002: 8). No obstante que se indica que está en prisión, sigue en el engargolado de “prófugos”. De algunos de los fichados no se sabe qué ocurrió con ellos.

Otro caso, el de Javier Gaytán Saldívar. Su foto se encuentra en este “Libro Rojo” de la DFS. En ese registro de 139 “extremistas”. La fotografía que ahí aparece, no era del conocimiento de su familia. Él era militante del MAR. Su hermana Laura, cuando fue llevada al CMN1, supo del paso de su hermano por esas instalaciones. Encontró en una de las celdas una inscripción: “Aquí estuvo Oscar Javier Gaytán Saldívar. Septiembre de 1974. Más vale morir de pie que vivir de rodillas” (en Castillo *et al.*, 2002: 10). Era una familia de tradición campesina y de luchadores sociales. Sus primos, Salomón Gaytán y Guadalupe Escobar, murieron en el asalto al Cuartel Madera en 1965. Javier tenía 29 años cuando lo detuvieron, dejó tres hijos y a la esposa. Su madre lo buscó durante 17 años. Murió en el intento. La hermana, Laura, se pregunta por qué unos sí “regresaron” y otros no. Y se responde: era la estrategia del poder, para crear duda: “son de gobernación, ya denunciaron”; la duda se sembró. Laura fue detenida en 1979, tenía 21 años. Estuvo recluida en el CMN1. Un día la liberaron, sin proceso penal

de por medio. Otros no corrieron la misma suerte de ser liberados, ni de permanecer con vida.

Tal estrategia, indudablemente, existió, toda vez que hubo una táctica para contener a la guerrilla, y una de las maneras fue deshacerse, literalmente, de los guerrilleros. Se les detenía y se les recluía en cárceles clandestinas, fueran casas de seguridad de la policía política o campos militares. Sitios estos de reclusión ilegal. El CMN1 y la Base Militar de Pie de la Cuesta o un Cuartel Militar como el emplazado en Atoyac, Guerrero, dependiendo de a qué grupo se persiguiera y a quién se decidiera aniquilar, son estos sitios nombrados en los que se vio, antes, de la desaparición, a muchos luchadores sociales. Las desapariciones parecían funcionarles.

El abogado José Enrique González Ruiz, sobre los desaparecidos señala:

“Los detenidos-desaparecidos son personas aprehendidas en sus domicilios, centros de trabajo o en la vía pública, por personal armado, en ocasiones uniformado, en operativos que por las condiciones en que se llevaron a cabo y por las características, hacen presumir fundamentalmente la participación en los mismos de las fuerzas públicas (gobierno, Ejército, policía, cuerpos de seguridad y otros organismos oficiales). Con posterioridad a estos hechos las personas detenidas ‘desaparecieron’, sin que se tenga noticia alguna de su paradero. Se trata siempre de un acto ilegal, perpetrado casi en todos los casos al amparo de las sombras de la noche o en otras circunstancias que aseguran la impunidad a sus autores. Es en realidad una forma de secuestro” (en Dios, 2004: 182).

La desaparición: “una persona que a partir de determinado momento *desaparece*, se esfuma, sin que quede constancia de su vida o de su muerte. *No hay cuerpo de la víctima ni del delito*. Puede haber testigos del secuestro y presuposición del posterior asesinato pero no hay un cuerpo, material que dé testimonio del hecho” (Calveiro: 2001: 54).

Y tales secuestros, chupados les llaman en otras latitudes del continente, desapariciones, se han ido documentando, testimoniando, reconstruyendo, haciendo ejercicio de memoria, porque como señalan los artífices de esta visión

del pasado, lo que vale la pena la memoria lo guardará. Aunque trágica la esfumación, se relata mediante el recuerdo. Algunos casos.

Muchos fueron los desaparecidos en Guerrero; se cuentan por cientos. Pero no son cifras. Tienen nombre, y de ellos hay recuerdos de cómo se los llevaron vivos. Algunos nombres y su detención, para la reconstrucción.

En la sierra de Guerrero, y en otras partes del estado, como se iba incrementando la actividad guerrillera se acrecentaban los desaparecidos. Bernardo Reyes Félix es detenido el 24 de septiembre de 1972 en Acapulco por policías judiciales. Aún en los separos de la policía alcanzó a escribir una nota a su esposa: "no sé para dónde me van a llevar; no me han llevado con el Ministerio Público" (en Hipólito, 1982: 121); nada más se supo de él. La PGR dijo que había muerto en un enfrentamiento con el Ejército. Octaviano Santiago Dionisio vio a Bernardo Reyes en los separos de la policía en Acapulco. A él le dio la carta que le entregaría a su esposa. Igualmente, Romana Ríos y Margarito Roque, esposos ellos, fueron detenidos en su domicilio de la ciudad de Acapulco por policías judiciales el 16 de septiembre de 1972. Desde entonces sus familiares nada saben sobre su paradero.

Zeferino Rivera, campesino de la sierra de Atoyac. En 1974 una patrulla militar llegó a demandar alimentos a su casa, a lo cual accedió. Después se le ordenó llevar agua a otros soldados en el monte. A ello se dirigía Zeferino, los vecinos lo vieron. Poco después escucharon descargas de armas. Los vecinos fueron en su busca y lo encuentran muerto en un barranco, con decenas de perforaciones de bala y cortadas de bayoneta. El capitán militar a cargo de la zona ordena al comisario municipal se levante el acta y se señale a Zeferino como "morrallero" (que lleva alimentos a los guerrilleros); tanto comisario como pobladores se niegan a tal afrenta. Después de lanzar amenazas, los soldados se retiran. Alberto Mesino Acosta, fue detenido el 18 de julio de 1974 por elementos del Ejército, entre el ejido El Agua Fría y El escorpión. La madre presenció los hechos: "yo vi cuando al otro día bajaba el pájaro elicote y enseguida voló el pájaro con él, lo subieron vendado y amordazado", dice; los militares le

manifestaron que efectivamente, se lo llevaron en un helicóptero, pero ya no lo regresaron; ya nada se supo de él (Hipólito, 1982: 125).

Juan Zamora Hernández, fue detenido el 15 de agosto de 1974 por militares en la sierra de Atoyac, acusado de ayudar a la guerrilla prestando un burro para el traslado del secuestrado Rubén Figueroa. La esposa presenció la detención. Lo trasladaron en helicóptero al Cuartel Militar de Atoyac y desde entonces no se sabe más nada de él. Mariano Serrano Zamora, detenido el 18 de agosto de 1974, en Río Chiquito. A su parcela descendió un helicóptero y se lo llevó rumbo al Cuartel Militar de Atoyac. Otro campesino presenció la escena. Los familiares fueron al Cuartel Militar a preguntar por el detenido y les dijeron que ahí no estaba. No se supo más nada de él. Hermilio Navarrete Hernández, lo detuvieron militares en Atoyac; lo hicieron en su casa, el 18 de agosto de 1974. Lo golpearon y lo vistieron con uniforme militar. Su esposa presenció los sucesos. Se lo llevaron en helicóptero al Cuartel Militar de Atoyac. Allá fue la familia a preguntar por él y les dijeron que ahí no había llegado. Está desaparecido. Alberto Almogabor Ríos, el 18 de agosto de 1974 en su casa de la sierra de Atoyac fue detenido por militares. Lo trasladaron en helicóptero rumbo al Cuartel Militar. Ahí se presentó la familia y no le dieron razón del detenido. Desaparecido está (Hipólito, 1982: 127-128).

Fidel Serrano Barrientos y Francisco Serrano Vargas, cuando se dirigían al puerto de Acapulco, procedentes de Atoyac, son detenidos en el retén militar de El Embarcadero el 20 de septiembre de 1974 por militares; no se sabe más de ellos. Marcelino Flores Zamora, detenido por militares el 2 de octubre de 1974 mientras comía en un restaurante en la ciudad de Atoyac. Está desaparecido (Hipólito, 1982: 129-131).

Datos precisos: fechas y lugares, y quiénes los detienen, elementos ellos que dan cuenta de lo ocurrido. Pero el destino final al que los llevaron, nada. En la memoria de la población de Atoyac, de Acapulco, de distintos sitios, permanecen esos tiempos, fechas empíricas, en que se llevaron a sus familiares: marcos sociales de la memoria que imposibilitan que los recuerdos se esfumen. Un símbolo del poder militar, el helicóptero, es permanentemente recordado. Objeto

de memoria pero también de crueldad, pues en él vieron partir a gente cercana, como lo indica David Cabañas.

Ahora bien, muchos detenidos y después desaparecidos lo fueron en bloque. A sus poblados llegaron los militares, “el gobierno” como lo enuncian los campesinos serranos, y laceraron esas poblaciones. Lecciones querían darles, para que no apoyaran más a la guerrilla, decían. Muchos fueron los poblados violentados. Carlos Montemayor, en *Guerra en el Paraíso*, va reconstruyendo esos momentos de terror, de disipación de poblaciones, en ocasiones enteras. En El Quemado, en la sierra de Atoyac, el 15 de septiembre de 1974 integrantes del Ejército sitiaron el poblado y concentraron a la gente en la cancha de basquetbol, acto seguido registraron casa por casa con la intención de encontrar algo que vinculara al poblado con la guerrilla de Lucio Cabañas. Después llamaron a varias personas: a Salustio Palacios y Veda Ríos; Aurelio Fierro; Mauro García. A la fecha están como desaparecidos (Hipólito, 1982: 133). En efecto, “el Ejército llegaba a los pueblos, tomaba de noche a los pueblos; y a media noche a concentrarse en la cancha... el Ejército llevaba detenidos de los pueblos, y a algunos con torturas los hicieron hablar, otros colaboraron; los vestían con uniforme militar, pero la gente los reconocía”. Y ellos identificaban a quienes acusaban de colaborar con Lucio, eso lo narra David Cabañas. Son varios los poblados donde el Ejército a su paso fue deteniendo gente que después ya no apareció. Algunos de esos poblados son: San Vicente de Jesús, Río de Santiago, San Andrés de la Cruz, Rincón de las Parotas, El Porvenir, La Florida, El Camarón, El cacao, Los Tres Pasos, Los Valles, El Ticuí, San Martín, tan sólo en la Sierra de Atoyac (Hipólito, 1982: 115-151).

Se sabe, o al menos se tiene la idea, de que algunos de ellos fueron arrojados al mar, en los denominados vuelos de la muerte. Algunos pasaron por la Base Militar de Pie de la Cuesta. David Cabañas reconstruye esos momentos de represión en Guerrero: recuerda: existían retenes militares en los accesos a las comunidades y con ellos debía reportarse la población; informar a qué salían y para qué; pedir permiso para ir a hacer sus actividades en el campo, como la siembra; y los militares les ponían un determinado tiempo para regresar,

“y pobre si no aparecías a la hora que decías que ibas a aparecer. Primero la golpiza y después la tortura. Si te iba bien te dejaban ir. Si no venía el helicóptero. Bajaba y echaban a los detenidos y hasta nunca. Por qué quedaron las mujeres viudas, sus hijos son de alrededor de 35-40 años [para 2009], nunca regresaron sus padres. Muchos hijos en esa situación; nunca apareció el padre; así crecieron... algunas mujeres estaban embarazadas cuando desaparecieron a sus maridos” (David Cabañas).

Otros más, muchos, fueron depositados en fosas comunes, debajo de algún cuartel militar. Testimonios de militares, recogidos por Simón Hipólito (1982), dan cuenta de los cementerios clandestinos a donde fueron a parar algunos de los que ahora están como desaparecidos. Por ejemplo en el Cuartel Militar de Atoyac, donde se cavaron zanjas, en ese sitio “acostaban a muchos jóvenes de la guerrilla que capturaron en la sierra y así vivos y maniatados los taparon con las máquinas; luego emparejaron el piso y lo regaron para no dejar rastros” (: 159). Un testigo militar, después informaría a la Fiscalía Especial que en ese Cuartel se cavó una fosa donde se arrojaron 300 cadáveres de presuntos guerrilleros (Dios, 2004). A ese cuartel, llevaban a varios de los detenidos, ahí se les supo por última vez; después nada, no hubo información de traslado alguno a algún otro sitio: “ahí estaba el Ejército, en una casa abandonada; una casa de los Tres Pasos, fue cuartel del Ejército, durante años, y ahí es donde ahora [mayo de 2001] encontraron cadáveres, pero el Estado y la PGR dijeron que eran de caballos... pero había ropas de personas ahí. Era la casa de mi tía”, recuerda David Cabañas. Finalmente esos cuerpos, no reconocidos oficialmente como de desaparecidos, son cavidades de los recuerdos, y los cuerpos ausentes como objetos de significación, en conjunto, emplazamientos de reconstrucción del dolor mexicano.

“Sabemos que en la sierra o en el campo se desaparecía a mucha gente y que la gente que vive en ese entorno, vive en un clima de amenaza constante, porque viven con las autoridades que practican la desaparición forzada. Entonces, la denuncia ante quién la haría”, sella *Ana*, integrante de la organización Hijos (de desaparecidos políticos en México).

Después de 16 campañas militares que van tras la guerrilla de Lucio, el Ejército realiza una labor de sustracción de señalados de colaborar con la guerrilla, son detenidos ilegalmente y en muchos casos son desaparecidos. Se calcula en más de dos mil los detenidos de esa manera (Bartra, 1996: 142). Simón Hipólito (1982), al recorrer distintos poblados donde se sufrió la actuación del Ejército, en Guerrero, después de recoger testimonios, da cuenta de cerca de 150 desaparecidos:

“Más o menos en agosto de 1972, el estado y el Ejército creó un acuerdo de eliminar a todos los hombres cercanos a Lucio; y la eliminación consistía en secuestrarlos, torturarlos y desaparecerlos. La mayoría vinieron a dar al Campo Militar Número Uno. Algunos sobrevivientes de ese Campo dicen: ‘ahí está fulano, vi a tal o cual’, decían” (David Cabañas).

Y recapitula el dolor de la desaparición cercana, muy cercana, de sangre: “En la región hay muchos desaparecidos, algunos estuvieron con nosotros... En el 71 desaparecen al hermano de mi mamá, Antonio Barrientos; el mayor de los hermanos, y hasta ahora no aparece el tío Antonio... del pueblo de mis padres tenemos alrededor de 15 desaparecidos, en mi pueblo casi todos éramos familia”; da nombres: José Flores, Abelardo Morales Daniel y Miguel Ángel de la Cruz y la lista sigue; luego, cierra datos: “nosotros como familiares de Lucio tenemos 126 parientes desaparecidos, que no volvimos a saber de ellos... hay muchos desaparecidos”. En Guerrero, para 1980, familiares de las víctimas documentaban 348 casos; 220 plagiados hasta 1974; 80 en 1975 y 1976, y los demás en 1977 y 1978 (Bartra, 1996: 142).

Mientras en el campo, en la sierra, en la montaña, el Ejército llegaba a los poblados y entraba a los domicilios de los sospechosos de colaborar con la guerrilla, o concentraba a la población en la cancha del pueblo, y de ahí partía con los detenidos, en las ciudades donde operaba la guerrilla otras eran las formas. Ciertamente, para el caso urbano, en este sector de la guerrilla la desaparición se produjo de varias formas. Una, en alguna acción, asalto o enfrentamiento, o en alguna casa de seguridad, se detenía a algún militante, se llevaba al detenido a alguna casa clandestina y se le interrogaba. Si el detenido no era de relevancia



para la policía política lo entregaban a alguna autoridad civil, pero si tenía información relevante o sitio de importancia en la organización, se le mantenía detenido por tiempo indefinido. Otra, era trazar patrones de comportamiento y ubicar zonas de trabajo o reunión de militantes, y cercarlos para detenerlos, y después a interrogarlos y.... Otra, vigilar los sitios donde distribuían propaganda y cercarlos, detenerlos e interrogarlos. Después, deshacerse de ellos. Muchos fueron heridos en un enfrentamiento, llevados a un hospital, después sacados de ahí y fueron sometidos a tortura e interrogatorios, y después ya nada se supo.

En efecto, la ciudad tuvo sus víctimas selectas; selectiva era la cacería de guerrilleros o acusados de serlo, porque muchos que no participaban de la vida armada fueron también desaparecidos: de ellos se tenía sospechas, razón suficiente para esfumarlos. Otros, siéndolos fue un trato cruel el que recibieron.

Se encontraba en una finca que funcionaba como consultorio médico de la LC23S, en Guadalajara. Policías de la DFS rodearon la finca y detuvieron a Rodolfo Reyes Crespo, *Erick* o *Emiliano*. Era el 24 de diciembre de 1973. Y no se sabe más nada de él y su paradero. No obstante, la DFS, en sus archivos desclasificados, lo tiene registrado, con ficha señalética y fotos de rostro y cuerpo entero. En ellas se perciben las huellas de la tortura a la que fue sometido. Contiene, asimismo, datos biográficos del detenido, como que perteneció al FER. Rodolfo Reyes no se encuentra en el padrón de desaparecidos del informe que presentó la CNDH, 532; el del Comité Eureka tampoco da cuenta de él. No ha sido contabilizado en esas instancias, pero sus camaradas de entonces y la familia sí lo registran. Por reconstrucción de sus compañeros, se sabe que fue conducido a las oficinas de la DFS en Guadalajara, donde algunos de sus compañeros lo vieron, golpeado, y de ahí fue trasladado al CMN1. Para que confesara, la policía política detuvo ilegalmente a la madre, la llevó al CMN1 y frente a él la torturaron; estuvo detenida algún tiempo y después fue liberada. La doña evitaba el contacto con los compañeros de su hijo, pero llegó a relatar que cuando lo vio “estaba muy mal, muy golpeado” (en Dios, 2004: 152). Nada se sabe de *Emiliano*.

Wenceslao José García, de la dirección del MAR, se preparó en Corea del Norte. Contactó al PdIP para intercambiar tácticas, preparación y formación.

Participó en *La Partidaria*, en la formación de la LC23S y fue dirigente de la Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata (BREZ), en el sureste del país. Se dirigía a una reunión nacional de la Liga cuando fue interceptado por la policía política. En un oficio enviado a la DFS se señala que se le detuvo con otras cuatro personas, en un enfrentamiento en el Parque Hundido de la ciudad de México, que se encontraba herido de seis balazos; eso fue el 11 de octubre de 1974. La DFS lo interroga el 23 de octubre, en el Hospital Central Militar, ya un poco repuesto de la intervención quirúrgica después de los balazos recibidos, fue llevado al CMN1 donde fue sometido a torturas, aún convaleciente de la operación. Un día después de su llegada al CMN1 fueron por él Nazar Haró y su camarilla. Uno de los testigos de ese momento, Alberto Ulloa, años después recordará: llegó convaleciente y estaba en muy mal estado, un enfermero lo revisaba y los guardias, Halcones, lo miraban con preocupación.

"Habían apagado el aparato de radio, así que no tardamos en escuchar primero algunos lamentos sordos y luego verdaderos aullidos que salían de lo más profundo del compañero torturado. La salvaje sesión duró cerca de dos horas... Llegó un momento en que los gritos se escucharon terribles y después se produjo un espeso silencio de mal augurio... uno de ellos subió la escalera y al poco tiempo regresó con un médico que venía protestando por el traslado de Wenceslao y el hecho de que lo hubieran torturado en la condición en que se encontraba" (Ulloa, 2004: 65-66).

Después, fue llevado a Lecumberri, y de ahí lo sacaron el 5 de septiembre de 1975; no se supo más nada de él; se encuentra en calidad de desaparecido (Pineda: 2003: 161).

En septiembre de 1973 se intenta secuestrar al empresario regiomontano Eugenio Garza Sada. Muere en el intento fallido el empresario. A raíz de esa muerte se desata una feroz cacería de la policía política mexicana contra aquellos señalados de ser guerrilleros, principalmente contra los guerrilleros que operaban en las grandes ciudades. La persecución contra el grupo que operó el secuestro, la LC23S, es cruenta. Van cayendo algunos de los participantes y de los interrogatorios-tortura, se van hilando cabos. Jesús Piedra Ibarra sale en un auto

de su casa el 25 de noviembre de 1973. Esa noche la policía llega al domicilio de los Piedra Ibarra anunciando un accidente automovilístico de Jesús. A la jefatura de policía local llegan familiares y les dicen que no hay tal accidente sino un enfrentamiento a tiros entre estudiantes y la policía. Uno de los estudiantes que participa en el tiroteo, dice la policía, es Jesús. El auto tiene varios impactos de bala, y del joven Jesús no se sabe dónde anda. Cuatro meses después hay un intento de asalto a un banco; la sospecha cae sobre el hijo de los Piedra Ibarra. El padre, de 62 años, es llevado por la policía. Le inquieren: "si no nos dice dónde está su hijo, allá afuera hay cuatrocientos hombres que tienen órdenes de matarlo donde lo encuentren". El padre fue a dar al hospital, después del trato cruento de la policía. Entonces, el hijo se comunica a casa de los papás para preguntar por la salud de su padre. Después habló a una carnicería del barrio; luego ya no hubo contactos. Lo que sí había, en cambio, eran autos vigilando la casa, hasta el día 18 de abril de 1975 en que la vigilancia cesó, y entonces doña Rosario Ibarra pensó que algo le había sucedido a su hijo. El 30 de abril el periódico *El Norte* anunciaba la captura del guerrillero integrante de la LC23S, Jesús Piedra Ibarra, de 20 años, entonces (Poniatowska, 1980: 94-95). Jesús Piedra había sido detenido por agentes de la DFS en Nuevo León, y llevado a la sede delegacional de la DFS en la ciudad. Un policía que participó en el operativo, relata que Nazar Haro lo trasladó al CMN1. Algunos sobrevivientes que estuvieron reclusos en ese campo, lo vieron (Torres, 2008). La Fiscalía Especial, recuperó testimonios que la CNDH obtuvo en 1991 de parte de agentes judiciales asignados a la DFS en ese entonces. Uno de ellos relató que conoció a Jesús Piedra, quien fue capturado y trasladado primero a las oficinas locales de la DFS y después a un rancho en el propio estado de Nuevo León. Cuando están interrogando a Jesús, este agente que brinda testimonio se pone nervioso, por lo cual es relevado. Sus compañeros que siguieron en el interrogatorio le comentan que Piedra fue trasladado al CMN1. Otro agente judicial, de ese entonces, confirmó dicho testimonio. Cuando se detiene a Jesús, el director de la DFS es Luis de la Barreda Moreno, al que se le envía un oficio con datos sobre el interrogatorio que le realizan. En otro oficio, fechado el 20 de abril de 1975, se da cuenta de otros datos que provienen de otro

interrogatorio (Jáquez, 2003). Es decir, al menos a dos interrogatorios fue sometido el detenido, uno en Nuevo León y otro en la ciudad de México. Rosario Ibarra partió hacia la ciudad de México, porque le dijeron que a su hijo lo habían llevado al CMN1. Inicia su largo peregrinar. En un acto público, se cuela y le entrega una carta al entonces presidente Luis Echeverría; a fines del sexenio de Luis Echeverría, en noviembre de 1976, le llegó información de que Jesús se encontraba en el CMN1, doña Rosario fue a hablar con él y le dijo: "yo quiero verlo, nada más quiero verlo, sólo eso le pido, verlo, todas las madres pedimos eso, verlos" (en Poniatowska, 1980: 96). La mandó a otras dependencias y vuelta a rodar, el peregrinar que a la fecha no termina. Y es que la insistencia de la legendaria luchadora social parece que no terminará en momento alguno: en total, 39 veces intercepta a Echeverría la después llamada "doña", en todas ellas preguntando por el paradero de su hijo. El hijo desaparecido y las instancias oficiales dándole largas al asunto. Y no obstante que en el informe que la CNDH presentó en noviembre de 2001 se atribuyó la acción a "servidores públicos", Nazar Haro insistió en negar que la DFS tuvo a Jesús Piedra, y repite algo que le espetó a doña Rosario: que tenía un informe de Monterrey en el que le decían que hubo un enfrentamiento de la guerrilla con la policía y a Jesús "se lo llevaron sus compañeros herido" (Castillo, 2003). La madre de Jesús Piedra Ibarra dice: "Mi hijo salía diariamente en *El Norte* en la sección de los más buscados, donde ponían a todos los muchachos que andaban en la guerrilla, pero no les decían guerrilleros sino delincuencia organizada, terroristas" (Avilés, 2001b). Y así los trataron, y después lo han estado negando, denegando, menospreciando los casos; menospreciando la vida. Sobre el caso de Piedra, en su informe la CNDH concluye: "se atribuye a la extinta Dirección Federal de Seguridad la desaparición forzada del señor Jesús Piedra Ibarra, en virtud de que la última noticia de su paradero es que se encontraba siendo interrogado por la mencionada autoridad el día 19 de abril de 1975, fecha a partir de la cual no se cuenta con otro registro oficial de su paradero".

25 de abril de 1974. La versión que ha circulado, es que Ignacio Salas Obregón, Oseas, se dirigía a una reunión en Tlalnepantla, estado de México, en

un auto Dart. Poco antes de llegar se estacionó y una patrulla se le acercó. Salas se agachó, los policías bajaron y se dirigieron al auto. Salas disparó, los policías respondieron con disparos. Recibió dos impactos de bala, y se le terminaron los cartuchos, así que se entregó. Fue trasladado al Hospital Civil de Tlalnepantla, portaba una credencial falsa, por lo que hubo de pasar cuatro días para que lo identificaran como el líder de la LC23S. Ya se recuperaba de las lesiones, y el 29 de abril o el 1 de mayo lo interrogaron agentes de la DFS y terminó por dar información sobre la organización e integrantes de la Liga. Asimismo, hay un registro de otro interrogatorio realizado el 6 de mayo, y otro más el día 15 de ese mes. (Torres, 2008: 89-90). La versión oficial señala que murió el 25 de abril de 1974, y que sus camaradas de organización lo inhumaron de manera clandestina. No obstante, se sabe, por el informe de la CNDH y por testimonios, que lo tuvo la policía política, pues hay, al menos, ocho fotografías que muestran que estuvo en manos de la DFS. Y hay más documentación que da cuenta que la policía política lo tenía, pues existe un acta que levantó Luis de la Barreda, entonces director de la DFS, el 26 de mayo de 1974. En esa acta se indican datos del detenido, como la formación escolar, la militancia jesuita, datos familiares, gente con la que se preparó, acciones en las que participó, entre otras (Scherer, 2004a: 118-129). De la misma forma, hay testimonios que dan cuenta de su paso por las instalaciones del CMN1. Según relata Alberto Ulloa (2004) en su libro, un detenido del estado de Hidalgo, Noe, narró cosas sobre Oseas, y que éste en la primera semana de septiembre de 1974 llevaba cerca de cinco meses en cautiverio. Días después llegaron por él y por un grupo de prisioneros del estado de Guerrero, en el contexto de la liberación de Rubén Figueroa, quien había estado secuestrado por la guerrilla de Lucio Cabañas. Después de eso, Salas Obregón desaparece. Está desaparecido. En su informe, la CNDH consume: “se atribuye a la extinta Dirección Federal de Seguridad la desaparición forzada del señor Ignacio Arturo Salas Obregón, en virtud de que la última noticia que se tiene de su paradero es la del día 15 de mayo de 1974 cuando se encontraba siendo interrogado por elementos de la citada autoridad”.

En enero de 1977 Alicia de los Ríos tuvo una hija, que no llevó a la vida clandestina; a los once meses Alicia hija quedó bajo la protección de los abuelos. Fue registrada como si fuera su hija, y no su nieta, por eso tiene el mismo nombre que la mamá. La mamá era militante de la LC23S, al igual que su padre, Enrique Pérez Mora, *El Tenebras*, quien primero militó en el FER, y murió el 16 de junio de 1976 en Culiacán, Sinaloa, en un enfrentamiento con policías de la DFS. De su mamá sabía que existía, había fotografías de ella. Después, por accidente, supo que su madre estaba en prisión. Luego, se enteró que fue detenida por la policía política el 5 de enero de 1978 en la ciudad de México y que la recluyeron en una cárcel clandestina y desde entonces no sabe más nada de ella. En el Archivo General de la Nación existen documentos de la DFS que señalan que Alicia mamá fue detenida por elementos de la DFS. Hay una fotografía de ella y su declaración. Además, hay varios testimonios de gente que la vio en el CMN1 y en las celdas de la DFS en el D.F. Entre quienes la vieron en el CMN1 está Mario Cartagena López, *El Guaymas*, quien la vio con vida en 1978. Además, existe el testimonio de un médico cirujano militar, Juan Altamirano Pérez, que señala que a finales de 1978 atendió a Alicia en la cárcel de Santa Marta Acatitla de un parto, es decir, que una hija nació en cautiverio. De Alicia y de su hija nacida en cárcel nada se sabe. En el presente Alicia hija dice: “estoy necia de saber qué pasó y cerrar así la caja de Pandora; si murió, quiero saber dónde está; si la tiraron al mar (como se asegura ocurrió en Guerrero con 150 preso políticos) tener un registro verídico, jurídico... Necesito completar un pedazo de mi vida y así seguir adelante, pero esto ya se lo dejo al destino” (en Dios, 2004: 162). No obstante, la familia la sigue buscando. La familia mantiene la habitación de Alicia mamá tal cual la dejó: los mismos muebles, el mismo sitio. La madre quiere que a su regreso Alicia encuentre las cosas como las dejó a su partida. Cada navidad le guardan su regalo, y tiene un sitio en la mesa, esperando su retorno. En el informe de la CNDH, textual se señala: “se atribuye a la extinta Dirección Federal de Seguridad la desaparición forzada de la señora Alicia de los Ríos Merino, en virtud de que la última constancia oficial que se tiene registrada de su paradero es la del día 2 de marzo de 1978, cuando se encontraba siendo interrogada por elementos de la

citada autoridad; sin dejar de observar, que de acuerdo a los testimonios de los señores T-52 y T-170 fue vista en el Campo Militar Número Uno de la Ciudad de México el día 5 de abril por el primero y hasta el día 2 de junio de 1978 por el segundo, siendo la última noticia de su paradero a mediados del mes de junio del mismo año, en el estado de Guerrero”.

A Ricardo Madrigal Sahagún lo detuvieron el 18 de abril de 1977. A decir del informe de la CNDH en tal acción participó el Servicio Secreto (SS) de Guadalajara, en colaboración con agentes de la DFS. El informe señala que fue sometido a interrogatorios, y más adelante dice: “no apareció ningún dato que confirme que el señor Ricardo Madrigal Sahagún, después de que concluyeron los interrogatorios de que fue objeto, se le haya permitido seguir gozando de su libertad; o en su caso, que haya sido puesto a disposición de autoridad competente, pues la última noticia que se tiene sobre su paradero es del 18 de abril de 1977, cuando se elaboró una ficha signalética mientras se le seguía interrogando por elementos de la extinta Dirección Federal de Seguridad”. En la ficha mencionada aparecen dos fotografías del detenido, una de frente y otra de perfil, se apunta. Eso es lo que queda de Ricardo Madrigal, señales de antes de que se le desapareciera.

Rafael Ramírez Duarte, militante de la LC23S. Es detenido el 9 de junio de 1977 en el estado de México. Lo detienen, junto con otras personas, entre ellos algunos de sus hermanos: “los hicieron pasar a todos por torturas”, narra Tania Ramírez, hija de Rafael e integrante desde el año 2000 de la organización HIJOS. En fichas y documentos pertenecientes a la DFS y que ahora se encuentran en oficinas del CISEN y del Archivo General de la Nación, se consigna que la DFS detuvo a Rafael Ramírez, pues está ahí su ficha signalética, elaborada el 17 de junio de 1977, y al reverso se consigan que fue detenido el 9 de junio de 1977 para investigación. Existen, además, testimonios que afirman que fue interceptado por integrantes de la Brigada Blanca y después llevado al CMN1, donde fue sometido a tortura; tres personas fueron testigos de ello: lo torturaban con descargas eléctricas y lo sumergían en una pileta con agua, sitio donde se le vio ensangrentado por última vez, según estos testigos que fueron liberados del

CMN1. Eso consigna en su informe la CNDH. Efectivamente, los familiares de Rafael fueron puestos en libertad, y eso narran ellos desde afuera, pero Rafael se quedó: "Los testimonios que se tienen son de las personas que salen, el Campo Militar sigue siendo un campo en operaciones y está bajo el resguardo militar más férreo... finalmente salieron el resto de los hermanos, pero mi papá se quedó ahí; en algún momento le dijeron a sus hermanos que era un hombre peligroso por lo que sabía y por lo que hacía, y que por eso no salía" (Tania Ramírez). Por otra documentación, se sabe que la DFS acusaba a Rafael de haber planeado el secuestro del industrial cervecero Antonio Fernández, razón por la cual decidieron mantenerlo en prisión clandestina. Y es que el 29 de marzo de 1977, la Liga había secuestrado al presidente del consejo de administración de la Cervecería Modelo, Antonio Fernández, y a cambio de su liberación demandaban dinero, la reinstalación de 130 obreros despedidos, el pago de jubilación a 92 extrabajadores y que se publicara un comunicado. Parte de las demandas se habían logrado, pero la feroz cacería contra los integrantes de la Liga, continuó su marcha. Víctima de esa batida fue Rafael Ramírez. Continúa con su relato Tania:

"Mi padre se quedó ahí, en el CMN1. Cuando el resto de mis tíos y una tía que estuvo algunas semanas ahí también, salió, dieron testimonio de que ahí estaba. Estaba golpeado, recuperándose de una costilla rota, saliendo de los daños físicos de la tortura. Pero estaba vivo... estaba en el CMN1. Es el último lugar en el que se le vio con vida. Y lo seguimos reclamando con vida... para septiembre-octubre del 77, todavía, las personas que salieron dieron testimonio de que estaba ahí, es decir que estuvo meses ahí, con vida".

Sobre este caso, en su informe la CNDH concluye: "se logró acreditar que elementos de la extinta Dirección Federal de Seguridad, entonces perteneciente a la Secretaría de Gobernación, así como del Ejército mexicano, incurrieron en un ejercicio indebido del cargo, al detener arbitrariamente y retener ilegalmente a Rafael Ramírez Duarte, a quien además de interrogarlo sin estar facultados para ello, no lo pusieron a disposición de la autoridad inmediata una vez lograda su detención... se logró establecer que la última noticia que se tuvo de su paradero,



fue el 25 de octubre de 1977, cuando se encontraba en el Campo Militar Número 1.... y desde entonces se desconoce su paradero”.

El caso de José Reyes Mayoral Jáuregui es peculiar, porque al momento de ser detenido, un fotógrafo del diario *El Informador* toma imágenes del suceso: cuando es sacado de su casa y llevado con los ojos vendados en un vehículo. Las caras de los policías que lo detienen aparecen en las gráficas y parte de las placas del auto. Hay, además, una fotografía en que aparece un helicóptero sobrevolando la zona del operativo. En otra, hay una patrulla del Departamento de Tránsito de Guadalajara que participa en el operativo. No obstante esas imágenes, las autoridades negaron que el gobierno haya participado en dicho secuestro, y el paradero de Mayoral desde entonces, 23 de agosto de 1977, se desconoce. En ese momento tenía 60 años. La esposa, María Isabel Román, recuerda: “Eran como las diez y media de la mañana cuando empezamos a oír gritos. Decían que abriéramos la puerta con el léxico majadero que ellos usan y empezaron a disparar”. Iban por Rubén Mayoral Román, hijo del matrimonio, que militaba en la LC23S. Rubén logró huir; su hermano, al respecto, recuerda: “le habían puesto cola y lo venían siguiendo, pero él se escapó y como no pudieron detenerlo, en represalia se llevaron a mi padre que no tenía nada qué ver” (en Dios, 2004: 144-145). Y no obstante que el 5 de septiembre de 1977 el Juzgado Segundo de Distrito en Guadalajara otorgó un amparo para que se liberara a José Mayoral, eso no sucedió. Está en calidad de desaparecido.

Como ha podido observarse, las acciones tanto del Ejército como de la DFS no tenían la intención de detener y poner a disposición de una autoridad civil a aquellos considerados guerrilleros; era una política diseñada con la intención de someter, torturar, desaparecer, doblegar a los guerrilleros. Desaparecerlos, al menos temporalmente. Eso puede comprobarse con un elemento: la policía política tenía listas con nombres de candidatos a ser capturados o eliminados. Sobre los desaparecidos, Aguayo (2001: 191) encuentra dos patrones: los desaparecidos, eran, unos, muy preparados y “peligrosos” y los otros, novatos mal preparados. Conclusión: existían órdenes de eliminar a los guerrilleros.

Una forma en que inicia la desaparición lo constituye el vaciamiento de la identidad. Se les quita el nombre y se les asigna un número, sucede en las cárceles clandestinas, se reemplaza el nombre y apellido por un número o mote (Calveiro, 2001: 85), como los números que en el CMN1 se empleaban para ir borrando de las listas a los detenidos y después desaparecidos. Eso lo ha narrado un exintegrante de la Brigada Blanca, cuando recuerda que estuvo en el CMN1, y que él con otros tres compañeros trabajaban en los separos, en un sótano donde estaban los guerrilleros, detenidos ilegalmente. Cuando Francisco Quirós Hermosillo llegaba a él se le pasaba el reporte de los presos: "Cuando Quirós Hermosillo llegaba con soldados, en una camioneta, me decían: 'Teniente, el número tanto', o sea el número de celda y daban el nombre, 'nunca ha estado; el número tal, nunca ha estado; el número tanto, nunca ha estado'. Y yo tenía que sacar esa 'fatiga' que le llaman (informe de vigilancia), y a hacer una nueva. Y aquella la quemábamos, la tirábamos, la echábamos al excusado y a bajarle. Entonces [a las personas] les echaban una capucha negra [encima], la amarraban. Aclaro, yo nunca vi, pero supe que los metían al horno crematorio, vivos" (en Castellanos, 2007: 302-303).

Efectivamente, esos registros se iban "perdiendo", pero no todos, según puede advertirse en los archivos que se mantienen de la DFS. Cuestión de comparación: los nazis llevaban registro de sus actividades, de los llevados a los campos de exterminio, se mantenían, prácticamente hasta el final. En México, en cambio, desaparecían a las personas y no se tenía más que el registro del sitio donde fueron "interrogados". Y en efecto, quedaron indicios de lo que estaba ocurriendo y a partir de ahí puede reconstruirse una parte de lo que en ese tiempo sucedió. Ciertamente, sobre los desaparecidos: "los archivos de la DFS depositados en el Cisen confirman que un buen número de esas personas fue detenido por la Federal de Seguridad convirtiéndose, de esa manera, en una prueba documental de la responsabilidad oficial" en las desapariciones (Aguayo, 2001: 189). "Los desaparecidos no están en ninguna parte ni vivos ni muertos. El silencio que guardan las autoridades es su principal acusación" (Poniatowska, 1980: 178).

En este periodo de la guerra sucia que el Estado mexicano emprendió contra la guerrilla, los números varían según la fuente, pero se puede establecer un recuento fatal de los daños. La Afadem, habla de 1,500 desaparecidos en este periodo revisado. Por su parte la Fiscalía Especial tenía un registro de 797 casos reportados como desaparecidos. En niveles distintos de análisis y comprobación documental, claro. La desaparición forzada estaba "plenamente acreditada" en 436 casos. En otros 208 casos "se acredita una presunción fundada de que se cometió este crimen". En 152 falta información. Del total de casos, en 433 existe información que acredita que las personas fueron detenidas por agentes del estado, y luego desaparecieron. Hay documentos, en los archivos de la policía política que así lo indican, así como testigos y testimonios de su detención.

Desglosando por estados los números de la Fiscalía se muestra en dónde operó más la desaparición forzada. Guerrero es, por mucho, el estado donde más desaparecidos hubo. Baste recordar las incursiones a poblados enteros y el traslado de grupos de campesinos a lugares desconocidos. Mientras la CNDH en su informe daba cuenta de 332 casos, la Fiscalía Especial tiene 551 registros de desaparecidos, que ocurrieron entre 1961 y 1979. De estos, 260 están plenamente acreditados por la Fiscalía. En 144 hay "presunción fundada", y en 147 falta información. 1974 es un año crudo, de fuerte violencia para el país, en especial para la guerrilla de Lucio Cabañas, pues es el tiempo de la ofensiva cruenta contra su movimiento. Según la CNDH, en ese estado, ese año hubo 152 desaparecidos; principalmente en la sierra de Atoyac: "prácticamente todos sus habitantes tienen algún familiar desaparecido" (Castellanos, 2007: 160). Y es el año en que más desaparecidos se registran a nivel nacional: 180, según la CNDH. El comité Eureka registra ese año 173 desaparecidos; la Afadem-Fedefam señala más de 300 casos, entre ellos el de una mujer embarazada.

La ciudad de México y el estado de México representan la segunda región en importancia, pues hay 86 denuncias de desaparición forzada, sucedidas entre 1975 y 1981. Acreditadas plenamente están 64, y en 18 casos se establece la "presunción fundada". 1974, 1975 y 1981 son los años en que más desaparecidos se registran.

Sinaloa ocupa el tercer sitio en torno a los desaparecidos; hay 45 denuncias de desaparición forzadas, efectuadas entre 1971 y 1984. 32 están plenamente acreditadas y en 12 hay "presunción fundada". 1978 es el año de mayor registro en ese estado.

En Jalisco son 32 las denuncias de desaparición forzada, efectuadas entre 1970 y 1983. 23 plenamente acreditadas y 9 con "presunción fundada". 1977 y 1980 son los años con más desaparecidos en este estado. En este estado se registraron las primeras disipaciones de la guerrilla urbana. Finalizando 1970, ya que está por concluir el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz, "la Perla tapatía tuvo el honor sombrío de ser el lugar en donde se registraron las primeras desapariciones forzadas vinculadas a los movimientos estudiantiles, previas aún al alud de casos ocurridos en Guerrero" (Castellanos, 2007: 201). Sobre los desaparecidos de Jalisco, Aguayo refiere que los archivos fueron modificados hacia 1979 con la intención de distorsionar la información. Hay dos versiones, la de 1977, por ejemplo, y la de 1979, donde se presenta un desenlace distinto al original. Algo similar pudo ocurrir con los registros de otros desaparecidos de otros estados, para encubrir que antes de desaparecer los detenidos estaban en manos de la policía política.

Un caso particular, es el de las mujeres. Entre 1971 y 1983, 43 mujeres fueron detenidas y desaparecidas. De ellas, dos estaban embarazadas al momento de su detención, Lourdes Martínez Huerta (LC23S), profesora de la Universidad Autónoma de Sinaloa, detenida en junio de 1975 por integrantes de la DFS, y Teresa Torres Ramírez (FAR), estudiante de 21 años, detenida en enero de 1976 en Acapulco, Guerrero, por integrantes del Ejército. Se sabe que fue conducida al CMN1 y dio a luz a mediados de 1976. Actualmente está desaparecida. Se sumaría el caso de Alicia de los Ríos. En un trabajo presentado en el Encuentro Nacional de Mujeres Ex Guerrilleras, en el Senado de la República (13/dic/2003), se señala que de las 43 desaparecidas, 17 eran de la Liga; 6 del PdIP; 2 de las FAR; 2 del MAR; 1 de las FAL; 1 de Vanguardia Armada Revolucionaria del Pueblo; 1 de Comandos Armados del Pueblo; 1 de Fuerzas Armadas de Liberación Nacional; 2 no especificados y 10 sin militancia política.

Sobre los desaparecidos, aunque esta fuente indica 528 casos, se ha señalado que el Ejército es responsable de 242 (45%); la DFS 255 (112 directamente; 126 en coordinación con alguna policía) (47.6%); a la Brigada Blanca se le atribuyen 39 casos. En total, la DFS, con todo y Brigada, es responsable de 294 casos (55%) (en Dios, 2004: 181-182).

## **6. 1 Ejecuciones extrajudiciales**

En este periodo revisado se presentaron acciones igualmente violentas, con balas y sangre, pero la distinción con respecto al apartado anterior, es que en este caso los cuerpos sí aparecían, pues eran ejecutados. Una ejecución se presenta cuando la fuerza pública abate a una o más personas, con exceso de fuerza; cuando ya sometido el detenido muere estando en manos de las autoridades; cuando al detenido no se le pone ante alguna autoridad competente, y después aparece su cuerpo sin vida; cuando hay evidencia que una autoridad con uso excesivo de fuerza provoca la muerte de una persona, hay ejecución. Las ejecuciones, por supuesto, son extrajudiciales, pues no media principio legal alguno, menos juicio.

Las ejecuciones extrajudiciales fueron frecuentes en la guerra sucia. La policía política y el Ejército la practicaron. Uno de los primeros casos de ejecución extrajudicial, sino es que el primero, se documenta en el estado de Guerrero, cuando en noviembre de 1969, por darle alimentos a Genaro Vázquez, es ejecutado Alejandro Simbras a manos del Ejército, según documentó la Fiscalía Especial. Después varias, o muchas, serían las ejecuciones, algunas en grupo. En el estado de Guerrero, la Base Militar de Pie de la Cuesta fue escenario de múltiples ejecuciones. En dicha Base, quienes trabajaban para Francisco Quirós Hermosillo lo hacían también para Mario Arturo Acosta Chaparro, y eran estos militares quienes llevaban a los acusados de ser guerrilleros con los ojos vendados y los dejaban en una cabaña a la que se accedía de manera restringida. Quien en ese momento es capitán, Francisco Javier Barquín Alonso, llevaba el registro, en una libreta, de aquellos que entraban a la Base. Pocos, muy pocos, saldrán con vida. A los torturados se les avisaba que se había llegado al final y se

les tomaba la "foto del recuerdo". Mientras tanto, en la nuca una pistola era accionada y terminaba con la vida del torturado. Se ha señalado que más de 200 veces Acosta Chaparro, por órdenes de Quirós Hermosillo, accionó la pistola, también denominada "la espada justiciera" (Díaz, 2002a). Los cadáveres eran puestos en una lona a la que se agregaban piedras; después, eran subidos a un avión para ser arrojados al mar. Primero ejecutados y luego desaparecidos. A estos militares se les intentó investigar sobre estos casos, pero nada sucedió.

Hubo algunos casos, muy cruentos, como el de José Ignacio Olivares y el de Salvador Corral García. José Ignacio Olivares Torres, *El Sebas*, el 2 de febrero de 1974 su cuerpo sin vida fue encontrado en la colonia Álamo Industrial, en Guadalajara. El cuerpo presentaba golpes en la cabeza, huellas de clavos calientes en sus piernas, signo de la tortura que recibió. La versión oficial sobre el suceso señalaba que murió en un "ajuste de cuentas" en el seno de su grupo la LC23S. Pero por documentación encontrada recientemente en los archivos de la extinta DFS, se sabe que no fue así, pues la DFS lo detuvo en Mazatlán, junto con Salvador Corral García, *Efraín*. Ambos fueron torturados y ejecutados. Hay algunos antecedentes. La LC23S secuestra al empresario Fernando Aranguren y a Anthony Duncan Williams, cónsul británico en Guadalajara. Eso ocurre el 10 de octubre de 1973. El primero aparece ejecutado y el segundo es liberado. El responsable de la Liga en el estado de Jalisco es Ignacio Olivares. Después de la ejecución de Aranguren vienen las detenciones. La DFS da con Olivares. Reconstruyendo: se sabe que el 30 de enero Olivares y Corral viajaban de la ciudad de México hacia Mazatlán, lo hacían en auto. Un retén los interceptó hacia las 19:00 hrs. de ese día. Habían sido delatados y ya los esperaban. La PJF pasó el reporte a la DFS. A las 00:35 del 31 de enero fueron llevados a la ciudad de México, llegaron entre las 13:00 y las 14:00 hrs. Ese 31 de enero Olivares y Corral estaban en las instalaciones de la DFS, en la ciudad de México. Son seis los documentos de la DFS en los que se trata el caso del *Sebas*. Olivares fue detenido con vida, según un oficio de la DFS del 30 de enero de 1974, que contiene la firma del entonces director Luis de la Barrera, y en el que se indica sobre su detención. En el documento se proporcionan datos del *Sebas*: de 29

años, originario de Coahuila, estudios de Economía e integrante del Buró Político de la Dirección Coordinadora Nacional de la Liga. Su tarea, en algún momento, consistía en secuestrar a esos dos personajes, para lo cual se trazó un plan. A cambio de la libertad de los dos secuestrados se pedían 2.5 millones de pesos y la liberación de 51 presos políticos. Luis de la Barreda informa que al no haberse cumplido las condiciones para liberar a los cautivos, se convocó a una reunión y se acordó la liberación del cónsul y del empresario. Al final al empresario no se le liberó y se le ejecutó, imponiéndose una línea dura por sobre la que proponía liberar a ambos. Otra declaración, de otro integrante de la Liga, herido y detenido por la DFS, señala que al industrial se le liberaría, pero al final uno de ellos, *El Camilo*, sin mayor explicación ejecutó al empresario. En el informe de la DFS sobre el caso de *El Sebas*, se indica que, a razón de la ejecución hubo cambios en la dirección de la agrupación. El Buró Político Nacional lo removió de la dirección local y fue enviado a Culiacán, Sinaloa, donde se preparaba una acción de sublevación. En ese mismo informe de la DFS, se escribe: "se continúa interrogando". El 2 de febrero una ambulancia de la Cruz Verde recogió un cadáver, en El Álamo. El cuerpo presentaba huellas de tortura, fracturada la cabeza y lesiones en el tórax y abdomen, y le habían encajado clavos calientes en las piernas. Era el cuerpo de José Ignacio Olivares Torres, *El Sebas*.

Ese mismo 2 de febrero de 1974 otro cadáver había sido encontrado, pero en la ciudad de Monterrey. El cuerpo presentaba huellas de la tortura a la que fue sometido, estaba amordazado y tenía el tiro de gracia. Era Salvador Corral García, *Efraín*. Ambos miembros de la LC23S. Olivares y Corral fueron ejecutados y arrojados en sitios distintos. El doble mensaje era evidente: para los guerrilleros, advertencia; para los industriales quejosos del accionar guerrillero y de la poca eficacia del gobierno ante tales ofensivas opositoras, serviciales. La prensa local se hizo eco de que habían sido ejecutados por sus compañeros. El 6 de febrero de 1974 los diarios locales anunciaron la muerte de *El Sebas*. Alguno anunció: "Hallaron muerto al autor intelectual del asesinato de Aranguren. *El Sebas* fue molido a golpes en Guadalajara. Este crimen y los de Monterrey se deben a la pugna entre activistas, dice la policía"; otro más, rotulaba: "Fue asesinado un

cabecilla de la Liga Comunista 23 de Septiembre"; otro más: "Muerto aquí el guerrillero más buscado en nuestro país. José Ignacio Olivares Torres, su nombre. Pereció a manos de personas desconocidas. Cerebro principal en todos los secuestros. El cadáver, encontrado en la colonia El Álamo. Fue muy larga su trayectoria de delitos". Otro diario de Guadalajara, el 7 de febrero, así lo anunció: "Cree la policía que se lleva a cabo terrible 'purga' entre guerrilleros. Ya son cinco los muertos misteriosamente aquí y en Monterrey". Lo cierto es que ambos estuvieron en manos, primero, de la Policía Judicial Federal (PJF) y después, en manos de la DFS, quien los interrogó y hasta fotografías les sacó (en Dios, 2004: 80-84; 135-138).

Otro caso ilustrativo es el de Carmelo Cortés. A los 18 meses de ser separado del PdIP, Carmelo tenía una organización más o menos consolidada. Estableció contactos con otras organizaciones guerrilleras, como la Vanguardia Armada Revolucionaria del Proletariado (VARP) y efectúan algunas acciones conjuntas. En julio de 1975 realizan un asalto bancario en Morelos, y por errores que cometen se desatan las detenciones. Carmelo no cae. Por ese entonces se queja de problemas de la vista, razón por la que acude, entre el 26 y el 29 de agosto de 1975, a una cita médica en la ciudad de México. Aurora, su compañera, lo acompaña pero se retira con otro camarada. Cuando Carmelo sale del consultorio ya se encuentra en el centro comercial la policía política. Hay un enfrentamiento en el que cae un compañero y el mismo Carmelo, a decir de la versión oficial. En ese entonces, el periódico *La Prensa* informó que la policía estaba investigando una amenaza de bomba en el centro comercial, y que el 31 de agosto, por la madrugada, fue detectado un auto en el que viajaban tres personas, entre ellos Carmelo, quienes pretendieron huir y se presentó el enfrentamiento en el que murió Carmelo. No obstante, el auto presentado a la prensa no tenía impactos de bala. El cadáver de Carmelo se presentó tirado en el suelo. Las fechas, en este caso, son algo confusas. Otra versión, dentro de la organización, es que a Carmelo lo detuvieron el 29 de agosto, y que fue sometido a tortura por parte de la policía política, la DFS, y después fue asesinado, ejecutado, arguyendo que cayó en un enfrentamiento. Después de ese evento, los



hijos de la pareja de Carmelo y Aurora son llevados con la abuela, para dejarlos bajo su cuidado. La compañera de Carmelo, Aurora, siguió en la actividad clandestina. Es detenida el 2 de febrero de 1976, en el estado de México, junto con el hermano de Carmelo, José Cortés y José Nava. Los trasladan a Acapulco y después al CMN1. No se sabe nada más de ella desde entonces (Evangelista, 2007: 72; 106).

Aunque no hay propiamente un informe que date una ejecución, de los informes de la policía política, se desprende que de ello se sabía en las altas esferas del poder, por la gente a quien se dirigían algunos de esos informes. Los reportes, en cambio, dan cuenta de "muerte en enfrentamiento" o del "hallazgo" de encontrar un cuerpo. No señalan las ejecuciones como tales, se cubren eufemísticamente como "muertos en enfrentamientos". La Fiscalía documenta esos casos en que la autoridad tenía detenida a una persona, legal o ilegalmente, y después aparece muerto. Que parece ser el caso de Carmelo Cortés, así como de muchos otros. En el informe de la Fiscalía se señala que la DFS fue el órgano principal que efectuó las ejecuciones extrajudiciales, muchas fueron en medio de la tortura y se reportaron como muertes en enfrentamientos. La Fiscalía tiene una relación, incompleta dice, de 101 casos de ejecuciones extrajudiciales. Bastantes, en este periodo de la guerra sucia. Los casos de José Ignacio Olivares Torres y Salvador Corral, son claros ejemplos de esa brutalidad.

Eso en las ciudades, en la sierra se ejecutaba la misma crueldad pero con un método distinto. Los militares llegaban a las poblaciones aisladas, concentraban a los pobladores en las canchas de juego, después mediante una lista iban llamando a quienes creían que apoyaban a la guerrilla. En diversas ocasiones ahí mismo ejecutaban a esas personas, y el Ejército se retiraba no sin antes advertir a la población sobre los riesgos que corrían al apoyar a la guerrilla o no delatar a quienes colaboraban con ella, como lo declara David Cabañas. Son poblaciones sitiadas donde hay ejecutados. Caserío Los Piloncillos, Montañas, entre los ejidos Los valles, san Vicente de Benítez y san Juan de las Flores. Ya es 1975, es un domingo, en la cancha de basquetbol. Llegan militares al caserío y se inician los cateos casa por casa, en busca de alguna prueba que los ligue con la

guerrilla. No encuentran nada. No obstante, reúnen a los jóvenes en la cancha y los pasan por las armas (Hipólito, 1982: 81). Y así, más casos (Montemayor, 1991).

## **6. 2 No hubo desapariciones, sino enfrentamientos**

De regreso a los desaparecidos. Para la parte oficial, el gobierno, la policía política, los militares, y los medios de información, no hay tal cosa como los desaparecidos. Se fueron o se confundieron, dada su militancia clandestina.

Cuando a Nazar Haro se le interroga sobre los desaparecidos, éste responde: “cómo desaparecieron: hubo enfrentamientos de la policía o el Ejército con ellos, y ellos traían credenciales con seudónimos: caían muertos y el Servicio Médico Forense los recogía” (en Castillo, 2003). Luego entonces, no se les podía identificar. Murieron con otro nombre, es su conclusión. Aunque muchos de ellos estuvieron, según sus propios archivos, en manos de la DFS, registrados con el nombre legal. Es reiterativo Nazar Haro sobre los desaparecidos:

“han aparecido muchos que estaban por desaparecidos. A muchos les entró la cobardía de irse, de esconderse. Hubo desaparecidos en enfrentamientos porque no traían identidad en el Servicio Médico Forense, pero han aparecido muchos desaparecidos” (en Riva Palacio, 2003c).

Las listas del Comité Eureka, de la Afadem, de la CNDH, de la Fiscalía Especial, serían un invento para este policía añejo, toda vez que los desaparecidos han retornado de sus escondites, pero no se les ve por lado alguno.

Quien estuvo secuestrado por la guerrilla de Lucio Cabañas y posterior gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa, declararía en agosto de 1978: “¡Qué presos ni qué desaparecidos! Aquí hay cadáveres” (en Poniatowska, 1980: 174). En efecto, los asesinaron, los ejecutaron, pues estaban en manos de la policía política y de los militares. Pero el poder se protege, entre los poderosos se cobijan y se respaldan, engrosan las filas de los discursos con retórica fulera. Así lo hace el entonces presidente Luis Echeverría, quien de visita por Guerrero, apoyando al ya gobernador Rubén Figueroa, declara al periódico *Excelsior* que ante los “cobardes actos de traición” debe enseñárseles “el camino recto a los jóvenes”;

seguía iracundo contra la guerrilla. La respuesta de una viejecita es el síntoma de esos tiempos y lugares. Andrea Pérez de Vargas, grita frente a los reporteros de *Excélsior*: "me faltan dos hijos y un nieto... sólo queremos saber si han muerto o si los seguimos esperando" (en Castellanos, 2007: 166). Dónde están los desaparecidos?, se preguntan sus familiares. "Vivos se los llevaron, vivos los queremos", demandan. Y gritan en común, no desde la individualidad, sino desde lo colectivo: Una de las cosas que plantea Hijos, "nosotros siempre decimos que somos hijos de la misma historia, partiendo de eso señalamos que todos somos hijos de desaparecidos, de esa generación de desaparecidos", expresa Ana, participante de esta organización creada en el año 2000, particularmente con hijos de desaparecidos políticos.

En agosto de 1979 un grupo de ex presos políticos tuvo audiencia con el entonces presidente José López Portillo. Demandaron varias cosas, entre ellas la presentación de los desaparecidos políticos. Los mandó a la Procuraduría General de la República. En ella su titular, Oscar Flores Sánchez, les espetó que de ello había dado cuenta ante la prensa, acto seguido pidió los expedientes y les dijo: "miren, miren, estas personas que sus familiares reclaman como desaparecidos murieron en enfrentamientos con el Ejército allá en la Sierra de Guerrero; éstos murieron enfrentándose a la policía, éstos murieron cuando rescató el Ejército al ingeniero Rubén Figueroa y éstos se mataron entre ellos mismos. Ya ven, todos murieron, no hay desaparecidos" (en Hipólito, 1982: 16).

La demanda de presentación de esos desaparecidos se hace a título individual, después en grupo, luego, a través de comités; sí, porque es necesario organizarse para demandar ante el poder que no quiere escuchar y sigue con tretas. Así, se crea el Frente Nacional Contra la Represión, en diciembre de 1979, después de una manifestación de más de 20 mil personas. Por sus manifestaciones, gritos, demandas y luchas, son liberados Zazueta y otros guerrilleros presos en el CMN1. Son los últimos que saldrán de ese Campo. Ellos darán cuenta de gente que ahí se encontraba y de la que ya no se supo más: desapariciones. Entre ellos Ana María Tecla junto con sus hijos, cuatro, incluido el bebé que tuvo en reclusión; y estudiantes como Juan Chávez Hoyos, Eduardo

Hernández Vargas y Delfina Morales Cardona (Castellanos, 2007: 305). Pero hay más, muchos más. Alrededor de 800, según la Fiscalía; más de 1,000, a decir de la Afadem.

Los comités se dan a la tarea de organizarse y difundir información expresando que hay desaparecidos en México, que no es cosa de otros países, que se da eso aquí en nuestro país, y dan nombres de desaparecidos, con fotografía y todo, imagen colgada al cuello de un familiar, de una madre; y dan nombres de funcionarios implicados en tal acción. Y a la par realizan acciones para dejar clara su postura y tenacidad. Una huelga de hambre, por ejemplo, como la de Catedral, allá por agosto de 1978. Varias madres del posterior Comité Eureka ahí están. A sus hijos los han desaparecidos y/o ejecutado. Se plantan y fuerte. Concepción García de Corral, madre que participó en la huelga de hambre, proveniente de Ciudad Juárez, Chihuahua, narra: “en 1974 mataron a mi hijo Salvador Corral García, en 1976 aprehendieron a mi hijo José de Jesús, quien está desaparecido, y en 1977 mataron a mi hijo Luis Miguel Corral” (en Poniatowska, 1980: 83). Oscar César Gaxiola, está desaparecido. Su hermano, Fernando, se solidariza con la huelga de hambre. A los 17 años Oscar llegó a la cárcel, por su participación en el movimiento estudiantil en contra del rector en turno. Salió a los 20 años de la cárcel. Se fue a estudiar a Morelia, el 16 de febrero de 1977 desapareció; tiempo después la madre de Oscar se enteró que la Brigada Blanca lo había detenido. Le dijeron que se encontraba en el CMN1, recuperándose de la golpiza que le dieron. De él no se supo más. No se supo más de cientos, de alrededor de mil.

“La desaparición de personas es una de las peores violaciones a los derechos humanos. No sólo se agrede a la víctima sino que se somete a la familia a la terrible incertidumbre de no saber qué pasó con sus seres queridos. Al interrumpir el duelo (rituales con los que se despide a los muertos), se crea una sensación de vacío y ansiedad que impulsa a los familiares (especialmente a las madres) a vivir en una búsqueda permanente” (Aguayo, 2001: 189).

La cuestión con los desaparecidos es que no se puede realizar el ritual del duelo, no existe la posibilidad de despedirse de la persona como cuando está el cuerpo del muerto. Hay un vacío; huecos quedaron los hogares y la sociedad, como dice la hija de un desaparecido:

"hay un hueco en la familia, que va estar siempre, que incluso si son presentados con vida todos los desaparecidos, completar esos años de historia no va ser sencillo. Hay un hueco en la sociedad, respecto de la información que se tiene, no sólo no están reconocidos, sino no se sabe. Mucha de la gente cree que los desaparecidos son un asunto de Argentina, de Chile... pero no saben que aquí hubo y hay desaparecidos. El hueco social también se traduce al hueco de la familia... los huecos están ahí siempre" (Tania Ramírez).

Ante esta ruta, es claro: el gobierno de Luis Echeverría hizo uso de la desaparición forzada como medio para combatir a la guerrilla, especialmente en el estado de Guerrero, el de López Portillo lo hizo para aniquilarla en los estados de Jalisco y Sinaloa, principalmente, pero el valle de México sufrió también el impacto esfumador. Al final fueron centenares (Aguayo, 2001).

Ahora bien, prefieren hablar de terrorismo de Estado y no de guerra sucia, porque la guerra sucia podría confundir que en una guerra se vale hacer lo que se hizo, y no. En el caso del terrorismo de Estado es clara la implicación y responsabilidad política y moral sobre el Estado. En el caso de terrorismo de Estado, es el Estado el que está imponiendo el terror y que hay continuidad de terror: hay desaparecidos desde 1969 hasta la fecha. Es más amplio, temporalmente, porque ese terror sigue existiendo, señala Ana, de HIJOS. Ellos llevan sus cuentas:

"Nuestro registro es de 550 registrados que podemos decir datos, nombre, apellido, cuándo fue levantado y en dónde; porque sabemos que no podemos hacer una denuncia sino tenemos esos datos... Pero creemos que hay muchos más por que en México no se denuncia; en México en los años setenta no se denunciaba la desaparición forzada: ante quién se iba a hacer. De hecho tenemos casos en que no hay fotos ni contacto con

familiares. En otros, cuando contactamos a algún familiar, no quieren hablar del tema porque siguen teniendo miedo" por eso que les ocurrió a los familiares. El tema de las cifras es muy complicado", sostiene, al final, Ana.

### **6. 3 Cuerpos arrojados y desaparecidos**

Las prácticas de tortura y desaparición que se desplegaron en los años setenta, tienen sus antecedentes una década atrás, en la sierra de Chihuahua, contra el movimiento campesino que después tomará las armas en septiembre de 1965, cuando a un líder campesino a bordo de una avioneta lo amenazan con arrojarlo al vacío si persiste en su lucha por la tierra (Glockner, 2007). Dicha fórmula se extendería al estado de Guerrero años más tarde: gente acusada de ser guerrillera, torturada y después arrojada al mar, algunos de ellos aún con vida. Muchos de los actuales desaparecidos fueron arrojados al mar. Otros, incinerados, como narra ese ex-agente de la DFS. Los desaparecidos se cuentan por centenas, y siguen variando los datos: 400 casos tan sólo para el estado de Guerrero, y más de 3, 000 entre muertos en combate, ejecutados y desaparecidos (Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, en Grange y Rico, 1997: 11). De algunos se sabe la ruta de la desaparición, se les vio por última vez en alguna cárcel clandestina. A otros los hirieron y ya no se les volvió a ver. Otros fueron secuestrados. Otros...

En un documento de la DIPD y de la Dirección General de Policía y Tránsito del DF (DGPT) se muestran las fichas de 27 guerrilleros, 25 con fotografías, detenidos entre mayo y agosto de 1975. Están en el cuartel del Batallón de Granaderos de Tlatelolco. Diez de los que ahí se registran se encuentran actualmente como desaparecidos. Pero ahí están sus fichas: fueron detenidos y después nada se supo (Ramírez, 2005a).

En ese mismo documento aparecen las fichas de los presuntos guerrilleros que fueron abatidos en las instalaciones de Ciudad Universitaria, en la UNAM: Adolfo Lozano Pérez, *Mariano/Adolfo*, y Teresa Hernández Antonio, *Alejandra*. El 15 de junio de 1975 se verían con David Jiménez Sarmiento, cabeza de la Liga, y

allí fueron muertos por la policía política. Los asistentes a una exposición canina fueron testigos del hecho. La prensa sólo reportó que los desconocidos "fueron alcanzados por las balas", aunque en el encabezado de la nota se señala: "saldo: dos terroristas muertos y 14 presos" (El Universal, 1994, t. II: 204). José Luis Moreno, de quien hablamos antes y que perdió un brazo a consecuencia de las torturas, recuerda que en esos días Nazar Haro le mostró unas fotos de *Adolfo* y *Alejandra*, y después lo llevaron al Semefo para que identificara los cadáveres. Ese mismo José Luis Moreno, en ese mismo junio de 1975, en el cuartel del Batallón de Granaderos en las instalaciones de Tlatelolco, compartió celda con David Jiménez Frago, padre de Jiménez Sarmiento, quien hasta la fecha continúa desaparecido (Ramírez, 2005b). Uno más, familiar él.

El de Lucio Cabañas es un caso emblemático. Se sabe que murió en diciembre de 1974. Algunas personas que en la juventud lo conocieron reconocieron el cadáver. De acuerdo con testimonios y un certificado de defunción, a Lucio le dieron el tiro de gracia. Según el reporte, falleció a las 9.10 del 2 de diciembre, y fue sepultado el día 3 a las 2.30, en el panteón municipal de Atoyac. El entierro del guerrillero fue apresurado, se dice que por órdenes del entonces secretario de Gobernación Mario Moya Palencia, por temor a que la población se volcara a rendirle tributo, como ocurrió dos años atrás con el cadáver de Genaro Vázquez. Hubo gente cercana a Lucio que pidió el cuerpo para velarlo, la respuesta de los militares fue negativa. Los periodistas no pudieron ver el cuerpo, pues se les dijo que ya lo habían enterrado. Los restos no han sido reconocidos ni por familiares ni ex-compañeros de lucha. Los restos que se encuentran en el panteón de Atoyac, que se presumen son de Lucio Cabañas, pueden no serlo, ha aseverado uno de sus hermanos. Por eso ha demandado y realizado gestiones "para que el Ejército Mexicano entregue los restos verdaderos y se tenga certeza que se le visita a él en un lugar, de acuerdo con las tradiciones y creencias" (en Habana, 2001a: 13; Habana, 2001b). Lo cual a la fecha no ha ocurrido.

Cuerpos arrojados, gente ausente, guerrilleros que no regresaron de la prisión clandestina. Los gobiernos en turno lo han negado. La historia no los

reconoce. A los familiares de los desaparecidos les han dicho malas narraciones, malas por ser tergiversadas, incompletas, contradictorias y sin sentido: que no tienen a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos, a sus primos..., no obstante que muchos de ellos fueron vistos por última vez en algún Campo Militar del estado de Guerrero o de la ciudad de México o de Jalisco. Su demanda ha sido clara: "vivos se los llevaron, vivos los queremos"; no obstante algunos intuyen que a tres décadas de haber "desaparecido" el familiar estará muerto. En tales casos lo que demandan es que se les presente el cuerpo. Lo siempre negado, pero luego en los hechos reconocido: recientemente la Procuraduría General de la República (PGR) entregó restos de cuerpos identificados como víctimas de la guerra sucia. De esta manera, se está reconociendo oficialmente que existieron desaparecidos y ejecuciones extrajudiciales (Olivares, 2007: 10). Los cuerpos se devolvieron no sin antes amenazar con que de haber prensa presente esto no se realizaría.

Como imágenes materiales, una función de los artefactos, como los cuerpos humanos con o sin vida, es "facilitar la relación entre actitudes e intereses que constriñen y guían los recuerdos de los afectados" (Radley, 1990: 72). Los cuerpos como artefactos del recuerdo: las cicatrices, las marcas, la ausencia de alguna extremidad. El cuerpo es recipiente del recuerdo. Pero no sólo el cuerpo, lo es también el espacio donde se sufrió la tortura: los campos militares, las instalaciones policiacas, los lugares que la policía política emplazaba para violentar los cuerpos y someterlos, para horrorizarlos, para deshumanizarlos. Lo son, asimismo, marcos de la memoria, las fechas, como ese 15 de septiembre que se recordará toda la vida y que inicialmente remite a una Independencia y Libertad, y que en la práctica no existe, porque se violenta una y otra vez por aquellos que se supone deben garantizarla. Cuerpos, espacios y fechas confluyen en los relatos, y se organizan de acuerdo a las circunstancias presentes, porque la memoria opera desde el presente: se reconstruyen los pasajes, los trozos del pasado tortuoso, y se les da coherencia; como en todo relato, se le lleva al terreno de la significación, de las palabras, de lo compartido, y de esa manera se edifica nuevamente eso que se experimentó, ahora en el oído y la mirada de quien



escucha el relato, aunque es a través del relato del torturado que quien escucha va reconociendo.

La demanda de entrega de cuerpos, tiene razones de memoria: en un sentido amplio facilita la expresión pública del dolor social, al tiempo que posibilita una cierta “reintegración” de la comunidad, reconociendo en ese momento y de manera abierta una pérdida, posibilitando de esta forma la generación de lazos de solidaridad. En la familia los ritos alrededor del cuerpo, por ejemplo el funeral, permiten la expresión del dolor y el reconocimiento abierto de la mortandad, mitigando así la separación y pérdida del familiar. El dolor y la pérdida son reconocidos por los demás. Pero para ello se requiere el cuerpo: tener el cuerpo de un ser querido es tener aquello que se ha de recordar y depositarlo en un sitio, panteón, lápida, urna. Tener un sitio donde el cuerpo es depositado, es tener un sitio para la memoria. Hay memoria del muerto.

Lo cual no puede ocurrir necesariamente de esa manera con los desaparecidos políticos, porque sus cuerpos no están, no han “aparecido”. La muerte flota en el aire. No tener el cuerpo y un sitio donde confiarlo es no tener un sitio para el recuerdo de esa persona. Por tanto, la entrega de cuerpos se hace apremiante y necesaria, porque sin ellos los familiares de los desaparecidos no podrán conmemorar y entonces sus vidas estarán ocupadas por el olvido, y un trozo de su identidad estará vacío. Desaparecer personas y luego negar la entrega de sus restos es, en parte, a lo que se le denominó guerra sucia en México. Y sucio etimológicamente significa “húmedo”. Y la humedad incomoda.

## 7. SOBREVIVIR: LLEGAR A LA CÁRCEL LEGAL

Siguiendo el camino: los señalados de participar o apoyar a la guerrilla debían sobrevivir a varios “filtros”. Primero a la detención, donde podían ser ejecutados; a la desaparición, podían desvanecerlos; debían, una vez que los recluían en algún sitio clandestino, sobrevivir a la tortura, que no se les “pasara la mano” y resistiera picanas, pollo rostizado, pileta de agua, entablado, y un largo ritual de suplicio. De subsistir a esos “pasadores” y salir de la cárcel clandestina, casa de seguridad o campo militar, podía llegar la señal: “Está usted en manos del Poder Ejecutivo Federal. Para usted ya se terminó el anonimato, la clandestinidad...”, y un respiro parecía aliviar el largo camino del dolor. El secuestrado-detenido ilegalmente, ahora tendría rostro y luz pública; se sabría de él, en las condiciones físicas más duras si se quiere, pero sería presentado ante la ley (aunque en años no hubiera juicio). Ello alojaba la idea de que la vida se estaba salvando. Aunque no con toda la certeza que se quisiera. Los acontecimientos vividos en una prisión legal así lo fueron mostrando.

Lourdes Uranga (2006: 47) militante del FUZ y presa política entre 1972 y 1973, después exiliada en Cuba, narra que ingresó a Santa Martha el 2 de febrero de 1971. Llegan deshechas, no obstante llegan con un poco de respiro a la cárcel legal, toda vez que en la cárcel clandestina “no eres más que una boca que confiesa”. Cuando la detienen, la policía se lleva sus cosas, juguetes de los hijos, camas... y encima la reclusión clandestina, recuerda.

Llegar a la cárcel legal constituía un alivio, Fernando Pineda (2003: 102), integrante del MAR, al respecto dirá: “la presentación ante la autoridad legal, constitucional, debería ser forzosamente un alivio. ¡El Palacio Negro como ventana de salvación! Paradojas de la supervivencia. Las rejas se abrieron... para cerrarse a nuestras espaldas”. A Alberto Ulloa lo detienen el 4 de septiembre y hasta el 16 de noviembre de 1974 lo presentan legalmente ante el Ministerio Público. En tanto, ese tiempo estuvo detenido ilegalmente en el CMN1. La salida de ese sitio y su llegada a los separos de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, antes de ser trasladado a la cárcel de Lecumberri, recuerda,

"significó también un trato más suave y considerado" (Ulloa, 2004: 180). No obstante, el aliciente que experimentó, al salir de la cárcel clandestina, se esfumó rápidamente. Sobre su prisión dirá: "la realidad del Palacio Negro de Lecumberri fue siempre mucho más terrible que la peor de las pesadillas" (: 182-183). La bienvenida con golpes e insultos a la prisión era un lugar común. Al menos en Lecumberri, sitio de amarga tradición.

Otras cárceles, en el interior del país, aguardaban un trato similar al del Palacio Negro. Por ejemplo la prisión de Oblatos, en Jalisco, a donde fueron a parar varios militantes de la guerrilla urbana, especialmente del FER, de las FRAP y de la Liga. Guillermo Robles Garnica (1996) quien fuera primero militante del FER, y después realizó algunas acciones con las FRAP, cayó en la cárcel, pero antes pasó por un proceso similar al de otros detenidos políticos señalados de participar en la guerrilla. Su caso atraviesa varios espacios de represión, de la denominada guerra sucia. Un poco de reconstrucción aporta elementos para este eje de análisis.

En Guadalajara se desarrolla su actividad y detención. En su testimonio hecho libro, *Guadalajara: la guerrilla olvidada*, narra lo sucedido. De militancia comunista, en el PCM, señala que en los años setenta no había quien denunciara la tortura y las desapariciones políticas del momento. Los jóvenes estudiantes de la Universidad de Guadalajara sufrían las embestidas del grupo porril de la FEG. Se organizaron los agredidos alrededor del FER. Hay enfrentamientos entre ambos bandos, pero la FEG es protegida del poder. Se radicaliza y toma la ruta de las armas. Están pensando en la clandestinidad. Forman un "comando de combatientes para responder a la represión" que después se conocerá como FRAP. Realizan "expropiaciones" bancarias, y como consecuencia de sus errores en esos actos, varios son detenidos, entre ellos Guillermo Robles. En Guadalajara, dice, los presos políticos no lo fueron por militar en el movimiento estudiantil de 1968, pues ahí no hubo resonancia dado el control que ejercía la FEG en la UdeG. Los presos políticos jóvenes, provenientes de las filas estudiantiles, lo fueron cuando tomaron una casa de estudiantes. Al inicio fueron 13, pero se sumarían más: "no pasaba semana sin que encarcelaran por lo menos a uno".

Robles padece una enfermedad física que le impide movilizarse rápidamente, es lento en su andar y fácilmente ubicable. Después de algunas acciones de resonancia del FER se encuentra escondido, pero es detenido en una gasolinera. Lo golpean, claro. Es conducido a la Procuraduría de Justicia del estado: "Después de meterme en una celda empezaron a golpearme muy fuerte en todo el cuerpo, en la cabeza y sobre todo en los oídos. Luego me aplicaron toques eléctricos en ojos, boca... donde caía la picana". Es el 11 de enero de 1972. Aún en la Procuraduría, narra: "mi celda era pequeña, con una banca de cemento, un excusado y con la puerta de fierro, sin rejas. Durante la noche varias veces me sacaron, así que cada vez que escuchaba el cancel imaginaba que los golpes iban a reiniciarse. Así pasé mi primera noche de preso político" (Robles, 1996: 51). No es trasladado, como otros presos políticos, a la XV Zona Militar de Guadalajara o al CMN1, de la ciudad de México, debido a que se interpone un amparo para que permanezca en las instalaciones de la Procuraduría. Lo sacan de esas instalaciones para ir a reconocer un domicilio, el de su compañero Alfredo Campaña. Para ese momento son ya cinco los detenidos de su organización. Denuncia los malos tratos ante un reportero de la radio y disminuyen las agresiones. Después, los militares hacen acto de presencia, para recabar información. Dos militares de rango lo interrogan, quieren información, pero no de tinte político, están a la búsqueda de otro tipo de información. "La diferencia con los interrogatorios anteriores fue su insistencia en saber dónde comprábamos las armas y cuál era mi objetivo al impartir clases en el Colegio del Aire, tarea que realizaba desde tiempo atrás" (Robles, 1996: 57). El Colegio del Aire era una base aérea. Sobre el interrogatorio, recuerda que no veía sus rostros porque la luz era muy intensa. "Las piernas se me doblaban de cansancio y perdí la noción del tiempo que duró el interrogatorio". Después, viene la amenaza cuando le dicen: "Vamos a comprobar todo lo que has declarado y, si algo no es cierto, vamos a traer a toda tu familia para que te refresques la memoria, incluyendo a tus hermanos" (Robles, 1996: 58-59). Otro día le anuncian que lo interrogará un "licenciado que viene de la ciudad de México"; después sabrá que ese licenciado era una de las cabezas de la DFS, Miguel Nazar Haro, quien le exige: "escriba en

números redondos en qué han gastado el dinero; sobre todo los quinientos mil pesos del último asalto que no han tenido tiempo de gastar, dónde están y quién los tiene'... yo tomé el papel y escribí: mimeógrafos electrónicos, sistemas de radio, papel, dos coches usados, armas, parque, renta de departamentos, viajes, etcétera". Las cuentas no cuadran, y entonces se echa a trajinar Nazar:

"yo he andado en esto más de veinticinco años, los conozco a todos, he estado en las universidades de Sonora, Chapingo, en el Poli, en la UNAM, en Morelia, Puebla, Chihuahua y ahora aquí en Guadalajara. En todas partes los grupos armados utilizan los mismos métodos: van a las universidades, reclutan a los jóvenes más destacados o acelerados, como les llaman, y luego forman un comando armado, y piensan que así van a hacer la revolución" (en Robles, 1996: 61).

Después, a Robles lo trasladan al penal de Oblatos; es el 15 de enero de 1972. Lo ubican en las celdas, y en la primera noche, como a las 3 de la madrugada, llegan celadores y presos gritando: Guillermo Robles, "¡A hacer fajina, a barrer!", cosa que no podía hacer por su condición física. Entonces le cobran por la actividad no realizada. En la cárcel de Oblatos, para esa fecha, enero de 1972, se encuentran alrededor de 60 presos acusados de estar ligados a la guerrilla. Cuando le dictan auto de formal prisión conoce los delitos: asociación delictuosa, portación de armas prohibidas y asalto bancario. En su estancia en ese penal, recuerda, se ganaron a la población común, varios llegaron a simpatizar con ellos. Ese es el tenor también de otros penales: fajina y amenazas, y no tanto el de ganarse a la población.

Siempre en el marco de una cárcel, sitio de reclusión. Y es que son los lugares, como cuadro social, los que posibilitan a la memoria colectiva, y los sitios se cumplimentan literalmente: casas, cárceles, celdas, museos pequeños que almacenan la memoria. Ciertamente, porque el espacio es significado, ese que adquieren un conjunto de dimensiones en las que se está por algún tiempo (Torrijos, 1988). Y al espacio como territorio y orientación le corresponde una expresión simbólica, donde entran las relaciones que en él se establecen y que al paso del tiempo se recordarán. Ese espacio se recordará por un punto de arribo,

resonará por la llegada; ese momento en que inicia otra vuelta de tuerca, otro espacio y tiempo en el largo y tortuoso camino de quienes se atrevieron a tomar las armas para desafiar al gobierno. El traslado de la cárcel clandestina a la legal, Salvador Castañeda, militante del MAR, lo pone de esta manera:

"Pasado un mes en una cárcel que no sabemos dónde está, nos sacaron para meternos aquí [Lecumberri]... La primera impresión es tremenda. La violencia flota. Los garrotes alargan los brazos de los llamados comandos. Se siente desesperanza, un desamparo total. Esto es como otro mundo" (Castañeda, 1991: 13).

Luego, inmediatamente, llega la amenaza: "córranle porque se los cogen, *terroristas*". Viene el trato duro, cruel. Durante el día la limpieza de los patios la realizan los presos comunes, después los presos políticos, *guerrillas*, *terroristas*, les dicen: "nos sacan por la noche, en la madrugada, pero antes de empezar nos arriman una macaneada y unas patadas fuera de la crujía, cerca del Polígono: junto a las jaulas"; luego, advierte: "Al principio no sentíamos los golpes y los insultos por el odio contra los del *Rondín*. Lo duro llega al separarnos; al diluarnos en distintas crujías, perdemos fuerza" (Castañeda, 1991: 13).

Limpiar pisos y baños es una actividad de espacios amplios, con algo de movilidad. Hay otros más estrechos y de hacinamiento. El *Cuartel* o *Vapor*, una celda de 2.5 por 3 metros que alberga a 75 presos, todos deben dormir ahí, tipo sardinas, "cebollitas", dicen. Ahí pasan tres meses los presos comunes a su llegada. Los políticos, seis, el mismo tiempo que dura la *fajina*, esa labor de lavar pisos y baños en medio de castigos crueles. Limpieza de los baños con piedras negras y a tallar; son sacados de sus celdas por la noche para realizar tal labor: "salimos a las cuatro de la mañana todos los días. Hay que correr a vuelta y vuelta cargando botes de agua y echársela encima a los otros que secan el piso. Éste es un mecanismo enloquecedor porque no terminaría nunca si ellos no lo quisieran" (Castañeda, 1991: 15).

Para el caso de este grupo del MAR, a los pocos días de haber llegado al Palacio Negro, unos presos comunes les llevan los periódicos, donde aparecen los guerrilleros presos; se hacen así amistades y les ofrecen de todo, desde comida

hasta droga. Dos de los presos comunes son solidarios y anotan visitas suyas para los guerrilleros y así darles pausa en la fajina; hay más poyos. Pero no todos actúan así. No, porque hay represalias. Los presos comunes que se acercan y se juntan con los presos políticos pagan costos por ello, son golpeados duramente.

Salvador Castañeda, que fuera militante del MAR y que recibió entrenamiento en Corea del Norte, es quizá quien más ha escrito sobre la vida en la cárcel, en ese periodo de reclusión de los presos políticos, testimonios en distintos libros suyos, a manera de memorias tras las rejas, escritos en que da cuenta y reconstruye lo que ahí aconteció (Castañeda, 1980; 1991; 1992). Narra que en las crujías existían divisiones, por jerarquías: al frente, primer cuadro, celdas mejor equipadas, están los de dinero; al fondo, la colonia, los pobres, y al final, los fajineros que no pueden acercarse a los de dinero. Son grupos, clases distintas. Pueden estar por grupos, ser conocidos, pero los presos políticos no pueden, no deben estar juntos, en consecuencia son dispersados en varios sitios, para evitar que se reúnan, representan peligrosidad, una mayúscula con respecto a la de los comunes, o se les quiere aleccionar, intimidar, poner en orden. Cuando llegan sus boletas donde se consignan sus cargos y otros datos, el vigilante les espeta que están "recomendados" por guerrilleros y terroristas, es decir, que de ellos se puede abusar. Uno de los jefes de la crujía les suelta:

"Así que eres del MAR ¿eh? Ustedes se sienten muy cabrones pero aquí van a aprender. A mí me vale madre su ideología de ustedes. Lo único que quiero es que no hagan problemas, es mejor que se olviden de hacer propaganda; acuérdense que vienen recomendados. Así que nada de grupos, amigos o denuncias. Aquí hay situaciones con las que no estarán de acuerdo pero tienen que callarse. Si quieren pasarse de vergas, gacha. Yo los entiendo y hasta puedo decir que simpatizo con ustedes" (en Castañeda, 1991: 20-21).

Ese era el tono, esa era la bienvenida; esa era la ruta del trato que se les iba a dar a los guerrilleros. Ninguna concesión: dureza y castigo. Violencia, en sentido estricto: la cárcel legal esperaba malos tratos, brutales. Y apenas empezaba con el trabajo áspero.

Como ha narrado Salvador Castañeda, a los presos políticos los sometían a humillaciones y virulencias: despertarlos de madrugada para ir a hacer la fajina; cobrarles dinero por no hacerlo, por recibir a sus familiares, por una celda. Intimidarlos o enfrentarlos con los presos comunes, como también ocurría en Oblatos (Robles, 1996). También denominada "chocho", esta práctica de levantar de madrugada a los guerrilleros y ponerlos a fregar el piso, desnudos y de rodillas al realizar la actividad, recibiendo cubetadas de agua fría, para hacer más pesada la actividad, y de negarse a hacer lo que se les indica, se ven amenazados, desde de ser golpeados o violados. De una manera más clara y precisa Salvador Castañeda reconstruye el "chocho", la "fajina":

"empujados por los golpes del alfanje que blandía uno de los ayudantes para pegar con el cepillo de madera sin fibras, en el tabique de la nariz o en los labios. El que no lograba esquivar el golpe sangraba y sacudía la cabeza como animal enloquecido ahogándose en su propia sangre y, maldita la cosa, sin poder ir más aprisa para no pisar las manos a los de atrás, quienes a su vez recibían garrotazos en la espalda para que no se adelantaran al cejar; trabados en un enredijo surreal de movimientos, quejidos y gritos enloquecedores, agitando, rápido, residuos de jergas ahogadas al tratar de absorber toda el agua, en una competencia casi diabólica e interminable a punta de golpes" (Castañeda, 1980: 31-32).

Continuamente esto ocurría. Y es que, en efecto, esa rutina se implementaba con todos los que llegaban a la cárcel, pero era más ensañado con los reos políticos. Estaban "encargados", se auspiciaba ese trato. Las autoridades alentaban a los presos comunes para que fueran a las áreas de los presos políticos y saquearan sus celdas. Incluso les alentaban para que se organizaran y los golpearan. Más aún, había grupos organizados de delincuentes comunes al interior de los penales apoyados por las autoridades carcelarias, por la administración. De ellos sufrían constantes agresiones, aunque después llegarían otras, igual de feroces o más fuertes.

En marzo de 1971 se conoce por medio de la prensa de la detención de la gente del MAR, eran 19 los pillados. Un mes los tienen en cárcel clandestina para



después llegar al Palacio Negro; ahí arriba Castañeda y otros integrantes del MAR. Pero no sólo de esa agrupación llegarán, lo harán también de la ACNR de Genaro Vázquez, del CAO, del FUZ, de Los Lacandones, de Los Guajiros, de Los Procesos, del PdIP, de la LC23S, del FAL, de las FLN. "Un buen enjambre de grupos y organizaciones rindieron tributo al palacio Negro" (Pineda, 2003: 84). Sitio de negro memorial. Fritz Glockner, (1996), hijo de uno de los ahí detenidos, de las FLN, y que se ha dedicado a escribir sobre la guerrilla y la represión de ese momento, que él llama "Guerra de Baja Intensidad", recuerda que llegó a lo que le dijeron que era la "escuela" en la que estaba su papá. Era la cárcel, después supo, era Lecumberri. No quiso regresar más.

Fernando Pineda reconstruye en su libro *Las profundidades del MAR*, que al inicio, cuando los del MAR llegaron a Lecumberri tenían un "rol estricto": uno hora de patio, bajo el sol, no más. Los sacaban de las crujías, celdas o apandos, en grupos de cuatro personas. Pero no a todos los sacaban a "tomar el sol", a algunos los mantuvieron totalmente reclusos. Años después, Alberto Ulloa recordará su paso por Lecumberri y lo que vio y vivió:

"En la época de mi llegada a la crujía, los primeros miembros del MAR que habían sido aprehendidos (alrededor de 18), al inicio del gobierno de Luis Echeverría Álvarez, estaban por cumplir cuatro años de confinamiento sin juicio, encerrados en cuatro pasillos, dos comedores y dos patios o asoleaderos pequeños, sin haber conocido el viejo Palacio Negro, ni disfrutado nunca el sol, el aire y el polvo en el amplio espacio del campo deportivo de la cárcel, ni ser llamados por el juez a diligencia alguna, excepto la primera vez, cuando éste los declaró formalmente presos a principios de 1971" (Ulloa, 2004: 211).

Aislados, golpeados, con trabajos feroces, los guerrilleros encarcelados oscilaban entre acoplarse a la vida de prisión, estudiar y pleitear entre ellos. Justamente, las divisiones se presentan, más rápido de lo que se quisiera. Así, por ejemplo, el MAR dentro de la cárcel se divide en dos grupos, luego irreconciliables. Los porqués de sus detenciones fueron en parte lo que los partió (Pineda, 2003). Integrantes de esa agrupación, después de 1971, fueron cayendo en grupos, de

seis o más, a la mayoría se le llevó a Lecumberri. En consecuencia, eran mayoría entre los guerrilleros de su sección, la O Poniente.

“Cuando los primeros marineros fueron confinados en la nueva sección de máxima seguridad, estuvieron apandados por varios meses en las celdas de uno de los dos pasillos superiores. La mayoría era muy joven (entre 17 y 23 años de edad) mientras que los líderes, Fabricio Gómez Sousa (el principal), Alejandro López Murillo, Ángel Bravo Cisneros y Salvador Castañeda Álvarez, adelantaban en varios años de vida y experiencia al resto. Fue la etapa heroica del encarcelamiento durante la cual los del MAR decidieron construir, ahí mismo, a puro empuje de la voluntad, la soñada sociedad comunista, bajo la estricta y vigilante conducta de Fabricio Gómez Souza. Luego, al paso del tiempo, de manera gradual y progresiva, sobrevinieron las contradicciones y los desacuerdos; a consecuencia de ello, las rebeldías y los deslindes de los militantes de mayor edad, juicio y preparación intelectual, ante las sofocantes imposiciones ideológicas, políticas y morales del líder máximo, apoyado y reverenciado en especial por los más jóvenes” (Ulloa, 2004: 211).

Pero no sólo el MAR estaba dividido dentro de la cárcel, lo estaban también otros grupos, lo mismo en Lecumberri que en Chihuahua. José Luis Alonso, de Los Guajiros y después de Los Procesos, en entrevista reconstruye:

“había escrito, era mucho, a lo largo de 1972; eran documentos de análisis. En cuanto llegué a la cárcel yo hice un manifiesto que se llama ‘declaración de guerra’, estaba yo radicalísimo, no le tenía miedo a estar encarcelado; no sé de donde me salía el valor. A que me atenía, estaba en las garras del enemigo y me podían ajusticiar”.

Muchos de sus compañeros fueron abandonando las posiciones radicales, dice. “me fui quedando sólo”. Varios de ellos ya no quisieron firmar las declaraciones del comando guerrillero; “aunque se sostuvo la idea de que era un comando guerrillero el que firmaba; después de agosto, ya no; de ahí para adelante yo firmé”. Divisiones de los guerrilleros en Lecumberri, en el penal de Chihuahua,

pero también en Oblatos, Guadalajara (Robles, 1996). En algunos casos con señalamientos de ser policía (Castañeda, 1980).

En tanto, en medio de riñas y distanciamientos, disponían aún de tiempo para continuar su preparación ideológica, pensando en la salida y la continuación de la lucha; para ello se habían instruido y lanzado a la toma de las armas. Y así, los estudios, sobre todo en teoría marxista, se dieron. Tenían que pasar de contrabando los libros, pues de lo contrario caerían en la prohibición y no llegarían, estaban ahí prácticamente de forma clandestina. La biblioteca de los del MAR llegó a tener unos mil ejemplares, según recuerda uno de ellos (Pineda, 2003: 82). Los presos políticos de Oblatos, también seguían la línea de la preparación ideológica. Uno de ellos recuerda que leían poco, toda vez que en esa cárcel también estaba prohibida la entrada de libros, sobre todo los de química, pensando las autoridades que harían estallar el penal. No obstante las proscripciones, se las arreglaban para obtener algunos libros que pasaban de contrabando (Robles, 1996: 71). Contrabando, esa era la ruta, tanto en Lecumberri como en Oblatos, que burlaba el espíritu administrativo, que por lo demás llegó en algunos casos a ser tan absurdo que se llega a registrar la siguiente anécdota: un buen día el militar al frente de la dirección del penal de Lecumberri, estaba de buenas y señaló: "Dejen pasar los libros de Mas, de Lenen... bueno, hasta los de Macetón; pero lo que no pasa, eso sí no, por ningún motivo, es el mentado papel revolución" (Pineda, 2003: 83).

Algo distinta es la dinámica en la reclusión femenina. Algunos aspectos están ausentes, otros elementos permanecen; entre ellos se juega. Sólo un testimonio para ilustrar. Paquita Calvo Zapata fue recluida en la cárcel de Santa Martha Acatitla, con una pena de 30 años, no sin antes sufrir la tortura. Pertenecía al FUZ, de siete integrantes. El dinero obtenido del rescate de un secuestro, lo regalaron en sobres blancos a las puertas de las tiendas Conasupo. En la cárcel, y desde ahí, Paquita narra:

"Al principio intentaron ponernos a trabajar a las cuarenta presas políticas 'para reducirnos una parte de la sentencia', hacernos participar en los talleres de carpintería, de artesanías, hacer fajina, pero sostuvimos

siempre: 'Nosotras somos presas políticas. Si nos quieren quitar parte de nuestra sentencia, ese es problema de ustedes, pero trabajar en los talleres de costura de ninguna manera, necesitamos prepararnos políticamente porque seguimos siendo revolucionarias, así es que vamos a dedicarnos a leer y a estudiar'. Claro que teníamos actividades como el resto de la gente" (en Poniatowska, 1989: 155).

En Santa Martha, llegaron a ser más de 40 las presas políticas recluidas, porque entre 1972 y 1973 la policía le pegó durísimo a la guerrilla urbana, cuenta Paquita Calvo. Para 1972 en las cárceles de distintos puntos del país se encuentran recluidos más de cien guerrilleros, entre rurales y urbanos, según da cuenta la revista *Punto Crítico*, creada por ex activistas del movimiento de 1968 (Castellanos, 2007).

La cárcel, reclusión, que se narra, es ese sitio de la experiencia, de la significación, donde se estuvo, se vivió, se sufrió y se pensó en un futuro mejor. El lugar de la memoria, por dolorosa que sea, lo es Lecumberri, Oblatos, Santa Martha... otros más. La memoria colectiva afirma que los grupos sienten "suyos" ciertos emplazamientos, porque los habitan y usan: los significan; entonces es que puede hablarse de "entorno significativo" ese donde los sucesos cobran una cierta importancia al grado en que nos impresionan, que nos resultan tremendamente cercanos, porque son nuestros. Son de aquellos que los vivenciaron. Los lugares, entonces, cobran sentido en función de lo que ahí se ha experimentado y guardado, como si fuera un recipiente, receptáculo, que permite que se alberguen sucesos con sentido, y ahí han de quedarse para su posterior recuperación, por ejemplo para ser narrados verbal o mediante la escritura. Y es entonces que puede, perfectamente, hablarse de un tiempo compartido: el tiempo no es ni demasiado lento ni demasiado rápido: son los pensamientos y las prácticas que lo habitan quienes lo dotan de apresuramiento o lentitud, según los requerimientos de la vida social, en este caso de la prisión. Que es lo que han hecho varios de los ex guerrilleros: han narrado, verbalmente o de manera escrita, lo que ahí aconteció, lo mismo Fernando Pineda que Alberto Ulloa que Salvador Castañeda o Guillermo Robles, tarea que no resultaba nada sencillo, sobre todo si se

consideran las condiciones en que se encontraban: acoso permanente, tanto de presos comunes como de policía política o autoridades administrativas, y que en muchos casos impedían ejercicios de memoria, esto es, que se escribiera sobre lo que ahí sucedía, pues se decomisaban constantemente cosas, objetos, papeles, escritos. José Luis Alonso, preso en Chihuahua, señala que por las condiciones políticas de agitación en esa ciudad, él se permitía escribir, no midiendo las consecuencias estando ya tras las rejas. Pudo sacar algunos materiales, incluso para ser publicados: "Algunos de los materiales se publicaron en la revista *Por qué?*, más o menos cada mes enviaba un escrito. Cada vez que había alguna acción represiva enviaba un escrito", recuerda.

Otros tenían que estar a las vivas, esperando incursiones, de ello da perfectamente cuenta Salvador Castañeda, pues le costó trabajo conservar sus escritos de la cárcel. En un diario que publicó, señala que lo que da a conocer corresponde a una séptima parte de lo que originalmente escribió. Y es que, los constantes asaltos a sus celdas, los decomisos, los traslados... no permitían guardar evidencias del pensamiento carcelario plasmado en un texto. Escribir en lo oscuro y sin ser notado por miradas infaustas es acto de posibilidades estrechas. Una de las formas más grotescas de esta manera de censura carcelaria eran las

"incursiones que hacen a la cárcel tanto la Judicial Federal como los cuerpos antiguerrilleros, que no se limitan a la búsqueda sino a la tortura ya sea en el Campo Militar No 1, o ahí mismo en las oficinas de la administración de la crujía o bien en los sótanos bajo el llamado *Polígono* donde se decidía la vida o la muerte de cualquier preso que interceptara los linderos de ese feudo llamado Lecumberri" (Castañeda, 1991: 9).

Ahí estuvo cinco años y medio enclaustrado Salvador Castañeda, por el "intento", dice. Y es que escribir constituye un ejercicio de memoria, porque en la escritura se contienen ideas, sucesos, eventos, momentos de la vida de quien escribe y de lo que escribe: en este caso, de la vida en la cárcel. Se escribe para la posteridad, se escribe para dar cuenta, se escribe para ampliar el pasado; ese acto de memoria se imposibilitaba en la prisión, o se intentaba obstruirlo. Al final, varios

lograron sacar sus notas y dar cuenta, ahora en libros, sobre lo ocurrido tras las rejas. Por caso, a las prácticas a que eran sometidos, en qué sitio particular estaban; lo que en ese momento se sentía, qué se pensaba, cómo se miraba la realidad.

En su libro, *Por qué no dijiste todo?* narra: "los sicólogos de blanco también, ensimismados en no sé qué teoría sobre la rehabilitación del delincuente, entraban y salían de los cubículos, con papeles en la mano, pasándose a los presos entre sí; preguntándoles si de pequeños se orinaban en la cama, o si le tenían ganas a la mamá o sentían deseos de matar al papá". Y, por supuesto, les aplicaban pruebas diversas. Para qué? Ni idea qué con ese tipo de psicología. Eso les pasaba. Sobre el lugar en que se encontraban, reconstruye: "a la entrada de cada crujía hay una reja doble asegurada con candado; una enorme jaula sin techo donde un guardia prisionero cuida la libertad perdida de los demás. Esta se emplea ocasionalmente para dar protección", no obstante, "su verdadera finalidad es impedir una fuga o que los presos se comuniquen con la visita de otras crujías, al pasar por enfrente, o también para encerrar a alguien a quien tengan que golpear"; además, al entrar "el preso queda atrapado repentinamente mediante un encogimiento increíble del espacio, como si el hombre dominara ya esta dimensión manejándola a su antojo" y en el tiempo que tarda el guardia en abrir la siguiente reja, se experimenta "un sacudimiento extraño que algunas veces los vuelve a una realidad perdida ya en sí misma" (Castañeda, 1980: 16; 31). En esas condiciones estaban.

"En la calle una llamada se pospone por minutos por mucho que se tarde hablando el que llama antes que uno, acaso unas horas. En cambio en la cárcel se pospone por días completos, por semanas o meses, incluso por años. El tiempo es otro. La marcha de los acontecimientos tiene otro ritmo; el tiempo es otro aunque a la vez sea el mismo adentro que afuera" (Castañeda, 1991: 42);

y es que para hacer una llamada hay que depender de la voluntad de los guardias, controladores de la comunicación hacia afuera y al interior del penal. Otro es el tiempo. Halbwachs (1950a: 129) lo había dicho ya: "el tiempo no es real más que

en la medida que tiene un contenido, en la medida que ofrece una materia de acontecimientos al pensamiento". Eso sentía.

Pero también piensan otras cosas: "las sentencias a veces son bienvenidas y en otras ocasiones resultan aplastantes, y en ese caso lo siento por Alberto S. Ulloa Borneman quien era el más ilusionado en salir y además porque fácilmente cae en el desaliento, en la depresión que se le manifiesta por medio de interminables diarreas y por el consumo desaforado de aspirinas" (Castañeda, 1991: 43). Es agosto de 1976. Los presos políticos quieren salir de prisión, están desesperados. Los sacan de una prisión Palacio Negro de Lecumberri, para llevarlos a los nuevos reclusorios. Ya en el Reclusorio Norte le solicitan una reunión al director, Sergio García Ramírez, y le preguntan sobre su situación. Éste les responde que han estado a punto de resolver lo de su libertad pero las acciones de los grupos armados afuera lo complican. Les solicita posicionarse, es decir, condenar abiertamente las acciones de la guerrilla. Es octubre de 1976 y aún se realizan acciones guerrilleras que causan escándalo. Para septiembre de ese año, Castañeda escribe: "es triste pero hay que decirlo; seguimos manejando los mismos moldes verbales, nos movemos siempre en los extremos ennegrecidos por los destellos radicaloides de nuestra mente calenturienta, utilizamos el mismo lenguaje desvencijado" (Castañeda, 1991: 51). Así se piensa y se mira la realidad, desde las rejas, inevitable. Para ese momento llevan los maninos ya seis años y medio en la cárcel; y sin sentencia. Sólo saben que los acusan de delitos como conspiración, asociación delictuosa, acopio de armas, robo con violencia e incitación a la rebelión. Algunos, a los seis años y medio de cárcel reciben, por fin, sentencia. Y cuando se señala que no tienen responsabilidad alguna en lo que se les acusa, se van. Otros más se quedan a continuar su vía crucis.

Aunque habrá que señalar, que asimismo después de cierto tiempo, en algún sentido y con alguna gente, en la cárcel legal se van ablandando las cosas, al paso del tiempo. Llegan a ser menos duras, para algunos; la relación con los guardias se aligera. "el paso de los años ahí, junto a ellos, les ha permitido conocerlos bien, además de que les han perdido el miedo, conviven de tal forma

que a los políticos les piden consejos incluso para sobrellevar sus problemas familiares” porque, dicen, “*Los Activistas* han tenido estudios y saben mucho. Les hablan de sus necesidades y esto lo aprovechan aquellos para que les presten libros... sin embargo no confían mucho en ellos”; además, “para algunos son el enemigo, otros no lo entienden así rigurosamente y hablan con ellos mostrando interés en sus problemas”, y así “a la hora de los cateos nada más hacen que buscan sin llevarlo a efecto realmente. Claro que entre los policías hay algunos a los que les interesa hacer méritos y a esos hasta sus compañeros los desprecian” (Castañeda, 1980: 134). Eso sucede en algunos casos, y por la bajo, con personal que obedece no que manda, porque cuando la autoridad quiere poner en orden a los guerrilleros otras son las condiciones que se imponen. José Luis Alonso reconstruye:

“algunos sí estábamos en peligro de muerte... Yo en los últimos días me autoapandé, me encerré en la celda, porque unos días antes estuvieron a punto de matarme; me salvó mi compañero de celda, y dijo ‘comandante ésta es la última, ahora sí lo van a matar, yo sé que sí lo van a matar, porque hay ordenes’, y sí, había ordenes... se cambió de celda, y yo lo que hice fue atrancarme en mi celda”;

eso fue el 2 de mayo de 1973, pocos días antes de la liberación hacia Cuba. Recuerda: “el compañero que estaba en mi celda, había sido policía judicial, sabía todos los códigos de comunicación”, y “decía: ‘si lo van a matar comandante, yo me voy porque nos van a matar a los dos y qué caso tiene’, y se fue; entonces yo me atranqué”. Ante semejantes amenazas de violencia, escribirá a su esposa:

“estoy tomando mis precauciones contra una agresión. Desde el jueves se impuso en mi contra un clima de violencia gubernamental. Los compañeros me rodean permanentemente. Salgo de la celda sólo en casos estrictamente necesarios. De pronto me informan que ya pasó el peligro, pero la desconfianza es una premisa de mi existencia. Estoy amparado contra el Director del penal y dispuesto a defenderme hasta el último latido” (Alonso, 2009: 226).

Eso es en mayo de 1973.



Los grupos organizados al amparo de las autoridades del pénal o impulsadas por éstas, estaban prestos para atacar si así se les disponía. Los presos políticos eran el blanco. Los embestían, igualmente, grupos de contraguerrilla, grupos especiales que llegaban a la cárcel para amedrentarlos, lo menos. Esos grupos contraguerrilleros, policía especial, eran característicamente crueles con los guerrilleros, pues constantemente asaltaban sus celdas. Emitían odio por todas partes. Llegan con los políticos y gritan. "¡Guerrilleros de mierda!, ¡se los va cargar la chingada, ojete asaltabancos, traidores a México!... ¿Con que entrenados en Corea del Norte para la guerra de guerrillas, no putos? Orita vamos a ver qué tan cabrones son". En otras ocasiones eran trasladados, claro, sin previo aviso: "nunca les dicen cuándo exactamente ni a qué hora de que día los van a trasladar, sino que llegan de improviso, en manada, armados con macanas y un apresuramiento animal que siempre produce miedo, aunque los presos hagan esfuerzos para evitarlo, que los vuelve a la realidad aterradora del largo encierro, de la soledad", y "llegan como si entraran en una jaula, para sacar animales; por eso, para *los activistas*, lo mejor es tener bien metida en la cabeza la idea de que vendrán a cualquier hora de cualquier día y que no hay resistencia posible que los salve de un traslado" (Castañeda, 1980: 111; 138). Eso lo recuerda muy bien Mario Cartagena, *El Guaymas*, cuando reconstruye:

"La vida en el reclusorio es fuerte, te juegas la vida. Con mucho miedo, te pueden matar en cualquier momento en la cárcel. En un lío con los lumpenes se les pasa la mano y te matan. Aunque yo siempre anduve con mucha raza en el reclusorio, para cuidarme de la gente que se le podía pasar la mano. Yo siempre me bañaba temprano, cuando estaba solo el baño, para cuidarme".

Y ante tales agresiones debían responder, y lo que habían aprendido en su pasado reciente debía servirles para tal caso. Tenían que organizarse y dejar de lado las divisiones. Eso les permitiría sobrevivir ante agresiones mortales, así lo narran algunos de los que estuvieron reclusos y después de años lograron salir y permanecer con vida.

Penal de Oblatos, Guadalajara. A lo largo de 1977 integrantes del FRAP ahí reclusos han estado denunciando que son objeto de maltrato y excesos dentro del penal; en diversos casos han tenido que defenderse de las agresiones y las autoridades nada hacen al respecto. Se les tortura, se les apanada, se maltrata a familiares que los visitan, y un grupo conocido como *Los Chacales* al servicio de la dirección de la cárcel los hostiga permanentemente. Exigen que todo eso cese. Las cosas llegan al límite el 10 de octubre de 1977. Los guardias dejaron sus puestos. De repente, un grupo de custodios se dirigió al sitio donde se encontraban los presos políticos, les dieron unas puntas de metal y les dijeron: "Muchachos, que Dios los bendiga" y se fueron. La acción estaba señalada: unos 60 integrantes de la banda *Los Chacales* tenían la orden de atacar a los guerrilleros. De esas fechas, se habla de un plan de la DFS para "acabar" con los guerrilleros incómodos y reclusos en distintos centros penitenciarios del país. El 29 de septiembre de 1977, por ejemplo, se asesinó a dos guerrilleros en el palacio de Lecumberri. En Oblatos no les funcionó el plan. Los internos comunes también estaban cansados de los abusos de *Los Chacales* y se fueron contra ellos, cobrándose los agravios anteriores arremetieron contra los agresores. Fueron 14 los muertos, presos comunes, y 30 heridos. El penal era un polvorín, como muchos otros del país; con capacidad para albergar a 500 reos, contaba con más de 2,500. A partir de 1970 Oblatos se empezó a nutrir de presos políticos. Primero llegaban como estudiantes del FER, detenidos y reclusos, después llegaban como militantes de algún grupo armado. De entre guerrilleros, familiares de, amigos, simpatizantes de, se calcula en más de mil las personas que pasaron por ese penal. Ahí hubo militantes de la Liga, de las FRAP, del FER, de la Unión del Pueblo. El 11 de junio de 1977 David López Valenzuela, de las FRAP, fue "ajusticiado" por "traidor". No obstante, señalan, tener diferencias al interior de ellos no impedía organizarse y actuar como grupo ante la ofensiva de los grupos de choque al interior de la cárcel. Antes del 10 de octubre ya se habían presentado algunos intentos de provocación hacia los guerrilleros. Intentaron disuadir al director de tales acciones. Éste dejó que corrieran los hechos. Cuando *Los Chacales* llegaron armados con varillas, palos y otras armas, estalló la reyerta

y los presos comunes, unos 500, se fueron contra *Los Chacales* y comenzaron a matarlos. Una de las razones de por qué la población los protegió es narrada por un ex guerrillero: no traficaban con droga, no agredían a la población, no la extorsionaban, “nos protegieron porque denunciábamos las pésimas condiciones en que vivían los reclusos y los abusos que se cometían con ellos”, esos presos comunes “eran una barrera invisible que nos protegía” (en Dios, 2004: 221-222). La policía intervino hasta el siguiente día. Tiempo después Oblatos fue cerrado y se abrió el penal de Puente Grande. Tal reconstrucción constituye un ejercicio de memoria toda vez que las fechas son significativas: ahí se contienen los acontecimientos como recuerdos; el tiempo empírico, fechas, es un marco que permite que lo sucedido no se esfume, que se mantenga, para narrarlo tiempo después, cuando haya necesidad. Las fechas no tienen significado alguno por sí mismas, sino que hay que dotarles de algún sentido. El 10 de octubre de 1977 es rememorable. Para 1977 tan sólo en Jalisco había 63 presos políticos.

Continuando. Ante las agresiones no quedaba más que organizarse, reunificarse aunque fuera por breves momentos, en tanto pasaba la tempestad: “lo que con frecuencia los unificaba en un solo frente, aunque por unos días, eran las incursiones sorpresivas de registro que hacía el grupo antiguerrillero, cuando los de fuera secuestraban a alguien, colocaban una bomba o hacían alguna expropiación bancaria” (Castañeda, 1980: 53). Algo similar plantea Fernando Pineda (2003). Ya fuera en el palacio negro, en los Reclusorios de la ciudad de México o en los penales como el de Oblatos, en Guadalajara, la actuación como grupo procuró su subsistencia.

Pero de lo que no pudieron estar a salvo, fue de las constantes incursiones que realizaba la policía política cada vez que la guerrilla afuera realizaba alguna acción o algún comando era detenido, pero no se les identificaba, como lo narra Salvador Castañeda. En diciembre de 1971 Pablo Alvarado y Flórentino Jaimes, al caer un grupo del CAP, fueron sacados de Lecumberri y llevados al CMN1, es de su ponerse que para identificarlos. “Los regresaron encostados para poder cargar con ellos porque no podían caminar. Llegaron por la madrugada” (Castañeda, 1991: 22).

Como ya se mencionó, el que se pasara de una cárcel clandestina a una legal, aunque aligeraba el martirio de la tortura no otorgaba mucha tranquilidad, por lo que se iba ventilando en torno a las agresiones e intentos de asesinato dentro de los penales donde estaban los guerrilleros. Las más de las veces la incertidumbre y la tortura continuaba.

Cuando en octubre de 1973 secuestraron al cónsul honorario de Inglaterra en Jalisco, Duncan Williams, fueron por los guerrilleros. Uno de ellos narra que lo sacaron de la cárcel y lo llevaron a *La Mojonera*, cuartel militar del 4º Batallón de Infantería. Y empezó la agresión, la tortura: "Con que te querías ir a Pionyang, ¿eh, Ho Chi Min? ¡Aquí te vamos a dar tu Corea!", le espetaban (Castañeda, 1992: 110). La parte puntillosa, por decir lo más suave, fue cuando la policía política elaboró una lista con 50 nombres de presos políticos de distintas cárceles del país que, decían, se demandaba fueran enviados a Corea del Norte. No tenía lógica, no la de la guerrilla, sí la de la policía. Los presos se negaron a salir de las rejas porque algo se fraguaba contra los guerrilleros.

Otra más. Cuando en agosto de 1974 las FRAP secuestran José Guadalupe Zuno Hernández, suegro de Luis Echeverría, tres frapistas presos en Oblatos son sacados de sus celdas para interrogarlos y que den información sobre el secuestro. Uno de ellos, Juventino Campaña, ya había sido sacado de sus celda un año antes a raíz de otro secuestro, y en ese entonces fue trasladado al cuartel militar del Cuarto Batallón de Infantería, conocido como "La Mojonera", de lo que ahí sucedió recuerda:

"Los días que estuvimos en La Mojonera nos torturaron permanentemente. Se nos alojó en baños, estaban sucios ex profeso, pues se nos metía la cabeza en ellos [éxcusado]. El responsable de la policía militar me golpeó la cabeza contra el piso y por la parte de la nuca, golpe que me originó otra fractura en el cráneo. En otro momento de la tortura, entre dos de los torturadores me golpearon indiscriminadamente los testículos y la vejiga. A causa de la golpiza vomité bilis e hicieron que me la comiera" (en Castellanos, 2007: 226).

En esta ocasión, con el plagio del suegro del presidente, es llevado a casa de la familia del secuestrado, ahí intentan conmoverlo mediante un relato de la esposa de Zuno. Esa era la parte “buena”; la parte obligada radicaba en que, al ser trasladado a otra habitación, lo ponen frente a su padre, Francisco Campaña de 70 años, con marcas en las muñecas y lastimado, pues había sido torturado: “ya me estaba muriendo”, le relato el padre, pero lo atendieron médicos para continuar con la sesión de tortura. En ese momento se cree que uno de los hermanos Campaña está al frente del secuestro de Zuno, y de esta forma la detención ilegal del padre es utilizada como medida de presión. El 5 de septiembre, presionado por las autoridades y la familia Zuno, el padre de los Campaña aparece en televisión pidiéndole a su hijo que libere al plagiado. Finalmente, el 17 de septiembre fue liberado Guadalupe Zuno (Castañeda, 1992: 111-118; Castellanos, 2007). Así actuaba la policía política para lograr sus objetivos.

En efecto, con cada acción de la guerrilla, van por los guerrilleros presos, los políticos, los activistas, como les dicen en cárcel: “siempre que hay un secuestro, dondequiera que sea, sucede lo mismo: van sobre *los Activistas* y lo hacen porque no saben por dónde empezar, o a dónde ir, ni tienen nada... Llegan a la cárcel con la esperanza de encontrar entre los políticos algo que les dé algún indicio para organizar la cacería, movilizando fuerzas paramilitares y militares” (Castañeda, 1980: 129). Van por ellos, los amedrentan, los agreden y después los sacan del penal. Esa fue una práctica más, dentro de la cárcel: “en el lapso de un año me sacaron seis veces de la cárcel y me llevaron al Campo [CMN1]. En una ocasión para identificar el cuerpo de un compañero, que no quise reconocer”, recordará años más tarde *El Guaymas*.

En otras ocasiones, se les “pasa la mano”, como ocurrió con Pedro Morón Chiclayo, una muerte muy cruel. Perteneciente a la LC23S, integrante de la Brigada Roja, fue detenido y llevado a Lecumberri. A la cárcel llegó muy golpeado, y antes de arribar a la crujía donde estaban más guerrilleros (la “O”) lo llevaron a un apando, donde lo esperaban dos sujetos quienes lo apuñalaron y mataron. Napoleón Glockner, de las FLN y que compartió celda con el Chiclayo, fue obligado a limpiar la sangre del asesinado. Morón era peruano y a su embajada le

notificaron su muerte, a consecuencia de una riña carcelaria entre "viciosos" sin mediación política alguna, les dijeron (Pineda, 2003: 98-99). Otro caso, es el de Pablo Alvarado Barrera, se le vinculaba a la ACNR. El 4 de diciembre de 1971 es asesinado en la cárcel de Lecumberri. Las autoridades hicieron ver el asunto como un intento de fuga frustrado. Días atrás la ACNR había efectuado el secuestro de Castrejón Díez. Entonces el gobierno enfureció su respuesta (Bellingeri, 2003). Un caso más es el de Wenceslao José García; estuvo en Lecumberri y ya no se supo más de él (Castellanos, 2007: 250; Ulloa, 2004).

Bienvenidas, fajina, agresiones, amotinamientos, salidas abruptas: guerra sucia dentro de la cárcel. Eso parece acabarse, o al menos se cree, cuando se construyen los Reclusorios en la ciudad de México. Se mitigará el dolor. Los presos en Lecumberri serán trasladados a nuevas cárceles, a los Reclusorios contruidos en cuatro puntos de la ciudad. Algunos guerrilleros fueron a dar al Reclusorio Norte, algunos del MAR ahí llegaron (Pineda, 2003). El primero de agosto de 1976 son trasladados al Reclusorio Norte. No obstante que aún no están concluidas las obras, pues faltaba mucho, lo cual se nota desde su llegada. Nueve maristas están en la misma zona. Uno de ellos señala el eufemismo sobre la prisión: "los carceleros hacen un burdo intento por esconder el verdadero significado del encierro largo. Al garitón de vigilancia quieren que lo llamemos puesto de observación. A los monos, custodios. A las crujías, dormitorios. A las celdas, estancias. A la cárcel, reclusorio o centro de rehabilitación" (Castañeda, 1991: 29). Algunos integrantes del MAR salen, otros se quedan. Esos que se quedan son trasladados a Santa Martha el 20 septiembre de 1977. En el caso de Salvador Castañeda ha sido amplio su deambular por las prisiones: primero Lecumberri, después Reclusorio Norte y luego Santa Martha, pues ya tiene sentencia: 25 años. De Santa Martha, y de la prisión dirá:

"En la cárcel los espacios se reducen al máximo (¿o se dirá al mínimo?), el mundo se cierra sobre sí mismo apareciendo de pronto más pequeño. La incidencia de este encajonamiento sobre el individuo opera cambios notables haciendo que éste se cierre también como si se adaptara en la vida práctica al monstruo que puede llegar a devorarlo. El color gris pesado

como plomo apacigua todo. La atmósfera se adensa y el tiempo se atora en todas partes, no avanza; se vuelve años y años estancado" (Castañeda, 1991: 100).

Y después de sumergirse en situaciones que rayan la inhumanidad, el trato duro de diario, este guerrillero que ha escrito cientos de páginas sobre la cárcel, dará cuenta de la descomposición de los presos políticos tras años de reclusión: "en la cárcel la solidaridad voló en pedazos... ahora lo más elemental aparece entre nosotros como inalcanzable; estamos en un retroceso, como si nos moviéramos a la inversa; alejándonos cada vez más de todo valor fundamental de solidaridad"; "La descomposición entre nosotros ha llegado a linderos no imaginables y apenas visibles entre los reos del llamado fuero común", como dificultar el trabajo de los demás. Sin duda, la cárcel doblega, deshumaniza, coarta, inunda la desesperanza. En algún momento de reclusión Castañeda reflexiona: "La cárcel arranca lágrimas en silencio y quiebra sin ruido" (Castañeda, 1991: 47; 106). La memoria colectiva insiste en que es en los lugares donde las experiencias se guardan, sea en los rincones, en las plazas, en los sótanos, en las celdas o en cualquier otro sitio donde los grupos viven su realidad y, por tanto, ahí significan sus experiencias. Por eso es que las personas que vuelven al sitio donde experimentaron un evento significativo en el pasado, se sienten asaltados por la sensación de ese entonces, el recuerdo les llega. Por eso se busca visitar Lecumberri y otros espacios de reclusión, para recuperar recuerdos.

Estos presos políticos estuvieron algo alejados de los reflectores; la prensa no daba cuenta de su situación (v. El Universal, 1994, t. II), salvo los comités de familiares, las agrupaciones defensoras de tantas causas difícilmente se acercaban a ellos: eran como apestados de la izquierda. En esos momentos un preso político se queja que no hay alguna organización que vea por sus derechos; dice: "A los de la vía armada ni Amnisty Internacional se nos arrima. Estamos más solos que nunca"; a su vez, "El comité ese de membrete kilométrico sólo se solidariza con nosotros cada fin de año en la última página de alguna revista que ellos mismos califican de revolucionaria, deseándonos una Navidad feliz y un año nuevo lleno de prosperidad" (en Castañeda, 1980: 132).

En mayo de 1976 se publica en el Diario Oficial la amnistía que propone el gobierno de Echeverría, va dirigida a los que participaron en el movimiento estudiantil de 1968. Después, algunas organizaciones de izquierda plantearán que la ley de amnistía debe extenderse a aquellos que participan en organizaciones guerrilleras. El secretario de Gobernación, Moya Palencia, declara que en México no existen presos políticos, que lo que hay son "terroristas y saboteadores" (Castellanos, 2007).

El 22 de agosto de 1979, en la administración de José López Portillo, finalmente, se decretó una Ley de Amnistía, amnistía que benefició más a campesinos presos que a guerrilleros urbanos. Muchos de los liberados nada tenían que ver con la lucha guerrillera (Hipólito, 1982). Pero el espejismo se proyectaba.



## 8. ENTRE EL ENCIERRO Y EL ENTIERRO: EL DESTIERRO

Uno de los costos que sufrieron algunos guerrilleros y que ha sido poco explorado, es el exilio, la partida a la fuerza de tierras mexicanas. El destierro en la isla de Cuba es un tema poco abordado. Ahí fueron a dar 58 guerrilleros después de algunas operaciones, como el secuestro a cambio de la liberación de los camaradas que estaban tras las rejas, y su posterior traslado a Cuba, con intenciones claras de reorganizar el movimiento armado. Esto último no sucedió. En este apartado se reconstruye un trozo de esa hazaña.

Uno de los que llega a Cuba, en calidad de desterrado, de exiliado, es José Luis Alonso Vargas. Fue militante de las Juventudes Comunistas del Partido Comunista Mexicano (JCPCM), hasta que este grupo rompió con él en 1970. La ruptura de una parte de las JC con el PCM se da a fines de ese año, porque muchos de ellos creen que las posturas del Partido son muy estrechas, y en cambio los jóvenes, dados los sucesos en distintos puntos del país, ya contemplan la posibilidad de la ruta armada. José Luis fue militante del "Grupo N", también conocido como Los Guajiros (así les denominó Lucio Cabañas y así se les conoció después). Se integra al grupo de Raúl Ramos Zavala (que impulsaba la creación de una coordinación guerrillera entre los distintos grupos que operaban en ese momento). Elaboran un documento que se titula "El Proceso Revolucionario" y, desde entonces, se les conoce por ese mote: "Los Procesos". Tienen vínculos con otros grupos del país, como el FER de Guadalajara. En ese contexto, el 15 de enero de 1972, realizan una acción: "Operación Madera", un triple asalto bancario en Chihuahua. Tal operación, "expropiación revolucionaria", les trajo algunas muertes y detenciones. Parecía que los estaban esperando, por eso no había vigilancia militar en el banco en donde operó el grupo en el que iba Alonso. En los bancos del centro sí, ahí había militares permanentemente. Ese lo dejaron sin vigilancia, como esperando que cayeran; y cayeron, narra en entrevista José Luis Alonso. Herido llega, primero al hospital militar y después a la cárcel de Chihuahua. Ahí escribe comunicados y sigue defendiendo la causa revolucionaria; sus camaradas de batallas e ideológicos, se van desdiciendo hasta que termina

por quedarse solo, y sólo afronta las agresiones dentro de la cárcel, hasta el límite de querer asesinarlo; ese era el tenor de la guerra sucia: acabar con los guerrilleros donde quiera que se encontraran. El 2 de mayo intentaron acabar con José Luis Alonso en su celda; su compañero de estancia le salvó la vida, pero después se marchó, argumentando que no quería morir ahí. De muertos, los menos posibles, arguyó.

A poco de caer en la cárcel piensa en salir, mediante un secuestro. Eso, más que un rescate o cavar un túnel, tipo tupamaros en Sudamérica; para salir, un secuestro es más viable, dice. Desde enero de 1973 se comienza a planear el secuestro de algún personaje, el cónsul estadounidense en Guadalajara, sitio donde opera el FER (después FRAP) está en la mira. Por la investigación que realizan, se sabía que se movía sólo, era buena presa. Realizar un secuestro para liberar a sus compañeros era prioridad para los FER-Procesos, y eran igualmente los tiempos en que se discutía la unificación del movimiento armado en México. Este grupo, al no alcanzar acuerdos sobre la acción de liberación de sus camaradas, no se integra a la LC23S que se fundó en marzo de 1973.

El cónsul de Estados Unidos en Guadalajara, Terrance George Leonhardy, salía de una fiesta ese 4 de mayo de 1973, y se le secuestró. El grupo que lo plagió, hasta ese momento desconocido se nombró Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo, FRAP, (antes FER, o una parte de ellos).

“Las FRAP pedían la publicación del primer comunicado, como primera prueba de que el gobierno estaba dispuesto a negociar. Para el manifiesto de las FRAP, recuerda Alonso, me pidieron documentos; les di todo lo que había escrito... eran documentos de análisis... sale en televisión y radio la lectura del comunicado. Después se publica el manifiesto en *Excélsior* y todos los periódicos. Eso quería decir que sí se iba a negociar lo que las FRAP pidieran. Habíamos hecho una lista de posibles compañeros a ser liberados. La lista se reducía a 15. Siempre se reducía a 15” (José Luis Alonso).

De distintos sitios, donde había presos de la guerrilla, llegaban listas de 15: de Lecumberri, de Oblatos; él mismo envió su lista de 15. Se reducía a 15, en esos se había pensado.

Cuando secuestran al cónsul, Luis Echeverría ordena que se negocie bien el asunto: alguna importancia debía tener el personaje. La hipótesis es que Leonhardy tenía un familiar con influencia en Washington, y se ordenó que se le liberara y se diera lo que se demandaba.

Al final queda una lista de 30 guerrilleros presos. Se demanda su liberación y traslado a Cuba y que el gobierno allá los reciba (Robles, 1996). Rememora Alonso: de la liga sólo "sacamos a dos, uno de ellos amigo mío, como mi hermano menor". Otro más, fue elegido "por su importancia, el segundo a bordo, después de Oseas, promotor del grupo Los Procesos. Eran dos los que sacamos. Con ellos queríamos discutir los asuntos de unificación de la lucha armada. Otro personaje en la lista es José Bracho, el segundo a bordo de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR). A él lo detienen cuando muere Genaro, Bracho va con él y lo encarcelan: era justo que lo liberáramos. Otros más eran del Partido de los Pobres (PdIP); otros más respondían a los llamados de Lucio". De Guadalajara, en la lista estaban los hermanos Campaña, Carlos y Alfredo, y Guillermo Robles Garnica (Robles, 1996). Son gente de distintas organizaciones: LC23S, FRAP, FAR, ACNR, PdIP, FUZ, MAR. Al final, 30 salieron por el secuestro, entre ellos José Luis Alonso Vargas, pero el nombre con el que se identificará, desde la clandestinidad hasta su retorno de Cuba, es el de Pablo Martínez Pérez.

En la noche del 5 de mayo lo sacan de la prisión y vuela a la ciudad de México. Primer vuelo en su vida, recuerda. Lo hace en un avión privado, propiedad de un banquero de Chihuahua. En el aeropuerto de la ciudad de México lo recibe la policía: el trato es duro, insultos, patadas. Los llevan al CMN1. Están en el sótano, del que algunos sobrevivientes narran tragedias; estando en el Campo ve a varias personas de tenidas. De igual forma, Guillermo Robles y camaradas llegan a la ciudad de México, pero antes son interrogados sobre la identidad de las FRAP, porque aún no están identificados e infiltrados. En la ciudad de México son recibidos por *Halcones*, de esos que participaron en la represión del 10 de junio y

que el gobierno negó durante años su existencia; Guillermo logra identificarlos. Son llevados al CMN1. Ahí, a Robles, lo aíslan en una celda, logra ver a varios detenidos ilegalmente. "A los pocos minutos me sacaron para que un sujeto que no hablaba castellano, y con acento inglés me tomara otra vez los datos y nuevas fotos" (Robles, 1996: 86). Indicios de la colaboración de otras agencias policíacas no mexicanas en esta guerra sucia.

Ya de madrugada son sacados de las celdas para prepararlos para el viaje. Al final llegó Bracho: "lo curaron, lo pusieron presentable" (José Luis Alonso). El 6 de mayo de 1973 los trasladan en un camión en el que hay una *Halcón* por cada preso político que viajará; en realidad es un convoy militar en el que van. Los tienen ahí esperando a un costado del avión, hasta que llega la orden de abordar el avión: "cada uno lleva su vigilante... había mucha vigilancia". 30 excarcelados vuelan en un avión de la Fuerza Aérea Mexicana. Ese 6 de mayo salen de la ciudad de México; hacen una escala en Mérida, "una maniobra dilatoria, esperan, trataban de ver si se liberaba al cónsul a través de una operación de rescate... a las dos o tres de la tarde no les quedó más remedio y arrancamos para La Habana". En La Habana están hacia las 4 de la tarde de ese 6 de mayo. Los guaruras se quedan en el avión:

"se veían dispuestos a liquidarnos. Si hubieran recibido la llamada de que la operación fracasó y liberaron al cónsul, hasta ahí llegaron los treinta. Seguro alegan algún asunto de una agresión nuestra y la autodefensa de ellos. Cualquier cosa hubiera sido una explicación suficiente para asesinarlos" (José Luis Alonso).

Al respecto, un estudioso de la guerrilla dirá: el 6 de mayo los guerrilleros llegan a La Habana, el 7 las FRAP dejan libre al cónsul norteamericano: "Terminaba con esto el 'canje' más importante que logró un grupo armado durante el periodo de la Guerra Sucia" (Dios, 2004: 126).

Las FRAP, al momento de planear el secuestro del cónsul y la liberación de sus camaradas, tenían pensada una estrategia: la acción del secuestro tenía la intención de liberar guerrilleros para reunificar el movimiento armado desde el exilio, en Cuba. Esa era la idea, dice Robles Gamica (1996: 100): una vez en la

isla los exiliados "nos dedicaríamos a formar un grupo numeroso, más o menos uniforme, y llegaríamos a elaborar una estrategia y una táctica políticas únicas para llevar adelante el movimiento guerrillero en México"; por esa razón provenían de siete prisiones distintas y se consideró a aquellos que tenían mayor experiencia organizativa y guerrillera. En efecto, si querían avanzar debían armar un programa de acción que los desparalizara. Y es que "en cada región del país se concebían de diferentes maneras los objetivos y el *modus operandi* de los distintos grupos armados por falta de un organismo rector del movimiento guerrillero. Ese organismo era el que nosotros formaríamos" (Robles, 1996: 100-101).

A su llegada a la isla, gente local y latinoamericana los reciben en el Aeropuerto José Martí. Además, ya había en Cuba algunos exiliados mexicanos, al menos desde inicios de los setenta. Los primeros exiliados arribaron a la isla como "aeropiratas", así les decían los que después llegaron. Secuestraron un avión el 23 de mayo de 1970. Tal acción fue en parte operativo en apoyo a un "oficial" brasileño conocido como "Selva", que quería llegar a la isla para entrevistarse con Fidel Castro y solicitarle apoyo para el movimiento revolucionario brasileño: volaron hacia Cuba y ahí se quedaron. De esos ocho "aeropiratas", uno de ellos caería en la cárcel por falsificar boletas de divisas y traficar con mercancía obtenida de manera ilícita (Alonso, 2009: 241). En noviembre de 1971, nueve más llegaron a Cuba, mediante una acción de la ACNR, pues secuestraron a Jaime Castrejón Díez, empresario cercano a Luis Echeverría y ex rector de la Universidad Autónoma de Guerrero. A cambio de su liberación, entre otras cosas, exigieron la liberación de integrantes de la ACNR detenidos y de otras personas acusadas de tener vínculos con la guerrilla y dos millones y medio de pesos. Los liberados viajarían fuera del país: Cuba. La Secretaría de Relaciones Exteriores, entonces, pidió al gobierno cubano recibir a los liberados en su país. Será la primera vez que un grupo armado solicita liberar a guerrilleros presos y los mande fuera del país (Castellanos, 2007: 133). Entre los liberados viajaba el controvertido periodista Mario Menéndez, de quien corrían versiones encontradas sobre su trabajo con guerrilleros de distintas latitudes. El 8 de noviembre de 1972, la Liga de Comunistas Armados (LCA) secuestró un avión de Mexicana de Aviación en la

ciudad de Monterrey, Nuevo León. A cambio de la liberación de los 82 pasajeros que traía la nave, exigían entre otras cosas, la liberación de algunos de sus compañeros y recibir asilo político en Cuba. Las 82 personas que iban a bordo de la nave fueron trasladadas a La Habana y ahí liberadas para su retorno a México (El Universal, 1994; t. II: 128-129). Once exiliados llegan a Cuba, dos de ellos iban heridos. Son 28 los exiliados que se encuentran en la isla al arribo de los 30 liberados (26 hombres y 4 mujeres) por la acción de las FRAP en mayo de 1973; en total, son 58 los exiliados en la isla de la libertad, como le llamará Guillermo Robles Garnica.

A los pocos días de la llegada de estos últimos, son recibidos por un alto mando de la Revolución Cubana, Manuel Piñeiro, Barba Roja, el encargado de la seguridad cubana. José Luis Alonso recuerda: a los tres días se reúne con nosotros Manuel Piñeiro, y éste nos dice que “la política internacional de la Revolución Cubana considera a México como uno de sus principales aliados, cuando menos su respaldo en América Latina; el único que no rompió relaciones como el resto de los países de América Latina, y de donde salía mucha solidaridad... la importancia de la relación con México era grande y no iban a poner en riesgo esa relación entrenando a guerrilleros mexicanos o reconociéndonos como guerrilleros ni entrenándonos”. Les da otras opciones: hacer planes para formarse en alguna universidad, trabajo o alguna otra actividad: “ustedes aquí hagan su plan de trabajo, lo que quieran hacer, hacen su plan y me lo entregan”. Si querían salir de La Habana debían avisar a razón de qué y por cuánto tiempo. Se presentaron por organización ante el comandante y algunos inflaron sus grupos y sus grados. Acto seguido, les mandó a otros funcionarios para tener contacto con ellos. Alonso dice: quizá a algunos no les gustó el funcionario que les nombraron. Fueron varios los que no estuvieron de acuerdo con lo planteado en términos de disciplina, entre ellos los hermanos Carlos y Alfredo Campaña y Guillermo Robles Garnica; así, las FRAP México quedaron en dos bloques. Las FRAP Guadalajara y en el otro bloque, 8 integrantes, entre ellos José Luis Alonso.

Guillermo Robles Garnica, otro exiliado de las FRAP (sección Guadalajara) dirá que Manuel Piñeiro les da la bienvenida y les dice que permanecerán en Cuba hasta que haya una “coyuntura política” que les permita regresar. A Piñeiro no se le volvió a ver. Luego agregará: baste recordar que el gobierno mexicano no había roto relaciones diplomáticas con el gobierno de la isla, como sí lo habían hecho otros mandatarios. Eran gobiernos amigos. Tajante, dice: “A Fidel Castro no le interesaba mantener vínculos con ningún grupo guerrillero mexicano; por el contrario, le era imprescindible conservar buenas relaciones con el gobierno de México, que era su único puente con el resto de América Latina” (1996: 106). En su momento militante de la Unión del Pueblo, preso en Lecumberri, y también exiliado en Cuba, Julio Pimentel (2006: 42) narra: “El hecho de que México fuera el único país de América Latina en mantener relaciones con la Cuba socialista, condicionó que los mexicanos exiliados en la isla recibieran un trato diferenciado, solidario y afectuoso, pero sin que las relaciones políticas del movimiento guerrillero mexicano y el gobierno cubano trascendiera a otros niveles”. En ese punto coinciden aquellos que han narrado algo sobre el destierro.

Los instalan en el Hotel Nacional, el más lujoso de la isla. Tres meses estuvieron alojados en ese hotel, con las comodidades que ese sitio podía brindar. Asimismo, les daban 20 pesos al mes, para gastos personales.

Como se señaló, a la isla llegaron integrantes de varios grupos. Los de FRAP, una de sus fracciones, se mantuvieron como grupo. A ellos se sumó José María Ortiz Vides, *Chema*, guatemalteco que formó Unión del Pueblo, organización que se caracterizaba por poner bombas en fechas significativas, como los 15 de septiembre o 20 de noviembre. Además él era entrenador militar. Así, los del FRAP se prepararon físicamente, realizaban ejercicios pensando en regresar a las montañas mexicanas o a las ciudades donde pensaban operar con la guerrilla. Un año estuvieron disciplinados para ello. Ahí fungió, hasta ese momento un elemento identitario, de grupo, ese producto de la memoria: un pasado compartido, aunque fuera corto pero intenso en el accionar, y un proyecto en el que creían. Eso los mantendría, por ese tiempo, más o menos unidos. Esos elementos de identidad fungieron también en otros casos, como el de José

Bracho, de la ACNR, quien llegó a la isla a unirse con su grupo, gente que ya tenía año y medio en la isla. Algunos de ellos, incluso, ya tenían familia en la isla y hacían trabajo en el campo: el campo, en este caso, llamaba y los unificaba, les proporcionaba un dispositivo para mantenerse y operar, a su manera, aunque para ello debieron alejarse de los otros grupos que se quedaron en La Habana. Más distanciados: como ese bloque que se aislaba y no salía de sus habitaciones del hotel, que se la pasaban ahí la mayor parte del tiempo leyendo, estudiando, decían ellos. Otro grupo era el de cinco integrantes del MAR, cuatro unidos y uno distanciado. O los otros, los del PdIP, tres eran. Ellos explicaban que Lucio Cabañas tenía que decirles qué hacer. Se fueron al trabajo voluntario de vivienda en la isla. Entonces, narra José Luis Alonso: “se fueron yendo, y se acabó la posibilidad de una coordinación, de una reflexión colectiva, de la elaboración de un programa revolucionario para México. Bracho dijo ‘yo me voy con mi gente, allá formulamos nuestras ideas revolucionarias’. Los del Partido de los Pobres dijeron Lucio es el que nos tiene que decir qué hacer y no nosotros a Lucio’. Y así se acabó la posibilidad de unificarnos”. “Casi desde esa primera y única reunión general, con el Comandante Piñeiro, surgió una fractura insalvable y un rechazo a la posibilidad de crear una Coordinación, allá en Cuba” (José Luis Alonso).

La idea que sustentó el secuestro del cónsul norteamericano, para liberar camaradas de armas y reconstruir en el exilio el proyecto de unidad revolucionaria, se desdibujaba, se alejaba, se esfumaba: “la unidad del movimiento guerrillero nunca se logró. Siempre el movimiento fue un movimiento fraccionado, disperso”, y es que pensando lo que ocurría en esos momentos, el proyecto de unidad en el exilio quizá nació exánime, su concepción no podía concretarse porque las condiciones en que se gestó no lo permitían: “La Liga es el esfuerzo máximo que se hizo y que se logró en ese tiempo, pero quedaron un montón de grupos afuera”, reconstruye José Luis Alonso. Y enumera: quedaron fuera las FRAP (por ese episodio que narró previamente: “nos purgaron desde antes de constituirse la Liga, porque nuestros compañeros estaban dispuestos y decididos a, primero, realizar la acción de liberación de presos y, después, integrarse a la Liga, por eso quedamos fuera”); fuera también estuvieron los del MAR (un pequeño grupo, el M-



23S se sumó a la Liga); el PdIP; la ACNR (o lo que quedaba de ella); el grupo del Güero Medrano; las FLN, entre otros, dice. Puntualiza: la Liga fue un esfuerzo importante, pero duró poco: se crea en marzo de 1973 y en abril de 1974 detienen a Oseas, después de eso "la Liga queda con brigadas, ya no es una unidad sino brigadas con fricciones... la Liga nunca logró fortalecerse, consolidarse y extenderse, más allá de lo que logró en un primer momento, y ese primer momento duró un año. Eso se refleja allá en Cuba". No hubo unidad en México; no hay unidad en Cuba.

No obstante hay algunos intentos de ir tejiendo acuerdos, acercamientos, ampliar los grupos, pero no se trabaja en aras de la unidad, sino de grupos ampliados. Así los FRAP llegan a tener coincidencias con algunos integrantes de las FAR y del FUZ. Tampoco duran mucho esas coincidencias, como se verá. Lo que sí dura, son las querellas y los distanciamientos:

"La Liga allá en Cuba llegó a tal radicalidad que nos obligó hasta separarnos físicamente de ellos. Porque en noviembre de 1973, como respuesta a un documento que elaboró Oseas y que mandó para allá, hacen ellos un manifiesto, toman posición contra la revolución mundial y contra la Revolución Cubana, y a todos los tildan de traidores; al campo socialista que estaba piloteada por la Unión Soviética, a Fidel lo acusan de traidor al proletariado mundial. Nosotros dijimos, 'hasta aquí'. Nos sentenciaron a muerte porque no firmamos el documento allá en Cuba. Nos dejamos de hablar.... Así estuvimos un año" (José Luis Alonso).

Las cosas desde el inicio estuvieron ríspidas. Los "incidentes" se dieron desde el principio. Un primer choque en la isla. Se topan con Mario Menéndez, periodista mexicano que antes había llegado como exiliado a Cuba. Un integrante del FUZ se le va a los golpes porque, señaló, Menéndez había insinuado que los FUZ eran agentes de la CIA (Alonso, 2009: 230). Así estaba el ambiente entre los desterrados. Y se tensaría más, como veremos más adelante.

En esos primeros días, se acercaron los integrantes de la LCA, esos que llegaron en noviembre de 1972 cuando secuestraron un avión en Monterrey, solicitando asilo a los recién llegados, toda vez que estos últimos vivían en

mejores condiciones que los primeros, pues los "aeropiratas" trabajaban en un complejo lechero, estaban en completo aislamiento y marginación, a unos 50 kilómetros de La Habana, dijeron. En pocos días varias medidas impuestas por el gobierno cubano ya habían sido quebrantadas por los exiliados y se irían sumando. Ya habían violentado las normas impuestas para esos refugiados; y los recién llegados al alojarlos clandestinamente en su hotel, lo hacían también. En parte a solicitud de los recién llegados y en parte por su comportamiento quebrantador, fueron trasladados a un hotel menos lujoso. Con los primeros asilados se trabajaría en "análisis y elaboración teórica", algo que no ocurría entre los integrantes recién llegados. Alguna "ventaja" supondría ese encuentro.

Pero el gobierno cubano quería mostrar a sus "visitantes" los logros de la Revolución, los avances que habían tenido en diversos campos de la sociedad. Y así, a los 15 días de estar en Cuba, se les invitó a una gira por el interior del país, para palpar escenarios sobre educación, economía, cultura, la situación cubana en general (Robles, 1996; Alonso, 2009). Al mismo tiempo, el contacto cubano que había dejado el gobierno para hacerse cargo de las solicitudes de los mexicanos, no daba respuesta, les dejaba el vacío, se queja Robles. Esta situación, unos la sintieron como alejamiento, como animadversión por ellos, y otros, como José Luis Alonso, lo percibieron como algo normal, como delegar responsabilidades.

La visión del vacío y relegamiento se vería fortalecida para algunos cuando, al acercarse la fecha de conmemoración del asalto al Cuartel Moncada, 26 de julio, los cambiaron de hotel, y así terminó por romperse la comunicación con el contacto cubano. A la celebración lo mismo llegaron funcionarios del gobierno mexicano que representantes de la izquierda. Con estos últimos se contactaron para hacerles saber que querían salir de la isla y que los reubicaran en otro país. Tampoco hubo respuesta.

Los movimientos, alejarlos, de los sitios donde se realizaría algún evento con algún representante o autoridad de algún país al que no quisieran incomodar las autoridades cubanas empezaron a realizarse, y en los ánimos de algunos pegaron en el espíritu revolucionario. En otros, había una especie de descargo por

ese tipo de actos, pues ponen los antecedentes y el contexto para la comprensión de esos traslados.

Al medio año ya estaban separados los distintos grupos, algunos ya de manera irreconciliable. Los de la Liga, dos, incorporaron a sus filas a otros, como los de la LCA y del FUZ. Los de la Liga fueron especialmente fuertes: "haciéndose eco de los pronunciamientos de su Buró Político en México, empezaron a hablar de que el PCC le había volteado la espalda al movimiento revolucionario de América Latina, que ya había traicionado al movimiento revolucionario y había abandonado los principios, etc."; para noviembre de 1973, cuando elaboraron el mencionado *Manifiesto*, con más miembros de los que originalmente habían llegado, los integrantes de la Liga en Cuba llaman a una reunión de los exiliados y "nos dicen que se va a dar a conocer el manifiesto en La Habana, a la prensa"; les pidieron que firmaran el documento, y al negarse algunos, son sacados de la reunión, se les amenazó y, además, dieron a conocer el documento. Estando a dos meses del arribo de Breshnev a la isla: "ese manifiesto dado a conocer ahí en La Habana ¿no representaba nada para la seguridad cubana?, claro que sí. Los muchachos estaban dispuestos a irlo a repartir a donde llegara Breshnev. Nuestra locura estaba hasta ese grado"; para ese momento, los ex guerrilleros en Cuba se dividían en dos posiciones: quienes "estaban por seguir en la militancia radical contra las posiciones de los aparatos burocráticos stalinistas y traidores", y quienes "decíamos no, pues mientras estemos aquí, vamos a ser respetuosos del Estado cubano, del pueblo, de su gobierno, de su partido; a nosotros no nos corresponde realizar aquí manifestaciones de militancia", por lo demás, "habíamos llegado a la isla sin haber sido invitados", reconstruye José Luis Alonso.

No hay unidad, no hay más un "nosotros" como se pretendía que se haría al llegar: la identidad va desdibujándose, o se va delineando con sus límites. Y es que, justamente, el reconocimiento de uno mismo en el devenir del tiempo que algunos denominan autobiografía, en los recuerdos y las reconstrucciones de acontecimientos de los que se ha participado, y que enlazamos para crear una estructura coherente y no pocas veces armoniosa en la cual encontramos una imagen en la que basamos la identidad. La identidad es algo que va configurando

la memoria, y la identidad visita el pasado, o lo trae al presente, y si no se identifica con él hay, evidentemente, un desconocimiento y puede saberse distinto. Y eso les estaba ocurriendo a varios militantes de la guerrilla allá en Cuba: no se estaban ya reconociendo en lo propuesto por sus antes aliados o partícipes de un proyecto revolucionario: el alejamiento se estaba tejiendo.

Del manifiesto de la Liga la inteligencia cubana se enteró. Son buenos en eso. Los cubanos debían tomar medidas, pues el 28 de enero de 1974 visitaba la isla Brezhnev, el dirigente de la entonces URSS, y no querían a los radicales en La Habana para ninguna manifestación que incomodara al agasajado, "llega entonces la solicitud, la petición". Nos dicen: "viene Breshnev, no vamos a permitir que estén ustedes en La Habana, les ofrecemos un viaje a Santiago... un viaje educativo, político, cultural, porque van estar fuera en esos días en que esté Breshnev. Cuando se vaya Breshnev ustedes regresan a sus actividades normales". Los de la Liga no aceptan; otros dijeron que sí. Después viene la parte dura, la fuerza: "Aquellos no aceptan, y entonces es con la fuerza necesaria que se los llevan a un campo militar a isla de pinos, isla de la juventud"; llevarlos al convoy militar "fue de manera violenta: abren la puerta, estás dormido, te resistes y te llevan a fuerza. Fuera de esa violencia no hay otra, no hay una violencia no necesaria, sólo para trasladarte", reconstruye Alonso. Ese evento "nos distanció más de los compañeros de la Liga, allá en La Habana. Cuando nos volvimos a ver ya casi no nos hablábamos. Ellos se consideraban héroes reprimidos por la burocracia stalinista y a nosotros nos veían como a serviles pequeñoburgueses desclasados" (Alonso, 2009: 245). La posición radical de la Liga iba en aumento, en parte porque se les inflaban los ánimos, por las noticias que les llegaban desde México sobre operaciones como *Asalto a Cielo* o el secuestro de algún personaje y la obtención de dinero, lo cual los mantuvo un corto tiempo en las alturas. José Luis Alonso, recordará: "Los compañeros que respondían a la Liga, de México, se radicalizaron de más e incluso realizaron acciones que caían en la definición de delincuencia común y algunas que ya violaban hasta la seguridad nacional, según los funcionarios cubanos, por eso actuaron sobre ellos y los empezaron a apartar". Otra cara de la moneda, otra versión sobre esos eventos, la narra Guillermo

Robles, y él expresa que agentes cubanos se llevaron a once mexicanos que consideraban peligrosos, y los mantuvieron en una casa aislados hasta que el dirigente soviético se fue.

Los altercados, los alejamientos físicos, la retención domiciliaria y esas prácticas de indeseabilidad continuaron. Relata Robles Garnica: cuando se efectuó una feria mexicana comercial y cultural en La Habana, y como visitarían la isla artistas, escritores y altos funcionarios mexicanos, se les prohibió acercarse al sitio, en sentido estricto no debían salir del hotel, se les dijo. Sufrieron una especie de "arresto domiciliario". Y es que las relaciones diplomáticas entre el gobierno mexicano y el cubano se fortalecían, había más intercambio, visitas mutuas, en ese contexto los exiliados mexicanos quedaban aislados, no entraban en el juego de las buenas relaciones. No eran amigos.

Llegaría la visita del presidente mexicano a la isla. Luis Echeverría estará del 17 al 22 de agosto de 1975 en Cuba. Una comitiva, en la que se encontraba su esposa, María Esther Zuno, realizó varias visitas para ir tejiendo acuerdos, firmas, etcétera. A los exiliados los "invitan" a salir de viaje a inicios de agosto. La llegada de Echeverría la ven por televisión. El trato que le dan, de héroes, indignaba. A esa gira lo acompañó Fernando Gutiérrez Barrios, el policía mayor de México, el que había planeado y ejecutado parte de la guerra sucia, guerra que había llevado a los guerrilleros a la cárcel y, en ese momento, a estar en condición de exiliados en Cuba. Era incómoda para los exiliados mexicanos esa situación, la de observar el trato de personas distinguidas que le daban a aquellos que se mostraban como demócratas en el exterior y actuaban con el garrote dentro de México. Asimismo, en la comitiva viajaba la viuda de Salvador Allende: el exilio latinoamericano acompañando al represor mexicano, pensaban. Era el tono de esos tiempos. Fue parte de la puesta en escena del gobierno mexicano y muchos exiliados sudamericanos se la compraron.

Guillermo Robles da su versión de lo ocurrido: cuando Luis Echeverría visitó Cuba se desplazó a los mexicanos exiliados, se les notificó: "Ustedes, para que no sean molestados durante la visita, van a dar un paseo por el interior del país; será un *tour* muy interesante, para lo cual deberán estar listos en el hotel con su ropa

para cinco días, que es lo que va durar el paseo. La guagua pasará por la mañana de tal día" (Robles, 1996: 120). Y efectivamente, se los llevaron al interior del país. Regresaron a La Habana hasta que partió la delegación mexicana.

José Luis Alonso narra su perspectiva: cuando fue Echeverría nos avisaron: "viene Echeverría, no queremos problemas". Antes, había estado en la isla una avanzada del gobierno, para ir, afinando detalles de la visita, "y algunos compañeros fueron a protestar ahí donde estaban los representantes del gobierno de Echeverría, en un acto abierto", y "ese fue un comportamiento incorrecto, injusto, porque nos trataban bien los cubanos, en general. El representante a lo mejor no te caía bien, el burócrata que te tocaba a ti. Pero nos daban todo, la comida, el hospedaje, la libertad de andar por toda La Habana". Más aún, Alonso es fuerte en sus críticas a los críticos de toda la izquierda: "esta gente veía las cosas de otra manera, encerrados en sus habitaciones, rumiando sus dolores y sus cóleras, entendían las cosas al revés, y se comportaban así. Querían hacer mitín allá en Cuba, no nos correspondía realizar este tipo de acciones".

Tener, al menos, dos versiones sobre el mismo suceso no es paradójico, porque no se trata de encontrar la verdad, la versión única, eso corresponde a la historia positivista, a la historia oficial, al olvido institucional; la memoria se mueve por otros derroteros, es ambigua, es múltiples, es, en realidad, memorias colectivas. Sí, son varias la memorias que dan cuenta de un acontecimiento, y entre más versiones existan sobre lo ocurrido más amplia es la realidad pasada, entre más versiones más se enriquece ese pasado que se está reconstruyendo. Más miradas, es mejor. Memoria colectiva, propiamente.

Esas miradas no confluyentes se expresan en otras áreas. En efecto, los desterrados mexicanos convivían con los exiliados latinoamericanos, pero a éstos les resultaba incomprensible que siendo el gobierno mexicano solidario con los perseguidos sudamericanos y antiimperialista, los guerrilleros mexicanos lo enfrentaran. Algo no encajaba. Y "una consecuencia del arresto de nuestros paisanos fue que casi la totalidad de asilados, chilenos y otros latinos, nos volvieran la espalda y evitaran hasta saludarnos"; el ambiente que los rodeaba ya era hostil; "de todos los asilado en la isla, los mexicanos éramos los únicos que

exasperábamos al gobierno cubano, como si los demás fueran víctimas de gobiernos despóticos y nosotros no; por el contrario, nos culpaban de luchar contra el sistema mexicano, ejemplo de "régimen democrático" (Robles, 1996: 109). Sobre los tratos con exiliados, otra cara de la moneda la da José Luis Alonso. No sólo hay contacto con los exiliados sudamericanos, sino también coordinación de algunas actividades, hay algo de trabajo con grupos de exiliados del continente, por ejemplo con el MIR chileno, los Tupamaros uruguayos, el ELN boliviano. Varios de estos grupos conjugaban esfuerzos en una especie de coordinadora guerrillera y, en el caso concreto de Cuba, tenían un seminario de estudio: estudiaban la historia de sus países y de América Latina. En ese contexto José Luis Alonso es invitado como profesor para impartir cursos sobre historia de México. Después vinieron recorridos a los sitios de los exiliados sudamericanos, y ya luego a reuniones de los grupos, entrando con las enseñanzas de historia de México. Al final dos mexicanos estuvieron integrados en el seminario latinoamericano entre 1976 y 1977 (Alonso, 2009: 265). El trabajo y el contacto con estos desterrados se fueron desdibujando porque muchos de ellos se fueron a Europa.

Bien, dicho lo anterior, es cierto que el gobierno de Fidel Castro se negó a darles trato de revolucionarios a los exiliados mexicanos. En su momento, el entonces presidente Luis Echeverría les haría saber a funcionarios estadounidenses que los exiliados mexicanos eran "vigilados y puestos a trabajar" en la isla. El entonces secretario de Relaciones Exteriores, Emilio O. Rabasa, ampliaría la declaración al señalar que se encontraban "en la cárcel o cortando caña" (en Aguayo, 2001: 177).

La situación era incómoda, por un lado por el hecho de estar aislados en términos políticos y por estar divididos entre ellos. Por el otro, estaban en el exilio, en el destierro, fuera de su terruño, del sitio de sus experiencias, de sus nostalgias. Y de donde, creían, se desarrollaría la revolución añorada. El retorno era el pensamiento inevitable. Regresar al espacio donde se sostienen los recuerdos, al país de origen, a las prácticas que se conocen, a donde se encuentran los orígenes: al momento primigenio, donde se inauguraba la Segunda

Ola Armada. A distancia de ello, se está incómodo, no hay certezas, ni siquiera de la capitulación o del descalabro que están sufriendo: se quiere estar en el lugar de las acciones, pues para eso se habían preparado. Regresar a su país o a algún otro que les permitiera un poco de actuación.

Por ello, los exiliados mexicanos solicitaron varias ocasiones su salida de la isla, y como respuesta tenían un: "presenten su pasaporte y una visa" del país al que querían ir. El gobierno mexicano no tramitaría esos documentos (Robles, 1996). Los mexicanos insistían en que querían salir, irse a otro país o regresar a México. Los funcionarios que atendían a los exiliados les dijeron que sí, siempre y cuando ellos consiguieran los recursos, los contactos y los pasaportes, y los dejaban ir. "Los cubanos no querían tener confrontaciones con el gobierno mexicano, por eso nos retuvo hasta que el mismo gobierno mexicano nos dio pasaporte de salida. Si el gobierno mexicano da pasaportes de salida, el mismo gobierno mexicano nos vigila donde andamos", y así "en diciembre de 1975 dieron quince pasaportes. Los compañeros se fueron para Europa", y el gobierno mexicano sabía dónde estaban y qué estaban haciendo, recuerda Alonso.

Antes, en julio de 1974 Chema, bombero y guatemalteco, se fue de la isla. No era responsabilidad de los cubanos ante el gobierno mexicano y le dieron pase de salida. No obstante, antes de partir de la isla, Chema les dijo a los FRAP que ya tenía la documentación para que ellos salieran, lo que los funcionarios cubanos solicitaban él ya lo había conseguido. A razón de ello, los FRAP fueron trasladados a una finca a unos 20 kilómetros de La Habana. Se les dijo que no podían salir de ese lugar; eso fue en agosto de 1974. Pasaron las semanas y después meses y no llegaban por ellos. Y los FRAP ahí encerrados, sin salir. A menos de que fueran escapadas nocturnas y clandestinas. Además, las noticias malas de México les llegaban tan fuertes como eran: la gente de las FRAP estaba siendo detenida, la represión les caía a ellos y sus familiares. Iniciando noviembre les llevaron una entrega de alimentos, el abastecimiento que les daban; las siguientes semanas nada de despensa. Sin salir, sin moverse, sin alimentos y más malas noticias: la prensa cubana daba cuenta de la muerte de Lucio Cabañas a inicios de diciembre de 1974.



Con la caída del llamado "guerrillero sin esperanza" (Suárez, 1985), José Luis Alonso se planteó la renuncia a la vía armada: ya no había manera: "ya teníamos fricciones y enojos entre nosotros; nos hablábamos nada más para las cosas necesarias y operativas; cuando les presenté ese documento, que era una renuncia a la organización, al grupo FRAP, de ahí y de México, y al movimiento armado socialista en general, inevitablemente se dio la ruptura" (Alonso, 2009: 250). A fines de diciembre de 1974 llegó otro representante cubano, y ante la interrogante de qué ocurría con su salida, éste les respondió que no sabía nada sobre su partida. Se les dijo, en cambio, que de la finca podían salir sin problemas. José Luis Alonso pasó otros seis meses en la finca hasta que lo trasladaron a un hotel. Al menos un año estuvo el FRAP aislado.

Además, se queja uno de los desterrados, no llegaba gente a verlos, no se podía, a decir de algunos. Para septiembre de 1974 el aislamiento era casi total: "familiares y amigos que deseaban visitarnos para saber cómo vivíamos, tuvieron que desistir; al llegar al aeropuerto de la ciudad de México, con boleto y pasaporte, se les notificaba que la visa cubana no había sido autorizada, a pesar de haber cumplido los trámites de rigor" (Robles, 1996: 114).

Lo cierto es que sí tenían vasos comunicantes; había contactos, algo incipientes, pero los había. En efecto, hubo manera de comunicarse entre los grupos mexicanos y los exiliados. Uno claro y emblemático fue el contacto de Chema, el de Unión del Pueblo: la mamá de Chema, guatemalteca ella también y de convicción comunista, se constituyó en correo. Ella servía de correo, a través de ella se enviaban cartas, luego entonces, hubo canales de comunicación prácticamente desde el inicio. Después se fueron creando otros canales, por ejemplo, para diciembre de 1975 se abren los vuelos comerciales en La Habana. José Luis Alonso narra la visita que su hermano le efectúa a fines de ese año, cuando el Congreso del Partido Comunista Cubano; a dicho evento igual llegaría una delegación del PCM, como buen partido hermano: "Hicimos contacto con ellos y se les utilizó como correos", recuerda. Además, Mario Menéndez era el representante del PCM en Cuba, y con él conectaron varios exiliados, sobre todo gente del FRAP. Por otro lado, poco se ha escrito y dicho sobre ello, pero hubo,

incluso, correspondencia entre guerrilleros desterrados y reclusos en México. Uno de los pocos testimonios lo da Salvador Castañeda (1991: 77): al Reclusorio Norte, en octubre de 1976, llegó un texto de un exiliado: "Desde Cuba llegó y logró pasar a través de los filtros de vigilancia en la cárcel –luego de varios intentos- un testimonio original, escrito en papel revolución, de Francisco Juventino Campaña López. El texto es amplio y detallado"; sólo eso se indica al respecto. Entre externos e internos había correspondencia. Asimismo, a pesar de las diferencias y las distancias ya insalvables, en el exilio, el canje seguía: no obstante las rupturas, recuerda José Luis Alonso (2009: 134) "nunca dejamos de intercambiar con todos la información que llegaba por diferentes vías de México".

Por otro lado, una situación *sui generis* e incómoda, por lo que implicó, tanto para exiliados como para el gobierno cubano, fue el comportamiento de un desterrado. Armando Carrillo intenta hacer una balsa. Traba amistad con gente pescadora, y les plantea la idea de su construcción para ir a México porque es guerrillero y, en consecuencia, solicita ayuda. Lo apoyan, pero los pescadores dan aviso a seguridad. Avisada la seguridad cubana, manda a uno de los suyos en la zona, para proporcionarle socorro y construir la balsa. Una vez que la balsa ha sido terminada, le dicen que hasta ahí llega, que no hay más, lo detienen y lo llevan a Isla de la Juventud. Organizaciones europeas pidieron su liberación, y finalmente lo liberan y parte para Europa. Lo mandaron a Suecia. Para llegar a Suecia debía pasar por España, pero en tanto conectaba su vuelo, en ese país no le permitieron salir del aeropuerto. Finalmente partió. Se vinculó con las guerrillas más radicales de Europa. Trabajó en una especie de cafetería. Lo vincularon con una organización que pretendía secuestrar a la ministra de educación de Suecia. A razón de ello querían meterlo a la cárcel, pero por la posible protesta que se armaría, decidieron regresarlo a Cuba. Para trasladarse a Cuba debía pasar por España y en Cuba no le daban boleto para volar a la isla, por ello estuvo parado en España. Finalmente le dieron paso para Cuba. Actualmente trabaja en Morelia. En su testimonio, Guillermo Robles señala: Armando Carrillo fue detenido por seguridad, acusado de intentar salir de la isla clandestinamente. A Armando

Carrillo no se le vio más. Pero como Robles se va de la isla en diciembre de 1975, no le toca enterarse del resto de las peripecias de su compañero.

Ese es uno de los episodios más fuertes, de incertidumbre. Algún otro, como se ha señalado atrás, cayó en la cárcel por falsificación y tráfico de productos; comportamientos lumpenezco, acusará uno de los exiliados años después. Otros fueron acoplándose, encontrándole el modo a la vida en la isla, de diferente manera; muy a su manera. Dependiendo de su audacia. Algunos, por ejemplo, solicitaron su ingreso a alguna escuela universitaria en la isla y no fueron recibidos, como Alonso, pero a otros sí los aceptaron, como Jorge Poo. Se iban cerrando puertas, aparentemente. Y ante ese cierre y la negativa del gobierno cubano y del mexicano de darles visa para salir de la isla a los desterrados, algunos se refugiaron en las bibliotecas, para pasar el tiempo: visitarr las bibliotecas de La Habana, para seguir en la formación teórica y con miras a su regreso para participar en la construcción de un partido del proletariado, siguió siendo una apuesta.

Y tiempo había en La Habana, y prácticamente ninguna obligación; así que podían hacer uso de la duración como convinieran. Y fueron picando lugares, tocando puertas, contactando gente, lo mismo de la vida civil que de la vida diplomática. Y llegaron con representantes orientales. Jorge Poo era del grupo de Los Lacandones. Tenía, asimismo, contactos con personajes de tendencias prochinas, y entonces conectó con la embajada China en Cuba. Los invitaron a comer. Luego vino el conflicto por lo que ocurría en Angola: los cubanos tomaron partida por el régimen y los chinos por la oposición UNITA. Para evitarse conflictos con el gobierno de la isla, no aceptaron más invitaciones de los chinos (Alonso, 2009).

Bibliotecas, embajadas, comunas latinoamericanas, había espacio para varias cosas que quisieran explorar, siempre y cuando no incomodaran a la seguridad cubana. La fiesta fue otro espacio de hedonismo en la isla; si no les permitían trabajo político, la festividad era un sitio de sentido: peñas, tragos, música, relaciones con cubanas, amoríos, peleas, golpes con algunos isleños; lo afectivo echó raíces, en ambos sentidos: relaciones y descendencia. La

"hermandad" con los cubanos afloró. En efecto, los exiliados crearon además de vínculos políticos lazos afectivos. Varios se casaron con cubanas y generaron familias. Algunos de la ACNR viven en Acapulco con sus mujeres cubanas. Él mismo, José Luis, trabajó relación allá. Tiene un hijo cubano.

Y en medio de todo ello, la tragedia, esa que indigna a cualquiera, bueno, al menos a quienes creen que hay que respetar las decisiones de una sociedad, de un pueblo. El 6 de octubre de 1976, dos cubanos emigrados volaron un avión de Cubana de Aviación, con un saldo de 73 personas muertas. La tragedia en la isla. Los exiliados vivieron de cerca el llanto de los familiares de las víctimas. Una de estas familiares trabajaba en el hotel en que se hospedaban los mexicanos.

Entre tragedias y vericuetos, amoríos y proyectos desdibujados, muchos, se plantean la posibilidad real del regreso, del retorno. Pero a la par del deseo de volver hay dudas, muchas, la incertidumbre ronda el porvenir. "La dinámica que me esperaba fuera de Cuba era un verdadero enigma. Tanto podía ser la muerte inmediata como una agitada vida de militante revolucionario en las nuevas condiciones de México y el mundo" (Alonso, 2009: 293). El 1 de septiembre de 1978 José López Portillo presenta una Ley de Amnistía. Los exiliados valoran si hay condiciones para su regreso: se insinúa una cierta apertura política, al menos en lo electoral, habían organizaciones con las que se podía trabajar, el PCM ya no estaba en la ilegalidad, y algunos querían formar un partido obrero.

Con la amnistía regresa a México un bloque. Los más confiados, dice José Luis Alonso: "tuvimos que aceptar el regreso a México y hacer a un lado los temores y las desconfianzas". Para salir, llegaban a la embajada mexicana y pedían su regreso y los interrogaban. Ante la pregunta sobre la lucha armada, unos respondieron que era un error; otros, que era la vía para derrocar al gobierno, a estos últimos no les permitieron salir en ese su primer intento de retorno. En pleno trámite de regreso aún había incertidumbre, por lo que ocurría en México, lo que les sucedía a algunos ex guerrilleros no daba buena señal para su reintegro: "había temor e incertidumbre pues los cuerpos represivos ya habían actuado en contra de algunos compañeros amnistiados que salían de las prisiones". Y a algunos los ejecutaban. Recuerda el ex militante de las FRAP:

“Cuando dan la amnistía recibimos nuestros pasaportes para regresar a México, arriesgando el pellejo porque creíamos que todavía podía haber represión hacia nosotros. Pero no hubo nada, cuando menos de los que yo conozco, exiliados, no hubo ningún problema. De los presos políticos que salieron en ese tiempo, sí. Hubo algunos que mataron casi inmediatamente, acá en Morelia llegaron a sus pueblos y los mataron”.

Seis años y un mes en destierro: del 6 de mayo de 1973 al 11 de junio de 1979, fue el caso de José Luis Alonso. Y así hay 57 más. A su regreso, a algunos los cobijó el PCM, dando una conferencia de prensa en el aeropuerto de la ciudad de México; otros llegaron directamente con sus familiares. Y para “saldar cuentas con el pasado inmediato” dice Alonso, presentó un informe en el Foro de Amnistía, en la Universidad Autónoma de Sinaloa, en julio de 1979. Ahí llegaron algunas voces que a los retornados los amenazaron de muerte por traidores, por abandonar la ruta de las armas, les advirtieron.

## 9. SE TRATA DE ANIQUILAR A LA GUERRILLA

La puesta en marcha de la guerra sucia, supuso tener una idea, o una creencia en este caso, en torno a lo que se enfrentaba, es decir, una opinión sobre el enemigo, el adversario al que se debía enfrentar. La guerrilla debió ser caracterizada, valorada y pensado su acotamiento. El Estado mexicano debió juzgar su alcance y, sobre la base de ese juicio, actuar. Su actuación, como se ha visto a lo largo de este capítulo, consistió en planear y ejecutar toda una estrategia para, como se ha estado argumentando, no entender, limitar y atender sus causas y demandas, sino para asolarla y después aniquilarla. Desaparecerla del escenario, no así los motivos de su surgimiento.

Para ello recurrió a las prácticas de la guerra sucia, como la ideologización, la negación de la existencia de un movimiento social armado, operó mediante la policía política y el Ejército federal, acondicionó casas y campos militares como cárceles clandestinas a donde llevaban a detenidos ilegalmente para someterlos a torturas. De igual forma, ejecutó y desapareció a quien consideró pertinente y como forma de advertencia para el resto de sus compañeros. Cuando fue necesario debió, en varios casos por presión de distinto tipo, presentar ante un juez a los secuestrados de manera indebida, no sin antes someterlos a duros juicios ilegales y presionarlos para obtener información sobre la actividad de los grupos guerrilleros. A algunos de ellos, sus camaradas de armas los sacaron de prisión, sea mediante el secuestro de un personaje importante o un avión y fueron trasladados al extranjero, al destierro, en la isla de Cuba. Todo eso, en conjunto, es la guerra sucia que operó en nuestro país, en el México que muchos pensadores y militantes de izquierda pensaron democrático o protector de la disidencia política. Esa guerra sucia que pretendió destruir a la disidencia armada interna.

Algunos elementos que se conjugaron para que ello sucediera o se perfilara en esa ruta, en conjunto, como parte de una estrategia aniquiladora, aquí se trazan. Se intenta reconstruir sobre la base de algunos testimonios de los directamente implicados, de algunos documentos y declaraciones en su momento

elaborados y expresados por los implicados, y de análisis que algunos estudiosos han realizado. Distintos puntos de vista que caracterizan y analizan lo acontecido en ese periodo de la lucha armada.

Varios dirigentes gubernamentales mexicanos tenían una especie de paranoia, una especie de miedo que justificar, una especie de pensamiento violento. Gustavo Díaz Ordaz era uno de ellos. Primero como secretario de Gobernación, después como presidente del país, mantenía una "paranoia aguda" que se vio "alimentada por sus colaboradores del área de seguridad. Algunos de ellos lo hicieron porque eran igualmente paranoicos; otros porque así convenía a sus intereses". Y fue, justamente, en ese nido de mentes, persecutivas y persecutoras, que se gestó la represión contra la oposición armada. En efecto, desde los años sesenta, y luego en los setenta, existía una idea fijada en el aparato gubernamental sobre eliminar, política y físicamente, cualquier rebelión. Para ello se exageró la magnitud, capacidad y envergadura de los movimientos sociales, incluido el armado, y así, por ejemplo, la policía política, "la DFS distorsionó de manera deliberada la información y el análisis sobre la insurgencia" en México (Aguayo, 2001: 123; 204). En ese sentido, con paranoia y exageración, el gobierno de Díaz Ordaz arguyó una especie de confabulación o "teoría de la conjura", comunista ella, para echar atrás sus logros y la presencia de México ante el mundo por las olimpiadas de 1968. La cuestión es que ese gobierno, parecen indicar algunos elementos, se la creyó (Glockner, 2007).

Mario Acosta Chaparro (1990: 11), que realizó un "informe-libro" sobre la guerrilla en México en ese periodo de la guerra sucia, es muy claro cuando escribe:

"En la década de los setenta empezaron a aparecer agrupaciones de jóvenes principalmente estudiantes con inclinaciones terroristas, como única vía de la lucha para la implantación del socialismo en México... Desde entonces, la infiltración soviético-cubana en los grupos clandestinos mexicanos se ha manifestado en todas sus formas a raíz de que los líderes de mayor connotación se exiliaron en Cuba por más de once años".

Siguiendo con esta traza de pensamiento, este militar asevera: "México ha acogido en su seno a gran cantidad de asilados políticos, muchos de los cuales eran integrantes de grupos guerrilleros, los que han difundido sus conocimientos y experiencias entre los mexicanos, defraudando así la confianza que se ha depositado en ellos y violando la regla de no inmiscuirse en problemas internos de carácter político"; agrega: otros más "no se han conformado con su labor de politización, sino que han actuado directamente en acciones de tipo terrorista o de sabotaje"; después, acusa: "Bajo esta influencia, en las dos últimas décadas, en México han nacido varios grupos pseudo subversivos o pseudo revolucionarios, así como movimientos cuyo objetivo final es el de destruir la estabilidad económica y política de las instituciones legalmente constituidas". Es más, para la inteligencia mexicana, la prueba de que había "infiltración soviético-cubana" la constituyó la expulsión de diplomáticos soviéticos, por el caso MAR, y el hecho de que los exiliados políticos se fueran a Cuba (Acosta, 1990: 43).

Los sistemas de inteligencia contribuyeron a este mercado de paranoia mental, toda vez que les beneficiaba: la DFS proporcionaba información encaminada a alimentar las paranoias del poder político, y cuando aparecen los grupos guerrilleros no realizan una evaluación sensata del poder y el alcance de éstos; así, resulta "inevitable pensar que lo hizo para incrementar su poder, porque tener un enemigo poderoso justificaba los aumentos en presupuesto e influencia. Tal vez ésa no fue la intención original, pero ciertamente fue el resultado final porque durante la 'guerra sucia' la DFS creció como nunca antes" (Aguayo, 2001: 124). Hacia 1965 el número de integrantes de la DFS era de alrededor de 120; hacia 1981, eran tres mil agentes, que controlaban a 10 mil informantes. Su crecimiento exponencial se daba al tiempo que a la guerrilla le asestaban duros y feroces golpes. No obstante, en todo esto hay una paradoja: "el gobierno quiere finiquitar a parte de los grupos que pretenden usar las armas en su contra, pero es él quien realmente arma la conjura internacional" (Glockner, 2007: 259). Esto es, en parte nutrió el problema que decía quería acotar, acabar.

La memoria policiaca, es decir, los archivos que la DFS y una parte de la sección de inteligencia del Ejército federal mantuvieron, indican, efectivamente,



que la guerrilla no estaba integrada con grandes filas ni equipada con gran arsenal, e incluso que sus bases de apoyo no eran tan amplias y arraigadas como se quiso mostrar, como para tomar y aplicar decisiones atroces; al menos de eso da cuenta el informe-libro que en 1990 el general Mario Acosta Chaparro imprimió. Eso por un lado. Por el otro, esos mismos archivos, dan cuenta de la magnitud de la represión que se ejerció sobre los militantes de los grupos guerrilleros: los archivos de la DFS y de la DIPS muestran otro país, uno que no se miró o no se quiso mirar en décadas de balas y terror. La importancia de los documentos que se mantienen en el AGN, provenientes de informes de la DFS (y no obstante que mucha documentación no llegó a ese sitio o después fue sustraída), dice Ángeles Magdaleno, quien en un momento fue responsable del esclarecimiento histórico y de investigación documental de la Femosp, es que “una parte importante de la verdad está en ellos, porque no es el dicho de las víctimas. Es la constancia del autoritarismo, porque esos informes no los hicieron familiares de las víctimas o los estudiantes; los elaboró el gobierno con sus propias fuentes, son su propio dicho”. El Estado mexicano de ese entonces, el de la guerra sucia, sostiene esta investigadora, se puede calificar “como un vulgar Estado policiaco, porque los encargados de ejercer la represión fueron civiles, policías. No fueron las juntas militares de Sudamérica” (en Castillo, 2003e: 7), como las que operaron en ese entonces. Este gobierno se decía democrático y civil, pero, al igual que sus pares militares en el Cono Sur, no respetaron las más mínimas garantías humanas.

La sierra y las ciudades tienen tiempos distintos en la ferocidad estatal de acabar con la guerrilla. La guerrilla del Partido de los Pobres (PdP) que dirigió Lucio Cabañas tiene auge a inicios de los años setenta, y la ofensiva contra ellos se realiza, sobre todo, en el año de 1974, cuando secuestran al senador Rubén Figueroa para, al mismo tiempo, liberar al político y acabar con un guerrillero incómodo. No obstante, la ofensiva contra el PdP, por las emboscadas y bajas que le causa al Ejército, se planea y desarrolla años atrás. En efecto, después de la apertura de los archivos de la DFS y de documentos provenientes de la propia Sedena, y hurgar en el proceder de las policías políticas ante la guerrilla en esos tiempos, todo apunta “hacia la existencia de una estrategia institucional de guerra

sucia' a partir del inicio de la década de los setenta"; al respecto se pueden enumerar varios casos. En un expediente militar sobre el caso de Guerrero, el 11 de abril de 1970 un militar da cuenta de la táctica que debe seguir el Ejército para minar las bases de apoyo de la guerrilla rural; es claro al respecto: "una acción de contraguerrilla que consistiría en hechos directos contra colaboradores y simpatizantes del Partido de los Pobres, bien fuera en lo personal o contra sus propiedades, a efectuarse por elementos del gobierno, civiles o militares, sin uniforme, debidamente preparados para ello, con el objeto de quebrantar su red de información, abastecimiento y militancia". Lo cual, por cierto, así se desarrolló: quitar el agua al pez, dejarlos sin soporte. Un segundo documento, fechado el 7 de julio de 1972, recomienda contra los militantes y simpatizantes de Lucio, emplear "fuerzas de golpeo que, en forma clandestina actúen directamente en contra de los mismos ya identificados y ubicados, para quebrantarlos moral y materialmente, hasta lograr su total destrucción" (en Bellingeri, 2003: 12). Tiempo después, efectivamente, esta estrategia contrainsurgente se desplegaría contra la guerrilla de Lucio Cabañas: se golpearía a la población sospechosa de simpatizar con la guerrilla; se cercarían poblados, se les concentraría en poblados grandes y se les racionarían los alimentos: incrustado todo ello en una estrategia de aniquilamiento.

Y en esa lógica de abatimiento, se incluyeron penurias especialmente cruentas, poco imaginables a la razón humana. Algunas de ellas contempladas en la *Operación Telaraña*, campaña dirigida, prácticamente de manera exclusiva para acabar con los alzados en la sierra de Guerrero. Indubitablemente, en los tiempos de la guerra sucia, las prácticas de tortura fueron iguales o peores que en Sudamérica: en esa lucha contra la guerrilla en el estado de Guerrero, no sólo se les arrojaba al mar, vivos o muertos, pues hubo casos en que se "les hacía tomar gasolina y luego se les incendiaba", señala Ángeles Magdaleno. Amplía: en los documentos que se desprenden de la *Operación Telaraña*, "según los documentos, se dice que por órdenes expresas del comandante de la 27 Zona Militar, con sede en Guerrero, a los detenidos se les torturaba, se les incendiaba y sus cuerpos eran arrojados en calles de Acapulco" (en Castillo, 2003e: 7). El año del secuestro de Figueroa, 1974, el de la ofensiva final, es en el que a decir de la

CNDH hubo más desaparecidos en Guerrero, 154. Y también a nivel nacional, 180, o a decir del Comité Eureka: 173. 300 registra la Afadem-Fedefam. Operaciones de contrainsurgencia que, al final, dejaron una gran cantidad de costos humanos, en especial de la población alrededor de la guerrilla; apoyara o no al grupo de Lucio Cabañas. A la fecha, los estragos continúan sintiéndose.

La guerrilla urbana, a su vez, sufrió la embestida del poder, pero ésta fue a través de la DFS, principalmente. El año 1973, es uno de especial violencia, la guerrilla incrementa su actividad: secuestros, asesinatos, ejecuciones, asaltos coordinados, etcétera. Por su parte, el Estado mexicano despliega una respuesta violentísima. La violencia estatal, no obstante, venía de tiempo atarás, ahí se concretó más, pero los inicios de los setenta son también cruentos para la guerrilla que opera en las grandes ciudades. Rótulo lleva un espacio de esta fatalidad. A fines de 1971 e inicios de 1972 la represión contra la guerrilla rural de Genaro y la urbana se deja caer: "este periodo queda registrado en el calendario de la guerrilla mexicana con el nombre de 'invierno trágico'", ya que en ese periodo las detenciones se multiplican en Guerrero, y en las ciudades "son aplastadas las dirigencias" de distintos grupos: del CAP, del FUZ, de los CAC, son capturados integrantes del MAR; en ese invierno murieron Ramos Zavala, cabeza de *Los Procesos* e impulsor del proyecto de la Liga, Diego Lucero, de *Los Guajiros*; los hermanos Campaña López, del FER-FRAP, son detenidos en Guadalajara. Genaro Vázquez muere. Asimismo, Castellanos (2007) señala que especialmente a muchos que provenían de las filas de las JC del PCM caen.

Ciertamente, 1973 es un año especialmente cruento. En la ciudad de Monterrey, en septiembre de ese año, la LC23S intenta secuestrar al empresario Eugenio Garza Sada, éste muere en el intento. Marco Rascón (2002), quien militara en un grupo armado, afirma que la guerra sucia que desencadenó el gobierno mexicano contra la guerrilla, después de la muerte del empresario, fue una concesión al Grupo Monterrey. Manifiesta que ese grupo le reclamaba haber tolerado asaltos y secuestros en México, y apoyar a sistemas comunistas como al Chile de Salvador Allende. Luis Echeverría, recuerda Rascón, les cedió espacios y concedió la represión para recomponer las relaciones que mantenía con ese grupo

antes de la muerte del jerarca. En efecto, hay coincidencias, en el sentido de que a raíz de la muerte del empresario Garza Sada se desata una feroz cacería de la policía política mexicana contra aquellos señalados de ser guerrilleros.

Otro hecho contribuyó a esa sangrienta persecución. La LC23S realiza un doble secuestro en octubre de 1973: el cónsul británico en Guadalajara, Anthony Duncan Williams, y el industrial local, Fernando Aranguren. El gobierno no cede, la línea dura de la no negociación se impone. El cónsul es liberado y el empresario ejecutado. La persecución y saña de la policía política contra la guerrilla se incrementa, es más cruel. Ello se muestra en la manera como acabaron con la vida de Salvador Corral e Ignacio Olivares, a quienes consideraron responsables de los secuestros y sus secuelas: el 7 de febrero de 1974 sus cadáveres aparecen en Guadalajara y Monterrey, respectivamente. Días atrás habían sido detenidos. El de Salvador con golpes, huesos rotos, clavos de vigas en las rodillas y en los hombros, quijada rota y masa encefálica tirada; el de Olivares con múltiples fracturas.

Inicia la caería de guerrilleros, y es sanguinaria. Los desaparecidos van a pico: 1974 y 1975 registrarán un mayor número de desaparecidos. Pero su cacería viene desde 1973, fines de ese año. Rosario Ibarra acusa que la peor época de represión fue en el sexenio de Luis Echeverría. Refiere: "en 1974, durante su gobierno, no hubo un solo día del año, en promedio, que no hubiera desapariciones" (en Cuellar *et al.*, 2002: 16). Aunque en los siguientes años continuarán las desapariciones.

El encubrimiento, la ideologización y lo salvaje acompañarán las ejecuciones y atrocidades del Estado mexicano, incluso a plena vista de la gente. La guerra de exterminio, en especial contra la LC23S, se muestra en estos sucesos. En los primeros días de junio de 1975, integrantes de la Liga son asesinados en "Las islas", la explanada de Ciudad Universitaria, UNAM. Frente a cientos de personas que asisten a una exposición canina, la policía política persigue a cinco ligos que intentan huir por los pasillos de los edificios. Dos de ellos son alcanzados por las balas. Según testigos del tiroteo, tres policías dan alcance a la pareja herida y son ejecutados frente a las miradas de los asistentes

a la exposición. La autopsia muestra que recibieron varios impactos de bala y tiros en la cabeza dados a un metro de distancia (Castellanos, 2007). Son Teresa Hernández Antonio y Adolfo Lozano; él tiene cuatro tiros en la espalda, uno en el pecho y dos en el cráneo; ella, diez balazos en la espalda y uno en la cabeza (Torres, 2008). El Universal (1994, t. II: 204) titulará su nota: "Saldo: dos terroristas muertos y 14 perros", y sólo dirá que "fueron alcanzados por las balas de los hombres armados". Teresa y Adolfo se dirigían a una reunión con uno de los dirigentes de la LC23S en la ciudad de México cuando fueron interceptados por la policía política. El procurador general de la República, Pedro Ojeda Paullada declarará que la Liga, "grupo extremista", está completamente desarticulado y que en poco tiempo lo erradicarán.

Para 1975 la guerrilla rural está prácticamente eliminada. La guerrilla urbana ha sido severamente golpeada. A varios grupos los han aniquilado, los otros han sido minados. Los medios de comunicación silencian lo que ocurre, salvo por una que otra nota en la sección amarillista, policiaca, la guerrilla no tiene presencia, no abandera causas legítimas. Ni en México ni afuera se conoce lo que está ocurriendo, está disfrazado o silenciado. Silencio que transita hacia el olvido social.

Para 1977, la guerrilla urbana va en franco declive, incluso se retrae. El presidente José López Portillo decide que hay que aniquilarla. Los desaparecidos se incrementarán mucho. Cuando secuestran al industrial de Cervecería Modelo, López Portillo con poco tiempo en la presidencia, escribirá para sus memorias: "Ayer me enfrenté a la primera decisión frente al terrorismo", pues entre las demandas de la guerrilla estaba la publicación en prensa nacional de un comunicado, a lo que se negaba Portillo; "Mantendré esa posición. Nada por la violencia o el chantaje" (en Castellanos, 2007: 280). Sobre el intento de secuestro de su hermana, López Portillo refirió: "el atentado me afectó directa y especialmente y me enseñó cuál era el futuro si permitía que el fenómeno [de la guerrilla] se incrementara". Y fue más allá, dejó en claro su postura y actuación ante el accionar guerrillero; el 12 de junio de 1977 en esas mismas memorias apuntará: "se sigue desgranando la Liga Comunista 23 de Septiembre. Casi cada

día caen algunos de sus miembros. La brigada creada al efecto y la gente de Durazo están haciendo un buen trabajo” (en Aguayo, 2001: 197-198). El entonces presidente, estaba al tanto de la existencia de la Brigada Blanca, y del trabajo sucio que realizaban, y que Arturo Durazo Moreno cooperaba en tales acciones. Este jefe de la policía del DF, en ese año fue claro al declarar: “No puedo tener mano blanda contra asaltantes profesionales... Nos tiran con balas y no vamos a responder con málvaviscos” (en Monsiváis, 2004b: 199). La respuesta, como se sabe, la represión fue especialmente feroz. Y en efecto, 1977 será otro año sangriento para la guerrilla: múltiples encuentros con la policía, muertes, detenciones y desapariciones, los escenarios son la ciudad de México, Culiacán y Guadalajara, principalmente.

En los primeros días de 1978 la Liga sufre otro revés. Su líder en la ciudad de México, Alicia de los Ríos Merino, es capturada y llevada al CMN1, ahí es desaparecida. *El Guaymas*, en testimonio, dirá, que ahí la vio por última vez. En sus *Memorias*, López Portillo escribirá: “Las policías han golpeado muy fuerte a la Liga 23 de Septiembre” (en Castellanos, 2007: 286). En vísperas del informe presidencial de 1978 Amnistía Internacional da a conocer algunos datos sobre México: 600 presos políticos; 357 desapariciones forzadas, 52 exiliados en Cuba, Francia e Italia. Oficialmente, de manera abierta, eso no existía.

De muchos de estos excesos hubo registro, aunque tales registros se mantuvieron ocultos, después algo de lo ocurrido se sabría. Por ejemplo, en un informe confidencial, la PGR reconoce las plétoras que se cometieron contra guerrilleros, con la finalidad de obligarlos a confesarse culpables de delitos que no cometieron. Contra ellos, señala el informe, se practicaron detenciones sin orden de aprehensión, fueron incomunicados y torturados; además se les acusó de delitos como la conspiración e incitación a la rebelión, delitos que no se pudieron probar. El documento está fechado el 26 de julio de 1976, y se indica que al menos 118 de los más de 600 acusados de participar en actividades guerrilleras debían ser liberados por las irregularidades cometidas en sus procesos. En ese informe, se da cuenta del caso de José Pedro Estrada Gómez quien militaba en el MAR y tuvo entrenamiento militar en Corea del Norte, procesado con causa penal

100/71 por delitos de conspiración, asociación delictuosa y acopio de armas, y se encontraba formalmente preso, se indica, fue detenido sin orden de aprehensión en enero de 1972 en Aguascalientes y trasladado al Distrito Federal. Continúa el informe sobre ese caso: "con fracturas en el tabique nasal, una falange y una costilla, lo anterior producto de las torturas a que fue sometido, y que continuaron hasta que firmó la primera declaración, a todas luces carente de veracidad. Habiendo quedado plenamente probado el lujo de violencia con que fue tratado el procesado, al igual que la obtención de declaraciones que en un Estado de derecho jamás servirán como prueba" (en Castillo *et al.*, 2002b: 10). Esto recién se sabe, pero los planeadores y ejecutantes de tales actos, evidentemente lo conocían.

Y estaban conscientes de que estaban realizando todas las acciones posibles para aniquilar a la guerrilla: "la explosión represiva del período 1968-1977 es 'guerra sucia' y es, más exactamente, la embestida de los representantes del Estado contra la razón de ser de las instituciones: el equilibrio entre el poder y los derechos humanos" (Monsiváis, 2004b: 199). Se violentó todo, para preservar el poder y desde ahí se actuó: anular al otro, adversario, enemigo o potencial destabilizador, para que un partido y su régimen sobreviviera, eso sucedió, y lo llevó a cabo la DFS y otras instancias de "seguridad"; para los guerrilleros sólo había tres posibilidades: "encierro, destierro o entierro" (Rodríguez Munguía, 2004: 9). "Los años setenta fueron tiempos de una represión muy violenta, dirigida contra jóvenes que sólo tenían posiciones políticas distintas a las de los partidos", fue una "guerra sucia y miserable" asegura Alberto Hajar (en Grange y Rico, 1997: 122-123). Hajar fue torturado en los setenta porque su nombre apareció en una libreta incautada a las FLN.

Y se echó mano de todo, desde asesoría contrainsurgente de parte de instancias internacionales hasta equipamiento de instalaciones para deshacerse de las "pruebas" del salvajismo de terror de Estado. De algunas de esas decisiones se tiene constancia, incluso oficial. En un documento fechado el 10 de marzo de 1969, con el sello del Poder Ejecutivo Federal, se da cuenta del arribo de un avión militar norteamericano, que transporta explosivos, que se usarían para

el "Curso de Entrenamiento sobre Terrorismo Urbano" (en Scherer, 2004a: 134-135). En otro documento, se da cuenta de los aditamentos que en 1979 solicitó Nazar Haró para el edificio donde se encontraban las instalaciones de la DFS en la ciudad de México, entre ellos un incinerador (Rodríguez Munguía, 2003). Otro dato más: con el pretexto de la lucha contra el narcotráfico, agentes de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) estadounidense actuaron en la sierra de Guerrero, en los tiempos en que el Ejército mexicano perseguía a la guerrilla de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. Esto, a decir de una ficha que se encuentra en el AGN, y que generó incomodidades de altos mandos militares. No sólo en la sierra estuvo la policía estadounidense, también en las ciudades actuó el FBI. En su momento, la CNDH solicitó a la Fiscalía Especial que investigara la detención de una célula de la LC23S, pues existían evidencias de que el FBI ayudó en la identificación de sus integrantes, detenidos que hasta la fecha se encuentran como desaparecidos (Ballinas, *et al.*, 2002). Quien fuera jefe del área de contrainteligencia en la DFS, Arturo González, recordará años más tarde que su área intentaba neutralizar los servicios de inteligencias soviético y cubano, es decir de aquellos que no se fiaban. Otros, como la CIA y el Mossad israelí, eran aliados, trabajaban juntos, intercambiaban información, y de hecho llegaron a adiestrarse: "con el Mossad tuvimos sobre todo relación de entrenamiento" (en Torres, 2008: 119).

Prácticas escabrosas, atroces, que se cubrieron con discursos y con personeros, con cobijos mutuos. Mientras Luis Echeverría golpeaba a la disidencia en su país, en el avión presidencial viajaba con intelectuales en sus giras, con luchadores políticos sudamericanos. Hijar recuerda: "Algunos tenían formas de vida privilegiadas: vivienda garantizada en la Villa Olímpica, contratos a tiempo completo en las universidades sin pasar por los controles académicos... Aquí hablamos de doctorados obtenidos en el avión que los traía. El Estado subvencionaba artistas y patrocinaba instituciones como la Casa Chile" (en Grange y Rico, 1997: 123). De alguna manera pagaron los favores, dice. Participaron de manera indirecta en la guerra sucia; algunos participaron en el aparato de seguridad mexicano, dice.



La guerra sucia se trató de justificar aduciendo que los guerrilleros violaron la ley, no obstante los encargados de vigilarla la violentaron con los recursos que el Estado les proporcionó. No realizaron averiguaciones ni se investigó bajo el ordenamiento legal, no hubo órdenes de aprehensión, en lugar de ello se realizaron acciones ilegales y crapulosas, se infiltró a las organizaciones, se les dejó actuar y se les detuvo ilegalmente, después se les torturó y en múltiples casos se les desapareció. Desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales en la denominada guerra sucia fueron empresas de una política gubernamental que auspició y autorizó tales acciones. Desaparecidos que dejó la guerra sucia de exterminio contra la oposición armada y sus simpatizantes. Y que a la fecha a muchos de ellos se les continúa buscando. En el gobierno de Miguel de la Madrid se registraron otras 57 desapariciones, 38 se resolvieron y aparecieron, del resto no se sabe, acusa doña Rosario Ibarra, (en Cuellar *et al.*, 2002: 16), que si de algo sabe es de desapariciones y búsquedas.

Tales acciones represivas no se desprendieron de ocurrencias de un grupo de agentes de la DFS o del Ejército, ni se desgajaron de una política local únicamente, más bien en las altas esferas del poder se pensó. "No se preserva el orden potenciando la impunidad, no se construye una sociedad mutilando la memoria histórica, no se trascienden los crímenes del pasado remitiendo al olvido los nombres y las trayectorias de los criminales, aún pendientes de la sentencia justa" (Monsiváis, 2004b: 199).

El régimen le apostó al aplastamiento de la rebelión armada, y en eso jugó un papel fundamental el aparato de inteligencia, tanto el político (DFS) como el militar. Los métodos no importaron. En su momento, los ejecutantes de esa guerra se justificaron. Al mismo tiempo que el entonces secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, anuncia la reforma política que daría cabida a la izquierda en la lucha electoral, 1977, Arturo Durazo Moreno declarará sobre el combate a la guerrilla: "Todos los policías estamos obligados a reprimir estos actos de violencia, sin tibiezas ni contemplaciones. Yo en lo personal ofrendaría mi vida con mucho gusto por México. La tibieza ya se acabó. Esta es una lucha a muerte" (en Castellanos, 2007: 281). En ese tiempo pretextaban su actuación; tiempo después

la negarían o seguirían justificándola, según el caso. Nazar Haro quien fuera uno de los más cruentos aplicadores de la guerra sucia, y en su momento director de la DFS, años más tarde señalará lo que indicaba a sus agentes: "Los guerrilleros tenían un ideal fanático, por lo que yo enseñé a los míos a ser tan fanáticos como ellos para lograr la paz de nuestro país; fanatismo contra fanatismo" (en Torres, 2008: 118). Y ante la pregunta sobre la guerra sucia de ese periodo, responde: "Aquí no hubo enfrentamiento de dos países. Aquí hubo grupos de jóvenes aventureros que soñaron en la toma del poder mediante la fuerza armada. Se convirtieron para nosotros en delincuentes, porque asaltaron bancos; en asesinos, porque mataron policías". Sobre la transformación de un ex guerrillero, Gustavo Hiraes, se queja: "participó en la muerte de Garza Sada... y después de tantos años le dan cabida como asesor en la Secretaría de Gobernación... para haber sabido, yo hubiera sido guerrillero, mejor, y no policía. Les dan más reconocimiento a ellos y no a los que defendieron a su país". Sobre si tuvo respeto por la guerrilla, Nazar Haro, dice: "yo no puedo respetar ni respetaré a todo lo que está en contra de nuestro país y con un gobierno legalmente constituido" (Riva Palacio, 2003c).

La afirmación de un político encumbrado en ese momento, da cuenta de la guerra sucia que operó en México durante la Segunda Ola Armada. En 1980 el ya gobernador Rubén Figueroa declaraba: "Aquí en Guerrero no hay desaparecidos, todos murieron".

## **10. UN BALANCE: OTRA MIRADA**

En este apartado se realiza un breve balance, desde otra óptica, desde la política del reconocimiento, sobre la actuación del Estado mexicano en torno a la actuación de la guerrilla. Se da cuenta de cómo operó discursivamente el poder, y cómo este poder mostró su traza totalitaria. En ello está implicada, de alguna manera, la ruptura hegemónica que mantenía el grupo o clase en el poder. Ruptura que supone el cuestionamiento del consenso por parte de los grupos que se van mostrando con intereses distintos a los que representa el grupo dominante.

### **10. 1 Tomando las armas**

Los integrantes de los movimientos sociales se vieron obligados, en buena medida, a la toma de las armas. Participaron de la lucha legal, de la lucha pacífica, de los movimientos de corte cívico y la respuesta que de ello obtuvieron fue la represión: cárcel, heridos y muertos. Como se ha argumentado en capítulos anteriores, la lucha campesina y magisterial estuvo presente en los dirigentes de la ACNR de Genaro Vázquez y del PdIP de Lucio Cabañas. Pero estas organizaciones se tradujeron en expresiones armadas al enfrentarse a la represión gubernamental. La toma de las armas constituyó acto de sobrevivencia en esta expresión armada rural. En el caso de la guerrilla urbana, no hubo trato distinto a sus integrantes cuando estos participaban de la lucha legal, pacífica, como la emprendida en el marco universitario. Distintas universidades fueron tomadas por el Ejército, y con ello iban trazando el camino de la lucha que debían seguir los universitarios reprimidos. Persistentes en la lucha desde el marco de las aulas universitarias, los estudiantes continuaron con sus demandas, demandas que se resolvían en un marco institucional, con algo de voluntad democrática las más de las veces. No fue el caso. Dos eventos señalaron, al final del camino, que la ruta legal y pacífica se había agotado, a decir de algunos de los aún estudiantes: la represión del 2 de octubre de 1968 y del 10 de junio de 1971. Tlatelolco y el jueves de corpus marcaron la ruta a tomar: las armas. La radicalización, de unos en la sierra y otros en las ciudades, fue el siguiente paso, ya en la lucha armada.

El gobierno, en todo caso, mostró en esa actuación su careta totalitaria, represiva, cercadora de posibilidades de apertura. En diversos casos, como el que nos ocupa, un gobierno autoritario es legal pero recurre a prácticas ilegales y arbitrarias. El gobierno totalitario, dice Arendt (1951: 690), "destruye el único prerrequisito esencial de todas las libertades, que es simplemente la capacidad de movimiento, que no puede existir sin espacio". En el México de los años sesenta y setenta eso se mostraba. La legalidad es la "esencia" del gobierno, aduce Arendt (1951: 691), y las leyes son fuerzas estabilizadoras de los asuntos políticos, públicos, en tanto que la legalidad impone limitaciones a los ciudadanos y dictan lo que no debe hacerse, pero no lo que debe hacerse. No obstante, en algún momento, las acciones de las personas no se inspiran ni se guían por esas leyes y ese gobierno. En México, en el contexto de los movimientos sociales, de las protestas recurrentes, ya no era posible. Otros eran los rumbos, otras las vías.

La ruta de las armas se trazó, la larga lucha se programó. Las organizaciones sociales, algunas de ellas claro, se corrieron a la lucha armada. Programas políticos lanzaron, no obstante, por el cerco informativo y la ideologización (ese proceso que imposibilita la comunicación de ideas y que monta prejuicios a una lucha social) que sobre ellos operó, sus manifiestos no se conocieron. No hubo reconocimiento: no se reconoce al otro, no hay simetría, no hay reconocimiento de su lucha, por tanto, el conflicto no aparece en el escenario público (Honnet, 1992).

## **10. 2 Un gobierno de corte totalitario**

La polis, esa que inauguran los griegos (Fernández Christlieb, 1994a) y que permite la expresión del pensamiento de manera abierta, pública, permite, asimismo, la política, el acuerdo y la disensión, en el entendido de que hay palabra de por medio. Y es la manera en que se puede hacer gobierno. Al menos una de ellas: mediante el argumento. La esfera pública es importante para ello, ese espacio social en que se mueven no solo las cosas, sino las ideas. El espacio privado es de menos importancia, es doméstico, de resguardo (Ortega y Gasset, 1930), y en tanto esferas distintas, se mueven con lógicas y dinámicas distintas.

Afuera, en la polis, hay igualdad; adentro, en la familia, hay desigualdad, hay gobierno que somete; en la esfera doméstica no hay libertad: no se puede salir de la familia e invadir el espacio político, tienen traza y pensamientos distintos estos lugares. Estos espacios distintos, al paso de los siglos de alguna manera se mantuvieron en esa sintonía, pero en algunos elementos hubo modificación. La aplicación de criterios invasores a la esfera privada así lo alteró. Parece que la Edad Media absorbió en parte lo que en la esfera pública se manifestaba; el despliegue del pensamiento de la Iglesia católica a ello contribuyó. Las leyes del señor feudal y su aplicación alcanzaban la esfera privada. El que en estos tiempos se hable de "bien común" indica que personas particulares tienen intereses en común y eso se lleva a la esfera privada. La administración y necesidad de organizar la esfera privada contribuyó, igualmente a esa parte del desdibujamiento entre esfera pública y esfera privada. En parte. Si bien, como señala Arendt, hay menos distancia entre espacio público y privado ahora que en Grecia, la frontera no se ha borrado y aunque exista "interés colectivo" en la esfera privada, hay elementos que al estar en ese sitio privado, en ocasiones inaccesible, terminan por dejar en claro que lo público aún está alejado de lo que en lo privado se vive y se siente. La procreación y el alojamiento siguen en esa esfera. Y seguirán, según parecen indicar diversos elementos (Ortega y Gasset, 1930; Fernández Christlieb, 1994a).

Las embestidas públicas tienen que esconderse, privatizarse de algún modo, de lo contrario serían reconocidas y, posiblemente, sancionadas. Hay que ocultarlas del escrutinio público. La sociedad se va imponiendo. La regulación, vía normas, se va dibujando. Lo público tiene que ver con ese sitio al que se puede acceder, ver y oír, es lo de libre acceso. Y que por estar en un sitio común, compartido, se traduce en realidad: una especie de intersubjetividad, acuerdo de lo que signamos como real. Lo íntimo, en contraposición, como es de la incumbencia de uno en la privacidad, es por supuesto menos real para la sociedad. En el espacio público está lo comunicable, en el íntimo, lo incommunicable., esta última una esfera muy subjetiva: "Parece que no existe puente entre la subjetividad más radical, en la que ya no soy 'reconocible', y el

mundo exterior de la vida. Dicho con otras palabras, el dolor, verdadera experiencia entre la vida como 'ser entre los hombres' y la muerte, es tan subjetivo y alejado del mundo de las cosas y de los hombres que no puedo asumir una apariencia en absoluto" (Arendt, 1966: 60). Pero en esa esfera pública hay cosas que no pueden ni deben manifestarse, pues se "tolera lo que se considera apropiado, digno de verse u oírse, de manera que lo inapropiado se convierte automáticamente en asunto privado" (Arendt, 1966: 60-61). Como los problemas que se consideran de orden doméstico, los maltratos, por ejemplo. Como ocurre, asimismo, con las quejas e inconformidades que no deben manifestarse en el espacio abierto, pues según un tipo razonamiento administrativo, las cuestiones personales son de índole privada y se deben resolver ahí, no en el escenario abierto. Y así, si una persona protesta y toma las armas para hacerse escuchar, ello se debe no al quebrantamiento de las posibilidades de desarrollo en un país o sociedad, sino a problemas de índole personal o familiar, no más. Por eso se entiende, en ese marco, que desde el poder se esgrimieran discursos que no reconocían la lucha armada de los guerrilleros, al contrario, se les denostaba. Baste recordar que en un informe presidencial, Luis Echeverría dirá sobre los guerrilleros: "Surgidos de hogares generalmente en proceso de disolución, creados en un ambiente de irresponsabilidad familiar, víctimas de la falta de comunicación entre padres y maestros, mayoritariamente niños que fueron de lento aprendizaje; adolescentes con un mayor grado de inadaptación que la generalidad, con inclinación precoz al uso de estupefacientes en esos grupos [...con una] notable propensión a la promiscuidad sexual y con un alto grado de homosexualidad masculina y femenina" (en Hiraes, 1996: 223-224).

Esfera pública y privada son, asimismo, de memoria y olvido, respectivamente: lo que se quiere alejar de la esfera comunicable y abierta es la memoria. En efecto, lo que se quiere retirar de la memoria, el olvido, se manda a la esfera privada, alejando los contenidos del espacio común de la comunicación. La lucha armada se arrinconó en lo privado, no se permitió que de ella se conocieran acciones, causas y posiciones. Los guerrilleros no existieron, porque se silenció su discurso. En el espacio abierto, el de la política, el del gobierno, no

tuvieron presencia, fueron nulificados, omitidos. La prensa no daba cuenta de su existir. Y en tanto no había comunicación sobre la guerrilla, dado el control que sobre los medios ejercía el gobierno (Rodríguez, 2007), sobre la guerrilla nada se supo, exceptuando la nota roja que alrededor de ellos aparecía. En esa tesis y práctica, lo privado es la privación de lo público, es lo privativo, no ser oído ni visto por los demás, como el arrinconamiento de que fue víctima la guerrilla: "la privación de lo privado radica en la ausencia de los demás; hasta donde concierne a los otros, el hombre privado no aparece y, por lo tanto, es como si no existiera. Cualquier cosa que realiza carece de significado y consecuencia para los otros, y lo que le importa a él no interesa a los demás" (Arendt, 1966: 67). "No hay guerrilla en Guerrero" dijo el secretario de la Defensa Nacional (Sedena) en su momento, decretando así la inexistencia pública de la guerrilla de la ACNR y del PdIP. Otro tanto ocurrió con la guerrilla urbana: no hay guerrilleros, hay terroristas declaraba la policía política, DFS (El Universal, 1994, t. II). En otros tiempos "lo privado era semejante al aspecto oscuro y oculto de la esfera pública" (Arendt, 1966: 71). Con la guerra sucia practicada contra la guerrilla en el México de los sesenta y setenta, esto se actualizó u ocupó su antiguo sitio. Futilidad y permanencia, es la caracterización de lo privado y lo público. "El significado más elemental de las dos esferas indica que hay cosas que requieren ocultarse y otras que necesitan exhibirse públicamente para que puedan existir" (Arendt, 1966: 71).

### **10. 3 Quiebre del consenso**

En sociedad se vive juntos y trabaja en común, es hombre "social", tal cual, político. Eso se debe a la fundación de la ciudad griega, opuesta a la forma privada del hogar (Ortega y Gasset, 1930), como ya se ha enunciado. Política, acción y discurso confluyen en esa esfera de la polis. Discurso y accionar tienen el mismo rango, de ahí que cierta forma de efectuar la política tenga que ver con el empleo de ciertas fórmulas discursivas: "encontrar las palabras oportunas en el momento oportuno es acción... sólo la pura violencia es muda, razón por la que nunca puede ser grande" (Arendt, 1966: 39-40). Una parte del interés se centra en

el discurso, como forma persuasiva. Otra, en la violencia, como sustituta de la palabra cuando ya no se tiene el consenso para gobernar.

Es en esta creación de la polis donde puede identificarse el antecedente de la división público y privado del espacio. Lo público, político, en contraposición a lo familiar (Ortega y Gasset, 1930). En el espacio social, abierto, se manifiesta el pensamiento que demanda, por ejemplo justicia. Se intentará, por tanto, en una pugna, reducirlo al espacio privado: "la libertad está localizada en la esfera de lo social, y la fuerza o violencia pasa a ser monopolio del gobierno" (Arendt, 1966: 43). El gobierno echa mano de la violencia cuando no hay más acuerdo sobre lo político, cuando éste se rompe. Violencia institucional, de Estado (Montemayor, 2007). Parafraseando a Arendt (1951: 593), el totalitarismo en el poder hace uso del Estado para sus fines impositivos ahí donde actúa, usa a la policía secreta como ejecutora y guardiana de su proyecto, y los sitios de reclusión los usa como lugares donde experimenta lo que aplicará a los que disienten. Que fue lo que exactamente ocurrió en México, cuando el gobierno decidió enfrentar a la guerrilla con lo que se ha denominado guerra sucia: métodos extremos e ilegales para acabar con esta expresión de descontento. Esta manifestación de desacuerdo con el orden impuesto por el poder. Cuando se presenta una crisis, pero no cualquier crisis.

Hay "crisis orgánicas", que Gramsci concibe como una detención momentánea en el progreso de la clase dominante, un tiempo en que no hace avanzar a la sociedad y no se desarrollan nuevas esferas de actividad económico-productiva. Hay una crisis de hegemonía, ruptura de lazos en el orden de estructuras, no hay una hegemonía por las formas tradicionales de gobernabilidad. "La clase dominante ha perdido el consenso", dice Gramsci (1980). Ya no dirige, como cuando articulaba la vida social de una sociedad o nación, ahora únicamente domina. Detentando una fuerza coercitiva, pura. Como sucedía en los años sesenta del pasado siglo en México, cuando el corporativismo y la persecución posibilitaban cierta "armonía", imponía cierto orden y se acataban las disposiciones. Sindicatos de trabajadores y centrales campesinas a la orden del poder, dispuestos a gritar las arengas gubernamentales. El cuestionamiento a las



formas verticales y la falta de progreso, primero organizada en movimientos sociales pacíficos y legales, y después mediante la toma de las armas, puso en conflicto a los grupos de poder, a quienes imponían cierto acuerdo desde el gobierno. No más, algo se estaba quebrando en ese orden de décadas impositivas.

Esta crisis de una clase o de grupo social en el poder mantiene cierto dominio mediante una "sociedad política", que en este caso podría ser la denominada clase política, empresarios, administradores de los medios, entre otros, que imposibilita el ascenso e incluso el asomo de otro grupo político, el que bien puede provocar esa crisis de hegemonía, en este caso la guerrilla. Los guerrilleros plantean una ruptura, un quebrantamiento del consenso. En esta lógica, lo viejo no termina de morir, no hay algo nuevo que llegue. Es la crisis orgánica como telón de fondo.

El consenso social se impone por la fuerza no por medios antes pacíficos o legales. Esta crisis está provocada por grupos que se manifiestan y toman la iniciativa política, antes detentada por el grupo en el poder. Esta iniciativa política que toman algunos grupos rompe esa hegemonía y consenso antes establecido, planteando reivindicaciones, en el caso revisado en este trabajo demandas como la tierra o las libertades democráticas, ausentes ellas, que cuestionan el orden estipulado. Los programas de la guerrilla así lo planteaban: la tierra que se reparta, la reforma agraria que se cumpla, que haya cambios políticos y sociales, económicos y de participación. El pasado estaba con ellos: en otros movimientos, por ejemplo en el estado de Guerrero, la toma de las armas se había dado por la lucha por la tierra. Sólo solicitaban eso que se les había prometido. En los años sesenta, siguiendo este argumento, en Guerrero el analfabetismo es de 62%; es el primer sitio en fuerza campesina; cuatro compañías acaparan 80% de los bosques. En cambio, las organizaciones campesinas no gozan de créditos y el cacicazgo local es su interlocutor (Castellanos, 2007). No se miran los beneficios de la Revolución. Sus armas las han dejado tiempo atrás. Si intentan organizarse por fuera de las centrales oficiales se desata la violencia política contra las organizaciones campesinas. El cacicazgo es un elemento central en las relaciones

sociales, comerciales y políticas del estado. La tierra es acaparada por algunas autoridades, se despoja de sus parcelas a campesinos. Las guardias blancas, grupos armados al servicio de caciques, eliminaban descontentos posibles de campesinos (Bartra, 1996). En el gobierno se encuentra el general Raúl Caballero Aburto, que asciende al poder en 1956, quien se caracterizaba por la mano dura con que ejercía el poder: "los conflictos, siempre violentos, con los campesinos de las regiones forestales eran constantes y podían degenerar en enfrentamientos prolongados con agentes locales y, a veces, con tropas federales" (Bellingeri, 2003: 115).

Genaro Vázquez y su organización participarán electoralmente; les realizarán un fraude y su movimiento de protesta se verá reprimido. Al frente de la resistencia y coordinando políticamente a la oposición queda Genaro Vázquez: "Genaro tendría que vivir acosado por siete años más para ser arrojado definitivamente a las armas... su organización será transformada de política en político-militar" (Castellanos, 2007: 111). En una entrevista en 1971 Genaro Vázquez señala: "se luchó por todas las formas posibles y 'legales'. Miles de papeles con quejas pasaron por mis manos sin que ninguna de éstas fuera resuelta en forma razonable para los campesinos... Y nos cansamos" (en Bartra, 1996: 143). Otro tanto sucede con Lucio Cabañas, que en su momento expresará: "nosotros organizábamos a los maestros y uníamos a los campesinos para luchar contra las compañías madereras y [contra] tantos impuestos... Y también uníamos al pequeño comercio", pero los reprimieron una y otra vez, y también se cansaron (en Montemayor, 1991). La ruptura con el orden impuesto era inevitable. La crisis es desaparición del consenso, en sentido estricto, y las clases o grupos subalternos no están ya sometidos a él, no se suman, es más, lo cuestionan y tratan de erosionarlo. Proponen otro orden, otras maneras de consenso, pero no terminan por mostrarse o arribar a su punto, no llega a constituirse en visión dominante.

En consecuencia, para sobrevivir, la clase dominante echa mano de varios recursos, como lo que algunos denominan cooptación, y en Gramsci (1980) es "transformismo", ese fenómeno en que el grupo en el poder incorpora y asimila

intelectuales de las clases subalternas o de posiciones de oposición, irrumpiendo así en la posible organización de un bloque histórico más amplio que el que se manifiesta. Se mina, de esta manera, al surgimiento de expresiones alternativas, opuestas a la visión dominante y hegemónica. Baste recordar las sumas de intelectuales a la política de Luis Echeverría, que en algunos casos llegaron a expresar: "Echeverría o el fascismo". O la suma de intelectuales latinoamericanos perseguidos de las dictaduras militares, que cobijaban al primer mandatario en sus viajes (Grange y Rico, 1997), respaldando, al mismo tiempo, su doble política: afuera asilo y solidaridad con el perseguido, adentro represión y violencia a la disidencia.

Ese grupo social dominante es un "bloque ideológico" (Gramsci, 1980: 101). La supremacía de un grupo social se manifiesta en que impone una dirección y en que implementa un dominio: "un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter incluso por las fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines y aliados" (Gramsci, 1980: 99). Cuando el grupo social tiene el poder debe ser dominante y al mismo tiempo ser dirigente. Si no se quebranta su hegemonía. En México, durante la guerra sucia, lo primero sucedía, lo segundo ya no.

Cabe señalar que los gobiernos totalitarios se han desarrollado vía partidos únicos (Arendt, 1951). Como el Partido Revolucionario Institucional (PRI) que duró siete décadas en el poder. El partido-gobierno, se llegó a decir. El mismo que al ser sacado del poder se ha negado a que se esclarezca la guerra sucia que distintos gobiernos emanados de sus filas emprendió contra la guerrilla en esas décadas de terror.

#### **10. 4 Violencia de un gobierno de corte totalitario**

La guerra sucia implicó no reconocimiento de la lucha guerrillera, implicó descalificación, exclusión silenciamiento; implicó represión, persecución de parte de la policía política y del Ejército; implicó encarcelamiento ilegal, detención en cárceles clandestinas; implicó estancia en cárceles legales sin juicio de por medio;

implicó desapariciones y ejecuciones; implicó tortura cruel, terrorífica; implicó detención y tortura de familiares, implicó muerte.

En una carta dirigida al periodista Julio Scherer, por la publicación del libro *Los patriotas*, un grupo de ex guerrilleros (Aguilar Terrés, *et. al.* 2004: 21-22) expresa: "negamos haber ensuciado la guerra. Hoy más que nunca queda claro que la lucha armada en nuestro país fue fundamentalmente una reacción válida, entre otras, frente a los criminales hechos represivos que con toda impunidad llevaron a cabo los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz y de Luis Echeverría"; y cuestionan: "En el periodo de descomposición de la lucha armada de los setenta hubo efectivamente 'operativos' de la guerrilla que fueron más allá de la defensa y que llegaron a lindar con el terrorismo". Cuestionan: "¿dónde están las evidencias de que los guerrilleros hayan secuestrado y torturado a civiles, policías y soldados? ¿Cuántos, de todos aquellos que enfrentaron con absoluta impunidad a la guerrilla, fueron desaparecidos por ésta? ¿Cuántos de ellos fueron lanzados vivos al mar por los guerrilleros?". Luego agregan: "Seguimos pensando que la mayoría de los que entonces nos incorporamos a las filas guerrilleras fuimos jóvenes que creíamos en un ideal, que nuestra utopía no ha muerto y que está junto a nuestras esperanzas de un mundo mejor".

Tal pensamiento lo suscriben otros más, y Alberto Híjar, quien en su momento participó en la conformación de una agrupación guerrillera de aquellos años, y en consecuencia sufrió la tortura y la cárcel por su "atrevimiento", las sintetiza así: "Los años setenta fueron tiempos de una represión muy violenta, dirigida contra jóvenes que sólo tenían posiciones políticas distintas a las de los partidos... [hubo] una guerra sucia y miserable" contra esa disidencia política (en Grange y Rico, 1997: 123).

La guerrilla actúa, realiza acciones, algunos excesos, claro: las guerrillas expropiaban "secuestran y asesinan. Pero en vez de que el gobierno las combata con los expedientes de la ley, es decir, atrapando a sus integrantes, juzgándolos y encarcelándolos (ofreciéndoles garantías de juicios apegados a derecho), recurren a métodos no sólo ilegales sino deleznable: la tortura, el asesinato, la desaparición. Son los años de la llamada 'guerra sucia'" (Woldenberg, 2004: 27).

Los excesos son muchos y crueles. Los documentan para uso confidencial, la policía política va haciendo registro de algunos de estos métodos funestos. En un vídeo que la propia DFS elaboró se indican algunas características y funciones de ésta. Así, se señala que la Brigada Blanca está integrada por “elementos que han recibido adoctrinamiento político de una manera exhaustiva”; asimismo, que “Los agentes de la Brigada Especial están convencidos al grado del fanatismo de que su misión es necesaria para no permitir que grupos subversivos, clandestinos y armados cambien la historia de México, como han cambiado la historia en otros países. Conjuntamente con la instrucción política, se les ha adiestrado en el manejo de todo tipo de armas, en el conocimiento de artefactos explosivos, y se les ha proporcionado un acondicionamiento físico especial”. En torno a su ideología y funciones se dice: “Actúan en comando relámpago en contra de miembros de grupos subversivos, tanto urbanos como rurales, con tales resultados que conducirán a su total aniquilación” (en Torres, 2005: 23). Eso se señala en el vídeo *Así es la Dirección Federal de Seguridad*, que se filmó en 1981, cuando Nazar Haro encabezaba esa dependencia, y se realizó para uso del entonces presidente José López Portillo, quien a su vez registrará en sus memorias el “buen trabajo” que realiza la DFS al aniquilar a la LC23S.

Las ciudades tenían a la DFS para atacar a la guerrilla urbana. En la sierra el Ejército hacía lo propio, lejos de las miradas testificantes de los excesos castrenses. Para Julio Scherer (2004c: 33) “la guerra sucia en Guerrero fue como la guerra sucia en Chile o en Argentina. Frente a la vesania, esa locura furiosa, carecería de sentido hablar de un mayor o menor número de muertos acá o allá. El dolor no tiene medida”; y en efecto, “como en Chile o en Argentina, el Poder Ejecutivo hizo suyo al Poder Judicial. Estaba en el orden de las cosas que así fuera”. Esto mismo, la sintonía de actuación para acabar con la guerrilla, ocurrió con otras instancias, como los medios de información (Rodríguez, 2007).

El poder no quiso que ello quedara registrado en la memoria, para que nada se digiera al respecto décadas después de lo ocurrido. Silencio demanda el poder que perdió el consenso, al que le llegó la crisis de hegemonía. Y desde donde se desprendió el terror. La guerra sucia.

## 10. 5 El terror que trivializa y no reconoce

En algún momento Arendt empleaba la noción "mal radical", años después empleará la "banalización del mal", aludiendo más o menos a lo mismo. El significado del mal está en el centro de ambos conceptos. Escribirá, así: "ahora estoy convencida de que el mal nunca podrá ser 'radical', sino únicamente extremo, y que no posee profundidad ni tampoco ninguna dimensión demoníaca. Puede extenderse sobre el mundo entero y echarlo a perder precisamente porque es como un hongo que invade las superficies" (en Bernstein, 2000: 237).

El mal radical consiste en volver a los seres humanos "superfluos en tanto seres humanos", se "banaliza", una especie de abandono a las fuerzas inhumanas que agreden y como consecuencia la degradación de lo humano a un nivel animal; eso hace el totalitarismo (Bernstein, 2000: 246). Se deshumaniza, diría Martín-Baró (1983), los seres humanos dejan de serlo, se vuelve, ante la mirada y trato del que tortura, cosas, cosas de las cuales pueden deshacerse, por eso se les puede infligir castigos. Los guerrilleros, en consecuencia, no son actores sociales, de hecho, no son humanos, son terroristas; no son personas, son cosas susceptibles de ser aniquilados, por eso se le ejecuta, por eso se les llama "paquetes" (Veledíaz, 2004): se trata con "paquetes" no con seres humanos.

Eso se encuentra en la línea de lo que entiende Arendt por mal radical: "me parece que tiene que ver de alguna manera con el siguiente fenómeno: hacer que los seres humanos sean superfluos como seres humanos (no usarlos como un medio para conseguir algo, lo cual deja intacta su esencia como seres humanos y solamente incide en su dignidad humana, sino hacerlos superfluos como seres humanos)" (en Bernstein, 2000: 243). Puede, en seguida, entenderse lo que el diputado Carlos Flores Rico, del CEN del PRI, en su momento expresó: "Lo sucedido hace más de 30 años no fue una guerra sucia sino excesos que forman parte del archivo de recuerdos tristes que no tienen por qué renacer. Los que insisten en hacer una purga del pasado y quisieran enjuiciar al expresidente no toman en cuenta que era un jefe de Estado y no un agente policiaco. Él no hizo absolutamente nada más que cumplir con su deber. No veo la utilidad de estar

rascando rencores vivos, porque una cosa son los abusos y otra muy distinta reconfigurar el pasado”, después agrega: “basta de que seamos rehenes del pasado; me opongo a cualquier cosa del pasado que irrumpa en nuestro futuro. El rencor ya fué superado por la mayoría, y la población de 35 años en promedio ve la llamada guerra sucia como una época lejana... Los que insisten son los que están prendidos al *rock and roll* de los años sesenta” (en Monsiváis, 2004a: 60). Su perorata no podía quedar sin conclusión, cuando señala: “En la guerra sucia no todo fue malo”. A estas alturas del siglo XXI no sabemos aún qué de bueno tuvo esa guerra cruel contra mexicanos disidentes.

Funcionario público en los tiempos de la guerra sucia, el priista Everardo Espino (2004: 23) dice sobre lo ocurrido en esas décadas de represión, que no fue guerra sucia, ni guerra, “sino el mantenimiento del orden público y de los derechos de la gran mayoría del pueblo mexicano frente a la asonada, el asalto armado y la violencia como argumentos políticos”. Y espeta: “Quienes sirvieron con responsabilidad y madurez a los gobiernos de esa época lo tenían bien claro. Se trataba de cuidar a la nación de los enemigos de adentro y de afuera, de quienes nunca han querido un México fuerte, independiente y soberano”. Justificación de mal. Mala justificación. Lo dijo Hannah Arendt: “la calamidad de quienes carecen de derechos no es que estén privados de la vida, de libertad y de la búsqueda de la felicidad, ni de la igualdad ante la ley ni del derecho a opinar libremente – fórmulas todas que fueron diseñadas para resolver problemas en el seno de comunidades formadas-, sino que ya no pertenecen a ninguna comunidad; que era lo que estaba sucediendo con los señalados de pertenecer a la guerrilla; “su infortunio no consiste en que no sean iguales ante la ley, sino que para ellos no existe ninguna ley. No es que estén oprimidos, solamente en la última etapa de un proceso bastante largo resulta amenazado su derecho a la vida. Sus vidas solamente están en peligro si se vuelven totalmente superfluos, si no se puede encontrar a nadie que los ‘reclame’... [se crea] una condición de total ausencia de derechos antes de que fuera desafiado el derecho a la vida” (en Bernstein, 2000: 243-244). Por eso es que un jefe policiaco llegó a espetar que no importaba que

los jueces dejaran libres a los guerrilleros, la policía haría su trabajo: aniquilarlos. Los guerrilleros no eran sujetos ante la ley.

En el mal radical, en la dominación total, operan tres pasos: a) la muerte jurídica de las personas; b) asesinato moral de las personas, y c) la destrucción sistemática de la individualidad: "para destruir la individualidad hay que destruir la espontaneidad... Entonces no queda nada más que marionetas fantasmales con rostros humanos" (en Bernstein, 2000: 244). Que es exactamente lo que sucedía con aquellas personas que participaban en la guerrilla y contra quienes operó la guerra sucia. Se les nulificó en distintos planos, se les aplicó terror y se les desapareció (Rodríguez, 2007). Ello es consecuencia, puede advertirse, de la lógica del terror del poder: "lo que persiguen las ideologías totalitarias no es la transformación de la sociedad, sino la transformación de la misma naturaleza humana", como el trato inhumano que se realizaba a los presos-secuestrados que permanecieron en las llamadas cárceles clandestinas, y así "el sufrimiento que siempre ha sido excesivo en el mundo, no es la cuestión, ni tampoco el número de víctimas. Lo que está en juego es la naturaleza humana" (en Bernstein, 2000: 244-245).

Y todo ello se mantuvo en el olvido, y como con el silencio se edifica la desmemoria, se ha mantenido, asimismo, en el olvido, de ello no se ha dado cuenta, de ello no se narra nada en los libros de texto de historia en la educación pública de nuestro país. El historiador historicista "empatiza con el vencedor", y quienes en el presente dominan provienen de aquellos que en su momento vencieron. "Todos aquellos que se hicieron de la victoria hasta nuestros días marchan en el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que yacen en el suelo" (Benjamin, 1942: 21). El denominado progreso, de la denominada "armonía y paz social" lemas estos que se plasmaban en los muros de las ciudades cada tanto que había elecciones parlamentarias, trataban de mostrar que el conflicto y la lucha guerrillera no había existido, que todo era avance y armonía, pero en realidad algo escondían: "No hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de identidad" (Benjamin, 1942: 22).



En esta lógica olvidadiza y de barbarie no se reconocen los excesos, porque se han omitido desde que se practicaron, porque no se reconoce al otro, al adversario, al guerrillero. No existe en el discurso, no existe en la contienda, no tiene demandas sociales ni políticas. Es insignificante, en el sentido de que no cobra relevancia. Se le ningunea (Mier, 2008). Por tanto, tampoco existe responsabilidad de los excesos. Hay responsabilidad en las personas, en tanto seres que pueden narrar y actuar. Por tanto se les pueden atribuir causas de su propio accionar, ser imputable. Si hace daño, se le puede demandar la reparación, pero también la sanción. La imputabilidad, que se desprende de la acusación que los demás hacen sobre alguien, en esa línea, lo hace responsable ante los demás. En el reconocimiento debe haber reciprocidad. Pero no hay reconocimiento cuando no hay mutualidad. Para reconocer, entonces, hay que hacer conflicto. A la guerrilla no se le reconoció, no se le considero un actor social. De ello se deriva, que no hay responsabilidad. Por tanto, si "lucha por el reconocimiento está en el centro de las relaciones sociales" (Ricoeur, 2006), la lucha de la guerrilla estuvo en este plano, y no logró sobrepasarlo.

Ahora bien, desde ciertas ideologías se asume que el ciudadano, las personas, los subalternos, deben someterse al poder y sus disposiciones, sus planes. No hacerlo implica, al mismo tiempo, poner dispositivos para negar ese reconocimiento de las personas. La igualdad y la justicia, en consecuencia, están negadas. Desde lo institucional hay una negación del reconocimiento (Ricoeur, 2006). Se inicia la lucha por el reconocimiento. Sobre todo en el orden vertical, donde el poder, el grupo social hegemónico, impone. En un orden de corte jurídico se presenta la lucha por el reconocimiento de igualdad y justicia, por ciertos derechos, por la tierra, por ejemplo. Y se hace porque persiste la desigualdad social en distintos planos, porque ellas generan exclusión y golpean a ciertos grupos o sectores de la sociedad, campesinos, por ejemplo. En distintos escenarios de la vida social esta lucha por el reconocimiento se expresa: por el de las libertades democráticas o de la tierra, por citar dos casos.

El reconocimiento mutuo, como comprensión del otro. Reconocer a algo o alguien implica captar la identidad del reconocido, por ejemplo su justa lucha o

demanda. En ese trazo, debe haber una búsqueda de entendimiento recíproco, entra ahí la apuesta de las personas, grupos, por el reconocimiento de sus derechos. De lo moral de la idea, se pasa al terreno político, social: el reconocimiento de la lucha del otro. El otro, o los otros, como punto a reconocer, lo distinto, incluso lo opuesto. "Para identificar es preciso distinguir, y se identifica distinguiendo. Este requisito no rige sólo la teoría del reconocimiento limitada al plano teórico, regirá también, con igual insistencia, todos los usos nacidos del cambio del reconocer al ser reconocido: la persona humillada aspira precisamente a ser distinguida e identificada..." (Ricoeur, 2006: 419)

En el México de los años sesenta y setenta del pasado siglo no hubo reconocimiento. Las relaciones sociales que se tejieron entre gobierno y guerrillera fueron, más bien, de no reconocimiento. Los "nuevos actores" que entraron en escena y que ponían en duda la legitimidad del poder, fueron relegados, omitidos, no reconocidos en el discurso y se desplegó un trato de nulificados por medio de la aniquilación. Pero, en el centro de toda esta relación de la clase política y de los subalternos, la relación que plantea Gramsci (1980), se encuentra el quebrantamiento del consenso y el no reconocimiento que indica Paul Ricoeur (2006). Nulo reconocimiento. No lo tuvieron los guerrilleros tanto de la sierra de Guerrero como de las ciudades: prescrito reconocimiento, no existieron en el discurso oficial, ni en la prensa ni en la sociedad. y es que las relaciones políticas han estado atravesadas por el conflicto, por el no reconocimiento. Reconocer a los otros lleva a identificarlos y distinguirlo y saber entrar en relaciones armónicas o de convivencia. Con ese otro, lo que hubiera implicado, en el caso revisado, atender las causas de los distintos levantamientos guerrilleros en los años sesenta y setenta del pasado siglo XX.

La lucha que desplegó el Estado mexicano contra la guerrilla lleva consigo una falta de reconocimiento del otro, de sus causas, de sus demandas. La diversidad de pensamiento, por ejemplo, tampoco tuvo reconocimiento. El dominio con ferocidad fue la respuesta a este no-reconocimiento. La ideología de los grupos dominantes se impuso con represión. Unilateral fue el accionar: guerra

impuesta. Y en donde hay unilateralidad no hay alteridad y por ende tampoco reconocimiento.

La lucha por el reconocimiento, hay que decirlo, lo ha sido en nuestro continente desde al menos la conquista. Las distintas resistencias así lo muestran. Resistencias como luchas por el reconocimiento. El reconocimiento del que aquí se enuncia, va en el sentido de una resistencia frente al poder y una defensa de los derechos ante el dominio del poder que reduce a su visión particular la otredad guerrillera; ser reconocido, en una primera instancia, significa resistencia ante la represión sufrida y una defensa de la otredad, la cual expresa que no se espera que el reconocimiento llegue de una manera pasiva, sino a través de una lucha que los mismos grupos disidentes, en este caso guerrilleros, habrán de emprender en defensa de sus diferencias.

La guerrilla no logró, en ningún momento, reconocimiento.

IV. CUARTA PARTE:  
GUERRA SUCIA, MEMORIA Y OLVIDO

## CONCLUSIONES

### 1. La apuesta al olvido

Existen hoyos negros en el pasado mexicano, en cuanto a la actuación que el Estado mexicano tuvo contra los movimientos armados. Tales hoyos negros constituyen un vacío sobre sucesos trágicos en la vida del país. Eventos incómodos para el poder, para aquellos que gobiernan. Esos que, en décadas, negaron los excesos que cometieron, pues los silenciaron. El silencio como ruta que transita hacia el olvido social. Ese olvido que se impuso como forma de convivencia, como manera de relación social que intentó, en nombre de la "paz y tranquilidad social", omitir un periodo importante de la vida social y política de México: la existencia de grupos guerrilleros, que actuaron en las décadas de los sesenta, setenta e inicios de los ochenta. Estos grupos guerrilleros surgieron de movimientos sociales reprimidos. Es decir, su participación en el campo pacífico y legal se vio cancelada por la represión que sufrieron. Se vieron orillados a la toma de las armas, lo mismo en el campo que en las ciudades. Esto supuso una especie de crisis de legitimidad del Estado mexicano, porque éste ya no respondía más a los intereses y demandas de distintos sectores sociales. Una clara manifestación de ello, lo constituye la lucha armada.

A estos grupos guerrilleros, que conformaron la Segunda Ola Armada, se les atacó con los distintos instrumentos que el Estado mexicano tuvo a su alcance, lo mismo un juicio arreglado (para mantener a alguien en la cárcel sin sentencia alguna), que la desaparición forzada (cuerpos mutilados de por medio), con sangre regando literalmente las calles en que se combatía a la disidencia armada. Cuando uno de los actores de esa ola guerrillera señala que fue el Estado quien desató "una guerra miserable" contra aquellos que pensaban diferente, no está mintiendo ni alejándose de lo que ocurrió en las décadas de los sesenta, setenta e inicios de los ochenta en el siglo XX mexicano.

Pero de ello no se habló. Lo poco que aparecía en la prensa escrita de entonces se expresaba en notas rojas o en la sección policiaca, y se denostaba a los guerrilleros: se les llamó terroristas o bandoleros para disminuir su impacto y

legitimidad. Cosa que según parece lograron, lo del impacto y legitimidad, porque no se les conoció, no hubo espacio para que de sus causas se diera cuenta. Salvo excepciones, como cuando presionaban al realizar algún secuestro y exigían se diera a conocer en un manifiesto el por qué de su lucha. No más. En su lugar, de la guerrilla se conoció su existencia pero en el ámbito delincuencial: se criminalizó su actuación y existencia; un proceso denominado ideologización. Esa manera de trato, es un mecanismo que conduce al olvido, porque al paso del tiempo no queda rastro de guerrilla alguna, sino de terroristas y asaltacaminos, algo distinto a un luchador social. El significado del luchador social se va diluyendo, y por eso se presenta la innovación, la sorpresa, cuando surge una guerrilla en el presente, porque en el pasado no las hubo, al menos desde el discurso dominante que se ha impuesto. En efecto, la retórica del poder va inclinando la balanza hacia donde quiere que se sesgue lo que está ocurriendo, y la retórica fue posicionando a la disidencia armada en un sitio poco positivo, más bien vilipendiado. El contexto posibilitaba ello. En medio de una guerra fría internacional y de una guerra cruenta interna, en la que el gobierno mexicano se hacía eco de las “conjuras comunistas” y de las “ideas extranjerizantes”, los industriales, dueños en parte del poder, reclamaron no dar el más mínimo espacio a lo que oliera a izquierda igualitaria, a eso que provenía de la Cuba de Fidel Castro y del *Che*, o del Chile de Salvador Allende. Eso olía a peligro y a comunismo internacional, con todo y sus mitos de sovieterizar la economía.

A la par de la retórica del poder, de esa retórica de la verdad, se efectuaban prácticas crapulosas, que tendían a ir minando y fenecer a la guerrilla y a sus apoyadores. En los sitios algo distantes, fuera de la mirada periodística y de los ojos internacionales que pudieran realizar denuncias, se desplegó una masacre campesina: la sierra fue escenario de muertes a contentillo de quienes ejercían el mando en las fuerzas armadas en esos momentos y lugares. Campesinos acusados de apoyar a la guerrilla fueron asesinados y/o desaparecidos, y las denuncias, pocas, dadas las condiciones de ese tiempo, no hacían eco en instancia de justicia alguna. Primero reprimieron a los campesinos y maestros cuando participaban en la vía legal, y en parte por ello toman las armas dos de sus

dirigentes, después, con las armas en la mano, siguen siendo perseguidos por los mismos que antes los orillaron a armarse. El gobierno, olvidador y olvidadizo como es, no recordará esas represiones, pues no se registran en el calendario oficial, pero las comunidades de la serranía, memorísticos como son, sí lo harán, recordarán de dónde vienen, porque eso es parte de su identidad, y al hacer memoria darán cuenta de cuánto han resistido: desde los tiempos de la Revolución o incluso antes, desde la gesta de Independencia: el nombre de su estado así se los recordará: Guerrero. Por eso se suman a la lucha contra la injusticia, como en otros tiempos, armas en la mano de por medio, y por eso resisten, y por eso, a fines del siglo XX e inicios del XXI, continúan los mismos o su sangre, en otro movimiento guerrillero. Continuidad, esa que posibilita la memoria.

Los excesos, muy violentos ellos, se cometieron también en las ciudades, ante la mirada algo indistinta de la gente y de los medios. En el primer caso no podía ser de otra forma: no existía, en el discurso social ni en el espacio público, la guerrilla. ¿Cómo solidarizarse así con ella? ¿Cómo protestar el avasallamiento de que era objeto? La policía política fue cruel, pero esa crueldad no quedaba registrada en el mundo civil y en la opinión de la gente: desde el presente se preparaba el terreno para el olvido. Olvido social que, como se sabe, está atravesado por el poder, poder que impone su versión de los hechos y que señala qué hay que recordar y qué olvidar. Y esa versión, histórica, se imprime en discursos oficiales, en libros de texto, en los medios, en los sitios de dominio del poder, como en las instituciones. Ello explica, en buena medida, porque en el presente, la sociedad apenas está tematizando la cuestión de la guerra sucia. Antes no estuvo en el espacio público, en el sitio de lo comunicable, salvo en pequeña escala, como cuando las madres, las doñas de algún comité, gritaban a voz en cuello que presentaran con vida a sus hijos. Los excesos del poder se mantuvieron como algo privado, en la esfera de la incomunicabilidad, aduciendo que eran cuestiones personales y que si mataban a un joven, guerrillero o no, era porque algo habría hecho. La traza del olvido social se estaba realizando. La memoria, antes de configurarse, se imposibilitaba, de esa manera.

Las detenciones ilegales, las cárceles clandestinas en que mantuvieron a los secuestrados, tampoco existieron en la retórica oficial, incluso a la fecha sigue negándose su existencia. Puntos oscuros en el pasado mexicano son esos momentos. Omisiones y relegamientos necesarios para delinear la indiferencia. Indolencia para con lo que pasaba, por parte de la sociedad, que no se percataba que muchos de sus jóvenes, en las grandes capitales, como Monterrey, Culiacán, Guadalajara, ciudad de México, estaban siendo detenidos ilegalmente, reclusos en sitios ilegales, como los campos militares, y estaban siendo torturados. Sobre los campesinos de la sierra de Guerrero, algo similar ocurría: no se sabía, no se miraba, no se estaba al tanto de que estaban siendo sus poblados cercados, aniquilados en algunos casos, concentrados en sitios centrales otros, y que había campamentos militares donde se les estaba trasladando y que ahí eran sometidos a crueles tratos, torturas, para declararse guerrilleros o, al menos, confesar que brindaban apoyo a los alzados en armas.

Tortura para sacar confesión, para amedrentar, para intimidar y obtener información sobre los que seguían libres y actuando; tortura para lacerar el cuerpo, para mostrar quién era depositario del poder, de quién dependía la integridad, libertad y vida: "yo soy quien decide si vives o mueres", solía decir un policía político capaz de, efectivamente, arrancar vidas, porque a partir del pensamiento en que se movía, no tenía ante sí a personas sino a sujetos, adversarios, comunistas, terroristas, "paquetes", como les llamaban. Cosificaba el mundo, al menos a quien estaba detenido. El contexto ideológico así lo posibilitaba. Se estaba luchando contra el mal, contra enemigos externos y, en consecuencia, debía con ellos acabarse. No obstante decirse que se luchaba contra ese mal, oculta y clandestinamente se efectuaban prácticas poco humanas y, por tanto, prácticas que debían esconderse, silenciarse, mantenerse en secreto. Doble secreto el de la tortura: torturar para obtener información confidencial y el acto de torturar mantenerse en silencio para no mostrar que se aplicaba terror a los adversarios. Lo cual se entiende, pues en siglos anteriores el suplicio era público, para escarmiento, pero al paso del tiempo se recorrió a la esfera privada, para dejar la idea que la humanidad no era salvaje: correr lo público hacia lo



privado para aparentar. De mostrar a esconder, de decir a ocultar. La pugna entre hablar y callar, entre lenguaje y silencio. Así se va configurando la sociedad, en su pasado y en su presente.

Y cuando a los que torturaban se les “pasaba la mano”, los cuerpos inertes ya, caían. Eran aniquilados en algunos casos, pero en otros eran deliberadamente ejecutados, para complacencia de los que habían sido afectados por el actuar guerrillero, como cuando tiran un par de cuerpos de militantes frente a las casas de los poderosos, como diciéndoles, “aquí están los responsables; ya no respirarán más”, sacrificados con señales del suplicio por el que los hicieron pasar antes. Un cuerpo para mostrar es la prueba de que algo está sucediendo en la sociedad; un no cuerpo, un desaparecido, tiende a no dejar señal de que eso sigue ocurriendo. De ahí que haya que deshacerse de los cuerpos, ya sea en los vuelos de la muerte, inaugurales en México y después exportada la práctica a tierras lejanas, o en fosas clandestinas. Sin cuerpos no hay delito; sin cuerpos no hay artefacto con qué conmemorar.

Así ha sido la batalla entre la memoria y el olvido, entre el cuerpo que enterrar y el cuerpo desaparecido. En el primer caso, hay duelo, hay certeza del fin, hay proceder para enterrar y hay sitio que visitar y conmemorar. En el segundo caso, no hay duelo que realizar, no hay certeza de la culminación de la vida de la persona, no hay a quién enterrar, no hay lápida que señalar, no hay espacio que visitar y donde tener la memoria del familiar. En ese sentido es que el asesinato y desaparición del cuerpo da cuenta de la batalla del olvido contra la memoria.

Y eso lo han sabido desde siempre los que ejerciendo el poder despliegan prácticas tendientes a aniquilar a algún grupo social, igual que su memoria. Para dominar a un grupo o una colectividad, no sólo hay que someter militar y violentamente a los doblegados, hay que apoderarse de su cultura, de su memoria, de sus sitios, de sus fechas, someter su lengua, acallarlos. No hablar de ello, o al hacerlo ideologizarlos. Así ha pasado con las mujeres durante largos siglos; así ha ocurrido con los negros, también durante siglos; así ha sucedido con los indígenas de distintos lados, después de los sometimientos; así ha pasado con los pueblos doblegados o colonizados; así ha ocurrido con las distintas minoría a

lo largo del tiempo: leprosos, brujas, esclavos, disidentes, feministas, y un largo etcétera, se les ha silenciado o se les ha dibujado desde la visión del poder. Y lo que queda, tiempo después, es la versión oficial de los sucesos. La mirada de los implicados, de los señalados, no aparece, ni al margen: es una memoria alejada, más bien constituyendo un olvido, porque no se hace presente, no aparece en el discurso abierto, público. Las brujas no se narraron, los esclavos no se escribieron, los indígenas no se expresaron, de los guerrilleros mexicanos se silenció su versión de lo que estaba pasando.

Legitimarse relegando y velando otras versiones del pasado, sobre todo si son recientes, es una hazaña del poder, de las instituciones impositivas. Y eso ha ocurrido en México, al menos en su siglo XX, al menos en el caso que nos ocupa, el de la guerra sucia. El Estado mexicano, su gobierno, sus instituciones, negaron y silenciaron desde los años sesenta la existencia de guerrilla en nuestro país, negaron y silenciaron la represión que desataron contra esos disidentes armados; le apostaron al olvido. Y en buena medida les funcionó, toda vez que a la fecha se desconoce, por buena parte de la población mexicana, que en este territorio hubo guerrilla y, más aún, que hay desaparecidos de entonces, que se les sigue buscando y que se demanda su presentación. Eso ocurrió en otros países, no aquí, han señalado. El terror implementado en las décadas de los sesenta, setenta y parte de los ochenta, aún se desconoce. De ahí que sean necesarios diversos esfuerzos para que ello se reconstruya.

## **2. Las batallas de la memoria**

El silencio es un camino que conduce al olvido, que trae consigo el entierro de calamidades, de sucesos que no se quieren exponer. La memoria tiene la virtud de desenterrarlos, de comunicarlos, de exponerlos. Con diversas obras, advierte el poeta Juan Gelman, se intenta acabar con "el silencio que navega sobre la amnesia". El mutismo achica la realidad pasada de una colectividad, porque omite acontecimientos o periodos importantes para una sociedad. El lenguaje amplía la intersubjetividad, la realidad comunicativa de los sucesos que una sociedad experimentó en tiempos anteriores. El primero crea zonas vacías, hoyos negros; la

segunda enriquece las versiones que sobre las experiencias significativas pasadas ha tenido una sociedad. Cuando existe una sola versión sobre lo que aconteció años o décadas atrás en una nación, ésta se sabe y se siente empobrecida, como que algo le falta, y ese algo es justamente su memoria, sus múltiples memorias colectivas.

El silencio es como caer en el vacío, en el agujero negro, en un sueño donde no sucede o no acontece la realidad. De ahí que al dar cuenta de distintos episodios, como las tragedias vividas, en ocasiones se cae en que se “pretende decir lo indecible” y en que el testimonio de tales sucesos “incursiona incesantemente en lo no dicho” o lo ocultado. Eso opera para los casos del Cono Sur, pero también para México, donde en todo momento se silenció o, en el mejor de los casos, se negó la existencia de presos y desaparecidos políticos; nada sobre la guerra sucia.

No obstante, la memoria necia, terca, que siempre tiene algo que decir, algo que comunicar, insistió a través de algunos grupos que era posible susurrar y después gritar que tenían que irse aclarando los acontecimientos de la guerra sucia. Y así, contrariando las declaraciones gubernamentales, entre 1977 y 1987 el comité Eureka logró excarcelar a 147 prisioneros que se encontraban en cárceles clandestinas, la mayoría en dependencias militares. En términos beligerantes, usando una metáfora, ésta es una batalla ganada al olvido.

Pero otras tantas batallas se han desplegado y ahora comienzan a verse los resultados. Desde 1974 doña Rosario Ibarra busca a su hijo desaparecido por la DFS, y desde entonces dondequiera que va, al igual que otras doñas, hablan, gritan, despliegan la manta con los nombres de sus hijos, con las fotografías de éstos, y reclaman: “vivos se los llevaron, vivos los queremos”, y a ellas se han sumado otros familiares que exigen lo mismo. Una batalla más ganada al poder es el fallo que en el año 2009 dictó la Corte Interamericana en contra del Estado mexicano en el caso de Rosendo Radilla, detenido y después desaparecido por el Ejército el 25 de agosto de 1974, en un retén militar en Guerrero. Por eso puede advertirse como fruto de este combate por la memoria que a diez años de su creación la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) haya emitido un

informe en el que se documentan 532 casos de desaparecidos, asunto todavía un par de años atrás silenciado por la versión oficial. Lo cual no es nuevo, toda vez que hacerse de la memoria y del olvido es uno de los procedimientos de los grupos que dominan las sociedades. Pero la memoria resiste los embates, los silencios, las argucias y cuando encuentra condiciones se desdobra, se manifiesta, cosa que saben los que sufrieron la represión en México.

Y para ello hay que enunciar, expresar, hablar, narrar, en las condiciones en que se pueda. Ahora están apareciendo testimonios, narraciones sobre lo ocurrido en esas décadas de represión: foros, encuentros, congresos, conferencias, libros, memorias, etcétera, expresiones que permiten ir dibujando lo ocurrido, aunque doloroso, pero necesario, para dejar en claro qué ocurrió en esos tiempos y sus impactos en el presente. Pero una década atrás esto no era posible; no había condiciones políticas que lo permitieran. En efecto, en los ochenta y noventa otra era la manera en que se podía hacer memoria de la guerra sucia. En su momento, la única posible fue la literatura que los propios participantes de estos movimientos armados escribieron. No había de otra. Esta escritura, en su sople permitió adentrarse en los entretelones de estas organizaciones, y saber cómo actuaban pero también cómo respondió el gobierno contra su actuación y discurso. En los ochenta esta literatura fue algo marginal, pero se posicionó a partir de los noventa, sobre todo con el levantamiento de otras guerrillas, las del EZLN y del EPR, en 1994 y 1996, respectivamente, quizá por la necesidad y la urgencia de entender qué sucedía, asunto nuevamente que corresponde a la memoria. No obstante, esta forma ha sido un buen artefacto para reconstruir ese periodo hasta hace algunos años algo oscuro. Algo similar podría decirse de un tercio de películas, *Bajo la metralla*, de Felipe Cazals, *...De qué lado estás?*, de Eva López-Sánchez, y recientemente *El violín*, de Francisco Vargas, filmes que han contribuido al proceso de reconstrucción de este periodo. Ello en buena medida debido a que tanto literatura como películas han permitido el acceso a diversas perspectivas sobre acontecimientos significativos del pasado, y su recuperación por sectores que se sienten aludidos y que de alguna manera mantienen con vida tales eventos.

Lo mismo que los testimonios, la literatura y las películas, las fechas y los lugares, como marcos sociales, importantes para la memoria que comunica, se ponen de manifiesto en la reconstrucción de la memoria que intenta alejar al olvido; cierto, el calendario del estado de Guerrero tiene muchas fechas que conmemoran masacres o represiones, como el 18 de mayo, día en que Lucio Cabañas es orillado a tomar el rumbo de la sierra y de las armas; o el 23 de septiembre, cuando año tras año en ciudad Madera se concentran ex guerrilleros a conmemorar el inicio de la Segunda Ola Armada. El conflicto memoria-olvido sobre la guerra sucia sigue en pie.

### **3. Lo sucio y lo húmedo**

Sucio, etimológicamente, hace referencia a lo "húmedo", y si hay suciedad, esto es, humedad, sobre los acontecimientos de los años sesenta, setenta y ochenta en nuestro país, hay que sacarlos a la luz pública para su exposición, para secarlos: hay que rememorar. La memoria atraviesa en todo este proceso, ora como tragedia, ora como recurrencia en los métodos por acabar con los grupos armados. Así como ocurre con Guerrero y sus memorias, las hay de otros tantos grupos que también conmemoran a sus muertos de la guerra sucia, y que hoy día mantienen el deseo de que después de tres décadas presentarán con vida a los desaparecidos. Y es que esa es justamente una razón de la memoria: insistir en que ciertos eventos no han concluido, reafirmar la no mortandad de los sucesos del pasado, persistir en su vigencia, toda vez que se encuentran en la memoria de quienes participaron en los acontecimientos o de aquellos que recogen el significado de esos episodios, y los han comunicado por diversas vías, una de ellas, y quizá la más importante por su raigambre histórica en la cultura de la resistencia, la tradición oral, en contra del olvido institucional, del olvido social.

Ahora bien, no se trata, desde la memoria colectiva, de imponer la versión de las víctimas; no, pues lo que se tiene que buscar es la recuperación y difusión de esas posturas, las que se han mantenido ocultas por décadas y que tienen mucho que aportar sobre lo ocurrido en los momentos fuertes de la actuación de la guerrilla. La sociedad mexicana, o cuando menos algunos de sus sectores, está

presta para escuchar las versiones que tienen que dar los atormentados: cómo vivenciaron esos sucesos, cómo sobrevivieron, qué se puede hacer a tres décadas de distancia, y actuar en consecuencia. Los esfuerzos deben encaminarse hacia allá. Es hora de hablar, de rendir testimonios, de despersonalizar lo sucedido, porque en tanto discursos, versiones y comunicaciones permanezcan en el terreno de la privacidad o de lo estrictamente personal, la realidad no se ensancha, al contrario, se encoge, pues no hay mucho que compartir y sí mucho que esconder u ocultar, por lo que hay que llevar lo privado al campo de lo público, ventilarlo, compartirlo, hacerlo comunicable, cosa que no corresponde al olvido sino a la memoria. En el olvido se inscriben las visiones que se autoproclaman como las únicas, verdaderas, más viable, porque excluyen a las diferentes, y no están viajando en el sentido de la pluralidad, sino más bien en el “encogimiento” de ésta. Que es exactamente lo que hace el poder que le apuesta al olvido: no hay que mirar al pasado sino al futuro, anuncia. Pero, justo es reconocer que tienen razón los exponentes del sufrimiento de la guerra sucia, al sentenciar que sobre la base del olvido no puede construirse el presente y menos aún el futuro.

Lo que se propone, en sentido estricto, es que no se plantee ya el “olvido y perdón como condiciones de la gobernabilidad”, porque apostar a esta vía no hace más que aplazar y exacerbar las condiciones de reconciliación; se vale, por el contrario, la memoria y la justicia. El escritor José Donoso advertía: “No temo a la muerte, sino al olvido. Es como si con quien muere, muriera también la memoria y, con ella, tantas cosas que uno ha amado”. La lucha entre memoria y olvido. Otros muchos la han experimentado, muchos que ahora demandan que se esclarezcan los excesos que operaron décadas atrás: queremos saber si nuestros familiares están vivos, y de no estarlo que nos entreguen los cuerpos o nos digan dónde se encuentran. Ese es su reclamo: “Tenemos la esperanza de que regresen a casa, aunque sea ciegos o trozados por las torturas, o al menos saber qué fue de ellos” tal y como señala un ex guerrillero. Tiene razón, de no aclararse lo siempre negado, que en México hubo represión y guerra sucia durante los tiempos de la denominada Segunda Ola Armada, se corre el riesgo de que ello quede impune e

incluso se desarrollen, como ya sucede, procesos similares con los grupos armados de la actualidad. Omitir y olvidar el pasado es desconocer el presente.

Si se quiere un equilibrio social que posibilite el tan anhelado, y anunciado tránsito a la democracia, se requiere, entre otras cuestiones, esclarecer hechos que han quedado arrinconados en la oscuridad de los archivos porque a los anteriores gobiernos priistas les resultaba incómodo que ello se conociera, por la sencilla razón de que sus antecesores partidarios habían sido los planificadores y ejecutantes de tales acciones. No se puede aducir que las cosas ya cambiaron en el país, por el sólo hecho de que los colores del partido en el poder se han modificado, y tampoco se puede, como lo han hecho en últimos tiempos algunos personajes del poder político en México, llamar al olvido. Ello no puede ocurrir, por la sencilla razón de que no puede haber perdón sobre la base del desconocimiento, eso se denomina omisión. En este caso, la omisión pretende dejar húmeda la sociedad en que nos movemos, lo cual resulta sumamente incómodo. Se hace prudente secar el ambiente, y para ello es necesario exponerlo a la luz, a la opinión, a la sociedad, y que de ello quede constancia. No se debe dejar de arrojar luz sobre el pasado, pues sólo la comprensión y claridad de éste permite entender el presente y vislumbrar el futuro.

El poder sigue intentando ocultar, silenciando y omitiendo, los excesos del pasado. Diversos grupos sociales, políticos, académicos, en contraparte, expresan la necesidad de reconocer y reconstruir esos tiempos de dolor. Llenar el hueco, el vacío. Puede decirse que llegó la hora de que hablen los apenas vivos, sobrevivientes, que se sepa lo que pasó en los sótanos del poder, los sitios del dolor, que se recuperen los gritos de detrás de los muros y las rejas, que las ofensas y las quejas sean recuperadas, y se dibuje el pasado desde el presente. Efectivamente, el reconocimiento público de tales prácticas y de la situación de las víctimas, se requiere para la tranquilidad de esta sociedad que aún no ha reconocido los excesos que ella misma sufrió.

En el caso de la guerra sucia en México, la disputa entre memoria y olvido es especialmente fuerte y marcada, contrapuesta: la confrontación ha estado presente, cuestión de preguntarle a las víctimas de tales prácticas. Ahora bien, la

discusión y problematización de lo que ocurrió en los años sesenta y setenta del pasado siglo, es introducida por cuestiones de recuerdo; sí, porque un signo de la memoria es la problematización de la realidad social en torno al pasado, toda vez que enclava la discusión en torno a lo ocurrido, a lo sucedido: la disconformidad con las versiones dominantes se expresa y tienden otros puntos de vista a confrontarse con lo que desde el poder se sostiene. El conflicto memoria olvido, en el caso que nos ocupa, tiende a irse aclarando, al menos esos son ahora los síntomas: la insistencia y consistencia de distintos grupos lo ha permitido: madres, familiares, interesados, afectados, grupos defensores de derechos humanos, militantes, memoriosos, algunos estudiosos, lo mismo que múltiples prácticas conmemorativas han contribuido para evitar que el olvido siga depositado sobre estos sucesos: sobre los excesos del poder en esas décadas se va conociendo más, la memoria se va ampliando, irradiando, se le van ganando batallas al olvido, pero aún falta mucho. Al final, debe iniciarse por un reconocimiento explícito de los abusos y debe asumirse que se practicó una guerra sucia contra la disidencia armada. Una guerra injusta y cruel, al tiempo que se desplegó una batalla contra la memoria desde el olvido.

#### **4. Una posible agenda**

Por último, hay que señalar que los excesos de esa cruenta guerra deben iniciar por el reconocimiento. Baste recordar que el año 2000 fue marco de un contexto donde este tema se discutió, cobró presencia pública dada la posibilidad de sacar del gobierno al PRI. En esa coyuntura varias fueron las voces que se alzaron y propusieron que se discutiera el tema y se creara una comisión que investigara el periodo de la guerra sucia y lo que de sus investigaciones se derivara las asumiera el Ejecutivo. No hubo tal comisión, pero sí una Fiscalía Especial que no brindó los resultados esperados por los sectores interesados. Sus ataduras institucionales, obstáculos de grupos de poder y el poco interés del entrante gobierno panista, entre otras cuestiones, lo imposibilitaron. Pero el esclarecimiento de lo ocurrido en esas décadas sigue pendiente. De ahí que se deban armar propuestas inclinados a ello, y que se hagan como propuestas tendientes a



políticas públicas. Puede, después de revisar el tema en este trabajo, esbozarse una idea general.

Puede: a) crearse una Comisión que sea independiente del gobierno federal, como ocurrió en varios casos, como Sudáfrica, en tanto que no puede hacerse una revisión adecuada de lo sucedido con las instituciones actuales. No debe tener compromisos con el gobierno sino con la sociedad, a quien le compete conocer lo ocurrido. b) Asimismo, se requiere voluntad del Ejecutivo y del Legislativo, además del Ejército, para que la información que se encuentra archivada sea puesta a disposición de la Comisión. c) Establecer los alcances y limitaciones de la Comisión: i) brindar información para realizar reparaciones de daños; ii) contribuir con sus informes a los posibles juicios sobre los responsables; iii) proponer reformas legales para la procuración de justicia; iv) la información que genere debe estar abierta a acceso público. d) Esta Comisión debe explorar varias rutas: i) investigar, esclarecer y reconocer los distintos tipos de acciones que se practicaron durante ese periodo, como la detención ilegal, la tortura, las ejecuciones, masacres, desapariciones, entre otras; ii) tomar en consideración requerimientos de víctimas y/o familiares, como presentación de cuerpos; iii) proporcionar información sobre autores intelectuales y materiales de esos sucesos cruentos; iv) investigar qué ocurrió con los desaparecidos; v) brindar información para determinar las responsabilidades institucionales; establecer políticas de reparación. e) Operar en varios niveles: i) conocer distintas versiones sobre lo ocurrido en ese periodo, en especial las versiones de las víctimas y sus familiares; ii) señalar responsabilidades individuales e institucionales y dar cuenta de posibles patrones de actuación de la represión; iii) señalar daños y posibles reparaciones, así como señalar acciones de justicia. f) El trabajo de esta Comisión atravesaría por varios ejes: i) para la sociedad conocer lo que se le ha ocultado; no se trata de imponer ahora una versión y relegar la pasada, sino de esclarecer y reconstruir lo sucedido, es decir, recuperación de la memoria; ii) en el caso del sistema, por reconocer que hubo excesos y que a personas y grupos se les criminalizó y no tuvieron acceso a la justicia; iii) sobre los responsables, derecho a un juicio justo; iv) una reforma en el sistema judicial; v) a víctimas y familiares, derecho a la

reparación; vi) contribuir a la prevención de de excesos futuros, sentar un precedente ético. Debe cambiarse la manera como un país, una sociedad, enfrenta sus conflictos. A ello bien puede contribuir el trabajo de esta Comisión que se enuncia en este apartado.

## Bibliografía

- Acosta Chaparro, Mario Arturo (1990). **Movimiento Subversivo en México**. s/e.
- Aguayo, Sergio (2001). **La Charola. Una Historia de los Servicios de Inteligencia en México**. México: Grijalbo.
- Alonso, José Luis (2006). "La guerrilla socialista contemporánea en México". En Oikón, Verónica y García, Marta (eds.) **Movimientos Armados en México, Siglo XX, II**, pp. 129-143. México: El Colegio de Michoacán/CIESAS.
- Alonso Vargas, José Luis (2009). **Memorias. 1945-1979**. (Mimeo).
- Anaya, Federico (2000). "Contexto histórico y sociológico de las fuerzas armadas". En VV. AA. **Siempre Cerca, Siempre Lejos: Las Fuerzas Armadas en México**, pp. 33-52. México: Global Exchange/Ciepac/Cencos.
- Arendt, Hannah (1951). **Los Orígenes del Totalitarismo. 3. Totalitarismo**. Madrid: Alianza, 1998.
- Arendt, Hannah (1966). **La Condición Humana**. Barcelona: Paidós, 2002.
- Armendáriz, Minerva (2001). **Morir de sed junto a la fuente. Sierra de Chihuahua, 1968. Testimonio**. México: Universidad Obrera de México.
- Arvide, Isabel (1998). **La Guerra de los Espejos**. México: Océano.
- Auge, Marc (1992). **Los No Lugares. Espacios del Anonimato**. Barcelona: Gedisa, 2000.
- Avilés, Jaime (12, mayo, 2001a). "¿Dónde está Jesús Piedra Ibarra?" **La Jornada**, p. 4. México.
- Avilés, Jaime (17, mayo, 2001b). "En busca de desaparecidos demandarán a cinco ex presidentes" **La Jornada**, p. 14. México.
- Avilés, Jaime (19, mayo, 2001c). "Fox ante los desaparecidos" **La Jornada**, p. 4. México.
- Ayala Nevárez, Andrés (1994/1995). "Enero de 1974... Otro Intento". En **Para Romper el Silencio. Expediente Abierto**, Número 3-4 pp. 15-16. México: CIHMA.
- Bachelard, Gaston (1932). **La Intuición del Instante**. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

- Bakhurst, David (1997). "Actividad, conciencia y comunicación". En Cole, Michael; Engeström, Yrjö y Vásquez, Olga (eds.) **Mente, Cultura y Actividad**, pp. 120-132. México: Oxford, 2002.
- Ballinas, Víctor; Cuellar, Mireya; Castillo, Gustavo y Urrutia, Alonso (31, mayo, 2002). "Con el pretexto del combate al *narco*, agentes de EU actuaron en Guerrero". En **La Jornada**, pp. 14-15. México.
- Bartlett, Frederic (1932). **Recordar. Estudio de Psicología Experimental y Social**. Madrid: Alianza.
- Bartra, Armando (1996). **Guerrero Bronco**. México: Sinfiltro.
- Bausmeister, Roy y Hastings, Stephen (1998). "Distorsiones de la memoria colectiva: de cómo los grupos se adulan y engañan a sí mismos". En Páez, D. *et al.* (eds.). **Memorias Colectivas de Procesos Culturales y Políticos**, pp. 317-339. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Bellingeri, Marco (2003). **Del Agrarismo Armado a la Guerra de los Pobres, 1940-1974**. México: Juan Pablos/Secretaría de Cultura GDF.
- Beltrán del Río, Pascal (2002a, octubre, 27). "El Arava, el avión de la muerte". En **Proceso**, 1356, p. 15. México.
- Beltrán del Río, Pascal (2002b, noviembre, 03). "México, precursor de los 'vuelos mortales'". En **Proceso**, 1357, p. 18. México.
- Benjamin, Walter (1942). **Tesis sobre la Historia y Otros Fragmentos**. México: Contrahistorias, 2005.
- Bernstein, Richard (2000). "¿C cambió Hannah Arendt de opinión? Del mal radical a la banalidad del mal", pp. 235-257. En Birulés, Fina (comp.) **Hannah Arendt. El Orgullo de Pensar**. Barcelona: Gedisa.
- Billig, Michael (1986). **Thinking and Arguing**. (Conferencia inaugural pronunciada en la Loughborough University of Technology).
- Billig, Michael (1990). "Memoria colectiva, ideología y la familia Real británica". En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) **Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido**, pp. 77-96. Barcelona: Paidós, 1992.

- Blondel, Charles (1928). **Introducción a la Psicología Colectiva**. Buenos Aires: Troquel, 1966.
- Bonasso, Miguel (1990). **La Memoria en Donde Ardía**. México. El Juglar.
- Bruner, Jerome (1990). **Actos de Significado. Más Allá de la Revolución Cognitiva**. Madrid: Alianza, 2000.
- Bruner, Jerome (2002). **La Fábrica de Historias. Derecho, Literatura, Vida**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Burke, Peter (1997). **Formas de Historia Cultural**. Madrid: Alianza, 2000.
- Calloni, Stella (2001). **Operación Cóndor. Pacto Criminal**. México. La Jornada Ediciones.
- Calveiro, Pilar (2001). **Desapariciones. Memoria y Desmemoria de los Campos de Concentración Argentinos**. México: Taurus, 2002.
- Calvino, Italo (1972). **Las Ciudades Invisibles**. Madrid: El Mundo, 1999.
- Carr, Barry (1982). **La Izquierda Mexicana a Través del Siglo XX**. México: Era, 2000.
- Carrasco, Jorge (2009, marzo, 29). "Las traiciones de Echeverría". En **Proceso**, 1691, pp.27-28. México.
- Cassirer, Ernst (1944). **Antropología Filosófica. Introducción a una Filosofía de la Cultura**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Castañeda, Jorge G. (1993). **La Utopía Desarmada**. México: Joaquín Mortiz, 1995.
- Castañeda, Salvador (1980) **¿Por qué no dijiste todo?** México: Grijalbo.
- Castañeda, Salvador (1991). **Los Diques del Tiempo (Diario desde la Cárcel)**. México: UNAM.
- Castañeda, Salvador (1992). **La Pátria Celestial**. México: Cal y Arena.
- Castellanos, Laura (2001, julio, 15). "Memorias de la *guerra sucia* en México. La *caravana de la muerte* a la mexicana". En Masiosare, 186, pp. 3-4, suplemento de **La Jornada**. México.
- Castellanos, Laura (2007). **México Armado. 1943-1981**. México: ERA.

- Castillo, Gustavo (7, diciembre, 2001). "En los setenta no hubo *guerra sucia*, se *limpió* al país de delincuentes: General retirado Alberto Quintanar Álvarez". En **La jornada**, p. 9. México.
- Castillo, Gustavo (28, septiembre, 2002a). "Acosta Chaparro y Quirós, acusados de 143 asesinatos". **La Jornada**, p. 17. México.
- Castillo, Gustavo (29, septiembre, 2002b). "Niegan Acosta Chaparro y Quirós haber matado a 143 guerrilleros". **La Jornada**, p. 8. México.
- Castillo, Gustavo (5, febrero, 2003). "Los guerrilleros, aventureros que querían el poder. Entrevista con Miguel Nazar Haro". **La Jornada**, México.
- Castillo, Gustavo (20, marzo, 2003b). "Que se muera el engendro, porque también va a ser guerrillero". Entrevista con Martha Alicia Loaiza, viuda y torturada en la *guerra sucia*". **La Jornada**, p. 54, México.
- Castillo, Gustavo (11, mayo, 2003c). "De la Barreda niega haber participado en ejecuciones durante la *guerra sucia*". En **La Jornada**, p. 13. México.
- Castillo, Gustavo (31, agosto, 2003d). "Descubren 4 mil fotos que documentan tortura a opositores entre 1968 y 1982". En **La Jornada**, p. 12. México.
- Castillo, Gustavo (22, diciembre, 2003e). "'Vulgar Estado policiaco', el que rigió en México durante la *guerra sucia*". En **La Jornada**, p. 7. México.
- Castillo, Gustavo (17, abril, 2004a). "Fallido agresor de Díaz Ordaz pasó 23 años en un siquiátrico". En **La Jornada**, p. 42,44. México.
- Castillo, Gustavo (5, septiembre, 2004b). "En centros siquiátricos, expedientes con nombres de 134 desaparecidos". En **La Jornada**, p. 3. México.
- Castillo, Gustavo (2, noviembre, 2008). "Me tocó subirlos a un helicóptero, amarrarlos e irlos a tirar al mar". En **La Jornada**, p. 7. México.
- Castillo, Gustavo; Urrutia, Alonso; Ballinas, Víctor y Cuellar, Mireya (2, junio, 2002). "Archivos de la DIPD contradicen la historia oficial". En **La Jornada**, pp. 8-10. México.
- Castillo, Gustavo; Ballinas, Víctor; Urrutia, Alonso y Cuellar, Mireya (1, junio, 2002). "En reporte de los 70, admite PGR que guerrilleros fueron detenidos, incomunicados y torturados". En **La Jornada**, pp. 9-11. México.

- CIHMA. Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados (1992). **Para Romper el Silencio. Expediente Abierto N° 2**
- Coetzee, John M. (1996). **Contra la Censura. Ensayos sobre la Pasión por Silenciar**. México. Debate, 2007.
- Cohen, Esther (2003). **Con el Diablo en el Cuerpo. Filósofos y Brujas en el Renacimiento**. México: Taurus/UNAM.
- Condés, Enrique (2001). **10 de Junio ¡no se olvida!** México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Corbin, Alain (1987). "Entre bastidores". En Ariés, Philippe y Duby, Georges (dirs.) **Historia de la Vida Privada. Vol. 4**, pp. 391-574. Madrid: Taurus, 2001.
- Corcuera, Sonia (1997). **Voces y Silencios en la Historia. Siglos XIX y XX**. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Cuellar, Mireya; Urrutia, Alonso; Ballinas, Víctor y Castillo, Gustavo (4, junio, 2002). "La del *cínico* e *hipócrita* Echeverría, la peor época en desapariciones, afirma Rosario Ibarra". En **La Jornada**, pp. 16-18. México.
- Dayalos, Renato (30, noviembre, 2001a). "López Portillo se deslinda de la *guerra sucia*: 'yo no fui, no soy policía, fui presidente'. En mi gobierno se hizo cumplir la ley a quienes estaban infringiéndola, asevera". En **La Jornada**, p. 10. México.
- Delgado, Álvaro (2004, junio, 06). "El Ejército en la guerra sucia". En **Proceso**, 1439, pp. 30-31.
- DeLoache, Judy y Brown, Ann (1997). "En busca de Montoya: estudios sobre la memoria en niños muy pequeños". En Cole, Michael; Engeström, Yrjö y Vásquez, Olga (eds.) **Mente, Cultura y Actividad**, pp. 66- 74. México: Oxford, 2002.
- De la Garza, Enrique *et al.*, (1986). **El Otro Movimiento Estudiantil**. México: Extemporáneos.
- Díaz, Gloria (2002a, octubre, 27). "La 'foto del recuerdo' y al mar...". En **Proceso**, 1356, pp. 12-17. México.
- Díaz, Gloria (2002b, noviembre, 03). "Pie de la cuesta, trampolín al océano". En **Proceso**, 1357, pp. 16-17. México.

- Díaz, Gloria; Gutiérrez, Alejandro y Monge, Raúl (2002, noviembre, 03). "Tarín Chávez, una historia terrorífica". En **Proceso**, 1357, pp. 10-13. México.
- Díaz, Alfonso y Albarrán, Valentín (2004). "Las prácticas conmemorativas: el pasado familiar o lo familiar del pasado". En Arciga, Salvador *et al.* (eds.) **Del Pensamiento Social a la Participación. Estudios de Psicología Social en México**, pp. 151-164. México: Somepso/UAT/UNAM/UAM-I.
- Dios Corona, Sergio René de (2004). **La Historia que no Pudieron Borrar. La Guerra Sucia en Jalisco, 1970-1985**. México: La Casa del mago.
- Dobles, Ignacio (1990). "Apuntes sobre psicología de la tortura". En Martín-Baró, Ignacio (ed.) **Psicología Social de la Guerra**, pp. 197-209. San Salvador: UCA.
- Duby, Georges (1985). "Prefacio". En Ariés, Philippe y Duby, Georges (dirs.) **Historia de la Vida Privada. Vol. 1**, pp. 11-14. Madrid: Taurus, 2001.
- Eco, Umberto (1998). "A todos los efectos". En Carrière, Jean *et al.* **El Fin de los Tiempos**, pp. 215-272, 280-283. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Eco, Umberto (1999). "Preámbulo ¿sólo puede construirse el futuro sobre la memoria del pasado? En Barret-Ducrocq, Francoise (dir.) **¿Por qué Recordar?**, pp. 183-186, 207. Barcelona: Granica, 2002.
- El Universal (1994). **Los Movimientos Armados en México. Tomo II**. México: El Universal.
- Esteve Díaz, Hugo (1995). **Las Armas de la Utopía. La Tercera Ola de los Movimientos Guerrilleros en México**. México: Instituto de Propositiones Estratégicas.
- Evangelista, Agustín (2007). **Carmelo Cortés Castro y la Guerrilla Urbana. Testimonio**. México: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Sociales.
- Fernández Arenas, José (coord.) (1988). **Arte Efímero y Espacio Estético**. Barcelona: Anthropos.
- Fernández Christlieb, Pablo (1987). "Consideraciones teórico metodológicas de la psicología política". En Montero, Maritza (coord.), **Psicología Política Latinoamericana**, pp. 75-104. Venezuela: Panapo.



- Fernández Christlieb, Pablo (1991). **El Espíritu de la Calle. Psicología Política de la Cultura Cotidiana**. México: Universidad de Guadalajara.
- Fernández Christlieb, Pablo (1994a). **La Psicología Colectiva un Fin de Siglo más Tarde**. Barcelona: Anthropos/Colegio de Michoacán.
- Fernández Christlieb, Pablo (1994b). "Psicología social, intersubjetividad y psicología colectiva". En Montero, Maritza (coord.) **Construcción y Crítica de la Psicología Social**, pp. 49-107. Barcelona: Anthropos.
- Fernández Christlieb, Pablo (2001). "La estructura mítica del pensamiento social". En **Atenea Digital**, n° 0, abril, pp. 21. [www.antalya.uab.es/athenea/num0/pablo.htm](http://www.antalya.uab.es/athenea/num0/pablo.htm).
- Fernández Christlieb, Pablo (2002). "Psicología colectiva e historia y memoria". En Flores, Fátima (coord.) **Senderos del Pensamiento Social**, pp. 37-52. México: Coyoacán/UNAM.
- Fernández Christlieb, Pablo (2003). **Los Objetos y Esas Cosas**. México: El Financiero.
- Fernández Menéndez, Jorge (2006). **Nadie Supo Nada. La Verdadera Historia del Asesinato de Eugenio Gaza Sada**. México: Grijalbo.
- Ferro, Marc (1981). **Cómo se Cuenta la Historia a los Niños en el Mundo Entero**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferro, Marc (1996). **Diez Lecciones Sobre la Historia del Siglo XX**. México: Siglo XXI, 2003. --
- Flores, Oscar (2006). "Del movimiento universitario a la guerrilla. El caso de Monterrey". En Oikón, Verónica y García, Marta (eds.) **Movimientos Armados en México, Siglo XX, II**, pp. 461-494. México. El Colegio de Michoacán/CIESAS.
- Florescano, Enrique (1987). **Memoria Mexicana**. México: Taurus, 2001.
- Florescano, Enrique (1999). **Memoria Indígena**. México: Taurus.
- Gallegos, José A. (2004). **La Guerrilla en Guerrero**. México: La Casa del Mago.
- García Hernández, Arturo (14, junio, 2004). "La *amnesia* es sinónimo de *impunidad*. Entrevista con Carlos Monsiváis". **La Jornada**. México.

- García, Luis y Sánchez, Antonio (2004). "Memoria colectiva: materia de la continuidad, materia de la identidad". En Arciga, Salvador *et al.* (eds.) **Del Pensamiento Social a la Participación. Estudios de Psicología Social en México**, pp. 113-127. México: Somepso/UAT/UNAM/UAM-I.
- Gelman, Juan (2002). "Preludio". En Calveiro, Pilar **Desapariciones. Memoria y Desmemoria de los Campos de Concentración Argentinos**, pp. 9-13. México: Taurus, 2002.
- Gergen, Keneth (1994). **Realidad y Relaciones. Aproximaciones a la Construcción Social**. Barcelona: Paidós, 1996.
- Gil Olmos, José (29, septiembre, 2000). "La guerra sucia dejó mil 500 muertos y 600 desaparecidos". **La Jornada**, p. 14. México.
- Gil Olmos, Ramón (2006). "El Frente Estudiantil Revolucionario y exigencias vigentes". En Ibarra, Héctor (comp.) **La Guerrilla de los 70 y la Transición a la Democracia**, pp. 93-98. México: Ce-Acatl.
- Ginzburg, Carlo (1989). **Historia Nocturna**. Barcelona: Península, 2003.
- Givone, Sergio (1995). **Historia de la Nada**. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2001.
- Glockner, Fritz (2007). **Memoria Roja. Historia de la Guerrilla en México (1943-1968)**. México: Ediciones B.
- Gómez de Silva, Guido (1985). **Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española**. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio de México.
- Grange, Bertrand de la y Rico, Maite (1997). **Marcos. La Genial Impostura**. México: Aguilar.
- Gramsci, Antonio (1980). **Cuadernos de la Cárcel**. México: Juan Pablos.
- Grayling, Anthony (2001). **El Sentido de las Cosas**. Barcelona: Ares y Mares, 2002.
- Habana, Misael (28, noviembre, 2001a). "Los restos de Lucio Cabañas permanecen en Atoyac, pero su familia no los ha identificado". En **La Jornada**, p. 13. México
- Habana, Misael (29, noviembre, 2001b). "Las heridas en el cuerpo de Lucio Cabañas revelan que pudo haber recibido tiro de gracia". En **La Jornada**, p. 08. México

- Habana, Misael (30, noviembre, 2003). "López Betancourt: personas vivas fueron tiradas desde aviones en la *guerra sucia*". En *La Jornada*, p. 12. México.
- Halbwachs, Maurice (1925). **Les Cadres Sociaux de la Mèmoire**. París: PUF, 1954.
- Halbwachs, Maurice (1950a). **La Mèmoire Collective**. París, PUF, 1968.
- Halbwachs, Maurice (1950b). "La memoria colectiva y el tiempo". En Mendoza García, Jorge **El Conocimiento de la Memoria Colectiva**, pp. 103-137. México: UAT, 2004.
- Hipólito, Simón (1982). **Guerrero, Amnistía y Represión**. México: Grijalbo.
- Hirales, Gustavo (1996). **Memoria de la Guerra de los Justos**. México: Cal y Arena.
- Honnet, Axel (1992). **La Lucha por el Reconocimiento**. Barcelona: Crítica.
- Ibarra, Héctor A. (2006). **Pensar la Guerrilla en México**. México: Ediciones Expediente Abierto.
- Infelise, Mario (1999). **Libros Prohibidos. Una Historia de la Censura**. Buenos Aires: Nueva Visión, 2004.
- Informe de la CNDH Sobre Desapariciones Forzadas (2001)**. La Jornada. México.
- Jaquez, Antonio (2003, enero, 05). "Nazar Haro Deja de Ser Intocable". En **Proceso**, 1366, pp. 8-13. México.
- Jaworski, Adam (1993). **The Power of Silence**. London: Sage Publications.
- Jelin, Elizabeth (2002). "Los sentidos de la conmemoración". En Jelin, Elizabeth (comp.) **Las Conmemoraciones: Las Disputas en las Fechas "in-felices"**, pp. 244-251. Madrid: Siglo XXI.
- Lang, Alfred (1997). "Artefactos no cartesianos en actividades en casa: pasos hacia una ecología". En Cole, Michael; Engeström, Yrjö y Vásquez, Olga (eds.) **Mente, Cultura y Actividad**, pp. 149-163. México: Oxford, 2002.
- Le Breton, David (1997). **El Silencio. Aproximaciones**. Madrid: Sequitur, 2006.
- Le Goff, Jacques (1977). **Pensar la Historia. Modernidad, Presente, Progreso**. Barcelona: Paidós, 1997.
- Levi, Primo (1958). **Si Esto Es un Hombre**. Buenos Aires: Mila Editor, 1988.

- López, Jaime (1974). **10 Años de Guerrillas en México**. México: Posada.
- Manguel, Alberto (1996). **Una Historia de la Lectura**. México: Planeta, 2006.
- Manero, Roberto y Soto, Maricela (2005). "Memoria colectiva y procesos sociales". **En Enseñanza e Investigación en Psicología**, enero/junio año/vol 10, nº 001, pp. 171-189. México.
- Marías, Javier (1991). **Pasiones Pasadas**. Madrid: Alfaguara, 1999.
- Martín-Baró, Ignacio (1983). **Acción e Ideología: Psicología Social Desde Centroamérica**. San Salvador: UCA.
- Mead, George H. (1929). "La naturaleza del pasado". En **Revista de Occidente**, nº 100, 1989, pp. 51-62.
- Memel-Fotê, Harris (1999). "La memoria vergonzosa de la trata de negros y esclavos". En Barret-Ducrocq, Francoise (dir.) **¿Por qué Recordar?**, pp. 145-155. Barcelona: Granica, 2002.
- Mendoza García, Jorge (2004). "El olvido: una aproximación psicosocial". En Mendoza García, Jorge y González, Marco A. (coords.) **Enfoques Contemporáneos de la Psicología Social en México: de su Génesis a la Ciberpsicología**, pp. 141-298. México: Miguél Ángel Porrúa/ITES-CEM.
- Middleton, David y Edwards, Derek (comps.) (1990b). "Introducción". En Middleton, David y Edwards, Derek (comps.) **Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y del Olvido**, pp. 17-37. Barcelona: Paidós, 1992.
- Mier, Raymundo (2008). "Seminario: Las Ciencias Sociales Hoy". México. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, septiembre-diciembre.
- Monge, Raúl (2003, enero, 05). "[Nazar Haro] Sus brutalidades, su desmemoria, sus miedos". En **Proceso**, 1366, pp. 10-13. México.
- Monsiváis, Carlos (2004a, agosto, 15). "La lógica de la impunidad". En **Proceso**, 1450, pp. 58-60. México.
- Monsiváis, Carlos (2004b). "El estado fuera de la ley". En Scherer, Julio y Monsiváis, Carlos **Los Patriotas. De Tlatelolco a la Guerra Sucia**, pp. 141-199. México: Aguilar.
- Montemayor, Carlos (1991). **Guerra en el Paraíso**. México: Diana.

- Montemayor, Carlos (1997). **Chiapas. La Rebelión Indígena de México**. México: Joaquín Mortiz.
- Montemayor, Carlos (1999a). **La Guerrilla Recurrente**. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Montemayor, Carlos (1999b). "La guerrilla en México hoy". En **Fractal**, Año III, Número 11, pp. 11-44. México.
- Montemayor, Carlos (18, mayo, 2001). "En Atoyac". En **La Jornada**, p. 10. México.
- Montemayor, Carlos (2007). **La Guerrilla Recurrente**. México: Debate.
- Moscovici, Serge (1981). **Psicología de las Minorías Activas**. Madrid: Morata.
- Moscovici, Serge (1987). "La denegación". En Moscovici, Serge; Mugny, Gabriel y Pérez, Juan A. (eds.) **La Influencia Social Inconsciente**, pp. 303-319. Barcelona: Anthropos, 1991.
- Muro, Víctor y Canto, Manuel (coords.) (1991). **El Estudio de los Movimientos Sociales: Teoría y Método**. México: El Colegio de Michoacán/UAM-X.
- Nirenberg, David (1996). **Comunidades de Violencia. La Persecución de las Minorías en la Edad Media**. Barcelona: Península, 2001.
- Oikón, Verónica (2006). "El Movimiento de Acción Revolucionaria. Una historia de radicalización política". En Oikón, Verónica y García, Marta (eds.) **Movimientos Armados en México, Siglo XX**, II, pp. 417-460. México. El Colegio de Michoacán/CIESAS.
- Olivares, Enrique (11, febrero, 2007). "¡Ahí están; lo prometido es deuda!, dice la PGR al entregar osamentas de la *guerra sucia*". En **La Jornada**, p. 10.
- Ortega y Gasset, José (1930). **La Rebelión de las Masas**. Barcelona: Planeta de Agostini, 1993.
- Páez, Darío, Igartua, Juan J. y Adrián, José A. (1997). "El arte como mecanismo semiótico para la socialización de la emoción". En Páez, Darío y Blanco, Amalio (eds.) **La Teoría Sociocultural y la Psicología Social Actual**, pp. 131-162. Madrid: Fundación Infancia y Aprendizaje.
- Palou, Pedro A. (2009). **Charlas de Café con... José María Morelos**. México: Grijalbo.

- Papastamou, Stamos (1987). "Psicologización y resistencia a la conversión". En Moscovici, Serge; Mugny, Gabriel y Pérez, Juan A. (eds.) **La Influencia Social Inconsciente**, pp. 239-262. Barcelona: Anthropos, 1991
- Pennebaker, James y Basanick, Becky (1998). "Creación y mantenimiento de las memorias colectivas". En Páez, D. et al. (eds.) **Memorias Colectivas de Procesos Culturales y Políticos**, pp. 31-47. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Perrot, Michelle (1998). "Lo intolerable". En Barret-Ducrocq, Francoise (dir.) **La Intolerancia**, pp. 89-92. Barcelona: Granica.
- Perrot, Michelle (1999). "Las mujeres y los silencios de la historia" En Barret-Ducrocq, Francoise (dir.) **¿Por qué Recordar?**, pp. 55-61. Barcelona: Granica, 2002.
- Petrich, Blanche (09, febrero, 2003). "Nazar enloquecía cuando torturaba, narra un ex integrante del MAR". **La Jornada**, México.
- Pimentel, Julio (2006). "Recuperar la memoria histórica por la verdad y la justicia y contra la impunidad". En Ibarra Chávez, Héctor (comp.) **La Guerrilla de los 70 y la Transición a la Democracia**, pp. 31-45. México: Ce-Acatl.
- Pineda, Fernando (2003). **En las Profundidades del Mar (El Oro no Llegó de Moscú)**. México: Plaza y Valdés.
- Poniatowska, Elena (1980). **Fuerte es el Silencio**. México: Era.
- Proceso**, 1445. 11 de julio de 2004; 1446, 18 de julio de 2004; 1447, 25 de julio de 2004; 1448, 01 de agosto de 2004; 1450, 15 de agosto de 2004; 1453, 05 de septiembre de 2004; 1456, 26 de septiembre de 2004.
- Rabinovich, Silvana (2002). "La transmisión de lo indecible". En Cohen, Esther y Martínez, Ana M. (coords.) **De Memoria y Escritura**, pp. 47-63. México: UNAM.
- Radley, Alan (1990). "Artefactos, memoria y sentido del pasado". En Middleton, D. y Edwards, D. (comps.) **Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y del Olvido**, pp. 63-76 Barcelona: Paidós.
- Ramírez, José L. (1992). "El significado del silencio y el silencio del significado". En Castilla del Pino, Carlos (comp.) **El Silencio**, pp. 15-45. Madrid: Alianza.

- Ramírez, Jesús (2005a, junio, 30). "Partes policiacos prueban la participación oficial en la desaparición de guerrilleros". En **La Jornada**. México.
- Ramírez, Jesús (2005b, julio, 01). "Revive un ex guerrillero su detención y tortura durante la *guerra sucia*". En **La Jornada**. México.
- Ramos, Ramón (1989). "Maurice Halbwachs y la memoria colectiva". En **Revista de Occidente**, 100, septiembre, pp. 63-81.
- Rascón, Marco (17, agosto, 2002). "Los *encapuchados* de Chipinque". En **La Jornada**, p. 17. México.
- Retes, Ignacio (2000). **Por Supuesto**. México: Océano.
- Reyes, Alfonso (1942). **La Antigua Retórica. Obras Completas, vol. XIII**. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Reyes Peláez, Juan Fernando (1994/1995). "Un largo camino para el Asalto al Cielo: notas acerca del movimiento revolucionario en Sinaloa". En **Para Romper el Silencio. Expediente Abierto**, Número 3-4 pp. 4-14. México: CIHMA.
- Reyes Peláez, Juan Fernando (s/f). **La Guerrilla en Chihuahua 1964-1972**. México: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados.
- Reyes, Juan y Espinosa María (1996). "Material gráfico de los movimientos armados en México 1964-1996. En **Cuadernos de Avances de Investigación**, Número 3. México: CIHMA.
- Ricoeur, Paul (2006). **Caminos del Reconocimiento**. México. Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul (1999) "Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico. En Barret-Ducrocq, F. (dir.) **¿Por Qué Recordar?**, pp. 24-28. Barcelona: Granica, 2002.
- Riva Palacio, Raymundo (4, febrero, 2003a). "Nazar Haro: de la guerra sucia apenas me enteré". **El Universal**, México.
- Riva Palacio, Raymundo (5, febrero, 2003b). "Nazar: con un café compraba informantes". **El Universal**, México.
- Riva Palacio, Raymundo (6, febrero, 2003c). "Aquí no hubo guerra, dice Nazar Haro". **El Universal**, México.

- Robles Garnica, Guillermo (1996). **Guadalajara: la Guerrilla Olvidada**. México: La otra Cuba.
- Rodríguez, Munguía, Jacinto (5, febrero, 2003). "El incinerador de la federal de seguridad". **El Universal**. México.
- Rodríguez Munguía, Jacinto (2004). **Las Nóminas Secretas de Gobernación**. México: LIMAC
- Rodríguez Munguía, Jacinto (2007). **La Otra Guerra Secreta. Los Archivos Prohibidos de la Prensa y el Poder**. México: Debate.
- Rosa, Alberto; Bellelli, Guglielmo y Bakhurst, David (eds.) (2000a). **Memoria Colectiva e Identidad Nacional**. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Saco, José A. (1974). **Historia de la Esclavitud**. Madrid: Jucar.
- Saldierna, Georgina (17, mayo, 2001). "Familiares de desaparecidos piden ayuda internacional. Desconfían de las investigaciones de la PGR en Guerrero". En **La Jornada**, p. 15. México.
- Santa Biblia**. Corea: Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.
- Scherer, Julio (2004a). "Los patriotas. De Tlatelolco a la guerra sucia". En Scherer, Julio y Monsiváis, Carlos **Los Patriotas. De Tlatelolco a la Guerra Sucia**. México: Aguilar, pp. 5-139.
- Scherer, Julio (30, mayo, 2004b). "Vivos virtuales". En **Proceso**, 1439, pp. 33-34.
- Scherer, Julio y Monsiváis, Carlos (2004). **Los Patriotas. De Tlatelolco a la Guerra Sucia**. México: Aguilar.
- Semo, Ilán (8, diciembre, 2001). "La memoria conspicua". En **La Jornada**, p. 25. México.
- Semprún, Jorge (1995). **La Escritura o la Vida**. Barcelona: Tusquets, 2002.
- Shotter, John (1990). "La construcción social del recuerdo y el olvido". En Middleton, David y Edwards, Derek (comps.). **Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y del Olvido**, pp. 137-155. Barcelona: Paidós, 1992.
- Shotter, John (1993). **Realidades Conversacionales. La Construcción de la Vida a Través del Lenguaje**. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.



- Simionescu, Paul y Padiou, Hubert (1990). "Rumanía. Cómo narraba la historia el museo de Bucarest". En Brossat, A. *et al.* (eds.) **En el Este la Memoria Recuperada**, pp. 213-227. Valencia: Alfons El Magnànim, 1992.
- Simmel, Georg (1908). **Sociología. Estudios Sobre las Formas de Socialización**, 2. Madrid. Alianza, 1986.
- Steiner, George (1971). **En el Castillo de Barba Azul. Aproximaciones a un Nuevo Concepto de Cultura**. Barcelona: Gedisa, 2001.
- Suárez, Luis (1984). **Lucio Cabañas. El Guerrillero sin Esperanza**. México: Grijalbo.
- Todorov, Tzvetan (2000). **Memorias del Mal, Tentaciones del Bien**. Barcelona: Península, 2002.
- Torrijos, Fernando (1988). "Sobre el uso estético del espacio". En Fernández Arenas, José (coord.) **Arte Efímero y Espacio Estético**, pp. 17-78. Barcelona: Anthropos.
- Torres, Jorge (2005, febrero, 27). "DFS: la misión, aniquilar". En **Proceso**, 1478, pp. 20-23. México.
- Torres, Jorge (2008). **Nazar, la Historia Secreta. El Hombre Detrás de la Guerra Sucia**. México: Debate.
- Ulloa, Alberto (2004). **Sendero en Tinieblas**. México: Cal y Arena.
- Valenzuela, Camilo (2006). "El movimiento de los enfermos". En Ibarra, Héctor (comp.) **La Guerrilla de los 70 y la Transición a la Democracia**, pp. 84-92. México: Ce-Acatl.
- Vargas, Rosa E. (28, noviembre, 2001a). "La Dirección Federal de Seguridad era un nido de criminales". En **La Jornada**, p. 12. México.
- Vargas, Rosa E. (29, noviembre, 2001b). "Los archivos de la DFS tienen mucho qué decir acerca de la guerra sucia". En **La Jornada**, p. 09. México.
- Vázquez, Félix (2001). **La Memoria como Acción Social. Relaciones, Significados e Imaginario**. Barcelona: Paidós.
- Veledíaz, Juan (2002, noviembre, 03). "Los pilotos de la muerte". En **Proceso**, pp. 14-20. México.

- Veledíaz, Juan (2004, septiembre, 26). "El hoyo sin fondo de la prisión militar". En **Proceso**, 1456, pp. 71-734.
- Vincent, Gérard (1987). "¿Una historia del secreto?". En Ariés, Philippe y Duby, Georges (dirs.) **Historia de la Vida Privada. Vol. 5**, pp. 135-353. Madrid: Taurus, 2001.
- Vygotsky, Lev (1930). **El Desarrollo de los Procesos Psicológicos Superiores**. México: Grijalbo, 1979.
- Vygotsky, Lev (1931). "Desarrollo de las funciones mnemónicas y mnemotécnicas". En Lev Vygotsky **Obras Escogidas, t. III**, pp. 247-264. Madrid: Visor, 1995.
- VV. AA. (2000). **Siempre Cerca, Siempre Lejos: Las Fuerzas Armadas en México**. México: Global Exchange/Ciepac/Cencos.
- White, Hayden (1987). **El Contenido de la Forma. Narrativa, Discurso y Representación Histórica**. Barcelona: Paidós, 1992.
- Yates, Frances A. (1966). **El Arte de la Memoria**. Madrid: Taurus, 1974.
- Yerushalmi, Yosef (1982/2002). **Zajor. La Historia Judía y la Memoria Judía**. Barcelona: Anthropos, 2002.
- Zambrano, José de Jesús (1994/1995). "La insurrección". En *Para Romper el Silencio*, Revista del Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados (CIHMA), pp. 16-18. México.

## ANEXO

En este apartado se presenta el anexo relacionado con los Ejes de las entrevistas que se realizaron.

Se presentan como Ejes, toda vez que no fueron propiamente preguntas de entrevistas. No constituyeron preguntas a realizarse porque no fueron pensadas para una persona en particular con la intención de obtener información específica, sino que se trato de la exploración de temas.

Se presentan los Ejes Temáticos para entrevistas en tres bloques: i) el que se siguió para las entrevistas con ex-guerrilleros; ii) el que se siguió para entrevistas con familiares, y iii) el que se siguió para recabar información vía correo o envío de documentos.

### I. Ejes temáticos para entrevista con ex-guerrilleros

- i) Organización en que participó
- ii) Acciones que emprendió el Ejército o DFS contra la organización
- iii) En qué circunstancias lo detienen
- iv) Qué trato recibió de sus captores
- v) Cómo fue la estancia en la cárcel clandestina
- vi) Si hubo tortura, cómo fue
- vii) Cómo fue la estancia en la cárcel legal
- viii) Cuáles fueron las condiciones de salida
- ix) Qué solicitan hoy día

A quien no detienen:

- i) Su papel en la organización
- ii) Cómo vivenció las acciones del Ejército o DFS
- iii) Las condiciones de la organización cómo eran en ese marco

- iv) Qué significaron las prácticas que desplegó el Ejército o la DFS para enfrentarlos
- v) Qué solicitan hoy día

A quien se va al exilio:

- i) En qué cárcel estaba cuando recibe el anuncio de su salida
- ii) A partir de qué acción lo liberan
- iii) Cuándo sale para Cuba
- iv) Cómo es su permanencia en Cuba
- v) La relación con otras organizaciones
- vi) Problemas en la isla
- vii) El retorno

## II. Ejes Temáticos para entrevista con familiares

- i) Organización a la que pertenecía el familiar
- ii) Condiciones en la que es detenido
- iii) Si es desaparecido: qué se sabe de su último paradero
- iv) Qué le dijeron a la familia: militantes y/o autoridades
- v) Qué significó para la familia su ausencia
- vi) Cómo impactaron las prácticas del Ejército y/o DFS en la dinámica familiar
- vii) Qué saben hoy día sobre su familiar
- viii) Qué solicitan hoy día

## III. Ejes temáticos para solicitar información por correo o envío de documentos

- i) Organización que apoyó o militó
- ii) Participación en la guerrilla